Fernando Pessoa

Libro del desasosiego

COMPUESTO POR BERNARDO SOARES, AYUDANTE DE TENEDOR DE LIBROS EN LA CIUDAD DE LISBOA



PREFACIO
POR FERNANDO PESSOA

Hay en Lisboa un pequeño número de restaurantes o casas de comida [en] las que, sobre un establecimiento con aires de taberna decente, se levanta un entresuelo con el aspecto pesado y doméstico de restaurante de ciudad sin tren. En esos entresuelos, poco frecuentados excepto los domingos, no es raro encontrar tipos curiosos, caras sin interés, una serie de apartes en la vida.

El deseo de sosiego y lo conveniente de los precios me llevaron, en un período de mi vida, a acudir con frecuencia a uno de esos entresuelos. Sucedía que, cuando tocaba cenar sobre las siete de la tarde, casi siempre encontraba a un individuo cuyo aspecto, que al principio no había llegado a interesarme, pasó poco a poco a despertar mi interés.

Era un hombre que aparentaba treinta años, delgado, más alto que bajo, exageradamente encorvado cuando estaba sentado, pero no tanto cuando estaba de pie, vestido con cierto desaliño no del todo descuidado. En la cara pálida y sin rasgos particulares se apreciaba un aire de sufrimiento que no le añadía interés, y era difícil definir qué tipo de sufrimiento indicaba ese aire —parecía indicar varios, privaciones, angustias, y aquel sufrimiento que nace de la indiferencia fruto de haber sufrido mucho.

Cenaba siempre poco, y acababa fumando tabaco de hebra. Se fijaba extraordinariamente en los presentes, pero no de manera sospechosa, sino con un interés especial; no los observaba como quien los investiga, sino como interesándose por ellos sin querer concretarles las facciones o detallarles las manifestaciones del carácter. Fue ese curioso rasgo el que primero me interesó de él.

Fui observándolo mejor. Comprobé que un cierto aire de inteligencia animaba de algún incierto modo sus facciones. Pero el abatimiento, la inmovilidad de la angustia fría, cubrían tan regularmente su aspecto que era difícil descubrir cualquier otro rasgo.

Supe accidentalmente, por un camarero del restaurante, que era un empleado de comercio, de una casa allí al lado.

Un día pasó algo en la calle, bajo las ventanas —una escena de pugilato entre dos individuos. Los que estaban en el entresuelo corrieron a las ventanas, y yo corrí también, lo mismo que el individuo al que me refiero. Intercambié con él una frase casual, y él me respondió en el mismo tono. Su voz era melancólica y trémula, como la de los niños que nada esperan, porque es perfectamente inútil esperar. Pero tal vez era absurdo dar esa importancia a mi colega vespertino de restaurante.

No sé por qué, desde ese día pasamos a saludarnos. Uno de aquellos días, en que nos acercó quizás la circunstancia absurda de coincidir los dos en ir a cenar a las nueve y media, iniciamos una conversación casual. En cierto momento él me preguntó si yo escribía. Le respondí que sí. Le hablé de la revista *Orpheu*, que acababa de aparecer. Él la elogió, la elogió bastante, y yo entonces me quedé realmente pasmado. Me permití hacerle notar que me extrañaba, porque el arte de los que escriben en *Orpheu* suele ser para pocos. Él me dijo que a lo mejor él era de esos pocos. Por lo demás, añadió, ese arte no le había ofrecido verdaderas novedades: y tímidamente comentó que, no teniendo qué hacer ni adonde ir, ni amigos que visitar, ni interés en leer libros, solía gastar sus noches, en un cuarto alquilado, escribiendo también.

*

Había amueblado —imposible que no fuera a costa de algunas cosas esenciales— con un cierto y relativo lujo sus dos cuartos. Se había preocupado especialmente de las sillas —con brazos, hondas, blandas—, de los reposteros y de las alfombras. Decía él que así se había creado un interior «para mantener la dignidad del tedio». En las habitaciones a la moderna el tedio se hace incomodidad, dolor físico.

Nada le había obligado nunca a hacer nada. Su niñez fue la de un niño solitario. No pasó nunca por ninguna asociación. Nunca asistió a clase. Nunca perteneció a una multitud. Se dio en él el curioso fenómeno que en muchos otros —bien mirado, quién sabe si en todos— se da, de que las circunstancias accidentales de su vida se habían ido tallando a imagen y semejanza de la dirección de sus instintos, todos de inercia, de distanciamiento.

Nunca tuvo que enfrentarse con las exigencias del estado o de la sociedad. A las exigencias personales de sus instintos él mismo supo hurtarse. Nada lo acercó nunca ni a amigos ni a amantes. Fui yo el único que, de algún modo, permanecí en su intimidad. Pero, junto al hecho de haber vivido él siempre bajo una falsa personalidad, y de sospechar yo que él nunca me tuvo realmente por amigo suyo, me di cuenta de que necesitaba acercarse a alguien para dejarle el libro que dejó. Me gusta pensar que, aunque al principio me doliera, cuando me di cuenta de ello, viéndolo todo al fin a través del único criterio digno de psicólogo, me mantuve de igual modo amigo de él y dedicado al objetivo para el que él me había atraído a sí —la publicación de este libro.

Incluso en esto —resulta curioso descubrirlo— las circunstancias, poniendo ante él a quien, con mi carácter, le pudiera ser útil, le fueron favorables.

AUTOBIOGRAFÍA SIN ACONTECIMIENTOS

En estas impresiones sin nexo, ni deseo de nexo, narro indiferentemente mi autobiografía sin acontecimientos, mi historia sin vida. Son mis Confesiones, y, si en ellas nada digo, es porque nada tengo que decir.

FRAGMENTO 12

1.

Nací en un tiempo en que la mayoría de los jóvenes había perdido la creencia en Dios, por la misma razón por la que sus mayores la habían tenido —sin saber por qué. Y entonces, como el espíritu humano tiende naturalmente a criticar porque siente, y no porque piensa, la mayoría de los jóvenes escogió a la Humanidad como sucedáneo de Dios. Pertenezco, sin embargo, a aquel género de hombres que están siempre al margen de aquello a lo que pertenecen, no viendo sólo la multitud de la que son parte, sino también los grandes espacios que hay al lado. Por eso ni abandoné a Dios tan ampliamente como ellos, ni acepté nunca a la Humanidad. Consideré que Dios, siendo improbable, podría existir, pudiendo por lo tanto deber ser adorado; pero que la Humanidad, siendo una mera idea biológica, y no significando más que la especie animal humana, no era más digna de adoración que cualquier otra especie animal. Este culto a la Humanidad, con sus ritos de Libertad e Igualdad, me pareció siempre una revivificación de los cultos antiguos, donde los animales eran como dioses, o los dioses tenían cabezas de animales.

Así, no sabiendo creer en Dios, y no pudiendo creer en una suma de animales, me quedé, como otros de la orla de las gentes, en aquella distancia de todo a la que comúnmente se llama la Decadencia. La Decadencia es la pérdida total de la inconsciencia; porque la inconsciencia es el fundamento de la vida. El corazón, si pudiera pensar, se pararía.

A quien, como yo, así, viviendo, no sabe tener vida, ¿qué le queda sino, como a mis escasos pares, la renuncia por modo y la contemplación por destino? No sabiendo lo que es la vida religiosa, ni pudiendo saberlo, porque no se tiene fe con la razón; no pudiendo tener fe en la abstracción del hombre, ni sabiendo siquiera qué hacer de ella ante nosotros, nos quedaba, como motivo de tener alma, la contemplación estética de la vida. Ÿ así, ajenos a la solemnidad de todos los mundos, indiferentes a lo divino y menospreciadores de lo humano, nos entregamos fútilmente a la sensación sin propósito, cultivada en un epicureísmo sutilizado, como conviene a nuestros nervios cerebrales.

Reteniendo de la ciencia sólo aquel precepto central suyo, de que todo está sujeto a las leyes fatales, contra las cuales no se reacciona independientemente, porque reaccionar es que ellas han hecho que reaccionáramos; y verificando cómo ese precepto se ajusta al otro, más antiguo, de la divina fatalidad de las cosas, abdicamos del esfuerzo como los débiles del entretenimiento de los atletas, y nos doblamos sobre el libro de las sensaciones con un gran escrúpulo de erudición sentida.

No tomando nada en serio, ni considerando que nos fuese otorgada como cierta otra realidad fuera de nuestras sensaciones, a su abrigo nos acogemos, y las exploramos como a grandes países desconocidos. Y, si nos ocupamos asiduamente no sólo en la contemplación estética sino también en la expresión de sus modos y resultados, es porque la prosa o el verso que escribimos, destituidos de la voluntad de querer convencer el entendimiento ajeno o mover la ajena voluntad, es apenas como el hablar en voz alta de quien lee, hecho para dar plena objetividad al placer subjetivo de la lectura.

Sabemos bien que toda obra ha de ser imperfecta, y que la menos segura de nuestras contemplaciones estéticas será la de aquello que escribimos. Pero imperfecto es todo, y no

hay ocaso tan bello que no pudiera serlo más aún, o brisa tan leve que nos produzca sueño que no pudiera darnos un sueño todavía más tranquilo. Y así, contempladores por igual de las montañas y de las estatuas, disfrutando los días como libros, soñándolo todo, sobre todo para transformarlo en nuestra íntima sustancia, haremos también descripciones y análisis que, una vez hechos, pasarán a ser cosas ajenas de las que podremos disfrutar como si vinieran con la tarde.

No es este el concepto de los pesimistas, como el de Vigny, para quien la vida es una cadena, donde él trenzaba paja para distraerse. Ser pesimista es tomar cada cosa como algo trágico, y esa actitud es una exageración y una incomodidad. No tenemos, es cierto, un concepto de valor para aplicar a la obra que producimos. La producimos, es cierto, para distraernos, pero no como el preso que trenza la paja para distraerse del Destino, sino como la joven que borda almohadas para distraerse, sin más.

Considero la vida como una venta donde tengo que esperar hasta que llegue la diligencia del abismo. No sé adónde me llevará, porque no sé nada. Podría considerar esta venta una prisión, porque estoy obligado a esperar en ella; podría considerarla un lugar social, porque aquí me encuentro con otros. No soy, sin embargo, ni impaciente ni vulgar. Dejo estar a los que se encierran en el cuarto, echados indolentes en la cama donde esperan sin sueño; dejo hacer a los que conversan en las salas, de donde las voces y las músicas llegan cómodas hasta mí. Me siento a la puerta y embebo mis ojos y oídos en los colores y los sonidos del paisaje, y canto lento, sólo para mí, vagos cantos que compongo mientras espero.

Para todos nosotros caerá la noche y llegará la diligencia. Gozo de la brisa que me dan y del alma que me dieron para gozarla, y no pregunto más ni busco. Si lo que dejé escrito en el libro de los viajantes puede, releído un día por otros, entretenerlos también en el tránsito, estará bien. Si no lo leen, ni se entretienen, estará bien también.

2.

Tengo que escoger lo que detesto —o el sueño, que mi inteligencia odia, o la acción, que a mi sensibilidad repugna; o la acción, para la que no nací, o el sueño, para el que no ha nacido nadie.

Resulta que, como detesto a ambos, no escojo ninguno; pero, como alguna vez tengo que soñar o actuar, mezclo una cosa con la otra.

3.
Me gusta, en las tardes lentas de verano, el sosiego de la parte baja de la ciudad, y sobre todo aquel sosiego que el contraste acentúa en el momento en que el día se entrega más al bullicio. La Rúa do Arsenal, la Rúa da Alfândega, la prolongación de las calles tristes que se arrastran hacia el este desde el final de la de Alfândega, toda la línea distante de los muelles en calma —todo me conforta de tristeza, si me inserto, en esas tardes, en la soledad de su conjunto. Vivo en una era anterior a la era en que vivo; disfruto de sentirme contemporáneo de Cesário Verde, y tengo en mí, no otros versos como los de él, sino la sustancia igual a la de los versos que fueron suyos. Por allí arrastro, hasta entrada la noche, una sensación de vida parecida a la de esas calles. De día están llenas de un bullicio que no quiere decir nada; de noche están llenas de una ausencia de bullicio que nada quiere decir. Yo de día soy nulo, y de noche soy yo. No hay diferencia entre yo y las calles de la parte de la Alfândega, salvo el ser ellas calles y yo ser alma, lo que puede que nada valga ante lo que es la esencia de las cosas. Hay un destino igual, porque es abstracto, para los hombres y para las cosas —una designación igualmente indiferente en el álgebra del misterio.

Pero hay alguna cosa más… En esas horas lentas y vacías, me sube del alma a la mente una tristeza de todo el ser, la amargura de que todo sea al mismo tiempo una sensación mía y una cosa exterior, que no está en mi poder alterar. ¡Ah, cuántas veces mis propios sueños se me yerguen en cosas, no para sustituirme la realidad, sino para confesárseme sus iguales al no quererlos yo, al surgirme desde fuera, como el tranvía que da la vuelta en la curva final de la calle, o la voz del pregonero nocturno de no sé qué, que sobresale, tonada árabe, como un chorro repentino, en la monotonía del atardecer!

Pasan futuros cónyuges, pasan las parejas de costureras, pasan muchachos con prisas de placer, fuman en su paseo de siempre los jubilados de todo, en una que otra puerta observan poca cosa los vagos parados dueños de las tiendas. Lentos, fuertes y flacos, los reclutas sonambulizan en haces muy ruidosos cuando no mucho más que ruidosos. Los automóviles allí a estas horas no son muy frecuentes; son, sí, musicales. En mi corazón hay una paz de angustia, y mi sosiego está hecho de resignación.

Pasa todo eso, y nada de todo eso me dice nada, todo es ajeno a mi destino, ajeno incluso al destino mismo —inconsciencia, carambas al desatino cuando el azar lanza piedras, ecos de voces incógnitas— ensalada colectiva de la vida.

4.
… y desde lo alto de la majestad de todos los sueños, ayudante de tenedor de libros en la ciudad de Lisboa.

Pero el contraste no me abate —me libera; y la ironía que hay en él es sangre mía. Lo que debiera humillarme es mi bandera, que despliego; y la risa con que debería reírme de mí mismo, es un clarín con el que saludo y engendro una alborada en la que me hago.

¡La gloria nocturna de ser grande no siendo nada! La majestad sombría del esplendor desconocido… Y siento, de repente, lo sublime del monje en el yermo, y del ermitaño en el retiro, avisado de la sustancia de Cristo en las piedras y en las cavernas del alejamiento del mundo.

Y en la mesa de mi cuarto absurdo, despreciable, empleado y anónimo, escribo palabras como la salvación del alma y me doro del atardecer imposible de montes altos vastos y lejanos, de mi estatua recibida por placeres, y del anillo de renuncia en mi dedo evangélico, joya parada en mi desdén estático.

5.

Tengo ante mí las dos páginas grandes del pesado libro; alzo de su inclinación en el viejo pupitre, con los ojos cansados, un alma más cansada que los ojos. Más allá de la nada que esto representa, el almacén, hasta la Rúa dos Douradores, enfila los anaqueles regulares, los empleados regulares, el orden humano y el sosiego de lo vulgar. En la vidriera hay el ruido de lo diverso, y el ruido diverso es vulgar, como el sosiego que está junto a los anaqueles.

Me inclino con nuevos ojos sobre las dos páginas blancas en las que mis números cuidadosos pusieron resultados de la sociedad. Y, con una sonrisa que guardo para mí, recuerdo que la vida, que tiene estas páginas con nombres de tejidos y dinero, con sus blancos, y sus trazos a regla y en letra, incluye también a los grandes navegantes, los grandes santos, los poetas de todas las épocas, todos ellos sin obra, la vasta prole expulsada de los que constituyen el valor del mundo.

En el propio registro de un tejido que no sé qué cosa sea se me abren las puertas del Indo y de Samarcanda, y la poesía de Persia, que no es de un lugar ni de otro, hace de sus cuartetas, desrimadas en el tercer verso, un apoyo lejano para mi desasosiego. Pero no me equivoco, escribo, sumo, y la escritura sigue, hecha normalmente por un empleado de esta oficina.

6.
Pedí tan poco a la vida y ese mismo poco la vida me lo negó. Un haz de parte del sol, un campo próximo, un poco de sosiego con un poco de pan, no pesarme mucho el saber que existo, y no exigir nada de los otros ni ellos nada de mí. Esto mismo me fue negado, como quien niega la limosna no por falta de buena alma, sino por tener que desabrocharse la chaqueta.
Escribo, triste, en mi cuarto tranquilo, solo como siempre yo he estado, solo como siempre estaré. Y pienso si mi voz, aparentemente tan poca cosa, no encarna la sustancia de millares de voces, el hambre de decirse de millares de vidas, la paciencia de millones de almas sometidas como la mía al destino cotidiano, al sueño inútil, a la esperanza sin vestigios. En estos momentos mi corazón late más alto por mi conciencia de él. Vivo más porque vivo mayor. Siento en mi persona una fuerza religiosa, una especie de oración, un símil de clamor. Pero mi reacción contra mí desciende desde mi inteligencia… Me veo en el cuarto piso de la Rúa dos Douradores, me ayudo con sueño; miro, sobre el papel medio escrito, la vida sana sin belleza y el cigarro barato que apurándolo extiendo sobre el secante viejo. ¡Yo aquí, en este cuarto piso, interpelando a la vida!, ¡diciendo lo que las almas sienten!, ¡haciendo prosa como los genios y los célebres! ¡Yo, aquí, así…!

7.

Hoy, en uno de los devaneos sin objetivo ni dignidad que constituyen gran parte de la sustancia espiritual de mi vida, me imaginé liberado para siempre de la Rúa dos Douradores, del patrón Vasques, del tenedor de libros Moreira, de todos los empleados, del mozo, del muchacho y del gato. Sentí en sueños mi liberación, como si los mares del Sur me hubieran ofrecido islas maravillosas por descubrir. Sería entonces el reposo, el arte conseguido, el cumplimiento intelectual de mi ser.

Pero de pronto, y en el propio imaginar qué hacía en un café en el descanso breve del mediodía, una impresión de desagrado me asaltó el sueño: sentí que iba a tener pena. Sí, lo digo como si lo dijera en pormenor: iba a tener pena. El patrón Vasques, el tenedor de libros Moreira, el cajero Borges, todos los buenos chicos, el muchacho alegre que lleva las cartas al correo, el mozo de los recados, el gato cariñoso —todo eso se convirtió en parte de mi vida; no podría dejar todo eso sin llorar, sin comprender que, por malo que pudiera parecerme, era parte de mí lo que quedaba con todos ellos, que separarme de ellos era una mitad y semblanza de la muerte.

Por otra parte, si me apartara de todos ellos, y me despojara de este uniforme de la Rúa dos Douradores, ¿a qué otra cosa me habría de incorporar? —porque a otra tendría que incorporarme, ¿con qué otro uniforme me habría de vestir?— porque con otro me tendría que vestir.

Todos tenemos un patrón Vasques, para unos visible, para otros invisible. Para mí se llama realmente Vasques, y es un hombre sano, agradable, de vez en cuando brusco pero sólo por fuera, egoísta pero en el fondo justo, con una justicia de la que carecen muchos grandes genios y muchas maravillas humanas de la civilización, a derecha e izquierda. Para otros será la vanidad, el ansia de mayor riqueza, la gloria, la inmortalidad… Prefiero para patrón mío al Vasques hombre, que es más tratable, en las horas difíciles, que todos los patrones abstractos del mundo.

Considerando que yo ganaba poco, me dijo el otro día un amigo, socio de una firma próspera por sus negocios en todo el Estado: «usted está explotado, Soares». Eso me recordó que lo estoy; pero como en la vida todos tenemos que ser explotados, me pregunto si valdrá menos la pena ser explotado por el Vasques de los tejidos que por la vanidad, la gloria, el despecho, la envidia o lo imposible.

Existen aquellos a los que el mismo Dios explota, y son profetas y santos en la vacuidad del mundo.

Y me retiro, como al hogar que los demás tienen, a la casa ajena, oficina amplia, de la Rúa dos Douradores. Me incorporo a mi mesa como a un baluarte contra la vida. Siento ternura, ternura hasta las lágrimas, por mis libros ajenos en los que dejo mis registros^ por el tintero viejo que utilizo, por las espaldas encorvadas de Sergio, que hace listas de envíos un poco más allá. Amo todo esto, tal vez porque no tenga otra cosa que amar —o tal vez, también, porque nada hay que valga el amor de un alma, y, si tenemos que darlo por sentimiento, tanto vale darlo al pequeño aspecto de mi tintero como a la gran indiferencia de las estrellas.

8.

El patrón Vasques. Me invade, muchas veces, inexplicablemente, la hipnosis del patrón Vasques. ¿Qué es para mí ese hombre, salvo el obstáculo ocasional de ser el dueño de mis horas, en un tiempo diurno de mi vida? Me trata bien, me habla con amabilidad, excepto en los momentos bruscos de preocupación desconocida en que no habla bien a nadie. Sí, pero ¿por qué me preocupa? ¿Es un símbolo? ¿Una razón? ¿Qué es?

El patrón Vasques. Lo recuerdo ya en el futuro con la saudade que sé que habré de sentir entonces. Estaré tranquilo en una casa pequeña en los alrededores de algo, disfrutando de un sosiego en el que no realizaré la obra que ahora no realizo, y buscaré, para seguir sin haberla realizado, disculpas diferentes de aquellas con las que hoy me disculpo. O estaré internado en un asilo de beneficencia, feliz por la derrota absoluta, mezclado con la gentuza de los que se creyeron genios y no fueron más que mendigos con sueños, y junto a la masa anónima de los que no tuvieron poder para triunfar ni renuncia bastante para triunfar al revés. Dondequiera que esté, recordaré con saudade al patrón Vasques, la oficina de la Rúa dos Douradores, y la monotonía de la vida cotidiana será para mí como el recuerdo de los amores que no me sucedieron, o de los triunfos que no habían de ser míos.

El patrón Vasques. Lo veo hoy desde allí, como lo veo hoy desde aquí mismo —estatura media, achaparrado, grosero con límites y afectos, franco y astuto, brusco y afable—, jefe, al margen de su dinero, con las manos sudorosas y peludas, con las venas marcadas como pequeños músculos coloreados, el cuello grueso sin ser gordo, las mejillas sonrosadas y al mismo tiempo tensas, bajo la barba oscura siempre recién cortada. Lo veo, veo sus gestos de sosiego enérgico, sus ojos pensando en su interior cosas de fuera, me llega la perturbación de la ocasión en la que no le agrado, y mi alma se alegra con su sonrisa, una sonrisa amplia y humana, como el aplauso de una multitud.

Será, tal vez, porque no tengo junto a mí figura más destacada que la del patrón Vasques por lo que, muchas veces, esa figura vulgar y hasta ordinaria se me enreda en la inteligencia y me distrae de mí. Creo que hay ahí un símbolo. Creo o casi creo que en algún sitio, en una vida remota, este hombre significó en mi vida algo más importante que lo que hoy significa.

9.

¡Ah, ya comprendo! El patrón Vasques es la Vida. La Vida, necesaria y monótona, instigadora y desconocida. Este hombre banal representa la banalidad de la Vida. Él lo es todo para mí, exteriormente, porque la Vida es para mí todo exterior.

Y, si la oficina de la Rúa dos Douradores representa para mí la vida, este mi segundo piso, donde vivo, en la misma Rúa dos Douradores, representa para mí el Arte. Sí, el Arte, que vive en la misma calle que la Vida, aunque en un sitio diferente, el Arte que alivia la vida sin aliviar el vivir, que es tan monótono como la misma vida, pero sólo en un sitio diferente. Sí, esta Rúa dos Douradores encierra para mí todo el sentido de las cosas, la solución de todos los enigmas, salvo el hecho de la existencia misma de los enigmas, que es lo que no puede tener solución.

10.
Y así soy, fútil y sensible, capaz de impulsos violentos y absorbentes, malos y buenos, nobles y viles, pero nunca de un sentimiento que subsista, nunca de una emoción que prolongue y entre hasta la sustancia del alma. Todo en mí es tendencia para ser a continuación otra cosa; una impaciencia del alma consigo misma, como un niño inoportuno; un desasosiego siempre creciente y siempre igual. Todo me interesa y nada me cautiva. Atiendo a todo siempre soñando; fijo los mínimos gestos faciales de aquel con quien hablo, recojo las entonaciones milimétricas de cada palabra proferida; pero al oírlo, no lo escucho, estoy pensando en otra cosa, y lo que menos retengo de la conversación es la noción de lo que en ella se dijo, por mi parte o por parte de aquel con quien hablé. Así, muchas veces, repito a alguien lo que ya le había repetido, le pregunto de nuevo por aquello a lo que ya me había respondido; pero puedo describir, en cuatro palabras fotográficas, el semblante muscular con el que él me dijo lo que no recuerdo, o la inclinación de oír con los ojos con que recibió la narración que ya no recordaba haberle contado. Soy dos, y ambos mantienen la distancia —hermanos siameses que no están unidos.

11. LETANÍA
Nunca nos realizamos.
Somos dos abismos —un pozo mirando fijamente al cielo.

12.
Envidio —pero no sé si envidio— a aquellos de quienes puede escribirse una biografía, o que pueden escribir la suya propia. En estas impresiones sin nexo, ni deseo de nexo, narro indiferentemente mi autobiografía sin acontecimientos, mi historia sin vida. Son mis Confesiones, y, si en ellas nada digo, es porque nada tengo que decir.

¿Qué puede tener alguien que confesar que valga o sirva para algo? Lo que nos sucedió, o sucedió a todos o sólo a nosotros; en un caso no significa nada nuevo, y en el otro no puede comprenderse. Si escribo lo que siento es porque así disminuyo la fiebre de sentir. Lo que confieso carece de importancia, pues no hay nada que tenga importancia. Hago paisajes con lo que siento. Hago vacaciones de las sensaciones. Entiendo bien a las bordadoras que lo son por dolor o a las que hacen punto de media porque hay una vida que vivir. Mi vieja tía hacía solitarios durante el infinito de la velada. Estas confesiones de sentir son mis solitarios. No los interpreto, como quien se sirviese de cartas para conocer el destino. No los ausculto, porque en los solitarios las cartas no tienen propiamente validez. Me desenrollo como una madeja multicolor, o hago conmigo mismo figuras de cordel, como las que se tejen en las manos extendidas y se van pasando de un niño a otro. Me preocupo sólo de que el pulgar no falle el nudo que le toca. Después vuelvo la mano y la imagen queda diferente. Y vuelvo a comenzar.

Vivir es hacer punto de media con una intención ajena. Pero, al hacerlo, el pensamiento es libre, y todos los príncipes encantados pueden pasear por sus parques entre entrada y entrada de la aguja de marfil de punta curva. Croché de las cosas… Intervalo… Nada…

Por lo demás, ¿en qué puedo contar conmigo? Una sutileza horrible de las sensaciones, y la comprensión profunda de estar sintiendo… Una inteligencia aguda para destruirme, y un poder de sueño ávido de entretenerme… Una voluntad muerta y una reflexión que la arrulla, como a un hijo vivo… Sí, croché…

13.
La miseria de mi condición no se ve perturbada por estas palabras ligadas con las que voy formando, poco a poco, mi libro casual y meditado. Subsisto nulo en el fondo de toda la expresión, como un polvo indisoluble en el fondo del vaso de donde se ha bebido agua. Escribo mi literatura como escribo mis asientos —con cuidado e indiferencia. Ante el vasto cielo estrellado y el enigma de muchas almas, la noche del abismo incógnito y el caos de no comprender nada— ante todo esto lo que escribo en el libro auxiliar de caja y lo que escribo en este papel del alma son cosas restringidas por igual a la Rúa dos Douradores, muy poco a los grandes espacios millonarios del universo.

Todo esto es sueño y fantasmagoría, y de poco vale que el sueño sea de asientos con prosa de buen porte. ¿De qué sirve soñar con princesas, más que soñar con la puerta de entrada de la oficina? Todo lo que sabemos es una impresión nuestra, y todo lo que somos es una impresión ajena, melodrama de nosotros que, sintiéndonos, nos constituimos en nuestros propios espectadores activos, en nuestros dioses por licencia del Ayuntamiento.

14.

Saber que será mala la obra que no se ha de hacer nunca. Peor, no obstante, siempre será la que nunca se haga. La que se haga, al menos, queda hecha. Será pobre, pero existe, como la planta raquítica en el único jarrón de mi vecina tullida. Esa planta es su alegría, y a veces también la mía. Lo que escribo y reconozco que es malo, puede también ofrecer unos momentos de distracción peor a algún que otro espíritu afligido o triste. Eso me basta, o no me basta, pero de algún modo es útil, y así es toda la vida.

Un tedio que incluye la anticipación sólo de más tedio todavía; la pena ya de sentir mañana pena por haber sentido pena hoy —grandes marañas sin utilidad ni verdad, grandes marañas…

… donde, encogido en un banco de la sala de espera de un apeadero, mi desprecio duerme entre el gabán de mi desaliento…

… el mundo de imágenes soñadas de que se componen, por igual, mi conocimiento y mi vida…

En nada me pesa o en mí dura el escrúpulo de la hora presente. Tengo hambre de la extensión del tiempo, y quiero ser yo sin condiciones.

15.
Conquisté, palmo a pequeño palmo, el terreno interior que nació mío. Reclamé, espacio a pequeño espacio, el pantano en que me quedé nulo. Parí mi ser infinito, pero me extraje con gran esfuerzo de mí mismo.

16.

Devaneo entre Cascáis y Lisboa. Fui a pagar a Cascáis una contribución del patrón Vasques, de una casa que tiene en Estoril. Gocé anticipadamente del placer de ir, una hora de ida, una de vuelta, viendo los aspectos siempre diversos del gran río y de su hoz atlántica. En realidad, a la ida, me perdí en meditaciones abstractas, viendo sin ver los paisajes acuáticos que me alegraba ir a ver, y a la vuelta me perdí en la fijación de estas sensaciones. No sería capaz de describir el más pequeño pormenor del viaje, el más pequeño fragmento de cosa visible. Gané estas páginas, por olvido y contradicción. No sé si eso es mejor o peor que lo contrario, que tampoco sé qué cosa sea.

El tren se va parando, estamos en el Cais do Sodré. Llegué a Lisboa, pero no a una conclusión.

17.

Puede que ya sea hora de que haga el único esfuerzo de mirar para mi propia vida. Me veo en medio de un desierto inmenso. Digo de lo que ayer literariamente fui, procuro explicarme a mí mismo cómo he llegado aquí.

18.

Encaro serenamente, sin otra cosa que lo que en el alma pueda representar una sonrisa, el encerrárseme siempre la vida en esta Rua dos Douradores, en esta oficina, en esta atmósfera de esta gente. Tener con qué comer y qué beber, y donde vivir, y el poco espacio libre en el tiempo de soñar, escribir —dormir— ¿qué más puedo pedir a los Dioses o esperar del Destino?

Tuve grandes ambiciones e ilimitados sueños —pero también los tuvo el mozo de los recados o la costurera, porque sueños los tiene todo el mundo: lo que nos diferencia es la fuerza de conseguirlos o el destino de conseguirse en nosotros.

En sueños soy igual al mozo de los recados y a la costurera. Sólo me diferencia de ellos el saber escribir. Sí, es un acto, una realidad mía que me diferencia de ellos. En el alma soy su igual.

Sé de sobra que hay islas en el Sur y grandes pasiones cosmopolitas, y □

Si tuviese el mundo en la mano, lo cambiaba, estoy seguro, por un billete para la Rúa dos Douradores.

Tal vez mi destino sea ser eternamente tenedor de libros, y la poesía o la literatura una mariposa que, posándoseme en la cabeza, me vuelva tanto más ridículo cuanto mayor sea su propia belleza.

Tendré saudades de Moreira, pero ¿qué son las saudades ante las grandes ascensiones?

Sé muy bien que el día en que sea tenedor de libros de la casa Vasques y Cía. será uno de los grandes días de mi vida. Lo sé con una anticipación amarga e irónica, pero lo sé con la ventaja intelectual de la certeza.

19.
En la ensenada de la playa junto al mar, entre el arenal y los matorrales costeros, ascendía de la incertidumbre del abismo nulo la inconstancia del deseo ardiente. No habría que escoger entre los trigos y los muchos [ríe], y la distancia seguía entre cipreses.

El hechizo de las palabras aisladas, o reunidas atendiendo a la armonía sonora, con resonancias íntimas y sentidos divergentes al mismo tiempo que convergen, la pompa de las frases colocadas entre los sentidos de las otras, malignidad de los vestigios, esperanza de los bosques, y nada más que la tranquilidad de los estanques entre los huertos de la infancia de mis subterfugios… Así, entre los altos muros de la audacia absurda, en las hileras de árboles y en los sobresaltos de lo que se agosta, otro que no fuera yo podría oír de los labios tristes la confesión negada a mejores insistencias. Nunca, entre el ruido de las lanzas en el patio no visto, ni que los caballeros vinieran de vuelta de la carretera que se ve desde lo alto del muro, habría más sosiego en el Solar de los Últimos, ni se recordaría otro nombre, de este lado de la carretera, que no fuera el que encantaba por la noche, con el de las moras, al niño que murió después, de la vida y de la maravilla.

Leves, entre los surcos que había en la hierba, porque los pasos abrían nadas entre el verdor agitado, los pasos de los últimos perdidos sonaban arrastrándose, como reminiscencias de lo por venir. Eran viejos los que habían de venir, y sólo jóvenes los que nunca vendrían. Los tambores rodaron a la orilla de la carretera y los clarines pendían inertes de las manos cansadas, que los habrían soltado de quedarles fuerzas para soltar algo.

Pero de nuevo, como consecuencia del hechizo, sonaban poderosos los alaridos apagados, y los perros tergiversaban en los visibles bulevares. Todo era absurdo, como un luto, y las princesas de los sueños de los otros paseaban sin claustros indefinidamente.

20.

En varias ocasiones, a lo largo de mi vida oprimida por circunstancias, me ha sucedido, cuando quiero librarme de algún conjunto de ellas, verme súbitamente rodeado por otras del mismo orden, como si existiera de forma definida una enemistad contra mí en el tejido incierto de las cosas. Arranco del cuello una mano que me ahoga. Veo que en la mano con que arranqué la otra me vino atado un lazo que me cayó en el cuello con el gesto de liberación. Aparto con cuidado el lazo, y casi me estrangulo con mis propias manos.

21.
Haya o no dioses, de ellos somos siervos.

22.
Mi imagen, tal como yo la veía en los espejos, anda siempre al cuello de mi alma. Yo no podía ser sino encorvado y débil como soy, incluso en mis pensamientos.

Todo en mí es de un príncipe de cromo pegado en el viejo álbum de un niño que murió siempre hace mucho tiempo.

Amarme es sentir pena de mí. Un día, allá al fin del futuro, alguien escribirá sobre mí un poema, y tal vez sólo entonces yo comience a reinar en mi Reino.

Dios es el nosotros existir y el no ser eso todo.

23. ABSURDO

Nos volvemos esfinges, aunque falsas, hasta el punto de no saber ya quiénes somos. Porque, por lo demás, nosotros lo que somos es esfinges falsas y no sabemos lo que realmente somos. El único modo de estar de acuerdo con la vida consiste en estar en desacuerdo con nosotros mismos. Lo absurdo es lo divino.

Establecer teorías, pensándolas paciente y honestamente, sólo para después actuar contra ellas —actuar y justificar nuestras acciones con teorías que las condenan. Trazar un camino en la vida, y acto seguido actuar en contra de seguir ese camino. Tener todos los gestos y todas las actitudes de algo que ni somos ni pretendemos ser ni pretendemos ser tomados como siéndolo.

Comprar libros *para* no leerlos; ir a conciertos para no oír la música ni ver a los otros asistentes; dar largos paseos por estar harto de andar e ir a pasar unos días al campo sólo porque detestamos el campo.

24.
Hoy, como si me oprimiera la sensación del cuerpo aquella angustia antigua que a veces nos desborda, no comí bien, ni bebí lo habitual, en el restaurante o casa de comidas en cuyo entresuelo asiento la continuación de mi existencia. Y como, al salir, el camarero se diera cuenta de que la botella de vino había quedado a medias, se giró hacia mí y dijo: «Hasta luego, Sr. Soares, y que se mejore».

Al toque de clarín de esta simple frase mi alma se alivió como si en un cielo cubierto de nubes el viento de repente las apartara. Y entonces reconocí lo que nunca antes había reconocido con claridad, y es que en estos camareros de café y de restaurante, en los barberos, en los mozos de recados de las esquinas, yo encuentro una simpatía espontánea, natural, que no puedo enorgullecerme de recibir de los que tratan conmigo en la mayor intimidad, impropiamente dicha…

La fraternidad encierra sutilezas,

Unos gobiernan el mundo, otros son el mundo. Entre un millonario americano, un César o un Napoleón, o Lenin, o el jefe socialista de la aldea —no hay diferencia de calidad sino sólo de cantidad. Debajo de estos estamos nosotros, los amorfos, el dramaturgo desordenado William Shakespeare, el maestro John Milton, el vago Dante Alighieri, el recadero que ayer llevó un recado mío, o el barbero que me cuenta chistes, el camarero que acaba de hacerme la fraternidad de desearme una mejoría por no haberme bebido más que la mitad del vino.

25.
Es una oleografía sin remedio. La miro sin saber si la estoy viendo. En el escaparate hay otras como aquella. Está en el centro del escaparate del vano de la escalera.

Ella aprieta la primavera contra el pecho y los ojos con que me mira están tristes. Sonríe con brillo de papel y el color de su rostro es encarnado. El cielo a sus espaldas es azul de paño claro. Tiene una boca recortada y casi pequeña sobre cuya expresión postal sus ojos me observan siempre con una inmensa pena. El brazo que sujeta las flores me recuerda el de alguien. El vestido o blusa está abierto en escote ladeado. Los ojos están realmente tristes: me observan desde el fondo de la realidad litográfica con no sé qué verdad. Ella llegó con la primavera. Sus ojos tristes son grandes, pero no es por eso. Me alejo del frente del escaparate con una enorme violencia sobre mis pies. Atravieso la calle y me vuelvo con una rebelión impotente. Ella sigue sujetando la primavera que le dieron y sus ojos están tristes como lo que a mí me falta en la vida. Vista de lejos, la oleografía tiene aún más colores. La figura tiene una cinta de color de un rosa intenso rodeando la parte alta del pelo; no me había fijado. Hay en los ojos humanos, incluso en los litográficos, una cosa terrible: el aviso inevitable de la conciencia, el grito clandestino de que hay alma. Con gran esfuerzo me alzo del sueño en que me empapo y sacudo, como un perro, la humedad de la tiniebla de bruma. Y más allá de mi desertar, en una despedida de cualquier otra cosa, los ojos tristes de una vida entera, de esta oleografía metafísica que contemplamos a distancia, me miran fijamente como si yo supiera de Dios. El grabado tiene un calendario en su base. Está enmarcado por arriba y por abajo con dos listones negros con un saliente plano mal pintado. Entre la parte alta y baja de su conclusión, por encima de 1929 con viñeta obsoletamente caligráfica cubriendo el inevitable primero de enero, los ojos tristes me sonríen irónicamente.

Resulta curioso de qué conocía yo, al fin, la figura. En la oficina hay, en el rincón del fondo, un calendario idéntico, que he visto muchas veces. Pero, por un misterio, oleográfico o mío, la idéntica de la oficina no tiene ojos de pena. No es más que una oleografía. (Es de papel brillante y duerme por encima de la cabeza del zurdo Alves su vivir esfumado).

Quiero sonreírme con todo esto, pero siento un profundo malestar. Siento un frío de enfermedad repentina en el alma. No tengo fuerzas para rebelarme contra ese absurdo. ¿A qué ventana para qué secreto de Dios me acercaría yo sin querer? ¿Adónde da el escaparate del vano de la escalera? ¿Qué ojos me observaban desde la litografía? Estoy casi temblando. Levanto involuntariamente los ojos para el apartado rincón de la oficina donde está la verdadera litografía. Levanto una y otra vez los ojos hacia allí.

26.
Dar a cada emoción una personalidad, a cada estado del alma un alma.
Doblaron la curva del camino y eran muchas muchachas. Venían cantando por el camino, y el sonido de sus voces era felices [*sic*]. Ellas no sé lo que serían. Las escuché un rato desde lejos, sin sentimiento propio. Una amargura por ellas se me instaló en el corazón.

¿Por su futuro? ¿Por su inconsciencia? No directamente por ellas —o ¿quién sabe?, tal vez sólo por mí.

27.
La literatura, que es el arte casado con el pensamiento y la realización sin la mancha de la realidad, se me antoja el fin hacia el que debería tender todo esfuerzo humano, si fuera verdaderamente humano, y no una superfluidad del animal. Creo que decir una cosa significa conservarle la virtud y despojarla del terror. Los campos son más verdes en el decirlos que en su verdor. Las flores, si se describen con frases que las definan en el aire de la imaginación, tendrán colores de una permanencia que la vida celular no permite.

Moverse es vivir, decirse es sobrevivir. No hay nada de real en la vida que no lo sea porque fue bien descrito. Los criticastros suelen señalar que tal poema, ampliamente rimado, no quiere al fin decir sino que hace un buen día. Pero decir que hace un buen día es difícil, y hasta un buen día, al final, acaba por pasar. Tenemos por eso que conservar el buen día en una memoria florida y duradera, y así constelar de nuevas flores o de nuevos astros los campos y los cielos de la exterioridad vacía y pasajera.

Todo es lo que somos, y todo será, para quienes nos sigan en la diversidad del tiempo, conforme nosotros intensamente lo hayamos imaginado, esto es, lo hayamos, con la imaginación metida en el cuerpo, verdaderamente sido. No creo que la historia sea otra cosa, en su inmenso panorama deslucido, que una sucesión de interpretaciones, un consenso confuso de testimonios descuidados. El novelista es todos nosotros, y narramos cuando vemos, porque ver es, como todo, complejo.

Tengo en este momento tantos pensamientos fundamentales, tantas cosas verdaderamente metafísicas que decir, que me canso de pronto, y decido no seguir escribiendo, no seguir pensando, sino dejar que la fiebre de decir me dé sueño, y yo haga carantoñas con los ojos cerrados, como un gato, a todo cuanto podría haber dicho.

28.
Un hálito de música o de sueño, algo que haga casi sentir, algo que haga no pensar.

29.
Después de que las últimas gotas de lluvia empezaron a espaciar su caída del tejado, y por el centro empedrado de la calle el azul del cielo comenzó lentamente a espejear, el sonido de los vehículos adquirió otro canto, más alto y alegre, y se oyó el abrir de ventanas contra el desolvido del sol. Entonces, por la calle estrecha del fondo de la esquina próxima, estalló el pregón del primer vendedor de lotería, y los clavos clavados en las cajas de la tienda de al lado reverberaron por el espacio abierto.

Era un día de fiesta incierto, legal y que no se mantenía. Había paz y trabajo al mismo tiempo, y yo nada tenía que hacer. Me había levantado pronto y demoraba el prepararme para existir. Paseaba de un lado al otro del cuarto y soñaba en voz alta cosas sin nexo ni posibilidad —gestos que me había olvidado de hacer, ambiciones imposibles realizadas sin rumbo, conversaciones firmes y continuas que, de ser, habrían sido. Y en este devaneo sin grandeza ni calma, en este retrasar sin esperanza ni fin, gastaban mis pasos la mañana libre y mis palabras hondas, dichas en voz baja, resonaban múltiples en el claustro de mi sencillo aislamiento.

Mi figura humana, sí la consideraba con una atención exterior, era la del ridículo que todo lo humano asume cuando es íntimo. Me había echado sobre las ropas sencillas del sueño abandonado, un abrigo viejo, que me sirve para estas vigilias matutinas. Mis zapatillas viejas estaban rotas, sobre todo la del pie izquierdo. Y, con las manos en los bolsillos del chaquetón póstumo, recorrí la avenida de mi reducido cuarto con pasos apresurados y decididos, cumpliendo con el devaneo inútil un sueño igual al de todo el mundo.

Todavía, a través de la frescura abierta de mi única ventana, se oían caer de los tejados las gruesas gotas de la acumulación de la lluvia caída. Todavía, vagos, había frescores de haber llovido. El cielo, sin embargo, era de un azul conquistador, y las nubes que quedaban de la lluvia derrotada o cansada cedían, retirándose por las bandas del Castillo los caminos legítimos del cielo abierto.

Era el momento de estar alegre. Pero alguna cosa me pesaba, un ansia desconocida, un deseo sin definición, ni siquiera ordinario. Se me retrasaba, tal vez, la sensación de estar vivo. Y cuando me asomé desde la ventana altísima a la calle, que miré sin verla, me sentí de repente como uno de aquellos trapos húmedos de limpiar cosas sucias, que se llevan a la ventana para ponerlos a secar, pero que se olvidan, enrollados, en el alféizar que poco a poco van manchando.

30.
Reconozco, no sé si con tristeza, la sequedad humana de mi corazón. Vale más para mí un adjetivo que un lamento real del alma. Mi maestro Vieira □

Pero a veces soy diferente, y tengo lágrimas, lágrimas de esas calientes de quienes no tienen ni tuvieron madre; y mis ojos ardiendo de esas lágrimas muertas arden dentro de mi corazón.

No recuerdo a mi madre. Murió cuando yo tenía un año. Todo lo que hay de disperso y duro en mi sensibilidad nace de la ausencia de ese calor y de la saudade inútil de los besos de los que no tengo memoria. Soy postizo. Me desperté siempre contra pechos ajenos, arrullado por vías secundarias.

¡Ah, es la saudade del otro que yo podía haber sido lo que me dispersa y sobresalta! ¿Qué otro sería yo si me hubiesen dado cariño desde lo que viene en el vientre hasta los besos en la carita menuda?

Tal vez la saudade de no ser hijo sea en buena parte responsable de mi indiferencia sentimental. La que, siendo niño, me apretujó contra su cara, no me podía apretujar contra su corazón. Esa estaba lejos, en una tumba —esa, la que me habría pertenecido, si el Destino hubiera querido que me perteneciese.

Me dijeron, más tarde, que mi madre era bonita, y cuentan que, cuando me lo dijeron, yo no dije nada. Era ya mayor de cuerpo y alma, desentendido de emociones, y el hablarme no constituía todavía una noticia de otras páginas difíciles de imaginar.

Mi padre, que vivía lejos, se mató cuando yo tenía tres años y no llegué a conocerlo. Todavía no sé por qué vivía lejos. Nunca me interesó saberlo. Recuerdo la noticia de su muerte como una enorme seriedad durante las primeras comidas después de saberlo. Recuerdo que, de vez en cuando, miraban hacia mí. Y yo les devolvía la mirada, entendiendo estúpidamente. Después comía con más formalidad, no fuera que, sin yo verlos, continuaran mirándome.

Soy todas esas cosas, aunque no lo quiera, en el fondo confuso de mi sensibilidad fatal.

31.
El reloj que está allá atrás, al fondo, en la casa desierta, porque todos duermen, deja caer lentamente el cuádruple sonido claro de las cuatro de la madrugada. No he dormido aún, ni espero hacerlo. Sin que nada me distraiga la atención, y así me impida el sueño, o me pese en el cuerpo, y por eso no pueda sosegar, mantengo sepultado en la sombra, que la luz vaga de las farolas de la calle hace todavía más desamparada, el silencio amortiguado de mi cuerpo extraño. No sé pensar, del sueño que tengo; no sé sentir, del sueño que no logro tener.

Todo a mi alrededor es el universo desnudo, abstracto, hecho de nocturnas negaciones. Me divido en cansado e inquieto, y llego a tocar con la sensación del cuerpo un conocimiento metafísico del misterio de las cosas. De vez en cuando se me ablanda el alma, y entonces los pormenores sin forma de la vida cotidiana suben y flotan en la superficie de la conciencia, y me veo saltando sobre la superficie del agua al no poder dormir. Otras veces, me despierto del duermevela en el que me estanqué, e imágenes vagas, de un colorido poético e involuntario, dejan escurrir por mi desatención su espectáculo sin ruidos. No tengo cerrados por completo los ojos. Me orla la vista sin vigor una luz que viene de lejos; son las farolas públicas encendidas allá abajo, en el extremo de la calle.

¡Parar, dormir, sustituir esta conciencia entremezclada por mejores cosas melancólicas dichas en secreto a quien me desconociera!... ¡Parar, pasar líquido y ribereño, flujo y reflujo de un mar vasto, ante costas visibles en la noche en que realmente se durmiera!... ¡Parar, ser incógnito y externo, movimiento de ramos en apartados bulevares, tenue caer de hojas, percibido en el sonido más que en la caída, alta mar delicada de los lejanos surtidores, y la indefinición toda de los parques por la noche, perdidos entre sucesivas marañas, laberintos naturales de las tinieblas!... Parar, acabar definitivamente, pero con una supervivencia trasladada, ser la página de un libro, la trenza de un cabello suelto, el oscilar de la enredadera junto a la ventana entreabierta, los pasos sin importancia en el cascajo fino de la curva, el último humo ascendente de la aldea que adormece, el olvido del látigo del cochero a la orilla matutina del camino, ... El absurdo, la confusión, el apagamiento —todo aquello que no fuera la vida...

Y duermo, a mi manera, sin sueño ni reposo, esta vida vegetativa de la suposición, y bajo mis párpados sin sosiego se cierne, como la espuma quieta de un mar sucio, el reflejo lejano de las farolas mudas de la calle.

Duermo y desduermo.

Del otro lado de mí, por detrás de donde yazgo, el silencio de la casa alcanza el infinito. Oigo caer el tiempo, gota a gota, y ninguna gota de las que caen se oye caer. Me oprime físicamente el corazón físico la memoria, reducida a nada, de todo cuanto fue o fui. Siento la cabeza materialmente colocada en la almohada donde la tengo formando un valle. La piel de la funda mantiene con mi piel un contacto de personas en la sombra. La oreja misma, sobre la que me apoyo, se me graba matemáticamente contra el cerebro. Pestañeo de cansancio, y mis pestañas producen un sonido muy leve, inaudible, en la blancura sensible de la almohada erguida. Respiro, suspirando, y mi respiración aparece —no es mía. Sufro sin sentir ni pensar. El reloj de la casa, lugar exacto allá al fondo de las cosas, da las medias secas y nulas. ¡Todo es tanto, todo es tan hondo, todo es tan negro y frío!

Atravieso tiempos, atravieso silencios, mundos sin forma pasan a través de mí.

Súbitamente, como un niño del Misterio, un gallo canta ignorando la noche. Puedo dormir, porque es mañana en mí. Y siento que mi boca sonríe, corriendo levemente los suaves pliegues de la funda que se me engancha al rostro. Puedo abandonarme a la vida, puedo dormir, puedo ignorarme… Y, a través del sueño nuevo que me oscurece, o recuerdo el gallo que cantó, o es él, realmente, quien canta por segunda vez.

32. SINFONÍA DE UNA NOCHE INQUIETA

Todo dormía como si el universo fuera un error; y el viento, fluctuando incierto, era una bandera sin forma desplegada sobre un cuartel sin ser. Nada se desgarraba en el aire alto y fuerte, y los marcos de las ventanas sacudían los cristales para que la extremidad pudiera oírse. En el fondo de todo ello, callada, la noche era la tumba de Dios (el alma sufría con pena de Dios).

Y, de repente —nuevo orden de las cosas universales actuaba sobre la ciudad—, el viento silbaba en la pausa del viento, y había una noción dormida de muchas agitaciones en las alturas. Después la noche se cerraba como una trampa, y un gran sosiego resolvía el haber estado durmiendo.

33.
En los primeros días del otoño entrado de repente, cuando el oscurecer adquiere una evidencia de algo prematuro, y parece que hemos tardado mucho en lo que hacemos de día, disfruto, incluso en medio del trabajo cotidiano, este anticipo de no trabajar que la misma sombra trae consigo, por aquello de que es de noche y la noche significa sueño, hogares, liberación. Cuando las luces se encienden en la amplia oficina que deja de ser oscura, y organizamos la velada sin dejar de trabajar de día, siento una sensación de bienestar absurda como un recuerdo de otra persona, y estoy sosegado como si estuviera leyendo hasta sentir que voy durmiéndome.

Somos todos esclavos de circunstancias externas: un día de sol abre ante nosotros campos extensos en medio de un café de callejuela; una sombra en el campo nos encoge hacia adentro, y a duras penas nos abrigamos en la casa sin puertas de nosotros mismos; un hacerse de noche, incluso entre cosas del día, ensancha, como un abanico [que] se abriera lentamente, la conciencia íntima de tener que reposar.

Pero con eso el trabajo no se atrasa: se anima. Ya no trabajamos; nos recreamos con el asunto al que estamos condenados. Y, de repente, por la hoja extensa y pautada de mi destino numerador, la vieja casa de las tías antiguas alberga, cerrada contra el mundo, el té de las soñolientas diez, y el quinqué de petróleo de mi infancia perdida brillando sólo sobre la mesa de lino me oscurece, con su luz, la visión de Moreira, iluminado con una electricidad negra infinitamente más allá de mí. Traen el té —es la criada más vieja que las tías quien lo trae con los restos del sueño y el mal humor paciente de la ternura del viejo vasallaje— y yo escribo sin un solo fallo cantidades y sumas a través de todo mi pasado muerto. Me reabsorbo, me pierdo dentro de mí, me olvido en noches remotísimas, impolutas de deber y de mundo, vírgenes de misterio y de futuro.

Y tan suave es la sensación que me enajena del debe y el haber que, si por acaso me hacen una pregunta, respondo dulcemente, como si tuviera mi ser hueco, como si no fuera más que la máquina de escribir que llevo conmigo, la máquina portátil de mí mismo abierto. No me sorprende la interrupción de mis sueños: de tan suaves que son, continúo soñándolos por detrás del hablar, escribir, responder, e incluso conversar. Y a través de todo el té perdido acaba, y la oficina va a cerrar… Levanto el libro, que cierro lentamente, ojos cansados del llanto que no tuvieron, y, con una mezcla de sensaciones, sufro porque al cerrar la oficina se me cierre el sueño también; porque el gesto de la mano con que cierro el libro encubra el pasado irreparable; porque vaya a la cama de la vida sin sueño, sin compañía ni sosiego, en el flujo y reflujo de mi conciencia confundida, como dos mareas en la noche negra, al final de los destinos de la saudade y de la desolación.

34.
A veces pienso que nunca saldré de la Rúa dos Douradores. Y eso así, escrito, me parece una eternidad.
No el placer, no la gloria, no el poder; la libertad, sólo la libertad.
Pasar de los fantasmas de la fe a los espectros de la razón no es más que ser trasladado de celda. El arte, si nos libera de los abstractos ídolos de costumbre, también nos libera de las ideas generosas y de las preocupaciones sociales —ídolos también.
Encontrar la personalidad en el perderla —la misma fe abona ese sentido de destino.

35.
… y un profundo y tedioso desdén por todos cuantos trabajan en pro de la humanidad, por todos cuantos se baten por la patria y dan su vida para que la civilización continúe…

… un desdén lleno de tedio por ellos, que desconocen que la única realidad para cada uno es su propia alma, y el resto —el mundo exterior y los otros— una pesadilla antiestética, como un resultado en los sueños de una indigestión de espíritu.

Mi aversión por el esfuerzo se excita hasta el horror casi gesticulante ante todas las formas de esfuerzo violento. Y la guerra, el trabajo productivo y enérgico, la ayuda a los otros… todo eso no me parece otra cosa sino el producto de un impudor, □

Y, ante la realidad suprema de mi alma, todo lo que es útil y exterior me sabe a frívolo y trivial ante la soberana y pura grandeza de mis más originales y frecuentes sueños. Esos, para mí, son más reales.

36.
No son las miserables paredes de mi cuarto vulgar, ni las mesas viejas de la oficina ajena, ni la pobreza de las calles intermedias de la Baixa usual, tantas veces recorridas por mí que ya me parecen haber usurpado la fijeza de lo irreparable, las que producen en mi espíritu la náusea, frecuente en él, de la cotidianidad ultrajante de la vida. Son las personas que habitualmente me rodean, son las almas que, desconociéndome, me conocen cada día con el trato y la conversación, las que me ponen en la garganta del espíritu el nudo salivar del asco físico. Es la sordidez monótona de su vida, paralela a la exterioridad de la mía, es su conciencia íntima de ser mis semejantes, lo que me pone el traje de galeote, me da la celda de presidiario, me hace apócrifo y mendigo.

Hay momentos en que cada detalle de lo vulgar me interesa en su misma existencia, y yo tengo por todo la inclinación de saberlo leer todo con claridad. Entonces veo —como Vieira dijo que Sousa describía— lo común con singularidad, y soy poeta con aquel alma con que la crítica de los griegos formó la edad intelectual de la poesía. Pero también hay momentos, y uno de ellos es este que me oprime ahora, en que me siento más a mí mismo que a las cosas externas, y todo se me convierte en una noche de lluvia y lodo, perdido en la soledad de un apeadero secundario, entre dos trenes de tercera clase.

Sí, mi virtud íntima de ser frecuentemente objetivo, y así extraviarme de pensar en mí, sufre, como todas las virtudes, e incluso como todos los vicios, mermas de afirmación. Entonces me pregunto a mí mismo cómo es que me sobrevivo, cómo es que me atrevo a tener la cobardía de estar aquí, entre esta gente, con esta igualdad exacta a ellos, con esta configuración verdadera con la ilusión de basura de todos ellos. Se me ocurren con un brillo de farol distante todas las soluciones que hacen de la imaginación mujer —el suicidio, la fuga, la renuncia, los grandes gestos de la aristocracia de la individualidad, la capa y espada de las existencias sin mostrador.

Pero la Julieta ideal de la mejor realidad cerró sobre el Romeo ficticio de mi sangre la ventana elevada de la entrevista literaria. Ella obedece a su padre; él obedece a su padre. Continúa la contienda entre Montescos y Capuletos; cae el telón sobre lo que nunca aconteció; y yo me vuelvo a casa —a aquel cuarto donde resulta sórdida la patrona que allí no está, los hijos a los que rara vez veo, la gente de la oficina a la que sólo veré mañana— con las solapas de una chaqueta de empleado de comercio alzadas con toda normalidad en torno al cuello de un poeta, con las botas compradas siempre en la misma casa evitando inconscientemente los charcos de lluvia fría, y un poco preocupado, íntimamente confundido, por haberme olvidado siempre del paraguas y de la dignidad del alma.

37. INTERVALO DOLOROSO

Cosa arrojada a un lado, trapo caído en el camino, mi ser innoble se finge ante la vida.

38.
Envidio a todos el que no sean yo. Como de todos los imposibles ese me pareció siempre el más grande de todos, fue el que más se constituyó en mi ansia cotidiana, en mi desesperación de todas las horas tristes.

Una ráfaga descolorida de sol turbio me quemó en los ojos la sensación física de mirar. Un amarillo de calor se estancó en el verde negro de los árboles. El entumecimiento □

39.
De repente, como si un destino médico me hubiera operado de una ceguera antigua con grandes resultados súbitos, levanto la cabeza, desde mi vida anónima, hacia el conocimiento claro de cómo existo. Y veo que todo cuanto he hecho, todo cuanto he pensado, todo cuanto he sido, es una especie de engaño y de locura. Me maravillo de lo que conseguí no ver. Extraño cuanto fui y que ahora veo que al final no soy.

Contemplo, como en una extensión al sol que rompe nubes, mi vida pasada; y noto, con un pasmo metafísico, que todos mis gestos más seguros, mis ideas más claras, y mis propósitos más lógicos, no fueron, al final, más que solemne borrachera, locura natural, gran desconocimiento. Ni siquiera representé. Me representaron. Fui, no el actor, sino sólo sus gestos.

Todo cuanto he hecho, pensado, sido, es una suma de subordinaciones, o a un ente falso que consideré mío, porque actué desde él hacia fuera, o al peso de unas circunstancias que supuse que era el aire que respiraba. Soy, en este momento de ver, un solitario repentino, que se reconoce desterrado donde se halló siempre ciudadano. En lo más íntimo de lo que pensé nunca fui yo.

Me sobreviene entonces un terror sarcástico de la vida, un desaliento que traspasa los límites de mi individualidad consciente. Sé que fui error y descamino, que nunca viví, que existí sólo porque llené tiempo con conciencia y pensamiento. Y mi sensación de mí es la de quien despierta después de un sueño lleno de sueños reales, o la de quien es liberado, por un terremoto, de la luz de la cárcel a la que se había habituado.

Me pesa, me pesa de verdad, como una condena de anuncio inminente, esta noción repentina de mi individualidad verdadera, de esa que siempre anduvo viajando soñolientamente entre lo que siente y lo que ve.

Es tan difícil describir lo que se siente cuando se siente que realmente se existe, y que el alma es una entidad real, que no sé cuáles son las palabras humanas con las que pueda describirlo. No sé si tengo fiebre, como es mi sentir, o si dejé de tener la fiebre de ser durmiente de la vida. Sí, lo repito, soy como un viajante que de repente se encuentra en una villa extraña sin saber cómo ha llegado allí; y me suceden casos de esos de quienes pierden la memoria, y son otros durante mucho tiempo. Fui otro durante mucho tiempo —desde el nacimiento y la conciencia—, y me despierto ahora en medio del puente, asomado al río, y sabiendo que existo más firmemente de lo que fui hasta ahora. Pero la ciudad me es desconocida, las calles nuevas, y el mal sin cura. Espero, pues, inclinado sobre el puente, a que me pase la verdad, y yo me restablezca nulo y ficticio, inteligente y natural.

Fue un momento, y ya pasó. Ya veo los muebles que me rodean, los dibujos del papel gastado de las paredes, el sol por las vidrieras polvorientas. Vi la verdad por un momento. Fui un momento, con la conciencia, lo que los grandes hombres son con la vida. Recuerdo sus actos y palabras, y no sé si no fueron también tentados vencedoramente por el Demonio de la Realidad. No saber de sí mismo es vivir. Saber mal de sí mismo es pensar. Saber de sí mismo, de repente, como en este momento lustral, es tener súbitamente la noción de la mónada íntima, de la palabra mágica del alma. Pero esa luz súbita lo chamusca todo, todo lo consume. Nos deja desnudos hasta de nosotros mismos.

Fue sólo un momento, y me vi. Después ya ni siquiera sé decir lo que fui. Y, por fin, tengo sueño, porque, no sé por qué, me parece que lo juicioso es dormir.

40.
Me siento a veces acometido, no sé por qué, por un presagio de muerte… O sea, una vaga dolencia, que no se materializa en dolor y por eso tiende a espiritualizarse en fin, o sea, un cansancio que quiere un sueño tan profundo que el dormir no le basta —lo cierto es que siento como si, al final de un empeorar de enfermo, por fin retirase sin violencia o saudade las manos débiles de encima de la colcha sentida.

Considero entonces qué cosa es esta que llamamos muerte. No me refiero al misterio de la muerte, que no penetro, sino a la sensación física de dejar de vivir. La humanidad tiene miedo de la muerte, pero sin certeza; el hombre normal se bate bien en activo, el hombre normal, enfermo o viejo, raras veces mira con horror el abismo de la nada que él atribuye a ese abismo. Todo eso es falta de imaginación. No hay nada más bajo del ser que piensa que el suponer la muerte un sueño. ¿Por qué lo ha de ser la muerte si en nada se asemeja a un sueño? Lo esencial del sueño es despertarse de él, y de la muerte, suponemos, no se despierta. Y si la muerte se asemeja al sueño, deberemos tener la noción de que se despierta de ella. No es eso, sin embargo, lo que el hombre normal se figura: se figura la muerte como un sueño del que no se despierta, lo que no quiere decir nada. La muerte, decía, no se asemeja al sueño, pues en el sueño se está vivo y durmiendo; no sé cómo puede alguien asemejar la muerte a cosa alguna, pues no puede tener experiencia de ella, o cosa con que compararla.

A mí, cuando veo un muerto, la muerte me parece una partida. El cadáver me da la impresión de un traje abandonado. Alguien se fue y no necesitó llevar aquel traje único que había vestido.

41.
El silencio que emana del sonido de la lluvia se extiende, en un crescendo de monotonía cenicienta, por la calle estrecha que observo. Estoy durmiendo despierto, de pie contra la ventana, en la que me recuesto como en todo. Busco en mí qué sensaciones son las que experimento ante este caer deshilachado de agua sombríamente luminosa que [se] destaca en las fachadas sucias y más aún en las ventanas abiertas. Y no sé lo que siento, no sé lo que quiero sentir, no sé lo que pienso ni lo que soy.

Toda la amargura retardada de mi vida se despoja, ante mis ojos sin sensación, del traje de alegría natural de que se sirve en los azares prolongados de cada día. Compruebo que, unas veces alegre, otras contento, estoy siempre triste. Y lo que en mí comprueba esto está detrás de mí, como apoyándose sobre aquel que de mí está recostado en la ventana, y, por encima de mis hombros, o hasta mi cabeza, observa, con ojos más íntimos que los míos, la lluvia lenta, un poco ondulada ya, que afiligrana de movimiento el aire pardo y malo.

Abandonar todos los deberes, incluso los que no nos exigen, repudiar todos los hogares, incluso los que no fueron nuestros, vivir de lo impreciso y del vestigio, entre grandes púrpuras de locura, y encajes falsos de majestades soñadas… Ser algo que no sienta el peso de la lluvia exterior, ni la congoja del vacío íntimo… Errar sin alma ni pensamiento, sensación sin sí-misma, por caminos bordeando montañas, por valles sumidos entre laderas empinadas, lejano, inmerso y fatal… Perderse entre paisajes como cuadros. No-ser a lo lejos y en colores…

Un soplo suave de viento, que por detrás de la ventana no siento, rasga en desniveles aéreos la caída rectilínea de la lluvia. Clarea alguna parte del cielo que no veo. Lo noto porque, por detrás de los cristales medio-limpios de la ventana próxima, ya veo vagamente el calendario que hasta ahora no veía allá dentro, en la pared.

Olvido. No veo, sin pensar.

Cesa la lluvia, y de ella queda, por un instante, un calabobos de mínimos diamantes, como si, en las alturas, algo parecido a una gran toalla se sacudiera azulmente de esas migajitas. Se siente que una parte del cielo ya se ha abierto. Se ve, a través de la ventana próxima, el calendario más nítidamente. Tiene una cara de mujer, y el resto es fácil porque lo reconozco, y la pasta dentífrica es la más conocida de todas.

¿Pero en qué estaba yo pensando antes de perderme viendo? No sé. ¿Voluntad? ¿Esfuerzo? ¿Vida? Con un gran aumento de luz se siente que el cielo es ya casi todo azul. Pero no hay sosiego —¡ah, no lo habrá nunca!— en el fondo de mi corazón, pozo viejo al final de la finca vendida, memoria de infancia encerrada entre el polvo del sótano de la casa ajena. No hay sosiego —y, ¡ay de mí!, no hay ni siquiera deseo de tenerlo…

42.

No entiendo sino como una especie de falta de aseo esta inerte permanencia en que yazgo de mi misma e igual vida, depositada como polvo o suciedad en la superficie del nunca mudar.

Así como lavamos el cuerpo deberíamos lavar el destino, mudar de vida como mudamos de ropa —no para salvar la vida, como comemos o dormimos, sino por aquel respeto ajeno por nosotros mismos al que llamamos propiamente aseo.

Hay muchos en quienes el desaseo no es una disposición de la voluntad, sino un encogerse de hombros de la inteligencia. Y hay muchos en los que lo apagado y lo igual de la vida no es una manera de quererla, o una natural conformación con el no haberla querido, sino un apagamiento de la inteligencia de sí mismos, una ironía automática del conocimiento.

Hay puercos a los que repugna su propia porquería, pero no se apartan de ella, por aquel mismo tipo de sentimiento por el cual el aterrorizado no se aleja del peligro. Hay puercos de destino, como yo, que no se apartan de la banalidad cotidiana por esa misma atracción de la propia impotencia. Son aves fascinadas por la ausencia de serpiente; moscas que sobrevuelan los troncos sin ver nada hasta que acaban poniéndose al alcance viscoso de la lengua del camaleón.

Así paseo lentamente mi inconsciencia consciente, en mi tronco de árbol de lo habitual. Así paseo mi destino que anda, pues yo no ando; mi tiempo que prosigue, pues yo no prosigo. Y no me salvan de la monotonía sino estos breves comentarios que hago a propósito de ella. Me contento con que mi celda tenga vidriera por dentro de las rejas, y escribo en los cristales, en el polvo de lo necesario, mi nombre en letras grandes, firma cotidiana de mi escritura con la muerte.

¿Con la muerte? No, ni con la muerte. Quien vive como yo no muere: se acaba, se marchita, se desvegeta. El sitio donde estuvo sigue sin él estar allí, la calle por donde caminaba sigue sin que él sea visto en ella, la casa que habitaba es habitada por no-él. Es el todo, y lo llamamos la nada; pero ni siquiera esa tragedia de la negación podemos representar con aplausos, pues tampoco sabemos con certeza si es nada, vegetales de la verdad lo mismo que de la vida, polvo que igual está por dentro que por fuera de los cristales, nietos del Destino e hijastros del Dios, que se casó con la Noche Eterna cuando esta enviudó del Caos que nos procreó.

Partir de la Rúa dos Douradores hacia lo Imposible… Levantarme de mi mesa hacia lo Desconocido… Pero todo esto entrecruzado con la Razón —el Gran Libro que dice que fuimos.

43.
Hay un cansancio de la inteligencia abstracta, y es el más horrible de los cansancios. No pesa como el cansancio del cuerpo, ni inquieta como el cansancio del conocimiento por la emoción. Es un peso de la conciencia del mundo, un no poder respirar con el alma.

Entonces, como si el viento tropezase con ellas, y fueran nubes, todas las ideas en las que hemos sentido la vida, todas las ambiciones y designios en los que hemos fundado la esperanza de su continuación, se rasgan, se abren, se apartan transformadas en cenizas de niebla, jirones de lo que no fue ni podría ser. Y por detrás de la derrota surge pura la soledad negra e implacable del cielo desierto y estrellado.

El misterio de la vida nos duele y nos aterroriza de muy diversos modos. Unas veces viene sobre nosotros como un fantasma sin forma, y el alma tiembla con el peor de los miedos —el de la encarnación disforme del no-ser. Otras veces está a nuestras espaldas, sólo visible cuando no nos volvemos para ver, y es la verdad absoluta en su horror profundísimo de desconocerla.

Pero este horror que hoy me anula es menos noble y causa más tormento. Es una voluntad de no querer tener pensamiento, un deseo de nunca haber sido nada, una desesperación consciente de todas las células del cuerpo y del alma. Es el sentimiento repentino de estar enclaustrándose en la celda infinita. ¿Hacia dónde imaginar la huida, si la celda lo es todo?

Y entonces me acomete el deseo transbordante, absurdo, de una especie de satanismo previo a Satán, de que un día —un día sin tiempo ni sustancia— se encuentre una huida fuera de Dios y el más profundo de nosotros deje, no sé de qué manera, de formar parte del ser o del no-ser.

44.

Hay un sueño de atención voluntaria, que no sé explicar, y que me ataca con frecuencia, si es que de cosa tan difusa puede decirse que ataca a alguien. Voy por una calle como quien está sentado, y mi atención, despierta a todo, tiene sin embargo la inercia de un reposo de todo el cuerpo. No sería capaz de desviarme conscientemente de un transeúnte en dirección contraria. No sería capaz de responder con palabras, o al menos, dentro de mí, con pensamientos, a una pregunta de cualquier persona casual que hiciera escala en mi casualidad coincidente. No sería capaz de tener un deseo, una esperanza, cualquier cosa que representara un movimiento, no ya de la voluntad de todo mi ser, sino incluso, si así puedo decirlo, de la voluntad parcial y propia de cada elemento en que me puedo descomponer. No sería capaz de pensar, de sentir, de querer. Y ando, voy, vagabundeo. Nada en mis movimientos (reparo en lo que los otros no reparan) traslada a lo observable el estado de inmovilidad con que me muevo. Y este estado de falta de alma, que sería cómodo, por lo seguro, en un acostado o en un recostado, resulta singularmente incómodo, doloroso incluso, en un hombre que va caminando por la calle.

Es la sensación de una embriaguez de inercia, de una borrachera sin alegría, ni en ella misma, ni en su origen. Es una enfermedad sin el sueño de convalecer. Es una muerte risueña.

45.

Vivir una vida desapasionada y culta, al relente de las ideas, leyendo, soñando, y pensando en escribir, una vida suficientemente lenta como para estar siempre al borde del tedio, lo bastante meditada como para no encontrarse nunca con él. Vivir esa vida lejos de las emociones y de los pensamientos, sólo en el pensamiento de las emociones y en la emoción de los pensamientos. Quedarse estancado al sol, doradamente, como un lago oscuro rodeado de flores. Tener, en la sombra, aquella hidalguía de la individualidad que consiste en no insistir en absoluto ante la vida. Ser en el agitarse de los mundos como una polvareda de flores, a la que un viento desconocido levanta en el aire de la tarde y el torpor del anochecer deposita al azar en cualquier sitio, imposible de distinguir entre cosas mayores. Ser esto con un conocimiento seguro, ni alegre ni triste, reconocido como el sol por su brillo y como las estrellas por su lejanía. No ser más, no tener más, no querer más… La música del hambriento, la canción del ciego, la reliquia del viandante desconocido, los pasos en el desierto del camello vacío sin destino…

46.
Releo pasivamente, recibiendo lo que siento como una inspiración y una liberación, aquellas frases de Caeiro, en la referencia natural que resulta del pequeño tamaño de su aldea. Desde allí, dice él, por ser pequeña, puede verse más del mundo que desde la ciudad; y por eso la aldea es mayor que la ciudad…

«Porque yo soy del tamaño de lo que veo
Y no del tamaño de mi estatura».

Frases como estas, que parecen crecer sin voluntad de haberlas dicho, me limpian de toda la metafísica que espontáneamente añado a la vida. Después de haberlas leído, me acerco a mi ventana sobre la calle estrecha, miro al cielo infinito y a los astros sin cuento, y soy libre con un esplendor alado cuya vibración hace estremecer todo mi cuerpo.

«¡Soy del tamaño de lo que veo!» Cada vez que pienso en esta frase con toda la atención de mis nervios, me parece más y más destinada a reconstruir consteladamente el universo. «¡Soy del tamaño de lo que veo!» Qué gran poder mental va desde el pozo de las emociones profundas hasta las altas estrellas que en él se reflejan, y que así, en cierto modo, están allí.

Por eso ahora, con conciencia de saber ver, contemplo la vasta metafísica objetiva de los cielos todos con una seguridad que me dan ganas de morir cantando. «¡Soy del tamaño de lo que veo!» Y el vago resplandor de la luna, completamente mío, empieza confusamente a arruinar el azul medio-negro del horizonte.

Ganas me dan de levantar los brazos y gritar cosas de una salvajería no conocida, de decir palabras a los altos misterios, de afirmar una nueva personalidad ensanchada a los grandes espacios de la materia vacía.

Pero me repliego y ablando. «¡Soy del tamaño de lo que veo!» Y la frase se queda convertida en mi alma entera, reclino sobre ella todas las emociones que siento, y sobre mí, por dentro, como por fuera sobre la ciudad, cae la paz indescifrable de la dura luz de la luna que empieza a propagarse con el anochecer.

47.

… en el triste desaliño de mis emociones confusas…

Una tristeza de crepúsculo, hecha de cansancios y de renuncias falsas, un tedio de sentir alguna cosa, un dolor como de un sollozo detenido o de una verdad conseguida. Se extiende por mi alma desatenta este paisaje de abdicaciones —bulevares de gestos abandonados, altos macizos de sueños ni siquiera bien soñados, inconsecuencias, como muros de boj separando caminos vacíos, suposiciones, como viejos tanques sin surtidor vivo, todo se enmaraña y se visualiza pobre en el desaliño triste de mis sensaciones confusas.

48.
Para comprender, me destruí. Comprender es olvidarse de amar. No conozco nada más al mismo tiempo falso y significativo que aquel dicho de Leonardo da Vinci de que no se puede amar u odiar una cosa sino después de haberla comprendido.
La soledad me desola; la compañía me oprime. La presencia de otra persona me desorienta los pensamientos; sueño su presencia con una distracción especial, que toda mi atención analítica no consigue definir.

49.

El aislamiento me talló a su imagen y semejanza. La presencia de otra persona —basta una sola persona— me retrasa de inmediato el pensamiento y, mientras que en el hombre normal el contacto con los otros es un estímulo para la expresión y para la palabra, en mí ese contacto es un contra-estímulo, si es que esta palabra compuesta es viable en el marco del lenguaje. Soy capaz, a solas conmigo mismo, de idear innumerables dichos, respuestas rápidas a lo que nadie preguntó, fulguraciones de una sociabilidad inteligente con ninguna persona; pero todo eso se me desvanece si estoy ante un otro físico, pierdo la inteligencia, dejo de poder hablar, y, al cabo de unos cuartos de hora, sólo siento sueño. Sí, hablar con la gente me da ganas de dormir. Sólo mis amigos espectrales e imaginados, sólo mis conversaciones sucedidas en sueños, tienen una verdadera realidad y una relevancia justa, y en ellos el espíritu está presente como una imagen en el espejo.

Me apesadumbra, por otra parte, la sola idea de ser forzado a un contacto con otro. Una simple invitación para cenar con un amigo me produce una angustia difícil de definir. La idea de una obligación social cualquiera —ir a un entierro, tratar con alguien de algo de la oficina, ir a esperar a la estación a una persona, conocida o desconocida—, sólo esa idea me perturba los pensamientos de todo un día, y a veces empiezo a preocuparme desde la misma víspera, y duermo mal, y el caso real, cuando ha pasado, es absolutamente insignificante, no justifica nada; y el caso se repite y yo no aprendo nunca a aprender.

«Mis hábitos son los de la soledad, no los de los hombres»; no sé si fue Rousseau, si Senancour, quien dijo esto. Pero fue algún espíritu de mi especie —no podré quizás decir que de mi raza.

50.
Con lentitud, una luciérnaga va sucediéndose a sí misma. En torno a ella, oscuro, el campo es una gran ausencia de ruido que huele casi bien. La paz de todo duele y pesa. Un tedio informe me ahoga.

Raras veces voy al campo, casi nunca paso en él un día, o me quedo de un día para otro. Pero hoy que este amigo, en cuya casa estoy, no me dejó no aceptar su invitación, vine aquí lleno de embarazo —como un tímido a una fiesta importante—, llegué aquí con alegría, disfruté del aire y del dilatado paisaje, comí y cené bien, y ahora, noche cerrada ya, en mi cuarto sin luz, el lugar incierto me llena de angustia.

La ventana del cuarto donde voy a dormir da al campo abierto, a un campo indefinido, que es todos los campos, a la gran noche vagamente estrellada donde una brisa que no se oye se siente. Sentado a la ventana, contemplo con los sentidos esta insignificancia de la vida universal que está allá afuera. La hora se armoniza con una sensación inquieta, desde la invisibilidad visible de todo hasta la madera vagamente rugosa con la pintura vieja levantada del alféizar blanquecino sobre el que se extiende apoyándose de lado mi mano izquierda.

¡Pero a pesar de todo, cuántas veces no suspiro visualmente por esta paz de donde casi huiría ahora, si fuera fácil o decente! ¡Cuántas veces me parece creer —allá abajo, entre las calles estrechas de altos edificios— que la paz, la prosa, lo definitivo, antes estarían aquí, entre las cosas naturales, que allí donde el mantel de la civilización hace olvidar el pino ya pintado sobre el que reposa! Y ahora, aquí, sintiéndome sano, agradablemente cansado, estoy intranquilo, estoy preso, estoy saudoso.

No sé si es sólo a mí a quien acontece, si a todos los que la civilización hizo nacer por segunda vez. Pero creo que para mí, o para los que sienten como yo, lo artificial pasó a ser lo natural, y es lo natural lo que resulta extraño. O mejor dicho: lo artificial no pasó a ser lo natural; lo natural pasó a ser diferente. Evito y detesto los vehículos, evito y detesto los productos de la ciencia —teléfonos, telégrafos— que hacen la vida más fácil, o los subproductos de la fantasía —gramofonógrafos, receptores hertzianos— que parecen entretenidos a quienes entretienen.

Nada de eso me interesa, nada de eso deseo. Pero amo el Tajo porque hay una gran ciudad en sus orillas. Disfruto del cielo porque lo veo desde un cuarto piso de una calle de la Baixa. Nada me puede dar el campo o la naturaleza que valga la majestad irregular de la ciudad tranquila, a la luz de la luna, vista desde Graça o Sao Pedro de Alcántara. No existen para mí flores como, a la luz del sol, el varadísimo colorido de Lisboa.

La belleza de un cuerpo desnudo sólo la sienten las razas desnudas. El pudor es sobre todo para la sensualidad lo que el obstáculo para la energía.

La artificiosidad es la manera de disfrutar de la naturalidad. Lo que disfruté de estos extensos campos, lo disfruté porque no vivo aquí. No siente la libertad aquel que no vivió nunca oprimido.

La civilización es una educación de la naturaleza. Lo artificial es el camino para una apreciación de lo natural.

Lo que hay que hacer, sin embargo, es no tomar nunca lo artificial por lo natural.

Es en la armonía entre lo natural y lo artificial en lo que consiste la naturalidad del alma humana superior.

51.
El cielo negro al fondo del sur del Tajo destacaba siniestramente negro contra las alas, por contraste, vívidamente blancas de las gaviotas volando inquietas. El día, sin embargo, ya no estaba de tormenta. Todo el volumen amenazante de la lluvia se había trasladado a la otra orilla, y la ciudad baja, húmeda todavía de la lluvia escasa, sonreía desde el suelo a un cielo cuyo Norte azuleaba todavía blanquecino. El fresco de la Primavera era ligeramente frío.

En un momento como este, vacío e imponderable, me agrada conducir voluntariamente el pensamiento hacia una meditación que nada sea, pero que pueda retener, en su limpidez de nula, algo de la frialdad yerma del día luminoso, con el fondo negro a lo lejos, y algunas intuiciones, como gaviotas, evocando por contraste el misterio en una gigantesca negritud.

Pero de pronto, en dirección opuesta a mi íntimo propósito literario, el fondo negro del cielo del Sur me recuerda, por verdadera o falsa evocación, otro cielo, visto tal vez en otra vida, en un Norte de río más pequeño, con juncales tristes y sin ciudad alguna. Sin que yo sepa cómo, un paisaje para patos se me despliega por la imaginación y con la misma nitidez de un sueño raro me siento próximo de la extensión que imagino.

Tierra de juncales a orillas de los ríos, terreno para cazadores y angustias, las márgenes irregulares penetran, como pequeños cabos sucios, en las aguas de un color de plomo amarillento, y se reintroducen en bahías fangosas, para barcos casi de juguete, en riberas que tienen agua reluciendo en la superficie del lodo oculto entre las varas verdinegras de los juncos, por donde no hay manera de pasar.

La desolación es de un color ceniciento muerto, arrugándose aquí y allá en nubes más negras que el tono del cielo. No siento viento, aunque lo hace, y la otra orilla, al final, es una isla estirada tras la cual se divisa —¡grande y abandonado río!— la otra orilla verdadera, abandonada en la distancia sin relieve.

Nadie allí llega, ni llegará. Aunque, por una fuga contradictoria del tiempo y del espacio, yo pudiera evadirme del mundo hacia ese paisaje, nadie llegaría allí nunca. Esperaría en vano sin saber qué esperaba, y no habría otra cosa sino, al final, un caer lento de la noche, volviéndose todo el espacio, lentamente, del color de las nubes más negras, que poco a poco emergían [*sic*] del conjunto anulado del cielo.

Y, de repente, siento aquí el frío de allí. Viene de los huesos, lo siento en el cuerpo. Respiro con fuerza y despierto. El hombre que conmigo se cruza bajo la Arcada, al lado de la Bolsa, me mira con la desconfianza de quien no encuentra explicación. El cielo negro, estrujándose, fue bajando de altura hacia el Sur.

52.
Se levantó el viento… Primero era como la voz de un vacío… un soplar desde el espacio hacia el interior de un orificio, una ausencia en el silencio del aire. Después se alzó un sollozo, un sollozo desde el fondo del mundo, el sentir que temblaban los vidrios y que se trataba realmente de viento. Después sonó más alto, rugido sordo, un llorar sin ser ante el avanzar de la noche, un rechinar de cosas, un caer de fragmentos, un átomo del fin del mundo.

Después, parecía que □

53.
Cuando, como una noche de tormenta a la que sigue el día, el cristianismo pasó sobre las almas, pudo verse el estrago que, invisiblemente, había causado; la ruina que causó sólo se vio cuando ya había pasado. Juzgaron unos que por su falta había aparecido esa ruina; pero su marcha sólo evidenció la ruina, no fue su causante.

Quedó entonces, en este mundo de almas, la ruina visible, la desgracia patente, sin las tinieblas que la cubriesen con su cariño falso. Las almas se vieron tal cual eran.

Comenzó entonces, en las almas recientes, aquella enfermedad a la que se llamó romanticismo, aquel cristianismo sin ilusiones, aquel cristianismo sin mitos, que es la propia sequía de su esencia enfermiza.

Todo el mal del romanticismo consiste en la confusión entre lo que nos es necesario y lo que deseamos. Todos necesitamos de las cosas indispensables para vivir, para conservar y prolongar la vida: todos deseamos una vida más perfecta, una felicidad absoluta, la realidad de nuestros sueños y □

Es humano querer lo que necesitamos, es humano desear lo que no necesitamos pero nos resulta deseable. Lo que es ya enfermedad es desear con igual intensidad lo que es necesario y lo que es deseable, y sufrir por no ser perfectos como si se sufriera por no tener pan. El mal romántico es este: es querer la luna como si hubiera alguna manera de obtenerla.

«No se puede comer un bollo sin perderlo».

En la esfera baja de la política, como en el íntimo recinto de las almas —el mismo mal.

El pagano desconocía, en el mundo real, este sentido enfermo de las cosas y de sí mismo. Como era hombre, deseaba también lo imposible; pero no lo quería. Su religión era □ y sólo en lo más íntimo del misterio, apenas para los iniciados, lejos del pueblo y de los □, se enseñaban aquellas cosas transcendentes de las religiones que llenan el alma del vacío del mundo.

54.
El personaje individual e imponente, que los románticos representaban con ellos mismos, intenté vivirlo, en sueños, varias veces, y, tantas veces cuantas lo intenté vivir, acabé por encontrarme riendo a carcajadas de mi idea de vivirlo. El hombre fatal, a fin de cuentas, existe en los sueños propios de todos los hombres vulgares, y el romanticismo no es sino un volver del revés el dominio cotidiano de nosotros mismos. Casi todos los hombres sueñan, en lo más secreto de su ser, un gran imperialismo propio, el sometimiento de todos los hombres, la entrega de todas las mujeres, la adoración de los pueblos, y, en los más nobles, de todas las eras… Pocos como yo entre los acostumbrados a soñar son por ello lo bastante lúcidos como para reírse de la posibilidad estética de soñarse así.

La mayor acusación al romanticismo está todavía por hacer: es la de que representa la verdad interior de la naturaleza humana. Sus exageraciones, sus ridículos, sus diversos poderes de conmover y seducir, residen en que él es la figuración exterior de lo que hay más adentro del alma, más concreto, visualizado, visible incluso, si el ser posible dependiera de cosa distinta que el Destino.

¡Cuántas veces yo mismo, que me río de semejantes seducciones de la distracción, me encuentro suponiendo que sería bueno ser célebre, que sería agradable ser mimado, que sería brillante ser triunfal! Pero no logro verme en esos papeles de alta cumbre sino es con una carcajada del otro yo que tengo siempre junto a mí como una calle de la Baixa. ¿Me veo célebre? Pero me veo célebre como tenedor de libros. ¿Me siento encumbrado a los tronos de ser conocido? Pero la cosa sucede en la oficina de la Rua dos Douradores y los compañeros son un obstáculo. ¿Me oigo aplaudido por multitudes varias? El aplauso llega hasta el cuarto piso donde vivo y choca con el mobiliario tosco de mi cuarto barato, con la ordinariez que me rodea y me humilla de la cocina al sueño. Ni siquiera tuve castillos en España, como los grandes españoles de todas las ilusiones. Los míos fueron de cartas de baraja, viejas, sucias, de una baraja incompleta con la que no se podría jugar nunca; ni siquiera llegaron a caer, fue preciso destruirlos, con un gesto de la mano, bajo el impulso impaciente de la vieja criada, que quería recomponer, sobre toda la mesa, el mantel colocado en la mitad del otro lado, porque la hora del té había sonado como una maldición del Destino. Pero hasta eso no pasa de una visión estéril, pues no tengo la casa provinciana, o las viejas tías en cuya mesa tome yo, al fin de una velada familiar nocturna, un té que me sepa a descanso. Mi sueño fracasó hasta en las metáforas y las figuraciones. Mi imperio no llegó ni a las viejas cartas de baraja. Mi victoria fracasó sin ni siquiera una tetera o un gato antiquísimo. Moriré como he vivido, entre el *bric-à-brac* de los alrededores, apreciado por mi esfuerzo entre las postdatas de lo perdido.

Que al menos lleve al inmenso posible del abismo de todo la gloria de mi desilusión como si fuera la de un gran sueño, el esplendor de no creer como un pendón de la derrota —pendón no obstante en las manos débiles, pendón arrastrado entre el fango y la sangre de los débiles, pero levantado en alto, al sumergirnos en las arenas movedizas, nadie sabe si como protesta, si como desafío, si como gesto de desesperación. Nadie sabe, porque nadie sabe nada, y las arenas sumergen por igual a los que tienen pendones y a los que no los tienen. Y las arenas lo cubren todo, mi vida, mi prosa, mi eternidad.

Llevo conmigo la conciencia de la derrota como un pendón de victoria.

55.
Por más que pertenezca, en alma, a la estirpe de los románticos, no encuentro reposo sino en la lectura de los clásicos. Su misma sobriedad, a través de la cual la claridad se expresa, me reconforta de no sé qué. Recojo en ellos una impresión risueña de una vida dilatada que contempla amplios espacios sin recorrerlos. Los mismos dioses paganos descansan del misterio.

El análisis ultracurioso de las sensaciones —a veces de las sensaciones que creemos tener—, la identificación del corazón con el paisaje, la revelación anatómica de todos los nervios, el uso del deseo como voluntad y de la aspiración como pensamiento —todas estas cosas me resultan demasiado familiares como para que en otro me aporten novedades o me proporcionen sosiego. Siempre que las siento, desearía, exactamente porque las siento, estar sintiendo otra cosa. Y, cuando leo a un clásico, esa otra cosa se me concede.

Lo confieso sin rubor ni vergüenza… No hay fragmento de Chateaubriand o canto de Lamartine —fragmentos que muchas veces parecen ser la voz de lo que yo mismo pienso, cantos que con frecuencia perecen serme dichos para conocer— que me arrebate y me levante como un fragmento de prosa de Vieira o una que otra oda de aquellos pocos clásicos nuestros que siguieron de verdad a Horacio.

Leo y me siento libre. Adquiero objetividad. Dejé de ser yo y disperso. Y lo que leo, en vez de ser un traje mío que apenas veo y que a veces me resulta pesado, es la gran claridad del mundo exterior, toda ella notable, el sol que nos ve a todos, la luz que martillea de sombras el suelo inmóvil, los espacios amplios que acaban en mar, la solidez negra de los árboles que hacen señales verdes en sus copas, la paz sólida de los estanques de las quintas, los caminos ocultos por las viñas en los declives breves de las laderas.

Leo como quien abdica. Y, como la corona y el manto regios nunca son tan grandes como cuando el Rey que se retira los abandona en el suelo, deposito sobre los mosaicos de las antecámaras todos mis triunfos de tedio y sueño, y subo la escalinata con la sola nobleza de ver.

Leo como quien pasa. Y es entre los clásicos, entre los pacíficos, entre los que, si sufren, no lo dicen, donde me siento sagrado transeúnte, ungido peregrino contemplador sin razón del mundo sin propósito, Príncipe del Gran Exilio que, al partir, dio al último mendigo la limosna extrema de su desolación.

56.
El socio capitalista aquí de la firma, siempre enfermo en partes nunca bien definidas, quiso, no sé por qué capricho de qué intermedio de su enfermedad, tener un retrato de conjunto del personal de la oficina. Así que anteayer nos alineamos todos, por indicación del fotógrafo alegre, contra la barrera blanca sucia que divide, con madera frágil, la oficina general del despacho del patrón Vasques. En el centro, el propio Vasques; en los dos extremos, según una distribución primero definida y luego indefinida de categorías, las otras almas humanas que aquí se reúnen en cuerpo todos los días para pequeños fines cuya última intención sólo el secreto de los Dioses conoce.

Hoy, cuando llegué a la oficina, con cierto retraso y, francamente, olvidado ya del acontecimiento estático de la fotografía tirada dos veces, encontré a Moreira, inesperadamente matutino, y a uno de los cajeros, inclinándose con disimulo sobre unas cosas renegridas, que enseguida reconocí con sobresalto como las primeras pruebas de las fotografías. De hecho, eran sólo dos de una, la que había quedado mejor.

Hube de aguantar la verdad al verme allí, porque, como es de suponer, fui a mí mismo a quien busqué primero. Nunca tuve una idea noble de mi presencia física, pero nunca la sentí tan nula como al compararla con las otras caras, bien conocidas por mí, en aquella alineación de habituales. Parezco un jesuita insignificante. Mi cara delgada e inexpresiva ni tiene inteligencia, ni intensidad, ni cosa alguna, sea lo que sea, que me destaque por encima de aquel agua estancada de las otras caras. Del agua estancada, no. Hay allí rostros realmente expresivos. El patrón Vasques está tal cual —la cara ancha placentera y dura, la mirada firme, el bigote tieso para completar. La energía, la agudeza del hombre —al final tan banales, y tantas veces repetidas por tantos miles de hombres en todo el mundo— están sin embargo escritos en aquella fotografía como en un pasaporte psicológico. Los dos viajantes están admirables; el cajero está bien, pero quedó casi detrás de un hombro de Moreira. ¡Y Moreira! ¡Mi jefe Moreira, esencia de la monotonía y de la continuidad, parece mucho más persona que yo! Hasta el mozo —reparo sin poder reprimir un sentimiento que quiero suponer que no es envidia— tiene una seguridad de cara, una expresión directa que dista sonrisas de mi apagamiento nulo de esfinge de papelería.

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué verdad es esta que una película no yerra? ¿Qué certeza es esta que una lente fría documenta? ¿Quién soy, para que así sea? Sin embargo… ¿Y el insulto del conjunto?

—«Usted quedó muy bien», dice de repente Moreira. Y después, girándose para el cajero, «Es justo justo su carita, ¿eh?» Y el cajero asintió con una alegría amiga que tiró a la basura.

57.
Y hoy, pensando en lo que ha sido mi vida, me siento un bicho vivo cualquiera, transportado en un cesto de esos que obligan a doblar el brazo, entre dos estaciones suburbanas. La imagen es estúpida, sin embargo la vida que define es todavía más estúpida que ella. Esos cestos suelen tener dos tapaderas, como dos medios óvalos, que se alzan un poco en uno u otro de los extremos curvos si el bicho se rebulle. Pero el brazo del que lo transporta, apoyado levemente a lo largo del pliegue central, no deja a cosa tan débil levantar frustradamente más que las extremidades inútiles, como alas de mariposa que se debilitan.

Me olvidé que estaba hablando de mí con la descripción del cesto. Lo veo nítidamente, y también el brazo gordo y blanco quemado de la criada que lo transporta. No consigo ver a la criada más allá del brazo y de su vello. No logro sentirme bien sino —de pronto— una gran frescura de □ de aquellas varas blancas y cintas de □ con que se tejen los cestos y donde me revuelvo, bicho, entre dos paradas que siento. Entre ellas reposo en lo que parece ser un banco y allá fuera de mi cesto están hablando. Duermo porque sosiego, hasta que me levanten de nuevo en la parada.

58.
El ambiente es el alma de las cosas. Cada cosa tiene una expresión propia, y esa expresión le viene de fuera. Cada cosa es la intersección de tres líneas, y esas tres líneas forman esa cosa: una cantidad de materia, el modo como la interpretamos, y el ambiente en que se encuentra. Esta mesa, en la que estoy escribiendo, es un trozo de madera, es una mesa, y es un mueble entre otros aquí en este cuarto. Mi impresión de esta mesa, si quisiera transcribirla, habría de estar compuesta de las nociones de que es de madera, de que la llamo una mesa y le atribuyo ciertos usos y fines, y de que en ella se reflejan, en ella se insertan y la transforman, los objetos en cuya yuxtaposición tiene ella alma externa, lo que sobre ella tiene colocado. Y el propio color que le fue dado, la marchitez de ese color, las manchas y quebraduras que tiene —todo eso, repárese, le vino desde fuera, y es eso lo que, más que su esencia de madera, le da el alma. Y lo íntimo de ese alma, que es el ser mesa, también le fue dado desde fuera, que es la personalidad.

Creo, pues, que no hay error humano, ni literario, en atribuir alma a las cosas que llamamos inanimadas. Ser una cosa es ser objeto de una atribución. Puede ser falso decir que un árbol siente, que un río «corre», que un ocaso es triste o que un mar sereno (azul por el cielo que no tiene) es sonriente (por el sol que está fuera de él). Pero error igual es atribuir belleza a cualquier cosa. Error igual es atribuir color, forma, quizás incluso ser, a cualquier cosa. Este mar es agua salada. Este ocaso es comenzar a faltar la luz del sol en esta latitud y longitud. Este niño, que juega delante de mí, es un montón intelectual de células —más aún, es una relojería de movimientos subatómicos, extraño conglomerado eléctrico de millones de sistemas solares en miniatura mínima.

Todo viene de fuera y la propia alma humana no es probablemente más que el rayo de sol que brilla y aísla del suelo donde yace el montón de estiércol que es el cuerpo.

En estas consideraciones se encierra a lo mejor toda una filosofía, para quien pudiera tener la fuerza de sacar conclusiones. Yo no la tengo, se me presentan atentos pensamientos vagos, de posibilidades lógicas, y todo se me esfuma en una visión de un rayo de sol dorando estiércol como paja oscura húmedamente aplastada, en el suelo casi negro al pie de una pared de guijarros.

Así soy. Cuando quiero pensar, veo. Cuando quiero bajar hasta mi alma, me quedo de repente parado, olvidado, en el inicio de la espiral de la escalera profunda, viendo desde la altura de la ventana de mi piso el sol que moja de despedida leonada la aglomeración confusa de los tejados.

59.
Cada vez que mis intenciones se alzaron, por influencia de mis sueños, por encima del nivel cotidiano de mi vida, y por un momento me sentí en lo alto, como un niño en un columpio, cada una de esas veces tuve que bajarme como él al jardín público, y conocer mi derrota sin banderas desplegadas para la guerra ni espada que tuviera fuerza para desenvainar.

Supongo que la mayor parte de aquellos con los que por azar me cruzo por las calles trae consigo —lo noto en el movimiento silencioso de los labios y en la indistinta indecisión de los ojos o la elevación de voz con que rezan juntos— una misma proyección hacia la guerra inútil del ejército sin pendones. Y todos —me giro hacia atrás a contemplar sus espaldas de vencidos pobres— arrastrarán, como yo, la gran derrota vil, entre el fango y los juncos, sin luz de luna sobre las márgenes ni poesía de pantanos, aprendiz y miserable.

Todos tienen, como yo, un corazón exaltado y triste. Los conozco bien: unos son dependientes de tiendas, otros son oficinistas, otros son comerciantes de pequeños comercios; otros son los vencedores de tascas y cafés, gloriosos sin saber del éxtasis de la palabra egotista, a gusto en el silencio del egotismo avaro sin nada que guardar. Pero todos, cuitados, son poetas, y arrastran, ante mis ojos, como yo ante los suyos, la misma miseria de nuestra común incongruencia. Todos tienen, como yo, el futuro en el pasado.

Ahora mismo, que estoy inactivo en la oficina, y se fueron todos a comer menos yo, observo, a través de la ventana empañada, al viejo bamboleante que recorre lentamente el paseo al otro lado de la calle. No va bebido; va soñador. Está atento a lo inexistente; tal vez espere todavía. Que los Dioses, si son justos en su injusticia, nos conserven los sueños incluso cuando sean imposibles, y nos concedan buenos sueños, incluso si son triviales. Hoy, que todavía no soy viejo, puedo soñar con islas del Sur y con Indias imposibles; mañana tal vez me sea concedido, por los mismos Dioses, el sueño de ser dueño de un estanco pequeño, o jubilado en una casa de los alrededores. Todos los sueños son el mismo sueño, porque todos son sueños. Que los dioses me cambien los sueños, pero no el don de soñar.

Mientras estoy pensando en esto, el viejo se salió de mi atención. Ya no lo veo. Abro la ventana para verlo. Todavía no consigo verlo. Salió. Tuvo conmigo el deber visual de un símbolo; acabó y dobló la esquina. Si me dijeran que había doblado la esquina absoluta, y que nunca estuvo aquí, lo aceptaría con el mismo gesto con que ahora cierro la ventana.

¿Conseguir?...
¡Pobres semidioses aprendices que conquistan imperios con la palabra y la noble intención y tienen necesidades económicas con la habitación y la comida! Parecen los soldados de un ejército desertor cuyos jefes tuvieran un sueño de gloria del que a ellos, perdidos entre el fango pantanoso, sólo les queda la noción de grandeza, la conciencia de haber pertenecido al ejército, y el vacío de ni siquiera haber sabido lo que hacía el jefe al que nunca vieron.

De igual manera cada uno se sueña, por un instante, el jefe del ejército de cuya retaguardia huyó. Y así también cada uno, entre el lodo de los regatos, saluda la victoria que nadie pudo conseguir, y de la que quedó como migajas entre manchas en el mantel que se olvidaron de sacudir.

Llenan los intersticios de la acción cotidiana como el polvo los intersticios de los muebles cuando no se han limpiado con cuidado. A la luz vulgar de un día cualquiera se les

ve brillando como gusanos cenicientos contra la caoba bermeja. Se arrancan con un clavo pequeño. Pero nadie tiene paciencia para arrancarlos.

Mis pobres compañeros que sueñan en voz alta, ¡cómo los envidio y los desprecio! Conmigo están los otros los más pobres, los que no tienen sino a ellos mismos a quien contar sus sueños y hacer lo que serían versos si ellos los escribieran —los pobres diablos sin más literatura que su propia alma, sin más libros que los de la otra, que mueren asfixiados por el simple hecho de existir sin haber hecho aquel desconocido examen transcendente que habilita para vivir.

Unos son héroes y dejan por el suelo cinco hombres en una esquina del ayer. Otros son seductores a los que ni siquiera las mujeres inexistentes se atrevieron a resistir. Se creen esto al decirlo, quizás lo digan para creérselo. Otros □. Para todos ellos los vencedores del mundo, quienes quiera que sean, son personas.

Y todos, como anguilas en un barreño, se enrollan entre ellos y se cruzan unos por encima de los otros y no salen nunca del barreño. A veces hablan de ellos los periódicos. Los periódicos hablan de algunos de ellos más que una pocas veces —pero la fama nunca.

Esos son los felices porque les es dado el sueño encantado de la estupidez. Pero a los que, como yo, tienen sueños sin ilusiones □

60. INTERVALO DOLOROSO

Si me preguntarais si soy feliz, os respondería que no lo soy.

61.
Es noble ser tímido, ilustre no saber actuar, grande no tener maña para vivir.

Sólo el Tedio, que es un alejamiento, y el Arte, que es un desdén, doran de algo semejante a la alegría nuestra □ Fuegos fatuos que nuestra podredumbre genera, son por lo menos luz en nuestras tinieblas.

Sólo la infelicidad eleva y el tedio que desde la infelicidad curtimos es heráldico a la manera de los descendientes de héroes remotísimos.

Soy un pozo de gestos que ni en mí llegaron a esbozarse todos, de palabras que ni pensé haciendo curvas con mis labios, de sueños que me olvidé de soñar hasta el final.

Soy ruinas de edificios que no fueron otra cosa que esas ruinas, que alguien se hartó, a mitad de su construcción, de pensar que las estaba construyendo.

No nos olvidemos de odiar a los que gozan por gozar, de despreciar a los que están alegres, porque no hemos sabido nosotros estar alegres como ellos… Ese desdén falso, ese odio débil no es sino el pedestal tosco y sucio de la tierra en que se afirma y sobre el cual, altiva y única, la estatua de nuestro Tedio se levanta, oscuro bulto cuya cara aureola vagamente de secreto una sonrisa impenetrable.

Benditos aquellos que no confían su vida a nadie.

62.

Tengo la náusea física de la humanidad vulgar, que, por otra parte, es la única que existe. Y me encapricho a veces en profundizar esa náusea, de la misma manera que se puede provocar un vómito para aliviar las ganas de vomitar.

Uno de mis paseos favoritos, en las mañanas en que temo la banalidad del día que me espera como quien teme la prisión, es el de perderme lentamente por las calles, antes de la apertura de tiendas y almacenes, y oír los jirones de frases que los grupos de muchachas y muchachos, y de los unos con las otras, dejan caer, como limosna de ironía, en la escuela invisible de mi meditación abierta.

Y es siempre la misma sucesión de las mismas frases… «Y entonces ella dijo…» y el tono sugiere la intriga de ella. «Si no fue él, fuiste tú…» y la voz que responde se alza en tono de protesta que ya no oigo. «Lo dijiste, sí señor, lo dijiste…» y la voz de la costurera afirma estridente «Mi madre dice que no quiere…» «¿Yo?» y el pasmo del muchacho que trae la merienda envuelta en papel de estraza no me convence, ni debe convencer a la rubia sucia. «A lo mejor era…» y la risa de tres de las cuatro muchachas acerca a mis oídos la obscenidad que □. «Y entonces me planté mismamente delante del tipo, y allí mismo, en su propia cara —en su propia cara, eh, Pepe…» y el pobre diablo miente, pues el jefe de la oficina —si por la voz del otro contendiente era el jefe de la oficina que desconozco— no le aceptó en la arena de las secretarias el gesto de gladiador de sombrero de jipijapa. «… Y entonces me fui a fumar a los servicios…» ríe el pequeño con fondillos del pantalón oscuros.

Otros, que pasan solos o en grupos, no hablan, o hablan y yo no los oigo, pero todas las voces me resultan claras merced a una transparencia intuitiva y rota. No me atrevo a decir —ni siquiera me atrevo a decírmelo a mí mismo sobre el papel, aunque luego lo suprimiera— lo que he visto en las miradas casuales, en su orientación involuntaria y baja, en sus sucios entrecruzamientos. No me atrevo porque, cuando se provoca el vómito, no debe provocarse más que uno.

«El tipo cogió tal curda que ni veía la escalera». Levanto la cabeza. Este muchachote, por lo menos, describe. Y esta gente cuando describe es mejor que cuando siente, porque por describir se olvidan de sí mismos. Se me pasa la náusea. Veo al tipo. Lo veo fotográficamente. Hasta la jerga inocente me anima. Bendito aire que me da en la frente —el tipo con tal curda que ni veía que la escalera era de escalones—, tal vez la escalera por donde la humanidad sube a trompicones, tocándose y atropellándose en la falsedad acostumbrada del desnivel que precede al zaguán.

La intriga, la maledicencia, la prosapia hablada de lo que no se osó realizar, la satisfacción de cada pobre diablo vestido con la conciencia inconsciente de la propia alma, la sexualidad sin lavatorio, las bromas como cosquillas de mono, la horrorosa ignorancia de la sin importancia de lo que son… Todo esto me produce la impresión de un animal monstruoso y grosero, construido en lo involuntario de los sueños, de las costras húmedas de los deseos, de los restos de sensaciones arrancados a dentelladas.

63.
Toda la vida del alma humana es un movimiento en la penumbra. Vivimos en medio de un crepúsculo de la conciencia, nunca seguros de lo que somos o de lo que creemos ser. En los mejores de nosotros habita la vanidad de alguna cosa, y hay un error cuyo ángulo desconocemos. Somos algo que sucede en el entreacto de un espectáculo; a veces, a través de ciertas puertas, entrevemos lo que quizás no sea sino un decorado. Todo es confuso, como voces en la noche.

Estas páginas, en las que voy haciendo anotaciones con una claridad que para ellas perdura, las acabo de releer y me interrogo. ¿Qué es esto, para qué todo esto? ¿Quién soy yo cuando estoy sintiendo? ¿Qué es lo que muero cuando soy?

Como alguien que desde una gran altura intentara distinguir las vidas del valle, así yo me contemplo desde una cima y soy, con todo lo demás, un paisaje indiferenciado y confuso.

Es en estos momentos de un abismo en el alma cuando el más pequeño pormenor me atenaza como una carta de despedida. Me siento constantemente en vísperas de despertar, soporto el envoltorio de mí mismo, en una sofocación de sensaciones. De buen grado gritaría si mi voz pudiera llegar a alguna parte. Pero arrastro un gran sueño conmigo que se traslada de unas sensaciones a otras como una sucesión de nubes, de las que dejan de diversos colores de sol y verde el césped medio en sombra de los campos prolongados.

Soy como alguien que busca al azar, no sabiendo donde se ocultó el objeto que nunca le dijeron lo que era. Jugamos al escondite con nadie. Hay, en algún sitio, un subterfugio transcendente, una divinidad fluida y sólo oída.

Releo, sí, estas páginas que representan horas pobres, pequeños sosiegos o ilusiones, grandes esperanzas desviadas hacia el paisaje, penas como cuartos donde no se entra, ciertas voces, un gran cansancio, el evangelio por escribir.

Cada uno tiene su vanidad, y la vanidad de cada uno es su olvido de que hay otros con un alma igual. Mi vanidad son algunas páginas, unos fragmentos, ciertas dudas…

¿Releo? ¡Mentí! No me atrevo a releer. No puedo releer. ¿De qué me sirve releer? El que allí está es otro. Ya no entiendo nada…

64.
Lloro sobre mis páginas imperfectas, pero quienes vengan mañana, si las leen, sentirán más con mi llanto de lo que sentirían con la perfección, si yo pudiera conseguirla, porque me privaría de llorar y por ello incluso de escribir. El que es perfecto no se manifiesta. El santo llora, y es humano. Dios está callado. Por eso podemos amar al santo, pero no podemos amar a Dios.

65.
Aquella divina e ilustre timidez que es la guardiana □ de los tesoros y de los *regalia* del alma.
Ah, pero cómo desearía lanzar al menos en un alma un poco de veneno, de desasosiego y de inquietud. Eso me consolaría en parte de la nulidad de acción en la que vivo. Pervertir sería el fin de mi vida. Pero ¿vibra algún alma con mis palabras? ¿Se oye a alguien más además de mí?

66. ENCOGERSE DE HOMBROS

Damos generalmente a nuestras ideas de lo desconocido el color de nuestras nociones de lo conocido: si llamamos a la muerte un sueño es porque por fuera se parece a un sueño; si llamamos a la muerte una nueva vida, es porque parece algo diferente de la vida. Con pequeños malentendidos con la realidad construimos las creencias y las esperanzas, y vivimos de las cortezas a las que llamamos panes, como los niños pobres que juegan a ser felices.

Pero así es toda la vida; así es, al menos, aquel sistema de vida particular a lo que comúnmente llamamos civilización. La civilización consiste en dar a una cosa un nombre que no le corresponde, y después soñar sobre el resultado. Y realmente el nombre falso y el sueño verdadero crean una nueva realidad. El objeto se hace realmente otro, porque lo hicimos otro. Manufacturamos realidades. La materia prima continúa siendo la misma, pero la forma, que el arte le dio, se aparta efectivamente de seguir siendo la misma. Una mesa de pino es pino pero también es mesa. Nos sentamos a la mesa, y no al pino. Un amor es un instinto sexual, pero no amamos con el instinto sexual, sino con la presunción de otro sentimiento. Y esa presunción es, en efecto, otro sentimiento.

No sé qué sutil efecto de luz, o vago ruido, o recuerdo de perfume o música, tocada por no sé qué influencia externa, me trajo de repente, en pleno ir por la calle, estas divagaciones que registro sin prisa, al sentarme al café, distraídamente. No sé adónde iba a orientar mis pensamientos, o adonde preferiría orientarlos. El día es de una leve neblina húmeda y caliente, triste sin amenazas, monótono sin razón. Me duele no sé qué sentimiento que desconozco; me falta un argumento cualquiera sobre no sé qué; no tengo fuerzas en los nervios. Estoy triste mucho más abajo de la conciencia. Y escribo estas líneas, realmente mal anotadas, no para decir esto, ni para decir sea lo que sea, sino para dar una tarea a mi falta de atención. Voy llenando lentamente, a trazos suaves de lápiz romo —que no tengo sentimentalidad para afilar—, el papel blanco de envolver bocadillos que me dieron en el café, porque yo no necesitaba otro mejor y uno cualquiera me servía, siempre que fuera blanco. Y me doy por contento. Me reclino. La tarde cae monótona y sin lluvia, con un tono de luz desalentado e incierto… Y dejo de escribir porque dejo de escribir.

67.
Muchas veces, víctima de la superficie y del encantamiento, me siento hombre. Entonces convivo con alegría y existo con claridad. Sobrenado. Y me resulta agradable recibir el salario e irme para casa. Siento el tiempo sin verlo, y me agrada cualquier cosa orgánica. Si medito, no pienso. En esos días me encantan los jardines.

No sé qué cosa extraña y pobre existe en la sustancia íntima de los jardines de la ciudad que sólo puedo sentirla bien cuando yo mismo no me siento bien. Un jardín es un resumen de la civilización —una modificación anónima de la naturaleza. Las plantas están allí, pero hay calles —calles. Crecen árboles, pero a su sombra hay bancos. En su alineación de cara a los cuatro costados de la ciudad, allí sólo plaza, los bancos son mayores y casi siempre tienen gente.

No odio la regularidad de las flores en macizos. Odio, sin embargo, el uso público de las flores. Si los macizos estuvieran en parques cerrados, si los árboles crecieran sobre rincones feudales, si los bancos no estuvieran ocupados por alguien, tendría con qué consolarme en la contemplación inútil de los jardines. Pero así, en la ciudad, normales pero útiles, los jardines son para mí como jaulas, donde las espontaneidades coloreadas de los árboles y de las flores no tienen espacio si no es para no tenerlo, sitio para no salir de él, y la belleza propia sin la vida que le pertenece.

Pero hay días en que este es el paisaje que me pertenece, y en que entro como un figurante en una tragedia cómica. En esos días estoy equivocado, pero, al menos en un cierto sentido, soy más feliz. Si me distraigo, juzgo que tengo realmente una casa, un hogar adonde regresar. Si me olvido, soy normal, preservado para un fin, me cepillo otro traje y leo un periódico hasta la última página.

Pero la ilusión no dura mucho, tanto porque no dura como porque la noche cae. Y el color de las flores, la sombra de los árboles, el alineamiento de las calles, todo se va esfumando y encogiendo. Por encima del error y del yo hacer de hombre se abre de repente, como si la luz del día fuera un telón de teatro que se corriera para mí, el gran escenario de las estrellas. Y entonces olvido con los ojos la platea amorfa y espero a los primeros actores con un sobresalto de niño en el circo.

Me siento liberado y perdido.

Siento. Tengo frío de fiebre. Soy yo.

68.

El cansancio de todas las ilusiones y de todo lo que hay en las ilusiones —su pérdida, la inutilidad de tenerlas, el precansancio de tener que tenerlas para poder perderlas, la pena de haberlas tenido, la vergüenza intelectual de haberlas tenido sabiendo que tendrían un final así.

La conciencia de la inconsciencia de la vida es el más antiguo impuesto a la inteligencia. Hay inteligencias inconscientes —resplandores del espíritu, corrientes del entendimiento, misterios y filosofías— que tienen el mismo automatismo que los reflejos corpóreos, que la gestión que el hígado y los riñones hacen de sus secreciones.

69.
Llueve mucho, más, siempre más… Hay como un no sé qué que va a abatirse en el exterior negro…
Todo el aglomerado irregular y montañoso de la ciudad me parece hoy una llanura, una llanura de lluvia. Adonde quiera que dirija la mirada todo es color de lluvia, negro pálido.

Tengo sensaciones extrañas, todas ellas frías] Ahora me parece que el paisaje esencial es bruma, y que las casas son la bruma que lo vela.
Una especie de preneurosis de lo que seré cuando ya no sea me hiela cuerpo y alma. Algo como un recuerdo de mi muerte futura me estremece desde dentro. En una niebla de intuición, me siento, materia muerta, caído en la lluvia, gemido por el viento. Y el frío de lo que nunca he de sentir muerde en mi corazón actual.

70.
Si no otra, hay al menos en mí la virtud de la perpetua novedad de la sensación liberada.

Bajo hoy por la Rúa Nova do Almada, reparo de repente en las espaldas del hombre que va delante de mí. Eran las espaldas vulgares de un hombre cualquiera, la chaqueta de un traje modesto en una espalda de transeúnte ocasional. Llevaba una cartera vieja debajo del brazo izquierdo, y apoyaba en el suelo, al ritmo de sus pasos, un paraguas enrollado que sujetaba con la mano derecha por el mango.

Sentí de repente una cosa parecida a la ternura por ese hombre. Sentí hacia él la ternura que se siente por la común vulgaridad humana, por la banalidad cotidiana del padre de familia que se dirige al trabajo, por su hogar humilde y alegre, por los placeres alegres y tristes de que forzosamente se ha de componer su vida, por la inocencia de vivir sin analizar, por la naturalidad animal de aquellas espaldas vestidas.

Volví los ojos a las espaldas del hombre, ventana a través de la cual vi estos pensamientos.

La sensación era exactamente idéntica a la que nos asalta ante alguien que duerme. Todo el que duerme es nuevamente niño. Tal vez porque en el sueño no se puede hacer daño y no se rinden cuentas de la vida, el mayor criminal, el más terco egoísta es sagrado, por una magia natural, mientras duerme. Entre matar a quien duerme y matar a un niño no veo diferencia sustancial.

Pues bien, las espaldas de este hombre duermen. Todo él, que camina frente a mí con pasos iguales a los míos, duerme. Va inconsciente. Vive inconsciente. Duerme, porque todos dormimos. Toda la vida es un sueño. Nadie sabe lo que hace, nadie sabe lo que quiere, nadie sabe lo que sabe. Dormimos la vida, eternos niños del Destino. Por eso siento, si pienso con esta sensación, una ternura informe e inmensa por toda la humanidad infantil, por toda la vida social durmiente, por todos, por todo.

Es un humanitarismo directo, sin conclusiones ni propósitos, el que en estos momentos me asalta. Sufro de una ternura como si viera un dios. Los veo a todos a través de una compasión de único consciente, los pobres diablos hombres, el pobre diablo humanidad. ¿Qué está haciendo aquí todo esto?

Todos los movimientos e intenciones de la vida, desde la simple vida de los pulmones hasta la construcción de ciudades y el levantar de imperios fronterizos, los considero como una soñolencia, cosas como sueños o reposos, acaecidas involuntariamente en las pausas entre una realidad y otra, entre un día y otro del Absoluto. Y, como alguien abstractamente maternal, me inclino de noche lo mismo sobre los hijos malos que sobre los buenos, iguales en el sueño en que son míos. Me enternezco con una vastedad de cosa infinita.

Desvío los ojos de las espaldas del que me precede, y trasladándolos a todos los que van caminando por esta calle, a todos los abarco nítidamente con la misma ternura absurda y fría que me vino de los hombros del inconsciente al que sigo. Todo esto es como él; todas estas muchachas que hablan de camino al *atelier*, estos empleados jóvenes que ríen de camino a la oficina, estas criadas tetudas que regresan de las pesadas compras, estos mozos de los primeros recados —todo esto es una misma inconsciencia diversificada en caras y cuerpos que se diferencian, como fantoches movidos por las cuerdas que van a dar a los mismos dedos de la mano de alguien que permanece invisible. Pasan con todas las

actitudes con que se define la conciencia, y no tienen conciencia de nada, porque no tienen conciencia de tener conciencia. Unos inteligentes, otros estúpidos, todos son igualmente estúpidos. Unos viejos, otros jóvenes, tienen todos la misma edad. Unos hombres, otros mujeres, son todos del mismo sexo que no existe.

71.

Lo que creo que produce en mí el sentimiento profundo, en el que vivo, de incongruencia con los otros, es que la mayoría piensa con la sensibilidad, y yo siento con el pensamiento.

Para el hombre vulgar, sentir es vivir y pensar es saber vivir. Para mí, pensar es vivir y sentir no es más que el alimento del pensar.

Es curioso que, siendo escasa mi capacidad de entusiasmo, sea naturalmente más solicitada por los que se me oponen en temperamento que por los que son de mi misma especie espiritual. A nadie admiro, en literatura, salvo a los clásicos, que son a los que menos me asemejo. De tener que escoger, como lectura única, entre Chateaubriand o Vieira, escogería a Vieira sin pensármelo dos veces.

Cuanto más diferente de mí es alguien, más real me parece, porque depende menos de mi subjetividad. Y es por eso por lo que mi estudio atento y constante se dirige a esa misma humanidad vulgar que me repugna y de la que me siento distante. La amo porque la odio. Me gusta verla porque detesto sentirla. El paisaje, tan admirable como cuadro, suele ser incómodo como lecho.

72.
Decía Amiel que un paisaje es un estado del alma, pero la frase es un feliz hallazgo sin fuerza de un soñador débil. Desde el momento en que el paisaje es paisaje, deja de ser un estado del alma. Objetivar es crear, y nadie dice que un poema hecho sea un estado de estar pensando en hacerlo. Ver tal vez sea soñar, pero si lo llamamos ver en vez de llamarlo soñar, es que distinguimos entre soñar y ver.

Por lo demás, ¿de qué sirven estas especulaciones de psicología verbal? Independientemente de mí, crece la hierba, llueve sobre la hierba que crece, y el sol dora la extensión de hierba que creció o va a crecer; se alzan los montes desde tiempos remotos, y el viento pasa como pasaba ya cuando Homero, aunque nunca haya existido, lo oyó. Más verdadero hubiera sido decir que un estado del alma es un paisaje; habría en la frase la ventaja de no contener la mentira de una teoría, sino sólo la verdad de una metáfora.

Estas palabras casuales me fueron dictadas por el gran panorama de la ciudad, vista a la luz universal del sol, desde lo alto de S. Pedro de Alcántara. Cada vez que contemplo así un amplio panorama, y me abandono desde el metro setenta de estatura y los sesenta y un quilos de peso en que consisto físicamente, tengo una sonrisa enormemente metafísica para los que sueñan que el sueño es sueño, y amo la verdad del exterior absoluto con una virtud noble del entendimiento.

El Tajo al fondo es un lago azul, y los montes de la Otra Orilla son de una Suiza achatada. Sale un navío pequeño —vapor de carga negro— de la parte del Poço do Bispo hacia la barra que no veo. Que todos los Dioses me conserven, hasta el momento en que se acabe este mi aspecto de mí mismo, la noción clara y solar de la realidad exterior, el instinto de mi ninguna importancia, la tranquilidad de ser pequeño y de poder pensar en ser feliz.

73.
En el alto yermo de los montes naturales tenemos, cuando llegamos, la sensación del privilegio. Somos más altos, desde lo alto de nuestra estatura, que la altura de los montes. Lo más alto de la Naturaleza, al menos en aquel lugar, nos queda por debajo de las suelas de los zapatos. Somos, por posición, reyes del mundo visible. A nuestro alrededor todo es más bajo: la vida es ladera que desciende, llanura que yace, ante la altura y la cumbre que somos.

Todo en nosotros es accidente y malicia, y esta altura que tenemos, no la tenemos; no somos más altos en lo alto que nuestra propia altura. Aquello mismo que pisamos, nos levanta; y, si somos altos, es justamente por aquello de que somos más altos.

Se respira mejor cuando se es rico; se es más libre cuando se es célebre; la propia posesión de un título de nobleza es un pequeño monte. Todo es artificio, pero el artificio ni siquiera es nuestro. Subimos a él, o nos llevaron a él, o nacimos en la casa del monte.

Grande es, sin embargo, aquel que considera que del valle al cielo, o del monte al cielo, la diferente distancia no admite diferencias. Cuando avanzase el diluvio, estaríamos mejor en el monte. Pero cuando la maldición de Dios fuesen rayos, como la de Júpiter, o vientos, como la de Eolo, el abrigo sería el no haber ascendido, y la mejor defensa el arrastrarnos.

Sabio de verdad es aquel que tiene la posibilidad de la altura en los músculos y la negativa a subir en el conocimiento. Ese tiene, por visión, todos los montes; y tiene, por posición, todos los valles. El sol que ilumina las cumbres las iluminará más para él [que] para quien allí lo soporta; y el palacio alzado entre florestas será más bello para quien lo contempla desde el valle que para quien de él se olvida en las salas que constituyen su prisión.

Con estas reflexiones me consuelo, ya que no puedo consolarme con la vida. Y el símbolo se me funde con la realidad cuando, transeúnte de cuerpo y alma por estas calles bajas que van a dar al Tajo, veo los altos claros de la ciudad resplandecer, como la gloria ajena, con las luces diversas de un sol que ya ni siquiera está en su ocaso.

74. TORMENTA
Entre las nubes quietas, el azul del cielo estaba sucio de blanco transparente.

El mozo, al fondo de la oficina, suspende por un minuto el cordel anudado al envoltorio eterno…

«Como esta sólo me acuerdo de una», comenta estadísticamente.

Un silencio frío. Los ruidos de la calle parecen cortados a cuchillo. Se sintió, prolongadamente, como un malestar general, un suspenderse cósmico de la respiración. El universo entero se paró. Momentos, momentos, momentos. Las tinieblas se tiznaron de silencio.

De repente, acero vivo, □

¡Qué humano era el toque metálico de los tranvías! ¡Qué paisaje alegre el de la simple lluvia en la calle resucitada del abismo!

¡Oh, Lisboa, mi hogar!

75.
Para sentir la delicia y el terror de la velocidad no necesito automóviles veloces ni trenes expresos. Me basta un tranvía y la extraordinaria facultad de abstracción que tengo y que cultivo.

En un tranvía en marcha sé, por una actitud constante e instantánea del análisis, separar la idea de tranvía de la idea de velocidad, separarlas completamente, hasta ser cosas reales diferentes. Después, puedo sentir que sigo viajando no dentro del tranvía sino dentro de su Mera-Velocidad. Y, cansado, si acaso quiero el delirio de la velocidad exagerada, puedo transportar la idea hasta el Puro Imitar de la Velocidad y a voluntad aumentarla o disminuirla, llevarla más allá de todas las velocidades posibles de todos los trenes.

Correr riesgos reales, además de aterrorizarme —no es por miedo como yo siento excesivamente— me perturba la perfecta atención a mis emociones, lo que me incomoda y me despersonaliza.

Nunca voy allá donde haya riesgo. Tengo miedo al tedio de los peligros.

Un ocaso es un fenómeno intelectual.

76.

Pienso con agrado (en bisección) en la posibilidad futura de una geografía de nuestra conciencia de nosotros mismos. A mi modo de ver, el historiador futuro de sus propias sensaciones podrá quizás reducir a una ciencia precisa su actitud hacia su conciencia de su propia alma. Mientras tanto, vamos en principio por este arte difícil —arte todavía, química de sensaciones en su estadio químico por ahora. Ese científico de pasado mañana tendrá un escrúpulo especial por su propia vida interior. Creará en sí mismo el instrumento de precisión para reducir lo analizado. No veo una dificultad esencial en construir un instrumento de precisión, para uso autoanalítico, con aceros y bronces sólo del pensamiento. Me refiero a aceros y bronces verdaderamente aceros y bronces, pero del espíritu. Es posible que incluso sea así como deba ser construido. Será preciso quizás conseguir una idea de un instrumento de precisión, materialmente viendo esa idea, para poder proceder a un riguroso análisis íntimo. Y, naturalmente, será necesario reducir también el espíritu a una especie de materia real con una especie de espacio en el que existe. Todo eso depende del agudizamiento extremo de nuestras sensaciones interiores, que, llevadas hasta donde se pueda, sin duda revelarán, o crearán en nosotros, un espacio real como el espacio que hay donde las cosas de la materia están y que, por otra parte, es irreal como cosa.

Ni siquiera sé si este espacio interior no será sólo una nueva dimensión del otro. Tal vez la investigación científica del futuro acabe descubriendo que todo son dimensiones del mismo espacio, no por eso material ni espiritual. En una dimensión viviremos cuerpo; en la otra viviremos alma. Y hay tal vez otras dimensiones donde vivimos otras cosas igualmente reales a nosotros. Me agrada a veces dejarme poseer por la meditación inútil del punto hasta donde esta investigación puede llevar.

Tal vez se descubra que aquello a que llamamos Dios, y que tan patentemente está en un plano distinto de la lógica y de la realidad espacial y temporal, es una manera nuestra de existencia, una sensación de nosotros mismos en otra dimensión del ser. Esto no me parece imposible. Los sueños también serán tal vez o una dimensión más en que vivimos o un cruce de dos dimensiones; como un cuerpo vive en lo alto, en lo largo y en lo ancho, nuestros sueños, quién sabe, vivirán en el ideal, en el yo y en el espacio. En el espacio por su representación visible; en el ideal por su representación de género diferente a la materia; en el yo por su íntima dimensión de nuestros. El propio Yo, el de cada uno de nosotros, es quizás una dimensión divina. Todo esto es complejo y a su debido tiempo será sin duda determinado. Los soñadores actuales son tal vez los grandes precursores de la ciencia final del futuro. No creo, claro está, en una ciencia final del futuro. Pero para el caso, eso nada tiene que ver.

Hago a veces metafísicas de estas, con la atención escrupulosa y respetuosa de quien trabaja de verdad y hace ciencia. Ya he dicho que podría ser posible que la estuviera realmente haciendo. Lo esencial es que yo no me enorgullezca mucho de ello, dado que el orgullo es perjudicial para la exacta imparcialidad de la precisión científica.

77.

A menudo para entretenerme —porque nada entretiene tanto como las ciencias, o las cosas con forma de ciencias, usadas de manera fútil— me pongo escrupulosamente a estudiar mi psiquismo a través de la forma como lo encaran los demás. Raras veces resulta triste el placer, a veces doloroso, que esta táctica fútil me produce.

Generalmente, procuro estudiar la impresión general que causo en los otros, sacando conclusiones. En general soy una criatura con quien los otros simpatizan, con quien simpatizan, incluso, con un vago y curioso respeto. Pero ninguna simpatía violenta despierto. Nadie será nunca conmovidamente amigo mío. Por eso tantos pueden respetarme.

78.
Existen sensaciones que son sueños, que ocupan como una niebla toda la extensión del espíritu, que no dejan pensar, que no dejan actuar, que no dejan claramente ser. Como si no hubiéramos dormido, sobrevive en nosotros un no sé qué de sueño, y hay un torpor del sol del día calentando la superficie estancada de los sentidos. Es una borrachera de no ser nada, y la voluntad es un balde vaciado en el jardín por un movimiento indolente del pie al pasar.

Se mira, pero no se ve. La ancha calle animada por bichos humanos es una especie de letrero extendido donde las letras fueran móviles y no formasen sentidos. Las casas no son más que casas. Se pierde la posibilidad de dar un sentido a lo que se ve, pero se ve bien lo que es, eso sí.

Los martillazos a la puerta del fabricante de cajas suenan con una extrañeza próxima. Suenan muy separados, cada uno de ellos con eco y sin provecho. Los ruidos de los carros parecen como día con amenaza de tormenta. Las voces salen del aire, y no de la garganta. Al fondo, el río está cansado.

No es tedio lo que se siente. No es tristeza lo que se siente. Son unas ganas de dormir con otra personalidad, de olvidar con aumento de salario. No se siente nada, a no ser un automatismo aquí abajo, haciendo que unas piernas que nos pertenecen golpeen el suelo, en marcha involuntaria, unos pies que se sienten dentro de los zapatos. Ni eso probablemente se siente. Alrededor de los ojos y como dedos en los oídos hay una opresión dentro de la cabeza.

Parece un constipado del alma. Y con la imagen literaria de estar enfermo nace un deseo de que la vida sea una convalecencia, sin moverse; y la idea de convalecencia evoca las casas de campo de los alrededores, pero por la parte de dentro, donde son hogares, lejos de la calle y de las ruedas. Sí, no se siente nada. Se pasa conscientemente, durmiendo sólo con la imposibilidad de dar al cuerpo otra dirección, la puerta por donde se debe entrar. Todo pasa. ¿Qué ha sido del pandero, oso parado?

79.
Leve, como algo que quisiera empezar, la brisa marina se cernió sobre el Tajo y se fue extendiendo suciamente por los comienzos de la Baixa. Nauseaba frescamente, con un torpor frío de mar sereno. Sentí la vida en el estómago, y el olfato se me convirtió en una cosa por detrás de los ojos. Altas, descansaban en el vacío nubes ralas, remolinos, de un ceniciento desmoronándose hasta un blanco falso. La atmósfera era de una amenaza de cielo cobarde, como la de una tormenta inaudible, hecha solamente de aire.

Había estancamiento hasta en el vuelo de las gaviotas; parecían cosas más leves aún que el aire, abandonadas por alguien en él. Nada sofocaba. La tarde caía con desasosiego nuestro; el aire refrescaba intermitentemente.

¡Pobres de las esperanzas que he tenido, salidas de la vida que he tenido que tener! Son como este momento y este aire, niebla sin niebla, hilvanes rotos de tormenta falsa. Tengo ganas de gritar, para acabar con el paisaje y la meditación. Pero hay aire marino en mi propósito, y la bajamar en mí dejó al descubierto la negrura fangosa que está allí fuera y que sólo veo por el olor.

¡Tanta inconsecuencia en querer bastarme a mí mismo! ¡Tanta conciencia sarcástica de las sensaciones supuestas! ¡Tanto enredo del alma con las sensaciones, de los pensamientos con el aire y el río, para decir que me duele la vida en el olfato y en la conciencia, para no saber decir, como en la frase simple y amplia del Libro de Job, «Mi alma está cansada de mi vida»!

80. INTERVALO DOLOROSO

Todo me cansa, incluso lo que no me cansa. Mi alegría es tan dolorosa como mi dolor.

Quién me diera ser un niño lanzando barcos de papel en un estanque de la quinta, con un dosel rústico de entrecruzamientos de parras poniendo ajedreces de luz y sombra verde en los reflejos sombríos del agua escasa.

Entre yo y la vida hay un vidrio tenue. Por más nítidamente que yo vea y comprenda la vida, no puedo tocarla.

¿Razonar mi tristeza? ¿Para qué, si el raciocinio es un esfuerzo? Y quien está triste no puede esforzarse.

Ni siquiera abdico de aquellos gestos banales de la vida de los que tanto quería abdicar. Abdicar es un esfuerzo, y yo no poseo el del alma con que esforzarme.

¡Cuántas veces me atormenta el no ser el conductor de aquel coche, el cochero de aquel carruaje! ¡cualquier banal Otro supuesto cuya vida, por no ser mía, deliciosamente penetra en mí de tanto yo quererla y hasta penetra en mí de lo ajena que es!

Yo no tendría el horror a la vida como a una Cosa. La noción de vida como un Todo no me aplastaría los hombros del pensamiento.

Mis sueños son un refugio estúpido, como un paraguas contra un rayo.

Soy tan inerte, tan pobrecillo, tan falto de gestos y de actos.

Por más que por mí me embreñe, todos los atajos de mi sueño dan a claros de angustia.

Incluso yo, el que tanto sueña, tengo intervalos en los que el sueño huye de mí. Entonces las cosas se me aparecen nítidas. Se desvanece la niebla con la que me rodeo. Y todas las aristas visibles hieren la carne de mi alma. Todas las durezas miradas me lastiman al saberlas durezas. Todos los pesos visibles de objetos me pesan por el alma adentro.

Mi vida es como si me golpeasen con ella.

81.

Los carros de la calle ronronean, ruidos separados, lentos, parece que de acuerdo con mi soñolencia. Es la hora de la comida, pero me he quedado en la oficina. El día es tibio y algo oscuro. En los ruidos hay, por alguna razón que tal vez sea mi propia soñolencia, lo mismo que hay en el día.

82.

No sé qué vaga caricia, tanto más suave cuanto menos caricia, la brisa incierta de la tarde me trae a la frente y a la comprensión. Sólo sé que el tedio que sufro se me ajusta mejor por un momento, como un vestido que dejara de rozar una llaga.

¡Pobre de la sensibilidad que depende de un pequeño movimiento del aire para el logro, aunque sea episódico, de su tranquilidad! Pero así es toda la sensibilidad humana, y no creo que pese más en la balanza de los seres el dinero repentinamente ganado, o la sonrisa repentinamente recibida, que son para otros lo que para mí fue, en este momento, el paso breve de una brisa interrumpida.

Puedo pensar en dormir. Puedo soñar en soñar. Veo más claramente la objetividad de todo. Uso con más alivio el sentimiento externo de la vida. Y todo esto, efectivamente, porque, al llegar casi a la esquina, un virar de la brisa me alegra la superficie de la piel.

Todo cuanto amamos o perdemos —cosas, seres, significaciones— nos roza la piel y así nos llega al alma, y el episodio no es, en Dios, más que la brisa que no me trajo nada salvo el alivio supuesto, el momento propicio y el poder perderlo todo espléndidamente.

83.
¡Remolinos, más y más remolinos, en la futilidad fluida de la vida! En la gran plaza del centro de la ciudad, el agua sobriamente multicolor de la gente pasa, se desvía, abre pozas, se abre en regatos, se junta en riachuelos. Mis ojos ven desatentamente, y construyo en mí esa imagen acuosa que, mejor que cualquier otra, y porque pensé que acabaría en lluvia, se ajusta a este incierto movimientos.

Al escribir esta última frase, que dice para mí exactamente lo que define, pensé que sería útil poner al final de mi libro, cuando lo publique, debajo de las «Erratas» unas «No-Erratas») y decir: la frase «a este incierto movimientos», en la página tal, es exactamente así, con los adjetivos en singular y el sustantivo en plural. ¿Pero qué tiene esto que ver con lo que yo estaba pensando? Nada, y por eso me permito pensarlo.

Alrededor del centro de la plaza, como cajas de cerillas móviles, grandes y amarillas, en las que un niño espetase una cerilla quemada inclinada, para hacer de mal mástil, los tranvías gruñen y tintinean; en el arranque, silban en alto hierro. En torno a la estatua central las palomas son migajas negras que se mueven, como si les diera un viento dispersador. Dan pequeños pasos, gordas sobre sus piececillos.

Y son sombras, sombras…

Vista de cerca, toda la gente resulta monótonamente diversa. Decía Vieira que Fray Luis de Sousa escribía «común con singularidad». Esta gente es singular con comunidad, al revés que el estilo de la Vida del Arzobispo. Todo esto me da pena, aun siéndome indiferente. Vine aquí sin razón alguna, como todo en la vida.

Del lado de oriente, entrevista, la ciudad se yergue casi a plomo falso, asalta estáticamente el Castillo. El sol pálido empapa de un vago aureolar esa mole repentina de casas que a este lado lo ocultan. El cielo es de un azul húmedamente blanquecino. La lluvia de ayer tal vez vuelva hoy a repetirse, pero sin tanta fuerza. El viento parece del este, quizás porque aquí mismo, de repente, huele vagamente al verde y al maduro del mercado próximo. Del lado oriental de la Plaza hay más forasteros que del otro. Como descargas alfombradas, las puertas onduladas descienden hacia arriba; no sé por qué, es así la frase que me transmite aquel sonido. Es tal vez porque producen más ese sonido al descender, y sin embargo ahora suben. Todo queda explicado.

De repente estoy solo en el mundo. Veo todo esto desde lo alto de un tejado espiritual. Estoy solo en el mundo. Ver es estar distante. Ver claro es detenerse. Analizar es ser extranjero. Todo el mundo pasa sin rozarme. No tengo más que aire a mi alrededor. Me siento tan solo que siento la distancia entre mí y mi traje. Soy un niño, con una palmatoria mal encendida, que atraviesa, en camisa de dormir, una gran casa desierta. Viven sombras que me rodean —solo sombras, hijas de los muebles rígidos y de la luz que me acompaña. Ellas me rondan aquí al sol, pero son seres humanos.

84.

He meditado hoy, en una pausa del sentir, sobre la forma de prosa que utilizo. Realmente, ¿cómo escribo? Tuve, como otros muchos han tenido, la intención depravada de querer tener un sistema y una norma. Es cierto que escribí antes de la norma y del sistema; en eso, sin embargo, no soy diferente de los otros.

Analizándome al atardecer, descubro que mi sistema de estilo asienta en dos principios, e inmediatamente, j a la buena manera de los buenos clásicos, erijo esos dos principios en fundamentos generales de todo estilo: decir lo que se siente exactamente como se siente —con claridad, si es claro; oscuramente, si es oscuro; confusamente, si es confuso—; comprender que la gramática es un instrumento, y no una ley.

Supongamos que veo frente a nosotros una muchacha de maneras masculinas. Ein ser humano vulgar dirá de ella: «Aquella muchacha parece un chico». Otro ser humano vulgar, ya más próximo a la conciencia de que hablar es decir, dirá de ella: «Aquella muchacha es un chico». Otro más, igualmente consciente de los deberes de la expresión, pero más animado por el apego a la concisión, que es la lujuria del pensamiento, dirá de ella: «Aquel chico». Yo diré: «Aquella chico», violando la más elemental de las reglas de la gramática, que ordena que haya concordancia de género y número entre el sustantivo y el adjetivo. Y habré dicho muy bien; habré hablado en absoluto, fotográficamente, lejos de la vulgaridad, de la norma y de la cotidianidad. No habré hablado: habré dicho.

La gramática, definiendo el uso, establece divisiones legítimas y falsas. Divide, por ejemplo, los verbos en transitivos e intransitivos; sin embargo, el hombre que sabe bien decir tiene muchas veces que transformar un verbo transitivo en intransitivo para fotografiar lo que siente, y no para, como el común de los animales hombres, ver a oscuras. Si quiero decir que existo, diré «Soy». Si quiero decir que existo como alma separada, diré «Soy yo». Pero si quiero decir que existo como entidad que a sí misma se dirige y forma, que ejerce ante sí misma la función divina de crearse, ¿cómo he de emplear el verbo «ser» sino convirtiéndolo súbitamente en transitivo? Y entonces, triunfalmente, antigramaticalmente supremo, diré «Me soy». Habré expresado una filosofía en dos breves palabras. ¿No es esto preferible a no decir nada en cuarenta frases? ¿Qué más puede exigirse de la filosofía y de la dicción?

Obedezca a la gramática quien no sabe pensar lo que siente. Sírvase de ella quien sabe mandar en sus expresiones. Cuéntase de Segismundo, Rey de Roma, que habiendo cometido, en un discurso público, un error gramatical, respondió a quien se lo hizo notar: «Soy Rey de Roma, y estoy por encima de la gramática». Y la historia cuenta que desde entonces pasó a ser conocido como Segismundo «supra-grammaticam». ¡Maravilloso símbolo! Cada hombre que sabe decir lo que dice, es, a su modo, Rey de Roma. El título no es malo, y el alma es serse.

85.
Reparando a veces en el trabajo literario abundante o, al menos, hecho de cosas extensas y completas de tantas criaturas que conozco o de las que algo sé, siento en mí una incierta envidia, una admiración despreciativa, una mezcla incoherente de sentimientos entrecruzados.

Hacer alguna cosa completa, entera, sea buena o mala —y, si nunca es absolutamente buena, muchas veces no es completamente mala—, sí, hacer una cosa completa me produce, quizás, más envidia que cualquier otro sentimiento. Es como un hijo; es imperfecta como lo es todo ser humano, pero es nuestra como lo son los hijos.

Y yo, a quien mi espíritu de autocrítica no me permite sino ver los defectos, los fallos, yo, que no me atrevo a escribir más que fragmentos, trozos, extractos de lo inexistente, yo mismo, en lo poco que escribo, soy imperfecto también. Más valiera, pues, o la obra completa, aunque mala, porque al fin y al cabo es obra; o la ausencia de palabras, el silencio absoluto del alma que se reconoce incapaz de actuar.

86.
Pienso si todo en la vida no será la degeneración de todo. Si el ser no será una aproximación —una víspera, o unos alrededores.

Así como el Cristianismo no fue sino la degeneración bastarda del neoplatonismo rebajado, la judaización del helenismo por el romano, así nuestra época, senil y cancerígena, es el desvío múltiple de todos los grandes propósitos, confluyentes u opuestos, de cuyo fracaso surgió la era en que fracasaron.

Vivimos un entreacto con orquesta.

¿Pero qué me importan a mí, en este cuarto piso, todas estas sociologías? Todo esto me resulta un sueño, como las princesas de Babilonia, y el ocuparnos de la humanidad es fútil, fútil —una arqueología del presente.

Me sumiré en la niebla, como un extranjero a todo, isla humana desprendida del sueño del mar y navío con ser superfluo en la superficie de todo.

87.
La metafísica siempre me pareció una forma prolongada de locura latente. Si conociéramos la verdad, la veríamos; todo lo demás es sistema y alrededores. Si lo pensamos bien, nos basta la incomprensibilidad del universo; querer comprenderlo es ser menos que hombres, porque ser hombre es saber que no se comprende.

Me traen la fe como un envoltorio cerrado en una bandeja ajena. Quieren que lo acepte, pero que no lo abra. Me traen la ciencia, como un cuchillo en un plato, con el que he de abrir las hojas de un libro de páginas en blanco. Me traen la duda, como polvo dentro de una caja; ¿pero para qué me traen la caja si no contiene más que polvo?

A falta de saber, escribo: y uso los grandes términos de la Verdad ajenos conforme a las exigencias de la emoción. Si la emoción es clara y fatal, hablo, naturalmente, de los dioses y así la encuadro en una conciencia del mundo múltiple. Si la emoción es profunda, hablo, naturalmente, de Dios, y así la engasto en una conciencia una. Si la emoción es un pensamiento, hablo, naturalmente, del Destino, y así la apoyo en la pared.

Unas veces el propio ritmo de la frase pedirá Dios y no Dioses: otras veces, se impondrán las dos sílabas de Dioses y mudo verbalmente de universo; otras veces pesarán, por el contrario, las necesidades de una rima íntima, un desplazamiento del ritmo, un sobresalto de emoción, y el politeísmo o el monoteísmo se amolda y se prefiere. Los Dioses son una función del estilo.

88.
¿Dónde está Dios, aunque no exista? Quiero rezar y llorar, arrepentirme de crímenes que no cometí, gozar por ser perdonado como una caricia no propiamente maternal.

Un regazo para llorar, pero un regazo enorme, sin forma, espacioso como una noche de verano, y sin embargo próximo, caliente, femenino, junto a un hogar cualquiera… Poder llorar allí cosas impensables, fracasos que ni sé cuáles son, ternuras por cosas inexistentes, y grandes dudas erizadas de no sé qué futuro…

Una infancia nueva, un ama vieja de nuevo, y un lecho pequeño donde acabar durmiéndome, entre cuentos que arrullan, apenas escuchados, con una atención que se va haciendo tibia, de peligros terribles —penetraban en jóvenes cabellos rubios como el trigo… Y todo esto muy grande, muy eterno, definitivo para siempre, de la altura única de Dios, allá en el fondo triste y soñoliento de la realidad última de las Cosas…

Un cuello o una cuna o un brazo caliente en torno a mi cuello… Una voz que canta en voz baja y parece como si quisiera hacerme llorar… El ruido de la lumbre en el hogar… Un calor en invierno… Un extravío tibio de mi conciencia… Y después, sin sonido, un sueño tranquilo en un espacio enorme, con la luna rodando por entre las estrellas…

Cuando dejo de lado mis artificios y coloco en un rincón, con un cuidado lleno de cariño —con ganas de darles besos— mis juguetes, las palabras, las imágenes, las frases— ¡me vuelvo tan pequeño e inofensivo, tan solo en un cuarto tan grande y tan triste, tan profundamente triste!…

¿Quién soy, al fin, cuando no juego? Un pobre huérfano abandonado en las calles de las sensaciones, tiritando de frío por las esquinas de la Realidad, teniendo que dormir en las escaleras de la Tristeza y comer el pan de gracia de la Fantasía. De mi padre sé el nombre; me dijeron que se llamaba Dios, pero el nombre no me dice nada. A veces, por la noche, cuando me siento solo, lo llamo y lloro, y me hago una idea de él a la que pueda amar… Pero después pienso que no lo conozco, que quizás él no sea así, que tal vez no sea nunca ese el padre de mi alma…

¿Cuándo acabará todo esto, estas calles por donde arrastro mi miseria, y estas escaleras donde encojo mi frío y siento las manos de la noche por entre mis harapos? Si un día Dios me viniera a buscar y me llevara a su casa y me diera calor y afecto… A veces pienso en esto y lloro de alegría al pensar que lo puedo pensar… Pero el viento se arrastra por la calle adelante y las hojas caen en el paseo… Alzo los ojos y veo las estrellas que no tienen sentido alguno… Y de todo esto quedo apenas yo, un pobre niño abandonado, que ningún Amor quiso como hijo adoptivo, ni ninguna Amistad como compañero de juegos.

Tengo frío de más. Estoy tan cansado en mi abandono. Vete, oh Viento, a buscar a mi Madre. Llévame Noche arriba a la casa que no conocí… Vuelve a darme, oh Silencio inmenso, mi ama y mi cuna y la canción con la que me dormía…

89.
La única actitud digna de un hombre superior es persistir tenazmente en una actividad que se reconoce inútil, el hábito de una disciplina que se sabe estéril, o el uso fijo de normas de pensamiento filosófico y metafísico cuya importancia se siente como nula.

90.
Reconocer la realidad como una forma de ilusión, y la ilusión como una forma de realidad, es igualmente necesario e igualmente inútil. La vida contemplativa, sólo para existir, tiene que considerar los accidentes objetivos como premisas dispersas de una conclusión inalcanzable; pero tiene al mismo tiempo que considerar las contingencias del sueño como en cierto modo dignas de aquella atención hacia ellas que nos convierte en contemplativos.

Cada cosa, según se considere, es un prodigio o un estorbo, un todo o un nada, un camino o una preocupación. Considerarla cada vez de un modo diferente equivale a renovarla, a multiplicarla por sí misma. Por eso el espíritu contemplativo que nunca salió de su aldea tiene sin embargo a sus órdenes el universo entero. En una celda o en un desierto está el infinito. En una piedra se duerme cósmicamente.

Hay, con todo, momentos de meditación —y a todos cuantos meditan acaban por llegarles— en que todo está consumido, todo viejo, todo visto, aunque esté todavía por ver. Porque, por más que meditemos una cosa y, meditando sobre ella, la transformemos, nunca la transformamos en nada que no sea sustancia de meditación. Nos viene entonces el ansia de la vida, de conocer sin que sea con el conocimiento, de meditar sólo con los sentidos o pensar de un modo táctil o sensible, desde dentro del objeto pensado, como si fuéramos nosotros agua y él esponja. Entonces también tenemos nuestra noche, y el cansancio de todas las emociones se ahonda al ser emociones del pensamiento, ya de por sí profundas. Pero es una noche sin reposo, sin luz de luna, sin estrellas, una noche como si todo hubiera sido vuelto del revés —el infinito hecho interior y apretado, el día convertido en forro negro de un traje desconocido.

Más vale, sí, más vale siempre ser la babosa humana que ama y desconoce, la sanguijuela que es repugnante sin saberlo. ¡Ignorar como vida! ¡Sentir como olvido! ¡Qué episodios perdidos en la estela verdiblanca de las naves partidas, como saliva fría del alto timón sirviendo de nariz bajo los ojos de las cámaras viejas!

91.
Una vista breve del campo, por encima de un muro de los alrededores me libera más completamente de lo que a otro liberaría un viaje entero. Todo ángulo de visión es un ápice de una pirámide invertida, cuya base es indeterminable.
Hubo un tiempo en que me irritaban las cosas que hoy me hacen sonreír. Y una de ellas, que casi todos los días me recuerdan, es la insistencia con que los hombres cotidianos y activos sonríen a propósito de poetas y artistas. No siempre lo hacen, como creen los pensadores de los periódicos, con un aire de superioridad. Muchas veces lo hacen con cariño. Pero es siempre como quien trata con cariño a un niño, alguien ajeno a la seguridad y a la exactitud de la vida.

Esto antes me irritaba, porque suponía, como los ingenuos, y yo era un ingenuo, que esa sonrisa dedicada a las preocupaciones del soñar y del decir era un efluvio de una sensación íntima de superioridad. Y no pasa de ser un estallido de diferencia. Y si antiguamente consideraba esa sonrisa como un insulto, porque implicaba una superioridad, hoy lo considero como una duda inconsciente; como los hombres adultos reconocen muchas veces en los niños una agudeza de espíritu superior a la propia, así nos reconocen, a quienes soñamos y lo decimos, un algo diferente, de lo que desconfían como cosa extraña. Quiero creer que, muchas veces, los más inteligentes de ellos entreven nuestra superioridad; y entonces sonríen con aire de superioridad, para esconder la superioridad entrevista.

Pero esa superioridad nuestra no consiste en aquello que tantos soñadores han considerado como la superioridad propia. El soñador no es superior al hombre activo porque el sueño sea superior a la realidad. La superioridad del soñador consiste en que soñar es mucho más práctico que vivir, y en que el soñador extrae de la vida un placer mucho mayor y mucho más variado que el hombre de acción. En mejores y más directos términos, el soñador es el verdadero hombre de acción.

Siendo la vida esencialmente un estado mental y siendo todo cuanto hacemos o consideramos válido para nosotros en la misma proporción en que lo consideramos válido, de nosotros depende la valoración. El soñador es un emisor de billetes de banco, y los billetes que emite corren por la ciudad de su espíritu del mismo modo que los de la realidad. ¿Qué me importa que el papel moneda de mi alma nunca sea convertible en oro, si nunca hay oro en la alquimia facticia de la vida? Después de nosotros viene el diluvio, pero sólo después de nosotros. Mejores, y más felices, aquellos que, reconociendo la ficción de todo, hacen la novela antes de que se la hagan, y, como Maquiavelo, visten los trajes de la corte para poder así escribir en el mayor de los secretos.

92.

(our childhood's playing with cotton reels, etc.)

Yo nunca hice otra cosa que soñar. Ese ha sido, y sólo ese, el sentido de mi vida. Nunca tuve una verdadera preocupación salvo mi vida interior. Los mayores dolores de mi vida se desvanecen cuando, abriendo la ventana hacia dentro de mí, puedo olvidarme en la visión de su movimiento.

Nunca pretendí ser más que un soñador. Nunca presté atención a quienes me hablaron de vivir. Pertenecí siempre a lo que no está donde estoy y a lo que nunca pude ser. Todo lo que no es mío, por muy bajo que sea, tuvo siempre para mí poesía. Nunca amé otra cosa salvo cosa alguna. Nunca deseé sino lo que ni siquiera podía imaginar. Nada pedí a la vida sino que pasara sobre mí sin yo sentirla. Del amor apenas exigí que nunca dejara de ser un sueño remotísimo. En mis propios paisajes interiores, irreales todos ellos, fue siempre lo lejano lo que me atrajo, y los acueductos que casi se esfumaban en la distancia de mis paisajes soñados tenían una dulzura de sueño en relación con las otras partes del paisaje — una dulzura que hacía que yo pudiera amarlos.

Mi manía de crear un mundo falso me sigue acompañando, y sólo con mi muerte me abandonará. No acumulo hoy en mis cajones carretes de caña de pescar y peones de ajedrez —a lo mejor con un alfil o un caballo sobresaliendo— pero me da pena no hacerlo… y acumulo en mi imaginación, confortablemente, como quien en invierno se calienta a la lumbre, figuras que viven, y son constantes y están vivas, en mi vida interior. Tengo un mundo de amigos dentro de mí, con vidas propias, reales, definidas e imperfectas.

Algunos pasan dificultades, otros tienen una vida bohemia, pintoresca y humilde. Hay otros que son viajantes (poder soñarme viajante fue siempre una de mis grandes ambiciones —¡irrealizable, infelizmente!). Otros viven en aldeas y villas allá por las fronteras de un Portugal dentro de mí; vienen a la ciudad, donde casualmente me tropiezo con ellos y los reconozco, abriéndoles los brazos, en acto de atracción… Y cuando sueño esto, paseando por mi cuarto, hablando en voz alta, gesticulando… cuando sueño esto, y me veo tropezándomelos, todo mi ser se me alegra, me realizo, me agito, me brillan los ojos, abro los brazos y siento una felicidad enorme, real.

¡Ah, no hay saudades más dolorosas que las de las cosas que nunca existieron! Lo que yo siento cuando pienso en el pasado que tuve en el tiempo real, cuando lloro sobre el cadáver de la vida de mi infancia ida, … incluso eso no alcanza el fervor doloroso y trémulo con que lloro sobre el no ser reales las figuras humildes de mis sueños, las propias figuras secundarias que recuerdo haber visto una sola vez, de casualidad, en mi pseudovida, al doblar una esquina de mi visión, al pasar por un portal en una calle que subí y recorrí por ese sueño adelante.

¡La rabia de que la saudade no pueda reavivarse y ponerse en pie de nuevo nunca es tan compungida contra Dios, que creó imposibilidades, como cuando pienso que mis amigos de sueño, con quienes compartí tantos detalles de una vida supuesta, con quienes tantas conversaciones ilustradas en cafés imaginarios he tenido, no pertenecieron al final a ningún espacio donde pudieran ser realmente independientes de mi conciencia de ellos!

¡Oh, el pasado muerto que arrastro conmigo y que nunca estuvo sino conmigo! Las flores del jardín de la pequeña casa de campo y que nunca existió sino dentro de mí. ¡Las

huertas, los pomares, el pinar de la quinta que fue sólo un sueño mío! ¡Mis veraneos supuestos, mis paseos por un campo que nunca existió! Los árboles del borde del camino, los atajos, las piedras, los labriegos que pasan… todo esto, que no pasó nunca de un sueño, está grabado en mi memoria causándome dolor, y yo, que pasé horas soñándolos, paso horas después recordando que los he soñado y es de verdad la saudade que tengo, un pasado que lloro, una vida real muerta que observo, solemne en su ataúd.
Están también los paisajes y las vidas que no fueron enteramente interiores. Ciertos cuadros, sin especial relieve artístico, ciertos oleograbados que había en paredes con las que conviví durante muchas horas —pasan a ser realidad dentro de mí. Aquí la sensación era distinta, más dolorosa y triste. Me ardía el no poder estar allí, fueran ellas reales o no. ¡No ser yo, por lo menos, una figura más dibujada al pie de aquel bosque a la luz de la luna que había en un pequeño grabado de un cuarto donde dormí cuando ya no era tan niño! ¡No poder yo pensar que estaba allí oculto, en el bosque a la orilla del río, bajo aquella eterna luz de luna (aunque mal dibujada), mirando al hombre que pasa en una barca por debajo del inclinarse de un sauce! Aquí el no poder soñar completamente me dolía. Los rasgos de mi saudade eran otros. Los gestos de mi desesperación eran diferentes. La imposibilidad que me torturaba era de otro tipo de angustia. ¡Ah, no tener todo esto un sentido en Dios, una realización conforme al espíritu de nuestros deseos, no sé dónde, en un tiempo vertical, consustanciado con la dirección de mis saudades y de mis devaneos! ¡No existir, al menos sólo para mí, un paraíso hecho de todo esto! No poder yo encontrar los amigos a los que soñé, pasar por las calles que creé, despertar, entre el barullo de los gallos y de las gallinas y el rumor matutino de la casa, en la casa de campo en la que yo me supuse… y todo esto más perfectamente conseguido por Dios, puesto en aquel perfecto orden para existir, en la forma justa para yo tenerlo que ni mis propios sueños alcanzan sino en la falta de una dimensión del espacio íntimo que entretiene esas pobres realidades…
Levanto la cabeza del papel en que escribo… Es pronto todavía. Es poco más del mediodía y es domingo. El mal de la vida, la enfermedad de ser consciente, entra en mi propio cuerpo y me perturba. ¡No existir islas para los desolados, alamedas vetustas, inencontrables para los otros, para los aislados en el soñar! ¡Tener que vivir y, por poco que sea, actuar; tener que rozar la vida por el simple hecho de que existe otra gente que también es real! Tener que estar aquí escribiendo esto, por ser preciso a mi alma hacerlo, e incluso esto no poder soñarlo simplemente, expresarlo sin palabras, sin conciencia incluso, por una construcción de mí mismo en música y esbatimento, de modo que me subieran las lágrimas a los ojos sólo de sentir expresarme, y yo fluyese, como un río encantado, por lentos declives de mí mismo, cada vez más hacia lo inconsciente y lo Distante, sin sentido ninguno excepto Dios.

93.

En mí fue siempre menor la intensidad de las sensaciones que la intensidad de la conciencia de ellas. Sufrí siempre más con la conciencia de estar sufriendo que con el sufrimiento de que tenía conciencia.

La vida de mis emociones se mudó, desde el origen, a las salas del pensamiento, y allí viví siempre más ampliamente el conocimiento emotivo de la vida.

Y como el pensamiento, cuando alberga a la emoción, se hace más exigente que ella, el régimen de conciencia en que pasé a vivir lo que sentía me hacía más cotidiano, más epidérmico, más titilante el modo de sentir

Me creé eco y abismo, pensando. Me multipliqué profundizándome. El mínimo episodio —una alteración saliendo de la luz, la caída enrollada de una hoja seca, el pétalo que amarillento se desprende, la voz del otro lado del muro con los pasos del dueño de la voz junto a los de quien debe escucharla, el portal entreabierto de la finca vieja, el patio dando acceso con un arco a las casas aglomeradas a la luz de la luna— todas estas cosas, que no me pertenecen, me aseguran la meditación sensible con lazos de resonancia y de saudade. En cada una de esas sensaciones soy otro, me renuevo dolorosamente en cada impresión indefinida.

Vivo de impresiones que no me pertenecen, perdulario de renuncias, otro distinto en el modo de ser yo.

94.
Vivir es ser otro. Y sentir no es posible si hoy se siente como ayer se sintió: sentir hoy lo mismo que ayer no es sentir —es recordar hoy lo que ayer se sintió, ser hoy el cadáver vivo de lo que ayer fue vida perdida.

Borrar todo del cuadro de un día para otro, ser nuevo con cada madrugada, en una revirginidad perpetua de la emoción —esto, y sólo esto, vale la pena ser o poseer, para ser o poseer lo que imperfectamente somos.

Esta madrugada es la primera del mundo. Nunca este color de rosa amarilleando hacia el blanco cálido se posó así en el rostro con que el caserío del oeste encara lleno de ojos acristalados el silencio que trae la luz creciente. Nunca hubo este momento, ni esta luz, ni este mi ser. Lo que mañana sea será otra cosa, y lo que vea será visto por ojos recompuestos, llenos de una nueva visión.

¡Altos montes de la ciudad! Grandes arquitecturas que las laderas empinadas agrandan y aseguran, despeñamientos de edificios diversamente amontonados, que la luz teje de sombras y quemaduras —sois hoy, sois yo, porque os veo, sois lo que [¿seré?] mañana, y os amo desde la amurada como un navío que pasa a través de otro navío y hay saudades desconocidas al pasar.

95.
Permanecí horas desconocidas, momentos sucesivos sin relación, en el paseo que di, de noche, por la orilla solitaria del mar. Todos los pensamientos que han hecho vivir a tantos hombres, todas las emociones que los hombres han dejado de vivir, cruzaron por mi mente, como un oscuro resumen de la historia, en esa meditación mía paseada por la orilla del mar.

Sufrí en mí mismo, conmigo mismo, las aspiraciones de todas las eras, y conmigo pasearon, por la orilla oída del mar, los desasosiegos de todos los tiempos. Lo que los hombres quisieron y no llegaron a hacer, lo que mataron al hacerlo, lo que las almas fueron y nadie contó nunca —de todo esto se formó el alma sensible con la que paseé de noche por la orilla del mar. Y lo que los amantes extrañaron en el otro amante, lo que la mujer ocultó siempre al marido de quien es mujer, lo que la madre piensa del hijo que no tuvo, el que tuvo forma sólo en una sonrisa e en una oportunidad, en un tiempo que no fue ese o en una emoción que falta —todo eso, en mi paseo por la orilla del mar, fue y regresó conmigo, y las olas retorcían soberanamente el acompañamiento que me hacía dormirlo.

Somos lo que no somos, y la vida es rápida y triste. El ruido de las olas por la noche es el ruido de la noche; ¡y cuántos lo oyeron en su propia alma, como la esperanza constante que se deshace en lo oscuro con un sonido sordo de honda espuma! ¡Qué lágrimas lloraron los que lo lograron, qué lágrimas perdieron los que lo consiguieron! Y todo esto, en mi paseo por la orilla del mar, se me acabó convirtiendo en secreto de la noche y de la confidencia del abismo. ¡Cuántos somos! ¡Cuántos nos engañamos! ¡Qué mares resuenan en nosotros, en la noche de ser nosotros mismos, por las playas que nos sentimos ser en los prolongamientos de la emoción! Lo que se perdió, lo que se debería haber querido, lo que se obtuvo y se disfrutó por equivocación, lo que amamos y perdimos y, tras perderlo, vimos, amando por haberlo perdido, que no lo habíamos amado; lo que creíamos que pensábamos cuando sentíamos; lo que era un recuerdo y creíamos que era una emoción; y el mar sin fin, acercándose, rumoroso y fresco, desde el fondo insondable de la noche inmensa, extendiéndose con suave agitación sobre la playa, en el curso nocturno de mi paseo por la orilla del mar…

¿Quién sabe siquiera lo que desea o piensa? ¿Quién sabe lo que es él para sí mismo? ¡Cuántas cosas nos sugiere la música y nos agrada que no puedan ser! ¡Cuántas la noche nos recuerda y lloramos y no existieron nunca! Como una voz desprendida de la paz que a lo largo se extiende, el rollo de la ola estalla y se enfría y hay un audible salivar por la playa invisible adelante.

¡Cuánto muero si siento por todo! ¡Cuánto siento si así camino errante, incorpóreo y humano, con el corazón parado como una playa, y todo el mar de todo, en la noche que vivimos, rompiendo hondo, es broma, y se enfría, en mi eterno paseo nocturno por la orilla del mar!

96.
Veo los paisajes soñados con la misma claridad con que contemplo los reales. Si me asomo a mis sueños es a alguna cosa real a lo que me asomo. Si veo pasar la vida, alguna cosa sueño.

Alguien dijo de alguien que para él las figuras de los sueños tenían la misma evidencia y relieve que las figuras de la vida. En mi caso, aunque comprenda que se me pudiera aplicar una frase similar, no la aceptaría. Las figuras de los sueños no son para mí iguales a las de la vida. Son paralelas. Cada vida —la de los sueños y la del mundo— tiene una realidad igual y propia, pero diferente. Como las cosas próximas y las cosas remotas. Las figuras de los sueños están próximas a mí, pero □

97.
El verdadero sabio es aquel que consigue que los acontecimientos exteriores lo alteren mínimamente. Para ello necesita acorazarse rodeándose de realidades más próximas a él que los acontecimientos y a través de las cuales los acontecimientos, alterados hasta estar de acuerdo con ellas, le llegan.

98.
Me desperté hoy muy temprano, en un repente lleno de confusión, y enseguida me levanté de la cama, bajo el ahogo de un tedio incomprensible. Ningún sueño lo había causado; ninguna realidad podría haberlo producido. Era un tedio absoluto y completo, pero fundado en algo. En el fondo oscuro de mi alma, invisibles, fuerzas desconocidas trababan una batalla en la que mi ser era el suelo, y todo mi ser temblaba por el incógnito combate. Una náusea física de la vida entera nació con mi despertar. Un horror a tener que vivir se levantó conmigo de la cama. Todo me pareció hueco y tuve la impresión de que no hay solución para ningún problema.

Una inquietud enorme me hacía estremecer hasta el mínimo gesto. Tuve miedo de enloquecer, no de locura, sino del mismo sitio aquel. Mi cuerpo era un grito latente. Mi corazón latía como si hablara.

A grandes y falsos pasos, que traté en vano de transformar en otros, recorrí, descalzo, el reducido espacio de mi cuarto, y la diagonal vacía del cuarto interior, que tiene la puerta en el ángulo que da al pasillo de la casa. Con movimientos incoherentes e imprecisos, toqué los cepillos de encima de la cómoda, desplacé una silla, y golpeé una vez con la mano movida en balanceo el hierro áspero de las patas de la cama inglesa. Encendí un cigarro, que fumé por pura subconsciencia, y sólo cuando vi que había caído ceniza en la cabecera de la cama —¿cómo, si yo no me había recostado allí?— comprendí que estaba poseído, o cosa similar, en ser cuando no en nombre, y que la conciencia de mí mismo, que debería tener, se había ido alternando con el abismo.

Recibí el anuncio de la mañana, la escasa luz fría que da un vago azul blanco al horizonte que se revela como un beso de gratitud de las cosas. Porque esa luz, ese verdadero día, me liberaba, me liberaba no sé bien de qué, me daba el brazo a la vejez incógnita. Hacía carantoñas a la niñez postiza, amparaba el reposo mendigo de mi sensibilidad desbordada.

¡Ah, qué mañana es esta, que me despierta a la estupidez de la vida y a la gran ternura de esa misma vida! Casi acabo llorando viendo clarear ante mí, por debajo de mí, la vieja calle estrecha, y cuando las contraventanas de la mercería de la esquina dejan ya ver su castaño oscuro a la luz que se derrama un poco, mi corazón siente un alivio de cuento de hadas reales, y empieza a conocer la seguridad de no sentirse.

¡Qué mañana esta pena! ¿Y qué sombras se alejan? ¿Y qué misterios ocurrieron? Nada: el ruido del primer tranvía como un fósforo que va a iluminar la oscuridad del alma, y los pasos sonoros de mi primer transeúnte que son la realidad concreta diciéndome, con voz de amigo, que no esté así.

99.
Hay momentos en los que todo cansa, hasta aquello que debería descansarnos. Lo que nos cansa, porque nos cansa; lo que debería descansarnos, porque nos cansa la idea de alcanzarlo. Hay abatimientos del alma más allá de toda angustia y de todo dolor; creo que no los conocen sino los que se hurtan a las angustias y a los dolores humanos, y tienen diplomacia consigo mismos para hurtarse al propio tedio. Reduciéndose así a seres acorazados contra el mundo, no es de admirar que, a cierta altura de su conciencia de ellos mismos, les pese de repente el volumen de la coraza, y la vida les resulte una angustia al revés, un dolor perdido.

Estoy en uno de esos momentos, y escribo estas líneas como quien quiere al menos saber que vive. Durante todo el día, hasta ahora mismo, trabajé como un soñoliento, echando cuentas por procedimientos de sueño, escribiendo a lo largo de mi entumecimiento. Durante todo el día sentí que me pesaba la vida en los ojos y las sienes — sueño en los ojos, presión hacia fuera en las sienes, conciencia de todo eso en el estómago, náusea y desaliento.

Vivir me parece un error metafísico de la materia, un descuido de la inacción. Ni siquiera miro al día, para ver lo que tiene que pueda distraerme de mí mismo, y, dejándolo aquí en descripción escrita, pueda tapar con palabras la jícara vacía de mi no quererme. Ni siquiera miro al día, e ignoro con la espalda doblada si es el sol o la falta de sol lo que está allá fuera en la calle subjetivamente triste, en la calle desierta por donde está pasando el ruido de la gente. Lo ignoro todo y me duele el pecho. Interrumpí mi trabajo y no quiero moverme de aquí. Estoy mirando el secante blanco sucio que se arrastra, pegado a los bordes, sobre la mucha edad de la mesa inclinada. Observo atentamente los garabatos de absorción y distracción que se han secado en él. Varias veces mi firma al revés o al contrario. Algunos números aquí y allá, tal cual. Unos dibujos de nada, hechos por mi desatención. Miro todo esto como un aldeano de secantes, con una atención de quien mira novedades, con todo el cerebro inerte por detrás de los centros cerebrales que promueven la visión.

Tengo más sueño íntimo del que en mí cabe. Y nada quiero, nada prefiero, no hay nada de lo que huir.

100.
Vivo siempre en el presente. El futuro lo desconozco. El pasado ya no lo tengo. Me pesa el uno como la posibilidad de todo, y el otro como la realidad de nada. No tengo esperanzas ni saudades. Sabiendo lo que ha sido mi vida hasta hoy —tantas veces y hasta tal punto lo contrario de lo que yo hubiera deseado—, ¿qué puedo presumir que sea mi vida mañana sino aquello que no presumo que sea, lo que no quiero, lo que me sucede desde fuera, incluso a través de mi propia voluntad? No tengo nada en mi pasado que recuerde con el deseo inútil de repetirlo. Nunca fui otra cosa sino un vestigio y un simulacro de mí mismo. Mi pasado es todo aquello que no conseguí ser. Ni las sensaciones de momentos idos me resultan saudosas: lo que se siente exige su momento; pasado este, hay un volver la página y la historia continúa, pero no el texto.

Breve sombra oscura de un árbol de ciudad, leve ruido de agua cayendo en el estanque triste, verdor del césped regular —jardín público al ya casi crepúsculo—. Sois, en este momento, el universo entero para mí, porque sois el contenido pleno de mi sensación consciente. No quiero nada más de la vida que el sentirla perderse por estos jardines enrejados por la melancolía de las calles que los rodean y cerrados, más allá de las ramas altas de los árboles, por el cielo viejo donde las estrellas recomienzan.

101.
Si nuestra vida fuera un eterno estar-a-la-ventana, si así nos quedáramos, como un humo siempre detenido, teniendo siempre el mismo momento de crepúsculo coloreando la curva de los montes. ¡Si así quedáramos más allá de siempre! ¡Si al menos, más acá de la imposibilidad, así pudiéramos quedarnos, sin cometer una sola acción, sin que nuestros labios pálidos pecasen más palabras!

¡Mira como va oscureciendo!… El sosiego positivo de todo me llena de rabia, de algo que es algo así como el gusto agrio en el sabor de la aspiración. ¡Me duele el alma…! Una lenta línea de humo se levanta y se va dispersando a lo lejos… Un tedio inquieto me obliga a no pensar más en ti…

¡Tan superfluo todo! Nosotros y el mundo y el misterio de ambos.

102.
La vida es para nosotros lo que de ella concebimos. Para el rústico para quien su propio campo lo es todo, ese campo es un imperio. Para el César cuyo imperio todavía le parece poco, ese imperio es un campo. El pobre posee un imperio; el grande posee un campo. En realidad, no poseemos más que nuestras propias sensaciones; en ellas, pues, y no en lo que ellas ven, tenemos que fundamentar la realidad de nuestra vida.

Esto no viene a cuento de nada.

He soñado mucho. Estoy cansado de haber soñado, pero no cansado de soñar. De soñar nadie se cansa, porque soñar es olvidar, y olvidar no pesa y es un sueño sin sueños en el que estamos despiertos. En sueños lo he conseguido todo. También he despertado, pero ¿qué importa? ¡Cuántos Césares fui! ¡Y los gloriosos, qué mezquinos! César, salvado de la muerte merced a la generosidad de un pirata, manda crucificar a ese pirata tan pronto como, tras perseguirlo sin tregua, consigue detenerlo. Napoleón, haciendo testamento en Santa Helena, deja un legado a un delincuente que había intentado asesinar a Wellington. ¡Oh grandezas iguales a las del alma de mi vecina bizca! ¡Oh grandes hombres de la cocinera de otro mundo! Cuántos Césares fui, y sigo soñando ser.

Cuántos Césares fui, pero no de los reales. Fui realmente imperial mientras soñé, y por eso no fui nunca nada. Mis ejércitos fueron derrotados, pero la derrota fue de poca monta y no murió nadie. No perdí banderas. No soñé mi ejército hasta el punto de que en él apareciesen ante mi mirada en cuyo sueño hace esquina. Cuántos Césares fui, aquí mismo, en la Rua dos Douradores. Y los Césares que fui viven todavía en mi imaginación; pero los Césares que fueron están muertos, y la Rúa dos Douradores, esto es, la Realidad, no puede conocerlos.

Arrojo la caja de cerillas, que está vacía, al abismo que es la calle más allá del parapeto de mi ventana alta sin balcón. Me levanto de la silla y escucho. Nítidamente, como si significara alguna cosa, la caja de cerillas vacía suena en la calle que me dice desierta. No se oye otro sonido, salvo los de toda la ciudad. Sí, los de la ciudad de un domingo entero — tantos, sin oírse, y todos verdaderos.

Qué cosas mínimas, en el mundo real, constituyen el soporte de las mejores meditaciones. El haber llegado tarde a comer, el haberse acabado las cerillas, el haber arrojado yo, individualmente, la caja a la calle, con cierto malestar por haber comido fuera de horas, el ser el domingo la promesa aérea de un ocaso malo, el no ser nadie en el mundo, y toda la metafísica.

¡Pero cuántos Césares fui!

103.

Cultivo el odio a la acción como una flor de invernadero. Presumo ante mí mismo de mi disidencia de la vida.

104.

Ninguna idea brillante consigue ponerse en circulación si no es añadiendo a sí misma algún elemento de estupidez. El pensamiento colectivo es estúpido porque es colectivo: nada pasa las barreras de lo colectivo sin dejar en ellas, como impuesto indirecto, la mayor parte de la inteligencia que lleve consigo.

En la juventud somos dos: se da en nosotros la coexistencia de nuestra inteligencia propia, que puede ser grande, y la de la estupidez de nuestra inexperiencia, que forma una segunda inteligencia inferior. Sólo cuando llegamos a otra edad se produce en nosotros la unificación. De ahí la acción siempre frustrada de la juventud —debida, no a su inexperiencia, sino a su no-unidad.

Al hombre superiormente inteligente no le queda hoy otro camino sino el de la abdicación.

105. ESTÉTICA DE LA ABDICACIÓN

Conformarse es someterse y vencer es conformarse, ser vencido. Por eso toda victoria es una grosería. Los vencedores pierden siempre todas las cualidades de desaliento con el presente que los llevaron a la lucha que les dio la victoria. Quedan satisfechos, y satisfecho sólo puede estarlo aquel que se conforma, el que no tiene mentalidad de vencedor. Sólo vence el que nada consigue nunca. Sólo es fuerte quien siempre se desanima. Lo mejor y más púrpura es abdicar. El imperio supremo es el del Emperador que abdica de la vida normal de los demás hombres, en que la preocupación por la supremacía no pesa como un saco de joyas.

106.

A veces, cuando levanto la cabeza atontada de los libros en los que escribo cuentas ajenas y la ausencia de vida propia, siento una náusea física, que puede venir de estar curvado, pero que trasciende los números y la desilusión. La vida me desagrada como una medicina inútil. Y es entonces cuando siento con visiones claras lo fácil que sería el alejarme de este tedio si yo tuviera la simple fuerza de quererme alejar de él realmente.

Vivimos por la acción, esto es, por la voluntad. A los que no sabemos querer —seamos genios o mendigos— nos hermana la impaciencia. ¿De qué me sirve citarme como genio si acabo de ayudante de tenedor de libros? Cuando Cesário Verde hizo saber al médico que era, no el Sr. Verde empleado de comercio, sino el poeta Cesário Verde, se sirvió de uno de aquellos verbalismos del orgullo inútil que transpiran el olor de la vanidad. Lo que él, cuitado, nunca dejó de ser, fue el Sr. Verde empleado de comercio. El poeta nació después de su muerte, porque fue después de su muerte cuando nació el aprecio por el poeta.

Actuar, eso es lo verdaderamente inteligente. Seré lo que quiera. Pero tengo que querer lo que sea. El éxito está en tener éxito, y no en tener condiciones para el éxito. Condiciones para palacio tiene cualquier terreno extenso, pero ¿dónde estará el palacio si no lo levantan allí?

Mi orgullo lapidado por ciegos y mi desilusión pisoteada por mendigos.

«Te quiero sólo para sueño», dicen a la mujer amada, en versos que no le envían, aquellos que no se atreven a decirle nada. Este «te quiero sólo para sueño» es un verso de un viejo poema mío. Registro el recuerdo con una sonrisa, y ni la sonrisa comento.

107.
Soy una de aquellas almas a las que las mujeres dicen que aman y que nunca reconocen cuando se las encuentran; de aquellas que, si las reconocieran, ni siquiera así las reconocerían. Sufro la delicadeza de mis sentimientos con una atención desdeñosa. Poseo todas las cualidades por las que son admirados los poetas románticos, incluso la ausencia de aquellas cualidades por las que se es realmente poeta romántico. Me encuentro descrito (en parte) en varias novelas como protagonista de diversos enredos; pero lo esencial de mi vida, como de mi alma, es no ser nunca protagonista.
No tengo una idea de mí mismo, ni siquiera aquella que consiste en una falta de idea de mí mismo. Soy un nómada de la conciencia de mí. Escaparon del redil en mi primera guardia los rebaños de mi riqueza íntima.

La única tragedia es no poder concebirnos trágicos. Siempre vi nítidamente mi coexistencia con el mundo. Nunca sentí nítidamente mi no coexistencia con él; por eso nunca fui alguien normal.
Actuar es reposar.
Todos los problemas son insolubles. La esencia de la existencia de un problema es la ausencia de cualquier solución para el problema. Buscar un acontecimiento significa que el acontecimiento no existe. Pensar es no saber existir.
Paso horas, a veces, en el Terreiro do Paço, a la orilla del río, meditando en vano. Mi impaciencia quiere constantemente arrancarme de ese sosiego, y mi inercia me detiene en él constantemente. Medito, entonces, en medio de una modorra física, que se parece a la voluptuosidad sólo en la forma en que el susurro del viento nos recuerda voces, en la eterna insaciabilidad de mis deseos vagos, en la perenne inestabilidad de mis ansias imposibles. Sufro, principalmente, del mal de ser capaz de sufrir. Me falta alguna cosa que no deseo y sufro porque eso no sea propiamente sufrir.

El muelle, la tarde, los olores del mar, todos ellos entran, y entran todos juntos, en la composición de mi angustia. Las flautas de los pastores imposibles no son más suaves que el no haber aquí flautas y por eso venirme a la memoria. Los idilios remotos, junto a los riachuelos, me duelen en este momento análogo por dentro, □

108.
La vida puede ser sentida como una náusea en el estómago, la existencia de la propia alma como una molestia de los músculos. La desolación del espíritu, cuando agudamente sentida, forma mareas, desde lejos, en el cuerpo, y duele por delegación.

Soy consciente de mí mismo en un día en el que el dolor de ser consciente es, como dice el poeta

languidez, mareo
y angustioso afán.

109.

(storm)

Sobra silencio oscuro lívidamente. A su manera, cerca, entre el errar extraño y rápido de los carros, un camión truena —eco ridículo, mecánico, de lo que es realidad en la distancia próxima del cielo.

De nuevo, sin previo aviso, chorrea luz magnética, pestañeando. Golpea el corazón un breve trago. Se quiebra una redoma en las alturas, en grandes astillazos de cúpula. Un lienzo nuevo de mala lluvia agrede el ruido del suelo.

(patrón Vasques) Su cara lívida se le ha puesto de un verde falso y desorientado. Lo noto, entre el aire difícil del pecho, con la fraternidad de saber que también yo debo estar así.

110.
Cuando duermo muchos sueños, salgo a la calle, con los ojos abiertos, todavía con su rastro y su seguridad. Y me pasmo en mi automatismo con el modo en que los otros me desconocen. Porque atravieso la vida cotidiana sin soltar la mano del ama astral, y mis pasos en la calle se suceden acompasados y acordes con oscuros designios de la imaginación de dormir. Y por la calle voy seguro; no me tambaleo; respondo bien; existo.

Pero cuando se produce una interrupción, y no tengo que vigilar el curso de la marcha, para evitar vehículos o no estorbar a peatones, cuando no tengo que hablarle a alguien, ni me incomoda la entrada de una puerta próxima, me sumerjo de nuevo en las aguas del sueño, como un barco de papel doblado en picos, y de nuevo regreso a la ilusión agónica que me calentó la vaga conciencia de la mañana naciendo entre el ruido de los carros de hortalizas.

Y es entonces, en plena vida, cuando el sueño tiene grandes películas. Desciendo por una calle irreal de la Baixa y la realidad de las vidas que no son me ata, con cariño, la cabeza con un trapo blanco de reminiscencias falsas. Soy navegante por un desconocimiento de mí mismo. Lo vencí todo allí donde no estuve nunca. Y es una brisa nueva esta soñolencia con la que puedo andar, curvado hacia delante en una marcha sobre lo imposible.

Cada uno tiene su alcohol. Yo tengo alcohol bastante con existir. Borracho de sentirme, voy errante y seguro. Si es la hora, acudo a la oficina como otro cualquiera. Si no es la hora todavía, voy hasta el río a observar el río, como cualquier otro. Soy igual. Y por detrás de todo eso, cielo mío, me constelo a escondidas y tengo mi infinito.

111.

Todo hombre de hoy, cuya estatura moral y relieve intelectual no sean de pigmeo o de palurdo, ama, cuando ama, con el amor romántico. El amor romántico es un producto extremo de siglos y siglos de influencia cristiana; y, tanto en su sustancia como en la secuencia de su desarrollo, puede ser dado a conocer a quien no lo perciba comparándolo con un vestido o con un traje que el alma o la imaginación fabriquen para con él vestir las criaturas que acaso aparezcan y a las cuales el espíritu considere que les cae bien.

Pero todo traje, como no es eterno, dura mientras dura; y al poco tiempo, bajo el vestido del ideal que habíamos formado y que se va deshaciendo, surge el cuerpo real de la persona humana sobre la que lo habíamos colocado.

El amor romántico, por tanto, es un camino de desilusión. Sólo deja de serlo cuando la desilusión, aceptada desde el principio, decide variar de ideal constantemente, tejer constantemente, en los talleres del alma, nuevos trajes con los que constantemente renovar el aspecto de la criatura por ellos vestida.

112.
Nunca amamos a alguien en concreto. Amamos tan sólo la idea que nos formamos de alguien. Es un concepto nuestro —es, en suma, a nosotros mismos— lo que amamos.

Esto es verdad en toda la escala del amor. En el amor sexual buscamos un placer propio que nos es dado por intermedio de un cuerpo extraño. En el amor distinto del sexual, buscamos un placer propio que nos es dado por intermedio de una idea nuestra. El onanista es abyecto, pero, en rigurosa verdad, el onanista es la perfecta expresión lógica del sentimiento amoroso. Es el único que no disfraza ni engaña.

Las relaciones entre un alma y otra, a través de cosas tan inciertas y divergentes como las palabras comunes y los gestos que se emprenden, son materia de extraña complejidad. En el acto mismo de conocernos, nos desconocemos. Dicen los dos «te amo» o lo piensan y lo sienten a modo de trueque, y cada uno quiere decir una idea distinta, una vida distinta, puede incluso que un color o un aroma diferentes, en la suma abstracta de impresiones que constituye la actividad del alma.

Estoy hoy lúcido como si no existiera. Mi pensamiento está desnudo y claro como un esqueleto, sin los trapos carnales de la ilusión de la expresión. Y estas consideraciones, que formo y abandono, no nacen de cosa alguna —de cosa alguna, por lo menos, que esté en la platea de mi conciencia. Tal vez aquella desilusión del dependiente con su chica, tal vez alguna frase leída en los casos de amoríos que los periódicos cuentan de los extranjeros, tal vez incluso una vaga náusea que arrastro conmigo y que no puedo explicar físicamente…

Se equivocó el escoliasta de Virgilio. Es de comprender de lo que sobre todo nos cansamos. Vivir es no pensar.

113.
Dos, tres días de semejanza de principio de amor…
Todo esto vale para el esteta lo que las sensaciones que le produce. Avanzar sería entrar en el dominio donde empiezan los celos, el sufrimiento, la excitación. En esta antecámara de la emoción hay toda la suavidad del amor sin su profundidad —un gozo suave, pues, un vago aroma de deseos, y, si con eso se pierde la grandeza que existe en la tragedia del amor, repárese que, para el esteta, las tragedias con cosas interesantes de observar, pero incómodas de sufrir. El cultivo mismo de la imaginación resulta perjudicado por la vida. Reina aquel que no está entre los vulgares.

Al final, esto podría contentarme razonablemente si yo consiguiera persuadirme de que esta teoría no es lo que es, un complejo ruido que hago llegar a los oídos de mi inteligencia, casi como para que no perciba que, en el fondo, no hay otra cosa que mi timidez y mi incompetencia para la vida.

114. ESTÉTICA DEL ARTIFICIO

La vida perjudica la expresión de la vida. Si yo viviera un gran amor nunca podría contarlo.

Ni yo mismo sé si este yo, que os vengo exponiendo a lo largo de estas páginas, existe realmente o no es más que un concepto estético y falso que yo hice de mí mismo. Sí, sí, así es. Me vivo estéticamente en otro. Esculpí mi vida como una estatua de materia ajena a mi propio ser. A veces no me reconozco, tan exterior me hice a mí mismo, y tan de modo puramente artístico empleé mi conciencia de mí mismo. ¿Quién soy yo por detrás de esta realidad? No lo sé. Debo ser alguien. Y si no procuro vivir, actuar, sentir, es —podéis creerlo— para no perturbar las líneas dibujadas de mi personalidad supuesta. Quiero ser tal como quise ser y no soy. Si cediera, me destruiría. Quiero ser una obra de arte, del alma por lo menos, ya que del cuerpo no puedo serlo. Por eso me esculpí en calma y en extrañamiento y me coloqué en invernadero, lejos de los aires frescos y de las luces claras —donde mi artificiosidad, flor absurda, pueda florecer en lejana belleza.

Pienso a veces en lo hermoso que podría ser, unificando mis sueños, crearme una vida continua, pasada, dentro del transcurrir de días enteros, entre convidados imaginarios con personas inventadas, e ir viviendo, sufriendo, gozando esa vida falsa. Allí me sucederían desgracias; grandes alegrías caerían allí sobre mí. Y nada de mí mismo sería real. Pero todo tendría una soberbia lógica, su propia lógica; sucedería todo siguiendo un ritmo de voluptuosa falsedad, aconteciendo todo en una ciudad hecha con mi alma, perdida hasta [el] andén de una estación junto a un tren tranquilo, muy lejos en mi propio interior, muy muy lejos… Y todo nítido, inevitable, como en la vida exterior, pero estética, de Muerte del Sol.

115.
Organizar de tal manera nuestra vida que sea para los otros un misterio, que quien mejor nos conozca sólo nos desconozca más de cerca que los otros. Yo así esculpí mi vida, casi sin pensar en ello, pero tanto arte instintivo puse en hacerlo que a mí mismo me volví una no del todo clara y nítida individualidad mía.

116.
Escribir equivale a olvidar. La literatura es la manera más agradable de ignorar la vida. La música arrulla, las artes visuales animan, las artes vivas (como la danza y las representaciones) entretienen. La primera, sin embargo, se aleja de la vida por hacer de ella un sueño] las segundas, con todo, no se alejan de la vida —unas porque se sirven de fórmulas visibles y por tanto vitales, otras porque viven de la misma vida humana.

No es ese el caso de la literatura. La literatura simula la vida. Una novela es una historia de lo que nunca fue y un drama es una novela que se ofrece sin narración. Un poema es la expresión de ideas o de sentimientos en un lenguaje que nadie utiliza, porque nadie habla en verso.

117.
La mayoría de las personas padecen de no saber decir lo que piensan y ven. Dicen que no hay nada más difícil que definir en palabras una espiral: es necesario, dicen, dibujar en el aire, con la mano y sin literatura, el gesto ascendente y ordenadamente enrollado con el que aquella figura abstracta de los muelles o de algunas escaleras se manifiesta a nuestros ojos. Pero, siempre que nos acordemos de que decir es renovar, podremos definir sin dificultad una espiral: es un círculo que sube sin llegar nunca a acabarse. Sé muy bien que la mayor parte de la gente no se atrevería a definirla así, porque supone que definir es decir lo que los otros quieren que se diga, y no lo que es preciso decir para definir. Lo diré de otro modo: una espiral es un círculo virtual que se desdobla subiendo sin nunca realizarse por completo. Pero no, la definición sigue siendo abstracta. Buscaré lo concreto, y todo podrá verse: una espiral es una serpiente sin serpiente enroscada verticalmente en torno a nada.

Toda la literatura consiste en un esfuerzo para hacer real la vida. Como todos saben, incluso cuando actúan sin saber, la vida es absolutamente irreal, en su realidad directa; los campos, las ciudades, las ideas, son cosas absolutamente ficticias, hijas de nuestra compleja sensación de nosotros mismos. Son intrasmisibles todas las impresiones salvo si las hacemos literarias. Los niños son muy literarios porque dicen tal como sienten y no tal como debe sentir quien siente según otra persona. Oí una vez a un niño que decía, queriendo decir que estaba a punto de llorar, no «Tengo ganas de llorar», que es lo que diría un adulto, es decir, un estúpido, sino «Tengo ganas de lágrimas». Y esta frase, absolutamente literaria, hasta el punto de que resultaría afectada en un poeta célebre, si pudiera llegar a decirla, explica resueltamente la presencia caliente de las lágrimas saltando de los párpados conscientes de la amargura líquida. «¡Tengo ganas de lágrimas!» Aquel chiquillo supo definir bien su espiral.

¡Decir! ¡Saber decir! ¡Saber existir a través de la voz escrita y de la imagen intelectual! Todo esto es lo que en la vida vale: lo demás son hombres y mujeres, amores supuestos y vanidades facticias, subterfugios de la digestión y del olvido, gentes removiéndose como bichos cuando se levanta una piedra bajo el enorme pedregal abstracto del cielo azul y sin sentido.

118.
¿Qué me importa que nadie lea lo que escribo? Lo escribo para distraerme de vivir, y lo publico porque el juego incluye esa regla. Si mañana se perdiesen todos mis escritos, sentiría pena, pero creo sinceramente que no sería una pena violenta y loca como cabría suponer, puesto que en todo eso iba toda mi vida. No es diferente, pues, de la madre que, muerto el hijo, meses después sigue ahí [?] y es la misma. La misma tierra que sirve para los muertos serviría, menos maternalmente, para esos papeles. No todo importa, y creo de verdad que hubo quien vio la vida sin una gran paciencia para con ese niño despierto y con un gran deseo del sosiego de cuando ella, por fin, se haya retirado a descansar.

119.
Siempre leí con disgusto en el diario de Amiel las referencias que recuerdan que había publicado libros. La figura se me rompe en ese punto. ¡Qué grande, si no fuera por eso!

El diario de Amiel me dolió siempre por mi causa.

Cuando llegué a aquel punto en que dice que Sheres le describió el fruto del espíritu como si fuera «la conciencia de la conciencia», sentí una directa referencia a mi alma.

120.
Aquella malicia indefinida y casi imponderable que alegra a cualquier corazón humano ante el dolor de los otros y el desconsuelo ajeno, la coloco yo en el examen de mis propios dolores, la llevo tan lejos que en las ocasiones en que me siento ridículo o mezquino, la disfruto como si fuera otro el que lo estuviera siendo. Gracias a una fantástica y extraña transformación de sentimientos, ocurre que no siento esa alegría malvada y humanísima ante el dolor y el ridículo ajenos. Siento ante el rebajamiento de los otros no un dolor, sino un abatimiento estético y una sinuosa irritación. Y ello no por bondad, sino porque quien hace el ridículo no es sólo ante mí ante quien lo hace, sino también ante los otros, y me irrita que alguien esté siendo ridículo para los demás, me duele que cualquier animal de la especie humana se ría a costa del otro, cuando no tiene derecho alguno a hacerlo. Que los otros se rían a mi costa no me importa, porque de mí hacia afuera hay un desprecio proficuo y blindado.

Más terrible que cualquier muro, coloqué rejas altísimas delimitando el jardín de mi ser, de manera que, viendo yo perfectamente a los otros, perfectísimamente los excluyo y los mantengo otros.

Escoger maneras de no actuar fue siempre la atención y el escrúpulo de mi vida.

No me someto al estado ni a los hombres; resisto inertemente. El estado sólo puede quererme para una acción cualquiera. No actuando yo, él de mí nada consigue. Hoy ya no se mata, así que sólo puede molestarme; si eso sucede, tendré que blindar más mi espíritu y vivir más lejos dentro de mis sueños. Pero eso nunca sucedió. Nunca me incomodó el estado. Creo que todo fue providencia de la suerte.

121.
Como todo individuo de gran movilidad mental, tengo un amor orgánico y fatal por la fijación. Abomino de la vida nueva y del lugar desconocido.

122.
La idea de viajar me da náuseas.
Ya vi todo lo que nunca había visto.
Ya vi todo lo que todavía no vi.
El tedio de lo constantemente nuevo, el tedio de descubrir, bajo la falsa diferencia de las cosas y de las ideas, la perenne identidad de todo, la semejanza absoluta entre la mezquita, el templo y la iglesia, la igualdad de la cabaña y el castillo, el mismo cuerpo estructural entre ser rey vestido y salvaje desnudo, la eterna concordancia de la vida consigo misma, la inmovilidad de todo lo que vivo sólo de moverse está pasando.

Los paisajes son repeticiones. En un sencillo viaje de tren me divido inútil y angustiosamente entre la desatención al paisaje y la desatención al libro que me entretendría si yo fuera otro. Tengo de la vida una náusea vaga, y el movimiento me la acentúa.

Sólo no existe tedio en los paisajes que no existen, en los libros que no leeré nunca. La vida, para mí, es una soñolencia que no llega al cerebro. A ese lo preservo yo libre para en él poder sentirme triste.

¡Ah, que viajen quienes no existen! Para quien no es nada, como un río, el correr debe ser vida. Pero para quienes piensan y sienten, para quienes están despiertos, la horrorosa histeria de los trenes, de los automóviles, de los navios no los deja ni dormir ni despertar.

De cualquier viaje, por breve que sea, regreso como de un sueño lleno de sueños —una confusión entumecida, con las sensaciones pegadas unas a otras, ebrio de lo que vi.

Para el reposo me falta la salud del alma. Para el movimiento me falta alguna cosa que hay entre el alma y el cuerpo; se me niegan no los movimientos, sino el deseo de tenerlos.

A menudo me ha sucedido querer atravesar el río, estos diez minutos desde el Terreiro do Paço hasta Cacilhas. Y casi siempre tuve como una timidez de tanta gente, de mí mismo y de mi intención. Una y otra vez he ido, siempre oprimido, siempre poniendo el pie en tierra sólo cuando estoy de regreso.

Cuando se siente con exceso, el Tajo es un Atlántico sin número, y Cacilhas es otro continente, incluso otro universo.

123.
La renuncia es la liberación. No querer es poder.

¿Qué puede darme China que mi alma no me haya dado ya? Y, si mi alma no me lo puede dar, ¿cómo ha de dármelo China, si es con mi alma como veré China, si es que la veo? Podré ir a buscar riqueza a Oriente, pero no riqueza de alma, porque la riqueza de mi alma soy yo mismo, y yo estoy donde estoy, con Oriente o sin él.

Entiendo que viaje quien sea incapaz de sentir. Por eso son tan pobres siempre, como libros de experiencia, los libros de viaje, valiendo tan sólo lo que valga la imaginación de quienes los escriben. Y si quien los escribe tiene imaginación, tanto puede encantarnos con la descripción minuciosa, fotográfica a modo de estandartes, de paisajes que imaginó, como con la descripción, forzosamente menos minuciosa, de los paisajes que creyó haber visto. Somos todos miopes, excepto para dentro. Sólo el sueño ve con la mirada.

En el fondo, hay en nuestra experiencia de la tierra dos únicas cosas —lo universal y lo particular. Describir lo universal es describir lo que es común a toda alma humana y a toda humana experiencia —el cielo inmenso, con el día y la noche que en él y de él se suceden y nacen; el correr de los ríos— todos con igual agua fresca y líquida; los mares, montañas trémulamente extensas, guardando la majestad de las alturas en el secreto de las profundidades; los campos, las estaciones, las casas, las caras, los gestos; el traje y las sonrisas; el amor y las guerras; los dioses finitos e infinitos; la Noche sin forma, madre del origen del mundo; el Hado, el monstruo intelectual que lo es todo… Describiendo esto, o cualquier otra cosa universal como esto, hablo con el alma el lenguaje primitivo y divino, el idioma adánico que todos entienden. ¿Pero qué lenguaje astillado y babélico hablaría yo cuando quisiera describir el Elevador de Santa Justa, la Catedral de Reims, los calzones de los zuavos, la manera de pronunciar el portugués en Trás-os-Montes? Estas cosas son accidentes de la superfide; pueden sentirse con el andar, mas no con el sentir. Lo que en el Elevador de Santa Justa es universal es la mecánica haciendo el mundo más fácil. Lo que en la catedral de Reims es verdad no es ni la Catedral ni Reims, sino la majestad religiosa de los edificios consagrados al conocimiento de la hondura del alma humana. Lo que en los calzones de los zuavos es eterno es la ficción colorista de los trajes, lenguaje humano, creando una simplicidad social que es a su manera una nueva desnudez. Lo que en la pronunciación local es universal es el timbre casero de las voces de la gente que vive de manera espontánea, la variedad de los seres juntos, la sucesión multicolor de las maneras, las diferencias de los pueblos, y la vasta variedad de las naciones.

Transeúntes eternos a través de nosotros mismos, no hay paisajes sino el paisaje que nosotros somos. Nada poseemos, porque ni siquiera nos poseemos a nosotros mismos. Nada tenemos porque nada somos. ¿Qué manos extenderé hacia qué universo? El universo no es mío: soy yo.

124.
(Chapter on Indifference or something like that)
Toda alma digna de sí misma desea vivir la vida en Extremo. Contentarse con lo que le dan es propio de los esclavos. Pedir más es propio de los niños. Conquistar más es propio de los locos, porque toda conquista es □

Vivir la vida en Extremo significa vivirla hasta el límite, pero existen tres maneras de hacerlo, y a cada alma elevada cumple escoger una de esas maneras. Puede vivirse la vida en extremo por la posesión extrema de ella, por el viaje ulisíaco a través de todas las sensaciones vividas, a través de todas las formas de energía exteriorizada. Raros son, sin embargo, en todas las épocas del mundo, los que pueden cerrar los ojos cargados de cansancio suma de todos los cansancios, los que lo poseyeron todo de todas las maneras.

Raros son así los que pueden exigir de la vida, consiguiéndolo, que se les entregue en cuerpo y alma; sabiendo no estar celosos de ella por saber tenerle el más completo amor. Pero este debe ser, sin duda, el deseo de toda alma elevada y fuerte. Cuando ese alma, sin embargo, comprueba que le [resulta] imposible tal realización, que no tiene fuerzas para la conquista de todas las partes del Todo, puede seguir otros dos caminos —uno, la abdicación total, la abstención formal, completa, relegando a la esfera de la sensibilidad lo que no puede poseer íntegramente en la región de la actividad y de la energía. Más vale superiormente no actuar que actuar inútilmente, fragmentariamente, insuficientemente, como la innumerable superflua mayoría inane de los hombres; otro, el camino del perfecto equilibrio, la búsqueda del Límite en la Proporción Absoluta, por donde el ansia de Extremo pasa de la voluntad y de la emoción a la Inteligencia, siendo entonces la máxima ambición no la de vivir toda la vida, no la de sentir toda la vida, sino la de ordenar toda la vida, la de cumplirla en Armonía y Coordinación inteligente.

El ansia de comprender, que en tantas almas nobles sustituye a la de actuar, pertenece a la esfera de la sensibilidad. Sustituir por la Inteligencia la energía, romper el lazo entre la voluntad y la emoción, despojando de interés todos los gestos de la vida material, eso es lo que, logrado, vale más que la vida, tan difícil de poseer por entero y tan triste de poseer parcialmente.

Decían los argonautas que navegar es preciso, mas vivir no es preciso. Argonautas nosotros de la sensibilidad enfermiza, digamos que sentir es preciso, mas que no es preciso vivir.

125.
No hicieron vuestras naves, Señor, viaje más primordial que el que mi pensamiento, en el desastre de este libro, llevó a cabo. No doblaron cabo ni vieron playa más apartada, tanto desde la audacia de los audaces como desde la imaginación de los no tan osados, igual a los cabos que doblé con mi meditación, y a las playas que, con mi □, hice llegar a mi esfuerzo.

Por vuestro comenzar, Señor, se descubrió el Mundo Real; el Mundo Intelectual será descubierto por el mío.

Contendieron vuestros argonautas con monstruos y con miedos. También yo, en el viaje de mi pensamiento, tuve monstruos y miedos con los que contender. En el camino hacia el abismo abstracto, que está en el fondo de las cosas, hay horrores que superar que los hombres del mundo no imaginan y miedos que pasar que la experiencia humana no conoce; es más humana tal vez la amarra hacia el lugar indefinido del mar común que la senda abstracta hacia el vacío del mundo.

Alejados del uso de sus hogares, exiliados del camino de sus casas, viudos para siempre de la dulzura de una vida que sea siempre la misma, llegaron por fin vuestros emisarios, muerto ya vos, al extremo oceánico de la Tierra. Vieron, en lo material, un nuevo cielo y una tierra nueva.

Yo, lejos de los caminos de mí mismo, ciego por la visión de la vida que amo, □, llegué por fin también al extremo vacío de las cosas, a la borda imponderable del límite de los seres, a la puerta sin sitio del abismo abstracto del Mundo.

Traspasé, señor, esa Puerta. Anduve errante, señor, por ese mar. Contemplé, señor, ese invisible abismo.

Pongo esta obra de Descubrimiento supremo en la invocación de vuestro nombre portugués, creador de argonautas.

126.
Tengo grandes momentos de parálisis. No es que, como todo el mundo, vaya dejando pasar los días para responder con una simple postal la carta urgente que me escribieron. No es que, como no lo hace nadie, aplace indefinidamente lo fácil que me sería útil, o lo útil que me resultaría agradable. Hay más sutileza en mi desentendimiento conmigo mismo. Me paralizo en el alma misma. Se produce en mí una suspensión de la voluntad, de la emoción, del pensamiento, y esta suspensión dura largos días; sólo la vida vegetativa del alma —la palabra, el gesto, la costumbre —me sirven para expresarme ante los otros y, a través de ellos, ante mí.

En esos períodos de sombra, soy incapaz de pensar, de sentir, de querer. No sé escribir más que guarismos o líneas. No siento, y la muerte de alguien a quien amase me produciría la impresión de haberse realizado en una lengua extranjera. No puedo; es como si durmiera y mis gestos, mis palabras, mis actos más seguros, no fueran más que una respiración periférica, instinto rítmico de no sé qué organismo.

Así pasan los días, uno tras otro, y no sabría decir cuánto de mi vida, si se sumara, habría pasado de ese modo. A veces me sucede que, cuando me despojo de esta parada de mí, tal vez no quede en la desnudez que supongo, y haya todavía vestidos impalpables cubriendo la eterna ausencia de mi alma verdadera; me sucede que pensar, sentir, querer también pueden ser parálisis, ante un más íntimo pensar, un sentir más mío, una voluntad perdida en algún lugar dentro el laberinto de lo que realmente soy.

Sea como fuere dejo que así sea. Y al dios, o a los dioses que pueda haber, alargo con mi mano lo que soy, conforme manda la suerte y el azar ejecuta, fiel a un compromiso olvidado.

127.
No me indigno, porque la indignación es cosa de los fuertes; no me resigno, porque la resignación es cosa de los nobles; no me callo, porque el silencio es cosa de los grandes. Y yo no soy ni fuerte, jai noble, ni grande. Sufro y sueño. Me quejo por ser débil y, porque soy artista, me entretengo en tejer mis quejas de modo musical y a organizar mis sueños como mejor me parece mi idea de encontrarlos hermosos.

Sólo lamento no ser niño, para poder creer en mis sueños, no estar loco para poder apartar del alma de todos los que me rodean, □

Tomar el sueño por real, vivir demasiado los sueños le dio esta espina a la rosa falsa de mi soñada vida: que ni los sueños llegan a agradarme, porque les descubro defectos.

Ni pintando ese cristal de sombras de colores puedo ocultar el rumor de la vida ajena a mi mirarla desde el otro lado.

¡Dichosos los creadores de sistemas pesimistas! No sólo se defienden por haber hecho cualquier cosa, sino que también se alegran con la explicación y se incluyen en el dolor universal.

Yo no me quejo por el mundo. No protesto en nombre del universo. No soy pesimista. Sufro y me quejo, pero no sé si lo que hay de general es el sufrimiento ni sé si es humano sufrir. ¿Qué me importa a mí saber si eso es cierto o no?

Yo sufro, no sé si merecidamente. (Corza perseguida).

Yo no soy pesimista, soy triste.

128.

Siempre rechacé que me comprendieran. Ser comprendido es prostituirse. Prefiero ser tomado en serio como lo que no soy, ignorado humanamente, con decencia y naturalidad.

Nada podría indignarme tanto como que en la oficina me extrañaran. Quiero disfrutar conmigo la ironía de que no me extrañen. Quiero el cilicio de que me juzguen como ellos. Quiero la crucifixión de que no me admiren. Hay martirios más sutiles que aquellos que aparecen registrados de santos y ermitaños. Hay suplicios de la inteligencia como los hay del cuerpo y del deseo. Y de esos, como de los otros suplicios, nace una voluptuosidad □

129.
El mozo ataba los envoltorios de cada día en el frío crepuscular de la amplia oficina. «Menudo trueno», dijo para nadie, en un tono alto de «buenos días», el crudelísimo bandido. Mi corazón empezó a latir [de] nuevo. El apocalipsis había pasado. Se hizo una pausa.

Y con qué alivio —luz fuerte y clara, espacio, trueno enorme— este tronar próximo ya alejado nos aliviaba del que había habido. Dios había cesado. Me sentí respirar a pleno pulmón. Reparé que había poco aire en la oficina. Noté que había otras personas, además del mozo. Todos habían permanecido callados. Se oyó una cosa trémula y áspera: era la gran hoja del Libro Mayor que Moreira había girado hacia adelante, bruscamente, para comprobar.

130.

Pienso muchas veces cómo sería yo si, resguardado del viento de la suerte por el biombo de la riqueza, nunca hubiera acabado, de la mano moral de mi tío, en una oficina de Lisboa, ni hubiera ido ascendiendo de ella a otras hasta llegar a esta cumbre barata de buen tenedor de libros, con un trabajo como una cierta siesta y un salario que da para ir viviendo.

Sé bien que, si ese pasado que no existió hubiera existido, yo no sería hoy capaz de escribir estas páginas, mejores en cualquier caso, por ser algunas, que las ningunas que en mejores circunstancias no habría hecho más que soñar. Es que la banalidad es una inteligencia y la realidad, sobre todo si es estúpida y dura, un complemento natural del alma.

Debo al ser tenedor de libros buena parte de lo que puedo sentir y pensar como la negación y la huida del cargo.

Si tuviera que escribir, en el lugar sin letras de respuesta a un cuestionario, a qué influencias literarias estaba agradecida la formación de mi espíritu, abriría el espacio punteado con el nombre de Cesário Verde, pero no lo cerraría sin escribir en él los nombres del patrón Vasques, del tenedor de libros Moreira, del empleado Vieira y del mozo Antonio. Y a todos les pondría, en letras grandes, la dirección clave LISBOA.

Si bien se ve, tanto Cesário Verde como estos fueron para mi visión del mundo coeficientes de corrección. Creo que es esta la frase, cuyo sentido exacto evidentemente ignoro, con la que los ingenieros designan el tratamiento que se le hace a la matemática para que pueda caminar hasta la vida. Si es así, fue exactamente eso. Si no lo es, pase por lo que podría haber sido, y valga la intención por la metáfora fallida.

Considerando, por otra parte, y con la claridad que puedo, lo que ha sido aparentemente mi vida, la veo como una cosa coloreada —envoltura de chocolate o vitola de puro— retirada, con el cepillo suave de la criada que escucha allá arriba, desde el mantel a la pala de recoger las migas para la basura entre las cortezas de la realidad propiamente dicha. Se destaca de las cosas cuyo destino es semejante por un privilegio que va a dar también a la paleta. Y la conversación de los dioses continúa por encima del cepillar, indiferente a esos incidentes del servicio del mundo.

Sí, si yo hubiera sido rico, resguardado, cepillado, ornamental, no habría sido ni ese breve episodio de papel bonito entre migas; habría quedado en un plato al azar —«no, muchas gracias»— y me retiraría al aparador para envejecer. Así, rechazado después de haberme comido la miga práctica, voy con el polvo de lo que queda del cuerpo de Cristo al cubo de la basura, y ni me imagino lo que viene después, y entre qué astros; pero siempre es un venir después.

131.

No teniendo qué hacer, ni que pensar en hacer, voy a poner en este papel la descripción de mi ideal—

Apunte

La sensibilidad de Mallarmé dentro del estilo de Vieira; soñar como Verlaine en el cuerpo de Horacio; ser Homero a la luz de la luna.

Sentirlo todo de todas las maneras; saber pensar con las emociones y sentir con el pensamiento; no desear mucho salvo con la imaginación; sufrir con *coquetterie*; ver claro para escribir justo; conocerse con fingimiento y táctica, naturalizarse diferente y con todos los documentos; en suma, usar por dentro todas las sensaciones, descortezándolas hasta Dios; pero envolver de nuevo y reponer en el escaparate como aquel empleado que desde aquí estoy viendo con las latas pequeñas del betún de nueva marca.

Todos estos ideales, posibles o imposibles, acaban ahora. Tengo la realidad delante de mí —no es ni siquiera el empleado, es su mano (a él no lo veo), tentáculo absurdo de un alma con familia y con suerte, que hace muecas de araña sin tela en su dedicado reponer ahí frente a mí.

Y una de las latas cayó, como el Destino de todos.

132.

Cuanto más contemplo el espectáculo del mundo, y el flujo y el reflujo de la mutación de las cosas, más profundamente me identifico con la ficción congénita de todo, con el prestigio falso de la pompa de todas las realidades. Y en esta contemplación, que a cuantos reflexionan alguna vez les habrá acaecido, la marcha multicolor de las costumbres y las modas, el camino complejo de los progresos y de las civilizaciones, la confusión grandiosa de los imperios y de las culturas —todo eso se me aparece como un mito y una ficción, soñado entre sombras y olvidos. Pero no sé si la definición suprema de todos esos propósitos muertos, incluso cuando han sido logrados, debe estar en la abdicación extática del Buda que, al comprender el vacío de las cosas, se alzó de su éxtasis diciendo «Ya lo sé todo», o en la indiferencia demasiado experta del emperador Severo: «omnia fui, nihil expedit —lo fui todo, nada vale la pena».

133.

… el mundo, basurero de fuerzas instintivas, que en todo caso brilla al sol con tonos paleteados de oro claro y oscuro.

Para mí, si lo pienso, pestes, tormentas, guerras, son productos de la misma fuerza ciega, operando unas veces a través de microbios inconscientes, otras a través de rayos y aguas inconscientes, otras a través de hombres inconscientes. Un terremoto y una masacre no tienen para mí más diferencia que la que hay entre asesinar con una navaja y asesinar con un puñal. El monstruo inmanente en las cosas tanto se sirve —para su bien o para su mal, que al parecer le son indiferentes— del remover de piedras en lo alto como del remover de celos o codicia en un corazón. Las piedras caen, y matan a un hombre; la codicia y los celos arman un brazo, y el brazo mata a un hombre. Así es el mundo, basurero de fuerzas instintivas, que sin embargo brilla al sol con tonos paleteados de oro claro y oscuro.

Para plantar cara a la brutalidad de la indiferencia, que constituye el fondo visible de las cosas, descubrieron los místicos que lo mejor era repudiar. Negar el mundo, separarse de él como de un pantano a cuya orilla nos encontráramos. Negar como Buda, negándole la realidad absoluta; negar como Cristo, negándole la realidad relativa; negar□

No pedí a la vida otra cosa salvo que no me exigiera nada. A la puerta de la cabaña que no tuve me senté al sol que no existió nunca, y gocé de la vejez futura de mi realidad cansada (con el placer de no tenerla todavía). No haber muerto todavía basta para los pobres de la vida, y tener todavía la esperanza de □

□ contento con el sueño sólo cuando no estoy soñando, contento con el mundo sólo cuando sueño lejos de él. Péndulo oscilante, siempre moviéndose para no llegar nunca, yendo sólo para regresar, eternamente preso a la doble fatalidad de un centro y de un movimiento inútil.

134.

Me busco y no me encuentro. Pertenezco a horas crisantemos, nítidas en alejamientos de jarrones. Dios hizo de mi alma algo decorativo.

No sé qué detalles demasiado pomposos y escogidos definen el aspecto de mi espíritu. Mi amor a lo ornamental es, sin duda, porque siento en él alguna cosa idéntica a la sustancia de mi alma.

135.

Las cosas más simples, más verdaderamente simples, esas que no hay nada que pueda hacer semi-simples, me las hace complejas el yo vivirlas. Dar a alguien los buenos días a veces me intimida. Se me seca la voz, como si hubiera una audacia extraña en decir esas palabras en alta voz. Es una especie de pudor de existir —¡no hay otro nombre para eso!

El análisis constante de nuestras sensaciones crea una manera nueva de sentir, que parece artificial a quien analice sólo con la inteligencia y no con la propia sensación^

Toda mi vida fui metafísicamente fútil, serio en broma. Nada hice en serio, por más que quisiera. Se divirtió en mí conmigo un Destino *malin*.

¡Tener emociones de algodón, de seda o de brocado! ¡Tener emociones descriptibles así! ¡Tener emociones descriptibles!

Sube por mí en el alma un arrepentimiento que es de Dios por todo, una pasión sorda de lágrimas por la condena de los sueños en la carne de los que los soñaron… Y odio sin odio a todos los poetas que escribieron versos, a todos los idealistas que quisieron ver su ideal, a todos los que consiguieron aquello que querían.

Me pierdo indefinidamente por las calles tranquilas, camino hasta cansar el cuerpo al compás de mi alma, me duele hasta el extremo del dolor conocido que experimenta un cierto placer en sentirse, una compasión materna por sí mismo, que posee música y es indefinible.

¡Dormir! ¡Adormecer! ¡Sosegar! ¡Ser una conciencia abstracta de respirar tranquilo, sin mundo, sin astros, sin alma —mar muerto de emoción reflejando una ausencia de estrellas!

136.
¿El esfuerzo de sentir? ¡El esfuerzo de tener que sentir!

137.
… la hiperacuidad no sé si de las sensaciones, si de su sola expresión, o si, más propiamente, de la inteligencia que está entre las unas y la otra y forma del propósito de expresar la emoción ficticia que sólo existe para ser expresada. (Tal vez no sea en mí más que la máquina de revelar al que no soy).

138.
Hay una erudición del conocimiento, que es lo que propiamente se llama erudición, y hay una erudición del entendimiento, que es lo que se llama cultura. Pero hay también una erudición de la sensibilidad.

La erudición de la sensibilidad nada tiene que ver con la experiencia de la vida. La experiencia de la vida nada enseña, del mismo modo que la historia de nada nos informa. La verdadera experiencia consiste en restringir el contacto con la realidad y aumentar el análisis de ese contacto. Así la sensibilidad se amplía y se hace más profunda, porque en nosotros está todo; basta con que lo busquemos y con que lo sepamos buscar.

¿Qué significa viajar, y para qué sirve? Cualquier ocaso es el ocaso; no es necesario ir a verlo a Constantinopla. ¿La sensación de liberación que nace de los viajes? Puedo experimentarla saliendo de Lisboa y yendo hasta Benfica, y experimentarla de modo más profundo que quien va de Lisboa a China, porque si la liberación no está dentro de mí, no está, para mí, en parte ninguna. «Cualquier camino», dijo Carlyle, «incluso este camino de Entepfuhl, te lleva al fin del mundo». Pero el camino de Entepfuhl, si fuera recorrido por entero, hasta el final, regresa a Entepfuhl; de modo que Entepfuhl, donde ya estábamos, es aquel mismo fin del mundo que íbamos a buscar.

Condillac empieza su célebre libro «Por más alto que subamos y más bajo que descendamos, nunca salimos de nuestras sensaciones». Nunca desembarcamos de nosotros mismos. Nunca llegamos a ningún otro, sino alternándonos por medio de la imaginación sensible de nosotros mismos. Los verdaderos paisajes son los que nosotros mismos creamos, porque así, siendo sus dioses, los vemos como verdaderamente son, que es como fueron creados. No es ninguna de las siete partidas del mundo la que me interesa y puedo verdaderamente ver; la octava partida es la que yo recorro y la que es mía.

Quien cruzó todos los mares cruzó tan sólo la monotonía de sí mismo. Yo ya crucé más mares que nadie. Ya vi más montañas que las que hay en la tierra. Pasé ya por más ciudades de las existentes, y los grandes ríos de ninguno de los mundos fluyeron, absolutos, bajo mis ojos contemplativos. Si viajara, sólo encontraría la débil copia de lo que ya había visto sin viajar.

En los países que los demás visitan, los visitan anónimos y peregrinos. En los países que yo he visitado, he sido no sólo el placer escondido del viajero incógnito, sino la majestad del Rey que en ellos reina, y el pueblo cuyos usos los habitan, y la historia entera de aquella nación y de las otras. Los mismos paisajes, las mismas casas, yo las vi porque fui ellas, hechas en Dios con la sustancia de mi imaginación.

139.
Hace mucho tiempo que no escribo. Han pasado meses sin que viva, y voy perdurando, entre la oficina y la fisiología, en una parálisis íntima de pensar y sentir. Esto, infelizmente, no descansa: en la putrefacción hay fermentación.

Hace mucho tiempo que no sólo no escribo, sino que ni siquiera existo. Creo que apenas sueño. Las calles son calles para mí. Hago el trabajo de la oficina con conciencia sólo para él, pero no puedo decir exactamente que sin distraerme: por detrás estoy, en vez de meditando, durmiendo, aunque sigo siendo siempre distinto por detrás del trabajo.

Hace mucho tiempo que no existo. Estoy tranquilísimo. Nadie me diferencia de quien soy. Me sentí ahora respirar como si hubiera practicado una cosa nueva o atrasada. Empiezo a tener conciencia de tener conciencia. Tal vez mañana despierte para mí mismo, y reanude el curso de mi existencia propia. No sé si, con eso, seré más o menos feliz. No sé nada. Levanto la cabeza de paseante y veo que, sobre la cuesta del Castillo, el ocaso opuesto arde en decenas de ventanas, con un reverbero inmenso de fuego frío. Alrededor de esos ojos de llama dura toda la cuesta tiene la suavidad del fin del día. Puedo al menos sentirme triste, y tener la conciencia de que, con esta mi tristeza, se cruzó ahora —visto con el oído— el ruido repentino del tranvía que pasa, la voz casual de los conversadores jóvenes, el susurro olvidado de la ciudad viva.

Hace mucho tiempo que no soy yo.

140.
Me sucede a veces, y siempre que me sucede es casi de repente, que me aparece en medio de las sensaciones un cansancio tan terrible de la vida que es imposible imaginar un acto con el que dominarlo. Para remediarlo, el suicidio parece poco seguro, la muerte, incluso presupuesta la inconsciencia, todavía poco. Es un cansancio que ambiciona no el dejar de existir —cosa que puede ser posible o puede no serlo— sino una cosa mucho más horrorosa y profunda, el dejar de ni siquiera haber existido, lo que no hay modo de que pueda acontecer.

Creo entrever a veces, en las especulaciones, en general confusas, de los indios, algo de esta ambición más negativa que la nada. Pero o les falta agudeza de sensación para relatar así lo que piensan, o les falta agudeza de pensamiento para sentir así lo que sienten. El hecho es que lo que en ellos entreveo no lo veo. El hecho es que creo ser el primero en dar en palabras el absurdo siniestro de esta sensación sin remedio.

Y la curo escribiéndola. Sí, no hay desolación, si es de veras profunda, mientras que no sea puro sentimiento, pero en ella participe la inteligencia, para que no exista el remedio irónico de decirla. Aun cuando la literatura no tuviera otra utilidad, tendría esta, aunque para unos pocos.

Los males de la inteligencia, infelizmente, duelen menos que los del sentimiento, y los del sentimiento, infelizmente, menos que los del cuerpo. Digo «infelizmente» porque la dignidad humana exigiría lo contrario. No hay sensación angustiosa del misterio que pueda doler como el amor, los celos o la saudade, que pueda ahogar como el miedo físico intenso, que pueda transformar como la cólera o la ambición. Pero también ningún dolor de los que despedazan el alma consigue ser tan realmente dolor como el dolor de muelas, o el de los cólicos, o (supongo) el dolor del parto.

Estamos de tal modo constituidos que la inteligencia que ennoblece ciertas emociones o sensaciones, y las eleva por encima de las otras, las deprime también si extiende su análisis a la comparación entre todas ellas.

Escribo como quien duerme, y toda mi vida es un recibo por firmar. \
Dentro del gallinero de donde saldrá para matar, el gallo canta himnos a la libertad porque le dieron dos palos de gallinero.

141. PAISAJE DE LLUVIA

En cada gota de lluvia mi vida fracasada llora con la naturaleza. Hay algo de mi desasosiego en el gota a gota, en el chaparrón a chaparrón con que la tristeza del día se derrama inútilmente sobre la tierra.

Llueve tanto, tanto. Mi alma está húmeda de oír llover. Tanto… Mi carne está líquida y acuosa en torno a mi sensación de lluvia.

Un frío desasosegado pone manos gélidas en torno a mi pobre corazón. Las horas cenicientas y □ se alargan, se enllanuran en el tiempo; los momentos se arrastran.

¡Cómo llueve!

Los canalones chorrean torrentes mínimos de aguas siempre repentinas. Desciende por mi saber que hay canalones un ruido perturbador de caída de agua. Golpea contra la cristalera, indolente, gemidoramente, la lluvia; □

Una mano fría me aprieta la garganta y no me deja respirar la vida.

¡Todo muere en mí, incluso el saber que puedo soñar! No estoy bien de ningún modo físico. Todas las suavidades en las que me reclino tienen para mi alma aristas. Todas las miradas adonde miro están tan oscuras de golpearles esta luz empobrecida del día como para morirse sin dolor.

142.

Lo que hay de más grosero en los sueños es que todos los tienen. En cualquier cosa piensa en la oscuridad el mozo de cuerda que se pasa el día amodorrado junto al candelero entre viaje y viaje. Sé en lo que entrepiensa: es en lo mismo en lo que yo me abismo entre asiento y asiento en el tedio estival de la oficina tranquilísima.

143.
Me dan más pena los que sueñan lo probable, lo legítimo y lo próximo, que los que devanean sobre lo remotísimo y extraño. Los que sueñan en demasía, o son locos y creen en lo que sueñan y son felices, o son simples devaneadores para quienes el devaneo es una música del alma que los arrulla sin decirles nada. Pero el que sueña lo posible tiene la posibilidad real de la verdadera desilusión] No me puede pesar mucho el haber dejado de ser emperador romano, pero puede dolerme el ni siquiera haberle hablado nunca a la costurera que, hacia las nueve, vuelve siempre la esquina que queda a la derecha. El sueño que nos promete lo imposible ya en eso mismo de él nos priva, pero el sueño que nos promete lo posible se entromete con la propia vida y delega en ella su solución. Uno vive exclusivo e independiente; el otro sometido a las contingencias de lo que acontece.

Por eso amo los paisajes imposibles y las grandes áreas desiertas de las llanuras donde nunca estaré. Las épocas históricas pasadas son de pura maravilla, pues evidentemente no puedo imaginar que se realizarán conmigo. Duermo cuando sueño lo que no hay; voy a despertarme cuando sueño lo que puede haber.

Me asomo, desde una de las ventanas con balcón de la oficina abandonada al mediodía, a la calle donde mi distracción siente movimientos de gente en los ojos, y no los ve desde la distancia de la meditación. Duermo sobre los codos donde el pasamanos me hace daño, y sé de nada con una gran promesa. Los pormenores de la calle detenida por donde muchos andan se me destacan con un alejamiento mental: las cajas apiladas en el carro, los sacos a la puerta del almacén del otro, y, en el escaparate más apartado de la mercería de la esquina, el vislumbre de las botellas de aquel vino de Oporto que sueño que no puede comprar nadie. Se me aísla el espíritu de la mitad de la materia. Investigo con la imaginación. La gente que pasa por la calle es siempre la misma que pasó hace poco, es siempre el aspecto fluctuante de alguien, manchas de movimiento, voces de incertidumbre, cosas que pasan y no llegan a suceder.

La anotación con la conciencia de los sentidos, antes que con los mismos sentidos… La posibilidad de otras cosas… Y, de repente, resuena, en la oficina y por detrás de mí, la llegada metafísicamente abrupta del mozo. Siento que podría matarlo por haberme interrumpido lo que no estaba pensando. Lo miro, girándome, con un silencio lleno de odio, escucho anticipadamente, con una tensión de homicidio latente, la voz que va a usar para decirme alguna cosa. Él sonríe desde el fondo de la casa y me da las buenas tardes en alta voz. Lo odio como odio al universo. Tengo los ojos pesados de conjeturar.

144.
Después de todos los días de lluvia, de nuevo el cielo trae el azul que había escondido a los grandes espacios de las alturas. Entre las calles, donde las pozas duermen como charcos del campo, y la clara alegría que se enfría en lo alto, hay un contraste que hace agradables las calles sucias y primaveral el cielo de invierno banal. Es domingo y no tengo nada que hacer. Ni soñar me apetece, de tan buen día que hace. Lo disfruto con una sinceridad de sentidos a la que la inteligencia se abandona. Paseo como un empleado liberado. Me siento viejo, sólo para tener el placer de sentirme rejuvenecer.

En la gran plaza dominical hay un movimiento solemne de otra especie de día. En Sao Domingos hay la salida de una misa, y va a comenzar otra. Veo a unos que salen y a los que todavía no han entrado, esperando a algunos que no están viendo quién sale.

Todas estas cosas carecen de importancia. Son, como todo lo común de la vida, un sueño de los misterios y de las almenas, y yo miro, como un mensajero recién llegado, la llanura de mi meditación.

Tiempo atrás, cuando era niño, yo iba a esta misma misa, o quizás a otra, pero debía de ser esta. Me ponía, con la debida conciencia, mi único mejor traje, y disfrutaba de todo —hasta de lo que no tenía motivo para disfrutar. Vivía por fuera y el traje estaba limpio y era nuevo. ¿Qué más puede querer quien tiene que morir y no lo sabe de mano de su madre?

Tiempo atrás disfrutaba de todo esto, pero tal vez es sólo ahora cuando comprendo cuánto lo disfrutaba. Entraba en misa como en un gran misterio, y salía de misa como a un claro del bosque. Así es como realmente era, y así es como realmente es. Sólo el ser que no cree y es adulto, con un alma que recuerda y llora, son la ficción y el trastorno, el desaliño y la losa fría.

Sí, lo que soy sería insoportable si no pudiera acordarme de lo que fui. Y esta multitud extraña que sigue todavía saliendo de misa, y el principio de la multitud posible que comienza a llegar para entrar a otra —todo esto son como barcos que pasan a través de mí, río lento, bajo las ventanas abiertas de mi hogar levantado en sus orillas.

Recuerdos, domingos, misas, placer de haber sido, milagro del tiempo que por haber pasado se mantiene, y nunca olvida porque fue mío… Diagonal absurda de las sensaciones normales, ruido súbito de un coche de alquiler que hace resonar sus ruedas sobre el fondo de los silencios ruidosos de los automóviles, y de algún modo, por una paradoja maternal del tiempo, subsiste hoy, aquí mismo, entre lo que soy y lo que perdí, en la anterior mirada sobre mí que soy yo…

145.

Cuanto más grande un hombre, de más cosas tiene que privarse. En la cumbre no hay lugar más que para un hombre, y sólo él. Cuanto más perfecto, más completo; y cuanto más completo, más otro.

Estas consideraciones me asediaron después de haber leído en un periódico la noticia de la gran vida múltiple de un hombre célebre. Era un millonario americano, y lo había sido todo. Tuvo todo cuanto ambicionó —dinero, amores, afectos, dedicaciones, viajes, colecciones. No es que el dinero lo pueda todo, pero el gran magnetismo, que sirve para obtener mucho dinero, lo puede, efectivamente, casi todo.

Cuando dejaba el periódico sobre la mesa del café, reflexionaba ya que lo mismo, en su esfera, podría decir el cajero, más o menos conocido, que todos los días come, como hoy está comiendo, en la mesa del rincón del fondo. Todo cuanto tuvo el millonario, lo ha tenido este hombre; en menor grado, es cierto, pero en su justa medida. Los dos hombres consiguieron lo mismo, ni siquiera hay diferencia de celebridad, porque en eso también la diferencia de ambientes establece la identidad. No hay nadie en el mundo que no conociera el nombre del millonario americano; pero no hay nadie en el mundo del comercio que en Lisboa no conozca el nombre del hombre que está allí comiendo.

Estos hombres, a fin de cuentas, obtuvieron todo cuanto la mano puede alcanzar con el brazo extendido. Variaba en ellos la longitud del brazo; en lo demás, eran iguales. Nunca conseguí sentir envidia de este tipo de gente. Siempre pensé que la virtud estaba en obtener lo que no se podía alcanzar, en vivir donde no se está, en estar más vivo después de muerto que cuando se está vivo, en conseguir, en fin, algo difícil, absurdo, en vencer, como obstáculos, la propia realidad del mundo.

Si me dijeran que es nulo el placer de durar después de no existir, respondería, primero, que no sé si lo es o no, pues no conozco la verdad sobre la supervivencia humana; respondería, después, que el placer de la fama futura es un placer presente —la que es futura es la propia fama. Y es un placer orgulloso como ningún otro que cualquier posesión material nos pueda dar. Puede ser, de hecho, ilusorio, pero sea como sea, es mayor que el placer de disfrutar sólo de lo que está aquí. El millonario americano no puede creer que la posteridad aprecie sus poemas, ya que nunca escribió ninguno; el cajero no puede suponer que el futuro se deleite con sus cuadros, pues ninguno pintó.

Yo, sin embargo, que en la vida transitoria no soy nada, puedo disfrutar de la visión del futuro al leer esta página, pues efectivamente la escribo; puedo enorgullecerme, como de un hijo, de la fama que tendré, porque, al menos, tengo con qué tenerla. Y cuando pienso en esto, alzándome de la mesa, mi invisible altura se alza con una íntima majestad por encima de Detroit, Michigan y toda la ciudad de Lisboa.

Reparo, no obstante, en que no fue con estas reflexiones como empecé a reflexionar. Lo que de inmediato pensé fue en lo poco que debe ser en la vida aquel que tiene que sobrevivir. Tanto da una reflexión como la otra, pues ambas son la misma. La gloria no es una medalla, sino una moneda: por una cara tiene la Figura, por la otra una indicación de su valor. Para los valores mayores no hay moneda: son de papel y ese valor es siempre escaso.

Con estas psicologías metafísicas se consuelan los humildes como yo.

146.
Algunos tienen en la vida un gran sueño y faltan a ese sueño. Otros no tienen en la vida sueño alguno, y a ese faltan también.

147.

Todo esfuerzo, sea cual sea el fin hacia el que tienda, sufre, al manifestarse, los desvíos que la vida le impone; se convierte en otro esfuerzo, sirve a otros fines, consuma a veces exactamente lo contrario de lo que pretendía realizar. Sólo un fin bajo vale la pena, porque sólo un fin bajo puede realizarse por entero. Si quiero emplear mis esfuerzos en conseguir una fortuna, podré de alguna manera conseguirla; el fin es bajo, como todos los fines cuantitativos, personales o no, y es alcanzable y verificable. ¿Pero cómo he de realizar el intento de servir a mi patria, o ampliar la cultura humana, o mejorar la humanidad? No puedo estar seguro de los procedimientos ni comprobar los fines; □

148.

El hombre perfecto del pagano era la perfección del hombre que existe; el hombre perfecto del cristiano la perfección del hombre que no existe; el hombre perfecto del budista la perfección de no existir los hombres.

La naturaleza es la diferencia entre el hombre y Dios.

Todo cuanto el hombre expone o expresa es una nota al margen de un texto completamente apagado. Más o menos, por el sentido de la nota, extraemos el sentido que había de ser el del texto; pero queda siempre una duda, y son muchos los sentidos posibles.

149.
Muchos han definido al hombre, y por regla general lo han definido por contraste con los animales. Por eso, en las definiciones del hombre, es frecuente el uso de la frase «el hombre es un animal…» y un adjetivo, o «el hombre es un animal que…» y se dice el qué. «El hombre es un animal enfermo», dijo Rousseau, y es en parte verdad. «El hombre es un animal racional», dice la Iglesia, y es en parte verdad. «El hombre es un animal que usa herramientas», dice Carlyle, y es en parte verdad. Pero estas definiciones, y otras parecidas, resultan siempre imperfectas y laterales. Y la razón de ello es muy simple: no es fácil distinguir al hombre de los animales, no hay un criterio seguro que permita distinguir al hombre de los animales. Las vidas humanas transcurren con la misma íntima inconsciencia que las vidas de los animales. Las mismas leyes profundas, que desde fuera rigen los instintos de los animales, rigen también, desde fuera, la inteligencia del hombre, que parece no ser otra cosa más que un instinto en formación, tan inconsciente como cualquier instinto, pero menos perfecto por todavía no formado.

«Todo procede de la sinrazón», se dice en la Antología Griega. Y realmente todo procede de la sinrazón. Excepto las matemáticas, que sólo tienen que ver con números muertos y fórmulas vacías, y por eso pueden ser perfectamente lógicas, la ciencia no es sino un juego de niños al crepúsculo, un querer atrapar sombras de aves y detener sombras de hierbas en el viento.

Y es curioso y extraño que, no siendo fácil encontrar palabras con las que verdaderamente definir al hombre como diferente de los animales, es sin embargo fácil encontrar la manera de diferenciar al hombre superior del hombre vulgar.

Nunca se me ha olvidado aquella frase de Haeckel, el biólogo, que leí en la infancia de mi inteligencia, cuando se leen las divulgaciones científicas y los argumentos contra la religión. La frase es esta, o aproximadamente esta: que está mucho más lejos el hombre superior (un Kant o un Goethe, creo que dice) del hombre vulgar que el hombre vulgar del mono. Nunca se me olvidó la frase porque lo que dice es verdad. Entre un labriego de Loures y yo, que poca cosa soy en el orden de los que piensan, hay, sin duda, más distancia que entre ese labriego y, no diré ya un mono, sino un perro o un gato. Ninguno de nosotros, desde el gato hasta mí, guía de hecho la vida que le ha sido impuesta, o el destino que se le ha dado; todos somos por igual derivados de no sé qué, sombras de gestos realizados por otros, efectos encarnados, consecuencias que sienten. Pero entre el labriego y yo hay una diferencia de calidad, procedente de la existencia en mí del pensamiento abstracto y de la emoción desinteresada; y entre él y el gato no hay, en el espíritu, más que una diferencia de grado.

El hombre superior se distingue del hombre inferior y de sus hermanos animales por la simple cualidad de la ironía. La ironía es el primer indicio de que la conciencia se hizo consciente. Y la ironía atraviesa dos etapas: la etapa marcada por Sócrates, cuando dijo «sólo sé que no sé nada», y la etapa marcada por Sanches, cuando dijo «ni siquiera sé si no sé nada». El primer paso llega hasta el punto en el que dudamos de nosotros dogmáticamente, y todo hombre superior lo da y lo alcanza. El segundo paso llega hasta el punto en que dudamos de nosotros y de nuestra duda, y pocos hombres lo han alcanzado en la corta extensión ya tan larga del tiempo que, como humanidad, hemos podido ver el sol y la noche sobre la varia superficie de la tierra.

Conocerse es errar, y el oráculo que dijo «Conócete» propuso un trabajo mayor que los de Hércules y un enigma más oscuro que el de la Esfinge. Desconocerse conscientemente es el camino. Y desconocerse concienzudamente constituye el uso activo de la ironía. No conozco cosa más grande ni más propia del hombre verdaderamente grande que el análisis paciente y expresivo de las maneras de desconocernos, el registro consciente de la inconsciencia de nuestras conciencias, la metafísica de las sombras autónomas, la poesía del crepúsculo de la desilusión.

Pero hay siempre algo que nos engaña, siempre algún análisis que nos embota, siempre la verdad, aunque sea falsa, está más allá de la otra esquina. Y es esto lo que cansa más que la vida, cuando la vida cansa, y que el conocimiento de la vida y el reflexionar sobre ella.

Me levanto de la silla donde, hincado distraídamente sobre la mesa, me entretuve en narrar para mí estas impresiones irregulares. Me levanto, levanto mi cuerpo sobre sí mismo, y voy hasta la ventana, a una altura superior a la de los tejados, desde donde puedo ver cómo la ciudad se va a dormir en un lento principio de silencio. La luna, grande y de un blanco blanco, dilucida tristemente las diferencias escalonadas del caserío. Y la luz de la luna parece iluminar glacialmente todo el misterio del mundo. Parece ponerlo todo al descubierto, y todo son sombras con mezcla de luz pobre, intervalos falsos, desniveladamente absurdos, incoherencias de lo visible. No hay brisa, y parece que el misterio es mayor. Siento náuseas en el pensamiento abstracto. Nunca escribiré una página que a mí mismo me revele o que revele sea lo que sea. Una nube muy tenue se cierne incierta sobre la luna, como un escondrijo. Ignoro igual que estos tejados. Fracasé, como toda la naturaleza.

150.

La persistencia instintiva de la vida a través de la apariencia de la inteligencia constituye para mí una de las contemplaciones más íntimas y más constantes. El disfraz irreal de la conciencia sirve tan sólo para hacerme notar la inconsciencia que no consigue disfrazar.

Del nacimiento a la muerte, el hombre vive esclavo de la misma exterioridad de sí mismo que tienen los animales. A lo largo de su vida no vive, sino que vegeta en un grado mayor y con una mayor complejidad. Se guía por normas que no sabe que existen ni sabe que por ellas se guía, y sus ideas, sus sentimientos, sus actos, son todos inconscientes —no porque en ellos falte la conciencia, sino porque en ellos no hay dos conciencias.

Vislumbres de tener una ilusión —eso, y no más, es lo que posee el más grande de los hombres.

Sigo, con pensamiento divagador, la historia vulgar de las vidas vulgares. Veo cómo en todo son siervos del temperamento subconsciente, de las circunstancias externas ajenas, de los impulsos de convivencia y desencuentro que en él, por él y con él entrechocan como casi ninguna otra cosa.

Cuántas veces les he oído decir la misma frase que simboliza todo el absurdo, toda la nada, toda la inconsciencia enunciada de sus vidas. Es aquella frase que usan a propósito de cualquier placer material: «es lo que uno se lleva de esta vida»… ¿Se lleva dónde? ¿se lleva adonde? ¿se lleva para qué? Sería triste despertarlos de la sombra con una pregunta como esta… Así habla un materialista, porque todo hombre que así habla es, aunque sea subconscientemente, materialista. ¿Qué es lo que piensa llevarse de la vida, y de qué modo? ¿Adónde va a llevar las costillas de cerdo y el vino tinto y la compañera de ocasión? ¿A qué cielo en el que no cree? ¿A qué tierra a la que no lleva sino la podredumbre que durante toda su vida estuvo en él latente? No conozco frase más trágica ni más plenamente reveladora de la humanidad humana. Así hablarían las plantas si pudieran saber que gozan del sol. Así dirían de sus placeres sonámbulos los bichos inferiores al hombre tratando de expresarse a sí mismos. Y quién sabe si yo mismo, que digo esto, al escribir estas palabras con una vaga impresión de que tal vez perdurarán, no pienso también que la memoria de haberlas escrito es lo que «me llevaré de esta vida». Y, como el inútil cadáver del ser vulgar a la tierra común, baja al común olvido el cadáver igualmente inútil de mi prosa hecha para ser atendida. ¿Las costillas de cerdo, el vino, la compañera del otro? ¿por qué me río de ellos?

Hermanos en una ignorancia común, maneras diferentes de una misma sangre, formas diversas de una misma herencia —¿quién de nosotros podrá renegar de su prójimo? Se reniega de la mujer, pero no de la madre, del padre o del hermano.

151.
Lento, a la luz de la luna afuera en la noche lenta, el viento agita cosas que al removerse dan en sombras. Tal vez no sea sino la ropa que dejaron tendida en el piso de arriba, pero la sombra, en sí, no conoce camisas y fluctúa impalpable en un acuerdo mudo con todo.

Dejé abiertas las contraventanas para despertarme temprano, pero hasta ahora, y la noche es ya tan vieja que nada se oye, no pude entregarme al sueño ni estar completamente despierto. Hay una luz lunar más allá de las sombras de mi cuarto, pero no atraviesa la ventana. Existe como un día de plata hueca, y los tejados del edificio de enfrente, que veo desde la cama, son líquidos de una blancura ennegrecida. Como felicitaciones desde lo alto a quien no puede oírlas, hay una paz triste en la luz dura de la luna.

Y sin ver, sin pensar, de ojos cerrados ya sobre el sueño ausente, pienso con qué palabras ajustadas se podría describir la luz de la luna. Los antiguos dirían que la luz de la luna es blanca, o que es de plata. Pero la blancura falsa de la luz de la luna es de muchos colores. Si me levantase de la cama y mirara a través de los cristales fríos, sé con toda seguridad que, en el alto aire solitario, la luz de la luna es de un blanco ceniciento azulado tirando a un amarillo desvaído; que, sobre los tejados, diferentes y con desequilibrios de negrura entre unos y otros, dora unas veces de blanco negro los edificios sumisos, y otras inunda de un color sin color el encarnado castaño de las tejas en lo alto. En el fondo de la calle, abismo plácido donde las piedras desnudas se redondean irregularmente, no hay color salvo un azul que acaso venga del ceniciento de las propias piedras. Al fondo del horizonte será casi de un azul oscuro, diferente del azul negro del cielo del fondo. En las ventanas que golpea, es de un amarillo negro.

Desde aquí, desde la cama, si abro los ojos que tienen el sueño que no tengo, es un aire de nieve transformada en color donde flotan filamentos de madreperla tierna. Y, si lo siento con lo que siento, es un tedio convertido en sombra blanca, oscureciendo como si unos ojos se cerraran sobre esa indiferenciada blancura.

152.
Quedo pasmado siempre que concluyo alguna cosa. Pasmado y desolado. Mi instinto de perfección debería inhibirme de acabar; debería inhibirme incluso de empezar. Pero me hago el distraído y lo hago. Lo que consigo es un producto, en mí, no de una aplicación de la voluntad, sino de una cesión suya. Empiezo porque no tengo fuerza para pensar; acabo porque no tengo alma para interrumpir. Este libro es mi cobardía.

La razón por la que tantas veces interrumpo un pensamiento con un fragmento de paisaje, que de algún modo se integra en el esquema, real o supuesto, de mis impresiones, es porque ese paisaje es una puerta por donde huyo del conocimiento de mi impotencia creadora. Tengo la necesidad, en medio de las conversaciones conmigo mismo que forman las palabras de este libro, de hablar de pronto con otra persona, y me dirijo a la luz que se cierne, como en este momento, sobre los tejados de las casas, que parecen mojados al darles de lado; al agitarse suave de los frondosos árboles en la ladera de la ciudad, que parecen próximos, con una posibilidad de caída muda; a los carteles superpuestos de las casas empinadas, con ventanas entre letras donde el sol muerto dora la goma húmeda.

¿Por qué escribo, si no escribo mejor? ¿Pero qué sería de mí si no escribiera lo que logro escribir, por inferior a mí mismo que en eso sea? Soy un plebeyo de la aspiración, porque quiero realizar; no pretendo el silencio como quien recela de un cuarto oscuro. Soy como quienes aprecian más la medalla que el esfuerzo, y disfrutan de la gloria sin cambiarse.

Para mí, escribir equivale a despreciarme; pero no puedo dejar de escribir. Escribir es como una droga que me repugna y tomo, el vicio que desprecio y en el que vivo. Hay venenos necesarios, y los hay sutilísimos, compuestos por ingredientes del alma, hierbas recogidas en los rincones de las ruinas de los sueños, amapolas negras encontradas junto a las sepulturas de los propósitos, hojas largas de árboles obscenos que agitan sus ramas en las orillas oídas de los ríos infernales del alma.

Escribir, sí, significa perderme, pero todos se pierden, porque todo es pérdida. Sin embargo, yo me pierdo sin alegría, no como el río en la hoz para la que nació sin saberlo, sino como el lago creado en la playa por la marea alta, y cuya agua sumida nunca volverá al mar.

153.
Me levanto de la silla con un esfuerzo monstruoso, pero tengo la impresión de que arrastro la silla conmigo, y que es más pesada, porque es la silla del subjetivismo.

154.
¿Quién soy yo para mí? Sólo una sensación mía.
Mi corazón se va vaciando sin querer, como un balde roto. ¿Pensar? ¿Sentir? ¡Cómo cansa todo cuando es una cosa definida!

155.
Del mismo modo que hay quienes trabajan por tedio, escribo, a veces, porque no tengo nada que decir. En el devaneo, en el que de manera natural se pierde quien no piensa, yo me pierdo en él por escrito, pues sé soñar en prosa. Y hay mucho sentimiento sincero, mucha emoción legítima que consigo arrancar de mi no estar sintiendo.

Hay momentos en los que la vacuidad de sentirse vivir alcanza el espesor de una cosa positiva. En los grandes hombres de acción, que son los santos, puesto que actúan con toda la emoción y no sólo con una parte de ella, este sentimiento de no ser nada la vida conduce al infinito. Se me enguirnaldan de noche y de astros, se me ungen de silencio y soledad. En los grandes hombres de inacción, a cuyo número humildemente pertenezco, el mismo sentimiento conduce a lo infinitesimal; se estiran las sensaciones, como gomas elásticas, para ver los poros de su falsa y débil continuidad.

Y unos y otros, en estos momentos, aman el sueño, como el hombre vulgar que ni actúa ni deja de actuar, mero reflejo de la genérica existencia de la especie humana. El sueño significa la fusión con Dios, el Nirvana, sea ello lo que sea cuando se le defina; el sueño es el análisis lento de las sensaciones, ya sea usado como una ciencia atómica del alma, ya sea dormido como una música de la voluntad, anagrama lento de la monotonía.

Escribo demorándome en las palabras, como ante escaparates que no veo, y son medios-sentidos, casi-expresiones lo que me queda, como colores de tapicerías que no vi lo que eran, armonías exhibidas compuestas de no sé qué objetos. Escribo arrullándome, como una madre loca a un hijo muerto.

Me encontré en este mundo cierto día, ya no sé cuál, y hasta ese momento, desde el momento en que obviamente nací, había vivido sin sentir. Si pregunté dónde me encontraba, todos me engañaron, contradiciéndose todos. Si pedí que me dijeran lo que haría, todos me hablaron falsamente, y cada uno me dijo una cosa personal. Si, por no saber, me paré en el camino, todos se pasmaron de que no siguiera hacia donde nadie sabía lo que había, o no me volviera para atrás —yo que, despierto en la encrucijada, no sabía de dónde procedía. Vi que estaba en escena y no me sabía el papel que los demás enseguida recitaban, sin saberlo también. Vi que estaba vestido de paje, y no me dieron reina, culpándome de no tenerla. Vi que tenía en las manos el mensaje que entregar, y cuando les dije que el papel estaba en blanco, se rieron de mí. Y todavía no sé si se rieron porque todos los papeles están en blanco, o porque todos los mensajes se adivinan.

Finalmente, me senté en la piedra de la encrucijada como a la lumbre del hogar que nunca tuve. Y empecé, a solas conmigo mismo, a hacer barcos de papel con la mentira que me habían dado. Nadie quiso creerme, y no por mentiroso, y yo no tenía lago donde probar mi verdad.

Palabras ociosas, perdidas, metáforas sueltas que una vaga angustia va encadenando a sombras… Vestigios de mejores tiempos, vividos no sé dónde en bulevares… Lámpara apagada cuyo oro brilla en la oscuridad gracias a la memoria de su extinguida luz… Palabras lanzadas, no al viento, sino al suelo, dejadas escapar entre los dedos sin asegurarlas, como hojas secas que entre ellos hubieran caído de un árbol invisiblemente infinito… Saudades de los estanques de las quintas ajenas… Ternura de lo nunca acontecido…

¡Vivir! ¡Vivir! Y al menos la sospecha de si acaso en el lecho de Proserpina hubiera podido yo dormirme.

156.
¿Qué imperiosa reina guarda junto a sus lagos la memoria de mi vida en fuga? Fui el paje de alamedas insuficientes a ratos aves de mi sosiego azul. Naves lejanas completaron el mar ondeando en mis terrazas, y en las nubes del sur perdí mi alma, como un remo que se deja caer.

157.
Crear dentro de mí un estado con una política, con partidos y revoluciones, y ser yo todo eso, ser yo Dios en el panteísmo real de ese pueblo-yo, esencia y acción de sus cuerpos, de sus almas, de la tierra que pisan y de los actos que ejecutan. Ser todo, ser ellos y no ellos. ¡Ay de mí! Este es todavía uno de los sueños que no logro realizar. Si lo realizara acaso moriría, no sé por qué, pero no se puede vivir después de eso, tan grande sería el sacrilegio contra Dios, tan grande la usurpación del poder divino de ser todo.

¡Qué placer me daría crear el jesuitismo de las sensaciones!

Hay metáforas más reales que las personas que pasan por la calle. Hay imágenes en los rincones de los libros que viven más nítidamente que muchos hombres y mujeres. Hay frases literarias que tienen una personalidad absolutamente humana. Hay fragmentos de párrafos míos que me hielan de pavor, de tal modo los siento claramente como seres humanos, tan bien perfilados contra las paredes de mi cuarto, por la noche, en la sombra, □. He escrito frases cuyo sonido, leídas en voz baja o en alta voz —es imposible ocultar su sonido—, es absolutamente el de una cosa que ganó exterioridad absoluta y alma por completo.

¿Por qué expongo yo de vez en cuando procedimientos contradictorios e inconciliables de soñar y de aprender a soñar? Porque, probablemente, me habitué de tal modo a sentir lo falso como verdadero, lo soñado tan nítidamente como lo visto, que perdí la distancia humana, falsa, creo yo, entre la verdad y la mentira.

Basta que yo vea nítidamente, con los ojos o con los oídos, o con cualquier otro sentido, para que sienta que aquello fue real. Puede incluso que sienta al mismo tiempo dos cosas irreconciliables. No importa.

Hay criaturas capaces de sufrir durante mucho tiempo por no serles posible el ser una figura de un cuadro o de un naipe de baraja. Hay almas sobre las que pesa como una maldición el no serles posible ser hoy personas de la edad media. Ya padecí en tiempos este sufrimiento. Hoy ya no lo padezco. Me perfeccioné hasta mucho más allá de todo eso. Pero me duele, por ejemplo, no poder soñarme dos reyes en diferentes reinos, pertenecientes, por ejemplo, a universos con diversas especies de espacios y de tiempos. No conseguir eso me aflige realmente. Me sabe a pasar hambre.

Poder soñar lo inconcebible visualizándolo es uno de esos grandes triunfos que yo mismo, con ser tan grande, sólo raras veces alcanzo. Sí, soñar que soy, por ejemplo, simultáneamente, separadamente, inconfundiblemente, el hombre y la mujer de un paseo que un hombre y una mujer dan por la orilla del río. Verme, al mismo tiempo, con igual nitidez, del mismo modo, sin confusión posible, ser las dos cosas con la misma integración dentro de ellas, un navío consciente en un mar del sur y una página impresa de un libro antiguo. ¡Qué absurdo parece todo esto! Pero todo es absurdo, y el sueño es todavía lo que menos lo es.

158.
A aquel a quien, aunque en sueños, como Hades raptó a Proserpina, ¿qué puede parecerle sino sueño el amor de cualquier mujer del mundo?

Amé, como Shelley, a Antígona antes del tiempo: todo amor temporal no tuvo para mí otro gusto sino el de recordarme aquello que perdí.

159.
Por dos veces, en aquella mi adolescencia que siento lejanísima, y que, por así sentirla, me parece cosa leída, un relato íntimo que me hubieran contado, saboreé el dolor de la humillación de amar. Desde la cima del hoy, mirando hacia atrás, a ese pasado que ya no sé designar como remoto ni como reciente, creo que fue bueno que esa experiencia de la desilusión me aconteciera tan pronto.

No fue nada, salvo lo que conmigo pasé. En el aspecto externo del asunto íntimo, legiones de hombres han pasado por las mismas torturas. Pero □

Muy pronto adquirí, gracias a una experiencia simultánea y conjunta de la sensibilidad y de la inteligencia, la noción de que la vida de la imaginación, por mórbida que pueda parecer, es sin embargo la que mejor se ajusta a los temperamentos como el mío. Las ficciones de mi imaginación (posterior) pueden cansar, pero no duelen ni humillan. A las amantes imposibles les resulta imposible también la sonrisa falsa, el fraude del cariño, la astucia de las caricias. Nunca nos abandonan, ni nos dejan de cualquier manera.

Las grandes angustias de nuestra alma son siempre cataclismos del cosmos. Cuando nos llegan, a nuestro alrededor gira el sol confundido y las estrellas perturbadas. En toda alma que siente llega un día en que el Destino representa en ella un apocalipsis de angustia —un vaciarse los cielos y los mundos todos sobre su desconsuelo.

Sentirse superior y verse tratado por el Destino como inferior a los ínfimos —¿quién puede vanagloriarse de ser hombre en tal situación?

Si yo un día pudiera adquirir un grado tan alto de expresión que concentrara todo el arte en mí, escribiría una apoteosis del sueño. No he conocido, en toda mi vida, placer mayor que el de poder dormir. El apagamiento íntegro de la vida y del alma, el alejamiento completo de todo cuanto es el ser tú una persona, la noche sin memoria ni ilusión, el no tener pasado ni futuro la □

160.

Todo el día, en toda su desolación de nubes leves y suaves, estuvo ocupado por la información de que había una revolución. Estas noticias, verdaderas o falsas, me producen siempre un malestar especial, mezcla de desdén y de náusea física. Me duele en la inteligencia que alguien juzgue que altera alguna cosa agitándose. La violencia, sea cual sea, fue siempre para mí una forma desmigajada de estupidez humana. Además, todos los revolucionarios son estúpidos, como, en grado menor, por menos incómodo, lo son todos los reformadores.

Revolucionario o reformador —el error es el mismo. Impotente para dominar y reformar su propia actitud ante la vida, que lo es todo, o su propio ser, que lo es casi todo, el hombre huye hacia un querer modificar a los otros y al mundo exterior. Todo revolucionario, todo reformador, es un evadido. Combatir es no ser capaz de combatirse. Reformar es no tener enmienda posible.

El hombre de sensibilidad justa y de recta razón, si se siente preocupado con el mal y la injusticia del mundo, procura evidentemente enmendarla, primero en aquello en lo que ella más próxima se manifiesta; y eso lo encontrará en su propio ser. Esa obra le llevará toda la vida.

Para nosotros, todo está en nuestro concepto del mundo; modificar nuestro concepto del mundo es tanto como modificar el mundo para nosotros, esto es, modificar el mundo, pues él nunca será para nosotros sino lo que para nosotros es. Aquella justicia íntima por la cual describimos una página fluida y hermosa, aquella reforma verdadera por la cual damos vida a nuestra sensibilidad muerta —esas cosas son la verdad, nuestra verdad, la única verdad. Lo demás que hay en el mundo es paisaje, marcos que encuadran sensaciones nuestras, encuadernaciones de lo que pensamos. Y es así ya sea el paisaje coloreado de las cosas y los seres —los campos, las casas, los carteles y los trajes—, ya sea el paisaje incoloro de las almas monótonas, subiendo un momento a la superficie con palabras viejas y gestos gastados, descendiendo otra vez hasta el fondo desde la estupidez fundamental de la expresión humana.

¿Revolución? ¿Cambio? Lo que yo de verdad quiero, con toda la intimidad de mi alma, es que cesen las nubes átonas que enjabonan cenicientamente el cielo; lo que yo quiero es ver el azul empezar a salir de entre ellas, verdad cierta y clara porque nada es y nada quiere.

161.
Nada contribuye tanto a mi fastidio como las palabras sociales sobre la moral. Ya la palabra «deber» me resulta tan desagradable como un intruso. Pero los términos «deber cívico», «solidaridad», «humanitarismo» y otros de la misma calaña me repugnan como desperdicios que sobre mí arrojasen desde las ventanas. Me siento ofendido con la suposición, que alguien acaso tenga, de que esas expresiones alguna cosa puedan tener conmigo, de que pueda yo encontrarles ya no algún valor sino ni siquiera algún sentido.

Vi hace poco, en el escaparate de una tienda de juguetes, algo que me recordó exactamente lo que esas expresiones significan. Vi, en platos falsos, falsos manjares para mesas de muñecas. Al hombre que existe, sensual, egoísta, vanidoso, amigo de los otros porque tiene el don de la palabra, enemigo de los otros porque tiene el don de la vida, a ese hombre, ¿qué hay que ofrecerle para que juegue a las muñecas con palabras vacías de tono y de sonido?

El gobierno se afirma en dos pilares: refrenar y engañar. Lo malo de esos términos lentejuelados es que ni refrenan ni engañan. Entontecen, como mucho, pero eso es ya otra cosa.

Si alguna cosa odio es a un reformador. Un reformador es un hombre que ve los males superficiales del mundo y se propone curarlos agravando los fundamentales. El médico trata de adaptar el cuerpo enfermo al cuerpo sano; pero nosotros no sabemos qué es lo sano y qué lo enfermo en la vida social.

No puedo considerar a la humanidad sino como una de las últimas escuelas de la pintura decorativa de la Naturaleza. En lo fundamental, no distingo a un hombre de un árbol; y, desde luego, prefiero aquello que decore más, lo que más pueda interesar a mis ojos pensantes. Si el árbol me interesa más, me duele más que corten un árbol que el que un hombre muera. Hay finales de ocaso que me duelen más que la muerte de un niño. En todo soy el que no siente, para poder sentir.

Casi me culpo por estar escribiendo estas medias reflexiones en esta hora en que de los confines de la tarde sube, coloreándose, una ligera brisa. Coloreándose no, que no es ella la que se colorea, sino el aire en el que incierta flota; pero a mí me parece que es ella misma la que se colorea, y es eso lo que digo, pues por fuerza he de decir lo que a mí me parece, dado que soy yo.

162.
Todo lo que de desagradable nos sucede en la vida —papeles ridículos que hacemos, malos gestos que tenemos, lapsos en que caemos en cualquiera de las virtudes— debe ser considerado como mero accidente externo, incapaz de alcanzar la sustancia del alma. Lo sintamos como un dolor de muelas o callos de la vida, es algo que nos incomoda, pero es exterior a nosotros aunque sea nuestro, que sólo tiene que presuponer nuestra existencia orgánica o preocupar a lo que hay de vital en nosotros.

Cuando alcanzamos esa actitud, que es, aunque de otro modo, la de los místicos, estamos protegidos no sólo del mundo sino de nosotros mismos, pues vencemos lo que es exterior a nosotros, otra cosa, lo contrario de nosotros y por esa razón nuestro enemigo.

Dijo Horacio, hablando del varón justo, dijera que se mantendría impávido aunque a su alrededor el mundo se viniera abajo. La imagen es absurda, mas su sentido justo. Aunque a nuestro alrededor se desmorone lo que fingimos ser, porque coexistimos, debemos permanecer impávidos —no porque seamos justos, sino por ser nosotros, y ser nosotros significa no tener nada que ver con esas cosas exteriores que se desmoronan, aunque se desmoronen sobre lo que para ellas somos.

La vida debe ser, para los mejores, un sueño que se niega a cualquier confrontación.

163.

La experiencia directa es el subterfugio, o el escondrijo, de quienes carecen de imaginación. Leyendo los riesgos que corrió el cazador de tigres sé ya cuanto sobre riesgos vale la pena saber, salvo [el] riesgo mismo que corrió, y que no valía tanto la pena.

Los hombres de acción son los esclavos involuntarios de los hombres de entendimiento. Las cosas nada valen sino por su interpretación. Unos, por tanto, crean cosas para que otros, transformándolas en significación, las vuelvan vidas. Narrar es crear, pues vivir no es más que ser vivido.

164.
La inacción consuela de todo. No actuar nos lo da todo. Imaginar lo es todo, siempre que no tienda hacia la acción. Nadie puede ser rey del mundo sino en sueños. Y cada uno de nosotros, si de verdad se conoce a sí mismo, quiere ser rey del mundo.

No ser, pensando, es el trono. No querer, deseando, la corona. Tenemos aquello de lo que abdicamos porque lo conservamos soñado, intacto, eternamente a la luz del sol que no hay o de la luna que no puede haber.

165.
Todo lo que no es mi alma no es para mí, por más que yo quiera que no sea así, más que escenario y decorados. Un hombre, aunque yo pueda reconocer con el pensamiento que es un ser vivo como yo, tuvo siempre, para lo que en mí, por serme involuntario, es verdaderamente mío, menos importancia que un árbol, si el árbol es más bello. Por eso sentí siempre los movimientos humanos —las grandes tragedias colectivas de la historia o de lo que de ella cuentan— como frisos coloridos vacíos del alma de quienes en ellos aparecen. Nunca me afligió lo que de trágico sucediese en China. Es un decorado muy remoto, aunque sea a sangre y peste.

Recuerdo, con tristeza, una manifestación obrera, hecha no sé con qué sinceridad (pues me cuesta siempre admitir sinceridad en las cosas colectivas, dado que es el individuo, a solas consigo mismo, el único ser que siente). Era un grupo compacto y aislado de estúpidos animados, que pasó gritando cosas varias ante mi indiferencia de persona ajena. Tuve súbitamente náuseas. Ni siquiera iban suficientemente sucios. Los que verdaderamente sufren no hacen plebe, no forman conjunto. Quien sufre, sufre en soledad.

¡Qué mal conjunto! ¡Qué falta de humanidad y de dolor! Eran reales y no obstante increíbles. Nadie podría hacer con ellos un cuadro de novela, el escenario de una descripción. Pasaban como basura en un río, en el río de la vida. Me dio sueño verlos, un sueño con náuseas y supremo.

166.
Si considero atentamente la vida que los hombres viven, nada encuentro en ella que la diferencie de la vida que viven los animales. Unos y otros son lanzados inconscientemente a través de las cosas y del mundo; unos y otros se entretienen con pausas; unos y otros recorren diariamente el mismo camino orgánico; unos y otros no piensan más allá de lo que piensan, ni viven más allá de lo que viven. El gato se revuelca al sol y allí duerme. El hombre se revuelca en la vida, con todas sus complejidades, y allí duerme. Ni uno ni otro se libra de la ley fatal de ser como es. Ninguno intenta aligerar la aflicción de ser. Los más grandes de entre los hombres aman la gloria, pero la aman, no como a una inmortalidad propia, sino como a una inmortalidad abstracta de la que quizás no participan.

Estas consideraciones, muy frecuentes en mí, me llevan a una admiración súbita por aquella especie de individuos que instintivamente me repugnan. Me refiero a los ascetas y a los místicos —a los remotos de todos los Tibets, a los Simones Estilitas de todas las columnas. Estos, aunque desde el absurdo, tratan, de hecho, de librarse de la ley animal. Estos, aunque desde la locura, tratan, de hecho, de negar la ley de la vida y revolcarse al sol y esperar la muerte sin pensar en ella. Buscan, aunque inmóviles en lo alto de una columna; ansían, aunque en una celda sin luz; quieren lo que no conocen, aunque sea en el martirio que les dan y en la aflicción que les imponen.

Los demás, los que vivimos animales con más o menos complejidad, atravesamos el escenario como figurantes sin frase, contentos con la solemnidad vanidosa del trayecto. Perros y hombres, héroes y gatos, pulgas y genios, jugamos a existir, sin pensar en ello (pues los más grandes piensan sólo en pensar) bajo la infinita quietud de las estrellas. Los otros —los místicos de la mala hora y el sacrificio— sienten al menos, con el cuerpo y con lo cotidiano, la presencia mágica del misterio. Son libres, porque niegan el sol visible; son plenos, porque se vaciaron del vacío del mundo.

Me pongo casi místico, como ellos, al hablar de ellos, pero sería incapaz de ser algo más que estas palabras escritas al dictado de mi ocasional inclinación. Siempre seré de la Rúa dos Douradores, como el resto de la humanidad. Siempre seré, en verso o en prosa, un oficinista. Siempre seré, en lo místico y en lo no místico, local y sumiso, esclavo de mis sensaciones y del momento de tenerlas. Siempre seré, bajo el gran palio azul del cielo mudo, paje de un rito que no comprendo, vestido de vida para realizarlo y ejecutando, sin saber por qué, gestos y pasos, posturas y maneras, hasta que la fiesta acabe, o hasta que acabe mi papel en ella y yo pueda ir a comer exquisiteces en los puestos que están, dicen, allá abajo al fondo del jardín.

167.
Hoy es uno de esos días en que me acongoja, como una entrada en prisión, la monotonía de todo. La monotonía de todo no es, sin embargo, más que la monotonía de mí mismo. Cada rostro, aunque sea el de aquel a quien vimos ayer mismo, es otro hoy, puesto que hoy no es ayer. Cada día es el día que es, y nunca hubo otro igual en el mundo. Sólo en nuestra alma está la identidad —la identidad sentida, aunque falsa consigo misma— gracias a la cual todo se asemeja y simplifica. El mundo está formado de relieves y aristas diferentes, pero, para quien es miope, es una niebla insuficiente y continua.

Mi deseo es huir. Huir de lo que conozco, huir de lo que es mío, huir de lo que amo. Deseo partir —no a las Indias imposibles, ni a las grandes islas del Sur de todo, sino a un lugar cualquiera— aldea o páramo —que sea sobre todo el no ser este lugar. No quiero ver nunca más estos rostros, estos hábitos y estos días. Quiero descansar, ajeno a todo, de mi fingimiento orgánico. Una barraca junto al mar, incluso una cueva en un rugoso desnivel de una sierra, puede darme esto. Infelizmente, sólo mi voluntad no puede dármelo.

La esclavitud es la ley de la vida, y no existe otra ley, porque esta ha de cumplirse, sin revuelta posible ni refugio que descubrir. Unos nacen esclavos, otros se hacen esclavos, y a otros la esclavitud les es impuesta. El amor cobarde que todos tenemos a la libertad —que, de tenerla, la extrañaríamos como cosa nueva, repudiándola— es la verdadera señal de la tragedia de nuestra esclavitud. Yo mismo, que acabo de decir que desearía la barraca o la cueva donde me hallase libre de la monotonía de todo, que no es sino la monotonía de mí mismo, ¿me atrevería a irme a esa barraca o cueva, sabiendo, por vía de conocimiento, que, ya que la monotonía es de mí mismo, habría de tenerla siempre conmigo? Yo mismo, que me ahogo donde estoy y por estar, ¿dónde respiraría mejor, si la enfermedad reside en mis pulmones y no en las cosas que me rodean? Yo mismo, que suspiro con pasión por el sol puro y el campo abierto, por el mar visible y el horizonte sin límites, ¿quién me dice que no había de extrañar la cama, o la comida, o el no tener que bajar los ocho tramos de escalera hasta la calle, o el no entrar en el estanco de la esquina, o el no intercambiar los buenos días con el barbero ocioso?

Todo lo que nos rodea se convierte en parte de nosotros, se nos filtra por entre la sensación de la carne y de la vida, y, secreción viscosa de la gran Araña, nos liga sutilmente a lo que se halla cerca, enredándonos en un lecho suave de muerte lenta, donde nos balanceamos al viento. Todo es nosotros, y nosotros somos todo; ¿pero de qué sirve todo esto, si todo es nada? Un rayo de sol, una nube que la sombra súbita nos dice que pasa, una brisa que se levanta, el silencio que sobreviene cuando cesa, un rostro u otro, algunas voces, la risa casual entre esas voces que conversan, y después la noche donde emergen sin sentido los jeroglíficos de las

Estrellas.

168.

… Y yo, que odio la vida con timidez, temo la muerte con fascinación. Tengo miedo de esa nada que puede ser otra cosa, y tengo miedo de ella simultáneamente como nada y como cualquier otra cosa, como si en ella pudieran reunirse lo nulo y lo horroroso, como si en mi ataúd me encerraran la respiración eterna de un alma corpórea, como si allí triturasen a base de clausura lo inmortal. La idea del infierno, que sólo un alma satánica pudo haber inventado, me parece que se deriva de alguna confusión de este estilo —ser la mezcla de dos miedos diferentes que se contradicen y se malignizan.

169.
Releo con lucidez, demoradamente, fragmento a fragmento, todo lo que he escrito. Y creo que todo es nulo y que más hubiera valido no haberlo hecho. Las cosas logradas, sean frases o imperios, tienen, por haberse logrado, aquella peor parte de las cosas reales que es el saber que son perecederas. No es esto, sin embargo, lo que siento y me duele de todo lo que hice, en estos momentos prolongados en que lo releo. Lo que me duele es que no valió la pena hacerlo, y que el tiempo que perdí haciéndolo no lo gané sino en la ilusión, ahora deshecha, de que valía la pena haberlo hecho.

Todo cuanto buscamos lo buscamos por una ambición, pero esa ambición o no se logra, y somos pobres, o juzgamos que la logramos, y somos locos ricos.

Lo que me duele es que lo mejor es malo, y que otro, si lo hubiera y con el cual yo sueño, lo habría hecho mejor. Todo lo que hacemos, en el arte o en la vida, es la copia imperfecta de aquello que pensábamos hacer. Desdice no sólo de la perfección externa, sino también de la perfección interna; falta no sólo a la regla de lo que debería ser, sino también a la regla de lo que juzgábamos que podría ser. Estamos huecos no sólo por dentro, sino también por fuera, parias de la promesa y de la anticipación.

¡Con qué vigor de nada más que mi alma fui levantando página tras página reclusa, viviendo sílaba a sílaba la falsa magia, no de lo que escribía, sino de lo que suponía que escribía! ¡Con qué encantamiento de brujería irónica me creí poeta de mi prosa, en el momento alado en que me iba naciendo, más rápida que los movimientos de la pluma, como un desagravio falaz a los insultos de la vida! Y al final, hoy, releyendo, veo cómo revientan mis muñecos, cómo se les sale la paja por entre las costuras, vaciándose sin haber sido…

170.

Luego de que las últimas lluvias se fueran hacia el sur, quedando sólo el viento que las barrió, regresó al amontonamiento de la ciudad la alegría del sol claro y apareció mucha ropa blanca dando saltos colgada de las cuerdas estiradas entre palos cruzados en las ventanas altas de los edificios de todos los colores.

También yo me puse contento, por existir. Salí de casa para dirigirme a un alto fin, que al final no era otro sino llegar a tiempo a la oficina. Pero este día de hoy la propia compulsión de la vida participaba de aquella otra buena compulsión que hace que el sol aparezca cuando indica el almanaque, conforme a la latitud y la longitud de los lugares de la tierra. Me sentí feliz de no poder sentirme infeliz. Salí a la calle tranquilamente, lleno de seguridad, porque, bueno, la oficina conocida, la gente conocida de la oficina, son cosas seguras. No es de admirar que me sintiera libre, sin saber de qué. En los cestos colocados junto a las aceras de la Rúa da Praia los plátanos a la venta eran, bajo el sol, de un amarillo intenso.

En realidad me contento con muy poca cosa: el haber parado de llover, el tener un buen sol en este Sur feliz, plátanos más amarillos por tener manchas negras, la gente que los vende porque grita, las aceras de la Rúa da Prata, el Tajo al fondo, azul tirando a verde oro, todo este rincón doméstico del sistema del Universo.

Vendrá un día en que no vuelva ya a ver esto, en que me sobrevivirán los plátanos de los bordes de la acera, y las voces de las vendedoras socarronas, y los periódicos del día que el pequeño extendió de lado a lado en la esquina de la otra acera de la calle. Bien sé que los plátanos serán otros, y que otras serán las vendedoras, y que los periódicos llevarán, para quien se incline a verlos, una fecha distinta de la de hoy. Pero ellos, por no vivir, perduran aunque sean otros; yo, porque vivo, desaparezco aunque sea el mismo.

Este momento podría yo muy bien solemnizarlo comprando plátanos, pues me parece que en ellos se proyectó todo el sol del día como un faro sin maquinaria. Pero me dan vergüenza los rituales, los símbolos de comprar cosas en la calle. Podrían no envolverme bien los plátanos, no vendérmelos como debieran ser vendidos por no saber yo comprarlos como debieran ser comprados. Podrían extrañar mi voz al preguntar yo el precio. Más vale escribir que pretender vivir, aunque vivir no sea más que comprar plátanos al sol mientras el sol dure y haya plátanos que vender.

Más tarde, tal vez… Más tarde, sí… Otro, tal vez… No sé…

171.
Sólo una cosa me maravilla más que la estupidez con que la mayoría de los hombres vive su vida, y es la inteligencia que hay en esa estupidez.

La monotonía de las vidas vulgares es, aparentemente, pavorosa. Estoy comiendo en este restaurante vulgar, y observo, del otro lado del mostrador, la figura del cocinero, y aquí, a mi lado, la del camarero viejo que me sirve, como hace treinta años, creo, que viene sirviendo en esta casa. ¿Qué vidas son las de estos hombres? Hace cuarenta años que aquella figura de hombre vive casi todo el día en una cocina; tiene unas breves vacaciones; duerme relativamente pocas horas; va de vez en cuando a su tierra, de donde regresa sin dudas y sin pena; lentamente almacena dinero poco a poco, que no piensa gastar; enfermaría si tuviera que separarse de su cocina (definitivamente) para retirarse a las tierras que compró en Galicia; vive en Lisboa hace cuarenta años y nunca fue ni a la Rotunda, ni al teatro, y hay en su vida un solo día de Coliseu —payasos en los vestigios interiores de su vida. Se casó no sé cómo ni por qué, tiene cuatro hijos y una hija, y su sonrisa, apoyado en el mostrador mirando hacia donde yo estoy, expresa una enorme, una solemne, una contentísima felicidad. Y en él no es un disfraz, ni [hay] razón en él para el disfraz. Si la siente es porque verdaderamente la tiene.

¿Y el camarero viejo que me sirve, y acaba de depositar delante de mí el que debe ser el millonésimo café de su depositar cafés sobre las mesas? Tiene la misma vida que el cocinero, con la sola diferencia de cuatro o cinco metros —los que hay entre la localización del uno en la cocina y la localización del otro en la parte exterior de la casa de comidas. Por lo demás, tiene sólo dos hijos, va más veces a Galicia, vio ya algo más de Lisboa que el otro, y conoce Oporto, donde vivió cuatro años, y es igual de feliz.

Repaso, con un pasmo asustado, el panorama de estas vidas, y descubro, al ir a sentir horror, pena o ganas de rebelarme por ellas, que quienes no tienen ni horror, ni pena, ni ganas de rebelarse son los mismos que tendrían derecho a tenerlas, son los mismos que viven esas vidas. Es el error central de la imaginación literaria: suponer que los otros son nosotros y que deben sentir como nosotros. Pero, por suerte para la humanidad, cada hombre es sólo quien es, siéndole dado al genio apenas el ser algunos otros más.

Todo, al final, es dado en relación a aquello a lo que es dado. Un pequeño incidente de la calle, que atrae a la puerta al cocinero de esta casa, lo entretiene más de lo que a mí me entretiene la contemplación de la idea más original, la lectura del mejor de los libros, el más grato de los sueños inútiles. Y, si la vida es esencialmente monotonía, el hecho es que él escapó a la monotonía más que yo. Y escapa a la monotonía más fácilmente que yo. La verdad no está ni con él ni conmigo, porque no está con nadie; pero la felicidad está realmente con él.

Sabio es aquel que monotoniza su existencia, pues así cada pequeño incidente tiene para él el privilegio de la maravilla. El cazador de leones no siente ya la aventura tras la caza del tercer león. Para mi cocinero monótono una escena de bofetadas en la calle tiene siempre algo de modesto apocalipsis. Quien nunca salió de Lisboa viaja al infinito viajando hasta Benfica, y, si un día va a Sintra, siente que ha viajado hasta Marte. El viajante que pateó toda la tierra no encuentra novedad a cinco mil millas, porque encuentra sólo cosas

nuevas; otra vez la novedad, la vejez de lo eternamente nuevo, pero el concepto abstracto de novedad se quedó en el mar con la segunda de ellas.

Un hombre puede, si posee la verdadera sabiduría, gozar de todo el espectáculo del mundo desde una silla, sin saber leer, sin hablar con nadie, sólo con el uso de sus sentidos y con que el alma no sepa estar triste.

Monotonizar la existencia, para que la existencia no resulte monótona. Volver anodino lo cotidiano, para que la más mínima cosa constituya una distracción. En medio de mi trabajo de cada día, trabajo sin color, igual e inútil, tengo visiones de fuga, vestigios soñados de islas lejanas, fiestas en avenidas de parques de otras eras, otros paisajes, otros sentimientos, otro yo. Pero reconozco, entre dos asientos, que si tuviera todo eso, nada de eso sería mío. Más vale, realmente, el patrón Vasques que los Reyes de los Sueños; más vale, francamente, la oficina de la Rúa dos Douradores que las grandes avenidas de los parques imposibles. Teniendo al patrón Vasques, puedo gozar del sueño de los Reyes de los Sueños; teniendo la oficina de la Rúa dos Douradores, puedo gozar de la visión interior de los paisajes que no existen. Pero si tuviera los Reyes de los Sueños, ¿qué me quedaría para poder soñar? Si poseyera los paisajes invisibles, ¿qué me quedaría de imposible?

La monotonía, la igualdad incolora de los días iguales, la nula diferencia entre el hoy y el ayer —que esto me quede siempre, con el alma despierta para gozar de la mosca que me distrae pasando casualmente ante mis ojos, de la carcajada que se alza voluble desde la calle incierta, la enorme liberación de ser hora de cerrar la oficina, el reposo infinito de un día de fiesta.

Puedo imaginarlo todo, porque no soy nada. Si fuese algo, no podría imaginar. El ayudante de tenedor de libros puede soñarse emperador romano; el rey de Inglaterra no lo puede hacer, porque al rey de Inglaterra le está vedado ser, en sueños, un rey distinto al rey que es. Su realidad no lo deja sentir.

172.
La cuesta lleva al molino, pero el esfuerzo no conduce a nada.
Era una tarde a principios de otoño, cuando el cielo tiene un calor frío muerto, y hay nubes que arropan la luz con mantas de calma.
Dos únicas cosas me dio el Destino: unos libros de contabilidad y el don de soñar.

173.
El sueño es la peor de las cocaínas, porque es la más natural de todas ellas. Así se introduce en los hábitos con la facilidad que ninguna de las otras tiene, se prueba sin querer, como un veneno inoculado. No duele, no empalidece, no deprime —pero el alma que lo usa queda ya incurable, porque no hay manera de librarse de su veneno, que es el alma misma.

Como un espectáculo en la bruma □

Aprendí en los sueños a coronar de imágenes las frentes □ de lo cotidiano, a decir lo común con extrañeza, lo sencillo con derivaciones, a dorar, con un sol de artificio, los rincones y los muebles muertos y [a] poner música, como para arrullarme cuando las escribo, a las frases fluidas de mi fijación.

174.
Después de una mala noche, la gente no suele soportarnos. El sueño huido se llevó consigo alguna cosa que nos hacía humanos. Hay en nosotros como una latente irritación, en el mismo aire inorgánico que nos envuelve. Somos nosotros, al final, quienes nos abandonamos, y es entre nosotros y nosotros entre quienes se traba la diplomacia de la batalla sorda.

He arrastrado hoy por las calles mis pies y un gran cansancio. Tengo el alma reducida a una madeja enrollada, y lo que soy y fui, que soy yo, se olvidó de su nombre. Si tengo un mañana, sólo sé que no dormí, y la confusión de varias pausas introduce grandes silencios en mi conversación íntima.

¡Ah, grandes parques de los otros, jardines usuales para tantos, maravillosas avenidas de quienes nunca me conocerán! Me detengo entre vigilias, como quien nunca se atrevió a ser superfluo, y lo que pienso me sobresalta com[o] el final repentino de un sueño.

Soy una casa viuda, claustral de sí misma, sombreada de espectros tímidos y furtivos. Estoy siempre en el cuarto de al lado, o están ellos, y hay un ruido infernal de árboles a mi alrededor. Divago y descubro; descubro porque divago. ¡Mis días de niño vestidos vosotros mismos con la bata!

Y, en medio de todo esto, voy calle adelante, adormilado en mi vagabundeo como una hoja. Algún viento suave me barrió del suelo, y voy errante, como un final de crepúsculo, entre los acontecimientos del paisaje. Me pesan los párpados en los pies arrastrados. Quisiera dormir porque ando. Tengo la boca cerrada como para que los labios se peguen. Naufrago mi deambular.

Sí, no dormí, pero me siento más seguro así, cuando nunca dormí ni duermo. Soy yo realmente en esta eternidad casual y simbólica del estado de media alma con que me engaño. Algunas personas me miran como si me conocieran y me extrañaran. Siento que yo también los miro con órbitas sentidas dentro de los párpados que las rozan, y no quiero saber si hay mundo.

¡Tengo sueño, mucho sueño, todo el sueño!

175.
Cuando nació la generación a la que pertenezco encontró el mundo desprovisto de apoyos para quien tuviera cerebro y al mismo tiempo corazón. El trabajo destructivo de las generaciones anteriores hizo que el mundo al que nacimos no tuviera seguridad que darnos en el orden religioso, ni apoyo que darnos en el orden moral, ni tranquilidad que darnos en el orden político. Nacimos ya en plena angustia metafísica, en plena angustia moral, en pleno desasosiego político. Ebrias de las fórmulas externas, de los meros procedimientos de la razón y de la ciencia, las generaciones que nos precedieron derrumbaron todos los fundamentos de la fe cristiana, porque su crítica bíblica, pasando de crítica de los textos a crítica mitológica, redujo los evangelios y las anteriores escrituras sagradas de los judíos a un montón confuso de mitos, de leyendas y de simple literatura; y su crítica científica fue anotando gradualmente los errores, las salvajes ingenuidades de la «ciencia» primitiva de los evangelios; y al mismo tiempo, la libertad de discusión, que trajo a la luz pública todos los problemas metafísicos, arrastró con ellos los problemas religiosos cuando eran de carácter metafísico. Ebrias de una cosa incierta a la que llamaron «positividad», esas generaciones criticaron toda la moral, escudriñaron todas las reglas de vivir, y, de tal choque de doctrinas, sólo quedó la seguridad de ninguna de ellas, y el dolor de no existir esa seguridad. Una sociedad así indisciplinada en sus fundamentos culturales no podía, evidentemente, ser sino víctima, en la política, de esa misma indisciplina; y así fue como despertamos a un mundo ávido de novedades sociales, y que con alegría se lanzaba a la conquista de una libertad que no sabía lo que era, de un progreso que nunca había llegado a definir.

Pero el criticismo frustrado de nuestros padres, si nos legó la imposibilidad de ser cristianos, no nos legó la satisfacción de poseerla; si nos legó la falta de fe en las fórmulas morales establecidas, no nos legó la indiferencia ante la moral y ante las reglas de vivir humanamente; si dejó en la incertidumbre el problema político, no dejó indiferente nuestro espíritu ante la posible solución de ese problema. Nuestros padres fueron felices destruyendo, porque vivían en una época que todavía conservaba reflejos de la solidez del pasado. Era aquello mismo que ellos destruían lo que daba fuerza a la sociedad para que pudieran destruir sin sentir resquebrajarse el edificio. Nosotros heredamos la destrucción y sus resultados.

En la vida de hoy, el mundo pertenece sólo a los estúpidos, a los insensibles y a los agitados. El derecho a vivir y a triunfar se conquista hoy casi por las mismas vías por las que se conquista el internamiento en un manicomio: la incapacidad de pensar, la amoralidad y la hiperexcitación.

176. LA HOSPEDERÍA DE LA RAZÓN

A medio camino entre la fe y la crítica está la hospedería de la razón. La razón es la fe en lo que se puede comprender sin fe; pero es todavía una fe, porque comprender implica presuponer que hay alguna cosa comprensible.

177.

Teorías metafísicas que por un momento puedan darnos la ilusión de que explicamos lo inexplicable; teorías morales que puedan engañarnos por unas horas con el convencimiento de que sabemos por fin cual de todas las puertas cerradas es la que da acceso a la virtud; teorías políticas que por un día nos persuadan de que hemos resuelto algún problema, siendo así que no hay ningún problema resoluble excepto los de las matemáticas —resumamos nuestra actitud ante la vida en esta acción conscientemente estéril, en esta preocupación que, si no nos proporciona placer, evita, al menos, que sintamos la presencia del dolor.

Nada hay que de manera tan notable determine el auge de una civilización como el conocimiento, en quienes la viven, de la esterilidad de todo esfuerzo, porque estamos regidos por leyes implacables que nada puede revocar ni obstaculizar. Somos, quizás, esclavos esposados al capricho de dioses más fuertes pero no mejores que nosotros, subordinados, ellos y nosotros, al gobierno férreo de un Destino abstracto, por encima de la justicia y la bondad, ajeno al bien y al mal.

178.
Somos muerte. Lo que consideramos vida, es el sueño de la vida real, la muerte de lo que verdaderamente somos. Los muertos nacen, no mueren. Están cambiados, para nosotros, los mundos. Cuando juzgamos que vivimos, estamos muertos; estamos a punto de vivir cuando estamos moribundos.

La relación que existe entre el sueño y la vida es la misma que hay entre lo que llamamos vida y lo que llamamos muerte. Estamos durmiendo, y esta vida es un sueño, no en sentido metafórico o poético, sino en sentido real. Todo aquello que en nuestras actividades consideramos superior, todo eso participa de la muerte, todo eso es muerte. ¿Qué es el ideal sino la confesión de que la vida no nos sirve? ¿Qué es el arte sino la negación de la vida? Una estatua es un cuerpo muerto, tallado para fijar la muerte en materia de incorrupción. El mismo placer, que tan evidentemente nos parece una inmersión en la vida, es ante todo una inmersión en nosotros mismos, una destrucción de las relaciones entre nosotros y la vida, una sombra agitada de la muerte.

El mismo vivir es morir, porque no tenemos un día de más en nuestra vida que en sí mismo no nos dé el tener un día de menos.

Habitamos sueños, somos sombras errando a través de florestas imposibles donde los árboles son casas, costumbres, ideas, ideales y filosofías.

¡No encontrar nunca a Dios, no saber nunca ni siquiera si Dios existe! Pasar de un mundo a otro, de una encarnación a otra, siempre con la ilusión que nos acaricia, siempre en el error que nos halaga.

¡Nunca la verdad, nunca una parada! ¡Nunca la unión con Dios! ¡Nunca completamente en paz, sino sólo siempre un poco de ella, siempre el deseo de ella!

179.
El instinto infantil de la humanidad que hace que el más orgulloso de nosotros, si es hombre y no loco, busque, beatísimo padre, la mano paternal que lo guíe, sea como sea que después lo guíe, a través del misterio y de la confusión del mundo. Cada uno de nosotros es una mota de polvo que el viento de la vida levanta, para después dejar caer. Tenemos que arrimarnos a una pared, agarrarnos con nuestra manecita de otra mano; porque la hora es siempre incierta, el cielo queda siempre lejos, y la vida nos resulta siempre ajena.

El más grande de nosotros no es más que aquel que conoce más de cerca lo hueco y lo incierto de todo.

Puede ser que nos guíe una ilusión; la que, sin embargo, no nos guía es la conciencia.

180.
Si un día me aconteciera que, con una vida firmemente segura, pudiera libremente escribir y publicar, sé que tendría saudades de esta vida insegura en que apenas escribo y no publico. Tendría saudades, no sólo porque esa vida frustrada es el pasado y una vida que ya nunca tendré, sino porque hay en cada tipo de vida una cualidad propia y un placer peculiar, y cuando se pasa a otra vida, aunque sea mejor, ese placer peculiar resulta menos feliz, esa cualidad propia es menos buena, dejan de existir, y notamos una ausencia.

Si algún día me aconteciera que pudiera llevar al buen calvario la cruz de mi intención, encontraría un calvario en ese buen calvario, y tendría saudades de cuando era fútil, frustrado e imperfecto. De algún modo sería menos.

Tengo sueño. Ha sido un día pesado de trabajo absurdo en la oficina casi desierta. Dos empleados están enfermos y los otros no están aquí. Estoy solo, a excepción del mozo allá al fondo. Tengo saudades de la hipótesis de poder tener un día saudades, y así y todo son absurdas.

Casi pido a los dioses que pueda haber que me mantengan aquí, como en un cofre, defendiéndome de las amarguras y también de las felicidades de la vida.

181.
Entre las vagas sombras de la luz sin apagarse del todo antes de que la tarde sea apunte de noche, me complace errar sin pensar entre lo que se ha convertido la ciudad, y camino como si nada tuviera remedio. Me agrada, más a mi imaginación que a mis sentidos, la tristeza dispersa que conmigo va. Vagabundeo, y voy hojeando en mí, sin leerlo, un libro de texto intersperso [*sic*] de rápidas imágenes, de las que voy formando indolentemente una idea que nunca se completa.

Hay quien lee con la misma rapidez con la que mira, y acaba sin haberlo visto todo. Así extraigo del libro qué se me hojea en el alma una historia vaga no contada, memorias de otro vagabundo, trozos de descripciones de crepúsculos o resplandores de luz de luna, con avenidas de parques por en medio, y diversas figuras de seda pasando, pasando.

No distingo, siendo como soy tedio y otro. Sigo, simultáneamente, por la calle, por la tarde y por la lectura soñada, y los caminos son realmente recorridos. Emigro y reposo, como si estuviera a bordo con el barco ya en alta mar.

De repente, los candeleros muertos hacen coincidir sus luces en los dobles prolongamientos de la calle larga y curva. Como un sobresalto, mi tristeza aumenta. Es que se acabó el libro. Queda sólo, en la viscosidad aérea de la calle abstracta, un hilo externo de sentimiento, como la baba del Destino idiota, goteando sobre la conciencia de mi alma.

Otra vida, la de la ciudad anochecida. Otra alma, la de quien contempla la noche. Sigo inseguro y alegórico, irrealmente sentidor. Soy como una historia que alguien hubiera contado, y, de tan bien contada, paseara carnal pero no mucho por este mundo novela, al principio de un capítulo: «A esa hora podía verse a un hombre caminando lentamente por la calle…»

¿Qué tengo yo que ver con la vida?

182. PAUSA

Prefracasé en la vida porque ni soñándola llegó a parecerme deleitosa. Hasta mí llegó el cansancio de los sueños… Tuve al sentirlo una sensación externa y falsa, como la de haber llegado al final de un camino infinito. Me trasladé de mí a no sé dónde, y ahí me quedé paralizado e inútil. Soy alguna cosa que fui. No me encuentro donde me siento y, si me busco, no sé quién es el que me busca. Un tedio por todo me reblandece. Me siento expulsado de mi alma.

Asisto a mí. Me hago presente ante mí. Mis sensaciones pasan por delante de no sé qué mirada mía como si fueran cosas exteriores a mí. Me odio a mí mismo en todo. Todas las cosas, hasta las raíces de su misterio, tiene el color de mi odio.

Estaban ya marchitas las flores que las Horas me entregaron. Mi única acción posible es ir deshojándolas poco a poco. ¡Y eso es de una tal complejidad de envejecimientos!

La más mínima acción me resulta dolorosa como una heroicidad. El más pequeño gesto me cuesta de idear, como si fuera algo que yo realmente pensara hacer.

No aspiro a nada. Me duele la vida. Me encuentro mal donde estoy y ya me encuentro mal donde pienso que puedo estar.

Lo ideal sería no tener más acción que la acción falsa de un surtidor —subir para caer en el mismo sitio, brillo al sol sin ninguna utilidad sonando en el silencio de la noche para que quien sueñe piense en ríos en su sueño y sonría con abandono.

183.

Desde el comienzo desvaído del día caluroso y falso nubes oscuras y de contornos mal rasgados rondaban la ciudad encogida. De la parte que llamamos la barra, sucesivas y torvas, esas nubes se iban superponiendo, y un anticipo de tragedia se extendía con ellas desde el indefinido rencor de las calles contra el sol alterado.

Era mediodía y ya, al salir para ir a comer, se veía en suspenso una mala esperanza en la atmósfera empalidecida. Jirones de nubes desgarradas negreaban frente a ella. El cielo, por los lados del Castillo, era limpio pero de un mal azul. Hacía sol pero no apetecía disfrutarlo.

A la una y media de la tarde, de vuelta a la oficina, el cielo parecía más limpio, pero sólo para un lado de la parte antigua. Del lado de la barra estaba de hecho más despejado. Sin embargo, por la parte norte de la ciudad, las nubes se juntaban en una sola nube —negra, implacable, avanzando lentamente con garras romas de un blanco ceniciento en los extremos de unos brazos negros. De aquí a poco alcanzaría al sol, y los ruidos de la ciudad parece que se apagaban esperándolo. Era, o así lo parecía, algo más limpio el cielo por la parte este, pero el calor era más desagradable. Se sudaba en la inmensa sombra de la sala grande de la oficina. «Va a caer una buena tormenta», dijo Moreira, y volvió la página del Libro Mayor.

A las tres de la tarde cesó ya por completo la acción del sol. Fue necesario —y era triste, porque estábamos en verano— encender la luz eléctrica —primero al fondo de la sala grande, donde estaban empaquetando los envíos, después en medio de la sala, donde se hacía difícil rellenar sin errores las guías de los envíos y anotar en ellas los números de los comprobantes del ferrocarril. Finalmente, ya cerca de las cuatro, incluso nosotros —los privilegiados de las ventanas— no veíamos suficientemente bien para nuestro trabajo. La oficina se iluminó. El patrón Vasques apartó la mampara del despacho y dijo desde la entrada, saliendo: «Moreira, yo tenía que ir a Benfica, pero no voy a ir; va a caer un diluvio». «Viene de ahí, de ese lado», respondió Moreira, que vivía al pie de la Avenida. Los ruidos de la calle aumentaron de pronto, se alteraron un poco, y era, no sé por qué, un poco triste el sonido de las campanillas de los tranvías en la calle paralela y próxima.

184.
Antes de que acabe el estío y llegue el otoño, en el cálido intervalo en el que el aire abruma y los colores se suavizan, las tardes acostumbran a usar un traje sensible de ufanía falsa. Son comparables a aquellos artificios de la imaginación en que las saudades son saudades de nada, y se prolongan indefinidas como estelas de navíos formando la misma serpiente sucesiva.

En esas tardes me llena, como marea marítima, un sentimiento peor que el tedio pero al que no puede aplicarse otro nombre sino el de tedio—{un sentimiento de desolación sin espacio, de naufragio de toda mi alma. Siento que he perdido un Dios complaciente, que la Sustancia de todo ha muerto. Y el universo sensible es para mí un cadáver que amé cuando era vida; pero todo ha acabado en nada a la luz todavía cálida de las últimas nubes teñidas de color.

Mi tedio adquiere aspectos de horror; mi aburrimiento da miedo. Mi sudor no es frío, pero es fría la conciencia de mi sudor. No hay malestar físico, salvo que el malestar del alma es tan grande que atraviesa los poros del cuerpo y lo inunda a él también.

Es tan enorme el tedio, tan soberano el horror de estar vivo, que no concibo que haya cosa que pueda servir de lenitivo, de antídoto, de bálsamo o de olvido para él. Dormir me horroriza como todo lo demás. Morir me horroriza como todo lo demás. Marchar y detenerse son la misma cosa imposible. Esperar y no creer son equivalentes en frío y en ceniza. Soy un estante de frascos vacíos.

Más, a pesar de todo, ¡qué saudade del futuro, si dejo que mis ojos vulgares reciban el saludo muerto del día iluminado que acaba! ¡Qué gran entierro de la esperanza avanza por el silencio todavía dorado de los cielos inertes, qué cortejo de vacíos y de nadas se extiende en azul bermejo tirando a pálido por las vastas llanuras del espacio blanco!

No sé lo que quiero ni lo que dejo de querer. Dejé de saber querer, de saber cómo se quiere, de saber las emociones o los pensamientos con los que de ordinario se sabe que estamos queriendo o queriendo querer. No sé quién soy ni lo que soy. Como alguien enterrado bajo un muro desmoronado, yazgo bajo el vacío derrumbado del universo entero. Y así voy, siguiendo el rastro de mí mismo, hasta que caiga la noche y un poco de caricia de ser diferente ondule, como una brisa, en el comienzo de mi impaciencia de mí mismo.

¡Ah, y la luna lejana y grande de estas noches plácidas, tibias de angustia y de desasosiego! La paz siniestra de la belleza celeste, ironía fría del aire cálido, azul negro nebuloso de luz de luna y tímido de estrellas.

185. PAUSA
Esta hora horrorosa que decrece hasta lo posible o crece hasta lo mortal.

Que nunca raye el alba, y que yo y toda esta alcoba y esta su atmósfera interior a la que pertenezco, todo esto se espiritualice en Noche, se absolutice en Tiniebla y no quede de mí ni una sombra que salpique con mi memoria lo que quiera que sea que no muera.

186.
¡Pluguiera a los dioses, mi triste corazón, que el Destino tuviera algún sentido! ¡Y antes pluguiera al Destino que los dioses lo tuvieran!
Siento a veces, al despertar durante la noche, manos invisibles que tejen mi destino.
Yazgo la vida. Nada de mí interrumpe nada.

187.
La tragedia principal de mi vida es, como todas las tragedias, una ironía del Destino. Me repugna la vida real como una condena; me repugna el sueño como una liberación innoble. Pero vivo lo más sórdido y lo más cotidiano de la vida real; y vivo lo más intenso y lo más constante del sueño. Soy como un esclavo que se emborracha a la hora de la siesta —dos miserias en un solo cuerpo.

Sí, veo nítidamente, con la claridad con [que] los relámpagos de la razón hacen destacar de la negrura de la vida los objetos próximos que nos la configuran, lo que hay de vil, de débil, de descuidado y de facticio en esta Rúa dos Douradores que es mi vida entera —esta oficina sórdida hasta su médula de persona, este cuarto alquilado por meses donde no pasa nada salvo que vive en él un muerto, esta mercería de la esquina a cuyo dueño conozco como cualquier persona conoce a otra, estos mozos de la puerta de la vieja taberna, esta trabajosa inutilidad de todos los días iguales los unos a los otros, esta continua repetición de los mismos personajes, como un drama que consistiera apenas en el escenario y ese escenario estuviera del revés…

Pero veo también que huir de todo esto equivaldría a dominarlo o a repudiarlo, y yo ni lo domino, porque no lo excedo dentro de lo real, ni lo repudio, porque, sueñe lo que sueñe, me quedo siempre donde estoy.

¡Y el sueño, la vergüenza de huir hacia mí mismo, la cobardía de tener como vida esa basura del alma que los demás tienen sólo en sueños, en la figura de la muerte con que roncan, en la calma con que parecen vegetales aventajados!

¡No poder tener un gesto noble que no sea de puertas adentro, ni un deseo inútil que no sea verdaderamente inútil!

César definió bien la figura de la ambición cuando dijo aquello de: «¡Antes el primero en la aldea que el último en Roma!» Yo no soy nada ni en la aldea ni en Roma ninguna. El mercero de la esquina es por lo menos respetado desde la Rúa da Assunçào hasta la Rúa da Vitoria; es el César de toda una manzana de casas. ¿Yo superior a él? ¿En qué, si la nada no comporta superioridad, ni inferioridad, ni comparación?

Es el César de toda una manzana y a las mujeres les gusta condignamente.

Y así voy arrastrándome haciendo lo que no quiero, y soñando lo que no puedo poseer, mi vida □, absurda como un reloj público parado.

Aquella sensibilidad tenue, pero firme, el sueño largo más consciente □ que en su conjunto forman mi privilegio de penumbra.

188.
El hombre vulgar, por más dura que la vida le resulte, tiene al menos la felicidad de no pensar en ella. Vivir la vida sucesivamente, exteriormente, como un perro o un gato —eso es lo que hacen los hombres normales, y así debe vivirse la vida para que se pueda sentir la satisfacción del perro y del gato.

Pensar es destruir. El propio proceder del pensamiento lo propone al mismo pensamiento, porque pensar es descomponer. Si los hombres supieran meditar en el misterio de la vida, si supieran sentir las mil complejidades que espían el alma en cada pormenor de cada acción, no actuarían nunca, ni siquiera vivirían. Se matarían de tan asustados, como los que se suicidan para no ser guillotinados al día siguiente.

189. DÍA DE LLUVIA

El aire es de un amarillo oculto, como un amarillo pálido visto a través de un blanco sucio. Apenas hay amarillo en el aire ceniciento. La palidez de lo ceniciento, sin embargo, tiene algo de amarillo en su tristeza.

190.

Cualquier alteración de la rutina habitual trae siempre a nuestro espíritu una novedad fría, un placer levemente desalentador. Quien tiene la costumbre de salir de la oficina a las seis, y por cualquier motivo sale un día a las cinco, siente con toda seguridad una fiesta mental y algo así como pena por no saber qué hacer de sí mismo.

Ayer, por tener que resolver unos asuntos lejos, salí de la oficina a las cuatro, y a las cinco había concluido mi apartado trabajo. No acostumbro a andar por la calle a esas horas, y por eso me encontraba en una ciudad diferente. El tono lento de la luz en las fachadas de cada día era de una dulzura estéril, y los transeúntes de siempre pasaban junto a mí en la ciudad de al lado, marineros de la armada desembarcados ayer por la noche.

Todavía tenía que estar abierta la oficina. Regresé a ella entre el pasmo general de los empleados de los que ya me había despedido. ¿Qué, de vuelta? De vuelta, sí. Estaba allí libre para sentir, a solas con los que me acompañaban sin que espiritualmente allí estuvieran conmigo… Era en cierta manera el hogar, es decir, el lugar donde no se siente.

191.
Pienso a veces, con un deleite triste, que si un día, en un futuro al que yo ya no pertenezca, estas frases que escribo perduran como cosa de mérito, tendré por fin quienes me «comprendan», los míos, mi verdadera familia para en ella nacer y ser amado. Pero lejos de ir yo a nacer en ella, habré muerto mucho tiempo antes. Seré comprendido sólo en efigie, cuando el afecto ya no compense al muerto de la falta de afecto general que lo acompañó en vida.

Tal vez un día comprendan que cumplí, como nadie, mi deber nato de intérprete de una parte de nuestro siglo; y, cuando lo comprendan, escribirán que en mi época fui un incomprendido, que viví infelizmente entre falta de afectos y frialdades, y que es una pena que semejante cosa me hubiese acontecido. Y quien esto escriba será, en la época en que lo escriba, incomprendedor, como los que hoy me rodean, de mi análogo de ese tiempo futuro. Porque los hombres sólo aprenden para uso de sus bisabuelos, que ya murieron. Sólo a los muertos sabemos enseñar las verdaderas reglas de vivir.

En esta tarde en que escribo, la lluvia ha cesado por completo. La alegría del aire se siente demasiado fresca contra la piel. El día va consumiéndose no en ceniciento, sino en azul pálido. Un azul vago se refleja, incluso, en las piedras de las calles. Duele vivir, pero de lejos. Sentir no importa. Va iluminándose algún que otro escaparate. En otra ventana alta hay gente que da por acabado su trabajo. El mendigo que pasa junto a mí quedaría pasmado si me conociera.

En el azul menos pálido y menos azul, que espejea en los edificios, atardece algo más la hora indefinida.

Va declinando suavemente este día en que los que creen y yerran entran en el engranaje de su trabajo habitual, y tienen, en su propio dolor, la felicidad de la inconsciencia. Va declinando suavemente, ola de luz que se apaga, melancolía de la tarde inútil, bruma sin niebla que penetra en mi corazón. Va declinando suavemente, leve, indefinida palidez lúcida y azul de la tarde acuática —leve, suave, triste sobre la tierra simple y fría. Va declinando suavemente, invisible ceniza, monotonía herida, tedio sin entumecimiento.

192.
Tres días seguidos de calor sin calma, tormenta latente en el malestar de la quietud de todo, han traído, por haberse escurrido la tormenta hacia otras latitudes, un leve fresco suave y grato a la superficie lúcida de las cosas. Así algunas veces, en el transcurso de la vida, el alma, que sufrió porque la vida fue dura con ella, siente súbitamente un alivio, sin que hubiera acontecido nada que pudiera explicarlo.

Concibo que seamos climas, sobre los que se ciernen amenazas de tormenta que descargaron en otro punto.

La inmensidad de las cosas vacías, el gran olvido que hay en el cielo y la tierra…

193.
He asistido, de incógnito, al desfallecimiento gradual de mi vida, al zozobrar lento de todo cuanto quise ser. Puedo decir, con aquella verdad que no precisa de flores para que sepamos que está muerta, que no hay cosa que yo haya querido, o en la que yo haya puesto, aunque por un momento sólo, el sueño nada más de ese momento, que no se me haya deshecho bajo las ventanas como polvo con apariencia de piedra caído de un tiesto del piso de arriba. Parece incluso que el Destino ha procurado siempre hacerme amar primero aquello que él mismo había dispuesto para que al día siguiente yo viera que ni lo tenía ni había de tenerlo.

Espectador irónico de mí mismo, nunca, sin embargo, perdí las ganas de acudir a la vida. Y, puesto que hoy sé, en la anticipación de cada ligera esperanza, que ha de acabar en desilusión, sufro el goce especial de gozar ya la desilusión junto con la esperanza, como algo amargo con dulce que vuelve lo dulce dulce contra lo amargo. Soy un estratega sombrío que, habiendo perdido todas las batallas, traza ya, sobre el papel de sus planes, disfrutando con su esquema, los pormenores de su retirada fatal, en la víspera de cada nueva batalla.

Me ha perseguido, como un ser maligno, el destino de no poder desear sin saber que no he de poseer. Si por un momento veo por la calle el cuerpo núbil de una jovencita, y, por indiferente que sea, supongo por un momento lo que sería si fuera mío, es seguro que siempre, a diez pasos de mi sueño, aquella jovencita se encuentra con el hombre que claramente veo que es su marido o su amante. Un romántico haría con esto una tragedia; alguien ajeno sentiría esto como una comedia: yo, sin embargo, mezclo las dos cosas, pues soy romántico en mí y ajeno a mí, y paso la página a otra ironía.

Unos dicen que sin esperanza la vida no es posible, otros que con esperanza resulta vacía. Para mí, que hoy ni espero ni desespero, es un siempre cuadro exterior, que me incluye a mí, y al que asisto como a un espectáculo sin enredo, hecho sólo para diversión de los ojos —ballet sin nexo, removerse de hojas al viento, nubes donde la luz del sol cambia de color, antiguas redes de calles dispuestas al azar en diferentes partes de la ciudad.

Soy, en buena medida, la misma prosa que escribo. Me despliego en períodos y párrafos, me coloco puntuación, y, en la distribución desencadenada de las imágenes, me visto, como los niños, de rey con papel de periódico, o, en la manera como construyo el ritmo de una serie de palabras, me adorno, como los locos, con flores secas que continúan vivas a mis ojos. Y, por encima de todo, estoy tranquilo, como un muñeco de serrín que, tomando conciencia de sí mismo, moviera de vez en cuando la cabeza para que el cascabel encima de la gorra en pico (parte integrante de la misma cabeza) sonara de algún modo, vida tintineada del muerto, aviso mínimo al Destino.

¡Cuántas veces, no obstante, en medio de esta insatisfacción sosegada, no me sube poco a poco a la emoción consciente el sentimiento del vacío y del tedio de pensar así! ¡Cuántas veces no me siento, como quien oye hablar a través de sonidos que se interrumpen y se reanudan, la amargura esencial de esta vida extraña a la vida humana —vida en que nada pasa salvo en la conciencia de ella misma! ¡Cuántas veces, despertando de mí, no entreveo, del exilio que soy, cuánto mejor sería ser el nadie que todos son, la persona feliz que al

menos tiene la amargura real, el ser contento que siente cansancio en vez de tedio, que sufre en vez de suponer que sufre, que se mata en vez de morirse!

Me transformé en una figura de libro, una vida leída. Lo que siento es (sin yo quererlo) sentido para escribir que se sintió. Lo que pienso aparece enseguida en palabras, mezclado con imágenes que lo descomponen, abierto en ritmos que son algo distinto. De tanto recomponerme acabé destruyéndome. De tanto pensarme, soy ya mis pensamientos pero no yo mismo. Me sondeé y dejé caer la sonda; vivo pensando si soy profundo o no, sin otra sonda ya que no sea la mirada que me muestra, blanco sobre negro en el espejo del pozo alto, mi propio rostro que me contempla contemplándolo.

Soy una especie de carta, de naipe antiguo y desconocido, única que queda de la baraja perdida. No tengo sentido, no sé de mi valor, no tengo a quien compararme para poderme encontrar, no tengo a quien servir para conocerme. Y así, en las imágenes sucesivas con las que me describo —no sin verdad, pero con mentiras—, voy quedando más en las imágenes que en mí mismo, diciéndome hasta no ser, escribiendo con el alma por tinta, útil tan sólo para escribir con ella. Pero cesa la reacción, y vuelvo a resignarme. Vuelvo en mí a lo que soy, aunque no sea nada. Y algo como lágrimas sin llanto arde en mis ojos rígidos, algo como una angustia que no tuve cubre de ampollas ásperamente mi garganta seca. Pero entonces ni sé lo que lloré, si es que lo lloré, ni por qué no lo lloré. La ficción me acompaña como mi propia sombra. Y lo que quiero es dormir.

194.
Tengo un cansancio enorme en el alma de mi corazón. Me entristece aquel que nunca fui, y no sé qué especie de saudades es el recuerdo que de él tengo. Caí contra esperanzas y certezas, a la hora de todos los ocasos.

195.
Hay criaturas que sufren realmente por no haber podido vivir en la vida real como el Sr. Pickwick y haber chocado la mano del Sr. Wardle. Yo soy uno de esos. He derramado lágrimas verdaderas sobre esa novela, por no haber vivido en aquel tiempo, con aquella gente, gente real.

Los desastres de las novelas son siempre hermosos porque en ellos no corre sangre verdadera, ni en las novelas se pudren los muertos, ni la podredumbre está podrida en las novelas.

Cuando el Sr. Pickwick es ridículo, no es ridículo, porque lo es en una novela. ¿Quién sabe si la novela no será una realidad más perfecta y una vida que Dios crea a través de nosotros, y si nosotros —quién sabe— sólo existimos para crear? Parece que las civilizaciones no existan sino para crear arte y literatura; lo que de ellas nos habla y lo que de ellas queda son eso, palabras. ¿Por qué no serán esas figuras extra-humanas verdaderamente reales? Me duele de mala manera en mi existencia mental pensar que esto pueda ser así…

196.

Los sentimientos que más duelen, las emociones más punzantes, son los que son absurdos —el ansia de cosas imposibles, precisamente porque son imposibles, la saudade de lo que nunca fue, el deseo de lo que podría haber sido, la pena de no ser otro, la insatisfacción de la existencia del mundo. Todos estos medios tonos de la conciencia del alma crean en nosotros un paisaje dolorido, un eterno ocaso de lo que somos. El sentirnos es entonces un campo desierto al oscurecer, con tristeza de juncos al pie de un río sin barcos, negreando claramente entre orillas separadas.

No sé si estos sentimientos son una locura lenta del desconsuelo, si son reminiscencias de algún otro mundo en el que hubiéramos estado —reminiscencias cruzadas y mezcladas, como cosas vistas en sueños, absurdas en la figura que vemos pero no en su origen si lo supiéramos. No sé si hubo otros seres que fuimos, cuya mayor perfección sentimos hoy, en la sombra que de ellos somos, de una manera incompleta —perdida la solidez y figurándonosla nosotros apenas en las dos únicas dimensiones de la sombra que vivimos.

Sé que estos pensamientos de la emoción duelen con rabia en el alma. La imposibilidad de figurarnos una cosa a la que correspondan, la imposibilidad de encontrar algo que sustituya aquella a la que se abrazan en visiones —todo esto pesa como una condena dictada no sé sabe dónde, ni por quién, ni por qué.

Pero lo que nos queda de sentir todo esto es con toda seguridad un sinsabor de la vida y de todos sus gestos, un cansancio anticipado de los deseos y de todos sus modos, un disgusto anónimo de todos los sentimientos. En estas horas de aflicción sutil, se nos hace imposible, hasta en sueños, ser amante, ser héroe, ser feliz. Todo eso está vacío, hasta en la propia idea de lo que es. Todo eso está dicho en otra lengua, incomprensible para nosotros, meros sonidos de sílabas sin forma en el entendimiento. La vida es hueca, el alma es hueca, el mundo es hueco. Todos los dioses mueren de una muerte mayor que la muerte. Todo está más vacío que el vacío. Todo es un caos de nada.

Si pienso esto y miro para ver si la realidad mata mi sed, veo casas inexpresivas, caras inexpresivas, gestos inexpresivos. Piedras, cuerpos, ideas —todo está muerto. Todos los movimientos son paradas, la misma parada todos ellos. Nada me dice nada. Nada me es conocido, no porque yo lo extrañe sino porque no sé lo que es. Se perdió el mundo. Y en el fondo de mi alma —como única realidad de este momento— hay una aflicción intensa e invisible, una tristeza como el sonido de quien llora en un cuarto oscuro.

197.
Siento el tiempo con un dolor enorme. Siempre abandono las cosas en medio de una exagerada conmoción. El pobre cuarto alquilado donde pasé unos meses, la mesa del hotel de provincias donde pasé seis días, la misma triste sala de estación donde gasté dos horas a la espera del tren —sí, pero las cosas buenas de la vida, cuando las abandono y pienso, con toda la sensibilidad de mis nervios, que nunca más las volveré a ver y a tener, al menos en aquel preciso y exacto momento, me duelen metafísicamente. Se me abre un abismo en el alma y un soplo frío de la hora de Dios pasa rozándome el rostro lívido.

¡El tiempo! ¡El pasado! Ahí algo, una voz, una canción, un perfume ocasional, levanta en mi alma el telón de boca de mis recuerdos… ¡Lo que fui y nunca más seré! ¡Lo que tuve y nunca más tendré! ¡Los muertos! Los muertos que me amaron en mi infancia. Cuando los evoco, toda el alma se me enfría y yo me siento desterrado de corazones, sólo en la noche de mí mismo, llorando como un mendigo el silencio cerrado de todas las puertas.

198. PROSA DE VACACIONES

La playa pequeña, formando una cala minúscula, excluida del mundo por dos promontorios en miniatura, era, en aquellas vacaciones de tres días, mi retiro de mí mismo. Se bajaba a la playa por una escalera tosca, que empezaba, por la parte de arriba, como escalera de madera, y a la mitad se convertía en una serie de escalones recortados en la roca, con un pasamanos de hierro oxidado. Y, siempre que yo bajaba la vieja escalera, y sobre todo desde los escalones de piedra hasta abajo, salía de mi propia existencia, encontrándome.

Dicen los ocultistas, o algunos de ellos, que hay momentos excepcionales del alma en los que recuerda, con la emoción o con una parte de la memoria, un momento, o un aspecto, o una sombra de una encarnación anterior. Y entonces, como regresa a un tiempo que está más próximo del origen y del comienzo de las cosas que su presente, siente, en cierto modo, una infancia y una liberación.

Se diría que, bajando aquella escalera ahora poco usada, y entrando lentamente en la playa pequeña siempre desierta, yo estaba empleando un recurso mágico para encontrarme más próximo de la mónada posible que soy. Ciertos momentos y aspectos de mi vida cotidiana —representados en mi ser constante por deseos, repugnancias, preocupaciones— se sumían en mí como vigilantes emboscados, se apagaban entre las sombras hasta no poder apreciarse lo que eran, y yo alcanzaba un estado de distancia íntima en que se me hacía difícil acordarme del día de ayer, o reconocer como mío el ser que en mí vive cada día. Mis emociones de carácter constante, mis hábitos regularmente irregulares, mis conversaciones con otros, mis adaptaciones a la constitución social del mundo —todo eso me parecían cosas leídas en alguna parte, páginas inertes de una biografía impresa, pormenores de alguna novela, en aquellos capítulos intermedios que leemos pensando en otra cosa mientras el hilo de la narración se va desmadejando hasta serpentear por el suelo.

Entonces, en la playa rumorosa por el ruido de sus propias olas o del viento que en lo alto circulaba, como un gran avión inexistente, me entregaba a un nuevo tipo de sueños —cosas informes y suaves, maravillas de la impresión profunda, sin imágenes, sin emociones, limpias como el cielo y las aguas, y sonando, como las volutas desenredándose del mar encrespado desde el fondo de una gran verdad; trémulamente de un azul oblicuo a lo lejos, verdeando al aproximarse con transparencias de otros tonos verdisucios y, crujiendo al romper los mil brazos deshechos y alargarlos en arena tostada y espuma desbabada, congregando en sí todas las resacas, los regresos a la libertad de origen, las saudades divinas, los recuerdos, como este que informemente no me hace daño, de un estado anterior, feliz por bueno o por ser otro, un cuerpo de saudade con el alma de espuma, el reposo, la muerte, el todo o nada que rodea como un inmenso mar la isla de los naufragios que es la vida.

Y yo dormía sin sueño, desviado ya de lo que venía sintiendo, crepúsculo de mí mismo, rumor de agua entre árboles, calma de los grandes ríos, frescura de las tardes tristes, lento respirar del pecho blanco del sueño de infancia de la contemplación.

199.

La apacibilidad de no tener familia ni compañía, ese suave placer como el del exilio, en el que sentimos el orgullo del destierro matizando de incierta voluptuosidad la vaga inquietud de encontrarnos lejos —todo esto yo lo disfruto a mi manera, indiferentemente. Porque uno de los detalles característicos de mi actitud espiritual es que la atención no debe ser cultivada exageradamente, e incluso el sueño debe ser mirado desde arriba, con una conciencia aristocrática de estar obligándolo a existir. Dar demasiada importancia al sueño sería como dar demasiada importancia, al final, a una cosa que de nosotros mismos se separó, que se alzó, como pudo, en realidad, y que, por eso, perdió todo el derecho a nuestra delicadeza con ella.

200.
La vulgaridad es un hogar. Lo cotidiano es maternal. Tras una larga incursión en la gran poesía, hasta las montañas de la aspiración sublime, hasta los peñascos de lo transcendente y de lo oculto, nos sabe requetebién, nos sabe a todo cuanto en la vida da calor, regresar a la hospedería donde ríen los tontos felices, beber con ellos, tonto también, como Dios nos hizo, contento con el universo que se nos ha dado y dejando el resto a los que trepan a las montañas para no hacer nada allá en la cima.

Nada me conmueve que se diga, de un hombre que yo tengo por necio o por loco, que supera a un hombre vulgar en muchas ocasiones y logros de la vida. Los epilépticos son, durante sus crisis, fortísimos; los paranoicos razonan como pocos hombres normales consiguen discurrir; los delirantes con manía religiosa congregan multitudes de creyentes como pocos demagogos (si es que alguno de ellos lo consigue), y con una fuerza íntima que los demagogos no logran imprimir en sus secuaces. Y todo esto no prueba sino que la locura es locura. Prefiero la derrota con el conocimiento la belleza de las flores que la victoria en medio de desiertos, llena de ceguera del alma a solas con su separada nulidad.

Cuántas Veces el propio sueño fútil me deja un horror a la vida interior, una náusea física de los misticismos y de las contemplaciones. Con qué prisa me voy corriendo de casa, donde así estoy soñando, a la oficina; y veo allí la cara de Moreira como si finalmente hubiera llegado a un puerto. Considerándolo bien todo, prefiero a Moreira al mundo astral; prefiero la realidad a la verdad; vamos, es que prefiero la vida al mismo Dios que la creó. Así me la dio, así la viviré. Sueño porque sueño, pero no padezco el insulto propio de dar a los sueños otro valor que el de ser mi teatro íntimo, como no doy al vino, del que sin embargo no me privo, el nombre de alimento o de necesidad vital.

201.
Desde antes de la madrugada, contra la costumbre solar de esta ciudad luminosa, la niebla envuelve, con un manto leve que el sol fue gradualmente dorando, las múltiples casas, los espacios suprimidos, los accidentes de la tierra y de las construcciones. Llegada, sin embargo, la hora avanzada de antes del mediodía —empezó a deshilacharse la inconsistente bruma, y, en hálitos de sombras de velos, empezó a cesar imponderablemente. Hacia las diez de la mañana sólo un tenue malazulear del cielo revelaba que había habido niebla.

Los rasgos de la ciudad renacieron al descorrerse la máscara que la velaba. Como si se abriera una ventana, el día ya alboreado rayó. Se produjo un leve cambio en los ruidos de cada cosa. Aparecieron también. Un tono azul se insinuó hasta en las piedras de las calles y en las auras impersonales de los transeúntes. El sol calentaba, pero con un calor todavía húmedo. Lo filtraba invisiblemente la niebla que ya había dejado de existir.

El despertar de una ciudad, sea entre la niebla o de otro modo, resulta siempre para mí una cosa más enternecedora que el rayar de la aurora sobre los campos. Renace mucho más, hay mucho más que esperar, cuando, en vez de limitarse a dorar, primero de luz oscura, después de una luz húmeda, más tarde de oro luminoso, la hierba, los relieves de los arbustos, las palmas de las manos de las hojas, el sol multiplica sus posibles efectos en las ventanas, en las paredes, en los tejados —en las ventanas tantos, en las paredes tantos colores diferentes, en los tejados tan diferentes tonos—, grande y diversa mañana para tantas realidades diversas. Una aurora en el campo me sienta bien; la aurora en la ciudad me sienta bien y mal, y por eso me sienta más que bien. Sí, porque la mayor esperanza que me trae tiene, como todas las esperanzas, el gusto amargo remoto y saudoso de no ser realidad. La mañana del campo existe; la mañana de la ciudad promete. La una hace vivir; la otra hace pensar. Y yo sentiré siempre, como los grandes malditos, que más vale pensar que vivir.

202.
Detrás de los aplacados calores del final del estío vinieron, en los azares de las tardes, unos tonos de color más suave en el cielo, ciertos retoques de brisa fría que anunciaban el otoño. No era todavía el desverdear del follaje, o el desprendimiento de las hojas, ni aquella vaga angustia que acompaña nuestra sensación de la muerte exterior porque ha de acabar siendo también la nuestra. Era como un cansancio por un esfuerzo inexistente, un vago sueño sobreviniendo a los últimos gestos de actuar. Ah, son tardes de una tan lastimada indiferencia, que, antes de que empiece en las cosas, empieza en nosotros el otoño.

Cada otoño que viene está más cerca del último otoño que tendremos, y lo mismo es verdad para el verano o estío; pero el otoño recuerda, por ser lo que es, el acabamiento de todo, y en el verano o estío es fácil, a fuerza de mirar, que lo olvidemos. No es todavía otoño, no hay todavía en el aire el amarillo de las hojas caídas o la tristeza húmeda del tiempo que va a ser más tarde invierno. Pero hay un resquicio de tristeza anticipada, una pena vestida para el viaje, en el sentimiento con que estamos vagamente atentos a la difusión coloreada de las cosas, al tono diferente del viento, al sosiego más viejo que se arrastra, al caer la noche, por la presencia inevitable del universo.

Sí, pasaremos todos, pasaremos por todo. Nada quedará de quien usó sentimientos y guantes, de quien habló de la muerte y de la policía local. Así como una misma luz ilumina las mejillas de los santos y las polainas de los transeúntes, así también una misma falta de luz dejará a oscuras la nada que ha de quedar del haber sido unos santos y otros usuarios de polainas. En el vasto remolino, como el de las hojas secas, en que yace indolentemente el mundo entero, tanto dan los reinos como los vestidos de las costureras, y las trenzas de los niños rubios giran en el mismo giro mortal que los cetros que representaron imperios. Todo es nada, y en el atrio de lo Invisible, cuya puerta abierta muestra tan sólo, a su frente, una puerta cerrada, bailan, esclavas de ese viento que sin manos las remueve, todas las cosas, grandes y pequeñas, que en nosotros y para nosotros formaron el sentido del universo. Todo es sombra y polvo removido, y no hay otra voz sino la del sonido que produce fio] que el viento levanta y arrastra, ni otro silencio sino el de lo que el viento deja. Unos, hojas más leves, menos agarradas a la tierra por más leves, vuelan en lo alto del remolino del Atrio y caen más allá del círculo de las más pesadas. Otros, invisibles casi, el mismo polvo, sólo diferente si lo observáramos de cerca, se hace cama a sí mismo en el remolino. Otros más, miniaturas de troncos, son arrastrados alrededor y abandonados aquí o allá. Un día, al final del conocimiento de las cosas, se abrirá la puerta del fondo y todo lo que fuimos —basura de estrellas y de almas— será barrido fuera de la casa, para que lo que haya vuelva a comenzar.

Me duele el corazón como si de un cuerpo extraño se tratara. Mi cerebro adormece todo cuanto siento. Sí, es el principio del otoño que trae en el aire hasta mi alma la luz sin sonrisa que va orlando de amarillo muerto la redondez confusa de las pocas nubes de poniente. Sí, es el principio del otoño, y el conocimiento claro, en la hora limpia, de la insuficiencia anónima de todo. El otoño, sí, el otoño, lo que hay o lo que va a haber, y el cansancio anticipado de todos los gestos, la desilusión anticipada de todos los sueños. ¿Qué puedo yo esperar y de qué? Ya, en lo que de mí pienso, voy entre las hojas y el polvo del atrio, en la

órbita sin sentido de cosa alguna, haciendo ruido de vida en las losas limpias que un sol angular dora de acabamiento no sé dónde.

Todo cuanto pensé, todo cuanto soñé, todo cuanto hice o no hice —todo eso se irá con el otoño, como las cerillas gastadas esparcidas en varios sentidos por el suelo, o los papeles arrugados formando bolas falsas, o los grandes imperios, las religiones todas, las filosofías con las que jugaron, levantándolas, los niños soñolientos del abismo. Todo cuanto fue mi alma, desde las cosas a las que aspiré hasta la casa vulgar en la que vivo, desde los dioses que tuve al patrón Vasques que tuve también, todo se va con el otoño, todo con el otoño, con la ternura indiferente del otoño. Todo con el otoño, sí, todo con el otoño…

203.
No se sabe si lo que acaba del día es con nosotros mismos con quien acaba en aflicción inútil, o si lo que somos es falso entre penumbras, y no hay nada más que el gran silencio sin patos cayendo sobre los lagos donde los juncos levantan su desfalleciente rigidez. Nada se sabe, ni la memoria queda de las historias de la infancia, algas, ni la caricia tardía de los cielos futuros, brisa con que la imprecisión se abre lentamente en estrellas. La lámpara votiva oscila incierta en el templo que ya nadie frecuenta, no se mueven las aguas en los estanques al sol de las casas de campo desiertas, no se reconoce ya el nombre inscrito tiempo atrás en el tronco, y los privilegios de los desconocidos se fueron, como papel mal recortado, por los caminos barridos por un fuerte viento, al azar de los obstáculos que fueron deteniéndolos. Otros se asoman a la misma ventana que los otros; duermen los que olvidaron la mala sombra, saudosos del sol que no tenían; y yo mismo, que pretendo sin gestos, acabaré sin remordimientos, entre juncos empapados, enfangado por el río próximo y el cansancio laxo, bajo las tardes de otoños prolongados, en confines imposibles. Y a través de todo esto, como un silbido de desnuda angustia, sentiré mi alma por detrás del devaneo —profundo y puro aullido, inútil en la oscuridad del mundo.

204.
Nubes… Hoy tengo conciencia del cielo, pues hay días en que no miro para él pero lo siento, viviendo en la ciudad y no en la naturaleza que la incluye. Nubes… Son ellas hoy la principal realidad, y me preocupan como si el velarse el cielo fuera uno de los grandes peligros de mi destino. Nubes… Pasan de la barra al Castillo, de occidente a oriente, en tumulto disperso y desnudo, blanco a veces, se van deshilachadas a la vanguardia de no sé qué; medio negro otras si, más lentas, tardan en ser barridas por el viento audible; negras de un blanco sucio si, como si quisieran quedarse, ennegrecen más con su recorrido que con su sombra lo que las calles abren de falso espacio entras las líneas clausuradoras del caserío.

Nubes… Existo sin saberlo y sin quererlo moriré. Soy la pausa entre lo que soy y lo que no soy, entre lo que sueño y lo que la vida ha hecho de mí, el promedio abstracto y carnal entre cosas que no son nada, siendo yo nada también. Nubes… ¡Qué desasosiego si siento, qué malestar si pienso, qué inutilidad si quiero! Nubes… Están pasando siempre, unas muy grandes, pareciendo, porque las casas no dejan ver si son menos grandes de lo que parecen, que van a ocupar todo el cielo; otras de tamaño incierto, pudiendo ser dos juntas o una que se va a partir en dos, sin sentido en lo alto del aire contra un cielo fatigado; otras más, pequeñas, semejando juguetes de cosas poderosas, bolas irregulares de un juego absurdo, sólo por un lado, en soledad inmensa, frías.

Nubes… Me interrogo y me desconozco. Nada he hecho de útil y nada haré de justificable. He gastado la parte de mi vida que no perdí en interpretar confusamente nada, haciendo versos en prosa a las sensaciones intransmisibles con las que hago mío el universo incógnito. Estoy harto de mí, objetiva y subjetivamente. Estoy harto de todo, y de todo el todo. Nubes… Lo son todo, desmontes de lo alto, cosas hoy las únicas reales entre la tierra nula y el cielo que no existe; jirones indescriptibles del tedio que les impongo; niebla condensada en amenazas de color ausente; sucios algodones en rama de un hospital sin muros. Nubes… Son como yo, un paisaje deshecho entre el cielo y la tierra, al hilo de un impulso invisible, tronando o sin tronar, alegrando blancas u oscureciendo negras, ficciones del intervalo y del descamino, lejos del ruido de la tierra y sin el silencio del cielo. Nubes… Continúan pasando, siempre continúan pasando, siempre pasarán continuando, en un discontinuo enrollar de madejas descoloridas, en un prolongamiento difuso de falso cielo deshecho.

205.
Fluido, el abandono del día acaba entre púrpuras exhaustas. Nadie me dirá quién soy, ni sabrá quién fui. Bajé de la montaña ignorada al valle que había de ignorar, y mis pasos fueron, en la tarde lenta, vestigios abandonados en los claros del bosque. Todos aquellos a los que amé me olvidaron en la sombra. Nadie supo del último barco. En el correo no había noticias de la carta que nadie había de escribir.

Todo, sin embargo, era falso. No contaron historias que otros hubieran contado, ni se sabe nada seguro del que tiempo atrás partió, con la esperanza de un embarque falso, hijo de la bruma futura y de la indecisión aún por venir. Tengo un nombre entre los que tardan, y ese nombre es, como todo, sombra.

206. FLORESTA
¡Pero ah, ni la alcoba era cierta —era la alcoba vieja de mi infancia perdida! Como niebla se alejó, atravesó materialmente las paredes blancas de mi cuarto real, y este emergió nítido y más pequeño de entre la sombra, como el día y la vida, como el paso del cochero y el ruido vago del látigo que hace poner los músculos en posición de alzarse en el cuerpo acostado del animal soñoliento.

207.
¡Cuántas cosas, que tenemos por ciertas o por justas, no son más que los vestigios de nuestros sueños, el sonambulismo de nuestra incomprensión! ¿Acaso sabe alguien lo que es cierto o lo que es justo? ¿Cuántas cosas que tenemos por bellas no son más que costumbres de época, ficciones del lugar y del momento? ¡Cuántas cosas, que tenemos por nuestras, no son más que aquello de lo que somos perfectos espejos o envoltorios transparentes, ajenos en la sangre a la raza de su naturaleza!

Cuanto más medito en la capacidad que tenemos de engañarnos, más se me escapa entre los dedos flojos la arena fina de las certezas deshechas. Y todo el mundo me aparece, en momentos en los que la meditación se me vuelve sentimiento, obnubilándome la mente, como una niebla hecha de sombra, un crepúsculo de los ángulos y de las aristas, una ficción del interludio, una demora del antemañana. Todo se me transforma en un absoluto muerto de sí mismo, en un estancamiento de pormenores. Y los mismos sentidos, con los que transfiero la meditación para olvidarla, son una especie de sueño, algo remoto y secuaz, intersticio o diferencia, acaso, de las sombras y de la confusión.

En esos momentos, en los que podría comprender a los ascetas y a los retirados, si hubiera en mí el poder de comprender a los que se empeñan en cualquier esfuerzo con fines absolutos, o en cualquier creencia capaz de provocar un esfuerzo, yo crearía, si pudiera, toda una estética del desconsuelo, una rítmica íntima de canción de cuna, filtrada por las ternuras de la noche en grandes lejanías de otros hogares.

Encontré hoy en la calle, por separado, a dos amigos míos que se habían peleado el uno con el otro. Cada uno de ellos me contó la historia de por qué se habían peleado. Cada uno de ellos me dijo la verdad. Cada uno de ellos me expuso sus razones. Los dos tenían razón. Los dos tenían toda la razón. No era que uno viera una cosa y el otro otra, o que uno viera un lado de las cosas y el otro un lado diferente. No: cada uno veía las cosas exactamente como habían pasado, cada uno las veía con idéntico criterio, pero cada uno veía una cosa diferente, y cada uno, por lo tanto, tenía razón.

Me quedé confuso con esta doble existencia de la verdad.

208.
Así como, lo sepamos o no, todos tenemos una metafísica, así también, lo queramos o no, todos tenemos una moral. Yo tengo una moral muy simple —no hacer ni bien ni mal a nadie. No hacerle mal a nadie, porque no sólo reconozco en los otros el mismo derecho que juzgo que a mí me corresponde de que no me molesten, sino porque me parece que bastan los males naturales para todo el mal que haya de existir en el mundo. Vivimos todos, en este mundo, a bordo de un navío salido de un puerto que desconocemos hacia un puerto que ignoramos; debemos tener los unos con los otros una amabilidad de compañeros de viaje. No hacerle bien a nadie, porque no sé en qué consiste el bien, ni si lo hago cuando creo que lo estoy haciendo. ¿Sé acaso yo los males que provoco si doy una limosna? ¿Sé acaso yo los males que provoco si educo o instruyo? Ante la duda, me abstengo. Y hasta me parece que auxiliar o aclarar no es, en cierto modo, sino hacer el mal de intervenir en vida ajena. La bondad es un capricho temperamental: no tenemos el derecho de hacer a los demás víctimas de nuestros caprichos, aunque sean de humanidad o de ternura. Los beneficios son cosas que se infligen; por eso abomino de ellos fríamente.

Si no hago el bien, por moral, tampoco exijo que a mí me lo hagan. Si enfermo, lo que más me fastidia es que obligo a alguien a tratarme, cosa que a mí me repugnaría hacer con otro. Nunca visité a un amigo enfermo. Siempre que, estando yo enfermo, me visitaron, sufrí cada visita como una molestia, un insulto, una violación injustificable de mi decisiva intimidad. No me gusta que me den cosas; parece que con eso quisieran obligarme a que yo las dé también —a los mismos o a otros, sean quienes fueren.

Soy altamente sociable de una manera altamente negativa. Soy la inofensividad encarnada. Pero no soy más que eso, no quiero ser más que eso, no puedo ser más que eso. Tengo con todo lo que existe una ternura visual, un cariño de la inteligencia —nada en el corazón. No tengo fe en nada, esperanza en nada, caridad para nada. Abomino con náusea y con asombro de los sinceros de todas las sinceridades y de los místicos de todos los misticismos o, antes y mejor, de las sinceridades de todos los sinceros y de los misticismos de todos los místicos. Esa náusea llega a ser casi física cuando esos misticismos son activos, cuando pretenden convencer la inteligencia ajena, o mover la voluntad ajena, o encontrar la verdad o reformar el mundo.

Me considero feliz por no tener parientes. Así no me veo en la obligación, que inevitablemente me fastidiaría, de tener que amar a alguien. No tengo saudade si no es literariamente. Recuerdo mi infancia con lágrimas, pero son lágrimas rítmicas, donde ya se prepara la prosa. La recuerdo como una cosa externa y a través de cosas externas; sólo recuerdo cosas externas. No es el sosiego de las veladas provincianas lo que me enternece de la infancia que en ellas viví, es la mesa dispuesta para el té, son los bultos de los muebles por la casa, son las caras y los gestos físicos de las personas. Es de los cuadros de lo que tengo saudades. Por eso, lo mismo me enternece mi infancia que la de cualquier otro: ambas son, en el pasado que no sé lo que es, fenómenos puramente visuales, que siento con la atención literaria. Me enternezco, sí, pero no porque recuerdo, sino porque veo.

Nunca amé a nadie. Lo más que he llegado a amar es a sensaciones mías —estados de la visualidad consciente, impresiones de la audición despierta, perfumes que son una manera de hablar conmigo la humildad del mundo exterior, de decirme cosas del pasado (tan fácil

de recordar por los olores)—, esto es, de darme más realidad, más emoción que el simple pan cociéndose allá adentro en el fondo de la panadería, como aquella tarde lejana en que venía del entierro del tío que tanto me quería y había en mí de una manera vaga la ternura de un alivio no sé bien de qué.

Esta es mi moral, o mi metafísica, o yo: Transeúnte de todo —hasta de mi propia alma—, no pertenezco a nada, no deseo nada, no soy nada —centro abstracto de sensaciones impersonales, espejo caído que siente orientado hacia la variedad del mundo. Con esto, no sé si soy feliz o infeliz; y tampoco me importa).

209.
Colaborar, unirse, actuar junto a otros, es un impulso metafísicamente mórbido. El alma que le es dada al individuo no debe ser prestada a sus relaciones con los otros. El hecho divino de existir no debe ser entregado al hecho satánico de coexistir.

Al actuar junto a otros pierdo, al menos, una cosa —el actuar sólo.

Cuando me entrego, aunque parezca que me expando, me limito. Convivir es morir. Para mí, sólo mi autoconciencia es real; los otros son fenómenos inciertos en esa conciencia, a los que resultaría mórbido prestar una realidad muy verdadera.

El niño, que quiere hacer por fuerza su voluntad, se remonta hasta más cerca de Dios, porque quiere existir.

Nuestra vida de adultos se reduce a dar limosnas a los otros. Vivimos todos de la limosna ajena. Desperdiciamos nuestra personalidad en orgías de coexistencia.

Cada palabra pronunciada nos traiciona. La única comunicación tolerable es la palabra escrita, porque no es una piedra en un puente entre almas, sino un rayo de luz entre astros.

Explicar es descreer. Toda la filosofía es una diplomacia bajo especie de eternidad □, como la diplomacia, una cosa sustancialmente falsa, que existe no como una cosa, sino total y absolutamente para un fin.

El único destino noble de un escritor que publica es no tener una celebridad acorde con sus merecimientos. Pero el verdadero destino noble es el del escritor que no publica. No digo que no escriba, porque ese no es un escritor. Digo de aquel que por naturaleza escribe, y por condición espiritual no ofrece lo que escribe.

Escribir es objetivar sueños, es crear un mundo exterior como premio [?] evidente de nuestra índole de creadores. Publicar es entregar ese mundo exterior a los otros; ¿mas para qué, si el mundo exterior común a nosotros y a ellos es el «mundo exterior» real, el de la materia, el mundo visible y tangible? ¿Qué tienen que ver los otros con el universo que hay en mí?

210. ESTÉTICA DEL DESALIENTO

Publicar —socialización de uno mismo. ¡Qué innoble necesidad! Pero incluso así, qué lejos de un *acto* —el editor gana, el tipógrafo produce. El mérito de la incoherencia por lo menos. Una de las mayores preocupaciones del hombre, llegado a la edad de la lucidez, es la de tallarse, actuante y pensante, a imagen y semejanza de su ideal. Puesto que ningún ideal encarna tanto como el de la inercia toda la lógica de nuestra aristocracia de alma ante los ruidos y □ exteriores modernos, lo Inerte, lo Inactivo debe ser nuestro Ideal. ¿Fútil? Tal vez. Pero eso sólo podrá preocupar como un mal a aquellos para los que la futilidad es un atractivo.

211.

El entusiasmo es una grosería.

La expresión del entusiasmo es, ante todo, una violación de los derechos de nuestra insinceridad.

Nunca sabemos cuándo somos sinceros. Tal vez nunca lo seamos. Y aun en el caso de que seamos sinceros hoy, mañana podemos serlo por todo lo contrario.

En cuanto a mí, no tuve convicciones. Tuve siempre impresiones. Nunca podría odiar una tierra en la que hubiera visto un ocaso escandaloso.

Exteriorizar impresiones es más un persuadirnos de que las tenemos que un tenerlas.

212.
Tener opiniones es estar vendido a uno mismo. No tener opiniones es existir. Tener todas las opiniones es ser poeta.

213.
Todo se me evapora. Mi vida entera, mis recuerdos, mi imaginación y lo que ella contiene, mi personalidad, todo se me evapora. Continuamente siento que fui otro, que sentí como otro, que pensé como otro. Aquello a lo que asisto es un espectáculo con otro escenario. Y aquello a lo que asisto soy yo mismo.

A veces encuentro, entre la confusión vulgar de mis cajones literarios, papeles escritos por mí hace diez, quince o más años incluso. Y muchos de ellos me parecen los de un extraño; me desreconozco en ellos. Alguien hubo de escribirlos, y fui yo. Yo los sentí, pero fue como en otra vida de la que ahora hubiera despertado como de un sueño ajeno.

Es frecuente que encuentre cosas escritas por mí de muy joven —fragmentos de mis diecisiete o de mis veinte años. Y algunos tienen un poder de expresión que no recuerdo haber tenido en esa altura de mi vida. Lo hay en ciertas frases, en diversos períodos de cosas escritas a unos pocos pasos de mi adolescencia, que me parecen un producto exacto del que ahora mismo soy, educado por años y por cosas. Reconozco que soy el mismo que era. Y, habiendo sentido que hoy me encuentro a una gran distancia de progreso de lo que fui, me pregunto dónde está ese progreso si entonces era lo mismo que soy hoy.

Hay en esto un misterio que me desvirtúa y me oprime.

Hace sólo unos días tuve una impresión extraordinaria con un breve escrito de mi pasado. Recuerdo perfectamente que mi escrúpulo, al menos relativo, por el lenguaje data de hace pocos años. Encontré en un cajón un escrito mío, mucho más antiguo, en el que ese mismo escrúpulo aparecía ya fuertemente acentuado. No me comprendí en el pasado positivamente. ¿Cómo es que avancé hacia lo que ya era? ¿Cómo me he conocido hoy en lo que ayer me desconocí? Y todo se me confunde en un laberinto donde conmigo mismo me extravío.

Devaneo con el pensamiento, y estoy seguro de que esto que escribo ya lo había escrito. Recuerdo. Y pregunto a lo que en mí presume de ser si no habrá en el platonismo de las sensaciones otra anamnesis más indicada, otro recuerdo de una vida anterior que sea tan sólo de esta vida…

Dios mío, Dios mío, ¿a quién asisto? ¿Cuántos soy? ¿Quién es yo? ¿Qué es esa pausa que hay entre mí y mí?

214.
Otra vez encontré un fragmento mío, escrito en francés, sobre el cual habían pasado ya quince años. Nunca estuve en Francia, nunca lidié de cerca con franceses, nunca, por tanto, realicé prácticas en aquella lengua que ahora hubiera dejado de realizar. Leo hoy tanto francés como siempre leí. Soy más viejo, tengo más práctica de pensamiento: debería haber progresado. Y ese fragmento de mi pasado lejano tiene una seguridad en el uso del francés que hoy yo ya no tengo; el estilo es fluido, como hoy ya no podría tenerlo en esa lengua; hay fragmentos enteros, frases completas, formas y modos de expresión que acentúan un dominio de esa lengua del que me he alejado sin acordarme de que lo tenía. ¿Cómo se explica esto? ¿A quién me sustituí dentro de mí?

Bien sé que es fácil elaborar una teoría de la fluidez de las cosas y de las almas, comprender que somos un curso interior de la vida, imaginar que lo que somos es una cantidad grande, que pasamos a través de nosotros mismos, que fuimos muchos… Pero hay aquí alguna otra cosa además del mero transcurso de la personalidad entre sus propias orillas: hay el otro absoluto, un ser ajeno que fue mío. Que perdiera, con el paso de los años, la imaginación, la emoción, un tipo de inteligencia, un modo de sentimiento —todo eso, aun dándome pena, no me causaría espanto. ¿Pero a qué asisto cuando me leo como a un extraño? ¿En qué orilla estoy si me veo en el fondo?

Otras veces encuentro fragmentos que no recuerdo haber escrito —lo que no llega para espantarme—, pero que ni siquiera recuerdo haber podido escribir —lo que me aterroriza. Algunas frases corresponden a otra mentalidad. Es como si encontrara un retrato antiguo, mío sin la menor duda, con una estatura diferente, con unos rasgos desconocidos —pero indiscutiblemente mío, pavorosamente yo.

215.
Tengo las opiniones más discordantes, las creencias más dispares. Es porque nunca pienso, ni hablo, ni actúo… Piensa, habla y actúa por mí siempre algún sueño mío, en el que momentáneamente me encarno. Voy a hablar y habla un yo-otro. De *mío*, sólo siento una incapacidad enorme, un vacío inmenso, una incompetencia para todo lo que la vida es. No conozco los gestos de ningún acto real, □

Nunca aprendí a existir.

Puedo conseguir todo lo que quiero, con tal de que sea dentro de mí.

Quiero que la lectura de este libro os deje una impresión de haber atravesado una voluptuosa pesadilla.

Lo que antes era moral, es hoy estético para nosotros… Lo que era social es hoy individual…

¿Para qué mirar a los crepúsculos si tengo en mí millares de crepúsculos diversos —algunos de los cuales no lo son— y si, además de mirarlos dentro de mí, yo mismo *los soy*, en mi interior?

216.
El ocaso está repartido por las nubes aisladas separadas y dispersas por el cielo. Reflejos de todos los colores, reflejos suaves, llenan las variedades del aire en lo alto, flotan ausentes por las grandes aflicciones de las alturas. Por encima de los tejados en pie, medio color medio sombras, los últimos rayos lentos del sol desvaneciéndose toman formas de color que ni son suyas ni de las cosas sobre las que se posan. Hay un gran sosiego por encima del nivel ruidoso de la ciudad que va sosegándose también. Todo respira más allá del color y del ruido, con una respiración profunda y muda.

En las casas teñidas de color que el sol no puede ver, los colores comienzan a adquirir tonos cenicientos surgidos de ellas mismas. Hay frío en la diversidad de esos colores. Duerme una pequeña inquietud en los falsos valles de las calles. Duerme y sosiega. Y poco a poco, en las más bajas de las nubes altas, comienzan a ser de sombra los reflejos; sólo en aquella nubecilla, que se cierne, águila blanca, por encima de todo, el sol conserva, riendo desde lejos, su oro.

Todo lo que he buscado en la vida, yo mismo dejé de buscarlo. Soy como alguien que busca distraídamente lo que, en el sueño en medio de su búsqueda, olvidó que era lo que buscaba. Se vuelve más real que la cosa buscada ausente el gesto real de las manos visibles que buscan, revolviendo, descolocando, ordenando, y existen blancas y alargadas, con cinco dedos cada una, exactamente.

Todo lo que he sido es como este cielo alto y diversamente igual, jirones de nada tocados por una luz distante, fragmentos de falsa vida que la muerte dora desde lejos, con su sonrisa triste de verdad absoluta. Todo lo que he sido, sí, ha sido el no haber sabido buscar, señor feudal de pantanos al atardecer, príncipe desierto de una ciudad de tumbas vacías.

Todo lo que soy, o lo que fui, o lo que pienso que soy o que fui, todo eso se pierde de repente —en estos pensamientos míos y en la pérdida súbita de luz de nube alta—, el secreto, la verdad, la ventura tal vez que pudiera haber en no sé qué que tiene por debajo la vida. Todo eso, como un sol que nos falta, es cuanto me queda, y sobre los altos tejados, de diversas maneras, la luz deja caer sus manos resbalando, y queda a la vista, en la unidad de los tejados, la sombra íntima de todo.

Vaga gota trémula, clarea diminuta a lo lejos la primera estrella.

217.
Todos los movimientos de la sensibilidad, por agradables que sean, son siempre interrupciones de un estado, que no sé en qué consiste, que es la vida íntima de esa propia sensibilidad. No sólo las grandes preocupaciones, que nos distraen de nosotros mismos, sino hasta las pequeñas contrariedades, perturban una quietud a la que todos, sin saberlo, aspiramos.

Vivimos casi siempre fuera de nosotros mismos, y la propia vida es una perpetua dispersión. Sin embargo, es hacia nosotros mismos hacia lo que tendemos, como hacia un centro en torno al cual dibujamos, como los planetas, elipses absurdas y distantes.

218.
Soy más viejo que el Tiempo y que el Espacio, porque soy consciente. Las cosas se derivan de mí; la Naturaleza entera es la primogénita de mi sensación.
Busco —no encuentro. Quiero, y no puedo.
Sin mí, el sol nace y se apaga; sin mí la lluvia cae y el viento gime. No se suceden por mi causa las estaciones, ni el curso de los meses, ni el paso de las horas.
Dueño del mundo en mí, como de tierras que no puedo llevar conmigo, □

219.
Ese lugar activo de sensaciones, mi alma, pasea a veces conmigo conscientemente por las calles nocturnas de la ciudad, en las horas tediosas en que me siento un sueño entre sueños de otra especie, a la luz □ del gas, entre el ruido transitorio de los vehículos.

Al mismo tiempo que en cuerpo me embreño por callejuelas y sub-calles, el alma se me vuelve compleja por laberintos de sensación. Todo cuanto de aflictivamente puede dar la noción de irrealidad y de existencia fingida, todo cuanto deletrea, sin ser a la razón, pero concreta y □ mente, todo cuanto más hueco es el lugar del universo, se me desenrolla entonces objetivamente en el espíritu apartado. Me angustia, no sé por qué, esa extensión objetiva de calles estrechas y anchas, esa sucesión de faroles, árboles, ventanas iluminadas y oscuras, portales abiertos y cerrados, bultos heterogéneamente nocturnos que mi corta vista, en lo que les añade de mayor imprecisión, ayuda a volver subjetivamente monstruosos, incomprensibles e irreales.

Fragmentos verbales de envidia, de lujuria, de trivialidad van a chocar contra mi sentido del oído. Susurrados murmullos □ ondulan hasta mi conciencia.

Poco a poco voy perdiendo la conciencia nítida de que existo coextensamente con todo esto, de que realmente me muevo, oyendo y viendo poco, entre sombras que representan seres y lugares donde hay seres que lo son. Se me hace gradualmente, oscuramente, indistintamente incomprensible cómo es que todo esto puede ser frente al tiempo eterno y el espacio infinito.

Paso aquí, por pasiva asociación de ideas, a pensar en los hombres que de ese espacio y de ese tiempo tuvieran la conciencia analizadora y entendedoramente perdida. Se me antoja grotesca la idea de que entre hombres como esos, en noches sin duda como esta, en ciudades seguramente no diferentes en esencia de la que pienso, los Platones, los Escotos Erígenas, los Kants, los Hegels como que se olvidaran de todo esto, como que se hicieran distintos de estas gentes □. Y pertenecían a la misma humanidad.

Yo mismo que paseo aquí con estos pensamientos, con qué horrorosa nitidez, al pensarlos, me siento distante, ajeno, confuso y □

Acabo mi solitaria peregrinación. Un vasto silencio, que ligeros ruidos no logran alterar mi modo de sentir, como que me asalta y me subyuga. Un cansancio inmenso de las simples cosas, del mero estar aquí, del □ encontrarme de este modo me pesa en el espíritu y en el cuerpo □. Casi me sorprendo queriendo gritar, de lo mucho que me siento hundiéndome en un océano de □ de una inmensidad que nada tiene que ver con la infinidad del espacio ni con la eternidad del tiempo ni con ninguna cosa susceptible de medida y nombre. En estos momentos de terror supremamente silencioso no sé lo que soy materialmente, lo que acostumbro a hacer, lo que normalmente suelo querer, sentir y pensar. Me siento perdido de mí mismo, lejos de mi alcance. El ansia moral de luchar, el esfuerzo intelectual por sistematizar y comprender, la inquieta aspiración artística de producir una cosa que ahora no comprendo, pero que me acuerdo de comprender, y a la que llamo belleza, todo eso se me esconde del instinto de lo real, todo eso se me figura como indigno de ser pensado inútil, vacío y lejano. Siento apenas un vacío, una ilusión de un alma, un lugar de un ser, una oscuridad de conciencia donde un extraño insecto □ procurara en vano al menos el cálido recuerdo de una luz.

220. PAUSA DOLOROSA
¿Soñar, para qué?
¿Qué hice de mí mismo? Nada.
Si me espiritualizara en Noche, si □
Estatua Interior sin contornos, Sueño Exterior sin ser soñado.

221.
He sido siempre un soñador irónico, infiel a las promesas interiores. Me alegré siempre, como extranjero y otro, de las derrotas de mis devaneos, asistente casual a lo que pensé ser. Nunca di crédito a aquello en que creí. Llené las manos de arena, la llamé oro, y abrí las manos para que toda ella se escurriera. La frase fue la única verdad. Con la frase dicha estaba todo hecho; lo demás era sólo la arena que siempre fue.

Si no fuera por mi siempre soñar, por mi vivir en un perpetuo extrañamiento, podría, de buen grado, llamarme un realista, esto es, un individuo para quien el mundo exterior es una nación independiente. Pero prefiero no darme nombre, ser lo que soy con una cierta oscuridad y tener para conmigo la malicia de no saber preverme.

Tengo una especie de deber de soñar siempre, pues, no siendo más, ni queriendo ser más, que un espectador de mí mismo, tengo que darme el mejor espectáculo que pueda. Así me construyo en oro y sedas, en salas imaginadas, escenario falso, decorado antiguo, sueño creado entre juegos de luces suaves y músicas invisibles.

Guardo, íntimo, como la memoria de un beso agradable, el recuerdo de infancia de un teatro en el que el decorado azulado y lunar representaba la terraza de un palacio imposible. Había, pintado también, un amplio parque alrededor, y gasté mi alma en vivir como real todo aquello. La música, que sonaba dulcemente en esa ocasión mental de mi experiencia de la vida, traía a un real febril ese decorado regalado.

El decorado era definitivamente azulado y lunar. En el escenario no me acuerdo de quién aparecía, pero la pieza que pongo en el paisaje recordado me sale hoy de los versos de Verlaine y de Pessanha; no era la que ahora envío al olvido, representada en el escenario vivo más acá de aquella realidad de música azul. Era mía y fluida la mascarada inmensa y lunar, el interludio de plata y azul acabado.

Después vino la vida. Esa noche me llevaron a cenar al Leão. Conservo todavía el recuerdo de los filetes en el paladar de la saudade —filetes, sé o me lo imagino, como hoy ya nadie hace o yo ya no como. Y todo se me mezcla —infancia vivida a distancia, comida sabrosa de noche, decorado lunar, Verlaine futuro y yo presente— en una diagonal difusa, en un espacio falso entre lo que fui y lo que soy.

222.

Como en los días en que la tormenta se prepara y los ruidos de la calle hablan a gritos con una voz solitaria.

La calle se arrugó de luz intensa y pálida, y la negrura deslucida tembló, de este a oeste del mundo, con un estruendo de descoyuntamientos retumbantes… La tristeza dura de la torpe lluvia empeoró el aire negro con una desagradable intensidad. Frío, tibio, caliente —todo al mismo tiempo—, el aire estaba fuera de lugar en todas partes. Y de inmediato, por la amplia sala, una cuña de luz metálica abrió brecha en los descansos de los cuerpos humanos, y, con el sobresalto helado, un pedrusco ruidoso golpeó por todas partes, despedazándose con silencio duro. El ruido de la lluvia disminuye como una voz apagada. El ruido de las calles disminuye angustiosamente. Nueva luz, de un amarillo rápido, cubre la negrura sorda, pero hubo ahora un momento de respiración posible antes de que el puño del ruido tembloroso sonara como un eco repentino desde otro punto; como una despedida molesta, la tormenta empezaba a no estar aquí ya.

… con un susurro arrastrado y final, sin luz en la luz que iba en aumento, el temblor de la tormenta aclamaba en las inmensas lejanías —rodaba por Almada…

Una súbita luz formidable se astilló. Se astilló dentro de los cerebros y de las habitaciones. Todo se detuvo en seco. Los corazones pararon un momento. Todas son personas muy sensibles. El silencio aterra como si hubiera habido una muerte. El ruido de la lluvia que aumenta alivia, como las lágrimas, de todo. Hay plomo.

223.
La espada de un relámpago poco intenso se agitó sombríamente por el cuarto. Y el ruido que anunciaba, suspendida un momento la respiración, retumbó, emigrando profundo. El ruido de la lluvia lloró con fuerza, como plañideras en las pausas de sus lamentaciones. Los ruidos más pequeños se destacaron dentro, inquietos.

224.

… ese episodio de la imaginación a que llamamos realidad.

Hace dos días que no para de llover y que cae del cielo ceniciento y frío una lluvia de un color tal que aflige el alma. Hace dos días… Estoy triste de sentir, y lo pienso junto a la ventana bajo el ruido de la lluvia que pinga y de la lluvia que cae. Siento el corazón oprimido y los recuerdos transformados en angustias.

Sin sueño, ni razón para tenerlo, siento en mí unas ganas muy grandes de dormir. En otro tiempo, era yo entonces niño y feliz, llegaba de una casa del patio de al lado la voz de un papagayo verde y de otros colores. Nunca, en los días de lluvia, se le entristecía la voz, y proclamaba, sin dudar de su abrigo, un sentimiento constante cualquiera, que se cernía sobre la tristeza como un gramófono anticipado.

¿Pensé en este papagayo porque estoy triste y la infancia lejana me lo recuerda? No, pensé en él realmente porque del patio fronterizo de ahora una voz de papagayo está gritando de manera odiosa.

Todo se me confunde. Cuando creo que recuerdo, es otra cosa lo que pienso; si veo, ignoro, y cuando me distraigo, nítidamente veo.

Doy la espalda a la ventana cenicienta, de vidrios fríos para las manos que los tocan. Y llevo conmigo, por un sortilegio de la penumbra, de repente, el interior de la casa antigua, fuera de la cual, en el patio de al lado, gritaba el papagayo; y mis ojos se adormecen con toda la irreparabilidad de haber efectivamente vivido.

225.
Sí, es el ocaso. Llego a la hoz de la Rúa da Alfândega, sin prisas y disperso, y, al irme clareando el Terreiro do Paço, veo, nítido, el sin sol del cielo occidental. Ese cielo es de un azul verdoso tirando a ceniciento blanco, donde, del lado izquierdo, sobre los montes de la otra orilla, se agazapa, amontonada, una niebla acastañada color de rosa muerto. Hay una gran paz que yo no tengo fríamente dispersa en el aire otoñal abstracto. Sufro por no tener el vago placer de suponer que esa paz existe. Pero, en realidad, no hay paz ni falta de paz: apenas cielo, cielo de todos los colores desmayados —azul blanco, verde todavía azulado, ceniciento pálido entre verde y azul, vagos tonos remotos de colores de nubes que no lo son, amarillamente oscurecidos de encarnado final. Y todo esto es una visión que se extingue en el momento mismo de tenerla, una pausa entre nada y nada, alada, en lo alto, con tonalidades de cielo y pena, prolija e indefinida.

Siento y olvido. Una saudade, que es la misma de todos por todo, me invade como opio de aire frío. Hay en mí un éxtasis de ver, íntimo y postizo.

Por la parte de la barra, donde el declinar del sol cada vez más concluye, la luz se extingue en blanco lívido que se azulea de verdoso frío. Hay en al aire una apatía de lo que nunca se consigue. Calla en lo alto el paisaje del cielo.

En esta hora, en la que siento hasta desbordarme, quisiera poseer toda la malicia de decir, el capricho libre de un estilo por destino. Pero no, sólo el cielo en lo alto es lo que hay, remoto, acabándose, y la emoción que tengo, y que tantas emociones es, juntas y confusas, no es más que el reflejo de ese cielo nulo sobre un lago que hay dentro de mí —lago recluso entre rocas enhiestas, callado, mirada de muerto, en el que las alturas se contemplan olvidadas de sí.

Tantas, y tantas veces, como ahora, me ha abrumado sentir que estoy sintiendo —sentir como una angustia sólo porque es sólo sentir, la inquietud de estar aquí, la saudade de otra cosa que no se conoció, el ocaso de todas las emociones, el amarillearme esfumado en tristeza cenicienta en mi conciencia externa de mí.

¿Ah, quién me salvará de existir? No es la muerte lo que quiero, ni la vida: es aquella otra cosa que brilla en el fondo del ansia como un diamante posible en una cueva a la que no se puede bajar. Es toda la pesadumbre y toda la aflicción de este universo real e imposible, de este cielo estandarte de un ejército incógnito, de estos tonos que van palideciendo en el aire ficticio, de donde emerge el creciente imaginario de la luz con una blancura eléctrica detenida, recortado en lo remoto y lo insensible.

Es la falta absoluta de un Dios verdadero la que es el cadáver vacío del alto cielo y del alma clausurada. ¡Cárcel infinita —y por ser infinita nadie puede escapar de ti!

226.
Con qué lujuria □ y transcendente yo, a veces, paseando de noche por las calles y observando, desde dentro del alma, las líneas de los edificios, las diferencias de las construcciones, las minuciosidades de su arquitectura, la luz en algunas ventanas, los tiestos con plantas creando irregularidades en los balcones —contemplando todo esto, decía, ¡con qué placer de intuición me subía a los labios de la conciencia este grito de redención: pero nada de todo esto es real!

227.
Prefiero la prosa al verso, como forma de arte, por dos razones, de las cuales la primera, que es mía, es que no tengo otra elección, pues soy incapaz de escribir en verso. La segunda, sin embargo, es de todos, y no es —o así lo creo firmemente— una sombra o disfraz de la primera. Vale pues la pena que la desmenuce aquí, porque tiene que ver con el sentido íntimo de todo el valor del arte.

Considero el verso como una cosa intermedia, un puente entre la música y la prosa. Como la música, el verso está limitado por leyes rítmicas, que, aunque no sean las leyes rígidas del verso regular, existen sin embargo como cautelas, coacciones, dispositivos automáticos de opresión y castigo. En la prosa nos expresamos libremente. Podemos incluir ritmos musicales, y a pesar de ello pensar. Podemos incluir ritmos poéticos, y a pesar de ello mantenernos fuera de ellos. Un ritmo ocasional de verso no estorba a la prosa; un ritmo ocasional de prosa hace que el verso tropiece.

En la prosa se engloba todo el arte —en parte porque en la palabra está todo el mundo contenido, y en parte porque en la palabra libre está contenida la completa posibilidad de decirlo y de pensarlo. En la prosa lo damos todo, por transposición: el color y la forma, que la pintura sólo puede dar directamente, en sí mismas, sin dimensión íntima; el ritmo, que la música sólo puede dar directamente, en sí mismo, sin cuerpo formal, y sin aquel segundo cuerpo que es la idea; la estructura, que el arquitecto tiene que formar con cosas duras, cosas que vienen dadas, externas, y nosotros levantamos en ritmos, en indecisiones, en decursos y fluideces; la realidad, que el escultor tiene que dejar en el mundo, sin aura ni transubstanciación; la poesía, en fin, donde el poeta, como el iniciado de una orden secreta, es esclavo, aunque voluntario, de un grado y de un ritual.

Estoy seguro de que, en un mundo civilizado perfecto, no habría otro arte sino la prosa. Dejaríamos los ocasos a los ocasos mismos, cuidando apenas, en el arte, de comprenderlos verbalmente, transmitiéndolos así en música inteligible de memoria. No haríamos esculturas de los cuerpos, que mantendrían tal cual, vistos y tocados, su relieve móvil y su blandura suave. Construiríamos casas sólo para vivir en ellas, que al fin y al cabo es para lo que son. La poesía quedaría para que los niños se aproximaran a la prosa futura; porque la poesía tiene, sin duda, algo de infantil, de mnemónico, de auxiliar e inicial.

Hasta las artes menores, o las que así podrían denominarse, se reflejan, como un murmullo, en la prosa. Hay prosa que baila, que canta, que a sí misma se declama. Hay ritmos verbales que son ballets, en los que la idea se desnuda sinuosamente, con una sensualidad translúcida y perfecta. Y hay también en la prosa sutilezas convulsas en las que un gran actor, el Verbo, transmuta rítmicamente en su sustancia corpórea el misterio impalpable del universo.

228.

Todo se compenetra. La lectura de los clásicos, que no hablan de ocasos, me ha hecho inteligibles muchos ocasos con todos sus colores. Hay una relación entre la competencia sintáctica, por la cual se distingue el valor de los seres, de los sonidos y de las formas, y la capacidad de comprender cuándo el azul del cielo es realmente verde y qué porción de amarillo existe en el verde azul del cielo.

En el fondo se trata de una misma cosa —la capacidad de distinguir y de sutilizar. Sin sintaxis, no existe emoción duradera. La inmortalidad es una función de los gramáticos.

229.
Leer es soñar de la mano de otro. Leer mal y por encima es tanto como librarnos de la mano que nos guía. La superficialidad en la erudición es el mejor modo de leer bien y ser profundo.

¡Qué cosa tan baja y despreciable es la vida! Repara que para ser baja y despreciable basta con no quererla, con que te sea impuesta, con no depender en absoluto de tu voluntad, ni siquiera de tu ilusión de voluntad propia.

Morir es ser completamente otros. Por eso el suicidio es una cobardía; es entregarnos por completo a la vida.

230.
El arte es un excusarse de actuar o de vivir. El arte es la expresión intelectual de la emoción, a diferencia de la vida, que es la expresión volitiva de la emoción. Lo que no tenemos, o no intentamos, o no conseguimos, podemos poseerlo en sueños, y es con ese sueño con lo que hacemos arte. Otras veces la emoción es hasta tal punto fuerte que, aunque sea reducida a acción, esa acción a que quedó reducida no le satisface; con la emoción que sobra, que quedó sin expresar en la vida, se forma la obra de arte. Tenemos, así, dos tipos de artista: el que expresa lo que no tiene y el que expresa lo que sobró de lo que tuvo.

231.
Hacer una obra y reconocer que es mala después de hecha es una de las tragedias del alma. Y es sobre todo grande esa tragedia cuando se reconoce que esa obra es la mejor que se podía hacer. Pero al ir a escribir una obra, saber de antemano que tiene que ser imperfecta y fallida; estar viendo mientras la escribes que es imperfecta y fallida —eso constituye el grado más alto de tortura y de humillación del espíritu. No sólo los versos que estoy escribiendo siento que no me satisfacen, sino que sé que los versos que voy a escribir no han de satisfacerme tampoco. Lo sé tanto filosófica como carnalmente, gracias a una entrevisión oscura y gladiolada.

¿Entonces, por qué escribo? Porque, predicador como soy de la renuncia, no aprendí todavía a llevarla a cabo plenamente. No aprendí a abdicar de la tendencia al verso y a la prosa. Tengo que escribir como si cumpliera un castigo. Y no hay mayor castigo que el de saber que lo que escribo resulta enteramente fútil, fallido e incierto.

De niño ya escribía versos. En ese tiempo escribía versos muy malos, pero yo los consideraba perfectos. Nunca más volveré a tener el falso placer de crear obras perfectas. Lo que hoy escribo es mucho mejor. Es mejor, incluso, que lo que podrían escribir los mejores. Pero está infinitamente por debajo de aquello que yo, no sé por qué, siento que podría —o tal vez, debería— escribir. Lloro sobre mis malos versos de la infancia como sobre un niño muerto, un hijo muerto, una última esperanza que se me hubiera ido.

232.
Cuanto más avanzamos por la vida más nos convencemos de dos verdades que sin embargo se contradicen. La primera es que, ante la realidad de la vida, palidecen todas las ficciones de la literatura y del arte. Proporciona, es cierto, un placer más noble que los que da la vida; sin embargo, son como los sueños, en los que sentimos sentimientos que en la vida no se sienten, y se conjugan formas que en la vida nunca llegan a encontrarse; son, a pesar de todo, sueños de los que se despierta, que no se constituyen en recuerdos ni en saudades con los cuales podamos después vivir una segunda vida.

La segunda es que, siendo deseo de toda alma noble recorrer la vida por completo, tener experiencia de todas las cosas, de todos los lugares y de todos los sentimientos vividos, y siendo esto imposible, la vida sólo subjetivamente puede ser vivida por entero, sólo negada puede ser vivida en su sustancia absoluta.

Estas dos verdades no pueden reducirse la una a la otra. El sabio se abstendrá de querer conjugarlas, y se abstendrá también de repudiar a ninguna de las dos. Tendrá, no obstante, que seguir una sola, saudoso de la que no sigue; o repudiar a ambas, alzándose por encima de sí mismo en un nirvana propio.

Feliz quien no exige de la vida más de lo que ella espontáneamente le ofrece, dejándose guiar por el instinto de los gatos, que buscan el sol cuando hay sol, y, cuando no lo hay, el calor donde quiera que el calor se encuentre. Feliz quien renuncia a su personalidad con la imaginación, y se deleita en la contemplación de las vidas ajenas, viviendo, no todas las impresiones, sino el espectáculo exterior de todas las impresiones ajenas. Feliz, en fin, el que renuncia a todo, y al que, por renunciar a todo, nada le puede ser ni arrebatado ni reducido.

El campesino, el lector de relatos, el asceta puro —estos tres son los que viven una vida feliz, porque son estos tres los que renuncian a la personalidad— uno porque vive del instinto, que es impersonal, otro porque vive de la imaginación, que es olvido, el tercero porque no vive, y, no habiendo muerto, duerme.

Nada me satisface, nada me consuela, todo —haya existido o no— me sacia. No quiero tener alma y no quiero renunciar a ella. Deseo lo que no deseo y renuncio a lo que no tengo. No puedo ser nada ni todo: soy el puente entre lo que no tengo y lo que no quiero.

233.
… la solemne tristeza que vive en todas las cosas grandes —lo mismo en las cumbres que en las grandes vidas, en las noches profundas que en los poemas eternos.

234.
Podemos morir si nada más amamos.

235.

Sólo una vez fui verdaderamente amado. Simpatías las tuve siempre, y de todo el mundo. Ni al más accidental le ha sido fácil ser grosero, o brusco, ni siquiera frío conmigo. Algunas simpatías tuve que, con mi ayuda, podría haber convertido —o al menos tal vez hubiera podido convertir— en amor o en afecto. Nunca tuve paciencia o atención del espíritu ni siquiera para desear emplear ese esfuerzo.

Al empezar a observar esto en mí, juzgué —hasta tal punto nos desconocemos— que existía en este asunto de mi alma alguna especie de timidez. Pero después descubrí que no la había; había un tedio de las emociones, diferente del tedio de la vida, una inquietud por ligarme a cualquier sentimiento continuo, sobre todo cuando hubiera de llevar a remolque un esfuerzo constante. ¿Para qué?, pensaba para mí lo que en mí no piensa. Tengo bastante sutileza, tacto psicológico suficiente como para saber el «cómo»; el «cómo del cómo» siempre se me escapó. La flaqueza de mi voluntad empezó siempre siendo una flaqueza de la voluntad de tener voluntad. Así me sucedió con las emociones y así también me sucede con la inteligencia, y con la propia voluntad, y con todo cuanto significa vida.

Pero aquella vez en que la malicia de la ocasión me hizo creer que amaba, y comprobar que era verdaderamente amado, me quedé, primero, atontado y confuso, como si me hubiera tocado el premio gordo en moneda no convertible. Sentí, después, un ligero sentimiento de vanidad, porque ningún ser humano puede serlo sin sentirlo; esta emoción, sin embargo, que podría parecer de lo más natural, pasó rápidamente. Le siguió un sentimiento difícil de definir, pero en el que sobresalían incómodamente las sensaciones de tedio, de humillación y de fatiga.

De tedio, como si el Destino me hubiera impuesto una tarea en veladas desconocidas. De tedio, como si un nuevo deber —el de una horrible reciprocidad— me fuera concedido con la ironía de un privilegio, que yo tendría todavía que molestarme en agradecer al Destino. De tedio, como si no me bastara la monotonía inconsistente de la vida, para que ahora se le sobrepusiera la monotonía obligatoria de un sentimiento definido.

Y de humillación, sí, de humillación. Tardé en darme cuenta de a qué venía un sentimiento aparentemente tan poco justificado por su causa. Debería de habérseme aparecido el amor a ser amado. Debería de haberme envanecido de que alguien reparara atentamente en mi existencia como ser amable. Pero, a parte del breve momento de auténtico envanecimiento, en el que todavía no sé si el pasmo fue mayor que la propia vanidad, la humillación fue la sensación que de mí recibí. Sentí que se me concedía una especie de premio destinado a otro —premio sin duda de valor para quien naturalmente lo mereciera.

Pero fatiga, sobre todo fatiga —la fatiga que transmite el tedio. Comprendí entonces una frase de Chateaubriand que siempre había interpretado mal por falta de experiencia de mí mismo. Dice Chateaubriand, figurando ser René: «al amarlo lo cansaban» —*on le fatigait en l’aimant*. Reconocí, espantado, que eso resumía una experiencia idéntica a la mía, y cuya verdad por tanto yo no tenía derecho a negar.

¡La fatiga de ser amado, de ser amado de verdad! ¡La fatiga de ser el objeto del peso de las emociones ajenas! Convertir a quien quiso verse libre, siempre libre, en el chico de los recados de la responsabilidad de corresponder, de la decencia de no apartarse, para que no

se crea que se es príncipe de las emociones y se niega lo más grande que un alma humana puede dar. ¡La fatiga [de] ver nuestra existencia transformada en cosa dependiente por completo de una relación con un sentimiento de otro! ¡La fatiga de, en cualquier caso, tener por fuerza que sentir, tener por fuerza, aunque sin reciprocidad, que amar también un poco!

Se alejó de mí, tal como a mí llegó, ese episodio en la sombra. Hoy nada queda de él, ni en mi inteligencia ni en mi emoción. No me aportó experiencia alguna que yo no hubiera podido deducir de las leyes de la vida humana cuyo conocimiento instintivo albergo en mí como humano que soy. No me dio ni placer que recuerde con tristeza, ni tampoco pesar que con tristeza me venga a la memoria. Tengo la impresión de que fue algo que leí en algún sitio, un incidente acontecido a otro, un relato del que leí sólo la mitad y al que faltó la otra mitad, sin que a mí me importase que faltara, pues hasta donde lo leí estaba completo, y, aunque no tuviera sentido, había llegado a un punto en que no le podría dar sentido la parte que faltaba, fuera cual fuera el argumento.

Me queda sólo una gran gratitud a quien me amó. Pero es una gratitud abstracta, estupefacta, más de la inteligencia que de cualquier emoción). Siento pesar por si alguien sufrió por culpa mía; eso es lo que me pesa, y no me pesa nada más.

No es natural que la vida me proporcione otro encuentro con las emociones naturales. Casi deseo que aparezca para ver cómo siento esa segunda vez, después de haber atravesado por un muy extenso análisis de la primera experiencia. Es posible que sienta menos, es posible también que sienta más. Si el Destino me lo ofrece, que me lo ofrezca. Sobre las emociones siento curiosidad. Sobre los hechos, sean los que en su momento sean, no siento la más mínima curiosidad.

236.
No subordinarse a nada —ni a un hombre, ni a un amor, ni a una idea, tener aquella independencia lejana que consiste en no creer en la verdad, ni tampoco, caso de haberla, en la utilidad de su conocimiento— tal es el estado en que, me parece, debe transcurrir, para con ella misma, la vida íntima intelectual de los que no viven sin pensar. Pertenecer —he ahí la banalidad. Credo, ideal, mujer o profesión —todo significa la celda y las esposas. Ser es estar libre. La misma ambición, si de ella nos enorgullecemos, es un pesado fardo, no nos enorgulleceríamos si comprendiéramos que es una soga con la que tiran de nosotros. ¡No: ataduras, ni con nosotros mismos! Libres de nosotros tanto como de los otros, contemplativos sin éxtasis, pensadores sin conclusiones, viviremos, libres de Dios, la pequeña pausa que la distracción de los verdugos concede a nuestro éxtasis en la parada. Mañana nos espera la guillotina. Si no nos esperara mañana, nos esperaría pasado mañana. Paseemos al sol nuestro descanso antes del fin, voluntariamente ignorantes de los propósitos y de las persecuciones. El sol dorará nuestras frentes sin arrugas y la brisa traerá frescura para quien deje de esperar.

Tiro la pluma encima de la mesa y regresa rodando, sin que yo la recoja, por el plano inclinado sobre el que trabajo. Lo sentí todo de repente. Y mi alegría se manifiesta en este gesto de rabia que no siento.

237. NOTAS PARA UNA NORMA DE VIDA

Tener necesidad de dominar a los otros es tanto como necesitarlos. El jefe es una persona dependiente.

Aumentar la personalidad sin incluir en ella nada ajeno —ni pidiendo a los otros, ni mandando en los otros, sino *siendo* otros cuando los otros nos sean necesarios.

Reducir al mínimo las necesidades, para no depender en nada de los demás.

Es cierto que, en términos absolutos, esta vida es imposible. Pero no lo es de manera relativa.

Imaginemos al dueño de una oficina. Tiene la obligación de poder prescindir de todo el mundo; tiene la obligación de saber escribir a máquina, de saber contabilidad, de saber barrer la oficina. Que su dependencia de los otros sea, pues, sólo una necesidad de no perder el tiempo, y no una necesidad de su propia incompetencia. Que diga al aprendiz: «Vete a echar esta carta al correo» porque no quiere perder el tiempo que le llevaría ir a echarla al correo, pero no porque no sepa dónde queda Correos. Que diga al empleado: «Vete a tal sitio a tratar de este asunto» porque no quiere perder el tiempo en tratarlo, pero no porque no sepa tratarlo.

238.
No hay ningún premio seguro para la virtud, ni castigo seguro para el pecado. Y no sería justo que hubiera tal premio o tal castigo. Virtud o pecado son manifestaciones inevitables de organismos condenados a la una o al otro, resultando de ello el ser buenos o malos. Por eso todas las religiones sitúan las recompensas y los castigos merecidos por quien, no siendo ni pudiendo nada, nada puede merecer, en otros mundos, mundos de los que ninguna ciencia puede dar noticia y de los que ninguna fe puede transmitir visión alguna.

Renunciemos, pues, a toda creencia sincera y a toda preocupación por influir en los demás.

La vida, dijo Tarde, es la búsqueda de lo imposible a través de lo inútil. Busquemos siempre lo imposible, porque tal es nuestro destino; busquémoslo a través de lo inútil, porque no hay camino que pase por otro punto; ascendamos, no obstante, hasta la conciencia de que nada de lo que buscamos puede alcanzarse, de que por nada pasamos que merezca de nosotros un afecto o una saudade.

Nos cansamos de todo, salvo de comprender, dijo el escoliasta. Comprendamos, comprendamos siempre, y luchemos por tejer astutamente coronas o guirnaldas que también habrán de marchitarse, flores espectrales de esa comprensión.

239.
Nos cansamos de todo, salvo de comprender. A veces no resulta fácil descubrir el sentido de la frase.

Nos cansamos de pensar para llegar a una conclusión, porque cuanto más se piensa, más se analiza, más distingos se hacen, menos se llega a una conclusión.

Caemos entonces en aquel estado de inercia en que a lo más que aspiramos es a comprender bien lo que se ha expuesto —una actitud estética, pues queremos comprender sin sentirnos interesados, sin que nos importe que lo comprendido sea o no verdadero, sin que veamos otra cosa en lo que comprendemos que no sea la forma exacta en que fue expuesto, la categoría de belleza racional que para nosotros tiene.

Nos cansamos de pensar, de tener opiniones propias, de querer pensar para actuar. No nos cansamos, sin embargo, de tener, aunque sea de manera transitoria, opiniones ajenas, con el único fin de sentir su influencia y de no seguir su impulso.

240. PAISAJE DE LLUVIA

A lo largo de la noche, durante horas y horas, se dejó oír el ruido de la lluvia. A lo largo de la noche, conmigo en duermevela, su monotonía fría me estuvo insistiendo en los cristales. Ora era un arañazo del viento, un aire un poco más fuerte que los azotaba, y el agua sonaba como una ola y pasaba sus rápidas manos sobre ellos; ora un ruido sordo que sólo producía sueño en el exterior muerto. Mi alma era la misma de siempre, igual entre sábanas que entre personas, dolorosamente consciente del mundo. Tardaba en llegar el día como tarda la felicidad, y a aquellas horas parecía que tardaba indefinidamente.

¡Si el día y la felicidad no llegaran nunca! Si al menos pudiera yo esperar aunque sólo fuera el tener la desilusión de conseguir.

El ruido casual de un coche lento, saltando áspero sobre las piedras, subía del fondo de la calle, estallaba por debajo del ventanal, se iba apagando hacia el fondo de la calle, hacia el fondo del vago sueño que me era imposible conciliar del todo. Se oía golpear, de vez en cuando, una puerta de la escalera. Había a veces un chapotear líquido de pasos, un rozar entre sí de ropas mojadas. Alguna que otra vez, cuando eran más los pasos, el chapoteo se oía más intenso y molestaba. Después, se hacía de nuevo el silencio con el irse apagando de los pasos, y la lluvia seguía, innumerable.

En las paredes oscuramente visibles de mi cuarto, si entreabría los ojos de mi falso sueño, flotaban fragmentos de sueños por soñar, vagas luces, trazos negros, cosas sin cuerpo que trepaban y descendían. Los muebles, más grandes que de día, manchaban vagamente el absurdo de las tinieblas. La puerta aparecía señalada por algo no más blanco ni más negro que la noche, aunque sí diferente de ella. En cuanto a la ventana, sólo yo la oía.

Renovado, fluido, indefinido, el ruido de la lluvia proseguía. Los instantes, con ese ruido, se hacían más de esperarla soledad de mi alma se ensanchaba, se arrastraba, invadía lo que yo sentía, lo que quería, lo que iba a soñar. Los objetos vagos, participantes, en la sombra, de mi insomnio, pasaban a ocupar sitio y dolor en mi desolación.

241. SUEÑO TRIANGULAR

La luz se volvió de un amarillo exageradamente débil, de un amarillo de sucia lividez. Habían aumentado las pausas entre las cosas, y los ruidos, más espaciados de manera distinta, se sucedían separadamente. Apenas escuchados se interrumpían de repente, como si los cortaran. El calor, que parecía haber aumentado, parecía, siendo como era calor, frío. Por la estrecha rendija de las contraventanas entornadas podía verse la actitud de exagerada expectativa del único árbol visible. Su verdor era otro. El silencio lo había penetrado con el color. En la atmósfera se habían cerrado pétalos. Y en la propia composición del espacio una interrelación diferente de algo parecido a planos había alterado y quebrado la manera de utilizar ese espacio los sueños, las luces y los colores.

242.
Al margen de aquellos sueños vulgares que constituyen las vergüenzas corrientes de las pocilgas del alma, que nadie osará confesar nunca y que oprimen nuestras vigilias como fantasmas sucios, viscosidades y granos purulentos de la sensibilidad reprimida, ¡cuánta cosa ridícula, terrorífica e incomunicable puede el alma, aunque con esfuerzo, reconocer en sus repliegues!

El alma humana es un manicomio de caricaturas. Si un alma pudiera revelarse en su verdad, y no hubiera un pudor más profundo que todas las vergüenzas conocidas y definidas, sería, como dicen de la verdad, un pozo, un pozo siniestro lleno de vagos ecos, habitado por vidas innobles, viscosidades sin vida, babosas sin ser, moco de la subjetividad.

243.
Quien quisiera hacer un catálogo de monstruos, no tendría más que fotografiar en palabras las cosas que la noche trae a las almas soñolientas que no consiguen dormir. Esas cosas poseen toda la incoherencia del sueño sin la disculpa incógnita de que se está durmiendo. Sobrevuelan como murciélagos la pasividad del alma, vampiros que chupan la sangre de la sumisión.

Son larvas del declive y del desperdicio, sombras que pueblan el valle, vestigios que quedan del destino. Unas veces son gusanos, nauseabundos hasta para la propia alma que los cría y los mima; otras son espectros, y rondan siniestramente en torno a nada; otras, en fin, emergen como serpientes de los antros absurdos de las emociones perdidas.

Lastre de lo falso, no sirven sino para que no sirvamos. Son dudas del abismo, abandonadas en el alma, arrastrando pliegues soñolientos y fríos. Subsisten humos, pasan rastros, y no hay sino el haber sido en la sustancia estéril de haber tenido conciencia de ellos. Algunos son como una parte íntima de un fuego de artificio: centellea un instante entre sueños, y lo demás es sólo la inconsciencia de la conciencia con que lo vimos.

Cinta suelta, el alma no existe por sí misma. Los grandes paisajes son para mañana, y nosotros ya vivimos. Fracasó la conversación interrumpida. ¿Quién hubiera dicho que la vida había de ser así?

Me pierdo si me encuentro, dudo si a alguna cosa llego, no tengo si algo conseguí. Duermo como si paseara, pero estoy despierto. Como si durmiera, me despierto, y no me pertenezco. La vida en sí misma es, al final, un gran insomnio, y hay un lúcido despertar sobresaltado en todo cuanto hacemos y pensamos.

Sería feliz si pudiera dormir. Esta opinión es la que tengo en este momento, porque no duermo. La noche es un peso inmenso por detrás del ahogarme con la colcha muda de lo que estoy soñando. Tengo una indigestión en el alma.

Siempre, después de después, el día surgirá, pero será ya tarde, como siempre. Todo duerme y es feliz, menos yo. Descanso un poco, sin llegar a dormir. Y enormes cabezas de monstruos sin cuerpo emergen confusas del fondo de quien soy. Son dragones del Oriente del abismo, con lenguas encarnadas lejos de toda lógica, con ojos que observan sin vida mi vida muerta que no los observa.

¡La losa, por amor de Dios, la losa! ¡Acábenme con la inconsciencia y con la vida! Por suerte, por la ventana fría con las contraventanas dobladas hacia atrás, un hilo triste de luz pálida comienza a retirar las sombras del horizonte. Por suerte, lo que ahora va a rayar es el día. Sosiego, casi, del cansancio de mi desasosiego. Un gallo canta, absurdo, en plena ciudad. El día lívido empieza en medio de mi vago sueño. Algún día dormiré. Un ruido de ruedas hace realidad a un carro. Mis párpados duermen, pero yo no. Todo, en fin, es el Destino.

244.
Ser comandante retirado me parece algo ideal. Es una pena no poder haber sido eternamente nada más que comandante retirado.
La sed de ser completo me dejó en este estado de aflicción inútil.
La futilidad trágica de la vida.
Mi curiosidad hermana de las cogujadas.
La angustia pérfida de los ocasos, tímida jarcia en las auroras.
Sentémonos aquí. Desde aquí se ve más cielo. Es consoladora la extensión enorme de estas alturas estrelladas. Duele menos la vida al contemplarla; pasa por la cara cálida de nuestra vida el leve movimiento de un pequeño abanico.

245.
El alma humana es víctima tan inevitable del dolor, que padece el dolor de la sorpresa dolorosa incluso de aquello que debería esperar. El hombre que toda su vida habló de la inconstancia y de la volubilidad femeninas como de algo natural y típico, sentirá toda la angustia de una sorpresa triste cuando se vea traicionado en el amor —el mismo hombre, y no otro, como si hubiera tenido siempre por dogma o esperanza la fidelidad y la firmeza de la mujer. Y el que todo lo considera hueco y vacío, sentirá como un rayo súbito el descubrimiento de que los demás tienen en nada lo que él escribe, de que resulta estéril su esfuerzo por enseñar, de que es falsa la comunicabilidad de su emoción.

No se ha de pensar que los hombres a los que tales desastres y otros semejantes acontecen fueran poco sinceros en cuanto dijeron o escribieron, y donde en sustancia esos desastres eran ya previsibles o seguros. Nada tiene que ver la sinceridad de una afirmación inteligente con la naturalidad de la emoción espontánea. Y esto parece que puede ser así, parece que el alma pueda tener sorpresas así, sólo para que no le falte el dolor, para que el oprobio no deje de cubrirla, para que la aflicción no le escasee como quiñón igualitario en la vida. Todos somos iguales en nuestra capacidad para el error y para el sufrimiento. Sólo no los pasa quien no los siente; y los más grandes, los más nobles, los más previsores, son los que acaban pasando y sufriendo por lo que preveían y desdeñaban. Es a esto a lo que llamamos la Vida.

246.
Considerar todo cuanto nos sucede como accidentes o episodios de una novela, a la que asistimos no con la atención sino con la vida. Sólo con esa actitud podremos vencer la malicia de los días y los caprichos de los acontecimientos.

247.
La vida práctica siempre me pareció el menos cómodo de los suicidios. Actuar fue siempre para mí como la condena violenta del sueño injustamente condenado. Tener influencia sobre el mundo exterior, alterar cosas, traspasar seres, influir en las personas —todo eso me pareció siempre de una sustancia más nebulosa que la de mis propios devaneos. La futilidad inmanente de todas las formas de acción fue, desde mi niñez, una de las medidas más queridas de mi desapego incluso hacia mí mismo.

Actuar es reaccionar contra sí mismo. Influir es salir de casa.

Siempre pensé cuán absurdo era que, allí donde la realidad sustancial es una serie de sensaciones, hubiera cosas tan complicadamente simples como comercios, industrias, relaciones sociales y familiares, tan desoladoramente incomprensibles ante la actitud interior del alma en relación con la idea de verdad.

248.
De mi abstención de colaborar en la existencia del mundo exterior procede, entre otras cosas, un fenómeno psíquico curioso.

Absteniéndome por completo de actuar, desinteresándome de las Cosas, consigo ver el mundo exterior cuando reparo en él con una perfecta objetividad. Como no me interesa nada o no encuentro razón alguna para alterarlo, no lo altero.

Y así consigo □

249.

Desde mediados del siglo XVIII una terrible enfermedad viene abatiéndose progresivamente sobre la civilización. Diecisiete siglos de aspiración cristiana constantemente burlada, cinco siglos de aspiración pagana perennemente postergada —el catolicismo que fracasó como cristismo, el renacimiento que fracasó como paganismo, la reforma que fracasó como fenómeno universal. El desastre de todo lo soñado, la vergüenza de todo lo conseguido, la miseria de vivir sin una vida digna que los otros pudieran compartir con nosotros, y sin una vida de los otros que pudiéramos nosotros dignamente con ellos compartir.

Todo eso cayó dentro de las almas y las envenenó. El horror a la acción, por tener que ser por fuerza vil en una sociedad vil, inundó los espíritus. La actividad superior del alma enfermó; sólo la actividad inferior, por más vitalizada, no decayó; inerte la otra, asumió esta la regencia del mundo.

Así nació una literatura y un arte hechos de los elementos secundarios del pensamiento —el romanticismo; y una vida social hecha de los elementos secundarios de la actividad— la democracia moderna.

Las almas nacidas para mandar sólo tenían el remedio de abstenerse. Las almas nacidas para crear, en una sociedad donde las fuerzas creadoras se frustraban, tenían como único mundo plástico a su libre disposición el mundo social de sus sueños, la esterilidad introspectiva de la propia alma.

Llamamos «románticos» por igual a los grandes que fracasaron y a los pequeños que se dieron a conocer. Mas no hay similitud salvo en la sentimentalidad evidente; pero en unos la sentimentalidad muestra la imposibilidad del uso activo de la inteligencia; en los otros, muestra la ausencia de la propia inteligencia. Son fruto de la misma época un Chateaubriand y un Hugo, un Vigny y un Michelet. Pero un Chateaubriand es un alma grande que disminuye; un Hugo es un alma pequeña que se dilata con el viento de los tiempos; un Vigny es un genio que tuvo que huir; un Michelet, una mujer que tuvo que ser hombre de genio. En el padre de todos ellos, Jean-Jacques Rousseau, las dos tendencias se encuentran reunidas. En él la inteligencia era de creador, y de esclavo la sensibilidad. Afirmó las dos cosas por igual. Pero la sensibilidad social que poseía envenenó sus teorías, que la inteligencia se limitó a disponer con claridad. La inteligencia que tenía sólo sirvió para llorar la miseria de coexistir con semejante sensibilidad.

J.-J. Rousseau es el hombre moderno, pero más completo que cualquier hombre moderno. De las flaquezas que lo hicieron fracasar supo extraer —¡ay de él, ay de nosotros! — las fuerzas que lo hicieron triunfar. Lo que de él partió resultó victorioso, pero en los estandartes de su victoria, cuando entró en la ciudad, se vio que estaba escrita, en la parte inferior, la palabra «Derrota». Lo que de él fue quedando atrás, incapaz del esfuerzo de vencer, fueron las coronas y los cetros, la majestad de mandar y la gloria de vencer por un destino interno.

II

El mundo en que nacemos sufre de siglo y medio de renuncia y violencia —de la renuncia de los superiores y de la violencia de los inferiores, que constituye su victoria.

Ninguna cualidad superior puede afirmarse modernamente, tanto en la acción como en el pensamiento, en la esfera política como en la especulativa.

La ruina de la influencia aristocrática creó una atmósfera de brutalidad y de indiferencia por las artes en la que una sensibilidad refinada no puede hallar refugio. Duele más, duele cada vez más el contacto del alma con la vida. El esfuerzo resulta cada vez más doloroso, porque son cada vez más odiosas las condiciones exteriores del esfuerzo.

La ruina de los ideales clásicos hizo de todos artistas en potencia, y por lo tanto malos artistas. Cuando el criterio del arte era la construcción sólida, la cuidadosa observación de unas reglas —pocos podían atreverse a ser artistas, y buena parte de esos pocos son muy buenos. Pero cuando el arte pasó de ser considerado como creación a ser considerado como expresión de sentimientos, entonces cada cual pudo ya ser artista, porque sentimientos los tenemos todos.

250.

Incluso si yo quisiera crear, □

El único arte verdadero es el de la *construcción*. Pero el *medio* moderno hace imposible la aparición de cualidades de construcción en el espíritu.

Por eso se desarrolló la ciencia. La única cosa en la que existe construcción hoy día es una máquina; el único argumento en el que hay encadenamiento es el de una demostración matemática.

El poder de crear precisa de un punto de apoyo, de la muleta de la realidad.

El arte es una ciencia…

Sufre rítmicamente.

No puedo leer, porque mi crítica extra-encendida no descubre más que defectos, imperfecciones, posibilidades de algo mejor. No puedo soñar, porque siento tan vivamente el sueño que lo comparo con la realidad, de manera que siento enseguida que no es real; y así, su valor desaparece. No puedo entretenerme en la contemplación inocente de las cosas y de los hombres, porque el ansia de profundizar es inevitable, y, como mi interés no puede existir sin ella, o ha de morir a sus manos o ha de agostarse □.

No me puedo entretener con especulaciones metafísicas porque sé de sobra, y por propia experiencia, que todos los sistemas son defendibles e intelectualmente posibles; y, para disfrutar del arte intelectual de construir sistemas, me falta el poder olvidar que el fin de toda especulación metafísica es la búsqueda de la verdad.

Un pasado feliz con cuyo recuerdo vuelva a ser feliz; sin nada en el presente que me alegre o me interese, en un sueño o hipótesis de futuro que sea diferente a este presente o que pueda tener otro pasado que no aquel —yazgo mi vida, consciente espectro de un paraíso en el que nunca estuve, cadáver-nacido de mis esperanzas por tener.

¡Felices los que sufren con unidad! Aquellos a quienes la angustia altera pero no divide, que creen, aunque en el descreimiento, y pueden sentarse al sol sin pensamiento reservado.

251. FRAGMENTOS DE UNA AUTOBIOGRAFÍA

Primero me entretuvieron las especulaciones metafísicas, después las ideas científicas. Finalmente me atrajeron las □ sociológicas. Pero en ninguno de estos estadios de mi búsqueda de la verdad encontré seguridad y alivio. Leía poco, en cualquiera de mis preocupaciones. Pero en lo poco que leía, tantas teorías me cansaba de ver, todas fundamentadas por igual en razonamientos bien desarrollados, todas ellas igualmente probables y de acuerdo con una cierta selección de hechos que tenía siempre el aire de ser todos los hechos. Si levantaba de los libros mis cansados ojos, o si de mis pensamientos desviaba hacia el mundo exterior mi perturbada atención, sólo una cosa veía, desmintiéndome por completo la utilidad de leer y de pensar, arrancándome uno a uno todos los pétalos de la idea de esfuerzo: la infinita complejidad de las cosas, la inmensa suma □, la prolija inaccesibilidad de los propios pocos hechos que podrían concebirse como necesarios para la construcción de una ciencia.

*

Fui poco a poco encontrando en mí mismo el disgusto de no encontrar. No encontré razón ni lógica sino en un escepticismo que ni siquiera buscaba una lógica para defenderse. No pensé en guardarme de esto —¿por qué había yo de guardarme de esto? ¿Y qué era el ser son? ¿Qué certeza podía tener yo de que ese estado del alma debiera pertenecer a la enfermedad? ¿Quién nos asegura que, de ser enfermedad, la enfermedad no era más deseable, o más lógica, o más □, que la salud? ¿Y, de ser preferible la salud, por qué estaba yo enfermo si no por naturalmente serlo, y si naturalmente lo era, por qué ir contra la Naturaleza, que para algún fin, si es que tiene algún fin, me querría sin duda enfermo?

Nunca encontré argumentos salvo para la inercia. Día a día se fue infiltrando más y más en mí la conciencia sombría de mí inercia de abdicador. Procurar modos de inercia, apostar en huir de todo esfuerzo personal, de toda responsabilidad social —esculpí con esos materiales de □ la estatua pensada de mi existencia.

Dejé lecturas, abandoné caprichos casuales de este o aquel modo estético de vida. De lo poco que leía aprendí a extraer sólo elementos para el sueño. De lo poco que presenciaba, me apliqué a aprovechar apenas lo que se podía, como un reflejo equivocado y distante, prolongar más dentro de mí. Me esforcé porque todos mis pensamientos, todos los capítulos cotidianos de mi experiencia, me proporcionaran tan sólo sensaciones. Creé para mi vida una orientación estética. Y orienté esa estética hacia lo puramente individual. La hice sólo mía.

Me apliqué después, en el buscado curso de mi hedonismo interior, a hurtarme a las sensibilidades sociales. Lentamente me acoracé contra el sentimiento del ridículo. Me enseñé a ser insensible ya fuera para los reclamos de los instintos ya para las solicitaciones □.

Reduje a la mínima expresión mi contacto con los otros. Hice cuanto pude para perder todo afecto a la vida, □. Incluso del deseo de gloria me fui lentamente despojando, como quien lleno de cansancio se desviste para ir a descansar.

*

Del estudio de la metafísica y de las ciencias □, pasé a ocupaciones de espíritu más violentas para el equilibrio de mis nervios. Gasté noches de terror inclinado sobre volúmenes de místicos y de cabalistas, que nunca tenía paciencia para leer enteros si no era de manera intermitente, trémulo y □. Los ritos y los misterios de los Rosacruz, el simbolismo □ de la Cábala y de los Templarios, □ —padecí durante algún tiempo la opresión de todo eso. Y llenaron la fiebre de mis días especulaciones venenosas de la razón demoníaca de la metafísica —la magia, □ la alquimia— extrayendo un falso estímulo vital de sensación dolorosa y presciente de estar casi siempre a punto de descifrar un misterio supremo. Me perdí por los sistemas secundarios, excitados, de la metafísica, sistemas llenos de analogías perturbadoras, de trampas para la lucidez, grandes paisajes misteriosos donde reflejos de lo sobrenatural despiertan misterios en los contornos.

Envejecí con las sensaciones… Me gasté generando pensamientos… Y mi vida pasó a ser una fiebre metafísica, descubriendo siempre sentidos ocultos en las cosas, jugando con el fuego de las analogías misteriosas, aplazando la lucidez íntegra, la síntesis normal para denigrarse [?].

Caí en una compleja indisciplina cerebral, llena de indiferencia. ¿Dónde me refugié? Tengo la impresión de que no me refugié en parte alguna. Me abandoné, pero no sé a qué.

Concentré y limité mis deseos para poder perfeccionarlos mejor. Para llegar al infinito, y creo que se puede llegar a él, es necesario tener un puerto, uno sólo, firme, y partir de allí hacia lo Indefinido.

Soy un ascético de la religión de mí mismo. Una taza de café, un cigarrillo y mis sueños sustituyen cumplidamente al universo y sus estrellas, al trabajo, al amor, incluso a la belleza y a la gloria. No tengo casi necesidad de estímulos. El opio lo tengo yo en el alma.

¿Qué sueños tengo? No lo sé. Me esforcé por llegar a un punto donde no supiera ya ni en qué pienso, ni con qué sueño, ni qué veo. Me parece que sueño cada vez desde más lejos, que cada vez más sueño lo vago, lo impreciso, lo no visible.

No construyo teorías respecto a la vida. Si es buena o mala, no lo sé, no pienso en ello. A mis ojos es dura y triste, con sueños deliciosos intercalados. ¿Qué me importa lo que la vida sea para los otros?

La vida de los otros sólo me sirve para yo vivirles a cada uno la vida que juzgo que en mis sueños les conviene.

252.

Pensar, incluso así, es actuar. Sólo en el devaneo absoluto, donde no interviene nada activo, donde por fin hasta nuestra conciencia de nosotros mismos se atolla en un lodo —sólo ahí, en ese tibio y húmedo no-ser, la renuncia a la acción puede lograrse competentemente.

No querer comprender, no analizar… Verse como se ve la naturaleza; mirar sus impresiones como se mira un campo —en eso consiste la sabiduría.

253.
… el sagrado instinto de no tener teorías…

254.
Más de una vez, al pasear lentamente por las calles vespertinas, me ha golpeado el alma, con una violencia súbita y aturdidora, la extrañísima presencia de las cosas. No son exactamente las cosas naturales las que de ese modo me afectan y las que de manera tan poderosa me producen esa sensación: son más bien las distribuciones de las calles, los letreros, las personas vestidas y charlando, los empleos, los periódicos, la inteligencia de todo eso. O, mejor, es el hecho de que existan distribuciones de calles, letreros, empleos, hombres, sociedad, todo entendiéndose y prosiguiendo y abriendo caminos.

Reparo directamente en el hombre, y veo que es tan inconsciente como un perro o un gato; habla merced a una inconsciencia de otro orden; se organiza en sociedad por una inconsciencia de otro orden, absolutamente inferior a la que emplean las hormigas y las abejas en su vida social. Y entonces, tanto o más que por la existencia de organismos, tanto o más que por la existencia de leyes físicas rígidas e intelectuales, se me revela por una luz evidente la inteligencia que crea y que impregna el mundo.

Me golpea entonces, siempre que así siento, la vieja frase de no sé qué escolástico: *Deus est anima brutorum*. Dios es el alma de los brutos. Así entendió el autor de la frase, que es maravillosa, que podía explicarse la certeza con que el instinto guía a los animales inferiores, en los que no se adivina inteligencia, o se adivina apenas un bosquejo de ella. Pero todos somos animales inferiores —hablar y pensar no pasan de ser nuevos instintos, menos seguros, por nuevos, que los otros. Y la frase del escolástico, tan justa en su belleza, se me ensancha y digo: Dios es el alma de todo.

Nunca entendí que quien una vez consideró este prodigio de la relojería universal pudiera negar al relojero del que el mismo Voltaire no descreyó. Comprendo que, atendiendo a ciertos hechos aparentemente desviados de un plan (y sería necesario conocer el plan para saber si de él se han desviado), se atribuya a esa inteligencia suprema algún elemento de imperfección. Eso puedo entenderlo, aunque no lo acepte. Comprendo también que, atendiendo al mal que hay en el mundo, no se pueda aceptar la bondad infinita de esa inteligencia creadora. Eso puedo entenderlo, aunque tampoco lo acepte. Pero que se niegue la existencia de esa inteligencia, o sea, de Dios, es cosa que me parece una de aquellas estupideces que tantas veces afligen, en un punto de la inteligencia, a hombres que, en todos los demás puntos de ella, pueden ser superiores, como los que siempre se equivocan en las sumas o, incluso, y poniendo ya en juego la inteligencia de la sensibilidad, los que no sienten la música, o la pintura, o la poesía.

No acepto, decía, ni el criterio del relojero imperfecto ni el del relojero sin benevolencia. No acepto el criterio del relojero imperfecto porque aquellos pormenores del gobierno y del ajuste del mundo que nos parecen lapsus o sinrazones, no pueden, como tales, sernos verdaderamente dados sin que conozcamos el plan. Vemos claramente un plan en todo; vemos ciertas cosas que nos perecen faltas de razón, pero debe ponderarse que, si en todo hay una razón, debe de haber también en eso la misma razón que hay en todo. Vemos la razón, pero no el plan; ¿cómo vamos a decir, entonces, que algunas cosas están fuera del plan que no sabemos en qué consiste? Así como un poeta de ritmos sutiles pude intercalar un verso arrítmico con fines rítmicos, esto es, con el propio fin del que parecía alejarse, y un crítico más purista de lo rectilíneo que del ritmo llamará equivocado a ese verso, así el

Creador puede intercalar lo que nuestra estrecha [¿lógica?] considera arritmias en el majestuoso discurrir de su ritmo metafísico.

Y no acepto, decía, el criterio del relojero sin benevolencia. Estoy de acuerdo en que es un argumento de más difícil respuesta, pero sólo lo es en apariencia. Podemos decir que no sabemos bien en qué consiste el mal, no pudiendo por ello afirmar si una cosa es mala o es buena. Lo cierto, sin embargo, es que un dolor, aunque sea para nuestro bien, es en sí mismo un mal, y eso basta para que haya mal en el mundo. Basta un dolor de muelas para hacer perder la fe en la bondad del Creador. Ahora bien, el error esencial de este argumento parece residir en nuestro completo desconocimiento del plan de Dios, y en nuestro igual desconocimiento de lo que pueda ser, como persona inteligente, el Infinito Intelectual. Una cosa es la existencia del mal, otra la razón de esa existencia. La distinción es tal vez sutil, hasta el punto de parecer pura sofística, pero lo cierto es que es justa. La existencia del mal no puede ser negada, pero la maldad de la existencia del mal puede no ser aceptada. Confieso que el problema subsiste, pero subsiste porque subsiste nuestra imperfección.

255.
Si hay algo que esta vida tenga para nosotros, y que, salvo la propia vida, tengamos que agradecer a los Dioses, es el don de desconocernos: de desconocernos a nosotros mismos y de desconocernos los unos a los otros. El alma humana es un abismo oscuro y viscoso, un pozo que nadie usa en la superficie del mundo. Nadie se amaría a sí mismo si de verdad se conociera, y así, no existiendo la vanidad, que es la sangre de la vida espiritual, moriríamos en nuestra alma de anemia. Nadie conoce a otro, y es una suerte que así sea, pues, de conocerlo, conocería en él, además de madre, mujer o hijo, a su íntimo metafísico enemigo.

Nos entendemos porque nos ignoramos. Qué sería de tantos cónyuges felices si pudieran ver el uno en el alma del otro, si pudieran comprenderse, como dicen los románticos, que desconocen el peligro —peligro fútil, desde luego— de lo que dicen. Todos los casados del mundo son malcasados, porque cada uno guarda consigo, en los secretos donde el alma es del Diablo, la imagen sutil del hombre deseado que no es aquel, la figura voluble de la mujer sublime, que aquella no llegó a realizar. Los más felices ignoran en sí mismos estas sus disposiciones frustradas; los menos felices no las ignoran, pero las desconocen, y sólo algún que otro esfuerzo frustrado, alguna que otra aspereza en el trato, evocan, en la superficie casual de los gestos y de las palabras, al Demonio oculto, a la Eva antigua, al Caballero y a la Sílfide.

La vida que se vive es una falta de entendimiento fluido, un término medio entre la grandeza que no existe y la felicidad que no puede existir. Nos sentimos contentos porque, hasta cuando pensamos y sentimos, somos capaces de no creer en la existencia del alma, En el baile de máscaras en que vivimos, nos basta el encanto del traje, que en el baile lo es todo. Somos esclavos de las luces y de los colores, entramos en el baile como en la verdad, y no somos conscientes —salvo si, solitarios, no bailamos— del enorme frío de la ya bien entrada noche exterior, del cuerpo mortal por debajo de los andrajos que le sobreviven, de todo cuanto, a solas, juzgamos que es lo que esencialmente somos, pero al final resulta ser apenas la parodia íntima de la verdad de lo que creemos ser.

Todo cuanto hacemos o decimos, cuanto pensamos o sentimos, lleva la misma máscara y el mismo dominó. Por más que nos despojemos de la ropa, nunca llegamos a la desnudez, porque la desnudez es un fenómeno del alma y no del hecho de quitarse el traje. Así, vestidos en cuerpo y alma, con nuestros múltiples trajes tan agarrados a nosotros como las plumas de las aves, vivimos felices o infelices, e incluso ignorando que lo somos, el breve plazo que nos dan los dioses para divertirlos, como niños jugando a juegos serios.

Alguno de nosotros, liberado o maldito, ve de repente —pero incluso ese raras veces llega a ver— que todo cuanto somos es sólo aquello que no somos, que nos engañamos en lo que creemos más seguro y erramos en lo que consideramos justo. Y ese, que por un breve instante puede contemplar el universo desnudo, crea una filosofía, o sueña una religión; y la filosofía se extiende, y la religión se propaga, y los que creen en la filosofía pasan a usarla como vestimenta que no ven, y los que creen en la religión pasan a ponérsela como máscara de la que se olvidan.

Y siempre, desconociéndonos a nosotros mismos y a los otros, y por eso mismo entendiéndonos alegremente, vamos pasando entre las volutas del baile o las conversaciones del descanso, humanos, frívolos, con toda seriedad, al son de la gran

orquesta de los astros, bajo la mirada desdeñosa y ajena de los organizadores del espectáculo.

Sólo ellos saben que somos presa de la ilusión que para nosotros crearon. Pero cuál sea la razón de esa ilusión, o por qué existe esa ilusión, o cualquier otra, o por qué ellos, ilusos también, nos concedieron el tener la ilusión que nos crearon —eso, sin la menor duda, ni ellos mismos lo saben.

256.
Siempre sentí una repugnancia casi física por las cosas secretas —intrigas, diplomacia, sociedades secretas, ocultismo. Sobre todo me molestaron siempre las dos últimas cosas —la pretensión, que algunos tienen, de que, por acuerdos con Dioses o Maestros o Demiurgos, saben— entre ellos solos, con exclusión de todos los demás —los grandes secretos que constituyen los fosos del mundo.

No puedo creer que eso sea así. Puedo creer que alguien lo crea así. ¿Por qué no ha de estar toda esa gente loca o engañada? ¿Porque son varios? Pero existen las alucinaciones colectivas.

Lo que por encima de todo me impresiona, en esos maestros y conocedores de lo invisible, es que, cuando escriben para contarnos o sugerirnos sus misterios, todos escriben mal. Ofende a mi inteligencia que un hombre sea capaz de dominar al Diablo y no sea capaz de dominar la lengua portuguesa. ¿Por qué ha de ser más fácil el trato con los demonios que el trato con la gramática? Aquel que, tras largos ejercicios de atención y voluntad, consigue, según él, tener visiones astrales, ¿por qué no puede, con menor dispendio de una y otra cosa, tener una visión de la sintaxis? ¿Qué hay en el dogma y en los rituales de la Alta Magia que impida a alguien escribir, no digo ya con claridad, pues puede ser que la oscuridad esté en la ley oculta, pero al menos con elegancia y fluidez, pues hasta en lo más abstruso puede haberlas? ¿Por qué se ha de gastar toda la energía del alma en el estudio del lenguaje de los Dioses, y no ha de sobrar una pequeñísima parte para estudiar el color y el ritmo del lenguaje de los hombres?

Desconfío de los maestros que no pueden serlo de enseñanza primaria. Son para mí como aquellos poetas raros que son incapaces de escribir como los demás. Acepto que sean raros; me gustaría, sin embargo, que me probaran que lo son por superioridad a lo normal y no por impotencia de alcanzarlo.

Dicen que hay grandes matemáticos que se equivocan en sumas sencillas; pero aquí la comparación no se establece con la equivocación, sino con el desconocimiento. Puedo aceptar que un gran matemático sume dos y dos y le dé cinco: es un acto de distracción, y a todos nos puede pasar. Lo que no acepto es que no sepa lo que es sumar, o cómo se suma. Y este es el caso de los maestros de lo oculto, en su inmensa mayoría.

257.
El pensamiento puede ser elevado sin ser elegante, y, en la misma proporción en que carezca de elegancia perderá su poder de actuar sobre los otros. La fuerza sin la destreza es una simple masa.

258.

El haber tocado los pies de Cristo no es disculpa para las faltas de puntuación.

Si un hombre escribe bien sólo cuando está borracho, le diré: emborráchese. Y si me dice que con eso su hígado padece, le respondo: ¿y qué es su hígado? Es una cosa muerta que vive mientras usted vive, mientras que los poemas que escriba vivirán sin ningún mientras.

259.
Me gusta hablar. O mejor: me gusta palabrear. Las palabras son para mí cuerpos tangibles, sirenas visibles, sensualidades incorporadas. Tal vez porque la sensualidad real carece para mí de cualquier interés —ni siquiera mental o de ensoñación—, se me transmutó el deseo en aquello que en mí crea ritmos verbales, o los oye de los otros. Me estremezco si hablan bien. Esta o aquella página de Fialho, esta otra de Chateaubriand, hacen hormiguear toda mi vida por mis venas, me hacen rabiar trémulamente sereno por un placer inalcanzable que estoy sintiendo. Algunas páginas, incluso, de Vieira, en su fría perfección de ingeniería sintáctica, me hacen temblar como una rama al viento, en un delirio pasivo de cosa a la que mueven.

Como todos los grandes enamorados, me place la delicia de la pérdida de mí mismo, cuando el gozo de la entrega se vive de una forma absoluta. Y así, muchas veces, escribo sin querer pensar, en un devaneo exterior, dejando que las palabras me hagan fiestas, como niño que llevaran al cuello. Son frases sin sentido, corriendo mórbidas, con una fluidez de agua sentida, un olvidarse de riachuelo donde las olas se mezclan y confunden, siempre transformadas en otras, sucediéndose a sí mismas. Así las ideas, las imágenes, trémulas de expresión, pasan por mí en cortejos sonoros de sedas esfumadas, donde una luz de luna de idea brujulea, apaleada y sin contornos definidos.

No lloro por nada de lo que la vida lleve o traiga. Hay sin embargo páginas de prosa que me han hecho llorar. Recuerdo, como si lo estuviera viendo, la noche en que, muy niño todavía, leí por vez primera en una antología el célebre fragmento de Vieira sobre el Rey Salomón. «Construyó Salomón un palacio…» Y seguí leyendo, hasta el final, trémulo, confuso; después estallé en lágrimas, lágrimas de felicidad como ninguna felicidad real me hará llorar, como ninguna tristeza de la vida conseguirá que imite. Aquel movimiento hierático de nuestra clara majestuosa lengua, aquel expresarse las ideas con las palabras inevitables, como correr de agua porque existe un declive, aquel asombro vocálico en el que los sonidos son colores ideales —todo eso me nubló instintivamente como una gran emoción política. Y lloré, como dije; y hoy, al volver a recordarlo, lloro todavía. No es, no, la saudade de una infancia de la que tuviera saudades: es la saudade de la emoción de aquel momento, la pena de no poder volver a leer por vez primera aquella gran seguridad sinfónica.

No tengo ningún sentimiento político o social. Tengo, no obstante, en un cierto sentido, un alto sentimiento patriótico. Mi patria es la lengua portuguesa. Nada me importaría que invadieran o tomaran Portugal, siempre que no me molestaran personalmente. Pero odio, con verdadero odio, con el único odio que siento, no a quien escribe en un mal portugués, no a quien ignora la sintaxis, no a quien escribe con la ortografía simplificada, sino la página mal escrita, como un agravio personal, la sintaxis equivocada, como alguien a quien se golpeara, la ortografía sin i griega, como el esputo directo que me enoja independientemente de quien lo escupa.

Sí, porque la ortografía es también un ser humano. La palabra es completa cuando vista y oída. Y la gala de la transliteración grecorromana me la viste con su auténtico manto regio que la proclaman como reina y señora.

260.
El arte consiste en hacer sentir a los otros aquello que nosotros sentimos, en liberarlos de ellos mismos, proponiéndoles nuestra personalidad como forma especial de liberación. Lo que siento, en la sustancia verdadera con que lo siento, es absolutamente incomunicable; y cuanto más profundamente lo siento, más incomunicable es. Para que yo pueda, por tanto, transmitir a otro lo que siento, tengo que traducir mis sentimientos a su propio lenguaje, esto es, tengo que decir las cosas como si fueran las que yo siento de tal forma que él, leyéndolas, pueda sentir exactamente lo que yo sentí. Y como este otro es, por presupuesto artístico, no esta o aquella persona, sino todo el mundo, esto es, la persona que es común a todas las personas, lo que al final tengo que hacer es convertir mis sentimientos en un sentimiento humano típico, aunque sea pervirtiendo la verdadera naturaleza de lo que yo sentí.

Todo lo que es abstracto resulta difícil de entender, porque es difícil conseguir que gane la atención de quien lo lea. Ofreceré, por eso, un ejemplo sencillo donde las abstracciones que creé se concreticen. Supongamos que, por cualquier motivo, como pudiera ser el cansancio de hacer cuentas o el tedio de no tener que hacerlas, cae sobre mí una tristeza vaga de la vida, una angustia de mí mismo que me perturba y que me inquieta. Si voy a traducir esta emoción en frases que la ciñan muy estrechamente, cuanto más fuertemente la ciñan, más la daré como particularmente mía, y menos, por lo tanto, la comunicaré a los otros. Y, si no es para comunicarla a otros, más fácil y más justo sería sentirla y no escribirla.

Supongamos, sin embargo, que deseo comunicársela a otros, es decir, hacer de ella arte, pues el arte es la comunicación a los otros de nuestra íntima identidad entre el conjunto de ellos; sin lo cual no hay comunicación ni necesidad alguna de establecerla. Investigo cuál será la emoción humana vulgar que tenga el tono, el tipo, la forma de esta emoción que ahora me embarga por las particulares e inhumanas razones de ser yo un tenedor de libros cansado o un lisboeta aburrido. Y compruebo que el tipo de emoción vulgar que produce en el alma vulgar esta misma emoción, es la saudade de la infancia perdida.

Tengo ya la llave para la puerta de mi tema. Escribo y lloro sobre mi perdida infancia; me detengo conmovido en pormenores acerca de personas y sobre el mobiliario de la vieja casa provinciana; evoco la felicidad de no tener derechos ni deberes, de ser libre por no saber ni pensar ni sentir —y esta evocación, si sé hacerla bien hecha tanto en la prosa como en las visiones, despertará en mi lector exactamente la emoción que yo sentí y que nada tenía que ver con mi infancia.

¿Mentí? No: comprendí. Pues la mentira, salvo la que es infantil y espontánea y nace de la propia decisión de estar soñando, no es más que la noción de la existencia real de los otros y de la necesidad de adecuar a esa existencia nuestra propia existencia, que a ella no puede adecuarse. La mentira es simplemente el lenguaje ideal del alma, pues, así como nos servimos de palabras, que son sonidos articulados de una manera absurda, para traducir en lenguaje real los más íntimos y sutiles movimientos de la emoción y del pensamiento, que forzosamente las palabras no podrán nunca traducir, así nos servimos de la mentira y la ficción para entendernos los unos con los otros, lo que con la verdad propia e intransmisible nunca podría llegar a realizarse.

El arte miente porque es social.\Y sólo existen dos formas de arte —una que se dirige a nuestra alma profunda; otra que se dirige a nuestra alma atenta. La primera es la poesía; la otra, la novela. La primera empieza a mentir desde la estructura misma; la segunda comienza a mentir desde la misma intención. Una pretende darnos la verdad a través de líneas diversamente ordenadas, que falsifican la inherencia del habla; la otra pretende darnos la verdad mediante una realidad que bien sabemos todos que no existió nunca.

Fingir es amar. No veo nunca una hermosa sonrisa o una mirada significativa que no intente adivinar, de repente, y venga de quien venga la mirada o la sonrisa, quién es, en el fondo del alma ante la cual se sonríe o se mira, el político que nos quiere comprar o la prostituta que quiere ser comprada. Pero el político que nos compra deseó, al menos, comprarnos; y la prostituta que compramos deseó por lo menos ser comprada. No podemos huir, por más que lo intentemos, de la fraternidad universal. Nos amamos todos los unos a los otros, y la mentira es el beso que mutuamente intercambiamos.

261.
En mí, todos los afectos son vividos en la superficie, pero de manera sincera. Siempre, y de manera intensa y dedicada, he sido un actor. Siempre que amé, fingí que amaba, y siempre para mí mismo lo fingí.

262.
Sentí hoy, de repente, una sensación absurda y justa. Me di cuenta, en un íntimo relámpago, de que no soy nadie. Nadie, absolutamente nadie. Cuando brilló el relámpago, aquello que yo suponía una ciudad era una planicie desierta; y la luz siniestra que a mí mismo me evidenció no reveló cielo alguno por encima de mí. Me robaron el poder ser antes de que el mundo fuera. Si hube de reencarnar, reencarné sin mí mismo, sin yo haber reencarnado.

Soy los alrededores de una ciudad inexistente, el prolijo comentario a un libro que nunca se escribió. No soy nadie, nadie. No sé sentir, no sé pensar, no sé querer. Soy una figura de novela aún no escrita, existiendo en el aire y deshecha sin haber existido entre los sueños de quien no supo completarme.

Siempre estoy pensando, siempre estoy sintiendo; pero mi pensamiento no encierra raciocinios, mi emoción no contiene emociones. Estoy cayendo, desde la trampa aquella en las alturas, a través del espacio infinito, en una caída sin dirección, infinita y vacía. Mi alma es un maelstrom negro, vértigo inmenso en torno a un gran vacío, movimiento de un infinito océano alrededor de un vacío agujero, y en las aguas que más que aguas son un puro girar, flotan todas las imágenes de lo que vi y oí en el mundo, arrastran casas, caras, libros, cajones, rastros de música y sílabas de voces, en un remolino siniestro y sin fondo.

Yo, realmente yo, soy el centro que no hay en todo esto sino como una geometría del abismo; soy la nada en torno a la cual gira este movimiento sólo por girar, sin que ese centro exista por otra razón que no sea la de que todo círculo lo tiene. Yo, verdaderamente yo, soy el pozo sin paredes, pero con la viscosidad de las paredes, el centro de todo con la nada en torno.

Y es, en mí, como si el propio infierno se riera, sin tan siquiera la humanidad de unos diablos riéndolo, la locura graznada del universo muerto, el cadáver rodador del espacio físico, el fin de todos los mundos oscilando negro en el viento, disforme, anacrónico, sin un Dios que lo hubiera creado, sin él mismo que rodando sigue en las tinieblas de las tinieblas, imposible, único, total.

¡Poder saber pensar! ¡Poder saber sentir!

Mi madre murió prematuramente, y yo no la llegué a conocer…

263.
Tan dado como soy al tedio, es curioso que nunca, hasta hoy, se me haya ocurrido pensar en qué consiste. La verdad es que me encuentro hoy en ese estado intermedio del alma en el que no apetece la vida ni ninguna otra cosa. Y empleo la repentina evidencia de no haber pensado nunca en qué cosa sea el tedio al soñar, a lo largo de pensamientos que son medio impresiones, el análisis, siempre un poco facticio, de lo que pueda ser.

No sé, realmente, si el tedio es sólo la correspondencia despierta de la soñolencia del perezoso, o si es, en realidad, algo más noble que esa especie de letargo. En mí, el tedio es frecuente, pero, que yo sepa, por haber reparado en ello, su aparición no obedece a regla alguna. Puedo pasar sin tedio un domingo inerte; puedo sufrirlo repentinamente, como una nube exterior, en mitad de un trabajo cuidadoso. No consigo relacionarlo con un estado de salud o de falta de salud; no llego a conocerlo como producto de causas que estén en la parte evidente de mí.

Decir que es una angustia metafísica disfrazada, que es una gran desilusión incógnita, que es una poesía sorda del alma floreciendo aburrida en la ventana que da a la vida —decir eso, o cualquier otra cosa de ese estilo, puede dar color al tedio, como un niño a un dibujo cuyos contornos desborda y hace desaparecer, pero no me aporta más que un sonido de palabras haciendo eco en las cavernas del pensamiento.

El tedio… Pensar sin pensar, con el cansancio de pensar; sentir sin sentir, con la angustia de sentir; no querer sin no querer, con la náusea de no querer —todo eso está en el tedio sin ser propiamente el tedio, y no pasa de ser más que una paráfrasis o una traducción suya. Es, en la sensación directa, como si del foso del castillo del alma se alzase el puente levadizo y no quedara, entre el castillo y las tierras, otra cosa que el poder mirarlas sin poder recorrerlas. Hay un aislamiento de nosotros en nosotros mismos, pero un aislamiento donde lo que separa está estancado como nosotros mismos, agua sucia rodeando nuestro desentendimiento.

El tedio… Sufrir sin sufrimiento, querer sin voluntad, pensar sin raciocinio… Es como estar poseídos por un demonio negativo, un embrujamiento sin nada que lo explique. Dicen que los brujos, o los pequeños magos, consiguen, haciendo imágenes de nosotros e infligiéndoles malos tratos, merced a una transferencia astral, que se reflejen en nosotros. El tedio se me antoja, en la sensación transpuesta de esta imagen, un reflejo maligno de hechizos de un demonio del destino ejercidos no sobre una imagen mía, sino sobre su sombra. Es en la sombra íntima de mí, en el exterior del interior de mi alma, donde se pegan papeles o se espetan alfileres. Soy como el hombre que vendió su sombra, o mejor, como la sombra del hombre que la vendió.

El tedio… Trabajo bastante. Cumplo con lo que los moralistas de la acción llamarían mi deber social. Cumplo con ese deber, o con ese destino, sin excesivo esfuerzo ni animosidad notable. Pero, unas veces en pleno trabajo, otras en pleno descanso, ese descanso que, según los mismos moralistas, merezco y debe serme grato, me desborda el alma una hiel de inercia, y estoy cansado, no del trabajo o del reposo, sino de mí mismo.

¿Pero por qué, si no pensaba en mí? ¿De qué otra cosa, si no pensaba en ella? ¿Acaso el misterio del universo, que desciende hasta mis cuentas o mi posición inclinada sobre ellas? ¿El dolor universal de vivir que súbitamente se concretiza en mi alma mediúmnica? ¿Por

qué ennoblecer tanto a aquel que no se sabe bien quién es? Es una sensación de vacío, un hambre sin ganas de comer, tan noble como estas sensaciones del simple cerebro o del simple estómago, resultantes del fumar en exceso o del no digerir bien.

El tedio… Tal vez sea, en el fondo, la insatisfacción de lo más íntimo del alma por no haberle dado una creencia, la desolación del niño triste que íntimamente somos, por no haberle comprado el juguete divino. O, quizás, la inseguridad de quien precisa de una mano que lo guíe y no siente, en el camino negro de la sensación más profunda, otra cosa que la noche sin ruido de no poder pensar, el camino sin nada de no saber sentir…

El tedio… Quien tiene Dioses nunca tiene tedio. El tedio es la falta de una mitología. A quien no posee creencias, hasta la duda le resulta imposible, el mismo escepticismo carece en él de fuerza para desconfiar. Sí, el tedio es eso: la pérdida, por parte del alma, de su capacidad de ilusionarse, la ausencia, en el pensamiento, de la escalera inexistente que le permite subir sólido hasta la verdad.

264.

Conozco, traducida, la sensación de haber comido con exceso. La conozco con la sensación, no con el estómago. Hay días en los que en mí se comió más de la cuenta. Me siento pesado de cuerpo y torpe de gestos; tengo ganas de no salir de allí de manera ninguna.

Pero en esas ocasiones, de forma inapropiada, suele surgir, de mi modorra indemne, un resquicio de imaginación perdida. Y hago planes en el fondo del desconocimiento, estructuro cosas en las raíces de la hipótesis, y lo que no va a acontecer nunca adquiere para mí un brillo extraordinario.

En esas horas raras no es sólo mi vida material, sino también mi propia vida moral, las que a mí simplemente se me adhieren —abandono la idea del deber y hasta la misma idea de ser, y tengo sueño físico del universo entero. Duermo lo que conozco y lo que sueño con una igualdad que me pesa en los ojos. Sí, en esas horas sé más de mí de lo que nunca supe, y todo yo soy todas las siestas de mendigos entre los árboles de la finca de Nadie.

265.
La idea de viajar me seduce por traducción, como si fuera la idea adecuada para seducir a alguien que no fuera yo. Toda la vasta visibilidad del mundo me recorre, con movimiento de tedio colorido, la imaginación despierta; esbozo un deseo como quien hubiera renunciado ya a los gestos, y el cansancio anticipado de los paisajes posibles atormenta, como viento torpe, la flor del corazón paralizado.

Y como los viajes, las lecturas, y como las lecturas todo lo demás… Sueño una vida erudita, entre la convivencia muda de los antiguos y los modernos, renovando las emociones con las emociones ajenas, llenándome de pensamientos contradictorios con la contradicción de los pensadores y de los que casi llegaron a pensar, que son la mayoría de los que dejaron algo escrito. Pero la sola idea de leer se me desvanece si cojo de encima de la mesa un libro cualquiera, el hecho físico de tener que leer me anula la lectura… Del mismo modo se me debilita la idea de viajar si por casualidad me acerco a algún punto de embarque. Y regreso a las dos cosas nulas donde me siento más seguro, por lo nulo que también yo soy —a mi vida cotidiana de transeúnte incógnito, y a mis sueños como insomnios de persona despierta.

Y como las lecturas, todo lo demás… Siempre que algo pueda ser soñado como interrumpiendo por completo el mudo transcurrir de mis días, levanto una mirada de protesta pesada hacia la sílfide que me es propia, esa cuitada que podría quizás haber sido sirena si hubiera aprendido a cantar.

266.

Cuando vine por primera vez a Lisboa, había en el piso de arriba del nuestro una música de piano tocada en escalas, aprendizaje monótono de una niña a la que nunca llegué a ver. Hoy descubro, por vías de infiltración que desconozco, que tengo todavía en las bodegas del alma, audibles si allá abajo alguien abre la puerta, las escalas repetidas al teclado de la niña, hoy señora diferente o muerta y encerrada en un lugar blanco donde verdean negros los cipreses.

Yo era entonces un niño, y ahora no lo soy; la música, no obstante, es idéntica en mi recuerdo a la que era en la realidad, y tiene, perennemente presente, si se alza de donde finge dormir, el mismo lento teclear, la misma rítmica monotonía. Me invade, al pensarla o sentirla, una tristeza difusa, angustiosa, mía.

No lloro la pérdida de mi infancia; lloro porque todo, y con ese todo la (mi) infancia, se pierda. Es la fuga abstracta del tiempo, no la fuga concreta de mi tiempo particular, lo que me duele en el cerebro físico merced a la recurrencia repetida, involuntaria, de las escalas del piano allá arriba, terriblemente anónimo y lejano. Es todo el misterio de que nada dure lo que me martillea repetidamente cosas que no llegan a ser música, pero que son saudade, en el fondo absurdo de mis recuerdos.

Insensiblemente, en un alzar la mirada, veo la salita que nunca vi, donde la aprendiza que no conocí sigue todavía hoy relatando, dedo a dedo, cuidadosamente, las escalas siempre iguales de lo que ya está muerto. Veo, voy viendo cada vez más, y al ver voy reconstruyendo. Y todo el hogar del piso de arriba, hoy saudoso pero no ayer, va levantándose ficticio desde mi contemplación desatendida.

Supongo, sin embargo, que en todo esto estoy siendo traducido, que la saudade que siento no es realmente mía, ni verdaderamente abstracta, sino la emoción interceptada de no sé qué tercera persona a la que esas emociones, que en mí son literarias, fueran —como diría Vieira— literales. Es en mi suposición de sentir donde me aflijo y angustio, y las saudades, con cuya sensación se me empañan los propios ojos, es sólo con imaginación y otredad como las pienso y siento.

Y siempre, con una constancia que viene del fondo del mundo, con una persistencia que estudia metafísicamente, suenan, suenan, suenan las escalas de quien aprende piano, a lo largo de la espina dorsal física de mis recuerdos. Son las calles antiguas con otra gente, hoy las mismas calles pero diferentes; son personas muertas que me están hablando, a través de la transparencia de su ausencia actual; son remordimientos de lo que hice o de lo que dejé de hacer, murmullos de regatos en la noche, ruidos allá abajo en la casa en silencio.

Tengo ganas de gritar dentro de la cabeza. Quiero parar, aplastar, hacer añicos ese imposible disco gramofónico que suena dentro de mí en casa ajena, intangible torturador. Quiero mandar parar el alma, para que ella, como vehículo que me ocupasen, siga adelante sola y me deje. Enloquezco de tener que oír. Y por fin soy yo, en mi cerebro odiosamente sensible, en mi piel pelicular, en mis nervios asomando a la superficie, las teclas tecleadas en escalas, oh piano horroroso y personal de nuestros recuerdos.

Y siempre, siempre, como en una parte del cerebro que se volviera independiente, suenan, suenan, suenan escalas, arriba y abajo, en la primera casa de Lisboa donde viví.

267.
Es la última muerte del Capitán Nemo. De aquí a poco moriré yo también.

Fue toda mi infancia pasada la que en ese instante se vio privada para siempre de poder perdurar.

268.
El olfato es una vista rara. Evoca paisajes sentimentales con un dibujar rápido del subconsciente. He tenido esa sensación muchas veces. Voy por una calle. No veo nada, o mejor, mirándolo todo, veo lo que ve todo el mundo. Sé que voy por una calle e ignoro que esa calle tiene unos lados formados por casas diferentes y construidas por seres humanos. Voy por una calle. De una panadería sale un olor a pan que por dulzón marea: y mi infancia se alza desde un cierto barrio distante, y otra panadería se me aparece en aquel reino del destino que es todo lo que se nos murió. Voy por una calle. Huele de repente a la fruta del expositor inclinado de la pequeña tienda; y mi breve vida de campo, no sé ya cuándo ni dónde, tiene árboles al final y tranquilidad en mi corazón, indiscutiblemente niño. Voy por una calle. Me trastorna, sin yo esperarlo, un olor a las cajas del carpintero: oh, Cesário mío, te me apareces y yo soy por fin feliz porque regresé, con mis recuerdos, a la única verdad, que es la literatura.

269.
Haber leído ya los *Pickwick Papers* es una de las grandes tragedias de mi vida. (No puedo volver a releerlos).

270.
El arte nos libera ilusoriamente de la sordidez de ser. Mientras sentimos los males y las injurias de Hamlet, príncipe de Dinamarca, no sentimos los nuestros —viles por ser nuestros y viles por ser viles.

El amor, el sueño, las drogas y sustancias intoxicantes, son formas elementales del arte, o mejor, de producir sus mismos efectos. Pero amor, sueño y drogas tienen cada uno de ellos su desilusión. El amor harta o desengaña. Del sueño se despierta, y, mientras se durmió, no se vivió. Las drogas se pagan con la ruina del mismo físico al que sirvieron de estimulante. Pero en el arte no hay desilusión porque la ilusión se presupuso ya desde el principio. Del arte no existe un despertar, porque en él no dormimos, aunque hayamos soñado. En el arte no hay tributo o multa que pagar por haberlo disfrutado.

El placer que el arte nos ofrece, como en cierta manera no es nuestro, no tenemos que pagarlo o arrepentimos de él.

Por arte se entiende todo lo que nos deleita sin ser nuestro —el rastro de unos pasos, la sonrisa que a alguien regalamos, el ocaso, el poema, el universo objetivo.

Poseer es perder. Sentir sin poseer es guardar, porque es extraerle a una cosa su esencia.

271.
No es el amor, sino sus alrededores, lo que vale la pena…
La represión del amor ilumina sus propios fenómenos con mucha más claridad que la experiencia misma. Hay virginidades con un alto grado de conocimiento. Actuar compensa, mas confunde. Poseer es tanto como ser poseído, y por tanto perderse. Sólo la idea alcanza, sin echarse a perder, el conocimiento de la realidad.

272.
Cristo es una forma de emoción.

En el panteón hay sitio para los dioses que se excluyen entre sí, y todos ellos poseen trono y gobierno. Cada uno puede serlo todo, porque aquí no hay límites, ni siquiera lógicos, y podemos gozar, en compañía de varios seres eternos, de la coexistencia de diferentes infinitos y de diversas eternidades.

273.

La historia niega las cosas verdaderas. Hay períodos de orden en los que todo es vil y períodos de desorden en los que todo es grande. Las decadencias son fértiles en virilidad mental; las épocas de fuerza, en debilidad de espíritu. Todo se mezcla y entrecruza, y no existe verdad salvo en el suponerla.

¡Tantos nobles ideales caídos en el estiércol, tantas ansias verdaderas extraviadas entre la inmundicia!

Para mí, dioses y hombres son iguales en la inmensa confusión del incierto destino. Desfilan ante mí, en este cuarto piso anónimo, en sueños sucesivos, y no son para mí más de lo que fueron para quienes creyeron en ellos. Fetiches de ojos mal perfilados y asombrados de los negros, dioses-animales de los salvajes de enmarañados sertones, símbolos figurados de egipcios, claras divinidades griegas, severos dioses romanos, Mitra señor del Sol y la emoción, Jesús señor de la consecuencia y de la caridad, criterios diferentes del mismo Cristo, santos nuevos dioses de nuevas ciudades, todos desfilan, todos, en la marcha fúnebre (romería o entierro) de la ilusión y del error. Todos van desfilando, y en el desfile van tras ellos sombras vacías, los sueños que, por ser sombras en el suelo, los peores soñadores juzgan que asientan firmemente en tierra —pobres conceptos sin alma ni figura, Libertad, Humanidad, Felicidad, el Futuro Mejor, la Ciencia Social, y se arrastran por la soledad de la tiniebla como hojas suavemente empujadas hacia adelante por una cola de manto regio que hubiera sido robado por mendigos.

274.

Ah, es un craso y doloroso error la distinción que los revolucionarios establecen entre pueblo y burgueses, o entre hidalgos y pueblo, o gobernantes y gobernados. La diferencia está entre adaptados e inadaptados: lo demás es literatura, y de la mala. El mendigo, si es un adaptado, puede ser rey mañana, aunque con ello perdería su propiedad de mendigo. Cruzó la frontera y perdió la nacionalidad.

Esto me sirve de consuelo en esta oficina reducida, cuyas ventanas mal lavadas dan a una calle sin alegría. Me sirve de consuelo, y en ello tengo por hermanos a los creadores de la conciencia del mundo —el dramaturgo desordenado William Shakespeare, el maestro de escuela John Milton, el gandul Dante Alighieri, □ e incluso, si se me permite la cita, el Jesucristo aquel que no llegó a nada en el mundo, hasta el punto de que los historiadores dudan de su existencia. Los otros son de otra especie —el consejero de estado Johann Wolfgang von Goethe, el senador Victor Hugo, el jefe Lenin, el jefe Mussolini □

Nosotros, en la sombra, entre los recaderos y los barberos, formamos la humanidad □

De un lado están los reyes, con su prestigio, los emperadores, con su gloria, los genios, con su aura, los santos, con su aureola, los conductores de pueblos, con su poder, las prostitutas, los profetas y los ricos… Del otro, estamos nosotros —el recadero de la esquina, el dramaturgo desordenado William Shakespeare, el barbero de los chistes, el maestro de escuela John Milton, el carpintero de la tienda, el gandul Dante Alighieri, aquellos a quienes la muerte olvida o consagra y [la] vida olvidó sin consagrar.

275.

El gobierno del mundo empieza en nosotros mismos. No son los sinceros quienes gobiernan el mundo, pero tampoco son los insinceros. Son aquellos que fabrican en sí mismos una sinceridad real con medios artificiales y automáticos; esa sinceridad constituye su fuerza, y es esa fuerza la que irradia hacia la sinceridad menos falsa de los otros. Saber engañarse bien es la primera cualidad del político. Sólo a los poetas y a los filósofos compete la visión práctica del mundo, porque sólo a ellos les es dado el no vivir de engaños. Ver claro es no actuar.

276.
Una opinión es una grosería, incluso cuando no es sincera.
Toda sinceridad es una intolerancia. No hay liberales sinceros. Además, no hay liberales.

277.

Todo allí es desigual, anónimo y sin propietario. Vi allí grandes arranques de ternura, que me parecieron revelar el fondo de pobres almas tristes; descubrí que esos arranques no duraban más que el momento en que eran palabras, y que tenían sus raíces —cuántas veces lo noté con la sagacidad de los silenciosos— en la analogía de algo próximo a lo piadoso, perdida con la rapidez de la novedad de la observación, y, otras veces, en el vino de la cena del enternecido. Había siempre una relación sistemática entre los humanitarismos y el aguardiente de bagazo, y fueron muchos los grandes gestos que fueron víctimas del vaso superfluo o del pleonasmo de la sed.

Todas esas criaturas habían vendido el alma a un diablo de la plebe infernal, ávido de sordideces y de relajamientos. Vivían la intoxicación de la vanidad y del ocio, y morían muellemente, entre cojines de palabras, en un arrugamiento de escorpiones de saliva.

Lo más extraordinario de toda esa gente era su nula importancia en todos los sentidos. Unos eran redactores de los periódicos más importantes, y conseguían no existir; otros ocupaban cargos públicos y salían en el anuario, y conseguían no figurar en ningún rincón de la vida; otros eran poetas, y algunos de ellos consagrados, pero una idéntica polvareda de ceniza les empalidecía las caras estúpidas, y todo acababa en tumba de embalsamados rígidos, colocados con las manos a la espalda en posturas que semejaban vidas.

Guardo del poco tiempo que me estanqué en ese exilio de la agudeza mental un recuerdo de buenos momentos de franco encanto, de muchos momentos monótonos y tristes, de algunos perfiles recortados sobre la nada, de algunos gestos hechos a las ocasionales empleadas, y, en resumen, un tedio de náusea física y la memoria de algunos chistes con cierta gracia.

Entre ellos se intercalaban, como espacios, unos hombres de más edad, algunos insistiendo con sus palabras en lo ya conocido, que, como los otros, hablaban mal y de las mismas personas.

Nunca sentí tanta simpatía por los seres inferiores de la gloria pública como cuando los vi criticados por estos mismos inferiores sin pretender esa pobre gloria. Reconocí la razón del triunfo de los parias de lo Grande sobre estos, y no sobre la humanidad.

Pobres diablos siempre hambrientos —hambrientos de comida, o de celebridad, o de los postres de la vida. Quien los oye, y no los conoce, cree estar escuchando a los maestros de Napoleón y a los instructores de Shakespeare.

Están los que vencen en el amor, los que vencen en la política, los que vencen en el arte. Los primeros tienen la ventaja de la narración, pues se puede vencer ampliamente en el amor sin que se tenga cumplido conocimiento de lo que sucedió. Es cierto que, al oír contar a uno de esos individuos sus Maratones sexuales, una vaga sospecha nos invade a la altura del séptimo desvirgamiento. Los que son amantes de señoras de título o muy conocidas (que son, por lo demás, casi todos), hacen un gasto de condesas tal que una estadística de sus conquistas no dejaría por serias y comedidas ni a las bisabuelas de los títulos vigentes.

Otros se especializan en el conflicto físico, y mataron a los campeones de boxeo de Europa en una noche de juerga en la esquina del Chiado. Los hay que tienen influencia sobre todos los ministros de todos los ministerios, y de estos es de los que menos debemos dudar, pues no parece raro que así sea.

Unos son grandes sádicos, otros grandes pederastas, otros confiesan, con la congoja de un tono demasiado alto de voz, que son brutales con las mujeres. Las arrastraron hasta allí, a latigazos, por los caminos de la vida. Al final, quedan a deber el café.

Están los poetas, están los □

No conozco mejor cura para toda esta multitud de sombras que el exacto conocimiento de la vida humana corriente, en su realidad comercial, por ejemplo, como la que se encuentra en la oficina de la Rúa dos Douradores, Con qué alivio regresaba yo de aquel manicomio de títeres a la presencia real de Moreira, mi jefe, tenedor de libros auténtico y buen conocedor, mal vestido y mal tratado, pero que era lo que ninguno de los otros conseguía ser, lo que se llama un hombre…

278.
La mayoría de los hombres vive con espontaneidad una vida ficticia y ajena. *La mayoría de las personas son otras personas*, dijo Oscar Wilde, y qué razón tenía. Unos gastan su vida persiguiendo alguna cosa que no quieren; otros la emplean en la búsqueda de lo que quieren y no les sirve; otros más se pierden □

Pero la mayoría es feliz y goza de la vida sin darle la menor importancia. En general, el hombre llora poco, y, cuando se queja, es su literatura. El pesimismo tiene poca viabilidad como fórmula democrática. Los que lloran los males del mundo quedan aislados —no lloran sino su propio mundo. ¿Que un Leopardi o un Antero no tienen amado o amante? El universo es un mal. ¿Que un Vigny es mal o poco amado? El mundo es una cárcel. ¿Que un Chateaubriand sueña algo más allá de lo posible? La vida humana es un tedio. ¿Que a un Job se le cubre el cuerpo de ampollas? La tierra está cubierta de ampollas. ¿Que le pisan los callos al triste? Ay de los pies de los soles y de las estrellas.

Ajena a todo esto, y llorando sólo lo justo y el menor tiempo posible —cuando se le muere el hijo que acabará olvidando a lo largo de los años, excepto en los aniversarios; cuando pierde dinero y llora hasta que encuentra más o se adapta a la situación de pérdida — la humanidad continúa digiriendo y amando.

La vitalidad recupera y reanima. Los muertos quedan enterrados. Las pérdidas perdidas quedan.

279.
Se fue hoy, se dice que definitivamente, para su tierra natal, el llamado ayudante de la oficina, el mismo hombre al que me había habituado a considerar como parte de esta casa humana, y, por lo tanto, como parte de mí y del mundo que considero mío. Se marchó hoy. En el pasillo, al encontrarnos por casualidad para la esperada sorpresa de la despedida, le di un abrazo tímidamente correspondido, y tuve contra-alma bastante para no llorar, como, en mi corazón, deseaban sin mí mis abrasados ojos.

Cada cosa que fue nuestra, aunque sólo fuera por los accidentes de la convivencia o de la vista, por haber sido nuestra se convierte en nosotros. Así, el que hoy se fue a una tierra gallega que desconozco, no fue, para mí, el ayudante de la oficina: fue una parte vital, por visual y humana, de la sustancia de mi propia vida. Hoy he sido disminuido. Ya no soy exactamente el mismo. El ayudante de la oficina se ha marchado.

Todo aquello que acontece en el dónde en que vivimos, en nosotros mismos acontece. Todo lo que cesa en lo que vemos, en nosotros cesa. Todo lo que ya fue, si lo vimos cuando estaba siendo, de nosotros fue arrancado cuando partió. El ayudante de la oficina se ha marchado.

Me siento hoy en mi mesa más pesado, más viejo, menos voluntarioso, y empiezo la continuación de lo que escribí ayer. Pero la vaga tragedia de hoy me interrumpe, con meditaciones que tengo que dominar con gran esfuerzo, el proceso automático de la escritura como debe ser. No tengo ánimos para trabajar sino porque puedo, con una inercia activa, ser esclavo de mí mismo. El ayudante de la oficina se ha marchado.

Mañana, sí, o cualquier otro día, o cuando quiera que para mí suene la campana sin sonido de la muerte o de mi marcha, yo también seré el que ya no está aquí, copista antiguo que será colocado en el armario de debajo del vano de la escalera. Mañana, sí, o cuando diga el Destino, tendrá su fin lo que en mí fingió ser yo mismo. ¿Me iré a mi tierra natal? No sé adónde iré. Hoy la tragedia se hace visible por la ausencia, sensible por no merecer que se sienta. Dios mío, Dios mío, el ayudante de la oficina se ha marchado.

280.
Oh noche donde las estrellas fingen su luz, única cosa del tamaño del Universo, vuélveme, en cuerpo y alma, parte de tu cuerpo, que yo pueda perderme en ser pura tiniebla y me haga también noche, sin sueños que en mí sean estrellas, ni sol esperado que desde el futuro me ilumine.

281.
Primero es un ruido que produce otro ruido, en la concavidad nocturna de las cosas. Después es un aullido vago, acompañado de un oscilar arrastrado de los letreros de la calle. Más tarde se hace de pronto un alto en la voz rugiente del espacio, y todo se estremece, y no oscila, y hay silencio en el miedo de todo esto como un miedo sordo que ve a otro miedo ya pasado.

Después no hay nada más sino el viento —sólo el viento, y reparo entre sueños que las puertas tiemblan en sus prisiones y que de las ventanas sale un sonido de cristales resistiendo.

No duermo. Entresoy. Tengo vestigios en la conciencia. Me pesa el sueño sin que me pese la inconsciencia… No soy. El viento. Me despierto y vuelvo a dormir y sigo sin dormir. Hay un paisaje de ruido fuerte y torvo más allá de mi desconocerme. Saboreo, con prudencia, la posibilidad de dormir. Y duermo, en efecto, pero no sé si duermo. Hay siempre en aquello que juzgo que es el sueño un ruido de final absoluto, el viento en la oscuridad, y, si sigo escuchando, el ruido en mí de los pulmones y del corazón.

282.
Una vez que el final de los astros llegó en su blanquear hasta desaparecer en el cielo matutino, y se hizo menos fría la brisa en el amarillo mal anaranjado de la luz sobre las escasas nubes bajas, pude por fin, sin haber llegado a dormir, levantar lentamente mi cuerpo, exhausto sin causa, de la cama desde donde había estado pensando el universo.

Me acerqué a la ventana con los ojos ardiendo de no haberse cerrado. Sobre los tejados densos la luz establecía diferencias de un amarillo pálido. Me quedé contemplándolo todo con la profunda estupidez de la falta de sueño. En las moles erguidas de los edificios altos el amarillo era vago y apenas perceptible. Al fondo del todo, del lado de occidente, adonde yo miraba, el horizonte era ya de un blanco verde.

Sé que hoy el día va a ser para mí tan pesado como el no entender nada. Sé que todo cuanto yo haga hoy va a participar, no del cansancio del sueño que no pude tener, sino del insomnio que sí tuve. Sé que voy a vivir un sonambulismo más acentuado, más epidérmico, no sólo porque no dormí, sino porque no pude dormir.

Hay días como filosofías, días que nos insinúan interpretaciones de la vida, que son notas al margen, cargadas de crítica acerada, en el libro de nuestro destino universal. Este día lo siento como uno de esos días. Me parece, absurdamente, que es con mis ojos pesados y mi cerebro en blanco con los que, absurdo lápiz, van dibujándose las letras del comentario inútil y profundo.

283.
La libertad es la posibilidad de mantenerse aislado. Eres libre si puedes apartarte de los hombres, sin que te obligue a recurrir a ellos la falta de dinero, o la necesidad gregaria, o el amor, o la gloria, o la curiosidad, cosas que ni del silencio ni de la soledad pueden alimentarse. Si te resulta imposible vivir solo, es que naciste esclavo. Puedes poseer todas las grandezas del espíritu, todas las del alma: serás un esclavo noble, o un siervo inteligente, pero no serás libre. Y no es que sea culpa tuya esa tragedia, porque la tragedia de haber nacido así no es culpa tuya, sino exclusivamente del Destino consigo mismo. Ay de ti, sin embargo, si las presiones de la propia vida te obligan a ser esclavo. Ay de ti si, habiendo nacido libre, capaz de bastarte a ti mismo y vivir apartado, la penuria te fuerza a convivir. Esa sí es tu tragedia, la que arrastras contigo.

Nacer libre es la mayor grandeza del hombre, lo que hace al humilde ermitaño superior a los reyes y a los mismos dioses, que a sí mismos se bastan por la fuerza, y no por el desprecio de la fuerza.

La muerte es una liberación, porque morir es no necesitar del otro. El pobre esclavo se ve libre a la fuerza de sus placeres, de sus penas, de su vida deseada y repetida. Se ve libre el rey de sus dominios, que se negaba a abandonar. Las que amor derramaron se ven libres de los triunfos que adoran. Los vencedores se ven libres de las victorias a las que el destino encadenó sus vidas.

Por eso la muerte ennoblece, viste de desconocidas galas al pobre cuerpo absurdo. Es que allí hay un ser libre, aunque sin haberlo querido. Es que allí no hay un esclavo, aunque abandonara con lágrimas su condición de siervo. Como un rey cuya pompa mayor fuera su nombre de rey, y que aun pudiendo resultar risible como hombre es superior sin embargo como rey, así el muerto puede ser deforme, pero es superior, porque la muerte lo hizo libre.

Cierro, cansado, las hojas de mis ventanas, excluyo de mi mundo al mundo y por un momento logro la libertad. Mañana volveré a ser esclavo; ahora, sin embargo, sólo, sin necesidad de nadie, apenas con el temor de que una voz o la presencia de alguien venga a interrumpirme, disfruto mi pequeña libertad, mis momentos de excelsitud.

Recostado en mi silla, olvido la vida que me oprime. Nada me duele, salvo que me ha dolido.

284.
No rocemos la vida ni con la punta de los dedos.

No amemos ni con el pensamiento.

Que ningún beso de mujer, ni siquiera en sueños, se convierta en una sensación nuestra. Artífices de la morbidez, perfeccionémonos en enseñar a desengañarse. Curiosos por las cosas de la vida, observémosla con atención desde lo alto de todos los muros, cansados de antemano por saber que no vamos a ver nada nuevo o hermoso.

Tejedores de la desesperanza, no tejamos sino mortajas —mortajas blancas para los sueños que no llegamos a soñar, mortajas negras para los días en que morimos, mortajas cenicientas para los gestos que nada más soñamos, mortajas de púrpura imperial para nuestras sensaciones inútiles.

Por los montes y por los valles y por las márgenes □ de los pantanos, cazan los cazadores el lobo y la corza □, y también el pato salvaje. Odiémoslos, no porque cacen, sino porque con ello disfrutan (y nosotros no disfrutamos).

Sea la expresión de nuestro rostro una pálida sonrisa, como de alguien que va a llorar, una mirada vaga, como de quien no quiere ver, un desdén repartido por todos nuestros gestos, como de alguien que desprecia la vida y la vive sólo para tener algo que despreciar.

Y vaya nuestro desprecio para los que trabajan y luchan y nuestro odio para los que esperan y confían.

285.
Estoy casi convencido de que nunca estoy despierto. No sé si es que no sueño cuando vivo o es que no vivo cuando sueño, o si es que el sueño y la vida no pasan de ser en mí intersecciones de cosas mixtas, de las que mi ser consciente se forma por interpenetración.

A veces, en plena vida activa, cuando, evidentemente, me siento dentro de mí tan claro como cualquier otro, invade mis hipótesis una sensación extraña de duda; no sé si existo, siento como posible el ser un sueño de otro, se me figura, casi carnalmente, que bien pudiera ser el personaje de una narración, moviéndome en las amplias olas de un estilo por entre la verdad construida de una gran narración.

He reparado muchas veces en que algunos personajes de novela llegan a tener para nosotros una importancia que nunca podrían alcanzar los que son nuestros conocidos y amigos, los que hablan con nosotros y nos oyen en la vida visible y real. Y esto hace que sueñe la pregunta de si no será todo en la totalidad de este mundo una serie de sueños y novelas alternativamente insertos, como cajitas dentro de otras cajitas más grandes —unas dentro de otras, y estas otras dentro de otras más—, siendo todo una historia de historias, como las *Mil y Una Noches*, discurriendo falsa a través de la noche eterna.

Si pienso, todo me parece absurdo; si siento, todo me parece extraño; si quiero, lo que quiere es algo dentro de mí. Siempre que en mí hay acción, reconozco que no fui yo. Si sueño, parece que me están escribiendo. Si siento, parece que me están pintando. Si quiero, parece que me cargan en un vehículo, como la mercancía despachada, y que voy con un movimiento que considero mío hacia donde no quise haber ido sino después de haber estado allí.

¡Qué confusión todo! ¡Hasta qué punto es mejor ver que pensar, y leer mejor que escribir! Lo que veo puede ser que me engañe, pero no lo considero mío. Lo que leo puede ser que me cause pesar, pero no me perturba el haberlo escrito. ¡Cómo duele todo si lo pensamos con la conciencia de estarlo pensando, como seres espirituales en los que se dio aquel segundo desdoblamiento de la conciencia gracias al cual sabemos que sabemos! Aunque el día es precioso, no puedo dejar de pensar así… ¿Pensar o sentir, o qué tercera cosa entre los decorados retirados? Tedios del crepúsculo y del desaliño, abanicos cerrados, cansancio de haber tenido que vivir…

286.

Caminábamos, jóvenes todavía, bajo los altos árboles y entre el vago susurro de la floresta. En los claros, súbitamente surgidos al azar en el camino, la luz de la luna los convertía en lagos, y sus orillas, enmarañadas de ramas, eran más noche que la misma noche. La brisa suave de los grandes bosques dejaba oír su respirar entre los árboles. Hablábamos de las cosas imposibles; y nuestras voces eran parte de la noche, de la luz de la luna y de la floresta. Las oíamos como si fueran de otros.

No es que en la intrincada floresta no existieran caminos. Había atajos que, sin querer, conocíamos, y nuestros pasos ondeaban por ellos entre las salpicaduras de las sombras y las vagas paletadas de la fría y difusa luz de la luna. Hablábamos de las cosas imposibles y el paisaje real era todo él imposible también.

287.
Adoramos la perfección porque no podemos poseerla; nos repugnaría si la poseyéramos. Lo perfecto es inhumano, porque lo humano es imperfecto.

El odio sordo al paraíso —el deseo como el de aquella pobre infeliz de [que] hubiera campos en el cielo. Sí, no son los éxtasis de lo abstracto ni las maravillas de lo absoluto los que pueden encantar un alma que siente: son los hogares y las laderas de los montes, las islas verdes en los mares azules, los caminos por entre los árboles y las largas horas de descanso en las haciendas ancestrales, aunque nunca las tengamos. Si ha de haber tierra en el cielo, mejor que no haya cielo. Sea pues todo o nada, y acabe esta novela sin enredo.

Para poder obtener la perfección sería necesaria una frialdad desconocida para el hombre, y no habría entonces corazón de hombre con el que amar la propia perfección.

Nos pasmamos, con adoración, ante el esfuerzo de los grandes artistas por alcanzar la perfección. Amamos su aproximación a lo perfecto, pero la amamos porque es sólo eso, aproximación.

288.
¡Qué tragedia no creer en la perfectibilidad humana!…
—¡Y qué tragedia creer en ella!

289.
Si yo hubiera escrito el *Rey Lear*, tendría remordimientos durante el resto de mi vida. Porque esa obra es tan grande, que en ella sobresalen gigantescos sus defectos, sus monstruosos defectos, las cosas, hasta las más pequeñas, que aparecen entre ciertas escenas y su posible perfección. No es el sol con manchas; es una estatua griega destrozada. Todo lo que se ha hecho está lleno de errores, de faltas de perspectiva, de ignorancias, de trazos de mal gusto, de deslices y faltas de atención. Escribir una obra de arte con el tamaño justo para ser grande y con la perfección precisa para ser sublime, nadie tiene el don divino de hacerlo ni la suerte de haberlo hecho. Lo que no puede salir de golpe, padece de lo accidentado de nuestro espíritu.

Si pienso en esto me invade la imaginación un desconsuelo enorme, una dolorosa certeza de no poder hacer nunca nada bueno y útil en pro de la Belleza. No hay método para obtener la Perfección salvo el de ser Dios. Nuestro mayor esfuerzo dura mucho tiempo; el tiempo que dura atraviesa diversos estados de nuestra alma, y cada estado de alma, como es ese y no otro, perturba con su personalidad la individualidad de la obra. Sólo tenemos la certeza de escribir mal cuando escribimos; la única obra grande y perfecta es aquella que nunca se sueñe realizar.

Escúchame un poco más, y compadécete. Oye todo esto y dime después si el sueño no vale mucho más que la vida. El trabajo nunca da resultado. El esfuerzo no llega nunca a ninguna parte. Sólo la abstención es noble y elevada, porque es ella la que reconoce que la realización es siempre inferior y que la obra realizada es siempre la sombra grotesca de la obra soñada.

¡Poder escribir, en palabras puestas sobre el papel, que puedan después leerse en voz alta y escucharse, los diálogos de los personajes de mis dramas imaginados! Esos dramas tienen una acción perfecta y sin rupturas, diálogos sin fallo alguno, pero ni la acción se esboza en mí con amplitud suficiente como para que yo pueda proyectarla en realización, ni son propiamente palabras lo que forma la sustancia de esos diálogos íntimos, para que, oídas con atención, yo pueda traducirlas en forma de escritura.

Amo algunos poetas líricos porque no fueron ni poetas épicos ni dramáticos, porque tuvieron la justa intuición de no querer nunca más realización que la de un instante de sueño o sentimiento. Lo que puede escribirse de manera inconsciente —esa es la exacta medida de la perfección posible. Ningún drama de Shakespeare satisface tanto como un poema lírico de Heine. La lírica de Heine es perfecta, y todos los dramas, sean los de un Shakespeare o los de cualquier otro, son imperfectos siempre. ¡Poder construir, levantar un Todo, componer una cosa que sea como un cuerpo humano, con perfecta correspondencia entre sus partes, y con una vida, una vida de congruencia y unidad, unificando la dispersión de aspectos de sus partes!

¡Tú, que me oyes sin apenas escucharme, no sabes lo que significa esta tragedia! Perder al padre y a la madre, no alcanzar la gloria ni la felicidad, no tener un amigo ni un amor —todo eso se puede soportar; lo que no se puede soportar es soñar una cosa hermosa que sea imposible de conseguir en acto o en palabras. La conciencia del trabajo perfecto, la saciedad de la obra lograda —suave es el sueño a esa sombra de árbol, en el verano en calma.

290.
Las frases que nunca escribiré, los paisajes que no podré nunca describir, con qué claridad los dicto a mi inercia y los describo en mi meditación cuando, recostado, no pertenezco sino de lejos a la vida. Esculpo frases enteras, perfectas palabra por palabra, tramas de dramas se me narran construidas en el espíritu, siento el movimiento métrico y verbal de grandes poemas con todas sus palabras, y un gran entusiasmo, como un esclavo al que no veo, me sigue en la penumbra. Pero si diera un paso desde la silla donde sepulto estas sensaciones casi perfectas hasta la mesa donde me gustaría escribirlas, las palabras huyen, los dramas mueren, del nexo vital que unió el murmullo rítmico no queda más que una saudade lejana, unos restos de sol sobre montes remotos, un viento que levanta las hojas junto al umbral desierto, un parentesco nunca revelado, la orgía de los otros, la mujer que nuestra intuición nos dice que miraría hacia atrás y que no llega a existir nunca.

Proyectos los he tenido todos. La *Ilíada* que compuse tuvo una lógica estructural, una concatenación orgánica de epodos que Homero no podía conseguir. La perfección estudiada de mis versos no consumados en palabras deja pobre la precisión de Virgilio y sin vigor la fuerza de Milton. Las sátiras alegóricas que hice excedieron todas ellas a Swift en la precisión simbólica de los particulares exactamente ligados. ¡Cuántos Verlaines fui!

Y siempre que me levanté de la silla donde, a decir verdad, estas cosas no fueron soñadas en absoluto, viví la doble tragedia de saberlas nulas y de saber que no todas fueron sueño, que algo quedó de ellas en el umbral abstracto del yo pensar y ellas ser.

Fui más genio en los sueños y menos en la vida. Mi tragedia es esta. Fui el corredor que cayó a un paso de la meta, tras haber ocupado la primera posición durante toda la carrera.

291.
Si existiera en el arte el mester de perfeccionador, yo tendría en la vida (de mi arte) una función…

Tener la obra hecha por otro, y trabajar sólo en perfeccionarla… Así, tal vez, se hizo la *Ilíada…*

¡Sólo no necesitar el esfuerzo de la creación primitiva!

¡Cómo envidio a los que escriben novelas, a los que las empiezan, y las van componiendo, y las acaban! Sé imaginarlas, capítulo a capítulo, a veces con las frases del diálogo y las que están entre el diálogo, pero no sabría trasladar al papel esos sueños de escritura, □

292.
Todo cuanto es acción, sea guerra o raciocinio, es falso; y todo cuanto es abdicación, es también falso. ¡Ojalá pudiera yo saber el modo de no actuar ni abdicar de actuar! Sería esa la corona-de-sueño de mi gloria, el cetro-de-silencio de mi grandeza.
Yo ni siquiera sufro. Mi desdén por todo es tan grande que a mí mismo me desdeño; y desprecio los sufrimientos ajenos como desprecio también los míos, y así aplasto bajo mi desdén mi propio sufrimiento.

Ah, pero así sufro más… Porque darle valor al propio sufrimiento es aureolarlo con el oro de un sol de orgullo. Sufrir mucho puede dar la ilusión de que se es el Elegido del Dolor. Así □

293. PAUSA DOLOROSA

Como alguien cuyos ojos, levantados de un largo □ de un libro, recibe[n] la violencia para ellos de un simple claro sol natural, si levanto a veces de mí mis ojos de estar viéndome me duele y me arde mirar fijamente la nitidez e independencia-de-mí de la vida claramente exterior, de la existencia de los otros, de la posición y correlación de los movimientos en el espacio. Tropiezo con los sentimientos reales de los otros, el antagonismo de sus psiquismos con el mío dificulta mis pasos y me hace trastabillar, resbalo y me descompongo por entre y sobre el sonido de sus palabras extrañas que estoy oyendo en mí, el asentar fuerte y seguro de sus pasos en el suelo actual, sus gestos que verdaderamente existen, sus varios y complejos modos de ser otras personas y no variantes de la mía.

Me encuentro entonces, en estas almas en las que a veces me precipito, desamparado y hueco, pareciendo que he muerto y vivo, pálida sombra dolorida que la primera brisa echará por tierra y el primer contacto reducirá a polvo.

Pregunto entonces dentro de mí si habrá valido la pena todo el esfuerzo que puse en aislarme y elevarme, si el lento calvario que hice de mí mismo en aras de mi Gloria Crucificada habrá valido religiosamente la pena. Y, aunque sepa que sí valió la pena, me apesadumbra en ese momento el sentimiento de que no la valió, de que no la ha de valer nunca.

294.
El dinero, los niños, los locos □
Nunca debe envidiarse la riqueza si no es platónicamente; la riqueza es libertad.

295.

El dinero es hermoso, porque supone una liberación,—

Querer ir a morir en Pequín y no poder hacerlo es una de las cosas que me causan un pesar tan grande como la idea de un cataclismo próximo.

Los compradores de cosas inútiles son siempre más sabios de lo que se imaginan — compran pequeños sueños. Son niños en el adquirir. Todos los pequeños objetos inútiles cuyas señales al saber que tenemos dinero hacen que los compremos, se apoderan de nosotros con la actitud feliz de un niño que recoge Conchitas en la playa —imagen que más que cualquier otra traduce toda la felicidad pueril. ¡Recoge conchas en la playa! Nunca hay dos iguales para un niño. Se queda dormido con las dos más bonitas en la mano, y cuando se las pierden o se las quitan —¡qué crimen! ¡robarle pedazos exteriores del alma! ¡arrancarle fragmentos de sueño!— llora como un Dios al que hubieran robado un universo recién creado.

296.
La manía del absurdo y de la paradoja es la alegría animal de los tristes. Como el hombre normal dice disparates por vitalidad, y por sangre da palmadas en las espaldas de los otros, así los incapaces de entusiasmo y de alegría dan volteretas en la inteligencia y, a su manera, hacen los gestos propios de la vida.

297.
La *reductio ad absurdum* es una de mis bebidas predilectas.

298.

Todo es absurdo. Este empeña su vida en ganar dinero que va guardando, y ni tiene hijos a quien dejarlo ni esperanza de que un cielo le reserve una trascendencia para ese su dinero. Aquel empeña todos sus esfuerzos en ganar fama para después de muerto, sin creer en la supervivencia que le daría el reconocimiento de la fama. Ese otro se consume persiguiendo cosas que realmente no le gustan. Más allá, hay uno que □

Uno lee para saber, inútilmente. Otro goza para vivir, inútilmente.

Voy en un tranvía, y voy reparando lentamente, como acostumbro, en todos los pormenores de las personas que tengo delante de mí. Para mí los pormenores son cosas, voces, letras. En este vestido de la muchacha que está frente a mí descompongo el vestido en el paño del que está hecho, el trabajo con que lo hicieron —pues lo veo como vestido, no como paño— y el sencillo bordado que rodea la parte que contornea el cuello se me aísla en el hilo de seda con el que se bordó, y el trabajo que costó bordarlo. E inmediatamente, como en un libro elemental de economía política, se desdoblan delante de mí las fábricas y los trabajos —la fábrica donde se hizo el tejido; la fábrica donde se hizo el hilo de seda, de un tono más oscuro, con que rodea de cositas retorcidas su sitio cerca del cuello; y veo las secciones de las fábricas, las máquinas, los obreros, las costureras, mis ojos vueltos hacia adentro penetran en las oficinas, veo a los gerentes intentar permanecer tranquilos, sigo, en los libros, la contabilidad de todo; pero no es sólo esto: veo, más allá, las vidas domésticas de los que viven su vida social en esas fábricas y en esas oficinas… Todos se van desplegando ante mis ojos sólo porque tengo frente a mí, bajo un cuello moreno, que tiene del otro lado una cara que ignoro, una irregular orla regular verde oscuro sobre el verde claro de un vestido.

Toda la vida social yace ante mis ojos.

Más allá de todo esto presiento los amores, las secrecias [*sic*], el alma de todos cuantos trabajaron para que esta mujer que tengo frente a mí en el tranvía use, en torno a su cuello mortal, la banalidad sinuosa de un hilo de seda verde oscuro sobre un paño de un verde menos oscuro.

Me estoy mareando. Los bancos del tranvía, de un trenzado de paja fuerte y pequeña, me llevan a regiones distantes, se me multiplican en industrias, obreros, casas de obreros, vidas, realidades, todo.

Salgo del tranvía exhausto y sonámbulo. Viví toda una vida.

299.

Cada vez que viajo, viajo inmensamente. El cansancio que arrastro conmigo de un viaje en tren hasta Cascáis es como si fuera el de haber recorrido, en ese poco tiempo, los paisajes del campo y la ciudad de cuatro o cinco países.

Cada casa por la que paso, cada chalet, cada casita aislada enjalbegada de blanco y de silencio —en cada una de ellas me imagino enseguida viviendo, primero feliz, después lleno de tedio, más tarde cansado; y siento que, tras abandonarla, arrastro conmigo una saudade enorme del tiempo que en ella viví, De manera que todos los viajes acaban en cosecha dolorosa y feliz de grandes alegrías, de tedios infinitos, de falsas saudades sin cuento).

Después, al pasar por delante de casas, de residencias, de chalets, voy viviendo en mí todas las vidas de las criaturas que viven en ellas. Vivo todas aquellas vidas domésticas al mismo tiempo. Soy el padre, la madre, los hijos, los primos, la criada y el primo de la criada, al mismo tiempo y todo junto, gracias al arte especial que tengo de sentir al mismo [tiempo] varias sensaciones diferentes, de vivir al mismo tiempo —y al mismo tiempo desde fuera, viéndolas, y por dentro, sintiéndolas— las vidas de varias criaturas.

Creé en mí varias personalidades. Creo personalidades constantemente. Cada sueño mío pasa a encarnarse de inmediato, nada más aparecer soñado, en otra persona que pasa a soñarlo y que ya no soy yo.

Para crear me destruí; tanto me exterioricé dentro de mí que en mi interior no existo sino exteriormente. Soy la escena desnuda por donde pasan varios actores representando diferentes obras.

300. SUEÑO TRIANGULAR

En mi sueño en el combés me estremecí —es que pasó por mi alma de Príncipe Lejano un temblor de presagio.

Un silencio ruidoso de amenazas invadía como una brisa lívida la atmósfera visible de la sala.

Todo esto porque había un brillo excesivo e inquietante en la luz de la luna sobre el océano que dejó ya de arrullar y ahora hace estremecer; se hizo patente —y yo todavía no los he oído— que hay cipreses en las proximidades del palacio del Príncipe.

La espada del primer relámpago volteó vagamente en la lejanía… Es de color relámpago la luz de la luna en alta mar y todo esto no es sino el ser ya ruinas y pasado remoto mi palacio del príncipe que nunca fui…

Con un ruido taciturno y aproximándose el navío entre las aguas, la sala se oscurece lívidamente, y no murió, no está preso en algún sitio, no sé lo que [se ha] hecho de él —del príncipe— ¿qué gélida cosa desconocida es ahora su destino?…

301.
La única manera de que tengas sensaciones nuevas consiste en construirte un alma nueva. Baldío esfuerzo el tuyo si quieres sentir otras cosas sin sentir de manera diferente, y sentir de manera diferente sin mudar de alma. Porque las cosas son como nosotros las sentimos —¿cuánto tiempo hace que sabes esto sin saberlo?— y el único modo de que haya cosas nuevas, de sentir cosas nuevas, es que haya novedad en el sentirlas.

Muda de alma. ¿Cómo? Descúbrelo tú mismo.

Desde que nacemos hasta que morimos vamos mudando de alma lentamente, como mudamos de cuerpo. Consigue un medio de acelerar esa mudanza, a la manera de ciertas enfermedades o ciertas convalecencias con las que rápidamente el cuerpo se nos muda.

No rebajarse nunca a dar conferencias, para que no se crea que tenemos opiniones, o que nos rebajamos hasta el público para hablar con él. Si quiere, que nos lea.

Además, el conferenciante se asemeja a un actor —criatura que el buen artista desprecia, merodeador del Arte.

302.
Descubrí que pienso siempre en dos cosas al mismo tiempo, y que a las dos presto al mismo tiempo atención. Todos, supongo, deben ser un poco como yo. Hay ciertas impresiones tan vagas que sólo más tarde, al acordarnos de ellas, sabemos que las hemos recibido; de esas impresiones, creo, se formará una parte —tal vez la parte interior— de la doble atención de todos los hombres. Lo que a mí me sucede es que las dos realidades a las que presto atención tienen para mí igual importancia. En esto consiste mi originalidad. En esto, probablemente, consiste mi tragedia, y la comedia de esa tragedia mía.

Escribo con atención, curvado sobre el libro en el que voy haciendo asiento tras asiento la historia inútil de una firma oscura; y al mismo tiempo mi pensamiento sigue, con igual atención, la ruta de un navío inexistente por paisajes de un oriente que no existe. Las dos cosas tienen para mí la misma nitidez, son igualmente visibles para mí: la hoja donde escribo con cuidado, en el papel pautado, los versos de la epopeya comercial de Vasques y Cía., y el combés donde veo con atención, muy cerca de la pauta alquitranada de los intersticios de las tablas, las largas sillas alineadas, y las piernas que sobresalen de quienes descansan en el viaje.

(Si yo fuera atropellado por una bicicleta de niño, esa bicicleta de niño se convertiría en parte de mi historia).

Se interpone la protuberancia de la sala de fumadores; por eso sólo se ven las piernas.

Llevo la pluma al tintero y de la sala de fumadores —casi al pie de donde siento que estoy— sale el bulto del desconocido. Me da la espalda y avanza hacia los otros. Su modo de andar es lento y las caderas no dicen mucho. Es inglés. Empiezo otro asiento. Intento ver en qué me estaba equivocando. Es a débito y no a crédito en la cuenta de Marques. (Lo veo gordo, amable, chistoso y, en un instante, el navío desaparece).

303.

El mundo es de quien no siente. La condición esencial para ser un hombre práctico es la ausencia de sensibilidad. La cualidad principal en la práctica de la vida es aquella cualidad que conduce a la acción, esto es, la voluntad. Ahora bien, hay dos cosas que estorban a la acción —la sensibilidad y el pensamiento analítico, que no es, a fin de cuentas, otra cosa que el pensamiento con sensibilidad. Toda acción es, por naturaleza, la proyección de la personalidad sobre el mundo exterior, y como el mundo exterior está en buena y en su principal parte compuesto por seres humanos se deduce que esa proyección de la personalidad consiste esencialmente en atravesarnos en el camino ajeno, en estorbar, herir o destrozar a los demás, según nuestra manera de actuar.

Para actuar es necesario, por tanto, que no nos figuremos con facilidad las personalidades ajenas, sus penas y alegrías. Quien simpatiza, se detiene. El hombre de acción considera el mundo exterior como compuesto exclusivamente de materia inerte —inerte en sí misma, como una piedra sobre la que se pasa o a la que se aparta del camino; o inerte como un ser humano que, por no poder oponerle resistencia, tanto da que sea hombre o piedra, pues, como a la piedra, o se le apartó o se le pasó por encima.

El máximo ejemplo de hombre práctico, por reunir la extrema concentración de la acción junto con su importancia extrema, es la del estratega. Toda la vida es guerra, y la batalla es, pues, la síntesis de la vida. Ahora bien, el estratega es un hombre que juega con vidas como el jugador de ajedrez juega con las piezas del juego. ¿Qué sería del estratega si pensara que cada lance de su juego lleva la noche a mil hogares y el dolor a tres mil corazones? ¿Qué sería del mundo si fuéramos humanos? Si el hombre sintiera de verdad, no habría civilización. El arte sirve de fuga hacia la sensibilidad que la acción tuvo que olvidar. El arte es la Cenicienta que se quedó en casa porque así tenía que ser.

Todo hombre de acción es esencialmente animado y optimista porque quien no siente es feliz. Se reconoce a un hombre de acción porque nunca está de mal talante. Quien trabaja sin tener muchas ganas es un subsidiario de la acción; puede ser en la vida, en la inmensa generalidad de la vida, un tenedor de libros, como lo soy yo en la particularidad de esa vida. Lo que no puede ser es alguien que gobierne hombres o cosas. Al gobierno pertenece la insensibilidad. Gobierna el que es alegre, porque para ser triste es preciso sentir.

El patrón Vasques hizo hoy un negocio con el que arruinó a un individuo enfermo y a toda su familia. Mientras estaba haciendo el negocio se olvidó por completo de que ese individuo existía, salvo como parte comercial contraria. Hecho el negocio, le sobrevino la sensibilidad. Sólo después, claro está, pues, de haberle sobrevenido antes, el negocio nunca se habría cerrado. «Me da pena ese tipo», me dijo. «Va a quedar en la miseria». Después, encendiendo el puro, añadió: «En cualquier caso, si necesita algo de mí» —daba a entender que una limosna— «no olvido que le debo un buen negocio y unos millones».

El patrón Vasques no es un bandido: es un hombre de acción. El que perdió el lance en este juego puede, de hecho, pues el patrón Vasques es una persona generosa, contar con su limosna en el futuro.

Como el patrón Vasques son todos los hombres de acción —gerifaltes de la industria y del comercio, políticos, militares, idealistas religiosos o sociales, grandes poetas y grandes artistas, mujeres hermosas, niños que hacen lo que les da la gana. Manda quien no siente.

Vence quien piensa sólo lo justo para poder vencer. El resto, que es la vaga humanidad genérica, amorfa, sensible, imaginativa y frágil, no es más que el telón de fondo sobre el que se destacan estas figuras de la escena hasta que la pieza de marionetas acabe, el fondo liso de cuadrados sobre el cual se alzan las piezas de ajedrez hasta que las guarde el Gran Jugador que, falseando la información con una doble personalidad, se entretiene jugando siempre contra sí mismo.

304.
La fe es el instinto de la acción.

305.
Mi hábito vital de no creer en nada, especialmente en lo instintivo, y mi natural actitud de insinceridad, suponen la negación de los obstáculos a que yo haga esto constantemente.

En el fondo, lo que sucede es que hago de los otros mi sueño, doblegándome a sus opiniones para así, esparciéndolas por mi raciocinio y por mi intuición, hacerlas mías y (yo, al no tener opinión, puedo tener las opiniones de ellos como puedo tener otras cualquiera) para doblegarlas a mi gusto y hacer de sus personalidades cosas emparentadas con mis sueños.

De este modo antepongo el sueño a la vida que consigo, en el trato verbal (no tengo otro), continuar soñando y persistir, a través de las opiniones ajenas y de los sentimientos de los otros, en la línea fluida de mi individualidad amorfa.

Cada uno de los otros es un canal o un caño por donde al agua del mar corre sólo a gusto de ellos, marcando, con el centelleo del agua al sol el curso curvo de su orientación con más verdad de la que podría hacerlo su sequía.

Pareciendo a veces, en mi rápido análisis, parasitar a los otros, lo que en realidad sucede es que los obligo a ser parásitos de mi posterior emoción. Habitan mi vivir las cortezas de sus individualidades. Calco sus pasos en arcilla de mi espíritu y así, mejor que ellos, incorporándolos en el interior de mi conciencia, he dado yo sus pasos y andado sus caminos.

En general yo, debido a mi costumbre de, desdoblándome, seguir al mismo tiempo dos operaciones mentales diferentes, al tiempo que me voy adaptando en exceso y lucidez al sentir de ellos, voy analizando en mí el desconocido estado de su alma, haciendo el análisis puramente objetivo de lo que ellos son y de lo que ellos piensan. Y así, entre sueños, y sin abandonar mi ininterrumpido devaneo, voy no sólo viviéndoles la esencia perfeccionada de sus emociones en ocasiones muertas, sino comprendiendo y clasificando las lógicas interrelacionadas de las diversas fuerzas de su espíritu que yacían a veces en un estado elemental de su alma.

Y en medio de todo esto no se me escapan su fisonomía, su traje, sus gestos. Vivo al mismo tiempo sus sueños, el alma de su instinto, su cuerpo y su actitud. En una gran dispersión unificada, me hago ubicuo en ellos y yo creo y yo soy, en cada momento de la conversación, una multitud de seres, conscientes e inconscientes, analizados y analíticos, que se reúnen en abanico abierto.

306.

Pertenezco a una generación que heredó el descreimiento en la fe cristiana y que creó en sí un descreimiento en todas las otras fes. Nuestros padres tenían todavía el impulso creador, que transferían del cristianismo a otras formas de ilusión. Unos eran entusiastas de la igualdad social, otros eran enamorados únicamente de la belleza, otros tenían puesta su fe en la ciencia y en sus beneficios, y otros había que, más cristianos todavía, iban a buscar a Orientes y Occidentes otras formas religiosas con las que entretener su simple conciencia, hueca sin ellas, de vivir.

Todo eso lo perdimos nosotros, de todos esos consuelos nos quedamos huérfanos. Cada civilización sigue la línea íntima de una religión que la representa; pasarse a otras religiones significa perder esa, hasta al final perderlas todas.

Nosotros perdimos esa, y las demás también.

Quedamos, pues, entregados cada uno a sí mismo, en la desolación de sentirse vivir. Un barco parece ser un objeto cuyo fin es navegar; pero su fin no es navegar, sino llegar a un puerto. Nosotros nos hallamos navegando, sin la idea del puerto al que deberíamos acogernos. Reproducimos así, en su forma dolorosa, la fórmula aventurera de los argonautas: navegar es preciso, vivir no.

Sin ilusiones, vivimos apenas del sueño, que es la ilusión de quien no puede tener ilusiones. Viviendo de nosotros mismos, nos disminuimos, porque el hombre completo es aquel que se ignora. Sin fe, no tenemos esperanza, y sin esperanza, no tenemos propiamente vida. No teniendo una idea del futuro, no tenemos tampoco una idea del hoy, porque el hoy, para el hombre de acción, no es sino un prólogo del futuro. La energía para luchar nació muerta en nosotros, porque hemos nacido sin el entusiasmo de la lucha.

Algunos de nosotros quedaron estancados en la conquista estúpida de lo cotidiano, buscando viles y groseros el pan de cada día, y queriendo ganarlo sin el trabajo sentido, sin la conciencia del esfuerzo, sin la nobleza de la conquista.

Otros, de mejor estirpe, nos abstuvimos de la cosa pública, no queriendo ni deseando nada, e intentando llevar hasta el calvario del olvido la cruz de la pura existencia. Imposible esfuerzo, para quie[n] no tiene, como el portador de la Cruz, un origen divino en su conciencia.

Otros se entregaron, atareados por fuera del alma, al culto de la confusión y del ruido, creyendo vivir cuando se oían, creyendo amar cuando chocaban contra las exterioridades del amor. Vivir nos dolía, porque sabíamos que estábamos vivos; morir no nos aterrorizaba, porque habíamos perdido la noción normal de la muerte.

Pero otros, Raza del Fin, límite espiritual de la Hora Muerta, ni siquiera tuvieron el valor de la negación y del refugio de ellos mismos. Lo que vivieron fue en forma de negación, de falta de contento y de consuelo. Pero lo vivimos desde dentro, sin aspavientos, siempre encerrados, al menos en cuanto al género de vida, entre las cuatro paredes del cuarto y los cuatro muros del no saber actuar.

307. ESTÉTICA DEL DESALIENTO

Ya que no podemos conseguir belleza de la vida, busquemos al menos conseguir belleza del no poder conseguir belleza de la vida. Hagamos de nuestro fracaso una victoria, algo positivo y en pie, con columnas, majestad y aquiescencia espiritual.

Si la vida [no] nos dio más que una celda de reclusión, hagamos lo posible por adornarla, por lo menos, con las sombras de nuestros sueños, dibujos en colores mixtos esculpiendo nuestro olvido sobre la detenida exterioridad de los muros.

Como todo soñador, sentí siempre que mi oficio era crear. Como nunca supe hacer un esfuerzo o activar una intención, crear coincidió siempre en mí con soñar, querer o desear, y hacer gestos con soñar los gestos que desearía poder realizar.

308.
A mi incapacidad para vivir la bauticé de genio, a mi cobardía la recubrí con el nombre de perfección. Me puse a mí mismo, Dios dorado de oro falso, en un altar de cartón piedra pintado imitando mármol.

Pero ni me engañé a mí ni […] de mi auto-engaño.

309.
El placer de elogiarnos a nosotros mismos…

PAISAJE DE LLUVIA

Me huele a frío, a pena, a ser imposibles todos los caminos, a la idea de todos los ideales.

Las mujeres contemporáneas componen de tal modo su porte y su figura, que dan una dolorosa impresión de efímeras y de insustituibles…

Sus □ y aderezos las pintan y colorean de tal forma, que se vuelven más decorativas que carnalmente vivas. Frisos, paneles, cuadros —no son, a la vista real, sino de lo que

tanto…

El simple voltear de un chal por encima de los hombros implica hoy más conciencia de gesto para ser visto en quien lo hace que tiempo atrás. Antes el chal era una parte del vestido; hoy es un detalle resultante de intuiciones de puro goce estético.

Así, en estos nuestros días, tan vivaces por el hacer arte de todo, todo arranca pétalos a la conciencia y se integra □ en volubilidades de extático.

Tránsfugas de cuadros no pintados todas esas figuras femeninas… Hay en ellas a veces detalles de más… Ciertos perfiles existen con exagerada nitidez. Juegan a irreales por el exceso con que se separan, líneas puras, del ambiente de fondo.

310.
Mi alma es una orquesta oculta; no sé qué instrumentos tocan y chirrían, cuerdas y arpas, timbales y tambores, dentro de mí. Sólo me conozco como sinfonía.

Todo esfuerzo es un crimen porque todo gesto es un sueño muerto.

Tus manos son tórtolas presas. Tus labios son tórtolas mudas (que a mis ojos vienen a cantar).

Todos tus gestos son aves. Eres golondrina cuando te entregas, cóndor cuando me miras, águila en tus éxtasis de orgullosa indiferente. Eres toda un ruidoso aletear, como el de los □, la laguna de mi contemplarte.

Toda tú eres alada, toda □

Llueve, llueve, llueve…

Llueve constantemente, lastimeramente, □

Mi cuerpo me hace temblar de frío el alma… No de un frío que se halle en el espacio, sino de un frío que está en el observar la lluvia…

Todo placer es un vicio, porque buscar el placer es lo que todos hacen en la vida, y el único vicio negro consiste en hacer lo que hace todo el mundo.

311.
A veces, sin que yo lo espere o deba esperarlo, el sofoco de lo vulgar se me agarra a la garganta y siento la náusea física de la voz y el gesto del llamado mi semejante. La náusea física directa, sentida directamente en el estómago y en la cabeza, maravilla estúpida de la sensibilidad despierta… Cada individuo que me habla, cada cara cuyos ojos me observan, me afecta como un insulto o como una porquería. Se me desborda un horror a todo. Me mareo de sentirme sintiéndolos.

Y casi siempre sucede, en estos momentos de desolación estomacal, que hay un hombre, una mujer, un niño incluso, que se levanta frente a mí como un representante real de la banalidad que me atormenta. Representante, no por una emoción mía, subjetiva y pensada, sino por una verdad objetiva, realmente conforme desde fuera con lo que siento en mi interior, y que aparece por arte de magia analógica y me aporta el ejemplo para la regla que estoy pensando.

312.
Hay días en los que cada persona con la que me encuentro, y más aún, las personas habituales de mi convivencia cotidiana y forzada, asumen aspectos de símbolos, y, aislados o ligados entre sí, forman una escritura profética u oculta, descripción de sombras de mi vida. La oficina se me convierte en una página con palabras humanas; la calle es un libro; las palabras cruzadas con los de siempre, los extraños con los que me tropiezo, son decires para los que me falta diccionario pero no entendimiento. Hablan, se expresan, pero ni hablan de sí mismos ni a sí mismos se expresan; son palabras, decía, y nada muestran, apenas dejan transparentar. Pero, en mi visión crepuscular, sólo vagamente distingo lo que esos cristales súbitos, revelados en la superficie de las cosas, admiten del interior que ocultan y revelan. Entiendo con ausencia de conocimiento, como un ciego a quien hablaran de colores.

Caminando a veces por la calle, oigo fragmentos de conversaciones íntimas, y casi todas son de otra mujer, de otro hombre, del chico de la tercera o de la amante de él, □

Arrastro conmigo, sólo de oír estas sombras de discurso humano que es a fin de cuentas en lo que se entretienen la mayoría de las vidas conscientes, un tedio de asco, una angustia de exilio entre arañas y la conciencia súbita de mi encogimiento entre gente real; la condena de ser un vecino más, para el lugar y para el propietario, entre los demás vecinos del hacinamiento, observando con repugnancia, por entre las rejas traseras del almacén de la tienda, la basura ajena que se amontona a merced de la lluvia en este zaguán que es mi vida.

313

Me irrita la felicidad de todos estos hombres que no saben que son infelices. Su vida humana está llena de todo aquello que constituiría una serie de angustias para una verdadera sensibilidad. Pero, como su verdadera vida es vegetativa, lo que sufren pasa a través de ellos sin rozarles el alma, y viven una vida que sólo puede compararse a la de un hombre con dolor de muelas que hubiese recibido una fortuna —la auténtica fortuna de estar viviendo sin darle importancia, el mayor don que los dioses conceden, porque es el don de hacerlo semejante a ellos, superior como ellos (aunque de otra manera) a la alegría y al dolor.

Por eso, a pesar de todo, los amo a todos. ¡Queridos vegetales míos!

314.
Desearía construir un código de inercia para las personas superiores en las sociedades modernas.

La sociedad se gobernaría espontáneamente a sí misma, si no hubiera en ella gente de sensibilidad y de inteligencia. Estén seguros de que es esa la única cosa que le perjudica. Las sociedades primitivas llevaban una existencia feliz más o menos de ese modo.

La pena es que la expulsión de las personas superiores de la sociedad moderna las conduciría a la muerte, porque no saben trabajar. Y quizás se muriesen de tedio, por no existir espacios de estupidez entre ellos. Pero yo hablo desde el punto de vista de la felicidad humana.

Cada persona superior que se manifestara en la sociedad sería expulsada a la Isla de los superiores. Los superiores serían alimentados, como animales enjaulados, por la sociedad normal.

Créanme: si no hubiera gente inteligente que hiciera notar los diversos malestares humanos, la humanidad ni se fijaría en ellos. Y las criaturas de sensibilidad hacen sufrir a los demás por simpatía.

De momento, ya que vivimos en sociedad, el único deber de las personas superiores es reducir al mínimo su participación en la vida de la tribu. No leer periódicos, o leerlos sólo para saber lo que de escasamente importante y curioso acontece. Nadie imagina la voluptuosidad que j arranco al sucinto noticiario de las provincias. Los simples nombres me abren puertas a lo nebuloso.

El más alto estado honroso para un hombre superior es el no saber quien es el jefe del estado de su país, o si vive en una monarquía o en una república.

Toda su actitud debe consistir en colocar su alma de modo que el paso de las cosas y de los acontecimientos no lo incomode. Si no lo hace, tendrá que interesarse por los otros, para cuidar de sí mismo.

315.
Perder tiempo conlleva una estética. Hay, para los sutiles en las sensaciones, un formulario de la inercia que incluye recetas para todas las formas de lucidez. La estrategia con que se lucha con la noción de las convenciones sociales, con los impulsos de los instintos y con las solicitaciones del sentimiento exige un estudio que un simple esteta cualquiera no soportaría realizar. A una exacta etiología de los escrúpulos debe seguir una diagnosis irónica de las servidumbres que exige la normalidad. Hay que cultivar también la agilidad contra las intrusiones de la vida; un cuidado □ debe acorazarnos contra el hecho de sentir las opiniones ajenas, y una blanda indiferencia encamarnos el alma contra los golpes sordos de la coexistencia con los otros.

316.
Un quietismo estético de la vida, por el cual consigamos que los insultos y las humillaciones que la vida y los vivos nos infligen, no lleguen más que a una periferia despreciable de la sensibilidad, al recinto exterior del alma consciente.
Todos tenemos por donde poder ser despreciables. Cada uno de nosotros arrastra consigo un crimen cometido o el crimen que el alma le pide que cometa.

317.
Una de mis preocupaciones constantes es la de comprender cómo es que otra gente existe, cómo es que hay otras almas además de la mía, conciencias extrañas a mi propia conciencia que, por ser conciencia, me parece ser única. Comprendo bien que el hombre que está frente a mí y que me habla con palabras iguales a las mías y me hace gestos que son como los que yo hago o podría hacer, sea de algún modo mi semejante. Pero lo mismo me sucede con los grabados que sueño en las ilustraciones, con los personajes que veo en las novelas, con los personajes dramáticos que en el escenario pasan a través de los actores que las interpretan.

Nadie, supongo, admite verdaderamente la existencia real de otra persona. Puede aceptar que esa persona esté viva, que sienta y piense como él; pero habrá siempre un elementó anónimo de diferencia, una desventaja materializada, Hay figuras de tiempos ya pasados, imágenes espíritus en libros, que son para nosotros realidades mayores que aquellas indiferencias encarnadas que hablan con nosotros desde el otro lado de los mostradores, o nos miran por casualidad en los tranvías, o nos rozan, al pasar, al azar muerto de las calles. Los otros no son para nosotros más que paisaje, y, casi siempre, un paisaje invisible de una calle desconocida.

Tengo por más mías, con más próximo parentesco y mayor intimidad, algunas figuras que están escritas en los libros o ciertas imágenes que conocí en estampas, que muchas personas de las llamadas reales que son de esa inutilidad metafísica llamada carne y hueso. Y lo de «carne y hueso», de hecho, las describe bien: parecen cosas cortadas puestas en el exterior marmóreo de una carnicería, muertes sangrando como vidas, piernas y costillas del Destino.

No me avergüenzo de sentir así porque ya he observado que así sienten todos. Lo que parece haber de desprecio entre hombre y hombre, lo que hay de indiferente y que hace que se mate la gente sin que se sienta que se mata, como pasa con los asesinos, o sin que se piense que se está matando, como en el caso de los soldados, es que nadie presta la debida atención al hecho, al parecer abstruso, de que los otros son almas también…

En ciertos días, a ciertas horas, arrastradas hasta mí por no sé bien qué brisa, abiertas para mí por un abrir de no sé bien qué puerta, siento de pronto que el tendero de la esquina es un ser espiritual, que el dependiente que en este momento se inclina sobre el saco de patatas es, realmente, un alma capaz de sufrir.

Cuando ayer me dijeron que el dependiente del estanco se había suicidado, tuve la impresión de que era mentira. ¡Cuitado, él también existía! Nos habíamos olvidado todos de eso, los que lo conocíamos como los que no llegaron a conocerlo. Mañana lo olvidaremos mejor. Pero que tenía alma, está claro que la tenía, para matarse. ¿Pasiones? ¿Angustias? Sin duda… Pero para mí, como para el resto de la humanidad, sólo queda el recuerdo de una sonrisa estúpida por encima de una chaqueta de mezclilla, sucia y de hombreras desiguales. Es todo lo que me queda, a mí, de quien tanto sintió que se mató de sentimiento, porque, digo yo, no hay nadie que se mate por otra cosa… Una vez pensé, al comprarle cigarrillos, que pronto iba a quedarse calvo. Al final, no tuvo tiempo de quedarse calvo. Es uno de los recuerdos que de él me quedan. ¿Y qué otro había de quedarme si este, al fin y al cabo, no es de él sino de un pensamiento mío?

Se me presenta de repente la visión del cadáver, del ataúd en que lo metieron, de la tumba, completamente ajena, a la que debían haberlo trasladado. Y veo, de pronto, que el dependiente del estanco era, en cierto modo, con su chaqueta desigual y todo, la humanidad entera.

Fue sólo un momento. Hoy, ahora, claramente, como hombre que soy, él murió. Y nada más.

Sí, los otros no existen… Es sólo para mí para quien se inmoviliza este ocaso, pesadamente alado, con sus colores neblinosos y duros. Para mí, en el ocaso, tiembla, sin que yo lo vea correr, el río majestuoso. Para mí se hizo esta plaza abierta sobre el río y adonde llega su oleaje. ¿Enterraron hoy en la fosa común al dependiente del estanco? No será para él el ocaso de hoy. Pero, pensando en ello, y sin yo quererlo, también dejó de serlo para mí.

318.
…, barcos que pasan en la noche, sin saludarse ni conocerse.

319.

Reconozco hoy que fracasé; sólo me asombro, a veces, por no haber previsto que fracasaría. ¿Qué había en mí que pronosticase un triunfo? Yo no tenía la fuerza ciega de los vencedores o la visión de ciertos locos… Era lúcido y triste como un día de frío…

Las cosas nítidas reconfortan, y reconfortan las cosas al sol. Ver pasar la vida en un día azul me compensa de muchas otras cosas. Olvido indefinidamente, olvido más de lo que sería capaz de recordar. Mi corazón translúcido y aéreo se empapa de la suficiencia de las cosas, y mirarlas me basta cariñosamente. Nunca fui otra cosa que una visión incorpórea, desnuda por completo de alma excepto por un aire sutil que pasó y que yo veía.

Tengo elementos espirituales de bohemio, de esos que dejan correr la vida como cosa que se escapa de las manos y el momento justo en que el gesto de lograrla duerme en la mera idea de hacerlo. Pero no tuve la compensación exterior del espíritu bohemio —el fácil descuido de las emociones inmediatas y abandonadas. Nunca fui más que un bohemio solitario, lo que resulta absurdo; o un bohemio místico, que es cosa imposible.

Algunos momentos-pausa que he vivido, momentos frente a la Naturaleza, esculpidos en la ternura de la soledad, permanecerán en mí para siempre como condecoraciones. En esos momentos olvidé todos mis propósitos de vida, todas las direcciones deseadas. Gocé de no ser nada con una plenitud de paz espiritual, cayendo en el regazo azul de mis aspiraciones. No gocé nunca, quizás, una hora indeleble, independiente de un fondo espiritual de fracaso y desánimo. En todas mis horas libres dormía un dolor que tímidamente florecía por detrás de los muros de mi conciencia, en otras quintas; pero el aroma y el color mismo de esas flores tristes atravesaban intuitivamente los muros, y el otro lado de esos muros, donde florecían las rosas, nunca dejaba de ser, en el misterio confuso de mi ser, este lado de acá esfumado en mi soñolencia de vivir.

El río de mi vida fue a desaguar en un mar interior. En torno a mi solar soñado era otoño en todos los árboles. Este paisaje circular es la corona de espinas de mi alma. Los momentos más felices de mi vida fueron sueños, y sueños de tristeza, y yo me veía en los lagos de esos sueños como un Narciso ciego que gozara de la frescura próxima del agua, sintiéndose inclinado sobre ella gracias a una visión anterior y nocturna, secreteada a las emociones abstractas, vivida en los rincones de la imaginación con un cuidado maternal en preferirla.

Tus collares de perlas falsas amaron conmigo mis mejores horas. Eran claveles las flores preferidas, tal vez porque no significaban nada de especialmente refinado. Tus labios agasajaban sobriamente la ironía de su propia sonrisa. ¿Comprendías bien tu destino? Era porque lo conocías sin comprenderlo por lo que el misterio escrito en la tristeza de tus ojos había ensombrecido tanto tus labios de renuncia. Nuestra Patria quedaba demasiado lejos para rosas. En las cascadas de nuestros jardines el agua era pelusa de silencios. En las minúsculas cavidades rugosas de las piedras, por donde se deslizaba el agua, había secretos que habíamos mantenido desde niños, sueños del tamaño inmóvil de nuestros soldaditos de plomo, que podían ser colocados entre las piedras de la cascada, en estática ejecución de una gran acción militar, sin que faltara nada a nuestros sueños, ni nada acudiera a destiempo a nuestras suposiciones.

Sé que fracasé. Gozo de la voluptuosidad indeterminada del fracaso como quien concede una importancia exhausta a una fiebre que lo mantiene enclaustrado.

Tuve algo de talento para la amistad, mas nunca tuve amigos, bien porque ellos me fallaron, o bien porque la amistad que yo había concebido fue un error de mis sueños. Viví siempre aislado, y fui viviendo cada vez más aislado a medida que me fui interesando por mí mismo.

320.
Después de que los últimos calores estivales abandonaran su dureza en el sol bazo, empezaba el otoño aún antes de llegar, con una leve tristeza prolijamente indefinida, que parecía una decisión de no sonreír tomada por el cielo. Era un azul unas veces más claro, otras más verde, por la propia ausencia de sustancia de color definido; era como un olvido en las nubes de un púrpura diferente y desvaído; era no ya un simple entorpecimiento, sino un tedio, en toda la tranquila soledad atravesada por las nubes.

La entrada del verdadero otoño se anunciaba más tarde por un frío dentro del no-frío del aire, por un difuminarse los colores todavía no difuminados, por algo como penumbra y retiro en lo que había sido el tono de los paisajes y el aspecto disperso de las cosas. Nada iba a morir todavía, pero todo, como en una sonrisa, estaba por llegar, se transformaba en saudade dentro de nuestras vidas.

Se acercaba, por fin, el verdadero otoño: el aire se hacía más ventoso y frío; se oía ruido de hojas con un sonido seco, aunque no se tratara de hojas secas; toda la tierra tomaba el color y la forma impalpable de un pantano mal definido. Perdía su color lo que había sido una última sonrisa, con un cansancio de párpados y una indiferencia de gestos. Y así todo cuanto siente, o creemos que siente, apretaba contra su pecho, íntima, su propia despedida. Un ruido de remolino en un atrio fluctuaba a través de nuestra conciencia de otra cosa cualquiera. Daba gusto estar convaleciente para sentir verdaderamente la vida.

Pero las primeras lluvias de invierno, llegadas todavía en las postrimerías del otoño, lavaban estas medias tintas como con una falta de respeto. Vientos fuertes gimiendo entre cosas inmóviles, desbaratando cosas bien amarradas, arrastrando cosas faltas de sujeción, levantaban, entre los clamores irregulares de la lluvia, palabras ausentes de anónima protesta, sonidos tristes y casi rabiosos de desesperación sin alma.

Y finalmente el otoño acababa por retirarse, ceniciento y frío. Era un otoño invernal lo que venía ahora, un polvo convertido completamente en lodo, pero, al mismo tiempo, algo de lo que el frío del invierno trae de bueno —finalizado ya el duro verano, la primavera todavía por llegar, el otoño definiéndose ya casi como invierno. Y allá arriba, en el aire por donde los tonos bazos no recordaban ya ni dolor ni tristeza, todo se mostraba propicio para la noche y para la meditación indefinida.

Así era todo para mí antes de pensarlo. Y si lo escribo hoy, es porque lo recuerdo. El otoño que ahora tengo es el otoño que perdí.

321.

La ocasión es como el dinero, que, por otra parte, no es más que una ocasión. Para quien actúa, la ocasión es un episodio de la voluntad, y a mí la voluntad no me interesa. Para quien, como yo, no actúa, la ocasión es el canto de la ausencia de sirenas. Tiene que ser despreciado con voluptuosidad, colocado en lo alto para no usarlo nunca.

Tener ocasión de… En ese campo se colocará la estatua de la renuncia.

Oh vastos campos al sol, el espectador gracias al cual gozáis de vida os contempla desde la sombra.

El alcohol de las grandes palabras y de las amplias frases que como olas levantan la respiración desde su ritmo y se deshacen sonriendo en la ironía de las serpientes de la espuma, en la magnificencia triste de las penumbras.

322.

Por fácil que sea, todo gesto representa la violación de un secreto espiritual. Todo gesto es un acto revolucionario; un exilio, quizás, de la verdadera □ de nuestros propósitos.

La acción es una enfermedad del pensamiento, un cáncer de la imaginación. Actuar es exiliarse. Toda acción es incompleta e imperfecta. El poema que sueño no tiene fallos salvo cuando intento realizarlo. Eso está escrito en el mito de Jesús; Dios, al hacerse hombre, no puede acabar sino con el martirio. El supremo soñador tiene por hijo al martirio supremo.

Las sombras quebradas del follaje, el canto trémulo de las aves, los brazos extendidos de los ríos estremeciendo al sol su fresco resplandor, el verdor, las amapolas, y la simplicidad de las sensaciones —al sentir esto, lo siento con saudade, como si al sentirlo no estuviera sintiéndolo.

Las horas, como un carro al atardecer, regresan chirriando entre las sombras de mis pensamientos. Si levanto los ojos desde mi pensamiento, arden en mí con el espectáculo del mundo.

Para realizar un sueño hay que haberlo olvidado, apartar de él nuestra atención. Por eso realizar es no realizar. La vida está llena de paradojas, como las rosas de espinas.

Yo querría escribir la apoteosis de una incoherencia nueva, que permaneciera como si fuera la constitución negativa de la nueva anarquía de las almas. Compilar un resumen de mis sueños me pareció siempre que podría ser útil a la humanidad. Justamente por eso decidí no intentarlo. La idea de que lo que yo hacía pudiera ser aprovechada me lastimó, me secó para mí.

Tengo quintas en los alrededores de la vida. Hago pasar ausencias de ciudad de mi Acción entre los árboles y las flores de mi devaneo. A mi retiro verde no llegan ni siquiera los ecos de la vida de mis gestos. Reposo mi memoria como procesiones infinitas. En las copas de mi meditación sólo bebo la sonrisa del vino dorado; lo bebo sólo con los ojos, cerrándolos, y la Vida pasa como una vela a lo lejos.

Los días de sol me saben a lo que no poseo. El cielo azul, y las nubes blancas, los árboles, la flauta que está faltando en todo eso —églogas incompletas por entre el estremecimiento de las ramas… Todo esto es el arpa muda por donde yo rozo la delicadeza de mis dedos.

La academia vegetal de los silencios… tu nombre sonando como las amapolas… los estanques… mi regreso… el sacerdote loco que enloqueció en la misa. Estos recuerdos pertenecen a mis sueños… No cierro los ojos, pero no veo nada… No están aquí las cosas que estoy viendo… Aguas…

En una enmarañada confusión, el verdor de los árboles es parte de mi sangre. Me palpita la vida en el corazón distante… Yo no fui destinado a la realidad, y la vida quiso venir a mi encuentro.

¡La tortura del destino! ¡Quién sabe si mañana moriré! ¡Quién sabe si no va a ocurrir hoy algo terrible para mi alma!… A veces, cuando pienso en estas cosas, me aterroriza la tiranía suprema que nos obliga a dar pasos sin saber al encuentro de qué acontecimiento se dirige la incerteza de mí.

323.
… la lluvia seguía cayendo triste, pero con menos fuerza, como con un cansancio universal; no había relámpagos, y sólo, de vez en cuando, con un ruido de estar ya lejos, un trueno breve gruñía roncamente, y a veces como que se interrumpía, cansado también él. Casi de repente, la lluvia se amansó más todavía. Uno de los empleados abrió las ventanas que dan a la Rúa dos Douradores. Un aire fresco, con restos muertos de calor, se insinuó en la sala. La voz del patrón Vasques se oyó con fuerza por el teléfono del despacho: «¿Qué, todavía sigue hablando?» Y se escuchó un aparte de palabras secas —comentario obsceno (se supone) a la joven lejana.

324.

Saber no tener ilusiones es absolutamente necesario para poder tener sueños.

Alcanzarás así el punto supremo de la abstención soñadora, donde los sentidos se mezclan, los sentimientos se desbordan, las ideas penetran las unas en las otras. Así como los colores y los sonidos saben unos a otros, los odios saben a amores, y las cosas concretas a abstractas, y las abstractas a concretas. Se rompen los lazos que, al tiempo que todo lo ligaban, lo separaban todo, aislando cada elemento. Todo se funde y se confunde.

325.
Ficciones del interludio, cubriendo de color el marasmo y la desidia de nuestro íntimo descreimiento.

326.

Por lo demás, yo no sueño, no vivo; sueño la vida real. Todas las naves son naves de sueño siempre que tengamos el poder de soñarlas. Lo que mata al soñador es no vivir cuando sueña; lo que hiere al que actúa es no soñar cuando vive. Yo fundí en un solo color felicísimo la belleza del sueño y la realidad de la vida. Por más que poseamos un sueño, nunca se posee un sueño tanto como se posee el pañuelo que se lleva en el bolsillo, o, si se quiere, tanto como se posee la propia carne. Por más que se viva la vida con plena, desmesurada y triunfal acción, nunca desaparecen el □ del contacto con los otros, el tropezar con obstáculos, por mínimos que sean, el sentir cómo transcurre el tiempo.

Matar el sueño es matarnos. Es mutilar nuestra alma. El sueño es lo que tenemos de realmente nuestro, de impenetrable e inexpugnablemente nuestro.

El Universo, la Vida —sea lo que sea eso, realidad o ilusión— es de todos, todos pueden ver lo que yo veo, y poseer lo que poseo —o, al menos, pueden imaginarse viéndolo y poseyéndolo y eso es □

Pero lo que yo sueño nadie puede verlo salvo yo mismo, nadie que no sea yo puede poseerlo. Y si mi visión del mundo exterior difiere de la de los demás, es porque desde mi sueño yo pongo en verlo, sin querer, aquello que de mi sueño se prende a mis ojos y oídos.

327.
En la inmensa claridad de este día el tono amortiguado de los ruidos es también de oro. Hay suavidad en todo lo que ocurre. Si me dijeran que había guerra, yo diría que no la había. En un día así nada puede haber que se imponga al hecho de que no haya nada más que suavidad.

328.

Junta tus manos, ponías entre las mías y escúchame, amor mío.

Quiero, hablando con voz suave y arrulladora, como la de un confesor dando consejos, decirte hasta qué punto el ansia de alcanzar algo queda más acá de lo que conseguimos alcanzar.

Quiero rezar contigo, mi voz y tu atención confundidas, la letanía de la desesperanza.

No hay una sola obra de arte que no hubiera podido ser más perfecta. Leído verso a verso, el mayor poema pocos versos tiene que no pudieran ser mejores, pocos episodios que no pudieran ser más intensos, y nunca su conjunto es tan perfecto como para no poder haberlo sido mucho más.

¡Ay del artista que se percata de esto! Su trabajo ya nunca más será alegría, ni su sueño descanso. Será un joven sin juventud y envejecerá insatisfecho.

¿Y para qué expresar nada? Lo poco que se dice, cuánto mejor fuera que nunca hubiera sido dicho.

¡Si yo de verdad pudiera convencerme a fondo de lo hermosa que es la renuncia, qué dolorosamente feliz sería para siempre!

Porque tú no amas lo que yo digo con los mismos oídos con los que yo me oigo a mí mismo decirlo. Yo, si me oigo hablar en voz alta, los oídos con los que me oigo hablando en voz alta no me escuchan del mismo modo que el oído íntimo con el que me oigo pensar palabras. ¡Si yo mismo me equivoco, oyéndome, y tengo tantas veces que preguntarme a mí mismo lo que quise decir, hasta qué punto no habrán de dejar de entenderme los demás!

De qué complejas incomprensiones está hecha la comprensión que los otros tienen de nosotros.

La delicia de quien quiere verse comprendido no puede ser sentida por quien no quiere verse comprendido, porque sólo a los complejos e incomprendidos eso sucede; y los otros, los simples, aquellos a quienes los otros pueden comprender —esos nunca sienten el menor deseo de que los comprendan.

329.
¿Ya meditaste, oh tú, la Otra, en lo invisibles que somos unos para otros? ¿Has meditado ya en lo mucho que nos desconocemos? Nos vemos sin llegar a vernos. Nos oímos y cada uno escucha únicamente una voz que él mismo lleva dentro.

Las palabras de los otros son errores de nuestro oír, naufragios de nuestro comprender. Con qué confianza creemos en *nuestro* sentido de las palabras de los otros. Nos saben a muerte voluptuosidades que otros ponen en sus palabras. Leemos voluptuosidad y vida en lo que otros dejan caer de sus labios sin intención de darle un sentido profundo.

La voz de los regatos que interpretas, pura explicadora, la voz de los árboles a cuyo murmullo damos un sentido— ¡ah, mi amor desconocido, hasta qué punto todo eso somos nosotros y todo fantasías de ceniza que se escurren por entre las rejas de nuestra celda!

330.

Como quiera que tal vez no todo sea falso, que nada, amor mío, nos cure del placer casi-espasmo de mentir.

¡Exquisitez final! ¡Suprema perversión! La mentira absurda tiene todo el encanto de lo perverso junto con el mayor y último encanto de ser inocente. La perversión del propósito inocente —¿quién podrá sobrepasar, oh □, el primor absoluto de esto? ¡La perversión que ni siquiera aspira a causarnos placer, que ni siquiera tiene la furia de causarnos dolor, que cae al suelo entre el placer y el dolor, inútil y absurda como un juguete mal fabricado con el que un adulto quisiera divertirse!

¿No conoces, oh Deliciosa mía, el placer de comprar cosas innecesarias? ¿Conoces el gusto de los caminos que, de tomarlos al azar, sería por error por lo que los habríamos tomado? ¿Qué acto humano tiene un color tan hermoso como los actos espurios—□ que mienten a su propia naturaleza y desmienten su intención verdadera?

¡La sublimidad de desperdiciar una vida que podía ser útil, de no ejecutar nunca una obra que forzosamente había de ser hermosa, de abandonar a medio camino el seguro sendero de la victoria!

Ah, amor mío, la gloria de las obras que se perdieron y que nunca se encontrarán, de los tratados que hoy son apenas títulos, de las bibliotecas que ardieron, de las estatuas que fueron destruidas.

Cuán santificados de Absurdo los artistas que quemaron una obra muy hermosa, aquellos que, pudiendo hacer una obra hermosa, de propósito la hicieron imperfecta, los poetas altísimos del Silencio que, sabiendo que podrían hacer una obra absolutamente perfecta, prefirieron ofrecerle la corona de no hacerla nunca. (Si había de ser imperfecta, que la hagan).

¡Cuánto más hermosa la Gioconda si no pudiéramos contemplarla! ¡Y si quien la robara la quemara, qué gran artista sería, cuánto más artista que el que la pintó!

¿Por qué es hermoso el arte? Porque es inútil. ¿Por qué es fea la vida? Porque toda ella es fines, intenciones y propósitos. Todos sus caminos son para ir de un punto a otro. ¡Quién nos diera el camino trazado desde un lugar de donde nadie parte hasta un lugar adonde nadie va! Quién empleara su vida en construir un camino que arrancase en medio de un campo y fuera a dar en medio de otro campo; un camino que, prolongado, hubiera sido útil, pero que quedó, sublimemente, sólo camino a medias.

¿La belleza de las ruinas? El no servir para nada.

¿La dulzura del pasado? El recordarlo, porque recordarlo es hacerlo presente, y él ni lo es ni puede serlo —el absurdo, amor mío, el absurdo.

Y yo que estoy diciendo esto —¿por qué escribo este libro? Porque lo reconozco imperfecto. Soñado sería la perfección; escrito, se vuelve imperfecto: por eso lo escribo.

Y, sobre todo, porque defiendo la inutilidad, el absurdo, □— escribo este libro para mentirme a mí mismo, para traicionar mi propia teoría.

Y la suprema gloria de todo esto, amor mío, es pensar que tal vez no sea verdad, ni yo lo considere verdadero.

Y cuando la mentira empiece a sernos placentera, digamos la verdad para mentirle. Y cuando nos cause angustia, detengámonos, para que el sufrimiento no nos represente ni aun de forma perversa un placer…

331.
Me duelen la cabeza y el universo. Los dolores físicos, más claramente dolores que los morales, desarrollan, por un reflejo en el espíritu, tragedias no contenidas en ellos. Nos traen una impaciencia por todo que, por ser por todo, no excluye a ninguna de las estrellas.

No comulgo ni nunca comulgué ni podré, supongo, comulgar nunca, con aquel concepto bastardo según el cual somos, como almas, consecuencia de una cosa material llamada cerebro, que existe, de nacimiento, dentro de otra cosa material llamada cráneo. No puedo ser materialista, que es como creo que se llama ese concepto, porque no puedo establecer una relación nítida —una relación visual, digamos— entre una masa visible de materia cenicienta, o de otro color cualquiera, y esta cosa que soy yo que por detrás de mi mirada ve los cielos y los piensa e imagina cielos que no existen. Pero, aunque nunca pueda caer en el abismo de suponer que una cosa pueda ser otra sólo porque se encuentran en el mismo lugar, como la pared y mi sombra sobre ella, o que el depender el alma del cerebro signifique algo más que el depender yo, para mis trayectos, del vehículo que uso para realizarlos, creo, sin embargo, que hay entre lo que en nosotros es sólo espíritu y lo que en nosotros es espíritu del cuerpo una relación de convivencia en la que pueden aparecer discusiones. Y la que vulgarmente aparece es la de que la persona más ordinaria incomode a la que lo es menos.

Me duele hoy la cabeza, y es quizás desde el estómago desde donde me duele. Pero el dolor, una vez sugerido desde el estómago hasta la cabeza, acaba por interrumpir las meditaciones que tengo por detrás del tener cerebro. Quien me tapa los ojos no me ciega, pero me impide ver. Y así ahora, porque me duele la cabeza, me parece carente de valor y nobleza el espectáculo, en este instante monótono y absurdo, de lo que ahí fuera apenas quiero ver como mundo. Me duele la cabeza, y eso quiere decir que tengo conciencia de una ofensa que la materia me hace, y que, porque me ofende como cualquier ofensa, me indigna, me predispone a tratar mal a todo el mundo, incluyendo a los que están a mi lado y no me han ofendido.

Mi deseo es morir, al menos temporalmente, pero eso, como ya dije, sólo porque me duele la cabeza. Y en este momento, de repente, se me ocurre pensar con cuánta mayor nobleza diría esto uno de los grandes prosadores. Desenvolvería, período a período, la aflicción anónima del mundo; a sus ojos imaginadores de párrafos surgirían, variados, los dramas humanos que ocurren en la tierra, y a través del latir de las sienes febriles se alzaría sobe el papel toda una metafísica de la desgracia. Pero yo carezco de nobleza estilística. Me duele la cabeza porque me duele la cabeza. Me duele el universo porque la cabeza me duele. Pero el universo que realmente me duele no es el verdadero, el que existe porque ignora que existo, sino aquel, íntimamente mío, que, si me paso las manos por los cabellos, hace que me parezca que todos ellos sufren sólo para hacerme sufrir.

332.
… El pasmo que me produce mi incapacidad para la angustia. No siendo, por naturaleza, un metafísico, he pasado días de angustia aguda, incluso física, por la indecisión sobre los problemas metafísicos y religiosos… Vi enseguida que lo que yo tenía por solución del problema religioso consistía en resolver un problema emocional en términos de razón.

333.
Ningún problema tiene solución. Nadie desata el nudo gordiano; todos desistimos o lo cortamos. Resolvemos bruscamente, con el sentimiento, los problemas de la inteligencia, y lo hacemos o por el cansancio de pensar, o por la timidez de sacar conclusiones, o por la necesidad absurda de encontrar un apoyo, o por el impulso gregario de volver a los otros a la vida.

Como nunca podremos conocer todos los elementos de una cuestión, nunca la podremos resolver.

Para alcanzar la verdad nos faltan datos suficientes, y procedimientos intelectuales que agoten la interpretación de esos datos.

334.
Han pasado meses desde lo último que escribí. He vivido en un sueño del entendimiento por el cual he sido otro en la vida. He sentido con frecuencia una sensación de felicidad translaticia. No he existido, he sido otro, he vivido sin pensar.

Hoy, de repente, he vuelto a lo que soy o me sueño. Fue un momento de un gran cansancio, tras un trabajo sin importancia. Puse la cabeza entre las manos, con los codos hincados en la mesa inclinada. Y, tras cerrar los ojos,

me reencontré.

En un falso sueño lejano recordé todo lo que había sido, y con una nitidez de paisaje ya visto se me alzó de repente, antes o después de todo, el lado extenso de la vieja quinta desde donde, en medio de la visión, se levantaba la era yerma.

Sentí de inmediato la inutilidad de la vida. Ver, sentir, recordar, olvidar —todo se me confundió, con un ligero dolor en los codos, con el rumor confuso de la calle próxima y los pequeños ruidos del trabajo apacible en la oficina en calma.

Cuando, extendidas en alto las manos sobre la mesa, lancé sobre lo que veía una mirada que debería ser la de un cansancio lleno de mundos muertos, la primera cosa que vi en esa mirada fue una mosca enorme (¡aquel vago zumbido ajeno a la oficina!) posada encima del tintero. La contemplé desde el fondo del abismo, anónimo y despierto. Tenía unos tonos verdes azulinegros y era de un lustroso repugnante sin ser feo. ¡Toda una vida!

¿Quién sabe para qué fuerzas supremas, dioses o demonios de la Verdad por cuya sombra erramos, no seré sino la mosca lustrosa que se posa por un instante frente a ellos? ¿Consideración fácil? ¿Observación ya hecha? ¿Filosofía sin pensamiento? Tal vez, pero yo no pensé: sentí. Hice mi risible comparación carnalmente, directamente, con un horror profundo y oscuro. Fui mosca cuando me comparé a la mosca. Me sentí mosca cuando supuse que así me sentía. Y me sentí un alma de mosca, me dormí mosca, me sentí encerrado como mosca. Y el mayor de los horrores es que al mismo tiempo me sentí yo. Sin querer, alcé los ojos en dirección al techo, por si bajaba sobre mí una enorme regla para aplastarme, como yo podría aplastar aquella mosca. Felizmente, cuando bajé los ojos, la mosca, sin que yo notara ruido alguno, había desaparecido. La oficina involuntaria se había quedado otra vez sin filosofía.

335.
«Sentir es un fastidio». Estas palabras casuales de no sé qué invitado a unos minutos de conversación, se me quedó para siempre brillando en la superficie de la memoria. La misma forma plebeya de la frase le da sal y pimienta.

336.
No sé cuántos habrán contemplado, con la mirada que merece, una calle desierta llena de gente. Ya este mismo modo de hablar parece querer decir cualquier otra cosa, y efectivamente quiere decirla. Una calle desierta no es una calle por donde no pasa nadie, sino una calle donde los que pasan por ella pasan como si estuviera desierta. No hay dificultad en comprender esto siempre que se haya visto antes: una cebra es inconcebible para quien no conozca más que un burro.

Las sensaciones se ajustan, en nuestro interior, a ciertos grados y tipos de comprensión. Hay maneras de entender que tienen maneras de ser entendidas.

Hay días que me sube, como de tierra ajena a la cabeza propia, un tedio, una aflicción, una angustia de vivir que si no me parece insoportable es sólo porque de hecho la soporto. Es un estrangulamiento de la vida dentro de mí mismo, un deseo de ser otra persona en todos los poros, una breve noticia del fin.

337.
Lo que sobre todo tengo es cansancio, y aquel desasosiego que es hermano gemelo del cansancio cuando este no tiene otra razón de ser que el estar siendo. Tengo un íntimo recelo de los gestos que esbozar, una timidez intelectual de las palabras que decir. Todo me parece anticipadamente frustrado.

El tedio insoportable de todas estas caras, estúpidas por su inteligencia o por la falta de ella, grotescas hasta la náusea de lo felices o infelices, horrorosas porque existen, marea separada de mí de cosas vivas que me son ajenas…

338.
Siempre me ha preocupado, en esas horas casuales de desprendimiento en que tomamos conciencia de nosotros mismos como individuos que somos otros para los otros, imaginarme la figura que haré físicamente, y hasta moralmente, para aquellos que me contemplan y me hablan todos los días o de manera accidental.

Estamos todos acostumbrados a considerarnos como primordialmente realidades mentales, y a considerar a los otros como directamente realidades físicas; vagamente nos consideramos como personas físicas destinadas a la mirada ajena; vagamente consideramos a los otros como realidades mentales, pero sólo en el amor o en los conflictos tomamos verdadera conciencia de que los otros tienen sobre todo alma, como nosotros la tenemos para nosotros mismos.

Me pierdo por eso a veces en un fútil imaginar qué especie de persona seré para los que me ven, cómo será mi voz, qué tipo de figura dejo inscrita en la memoria involuntaria de los otros, de qué manera mis gestos, mis palabras, mi vida aparente se graban en las retinas de la interpretación ajena. Nunca conseguí verme desde fuera. No hay espejo que nos muestre a nosotros mismos como afueras, porque no hay espejo que nos saque de nosotros mismos. Se necesitaría otra alma, otra colocación del mirar y del pensar. Si yo fuera actor habitual de cine, o grabara en discos donde oír mi voz en un tono elevado, estoy seguro de que seguiría igualmente lejos de saber lo que soy del otro lado, pues, quiéralo o no, se grabe de mí lo que se grabe, sigo siempre aquí dentro, en la quinta de altos muros de mi conciencia de mí.

No sé si los otros serán así, si la ciencia de la vida no consistirá esencialmente en ser uno tan ajeno a sí mismo que instintivamente se consiga un alejamiento y se pueda participar de la vida como algo extraño a la conciencia; o si los otros, más ensimismados que yo, no serán totalmente la brutalidad de no ser sino ellos, viviendo exteriormente por el mismo milagro por el que las abejas forman sociedades más organizadas que cualquier nación, y las hormigas se comunican entre sí con un lenguaje de mínimas antenas que excede en los resultados nuestra compleja ausencia de mutuo entendimiento.

La geografía de la conciencia de la realidad es de una gran complejidad de costas, de montañas muy accidentadas y de lagos. Y todo me parece, si medito en exceso, una especie de mapa como el del *Pays du Tendre* o los *Viajes de Gulliver*, broma de la exactitud inscrita en un libro irónico o fantástico para gozo de seres superiores, que saben bien dónde las tierras son efectivamente tierras.

Todo es complejo para quien piensa, y sin duda el pensamiento lo hace más complejo por propia voluptuosidad. Pero quien piensa tiene la necesidad de justificar su abdicación con un vasto programa de comprensión, expuesto, como las razones de los mentirosos, con todos los pormenores excesivos que descubren, al derramarse en tierra, la raíz de la mentira.

Todo es complejo, o soy yo el que lo soy. Pero, de cualquier modo, no importa, porque, de todos modos, nada importa. Todo esto, todas estas consideraciones extraviadas por la amplia calle, vegeta en las casas de campo de los dioses excluidos como enredaderas lejos de las paredes. Y sonrío, en la noche en que concluyo sin fin estas consideraciones sin

engranaje, por la ironía vital que las hace surgir de un alma humana, huérfana, desde antes de los astros, de las grandes razones del Destino.

339.
Se cierne sobre la superficie de mi cansancio algo áureo como lo que flota sobre las aguas cuando el sol mortecino las abandona. Me veo como el lago que imaginé, y soy yo lo que veo en ese lago. No sé cómo explicar esta imagen, o este símbolo, o este yo en el que me imagino. Pero lo que me resulta incontestable es que veo, como si de hecho lo estuviera viendo, un sol por detrás de unos montes dejando caer rayos perdidos sobre el lago que los recibe entre oro oscuro.

Uno de los maleficios del pensar es ver cuando se está pensando. Los que piensan con el raciocinio están distraídos, los que piensan con la emoción están durmiendo, los que piensan con la voluntad están muertos. Yo, sin embargo, pienso con la imaginación, y todo cuanto en mí debería ser razón o aflicción o impulso se me reduce a algo indiferente y distante, como este lago muerto entre las rocas sobre el que se cierne en retirada lo que queda del sol.

Porque me detuve, se estremecieron las aguas. Porque reflexioné, el sol se retiró. Cierro lentamente los ojos soñolientos, y no queda dentro de mí sino una región lacustre donde la noche empieza a dejar de ser día con un reflejo castaño oscuro de aguas adonde las algas asoman.

Porque escribí, no dije nada. Mi impresión es que lo que existe existe siempre en otra región, más allá de los montes, y que habría grandes viajes que emprender si tuviéramos alma que nos diera los pasos.

Me oculté, como el sol en mi paisaje. No queda, de lo dicho y de lo visto, sino una noche ya cerrada, llena de brillo muerto de lagos, en una planicie sin patos salvajes, muerta, fluida, húmeda y siniestra.

340.
No creo en el paisaje. Sí. No lo digo porque crea en aquello de «el paisaje es un estado del alma» de Amiel, uno de los buenos momentos verbales de mi insoportable interioridad. Lo digo porque no creo.

341.

En mi alma innoble y profunda registro, día a día, las impresiones que forman la sustancia externa de mi conciencia de mí. Las pongo en palabras perezosas, que desertan de mí nada más escritas, y siguen errantes, independientes de mí, por laderas y prados de imágenes, por bulevares de conceptos, por senderos de confusiones. De nada me sirve todo eso, pues nada me sirve de nada. Pero me tranquilizo escribiendo, como quien respira mejor sin que la enfermedad haya desaparecido.

Hay quienes, distraídos, garabatean rayas y nombres absurdos en el secante de bordes apretados. Estas páginas son los garabatos de mi inconsciencia intelectual de mí mismo. Los voy trazando amodorrado en mi sentir, como un gato al sol, y las releo, a veces, con un vago pasmo tardío, como si me hubiera acordado de una cosa que ya había olvidado por completo.

Cuando escribo, me visito solemnemente. Tengo salas especiales, recordadas por otro en intersticios de la figuración, donde me deleito analizando lo que no siento, y me examino como a un cuadro en la sombra.

Perdí, antes de nacer, mi castillo antiguo. Fueron vendidas, antes de yo existir, las tapicerías [d]e mi palacio ancestral. Mi solar anterior a la vida se derrumbó, y sólo en determinados momentos, cuando la luz de la luna nace en mí sobre los juncos del río, me desalienta la saudade de aquellas partes donde los restos desdentados de las paredes se recortan negros contra el cielo azul oscuro blanqueado de un amarillo lechoso.

Me diviso en esfinges. Y del regazo de la reina que me habla cae, como un episodio del bordado inútil, el ovillo olvidado de mi alma. Rueda debajo del bargueño taraceado, y hay en mí aquella cosa que como un ojo lo sigue hasta perderse en un inmenso horror de tumba y de final.

342.
Nunca duermo: vivo y sueño, o mejor, sueño en vida y durmiendo, que es vida también. No hay interrupción en mi conciencia: siento lo que me rodea si todavía no duermo, o si no duermo bien; empiezo a soñar tan pronto como duermo de verdad. Así, lo que soy es un perpetuo despliegue de imágenes, conexas o inconexas, fingiéndose siempre exteriores, unas situadas entre los hombres y la luz, si estoy despierto, otras entre los fantasmas y la sinluz que se ve, si estoy durmiendo. Realmente, no sé cómo distinguir una cosa de otra, ni me atrevo a afirmar si es que no duermo cuando estoy despierto o si es que estoy despertándome cuando duermo.

La vida es un ovillo que alguien enmarañó. Hay un sentido en ella, cuando desenrollada y completamente extendida o cuando enrollada como debe ser. Pero, tal como está, es un problema sin ovillo propio, un enredarse sin tener donde.

Siento esto, que más tarde escribiré, pues ya voy soñando las frases que he de decir, cuando a través de la noche de duermevela siento, junto a los paisajes de sueños vagos, el ruido de la lluvia allá afuera, haciéndonos más imprecisos todavía. Son adivinanzas del vacío, trémulas de abismo, y a través de ellas se escurre, inútil, la pesadumbre exterior de la lluvia incesante, abundante minucia del paisaje de lo oído. ¿Esperanza? Nada. Del cielo invisible desciende con su son la aflicción-agua que levanta el viento. Sigo durmiendo.

Fue sin duda en las alamedas del parque donde sucedió la tragedia que originó la vida. Eran dos y hermosos y deseaban ser otra cosa; el amor tardaba en llegarles entre el tedio del futuro, y la saudade de lo que habría de ser venía ya como hija del amor que no habían tenido. Así, a la luz de la luna de los bosques próximos, pues por ellos se filtraba la luna, paseaban, cogidos de la mano, sin deseos ni esperanzas, a través del desierto propio de los bulevares abandonados. Eran completamente niños, puesto que en verdad no lo eran. De bulevar en bulevar, siluetas entre árbol y árbol, recorrían en papel recortado aquel decorado de nadie. Y así se perdieron hacia el lado de los estanques, cada vez más juntos y más separados, y el ruido de la tenue lluvia que va dejando de caer es el de los surtidores del lugar al que se dirigían. Soy el amor que ellos se tuvieron y por eso sé oírlos en la noche en que no duermo, y también sé vivir infeliz.

343. UN DÍA (zigzag)
¡No haber sido una Madame de harén! ¡Qué pena siento de mí mismo porque no me ha sucedido eso!
Al final de este día queda lo que de ayer quedó y lo que de mañana quedará: el ansia insaciable e infinita de ser siempre el mismo y otro.
Por escalones de sueños y cansancios míos desciende de tu irrealidad, desciende y ven a sustituir el mundo.

344. GLORIFICACIÓN DE LAS ESTÉRILES

Si de entre todas las mujeres de la tierra llegara yo a escoger un día esposa, que tu oración por mí sea esta —que de un modo o de otro ella sea estéril. Pero pide también, si por mí rezas, que yo no llegue nunca a escoger esa supuesta esposa.

Sólo la esterilidad es noble y digna. Sólo el matar lo que nunca existió es elevado y perverso y absurdo.

345.
No sueño con poseerte. ¿Para qué? Eso sería traducir a plebeyo mi sueño. Poseer un cuerpo es ser banal. Soñar que se posee un cuerpo es probablemente peor, por muy difícil que parezca; es soñarse banal —horror supremo.
Y ya que queremos ser estériles, seamos también castos, porque nada puede haber más innoble y bajo que, renegando de lo que en la Naturaleza se fecunda, guardar vilmente de ella lo que nos agrada de lo que renegamos. No hay noblezas a trozos.

Seamos castos como ermitaños, puros como cuerpos soñados, resignados a ser todo eso, como monjitas tontas…
Que nuestro amor sea una oración… Dame la unción de verte, que yo haré de mis momentos de soñarte un rosario donde mis tedios serán padrenuestros y mis angustias avemarías…

Quedémonos así eternamente como una figura de hombre en una vidriera frente a una figura de mujer en otra vidriera… Entre nosotros, sombras cuyos pasos suenan fríos, la humanidad pasando… Murmullos de rezos, secretos de □ pasarán entre nosotros… Unas veces se llena por completo el aire de □ de inciensos. Otras, de uno y otro lado, una figura de estatua rezará aspersiones… Y nosotros siempre las mismas vidrieras, con nuestros colores cuando nos dé el sol, con nuestras líneas cuando la noche caiga… Los siglos no interrumpirán nuestro silencio vítreo… Allá afuera pasarán civilizaciones, estallarán revueltas, habrá remolinos de fiestas, desfilarán mansamente día tras día los pueblos… Y nosotros, amor mío irreal, mantendremos siempre el mismo gesto inútil, la misma existencia falsa, y la misma □

Hasta [que] un día, al cabo de unos siglos de imperios, la Iglesia finalmente se desmorone y todo acabe…

Pero nosotros, que nada sabemos de ella, seguiremos en pie, no sé cómo, no sé en qué espacio, no sé por cuanto tiempo, vidrieras eternas, horas de ingenuo dibujo pintado por un artista cualquiera que duerme desde hace mucho tiempo en una tumba gótica donde dos ángeles con las manos juntas congelan en mármol la idea de la muerte.

346.
Las cosas soñadas sólo tienen el lado de acá… No se les puede ver el otro lado… No se puede andar a su alrededor… El mal de las cosas de la vida es que las podemos ir mirando por todos los lados… Las cosas del sueño sólo tienen el lado que vemos… Tienen una sola cara, como nuestras almas.

347. CARTA PARA NO SER REMITIDA
Excuso su comparecencia ante mi idea de usted.

Su vida □

Eso no es mi amor, es tan sólo su vida.

La amo como al ocaso o a la luz de la luna, con el deseo de que ese instante permanezca, pero sin que sea mío en él nada más que la sensación de haberlo vivido.

348.
Nada pesa tanto como el afecto ajeno —ni siquiera el odio ajeno, pues el odio es más intermitente que el afecto; siendo una emoción desagradable, tiende, por instinto de quien la siente, a ser menos frecuente. Pero tanto el odio como el amor nos oprimen; ambos nos buscan y persiguen, no nos dejan a solas.

Mi ideal sería vivir todo en forma de novela, descansando en la vida —leer mis emociones, vivir mi desprecio por ellas. Para quien tenga la imaginación a flor de piel, las aventuras de un protagonista de novela son emoción propia que le basta y sobra, pues son suyas y nuestras. No hay aventura tan grande como haber amado a Lady Macbeth, con amor verdadero y directo; ¿qué ha de hacer quie[n] así amó sino, por descansar, no amar a nadie en esta vida?

No sé qué sentido tiene este viaje que fui forzado a realizar, entre una noche y otra, en compañía del universo entero. Sé que puedo leer para distraerme. Considero la lectura como el modo más sencillo de entretener este viaje y cualquier otro; y, de vez en cuando, levanto los ojos del libro donde estoy sintiendo verdaderamente, y veo, con ojos de extranjero, el paisaje que huye —campos, ciudades, hombres y mujeres, afectos y saudades —, y todo eso no significa para mí más que un episodio de mi descanso, una distracción inútil con la que desvío los ojos fatigados de las páginas demasiado leídas.

Sólo lo que soñamos es lo que verdaderamente somos, porque lo demás, por haberse realizado, pertenece al mundo y a todo el mundo. Si realizara algún sueño, tendría celos de él, pues me habría traicionado por haberse dejado realizar. Realicé todo cuanto quise, dice el débil, y es mentira; la verdad es que soñó proféticamente todo cuanto la vida realizó de él. Nada realizamos. La vida nos lanza como una piedra, y nosotros vamos diciendo por el aire «Aquí estoy yo, moviéndome».

Sea lo que sea este interludio de mímica sobre el proyector del sol y las lentejuelas de las estrellas, no viene mal desde luego saber que es un interludio; si lo que está del otro lado de las puertas del teatro es la vida, viviremos; si es la muerte, moriremos, y la obra nada tiene que ver con todo esto.

Por eso nunca me siento tan próximo de la verdad, tan sensiblemente iniciado, como en las contadas ocasiones en que voy al teatro o al circo: sé entonces que por fin estoy asistiendo a la perfecta representación de la vida. Y los actores y las actrices, los payasos y los prestidigitadores son cosas importantes y fútiles, como el sol y la luna, el amor y la muerte, la peste, el hambre, la guerra entre los hombres. Todo es teatro. ¿Ah, quiero la verdad? Voy a seguir con la novela…

349.
La más vil de todas las necesidades —la de la confidencia, la de la confesión. Es la necesidad del alma de ser algo exterior.

Confiesa, sí; pero confiesa lo que no sientes. Libera tu alma, sí, del peso de tus secretos, publicándolos; pero siempre que los secretos que publiques no los hayas tenido nunca. Miéntete a ti mismo antes de decir esa verdad. Expresarse equivale siempre a equivocarse. Sé consciente: que expresarte sea, para ti, mentir.

350.
No sé lo que es el tiempo. No sé cuál es su verdadera medida, si es que tiene alguna. La del reloj sé que es falsa: divide el tiempo espacialmente, por fuera. La de las emociones sé también que es falsa: divide, no el tiempo, sino la sensación del tiempo. La de los sueños es equivocada; en ellos rozamos el tiempo, unas veces demoradamente, otras veces deprisa, y lo que vivimos es rápido o lento conforme alguna cosa del transcurrir cuya naturaleza ignoro.

Creo, a veces, que todo es falso, y que el tiempo no es más que un marco para encuadrar lo que le es extraño. En el recuerdo que conservo de mi vida pasada, los tiempos están dispuestos en niveles y planos absurdos, siendo yo más joven en algunos episodios de mis solemnes quince años que en otros de mi infancia sentada entre juguetes.

Se me enreda la conciencia si pienso en estas cosas. Presiento algún error en todo esto; sin embargo, no sé de qué lado está. Es como si asistiera a una especie de prestidigitación donde, por serlo, me supiera engañado, aunque no comprendiera la técnica o la mecánica del engaño.

Me asaltan entonces pensamientos absurdos, que no consigo sin embargo repeler como completamente absurdos. Pienso si un hombre que medita tranquilamente dentro de un coche que corre deprisa está yendo deprisa o despacio. Pienso si serán iguales las velocidades idénticas con las que caen al mar el suicida y el que perdió el equilibrio en la terraza. Pienso si son realmente sincrónicos los movimientos, de duración idéntica, con los que fumo un cigarrillo, escribo este fragmento y pienso oscuramente.

De dos ruedas sobre un mismo eje podemos pensar que habrá siempre una más adelantada que la otra, aunque sólo sea unas fracciones de milímetro. Un microscopio exageraría este desplazamiento hasta hacerlo casi increíble, imposible si no fuera real. ¿Y por qué no existe el microscopio de tener razón contra la mala vista? ¿Son consideraciones inútiles? Bien lo sé. ¿Son ilusiones del pensamiento? Concedido. ¿Qué cosa, sin embargo, es esta que nos mide sin medida y nos mata sin ser? Y es en estos momentos, en los que ni sé si el tiempo existe, cuando lo siento como una persona y tengo ganas de dormir.

351. SOLITARIOS

Las viejas tías de quienes las tuvieron, en las veladas a la luz del petróleo de las casas vulgares de provincia, entretenían el rato en que la criada dormita bajo el ruido en aumento de la tetera [...] haciendo solitarios con las cartas. Tiene saudades en mí de esa paz inútil alguien que se coloca en mi lugar. Llega el té y la vieja baraja se amontona ordenadamente en la esquina de la mesa. El aparador enorme hace oscura la sombra en el comedor en penumbra. Suda de sueño la cara de la criada que se apura lentamente para acabar. Veo todo esto en mí con una angustia y una saudade independientes de si tienen relación con algo. Y, sin querer, me pongo a considerar cuál es el estado de espíritu de quien hace solitarios con las cartas.

352.

No es en los extensos campos o en los grandes jardines donde veo llegar la primavera. Es en los escasos arbolillos de una plaza pequeña de la ciudad. En ellos el verdor destaca como una dádiva y es alegre como una tristeza buena.

Amo esas plazas solitarias, intercaladas entre calles de poco tráfico, y sin más tráfico en ellas que en las calles. Son claros inútiles, cosas que esperan, entre tumultos lejanos. Son algo de aldea en la ciudad.

Paso por ellas, subo cualquiera de las calles que en ellas desembocan, después vuelvo a bajar esa misma calle para regresar a ellas. Visto desde el otro lado es diferente, pero la misma paz deja dorar de súbita saudade —sol en el ocaso— el lado que no había visto en la ida.

Todo es inútil, y yo lo siento como tal. Cuanto viví se me olvidó como si lo hubiera oído distraídamente. Cuanto seré no lo recuerdo como si lo hubiera vivido y olvidado.

Un ocaso de ligera aflicción se cierne vago en torno a mí. El frío se apodera de todo, no porque refresque, sino porque entré por una calle estrecha y la plaza acabó.

353.
La mañana, medio fría, medio tibia, blanqueaba por las pocas casas de las laderas en el extremo de la ciudad. Una ligera niebla, llena de despertar, se desgarraba, sin contornos, en el adormecimiento de las laderas. (No hacía frío, salvo en el tener que reiniciar la vida). Y todo aquello —toda esta frescura lenta de la mañana suave, era como una alegría que él nunca pudo tener.

El coche bajaba lentamente hacia las avenidas. A medida que se aproximaba a la mayor aglomeración de casas, una sensación de pérdida le iba ganando vagamente el espíritu. La realidad humana comenzaba a despuntar.

En estas horas matinales, en que la sombra ya ha desaparecido, pero todavía no su peso leve, [a]l espíritu que se deja llevar por las incitaciones del momento le apetece la llegada y el viejo puerto al sol. Sería una alegría, no que el instante quedara eternizado, como en los momentos solemnes del paisaje o en la tranquila luz de la luna sobre el río, sino que la vida hubiera sido otra, de modo que este momento pudiera tener otro sabor que le fuera más propio.

Se iba encogiendo más la niebla incierta. El sol invadía progresivamente las casas. Los ruidos de la vida se acentuaban en los alrededores.

Estaría bien en un momento como este no llegar nunca a la realidad humana a la que nuestra vida se destina. Quedar en suspenso, entre la niebla y la mañana, imponderablemente, no en espíritu, sino en cuerpo espiritualizado, en vida real alada, agradaría, más que cualquier otra cosa, a nuestro deseo de buscar un refugio, incluso sin razón para buscarlo.

Sentirlo todo sutilmente nos vuelve indiferentes, salvo para lo que no puede lograrse —sensaciones por llegar a un alma todavía en embrión para ellas, actividades humanas congruentes con el sentir profundamente, pasiones y emociones perdidas entre logros de otro tipo.

Los árboles, en su alineamiento por las avenidas, eran independientes de todo esto.

El momento acabó en la ciudad, como la ladera del otro lado del río cuando el barco llega al muelle. El trajo consigo, mientras no alcanzó la orilla, el paisaje de la otra banda pegado a la amurada; ella se despegó cuando se oyó el ruido de la amurada contra las piedras. El hombre de los pantalones remangados sobre las rodillas echó un gancho al cabo y fue definitivo y concluyente su gesto natural. Terminó metafísicamente en imposibilidad en nuestra alma el continuar teniendo la alegría de una angustia dudosa. Los muchachos en el muelle miraban para nosotros como para cualquier otra persona que no tuviera aquella emoción impropia en relación con la parte útil de los embarques.

354.
Dan ganas de despojarse del calor como quien se despoja de una ropa invisible.

355.
Empecé a sentirme inquieto. De pronto, el silencio dejó de respirar.

Súbitamente, acerado, un día sin fin saltó en pedazos. Me agaché, animal, sobre la mesa, con las manos como garras inútiles sobre la madera lisa. Una luz sin alma entró por las esquinas y las almas, y un ruido de montaña próxima se abatió desde lo alto, rasgando con un grito sedas del abismo. Mi corazón se me paró. Se me agitó la garganta. Mi conciencia vio sólo una mancha de tinta en un papel.

356.
Cuando el calor hubo desaparecido y el suave comienzo de la lluvia fue aumentando hasta poderse oír, se instaló en el aire una tranquilidad que el aire del calor no tenía, una nueva paz sobre la que el agua depositaba su brisa. Tan clara era la alegría de esta lluvia blanca, sin tormentas ni oscuridad, que hasta aquellos —prácticamente todos— que no tenían paraguas o ropa adecuada iban riendo mientras hablaban apurando el paso por la calle brillante.

En una pausa de indolencia me acerqué a la ventana abierta de la oficina —el calor había obligado a abrirla, la lluvia no la había hecho cerrar— y contemplé con atención intensa e indiferente, como acostumbro, lo mismo que acabo de describir con toda exactitud antes de haberlo visto. Sí, allá iba la alegría en la banal pareja, hablando entre sonrisas bajo la llovizna, con pasos, más que apresurados, rápidos, entre la limpia claridad del día oscurecido.

Pero, de pronto, desde la sorpresa de una esquina, rodó hasta mi vista un hombre viejo y miserable, pobre pero no humilde, que seguía impaciente bajo la lluvia que se había ido amansando. Ese hombre, que con toda seguridad no tenía un propósito, tenía al menos impaciencia. Lo miré, no con la atención desatenta que se presta a las cosas, sino con la definidora que se presta a los símbolos. Era el símbolo de nadie; por eso tenía prisa. Era el símbolo de quien nada había sido; por eso sufría. Formaba parte, no de los que sienten sonriendo la alegría incómoda de la lluvia, sino de la misma lluvia —un inconsciente; tanto, que sentía la realidad.

No era eso, de todas formas, lo que quería decir. Entre mi observación del transeúnte que, al final, perdí enseguida de vista por no haber seguido mirándolo, y el nexo de estas observaciones, se me insertó algún misterio de la desatención, alguna emergencia del alma que me privó de continuidad. Y en el fondo de mi desconexión, sin que yo los oiga, oigo los ruidos de las conversaciones de los mozos de la sección de empaquetado, allá en el fondo de la oficina, en la parte en que comienza el almacén, y veo sin verlos los cordeles para atar los envíos postales, dando una doble vuelta y con un doble nudo alrededor de los paquetes envueltos en papel pardo fuerte, en la mesa cerca de la ventana que da al zaguán, entre bromas y tijeras.

Ver es haber visto.

357.
Es regla de vida que podemos y debemos aprender de todo el mundo. Hay cosas de la seriedad de la vida que podemos aprender de charlatanes y bandidos, hay filosofías que nos suministran los estúpidos, hay lecciones de firmeza y de ley que por azar nos llegan desde aquellos que el azar eligió. Todo está en todo.

En ciertos momentos muy claros de mi meditación, como aquellos en los que, al comienzo de la tarde, me paseo de observador por las calles, cada persona me aporta una noticia, cada casa me ofrece una novedad, cada cartel tiene un aviso para mí.

Mi paseo silencioso es una conversación continua, y todos nosotros, hombres, casas, piedras, carteles y cielo, somos una gran multitud amiga, acodándose con palabras en la gran procesión del Destino.

358.

Vi y oí ayer a un gran hombre. No quiero decir un gran hombre por atribución ajena, sino un gran hombre que realmente lo es. Es de una gran valía, si es que la hay en este mundo; saben que es de una gran valía; y él sabe que lo saben. Reúne, pues, todas las condiciones para que yo lo llame un gran hombre. Y es así como efectivamente lo llamo.

El aspecto físico es el de un comerciante cansado. La j cara tiene trazos de fatiga, pero tanto podrían ser de pensar como de no vivir con mucha higiene. Los gestos no tienen relevancia. La mirada tiene una cierta viveza —privilegio de quien no es miope. La voz es un poco embarullada, como si los comienzos de la parálisis general destrozaran esa emisión del alma. Y el alma emitida discursea sobre la política de partidos, sobre la devaluación del escudo y sobre lo que de despreciable hay en sus colegas de grandeza.

Si yo no supiera bien quien es, no lo conocería por su aspecto. Bien sé que no hay que formarse de los grandes hombres aquella idea heroica que se forman las almas simples: que un gran poeta ha de ser un Apolo de cuerpo y un Napoleón lo ha de ser de expresión; o, con menores exigencias, un hombre de distinción y un rostro expresivo. Bien sé que estas cosas son cosas humanas naturales y absurdas. Pero, si no se espera todo o casi todo, se espera sin embargo algo. Y, cuando se pasa de la figura vista al alma dicha, no hay que esperar sin duda espíritu o vivacidad, pero al menos hay que contar con inteligencia y con una sombra de grandeza.

Todo esto —estas desilusiones humanas— nos hace pensar en lo que puede realmente haber de verdad en el concepto vulgar de la inspiración. Parece que este cuerpo destinado a comerciante y esta alma destinada a persona educada son, cuando están a solas, investidos misteriosamente de alguna cosa interior externa a ellos, y que no hablan, sino que se habla de ellos, y la voz dice lo que fue mentira que dijeron.

Son especulaciones casuales e inútiles. Llego a sentir pena de tenerlas. No disminuí con ellas la valía del hombre; no aumenta con ellas la expresión de su cuerpo. Pero la verdad es que nada altera nada, y lo que decimos o hacemos roza sólo las cimas de los montes en cuyos valles duermen las cosas.

359.

Nadie comprende a otro. Somos, como dijo el poeta, islas en el mar de la vida; corre entre nosotros el mar que nos define y nos separa. Por más que un alma se esfuerce por saber qué cosa sea otra alma, no sabrá sino lo que le diga una palabra —sombra disforme en el suelo de su entendimiento.

Amo las expresiones porque no sé nada de lo que expresan. Soy como el maestro de Santa Marta: me contento con lo que se me ofrece. Veo, y eso ya es mucho. ¿Es que hay alguien que sea capaz de entender?

Tal vez sea por este escepticismo sobre lo inteligible por lo que encaro de igual modo un árbol y una cara, un cartel y una sonrisa. (Todo es natural, todo artificial, todo igual). Todo lo que veo es para mí lo único visible, sea el alto cielo azul verdiblanco de la mañana por llegar, sea el gesto falso en el que se contrae la cara de quien está sufriendo ante testigos la muerte de quien ama.

Dibujos, ilustraciones, páginas que existen y se vuelven. Mi corazón no está centrado en ellos ni lo está casi mi atención, que los recorre desde fuera, como una mosca sobre un papel.

¿Acaso sé siquiera si siento, si pienso, si existo? Nada: sólo un esquema objetivo de colores, de formas, de expresiones de los que soy el espejo oscilante inútil por vender.

360.
Comparados con los hombres sencillos y auténticos, que circulan por las calles de la vida con un destino natural y a su medida, esas figuras de los cafés asumen un aspecto que no sé definir si no es comparándolas con ciertos duendes de los sueños —figuras que no son de pesadilla ni de pena, pero cuyo recuerdo, cuando nos despertamos, nos deja, sin que sepamos el porqué, un sabor a hastío pasado, un disgusto por algo que tiene que ver con ellos pero que no puede definirse como siendo de ellos.

Veo las figuras de los genios y de los vencedores reales, incluso los más pequeños, hacer su singladura por la noche de las cosas sin saber lo que cortan sus altivas proas en ese mar de sargazos de paja de embalar y virutas de corcho.

Allí se resume todo, como en el suelo del zaguán del edificio de la oficina que, visto a través de las rejas de la ventana del almacén, parece una cámara para la recogida de basura.

361.
La búsqueda de la verdad —sea la verdad subjetiva del convencimiento, la verdad objetiva de la realidad, o la verdad social del dinero o del poder— trae siempre consigo, si en ella se empeña alguien digno de premio, el conocimiento último de su inexistencia. El premio gordo de la vida les cae sólo a los que compraron por casualidad.

El arte tiene valor porque nos saca de aquí.

362.
Es legítima toda violación de la ley moral realizada por obediencia a una ley moral superior. No es disculpable robar un pan porque se tiene hambre. Es disculpable en un artista robar diez mil escudos para garantizar durante dos años su vida y su tranquilidad, siempre que su obra tienda a un fin civilizador; si es una simple obra estética, no sirve el argumento.

363.
No podemos amarnos, hijo mío. El amor es la más carnal de las ilusiones. Escucha: amar es poseer. ¿Y qué posee quien ama? ¿El cuerpo? Para poseerlo sería necesario hacer nuestra su materia, comerlo, incluirlo en nosotros… Y esa imposibilidad sería temporal, porque nuestro propio cuerpo pasa y se transforma, porque nosotros no poseemos nuestro cuerpo (poseemos únicamente nuestra sensación de él), y porque, una vez poseído ese cuerpo amado, se tornaría *nuestro*, dejaría de ser otro, y el amor, por eso, con la desaparición del otro ser, desaparecería…

¿Poseemos el alma? Escúchame en silencio: Nosotros no la poseemos. Ni nuestra alma es tan siquiera nuestra. Por lo demás, ¿cómo poseer un alma? Entre alma y alma se abre el abismo de ser almas.

¿Qué poseemos? ¿Qué es lo que poseemos? ¿Qué es lo que nos lleva a amar? ¿La belleza? ¿Y amando podemos poseerla? La más feroz y dominadora posesión de un cuerpo, ¿qué es lo que llega a poseer de él? No el cuerpo, ni el alma, ni siquiera la belleza. La posesión de un cuerpo hermoso no abraza la belleza, abraza la carne celular y grasienta; el beso no roza la belleza de la boca, sino la carne húmeda de los labios mortales y sus mucosas; la propia cópula no pasa de un contacto, un contacto restregado y próximo, pero no una penetración *real*, ni siquiera de un cuerpo en otro… ¿Qué es lo que nosotros poseemos? ¿Qué es lo que poseemos?

¿Nuestras sensaciones, por lo menos? ¿Es al menos el amor un medio de poseernos a nosotros mismos en nuestras sensaciones? ¿es al menos un modo de soñar nítidamente, y por ello más gloriosamente, el sueño de existir? y, por lo menos, desaparecida la sensación, queda su recuerdo con nosotros para siempre y así, verdaderamente, la poseemos…

Hasta de eso hemos de desengañarnos. Nosotros no poseemos ni siquiera nuestras sensaciones. No hables. La memoria, al final, es la sensación del pasado… Y toda sensación es una ilusión.

—Escúchame, sigue escuchándome. Escúchame y no mires por la ventana abierta la otra orilla lisa del río, ni el crepúsculo □, ni ese silbido de tren que corta la vaga lejanía □. —Escúchame en silencio…

Nosotros no poseemos nuestras sensaciones… No nos poseemos en ellas.

(Urna inclinada, el crepúsculo vierte sobre nosotros un aceite de □ donde las horas, pétalos de rosas, flotan espaciadamente).

364.
Yo no poseo mi cuerpo —¿cómo podría poseer con él? No poseo mi alma —¿cómo podría poseer con ella? No comprendo mi espíritu —¿cómo comprender a través de él?

No poseemos ni el cuerpo ni una verdad —ni siquiera una ilusión. Somos fantasmas de mentiras, sombras de ilusiones, y nuestra vida está hueca por dentro y por fuera.

¿Conoce alguien las fronteras de su alma para que pueda decir —yo soy yo?

Pero yo sé que lo que siento, lo siento yo.

Cuando otro posee ese cuerpo, ¿posee en él lo mismo que yo? No. Posee una sensación distinta.

¿Poseemos nosotros algo? Si no sabemos lo que somos, ¿cómo hemos de saber lo que poseemos?

Si de aquello que comes dijeras «yo poseo esto», te comprendería. Porque sin duda lo que tú comes lo incluyes en ti, lo transformas en materia tuya, sientes cómo penetra en ti y te pertenece. Pero de lo que comes no hablas en términos de «posesión». ¿A qué llamas tú poseer?

365.
La locura llamada afirmar, la enfermedad llamada creer, la infamia llamada ser feliz —todo eso huele a mundo, sabe a esa triste cosa que es la tierra.

Sé indiferente. Ama el ocaso y el amanecer, porque no tiene ninguna utilidad, ni siquiera para ti, el amarlos. Viste tu ser del oro de la tarde muerta, como un rey depuesto en una mañana de rosas, con Mayo en las nubes blancas y la sonrisa de las vírgenes entre las quintas retiradas. Que tu ansia muera entre mirtos, que tu tedio cese entre tamarindos y que el murmullo del agua lo acompañe todo como un atardecer junto a las márgenes de un río sin otro sentido que el de seguir corriendo, eterno, hacia remotísimas mareas. Lo demás es la vida que nos deja, la llama que se apaga en nuestra mirada, la púrpura gastada antes de que la vistamos, la luna que vela nuestro abandono, las estrellas que extienden su silencio sobre nuestros momentos de desengaño. Asidua, la aflicción estéril y amiga que nos aprieta contra su pecho con amor.

Mi destino es la decadencia.

Mis dominios estuvieron en otro tiempo en valles insondables. El ruido de unas aguas que nunca supieron de la sangre riega el oído de mis sueños. Las copas de los árboles que la vida olvida eran verdes siempre en mis olvidos. La luna era fluida como el agua entre piedras. El amor nunca llegó a aquel valle y por eso todo allí era feliz. Ni sueño, ni amor, ni dioses en un templo, viviendo entre la brisa y el tiempo siempre uno, y sin saber de saudades de las más prescindibles y beodas de las creencias.

366.
Paisajes inútiles como aquellos que cubren las tazas chinas, partiendo de un asa para acabar en la otra de repente. Las tazas son siempre tan pequeñas… ¿Hacia dónde se prolongaría, y con qué □ de porcelana, el paisaje que no se prolongó más allá del asa de la taza?
Es posible para ciertas almas sentir un dolor profundo porque el paisaje pintado en un abanico chino no tiene tres dimensiones.

367.
… y los crisantemos enferman su vivir cansino en jardines penumbrosos por florecer en ellos.
… la lujuria japonesa de tener evidentemente sólo dos dimensiones.
… la existencia colorida sobre transparencias bazas de las figuras japonesas en las tazas.
… una mesa dispuesta para un té discreto —mero pretexto para conversaciones completamente estériles— tuvo siempre para mí algo de ser y de individualidad con alma. ¡Forma, como un organismo, un todo sintético! Que no es la simple suma de las partes que lo componen.

368.
¿Y los diálogos en los jardines fantásticos que se perfilan mal definidos alrededor de algunas tazas? ¡Qué palabras sublimes no estarán intercambiando las dos figuras situadas del otro lado de la tetera! ¡Y yo sin los oídos apropiados para oírlas, muerto en medio de la polícroma humanidad!

¡Deliciosa psicología de las cosas verdaderamente estáticas! La eternidad la teje y el gesto que esboza una figura pintada desdeña, desde lo alto de su eternidad visible, nuestra transitoria fiebre, que nunca se demora en las ventanas de una actitud ni se atrasa en los portales de un gesto.

¡Qué curioso debe ser el folclore del colorido pueblo de los paneles! Los amores de las figuras bordadas —amores en dos dimensiones, de una castidad geométrica— deben ser —para entretenimiento de los psicólogos osados.

No amamos, sino que fingimos amar. El verdadero amor, el inmortal e inútil, pertenece a aquellas figuras en las que no cabe la mudanza, por su naturaleza de estáticas. Desde que lo conozco, el japonés que se sienta en la panza □ de mi tetera no ha cambiado nada… Nunca llegó a gozar las manos de la mujer situada a una distancia mal calculada de él. Un colorido muerto como de un sol consumido, disipado, irrealiza eternamente las laderas de ese monte. Y todo aquello obedece a un instante de pena —pena más fiel que esta que inútilmente pudiera venir a llenar la fragilidad de mis horas exhaustas.

369.

En esta era metálica de los bárbaros sólo un culto metódicamente excesivo de nuestras facultades de soñar, de analizar y de atraer puede servir de salvaguarda para nuestra personalidad, para que no se deshaga en nada o en algo parecido a las otras.

Lo que nuestras sensaciones tienen de real es justamente lo que tienen de no nuestras. Lo que hay de común en las sensaciones es lo que conforma la realidad. Por eso nuestra individualidad en nuestras sensaciones está sólo en la parte errónea de ellas. La alegría que yo tendría si viera un día un sol escarlata. ¡Sería tan mío aquel sol, tan sólo mío!

370.

Nunca dejo que mis sentimientos sepan lo que voy a hacerles sentir… Juego con mis sensaciones como una princesa abrumada de tedio con sus enormes gatos ágiles y crueles…

Cierro de pronto puertas dentro de mí, puertas por donde algunas sensaciones iban a entrar para realizarse. Retiro bruscamente de su camino los objetos espirituales que van a grabar en ellas ciertos gestos.

Pequeñas frases sin sentido, embutidas en las conversaciones que suponemos estar manteniendo; afirmaciones absurdas hechas con las cenizas de otras que por sí mismas ya nada significan…

—Su mirada tiene algo como de música tocada a bordo de un barco, en el centro misterioso de un río con florestas en la margen contraria…

=No diga que es fría una noche de luna. Abomino de las noches de luna… Hay quienes de verdad acostumbran a tocar música en las noches de luna…

—Eso también es posible… Y lamentable, claro está… Pero su mirada tiene realmente el deseo de estar saudosa de algo… Le falta el sentimiento que expresa… Encuentro en la falsedad de su expresión muchas de las ilusiones que he tenido…

=Créame que a veces siento lo que digo, e incluso, aunque sea mujer, lo que digo con la mirada…

—¿No está siendo cruel consigo misma? ¿Sentimos nosotros realmente lo que estamos sintiendo? Esta conversación nuestra, por ejemplo, ¿tiene visos de realidad? No los tiene. En una novela no sería tolerada.

=Y con mucha razón… Yo no tengo la certeza absoluta de estar hablando con usted, fíjese… Aunque mujer, me impuse un deber de ser estampa de un libro de impresiones de un dibujante loco… Tengo en mí detalles exageradamente nítidos… Da un poco la impresión, bien lo sé, de realidad excesiva y forzada… Creo que la única cosa digna de una mujer contemporánea es este ideal de ser estampa. Cuando yo era niña quería ser la reina de un naipe cualquiera en una baraja antigua que había en mi casa… Me parecía que ese oficio era de un heráldico realmente bondadoso… Pero cuando se es niño, se tienen aspiraciones morales de esas… Sólo más tarde, llegados a la edad en que todas nuestras aspiraciones son inmorales, pensamos seriamente en ello…

—Yo, como nunca hablo con niños, creo en su instinto de artistas… Sabe, mientras le estoy hablando, ahora mismo, estoy intentando penetrar el íntimo sentido de esas cosas que me estaba diciendo… ¿Me perdona?

=No del todo… Nunca se deben descubrir los sentimientos que los otros fingen tener. Son siempre demasiado íntimos… Créame que realmente me duele estar haciéndole estas confidencias íntimas, que, aunque sean todas falsas, representan verdaderos jirones de mi pobre alma… En el fondo, puede creerme, lo que de más doloroso somos es lo que no somos realmente, y nuestras mayores tragedias se desarrollan en nuestra idea de nosotros mismos.

—Es tan cierto todo eso… ¿Para qué decirlo? Me hirió. ¿Para qué despojar nuestra conversación de su irrealidad constante? Así es casi una conversación posible, mantenida en una mesa de té, entre una mujer hermosa y un imaginador de sensaciones.

=Sí, sí… Me toca a mí pedir perdón… Pero comprenda que estaba distraída y no me daba cuenta de que había dicho una cosa justa… Cambiemos de asunto… ¡Qué tarde es siempre!… No se vuelva a enfadar… Mire que esta frase mía no tiene absolutamente ningún sentido…

—No me pida disculpas, no repare en que estamos hablando… Toda buena conversación debe ser un monólogo entre dos… Debemos, al final, no poder tener la seguridad de si conversamos realmente o si nos imaginamos por completo la conversación… Las mejores y más íntimas conversaciones, y sobre todo las menos moralmente instructivas, son aquellas que los novelistas colocan entre dos personajes de sus novelas… Como por ejemplo…

—¡Por el amor de Dios! Supongo que no iba a citarme un ejemplo… Eso sólo se hace en las gramáticas; no sé si recuerda que ni siquiera llegamos a leerlas.

—¿Leyó alguna vez una gramática?

—Yo nunca. Siempre sentí una aversión profunda a saber cómo se dicen las cosas… Mi única simpatía, en las gramáticas, era para las excepciones y los pleonasmos… Escapar a las reglas y decir cosas inútiles resume con justeza la actitud esencialmente moderna… ¿No es así como se dice?

—Exactamente… Lo que hay de antipático en las gramáticas (¿ya reparó en la deliciosa imposibilidad de que estemos hablando de este asunto?) —lo que las gramáticas tienen de más antipático es el verbo, los verbos… Son las palabras que dan sentido a las frases… Una frase honesta debe siempre poder tener varios sentidos… ¡Los verbos!… Un amigo mío que se suicidó —cada vez que mantengo una conversación un poco larga suicido a algún amigo — tenía la intención de dedicar toda su vida a destruir los verbos…

¿Y por qué se suicidó?

—Espere, todavía no lo sé… Quería descubrir y fijar la manera de no completar las frases sin que pareciera que lo hacía. Él acostumbraba a decirme que buscaba el microbio de la significación… Se suicidó, claro está, porque un día reparó en la inmensa responsabilidad que había aceptado sobre sí… La importancia del problema acabó con su cerebro… Un revólver y…

=Ah, no… Eso de ninguna manera… ¿No ve que no podía ser un revólver?… Un hombre de esos nunca se da un tiro en la cabeza… Poco conoce usted a los amigos que nunca tuvo… Es un defecto grave, ¿sabe?… Mi mejor amiga —una deliciosa joven inventada por mí—

—¿Se llevan bien?

=Todo lo que es posible… Pero esa joven, no imagina, □

Las dos criaturas que estaban sentadas a la mesa de té no mantuvieron con toda seguridad esta conversación. Pero estaban tan bien compuestas y vestidas que era una pena que hablaran así… Por eso escribí esta conversación para que ellos la mantuvieran… Sus actitudes, sus pequeños gestos, sus pueriles miradas y sonrisas en los momentos de conversación que abren pausas en nuestro sentimiento de existir, dijeron nítidamente lo que fielmente finjo que transcribo… Cuando ambos sean un día dos y sin duda casados y cada uno por su lado —con intentos de mayor proximidad, para poder casarse el uno con el otro—, si ellos por casualidad miraran estas páginas, creo que reconocerían lo que nunca dijeron y que no dejarán de quedarme agradecidos por haber interpretado yo tan bien, no sólo lo que ellos eran realmente, sino lo que nunca desearon ser ni sabían que eran…

Que crean, si me leen, que esto fue lo que realmente dijeron. En la conversación aparente que escucharon uno del otro faltaban tantas cosas que □ —faltó el perfume del

momento, el aroma del té, la significación para el caso del ramo de □ que ella llevaba al pecho… Todo eso, que así pasó a formar parte de la conversación, ellos se olvidaron de decirlo… Pero todo eso allí estaba y lo que yo hago es, más que un trabajo literario, un trabajo de historiador. Reconstruyo, completando… y eso me servirá de disculpa ante ellos por haber estado tan fijamente escuchando lo que decían y lo que no habrían querido decir.

371. APOTEOSIS DEL ABSURDO

Hablo en serio y con tristeza; este asunto no es cosa de alegría, porque las alegrías del sueño son contradictorias y tristes y por eso resultan agradables de una misteriosa manera especial.

Sigo a veces en mí, imparcialmente, esas cosas deliciosas y absurdas que yo no puedo poder ver, porque son ilógicas a la vista —puentes sin dónde ni hacia dónde, caminos sin principio ni fin, paisajes invertidos □— el absurdo, lo ilógico, lo contradictorio, todo cuanto nos desliga y aparta de lo real y de su séquito disforme de pensamientos prácticos y sentimientos humanos y deseos de acción útil y provechosa. El absurdo nos salva de llegar, a pesar del tedio, a aquel estado del alma que comienza sintiendo la dulce furia de soñar.

Y yo llego a tener no sé qué misterioso modo de ver esos absurdos —no sé explicarlo, pero veo esas cosas inconcebibles para la visión.

372. APOTEOSIS DEL ABSURDO
Convirtamos la vida en un absurdo, de este a oeste.

373.
La vida es un viaje experimental, realizado sin querer. Es un viaje del espíritu a través de la materia, y como es el espíritu el que viaja, es dentro de él donde se vive.

Hay por eso almas contemplativas que han vivido más intensa, más extensa y más tumultuosamente que otras que han vivido en el exterior. El resultado lo es todo. Lo que se sintió fue lo que se vivió. Se retira uno tan cansado de un sueño como de un trabajo visible. Nunca se vivió tanto como cuando se pensó mucho.

Quien está en un rincón de la sala baila con todos los bailarines. Lo ve todo, y por verlo todo, lo vive todo. Como todo, en resumidas cuentas, es al final una sensación nuestra, tanto vale el contacto con un cuerpo como su visión, e incluso hasta su simple recuerdo. Bailo, pues, cuando estoy viendo bailar. Digo, como el poeta inglés, cuando contaba que estaba viendo, tumbado a lo lejos en la hierba, tres segadores: «Hay un cuarto segando, y ese soy yo».

Viene todo esto, dicho tal como lo he sentido, a propósito del gran cansancio, aparentemente injustificado, que hoy se apoderó súbitamente de mí. No sólo estoy cansado, estoy amargado también, y esa amargura no tiene razón de ser. De tan angustiado como estoy, me siento al borde de las lágrimas —no de las lágrimas que se lloran, sino de las que se reprimen, lágrimas de una enfermedad del alma y no de un dolor sensible.

¡He vivido tanto sin haber vivido! ¡He pensado tanto sin haber pensado! Pesan sobre mí mundos de violencias en suspenso, de aventuras vividas sin dar un solo paso. Me siento colmado de lo que nunca tuve ni tendré, hastiado de dioses que no han existido todavía. Arrastro conmigo las heridas de todas las batallas que evité. Siento mi cuerpo muscular molido por el esfuerzo que ni llegué a pensar hacer.

Bazo, mudo, nulo… El alto cielo está de un verano muerto, imperfecto. Lo contemplo como si no estuviera allí. Duermo lo que pienso, estoy acostado caminando, sufro sin sentir. Mi nostalgia mayor es una nostalgia de nada, y ella misma no es nada, como el alto cielo que no veo y que estoy observando de una manera impersonal.

374.
En la perfección nítida del día se estanca sin embargo el aire lleno de sol. No es la presión presente de la tormenta futura, malestar involuntario de los cuerpos, imprecisión deslucida de un cielo verdaderamente azul. Es el torpor sensible de la insinuación del ocio, pluma rozando levemente la mejilla adormecida. Es el calor, el verano. Apetece el campo, incluso a quien no le guste el campo.

Si yo fuera otro, pienso, este día de hoy sería para mí un día feliz, pues lo sentiría sin pensar en él. Remataría con una alegría anticipada mi trabajo normal —el mismo que cada día me resulta monótonamente anormal. Cogería el coche de Benfica, con los amigos con los que habría quedado previamente. Cenaríamos a la puesta del sol, entre los huertos. La alegría de nuestro grupo formaría parte del paisaje y sería reconocida como propia de él por todos cuantos nos viesen.

Como, no obstante, soy yo sólo, disfruto un poco de lo poco que es el imaginarme a ese otro. Sí, después ese-yo, bajo un árbol o una parra, comerá el doble de lo que yo suelo comer, beberá el doble de lo que yo me atrevo a beber, reirá el doble de lo que yo puedo pensar en reír. Después él; ahora, yo. Sí, por un momento fui otro: viví, en otro, esa alegría humilde y humana de existir como un animal en mangas de camisa. ¡Día magnífico este que así me hizo soñar! Todo es azul y sublime en lo alto como mi sueño efímero de ser cajero con salud en no sé qué vacaciones de fin del día.

375.
El campo está donde no estamos. Allí, sólo allí, existen sombras verdaderas y auténtico arbolado.
La vida es la vacilación entre una exclamación y una interrogación. En esa duda, hay un punto final.
El milagro es la pereza de Dios, o, mejor, la pereza que Le atribuimos inventando el milagro.
Los Dioses son la encarnación de lo que nunca podemos ser. El cansancio de todas las hipótesis…

376.

La leve embriaguez de una ligera fiebre, cuando un malestar flojo y penetrante y frío por todos nuestros huesos doloridos y ardiente en nuestros ojos bajo sienes palpitantes —amo ese malestar como un esclavo a un tirano amado. Me da aquella quebrada pasividad trémula en la que entreveo visiones, giro esquinas de ideas y entre sentimientos interpolados me desconcierto.

Pensar, sentir, querer, se convierten en una sola y confusa cosa. Las creencias, las sensaciones, las cosas imaginadas y las cosas presentes están desordenadas, son como el contenido mezclado en el suelo de varios cajones revueltos.

377.
La sensación de convalecencia, sobre todo si nos afectó sentir en los nervios la enfermedad que la precedió, tiene un no sé qué de alegría triste. Existe un otoño de las emociones y de los pensamientos, o mejor, uno de aquellos principios de primavera que, salvo en que no hay caída de hojas, parecen, en el aire y en el cielo, un otoño.

El cansancio sabe bien, y lo bien que sabe duele un poco. Nos sentimos en parte al margen de la vida, aunque dentro de ella, como si dijéramos en el balcón de nuestra casa de vivir. Andamos contemplativos sin pensar, sentimos sin una emoción bien definida. La voluntad se calma, pues no tenemos necesidad de ella.

Es entonces cuando ciertos recuerdos, ciertas esperanzas, ciertos vagos deseos suben lentamente la rampa de la conciencia, como confusos caminantes vistos desde lo alto del monte. Memorias de cosas fútiles, esperanzas de cosas que no importa que no hayan existido, deseos que no fueron violentos por naturaleza o emisión, que nunca pudieron querer realizarse.

Cuando el día se ajusta a esas sensaciones, como hoy, que, aunque sea ya verano, está medio nublado con algunos azules y un ligero viento que por no ser caliente es casi frío, entonces aquel estado del alma se acentúa porque pensamos, sentimos, vivimos esas impresiones. No es que sean más claros los recuerdos, las esperanzas o los deseos que teníamos. Pero se siente más, y su imprecisa suma pesa un poco, de un modo absurdo, en el corazón.

Hay algo de distante en mí en este momento. Estoy de hecho al balcón de la vida, pero no es exactamente de esta vida. Estoy por encima de ella, y viéndola desde donde estoy mirando. Yace frente a mí, descendiendo en terraplenes y deslizamientos, como un paisaje diferente, hasta las humaredas sobre las casas blancas de las aldeas del valle. Si cierro los ojos, continúo viendo, puesto que no veo. Si los abro, nada más veo, puesto que no veía. Todo yo soy una vaga saudade, pero no del pasado, ni tampoco del futuro: soy una saudade del presente, anónima, múltiple e incomprendida.

378.
Los clasificadores de cosas, que son aquellos hombres de ciencia cuya ciencia consiste sólo en clasificar, ignoran, en general, que lo clasificable es infinito y que por tanto no puede ser clasificado. Pero lo que más me pasma es que ignoran la existencia de cosas desconocidas clasificables, cosas del alma y de la conciencia que están en los intersticios del conocimiento.

Tal vez porque yo pienso demasiado o sueño excesivamente, lo cierto es que no distingo entre la realidad que existe y el sueño, que es la realidad inexistente. Y así voy intercalando en mis meditaciones sobre el cielo y la tierra cosas que no brillan al sol ni se pisan con los pies —maravillas fluidas de la imaginación.

Me doro de ocasos supuestos, pero lo supuesto está vivo en la suposición. Me alegro por causa de imaginarias brisas, pero lo imaginario vive cuando es imaginado. Tengo alma en virtud de diversas hipótesis, pero esas hipótesis tienen alma propia, y me regalan por eso la que tienen.

No hay otro problema salvo el de la realidad, y ese es irresoluble y vivo. ¿Qué sé yo de la diferencia entre un árbol y un sueño? Puedo tocar el árbol; el sueño sé que lo tengo. ¿Qué es, realmente, esto?

¿Qué es esto? Soy yo que, sólo en la oficina desierta, puedo vivir imaginando sin desventaja para la inteligencia. No sufro en mi pensar interrupciones ni de las mesas abandonadas ni de la sección de envíos enrollados y atados sólo con papel y cuerdas. Estoy, no sentado en mi silla, sino recostado, merced a una promoción todavía por llegar, en el sillón de brazos redondeados de Moreira. Tal vez sea la influencia del lugar lo que me unge como persona distraída. Los días de fuerte calor producen sueño; duermo sin dormir por falta de energía. Y por eso pienso así.

379. PAUSA DOLOROSA

Me está cansando ya la calle, pero no, no me cansa —todo es calle en la vida. Está la taberna ahí enfrente, que veo si miro por encima del hombro derecho; y están ahí enfrente las cajas, que veo si miro por encima del hombro izquierdo; y, en medio, sin poder verlo como no me gire por completo, el zapatero inunda de ruidos regulares el portal de las oficinas de la Compañía Africana. Los otros pisos no son nada especial. En el tercero hay una pensión, dicen que de mala nota, pero eso es, como todo, la vida.

¿Cansarme la calle? Solo me canso cuando pienso. Cuando miro a la calle, o la siento, no pienso: trabajo con un gran sosiego íntimo, último en aquel rincón, escrituradamente nadie. No tengo alma, nadie tiene alma —todo es trabajo en la amplia casa. Donde los millonarios disfrutan, siempre en sus extranjeros, hay también trabajo y tampoco hay alma. De todo ello queda algún que otro poeta. Quién me diera que quedara de mí una frase, un dicho del que se dijera ¡*Bien hecho*!, como los números que voy apuntando, copiándolos, en el libro mi vida entera.

Creo que nunca dejaré de ser ayudante de tenedor de libros de un almacén de paños. Deseo, con una sinceridad que llega a ser feroz, no ascender nunca a tenedor de libros.

380.
Hace mucho —no sé si días, si meses— que no registro ninguna impresión; no pienso, y por tanto no existo. Vivo olvidado de quien soy; no sé escribir porque no sé ser. Por un adormecimiento oblicuo, he sido otro. Saber que no me acuerdo es despertar.

Sufrí un ligero desvanecimiento en mi vida. Vuelvo en mí sin memoria de lo que he sido, y la memoria de lo que fui sufre por haber sido interrumpida. Existe en mí una noción confusa de una pausa desconocida, un esfuerzo fútil de una parte de la memoria por querer encontrar la otra parte. No consigo reanudarme. Si he vivido, me olvidé de saberlo. No es que este primer día del otoño sentido —el primero de frío no fresco que viste el estío muerto de luz disminuida— me dé, con una transparencia interpuesta, una sensación de designio muerto o de voluntad falsa. No es que exista, es este interludio de cosas perdidas, un vestigio incierto de memoria inútil. Es algo más doloroso que todo eso, es un tedio de estar recordando lo que no se recuerda, un desaliento por lo que la conciencia perdió entre algas o juncos a la orilla de no sé qué regato. Sé que el día, límpido e inmóvil, tiene un cielo positivo y azul menos claro que el azul profundo. Sé que el sol, ligeramente menos de oro de lo que acostumbraba, dora de reflejos húmedos paredes y ventanas. Sé que, sin que exista viento o brisa que lo recuerde o niegue, duerme sin embargo una frescura despierta por la ciudad indefinida. Sé todo eso, sin pensar y sin querer, y no tengo sueño sino por recuerdo, ni saudade sino por desasosiego.

Convalezco, estéril y remoto, de la enfermedad que no padecí. Me predispongo, con ágil despertar, a lo que no me atrevo. ¿Qué sueño me impidió dormir? ¿Qué caricia no me quiso hablar? ¡Qué bien poder ser otro con este sorbo frío de intensa primavera! ¡Qué bien poder al menos pensarlo, mejor que la propia vida, mientras a lo lejos en la imagen recordada los juncos, sin que se aprecie el viento, se inclinan verdes en el regato!

¡Cuántas veces, recordando al que no fui, me pienso joven y olvido! Y eran diferentes de como fueron los paisajes que nunca vi; eran distintos sin haber existido los paisajes que realmente vi. ¿Qué me importa? Concluí a base de casualidades e intersticios, y, mientras el fresco del día es el mismo del sol, duermen fríos, en el ocaso que veo sin haberlo, los juncos oscuros del regato.

381.

Nadie ha definido todavía, en un lenguaje comprensible para quien no lo haya experimentado, lo que es el tedio. Unos llaman tedio a lo que no es más que aburrimiento; otros, a lo que sólo es malestar; otros aún dicen tedio queriendo decir cansancio. Pero el tedio, aunque participe del cansancio, del malestar y del aburrimiento, participa de ellos como el agua participa del hidrógeno y del oxígeno de que está compuesta. Los incluye sin parecerse a ellos.

Así, si unos dan al tedio un sentido restringido e incompleto, algunos hay que le dan un significado que en cierto modo lo transciende —como cuando se llama tedio al disgusto íntimo y espiritual causado por la variedad e incerteza del mundo. Lo que hace abrir la boca, esto es, el aburrimiento; lo que hace cambiar de postura, o sea, el malestar; lo que hace que no podamos movernos, es decir, el cansancio —ninguna de esas cosas es el tedio; pero tampoco lo es el sentimiento profundo de la vaciedad de las cosas que hace que la aspiración frustrada se libere, el ansia desilusionada se levante y en el alma se forme la semilla de la que ha de nacer el místico o el santo.

El tedio es, en efecto, el aburrimiento del mundo, el malestar de estar viviendo, el cansancio de haber vivido; el tedio es, realmente, la sensación carnal de la múltiple vaciedad de las cosas. Pero el tedio, más que eso, es el aburrimiento de otros mundos, tanto si existen como si no; el malestar de tener que vivir, aunque sea como otro, aunque sea de otro modo, aunque sea en otro mundo; el cansancio, no sólo del ayer y del hoy, sino también del mañana, de la eternidad, si es que existe, y de la nada, si es que en ello consiste la eternidad. Y tampoco es sólo la vaciedad de las cosas y de los seres la que duele en el alma cuando se halla en estado de tedio: es también la vaciedad de alguna otra cosa que no son las cosas y los seres, la vaciedad de la propia alma que siente el vacío, que se siente ella misma vacío, y que en ese vacío se enoja y se repudia.

El tedio es la sensación física del caos y de que el caos lo es todo. El aburrido, el que siente malestar, el cansado se sienten presos en una celda estrecha. El que está a disgusto con la estrechez de la vida se siente encadenado en una celda amplia. Pero el que sufre de tedio se siente preso en libertad frustrada dentro de una celda infinita. Sobre aquel que se aburre, o siente malestar o fatiga, pueden abatirse las paredes de la celda y dejarlo enterrado debajo. Al que siente disgusto por la pequeñez del mundo pueden soltársele las cadenas y huir, o dolerse por no poder arrancárselas, y él así, sintiendo ese dolor, revivirse ya sin aquel disgusto. Pero las paredes de la celda infinita no pueden enterrarnos, porque no existen; ni siquiera pueden hacernos vivir por el dolor las cadenas que nadie nos puso.

Y es esto lo que siento ante la belleza plácida de esta tarde que se despide imperecederamente. Miro al cielo alto y claro, donde unas cosas vagas, rosáceas, como sombras de nubes, son la pelusilla impalpable de una vida alada y lejana. Bajo los ojos hacia el río, donde el agua, sólo ligeramente trémula, es de un azul que parece espejeado de un cielo más profundo. Alzo otra vez los ojos hacia el cielo, hay ya, entre lo que de vagamente colorido se deshace en jirones en el aire invisible, un tono algenado [*sic*] de un blanco deslucido, como si alguna cosa de entre las propias cosas, allí donde son más altas y frustradas, experimentara un tedio material propio, una imposibilidad de ser lo que es, un cuerpo imponderable de angustia y de desolación.

¿Y qué? ¿Qué hay en el aire más que el propio aire, que no es nada? ¿Qué hay en el cielo salvo un color que no es el suyo? ¿Qué hay en esos jirones de algo menos que nubes de las que ya hasta dudo, sino unos reflejos de luz incidiendo materialmente desde un sol ya sumiso? ¿Qué hay en esto todo sino yo? Ah, pero el tedio es eso, es sólo eso. ¡Es que en todo esto —cielo, tierra, mundo—, lo que hay en todo esto no es otra cosa que yo mismo!

382.
He llegado a ese punto en el que el tedio es ya una persona, la ficción encarnada de mi convivencia conmigo mismo.

383.
El mundo exterior existe como un actor sobre un escenario: está allí, pero es otra cosa.

384.
… todo es una enfermedad incurable.
La ociosidad de sentir, el disgusto de tener que no saber hacer nada, la incapacidad de actuar, como un □

385.

¿Niebla o humo? ¿Subía de la tierra o bajaba del cielo? No se sabía: más que una bajada o una emanación, parecía como una enfermedad del aire. A veces semejaba más una enfermedad de los ojos que una realidad de la naturaleza.

Fuera lo que fuera se extendía por todo el paisaje una inquietud turbia, hecha de olvido y de atenuación. Era como si el silencio del mal sol tomara para sí un cuerpo imperfecto. Se diría que iba a suceder algo y que por todas partes había una intuición por la que lo visible se velaba.

Se hacía difícil decir si el cielo ceniciento tenía nubes o más bien niebla. Era un torpor bazo, colorido en este o aquel punto, un encenizamiento imponderablemente amarilleado, salvo donde se deshacía en color de rosa falso, o donde se estancaba azuleando, pero ahí no se distinguía si era el cielo que se revelaba o era otro azul que lo encubría.

Nada era definido, ni siquiera lo indefinido. Por eso apetecía llamar humo a la niebla, porque no parecía niebla, o preguntar si era niebla o humo, por no poderse apreciar en absoluto lo que pudiera ser. El mismo calor del aire colaboraba en la duda. No era calor, ni frío, ni fresco; parecía componer su temperatura con elementos sacados de otras cosas distintas al calor. Se diría, en verdad, que una niebla fría a los ojos era caliente al tacto, como si tacto y vista fueran dos variantes sensibles de un mismo sentido.

Y no era, en torno a los contornos de los árboles, o de las esquinas de los edificios, aquel resaltar de recortes o aristas que la verdadera niebla trae consigo, estancándose, o que el auténtico humo, natural, entreabre y medio oscurece. Era como si cada cosa proyectase de sí misma una sombra vagamente diurna, en todos los sentidos, sin luz que la explicase como sombra, sin lugar de proyección que la justificase como cosa visible.

Ni visible era: era como un comienzo de que va a verse alguna cosa, pero en todas partes por igual, como si el revelarla dudase en dejarse mostrar.

¿Y qué sentimiento había? La imposibilidad de tenerlo, el corazón deshecho en la cabeza, los sentimientos confundidos, un torpor de la existencia despierta, un aprontar de alguna cosa anímica como el oído para una revelación definitiva, inútil, siempre a punto de aparecer, como la verdad, y siempre, como la verdad, muy próxima del nunca aparecer.

Hasta las ganas de dormir, que al pensamiento llevan, dejan de apetecer por parecer esfuerzo el mero bostezo de tenerlas. Incluso dejar de ver duele a los ojos. Y, en la abdicación incolora de toda el alma, sólo los ruidos exteriores, a lo lejos, son el mundo imposible que todavía existe. ¡Ah, otro mundo, otras cosas, otra alma con la que sentirlas, otro pensamiento con el que saber de esa alma! ¡Cualquier cosa, el tedio incluso, menos este esfumarse a un mismo tiempo cosas y alma, este desamparo azulado de la indefinición de todo!

386.
Caminábamos, juntos y separados, por los desvíos bruscos de la floresta. Nuestros pasos, que eran la parte ajena de nosotros, iban a la par, unísonos, entre la blandura crujiente de las hojas, que se esparcían, amarillas y medio verdes, por las irregularidades del suelo. Pero iban también separados porque éramos dos pensamientos, y no había entre nosotros nada en común salvo que lo que éramos pisaba al mismo tiempo el mismo suelo oído.

Había entrado ya el inicio del otoño, y, además de las hojas que pisábamos, oíamos caer continuamente, con el acompañamiento brusco del viento, otras hojas, o ruidos de hojas, dondequiera que íbamos o habíamos ido. No había más paisaje que la floresta que a todas las velaba. Bastaba, sin embargo, como lugar y espacio para quienes, como nosotros, no teníamos otra vida que el caminar unísono y diverso sobre un suelo agonizante. Era, creo, el fin de un día, o de cualquier día, tal vez de todos los días, en un otoño todos-los-otoños, en medio de la floresta simbólica y auténtica.

Qué casas, qué deberes, qué amores habíamos abandonado —ni nosotros mismos sabríamos decirlo. No éramos, en esos momentos, más que caminantes por entre lo que habíamos olvidado y lo que no sabíamos, caballeros a pie del ideal abandonado. Pero en eso, como en el ruido continuo de las hojas pisadas, y en el ruido siempre brusco del incierto viento, consistía la razón de ser de nuestra ida, o de nuestra vuelta, pues, no conociendo el camino ni su porqué, no podíamos saber si partíamos o regresábamos. Y siempre, a nuestro alrededor, sin lugar conocido o caída vista, el ruido de las hojas que iban cubriendo el suelo adormecía de tristeza la floresta.

Ninguno de los dos quería saber del otro, pero ninguno de los dos proseguiría sin el otro. La compañía que nos hacíamos era una especie de sueño que cada uno tenía. El sonido de los pasos acompasados ayudaba a cada uno a pensar sin el otro, y los propios pasos solitarios lo habrían despertado. La floresta estaba llena de claros falsos, como si fuera falsa o estuviera acabando, pero ni acababa la falsedad ni acababa la floresta. Nuestros pasos seguían constantes al unísono, y en torno a lo que oíamos de las hojas pisadas se alzaba un vago ruido de hojas cayendo, en la floresta transformada en todo, en la floresta igual al universo.

¿Quiénes éramos? ¿Seríamos dos o dos formas de uno? No lo sabíamos, ni lo preguntábamos. Debía haber un vago sol, pues no era de noche en la floresta. Debía haber un vago fin, pues caminábamos. Debía haber algún mundo, pues había floresta. Nosotros, sin embargo, éramos ajenos a lo que fuera o pudiera ser, caminantes acompasados e interminables sobre hojas muertas, oyentes anónimos e imposibles de hojas cayendo. Nada más. Un susurro, brusco unas veces y suave otras, del viento misterioso, un murmullo, unas veces alto y otras bajo, de las hojas prisioneras, un resquicio, una duda, un propósito cumplido, una ilusión que ni siquiera fue —la floresta, los dos caminantes, y yo, yo, que no sé cuál de los dos era, o si era los dos, o ninguno, y asistí, sin ver el final, a la tragedia de que no hubiera nunca más que otoño y floresta y el viento siempre brusco y misterioso y las hojas siempre caídas o cayendo. Y siempre, como si de verdad hubiera un sol y un día, se veía con toda claridad, sin finalidad alguna, en el silencio rumoroso de la floresta.

387.
Supongo que es por ser lo que se llama un decadente por lo que hay en mí, como definición externa de mi espíritu, esos débiles destellos tristes de una extrañeza postiza que incorporan en palabras inesperadas un alma ansiosa y malabar. Siento que soy así y que soy absurdo. Por eso busco, por una imitación de una hipótesis de los clásicos, representar al menos en una matemática expresiva las sensaciones decorativas de mi alma sustituida. A cierta altura de mi meditación escrita, ya no sé donde tengo el centro de atención —si en las sensaciones dispersas que procuro describir, como tapicerías desconocidas, si en las palabras con las que, queriendo describir la propia descripción, me embreño, me desencamino y veo otras cosas. Se me forman dentro de mí asociaciones de ideas, de imágenes, de palabras —todo lúcido y difuso—, y estoy diciendo tanto lo que siento como lo que supongo que siento, sin distinguir ni lo que el alma me sugiere de lo que las imágenes, que el alma fue dejando caer, van floreciéndome en el suelo, ni siquiera si un sonido de palabra bárbara o un ritmo de frase intercalada no me apartan del asunto ya incierto, de la sensación ya aparcada, y me absuelven de tener que pensar y decir, como grandes viajes hechos para distraerse. Y todo esto, que, si lo repitiera, debería darme una sensación de futilidad, de fracaso, de sufrimiento, no consigue sino darme alas de oro. Siempre que hablo de imágenes, tal vez porque fuera a condenar su abuso, me nacen imágenes; siempre que me alzo desde mí mismo para rechazar lo que no siento, lo estoy sintiendo ya y el propio rechazo es una sensación con bordados; siempre que, perdida al fin la fe en el esfuerzo, me quiero abandonar al extravío, un término clásico, un adjetivo espacial y sobrio, me hacen de repente, como una luz solar, ver clara frente a mí la página escrita durmiendo, y las letras de la tinta de mi pluma son un mapa absurdo de señales mágicas. Y me deposito como deposito la pluma, y trazo la capa de mi reclinarme sin nexo, lejano, intermedio y súcubo, final como un náufrago ahogándose a la vida de islas maravillosas, en aquellos mismos mares dorados de violeta que en remotos lechos había soñado de verdad.

388.
Transformar en algo puramente literario la receptividad de los sentidos, y convertir las emociones, cuando quizás tengan por inferior aparecer, en materia aparecida para con ella esculpir estatuas de palabras fluidas y refinadas.

389.
El lema que hoy más quiero como definición de mi espíritu es el de creador de indiferencias. Querría que mi acción en la vida fuera, más que cualquiera otra, la de enseñar a los otros a sentir cada vez más por sí mismos, y cada vez menos según la ley dinámica de la colectividad… Enseñar aquella desinfección espiritual gracias a la cual no puede existir contagio de vulgaridad me parece el más constelado destino del pedagogo íntimo que yo querría ser. Que cuantos me leyeran aprendiesen —aunque poco a poco, como exige el asunto— a no tener sensación alguna ante las miradas ajenas y las opiniones de los demás; ese destino enguirnaldaría suficientemente el estancamiento escolástico de mi vida.

La imposibilidad de actuar supuso siempre para mí una molestia con etiología metafísica. Realizar un gesto fue siempre, para mi sentimiento de las cosas, una perturbación, un desdoblamiento en el universo exterior; moverme me dio siempre la impresión de que no dejaría intactas las estrellas ni los cielos sin cambios. Por eso la importancia metafísica del más pequeño gesto tomó muy pronto una importancia asombrosa dentro de mí. Adquirí frente al actuar un escrúpulo de honestidad transcendental que me inhibe, puesto que lo fijé en mi conciencia, de tener relaciones muy acentuadas con el mundo palpable.

390.
Saber ser supersticioso sigue siendo una de las artes que, realizadas en su más alto grado, señalan al hombre superior.

391.
Siempre que, hasta donde puedo, medito y observo, he reparado que los hombres no saben con seguridad o no están de acuerdo sobre lo que sea realmente superior en la vida o útil en el vivirla. La ciencia más exacta es la matemática, que vive dentro de la clausura de sus propias reglas y leyes; sirve, sí, para dilucidar mediante su aplicación otras ciencias, pero dilucida lo que esas ciencias descubren, no les ayuda a descubrirlo. En las otras ciencias no es reconocido ni se tiene por cierto sino lo que nada supone para los fines supremos de la vida. La física sabe perfectamente cuál es el coeficiente de dilatación del hierro; pero ignora cuál es la verdadera mecánica de la constitución del mundo. Y cuanto más subimos en lo que desearíamos saber, más bajamos en lo que sabemos. La metafísica, que sería nuestro mejor guía porque ella y sólo ella se dirige a los fines superiores de la verdad y de la vida — esa ni siquiera es teoría científica, sino sólo un monte de ladrillos formando, con estas o con aquellas manos, casas sin forma alguna que ninguna argamasa liga.

Reparo, también, en que entre la vida de los hombres y la de los animales no existe otra diferencia que la de la forma como se engañan o la ignoran. Los animales no saben lo que hacen: nacen, crecen, viven, mueren sin pensamiento, reflejo o futuro verdadero. ¿Cuántos, sin embargo, son los hombres que viven de modo diferente al de los animales? Todos dormimos, la diferencia está sólo en los sueños y en el grado y calidad del soñar. Tal vez la muerte nos despierte, pero para eso tampoco hay otra respuesta que la fe, para la que creer es tener, la esperanza, para la que desear equivale a poseer, la caridad, para la que dar es recibir.

Llueve, en esta tarde fría de invierno triste, como si hubiera llovido, con esta misma monotonía, desde la primera página del mundo. Llueve, y mis sentimientos, como si la lluvia los curvara, doblan su mirada bruta hasta la tierra de la ciudad, por donde corre un agua que nada alimenta, que nada lava, que nada alegra. Llueve, y yo siento súbitamente la opresión inmensa de ser un animal que no sabe lo que es, soñando el pensamiento y la emoción, encogido como en un tugurio, en una región espacial del ser, contento por un poco de calor como si fuera una verdad eterna.

392.

El pueblo es un buen tipo.

El pueblo nunca es humanitario. Lo que de más fundamental existe en la gente del pueblo es la atención exclusiva a sus propios intereses, y la cuidadosa exclusión, practicada hasta el límite de lo posible, de los intereses ajenos.

Cuando el pueblo pierde su tradición, quiere decir que se rompió el lazo social; y cuando se rompe el lazo social, resulta que se rompe el lazo social entre la minoría y el pueblo. Y cuando se rompe el lazo entre la minoría y el pueblo, se acaban el arte y la verdadera ciencia, desaparecen los agentes principales de cuya existencia deriva la civilización.

Existir es renegar. ¿Qué soy yo hoy, viviendo hoy, sino un renegar de lo que fui ayer, del que fui ayer? Existir es desmentirse. No hay nada que mejor simbolice la vida que aquellas noticias de los periódicos que desmienten hoy lo que el mismo periódico afirmó ayer.

Querer es no poder. Quien pudo, quiso antes de poder sólo tras haber podido. Quien quiere nunca deberá poder, porque se pierde queriendo. Creo que estos principios son fundamentales.

393.

… grosero como los fines de la vida que vivimos, sin querer nosotros tales fines.

La mayoría, por no decir la totalidad de los hombres, vive una vida miserable, miserable en todas sus alegrías y miserable en casi todos sus dolores, salvo en aquellos que se fundamentan en la muerte, porque en esos colabora el Misterio.

Oigo, filtrados por mi desatención, los ruidos que suben, fluidos y dispersos, como ondas fluyendo interpuestamente al azar y desde fuera como si vinieran de otro mundo: gritos de vendedores, que venden cosas naturales, como hortalizas, o sociales, como las participaciones de lotería; rayas circulares de ruedas —carros y coches rápidos a saltos—; automóviles, oídos más en su movimiento que en el giro; el consabido sacudir de manteles o cosa parecida desde cualquier ventana; el silbido del mozalbete; la carcajada del piso de arriba; el gemido metálico del tranvía en la otra calle; lo que emerge mezclado desde lo transversal; subidas, bajadas, silencios de lo más variopinto; torpes estruendos de los transportes; algunos pasos; principios, intermedios y finales de voces —y todo esto existe para mí, que duermo pensándolo, como una piedra entre la hierba, en cierta forma espiando desde fuera del lugar.

Después, y al lado, desde dentro de la casa nuevos ruidos vienen a confluir con los otros: los pasos, los platos, la escoba, la canción interrumpida (casi un fado); la combinación del balcón de la víspera; la irritación por lo que falta en la mesa; el pásame los cigarrillos que quedaron encima de la cómoda —todo eso es la realidad, la realidad anafrodisíaca que no cabe en mi imaginación.

Callados, los pasos de la criada ayudante, chinelas que vuelvo a ver de trenzado encarnado y negro, y, al volverlas así a ver, el ruido adquiere un no sé qué de trenzado encarnado y negro; seguros, firmes, los pasos de los tacones de bota del hijo de la casa que sale y se despide en voz alta, con el batir de la puerta cortando el eco del luego que viene tras el hasta; una paz, como si el mundo acabara en este cuarto piso; ruido de loza que se va a lavar; correr de agua; «pero es que no te dije que»… y el silencio silba desde el río.

Pero yo modorro, digestivo e imaginador. Tengo tiempo, entre sinestesias. Y es prodigioso pensar que no querría, si alguien ahora me preguntara y yo respondiera a la pregunta, una breve vida mejor que estos lentos minutos, esta anulación del pensamiento, de la emoción, de la acción, casi de la propia sensación, el ocaso nato de la voluntad dispersa. Y entonces reflexiono, casi sin pensamiento, y pienso que la mayoría, por no decir la totalidad de los hombres, vive así, más arriba o más abajo, caminando o parados, pero con idéntica modorra para los fines últimos, con igual abandono de los propósitos formulados, con la misma sensación de la vida. Siempre que veo un gato al sol me recuerda la humanidad. Siempre que veo dormir recuerdo que todo es sueño. Siempre que alguien me dice que soñó, pienso si piensa que nunca hizo otra cosa que soñar. El ruido de la calle aumenta, como si se hubiera abierto una puerta, y tocan al timbre.

No debía ser nada, porque la puerta se cerró enseguida. Los pasos se apagan al final del corredor. Los platos lavados levantan su voz de loza y agua. […]

394.
Y así como sueño, si quiero, raciocinio, porque eso no es más que otro tipo de sueño.
Príncipe de mejores horas, en otro tiempo yo fui tu princesa, y nos amamos con un amor de otra especie, cuyo recuerdo me produce dolor.

395.
De tan suave y aérea, la hora era un ara para orar. Por cierto, que en el horóscopo de nuestro encuentro, culminaban conjunciones benéficas. Igual de sedosa y de sutil, la materia incierta de sueño visto que se entrometía en nuestra conciencia de sentir. Cesó completamente, como cualquier verano, nuestra ácida noción de que no vale la pena vivir. Renacía aquella primavera que, aunque por equivocación, podíamos pensar que habíamos tenido. En el desprestigio de nuestras semejanzas los estanques se lamentaban de la misma manera, entre árboles, y las rosas en los macizos descubiertos, y la melodía indefinida de vivir —todo irresponsablemente.

No vale la pena presentir ni conocer. Todo el futuro es una niebla que nos rodea, y el mañana sabe a hoy cuando apenas entrevisto. Mis destinos, los payasos que la caravana abandonó, y ello sin mejor luz de luna que la luz de las estrellas, ni otros estremecimientos en las hojas salvo los de la brisa, y la incertidumbre del momento y nuestro creer ver allí estremecimientos. Púrpuras distantes, sombras fugitivas, el sueño siempre incompleto y sin creer que la muerte lo complete, rayos de sol moribundo, la lámpara de la casa en la ladera, la noche angustiosa, el perfume de muerte sólo entre libros, con la vida allá afuera, árboles oliendo a verdes en la noche inmensa más estrellada del otro lado del monte. Así tus amarguras tuvieron benigna compañía; tus escasas palabras consagraron regiamente el embarque, nunca regresó ninguna nave, ni siquiera las de verdad, y el humo de la vida desnudó por completo los alrededores, dejando sólo las sombras y los engastes, aflicciones de las aguas en los lagos aciagos rodeados de matas de boj por portones (vistos desde lejos) Watteau, la angustia, y nunca más. Milenios, sólo los que te esperen, pero el camino no tiene curva y por eso no podrás llegar nunca. Copas sólo para las cicutas inevitables —no las tuyas, sino la vida de todos, e incluso los faroles, los desvíos, las alas vagas, sólo oídas, y con el pensamiento, en la noche inquieta, sofocada, que minuto a minuto se va alzando desde ella misma y avanza por su angustia adentro. Amarillo, verdinegro, azul-amor —¡todo muerto, señora mía, todo muerto, y todos los navíos aquel navío sin zarpar! Reza por mí, y Dios tal vez exista porque rezas por mí. En voz muy queda, la fuente lejos, la vida incierta, el humo dejando de salir de la aldea donde ya anochece, la memoria turbia, el río apartado… Concédeme que duerma, concédeme que olvide, señora de los Designios Inciertos, Madre de las Caricias y de las Bendiciones irreconciliables con su propia existencia…

396.
Después de que las últimas lluvias abandonaran el cielo y se quedaran en la tierra —cielo limpio, tierra húmeda y espejada—, la mayor claridad de la vida que con el azul volvió a lo alto y con la frescura de haber habido agua se alegró aquí abajo, dejó un cielo propio en las almas, una frescura suya en los corazones.

Somos, por más que no queramos serlo, siervos del momento y de sus olores y formas, súbditos del cielo y de la tierra. Aquel de entre nosotros que más se embreña dentro de sí mismo, despreciando lo que lo rodea, incluso ese, no se embreña por los mismos caminos cuando llueve que cuando el cielo está sereno. Oscuras transmutaciones, sentidas tal vez sólo en el interior de los sentimientos abstractos, se producen porque llueve o porque deja de llover, se sienten sin sentirlas porque sin sentirlo el tiempo se sintió.

Cada uno de nosotros es varios, es muchos, es una multiplicidad de sí mismos. Por eso quien desprecia el ambiente no es el mismo que el que de él se alegra o lo padece. En la inmensa colonia de nuestro ser hay gente de especies muy diversas, pensando y sintiendo de forma diferente. En este momento en que escribo, en una pausa reglamentaria del trabajo hoy escaso, estas pocas palabras sobre mis impresiones, soy el que las escribe atentamente, soy el que está contento por no tener en este momento que trabajar, soy el que está mirando el cielo allá afuera, invisible desde aquí, soy el que está pensando todo esto, soy el que siente su cuerpo contento y las manos todavía ligeramente frías. Y todo este mundo mío de gentes desconocidas entre sí, proyecta, como una multitud diversa mas compacta, una sombra única —este cuerpo quieto y escribiente con el que me reclino, de pie, sobre la mesa alta de Borges adonde vine a buscar el secante que le había prestado.

397.
Por entre el caserío, entre intercalaciones de luz y sombra —o mejor, de luz y menos luz—, la mañana se derrama sobre la ciudad. Parece que no viene del sol sino de la ciudad, y que es de las paredes y de los tejados desde donde la luz se precipita —no desde ellos físicamente, sino desde ellos por el hecho de encontrarse ellos allí.

Siento, al sentirla, una gran esperanza; pero reconozco que se trata de una esperanza literaria. Mañana, primavera, esperanza —están ligadas musicalmente por una misma intención melódica; están ligadas en el alma por una misma memoria de idéntica intención. No: si a mí mismo me observo, como estoy observando la ciudad, reconozco que lo que tengo que esperar es que este día acabe, como todos los días. La razón también ve la aurora. La esperanza que puse en él, si es que la hubo, no fue mía; fue la de los hombres que viven el momento que pasa, y a los que encarné, sin querer, en el entendimiento exterior de este instante.

¿Esperar? ¿Qué voy a esperar yo? El día no me promete más que el día, y yo sé que tiene su pasar y su fin. La luz me anima pero no me mejora, porque saldré de aquí como aquí vine —más viejo en horas, más alegre alguna sensación, más triste algún que otro pensamiento. En lo que nace tanto podemos sentir lo que nace como pensar lo que ha de morir. Ahora, a esta luz clara e intensa, el paisaje de la ciudad es como el de un campo de casas —natural, extenso, combinado. Pero, incluso viendo todo esto, ¿podré olvidarme de que existo? Mi conciencia de la ciudad es, por dentro, mi conciencia de mí mismo.

Me acuerdo de repente de cuando era niño y veía, como hoy no puedo ver, rayar la mañana sobre la ciudad. Entonces la mañana no rayaba para mí, sino para la vida, porque entonces yo (sin ser consciente de ello) era la vida. Veía la mañana y sentía alegría; hoy veo la mañana, y siento alegría, y me quedo triste… El niño sigue aquí, pero enmudeció. Veo como veía, pero por detrás de los ojos me veo viendo; y ya sólo con esto se me oscurece el sol y el verde de los árboles me resulta viejo y las flores se marchitan antes de florecer. Sí, en otro tiempo yo era de aquí; hoy, con cada paisaje, por nuevo que sea para mí, regreso extranjero, huésped y peregrino de su presentación, forastero de lo que veo y oigo, viejo de mí.

Ya lo he visto todo, hasta lo que nunca vi y lo que no llegaré a ver nunca. Por mi sangre corre incluso el recuerdo de los paisajes futuros, y la angustia de lo que de nuevo habré de ver se me convierte en una monotonía anticipada.

Y asomado al parapeto, disfrutando del día, sobre el volumen variopinto del conjunto de la ciudad, sólo un pensamiento me inunda el alma —el íntimo deseo de morir, de acabar, de no ver ninguna otra luz sobre ciudad alguna, de no pensar, de no sentir, de dejar atrás, como un papel de envolver, el curso del sol y de los días, de despojarme, como de un traje pesado, a la orilla del lecho infinito, del esfuerzo involuntario de ser.

398.
Tengo la intuición de que para las criaturas como yo ninguna circunstancia material puede resultar propicia, ningún acontecimiento de la vida puede tener una solución favorable. Si ya por otras razones me aparto de la vida, esta contribuye también a que me aparte. Aquella acumulación de circunstancias que, para los hombres vulgares, harían inevitable el éxito, derivan, cuando a mí se refieren, en cualquier otro resultado inesperado y adverso.

De esta constatación me nace a veces una impresión dolorosa de enemistad divina. Me parece que sólo por un ajustar consciente de los hechos a fin de que me resulten maléficos, puede haberme acontecido la serie de desastres que define mi vida.

De todo esto resulta, en relación con mis esfuerzos, que yo no intento nunca nada con exceso. Que sea la suerte la que, si quiere, venga a mi encuentro. Sé de sobra que el mayor de mis esfuerzos no logrará nunca el resultado] que en otros lograría. Por eso me abandono a la suerte, sin nada esperar de ella. ¿Para qué?

Mi estoicismo es una necesidad orgánica. Necesito acorazarme contra la vida. Como todo estoicismo no pasa de un severo epicureísmo, deseo en lo posible hacer que mi desgracia me divierta. No sé hasta qué punto lo consigo. No sé hasta qué punto consigo alguna cosa. No sé hasta qué punto existe alguna que pueda conseguirse…

Donde otros vencerían, no por su esfuerzo, sino por la inevitabilidad de las cosas, yo ni por esa inevitabilidad ni por ese esfuerzo logro ni lograría vencer.

Nací, quizás, espiritualmente, en un día corto de invierno. Cayó pronto sobre mi ser la noche. Sólo como frustración y abandono consigo realizar mi vida.

En el fondo, nada de esto es estoico. Es sólo en las palabras donde reside la nobleza de mi sufrimiento. Me quejo, como una criada enferma. Me atormento como un ama de casa. Mi vida es completamente fútil y absolutamente triste.

399.
Como Diógenes a Alejandro, sólo le pedí a la vida que no me privase del sol. Sentí deseos, pero me fue negada la razón de sentirlos. Lo que conseguí, más hubiera valido haberlo conseguido de verdad. El sueño □

Vacilo ante todo, muchas veces sin saber por qué. Cuántas veces busco, como la línea recta que me es propia, concibiéndola mentalmente como la línea recta ideal, la distancia menos corta entre dos puntos. Nunca poseí el arte de estar vivo activamente. Siempre equivoqué los gestos que no equivoca nadie; lo que los otros nacieron para hacer, yo me esforcé siempre en no dejar de hacer. Deseé siempre conseguir lo que los otros consiguieron casi sin desearlo. Entre mí y la vida siempre hubo vidrios ahumados: no supe de ellos por la vista, ni por el tacto; no viví esa vida ni ese plan, fui el devaneo de lo que quise ser, mi sueño empezó en mi voluntad, mi intención fue siempre la primera ficción de lo que nunca fui.

Nunca supe si era excesiva mi sensibilidad para mi inteligencia, o mi inteligencia para mi sensibilidad. Llegué siempre tarde no sé a cuál de ellas, tal vez a ambas, a la primera y a la segunda, o fue la tercera la que llegó tarde.

Los soñadores de ideales [?] —socialistas, altruistas, humanitarios de todo tipo— me producen una náusea física, de estómago. Son los idealistas sin ideal. Son los pensadores sin pensamiento. Quieren la superficie de la vida con la fatalidad de una basura que flota en la superficie del agua y que se juzga hermosa porque las conchas dispersas flotan en la superficie del agua también.

400.
Con un puro caro y los ojos cerrados se es rico.
Como quien visita un lugar donde pasó su juventud, consigo, con un cigarrillo barato, regresar por completo al lugar de mi vida en que tenía la costumbre de fumarlos. Y a través del sabor suave del humo todo mi pasado revive ante mí. Otras veces puede ser un determinado dulce. Un simple bombón de chocolate me destroza a veces los nervios por el exceso de recuerdos con que los estremece. ¡La infancia! Y entre mis dientes que se clavan en la pasta oscura y blanda, muerdo y paladeo mis humildes felicidades de alegre compañero de soldaditos de plomo, de caballero congruente con la caña casual de mi caballo. Me asoman las lágrimas a los ojos y con el sabor del chocolate se mezcla a mi sabor mi felicidad pasada, mi infancia desaparecida, y pertenezco voluptuosamente a la suavidad de mi dolor.

No por simple es menos solemne este mi ritual del paladar.

Pero es el humo del cigarrillo lo que más espiritualmente me reconstruye momentos pasados. El apenas roza mi conciencia de tener paladar. Por eso más en grupo y como transferencia me evoca las horas que morí, desde más lejos me las hace presentes, más neblinosas cuando me envuelven, más etéreas cuando las corporeizo. Un cigarrillo mentolado, un puro barato cubren de suavidad algunos de mis instantes. Con qué sutil plausibilidad de sabor-aroma reconstruyo los escenarios muertos y les presto otra vez los colores de un pasado tan siglo dieciocho siempre por el alejamiento malicioso y cansado, tan medievales siempre por lo irremediablemente perdido.

401.
Creé para mí mismo, ostentación de oprobio, una pompa de dolor y apagamiento. No hice de mi dolor un poema, pero hice de él un cortejo. Y desde la ventana que da a mí mismo contemplo, admirado, los ocasos púrpura, los crepúsculos vagos de dolores sin razón, por donde desfilan, en los ceremoniales de mi descamino, los peligros, los fardos, los fracasos de mi incompetencia nativa para existir. El niño, que nada en mí mató, sigue asistiendo todavía, con fiebre y cintas, al circo que para mí mismo levanto. Ríe de los payasos, sin haberlos aquí fuera del circo; pone en los habilidosos y en los acróbatas los ojos de quien ve allí la vida entera. Y así, sin alegría, pero contento, entre las cuatro paredes de mi cuarto duerme, por pura inocencia, con su pobre papel feo y gastado, toda la angustia insospechada de un alma humana que se desborda, toda la desesperación sin remedio de un cuerpo a quien Dios abandonó.

Camino, no por las calles, sino a través de mi dolor. Las casas alineadas son los incomprendedores que cercan mi alma; □ mis pasos suenan en el paseo como un ridículo doblar a muerto, un ruido de escalofrío en la noche, final como un recibo o una jaula.

Me separo de mí y veo que soy el fondo de un pozo.

Murió aquel que nunca fui. Olvidó a Dios el que yo había de ser. Sólo el interludio vacío.

¡Si yo fuera músico escribiría mi propia marcha fúnebre, y con cuánta razón la escribiría!

402.
Poder reencarnar en una piedra, en una mota de polvo —llora dentro de mi alma este deseo.
Cada vez le encuentro menos sabor a todo, incluso a no encontrarle sabor a nada.

403.
No me encuentro un sentido… La vida pesa… Toda emoción me resulta excesiva… Mi corazón es un privilegio de Dios… ¿De qué cortejos formé parte, que un cansancio de no sé qué pompas arrulla en mi saudade?

¿Y qué palios? ¿qué secuencias de estrellas? ¿qué lirios? ¿qué gallardetes? ¿qué vidrieras?

¿Por qué misterio a la sombra de árboles pasaron las mejores fantasías, que en este mundo tanto se acuerdan de las aguas, de los cipreses y las matas de boj, y no encuentran palios para sus procesiones sino entre las consecuencias de la abstención?

CALEIDOSCOPIO

No hables… Te manifiestas demasiado… Me da pena estar viéndote… ¿Cuándo serás tú apenas una saudade mía? ¡Cuántas no serás tú hasta ese momento! Y tener que creer yo que puedo verte es como un puente viejo por donde nadie pasa… La vida es esto. Los otros abandonaron los remos… No hay ya disciplina en las cohortes… Los caballeros se fueron con la mañana y el ruido de las lanzas… Tus castillos se quedaron a la espera de quedar desiertos… Ningún viento abandonó las copas de las ringleras de árboles… Pórticos inútiles, vajillas guardadas, anuncios de profecías —todo eso pertenece a los crepúsculos postrados en los templos y no a este ahora, al encontrarnos, porque no hay razones para tilos dando sombra salvo tus dedos y su gesto tardío…

Razón de sobra para territorios remotos… Tratados hechos en vidrieras reales… Lirios de cuadros religiosos… ¿A quién espera el séquito? ¿Por dónde alzó su vuelo el águila perdida?

404.
Enrollar el mundo alrededor de nuestros dedos, como un hilo o una cinta con la que juega una mujer que sueña asomada a la ventana.
Todo, en fin, se resume en intentar sentir el tedio de modo que nos duela.
Sería interesante poder ser dos reyes al mismo tiempo: ser no un alma de los dos, sino las dos almas.

405.

La vida, para la mayoría de los hombres, es un fastidio acontecido sin darse cuenta, una cosa triste compuesta de pausas alegres, algo así como los momentos de intercambio de chistes que cuentan los que velan los muertos, para pasar la calma de la noche y la obligación del velatorio. Siempre encontré fútil considerar la vida como un valle de lágrimas: es un valle de lágrimas, sí, pero donde raras veces se llora. Decía Heine que, después de las grandes tragedias, acabamos siempre por sonarnos. Como judío, y por lo tanto universal, vio con claridad la naturaleza universal de la humanidad.

La vida sería insoportable si tuviéramos conciencia de ella. Felizmente no lo hacemos. Vivimos con la misma inconsciencia que los animales, del mismo modo fútil e inútil, y si presentimos la muerte, que es de suponer, sin que tenga por ello que ser cierto, que ellos no presienten, la presentimos a través de tantos olvidos, de tantas distracciones y desvíos, que casi no podemos decir que pensemos en ella.

Así vivimos, y eso es muy poco para que podamos juzgarnos superiores a los animales. Nuestra diferencia con ellos consiste en el pormenor puramente externo de hablar o de escribir, de tener inteligencia abstracta para sustraernos a tenerla concreta, y de imaginar cosas imposibles. Todo eso, sin embargo, no son más que accidentes de nuestro organismo fundamental. El hablar y el escribir nada aportan de nuevo a nuestro instinto primordial de vivir sin saber cómo. Nuestra inteligencia abstracta no sirve sino para construir sistemas, o ideas medio-sistemas, de lo que en los animales significa sólo estar al sol. Nuestra imaginación de lo imposible quizás no sea exclusivamente nuestra, que yo ya he visto gatos mirando a la luna, y no sé si no la pretendían.

Todo el mundo, toda la vida, es un vasto sistema de inconsciencias operando a través de conciencias individuales. Así como con dos gases, haciendo pasar a través de ellos una corriente eléctrica, se puede hacer un líquido, así con dos conciencias —la de nuestro ser concreto y la de nuestro ser abstracto— se hace, pasando a través de ellas la vida y el mundo, una inconsciencia superior.

Feliz, pues, quien no piensa, porque cumple por instinto y por destino orgánico lo que todos nosotros tenemos que cumplir por desvío y por destino inorgánico o social. Feliz aquel que más se asemeja a los brutos, porque es sin esfuerzo lo que todos nosotros somos gracias a un trabajo impuesto; porque sabe el camino de casa, que los demás no encontramos sino por atajos de ficción y de regresos; porque, enraizado como un árbol, forma parte del paisaje y por tanto de la belleza, y no, como nosotros, mitos de paso, figurantes en traje vivo de la inutilidad y del olvido.

406.
No creo mucho en la felicidad de los animales, salvo cuando me apetece hablar de ella para que sirva de marco a un sentimiento que su suposición ponga de relieve. Para ser feliz es preciso saber que se es feliz. No existe felicidad en dormir sin sueños, sino solo en despertarse sabiendo que se durmió sin ellos. La felicidad queda fuera de la felicidad.

No existe felicidad si no es con conocimiento. Pero el conocimiento de la felicidad es infeliz; porque conocerse feliz es conocerse pasando a través de la felicidad y teniendo enseguida que dejarla atrás. Conocer es matar, tanto en la felicidad como en todo lo demás. No conocer, sin embargo, es no existir.

Sólo lo absoluto de Hegel consiguió, en libro, ser dos cosas al mismo tiempo. El no ser y el ser no se funden y confunden en las sensaciones y las razones de la vida: se excluyen, por una síntesis al revés.

¿Qué hacer? Aislar el instante como una cosa y ser feliz ahora, en el momento en que se está sintiendo la felicidad, sin pensar nada más que en lo que se siente, excluyendo todo lo demás, excluyéndolo todo. Enjaular el pensamiento en la sensación, □

Este es mi credo esta tarde. Mañana por la mañana ya no será este, porque mañana por la mañana yo seré ya otro. ¿Qué creyente seré mañana yo? No lo sé, porque sería preciso estar allí para saberlo. Ni el Dios eterno en que hoy creo lo sabrá mañana ni lo sabe hoy, porque hoy soy yo y mañana él quizás ya no haya existido nunca.

407.
Dios me creó para niño, y me dejó siempre niño. ¿Pero por qué dejó que la Vida me golpease y me quitase los juguetes, y me dejara solo en el recreo, estrujando con mis manos tan débiles la bata azul sucia de lágrimas copiosas? ¿Si yo no había de poder vivir sino en medio de cariño, por qué desalojaron mi cariño? Ah, cada vez que veo por la calle un niño llorando, un niño exilado de los otros, me duele más que la tristeza del niño el horror por sorpresa de mi corazón exhausto. Me duelo con todo el tamaño de la vida sentida, y son mías las manos que retuercen el borde de la bata, son mías las falsas cuencas de las lágrimas auténticas, es mía la debilidad, mía la soledad, y las risas de la vida adulta que pasa me usan como el fuego de cerillas rascadas en el tejido sensible de mi corazón.

408.
Cantaba, con una voz muy suave, una canción de un país remoto. La música tornaba familiares las palabras desconocidas. Parecía un fado para el alma, pero no tenía con él el menor parecido.

La canción decía, por las palabras veladas y la melodía humana, cosas que están en el alma de todos y que nadie conoce. El cantaba con una especie de soñolencia, ignorando con la mirada a los oyentes, en un pequeño éxtasis callejero.

La gente reunida lo escuchaba sin hacer muchas burlas de él. La canción era de todo el mundo, y las palabras hablaban a veces con nosotros, secreto oriental de una raza perdida. El ruido de la ciudad no se oía cuando lo escuchábamos, y pasaban los carros tan cerca que uno me rozó las faldas de la chaqueta. Pero lo sentí sin oírlo. Había una absorción en el canto del desconocido que hacía mucho bien a lo que en nosotros sueña o no consigue. Era un asunto de orden público, y todos reparamos en el policía que doblaba la esquina lentamente. Se aproximó con la misma lentitud. Quedó parado un rato por detrás del muchacho de los paraguas, como quien observa algo. En ese momento el cantor se calló. Nadie dijo nada. Entonces intervino el policía.

409.

No sé por qué —me doy cuenta de pronto— estoy solo en la oficina. Ya, de manera indefinida, lo había presentido. Había en algún aspecto de mi conciencia de mí mismo un enorme alivio, un respirar más hondo de diversos pulmones.

Es esta una de las más curiosas sensaciones que nos puede ser dada por el azar de los encuentros y de las ausencias: la de encontrarnos solos en una casa de ordinario llena, ruidosa o ajena. Tenemos, de repente, una sensación de posesión absoluta, de dominio fácil y sin límites, de amplitud —como dije— de alivio y de sosiego.

¡Qué bien estar solo durante mucho tiempo! ¡Poder hablar en voz alta con nosotros mismos, pasear sin el estorbo de las vistas, descansar hacia atrás en un devaneo sin que nadie nos llame! Toda casa se convierte en un campo, toda sala tiene la extensión de una quinta.

Los ruidos son todos ajenos, como si pertenecieran a un universo próximo pero independiente. Somos, por fin, reyes. Todos, al fin y al cabo, aspiramos a eso, y los más plebeyos de nosotros —quién sabe— con más fuerza que los de más oro falso. Por un momento somos pensionistas del universo, y vivimos del sueldo que regularmente nos pagan, sin necesidades ni preocupaciones.

Ah, pero reconozco, en aquellos pasos en la escalera de no sé quién subiendo hasta mí, a alguien que va a interrumpir mi entretenida soledad. Mi imperio implícito está a punto de ser invadido por los bárbaros. No es que los pasos me digan quién es el que viene, ni que me recuerden los pasos de esta o aquella persona que yo conozca. Hay un más sordo instinto en mi alma que me hace saber que es aquí adonde se dirige el que está subiendo, de momento sólo unos pasos en la escalera que de pronto veo, porque estoy pensando en el que la sube. Sí, es uno de los empleados. Se detiene, se oye la puerta, entra. Lo veo del todo. Y me dice, al entrar: «¿Sólo, señor Soares?» Y yo respondo: «Sí, ya hace un rato…» Y él entonces dice, desprendiéndose de la chaqueta con la mira puesta en la otra, la vieja, en la percha: «Qué fastidio estar aquí solo, señor Soares, y encima…» «Gran fastidio, desde luego», respondo yo. «Hasta entran ganas de dormir», dijo él, ya con la chaqueta rota y dirigiéndose a su mesa. «Sí que entran, sí», confirmo, sonriente. Después, extendiendo la mano hasta la pluma olvidada, me reintroduzco gráfico en la salud anónima de la vida normal.

410.

Siempre que pueden, se sientan frente al espejo. Hablan con nosotros y se galantean con los ojos a sí mismos. A veces, como en los cortejos amorosos, se distraen en la conversación. Siempre les fui simpático, porque mi aversión adulta por mi aspecto me llevó siempre a escoger el espejo como algo a lo que dar la espalda. De ese modo, y ellos instintivamente lo reconocían tratándome siempre bien, yo era el muchacho que escuchaba y que les dejaba siempre libres la vanidad y la tribuna.

En conjunto no eran malos chicos; individualmente, los había mejores y peores. Tenían generosidades y ternuras insospechables para un calculador de promedios, bajezas y sordideces difíciles de adivinar por cualquier ser humano normal. Miseria, envidia e ilusión —así podría resumirlos, y así resumiría yo aquella parte de ese ambiente que se infiltra en la obra de los hombres de valor que alguna vez hicieron de esa estancia de resaca un barbecho de engañados. (Es, en la obra de Fialho, la envidia flagrante, la grosería más baja, la falta de elegancia hasta la náusea…)

Unos tienen gracia, otros sólo tienen gracia, otros todavía no existen. La gracia de los cafés se divide en chascarrillos sobre los ausentes y en insolencias para con los presentes. A este tipo de ingenio se le llama de ordinario simplemente grosería. Nada hay que mejor señale la pobreza de espíritu que el no saber usar el ingenio sino con personas.

Pasé, vi, y, al revés que ellos, vencí. Porque mi victoria consistió en ver. Reconocí la identidad de todos los reunidos inferiores: vine a encontrar aquí, en la casa donde tengo mi cuarto, la misma alma sórdida que los cafés me habían revelado, salvo, gracias a los dioses todos, la idea de triunfar en París. La dueña de esta casa se atreve a soñar con las Nuevas Avenidas en algunos momentos de ilusión, pero del extranjero está salvada, y eso hace enternecer mi corazón.

Conservo de ese paso por la tumba de la voluntad el recuerdo de un tedio lleno de náusea y de algunos chascarrillos ingeniosos.

Van hoy de entierro, y parece que ya en el camino del cementerio se olvidó en el café el pasado, pues va callado ahora.

… y la posteridad nunca sabrá de ellos, escondidos de ella para siempre bajo la mole negra de los pendones ganados en sus victorias de palabras.

411.
El orgullo es la certeza emotiva de la propia grandeza. La vanidad es la certeza emotiva de que los otros ven en nosotros, o nos atribuyen, dicha grandeza. Los dos sentimientos no se conjugan necesariamente, ni por naturaleza son opuestos. Son diferentes, y sin embargo conjugables.

El orgullo, cuando aparece sólo, sin el añadido de la vanidad, se manifiesta, en sus resultados, como timidez: quien se siente grande, y no obstante desconfía de que los otros lo reconozcan como tal, teme confrontar la opinión que tiene de sí mismo con la opinión que los otros puedan tener de él.

La vanidad, cuando aparece sola, sin el añadido del orgullo, cosa posible pero rara, se manifiesta, en sus resultados, en la audacia. Quien tiene la seguridad de que los otros ven en él valor, nada teme de ellos. Puede existir coraje físico sin vanidad; puede haber coraje moral sin vanidad; no puede haber audacia sin vanidad. Y por audacia se entiende la confianza en la iniciativa. La audacia puede no aparecer acompañada del coraje, físico o moral, pues estas disposiciones del carácter son de orden diferente y no pueden medirse con él.

412. PAUSA DOLOROSA

Ni en el orgullo puedo encontrar consuelo. De qué enorgullecerme si no soy el creador de mí mismo. E incluso si hay en mí algo de que envanecerme, cuánto más hay para no hacerlo. Sepulto mi vida. Y ni siquiera sé hacer con el sueño el gesto de levantarme, hasta tal punto estoy hasta el alma despojado de saber hacer un esfuerzo.

Los constructores de sistemas metafísicos, los □ de explicaciones psicológicas son todavía jóvenes en el sufrimiento. Sistematizar, explicar, ¿qué otra cosa es sino □ y construir? Y todo eso —conseguir, disponer, organizar— qué es sino esfuerzo realizado —¡y qué desoladoramente es todo eso la vida!

Pesimista —no lo soy. Dichosos los que consiguen traducir a universal su sufrimiento. Yo no sé si el mundo es triste, y hasta puede que eso no me importe, porque lo que los otros sufren me resulta indiferente y aburrido. Mientras no lloren o giman, cosas que me irritan e incomodan, ni un encoger de hombros tengo —tan profundamente me pesa mi desdén por ellos— para su sufrimiento.

Pero yo quiero creer que la vida es mitad luz mitad sombras. Yo no soy pesimista. No me quejo del horror de la vida. Me quejo del horror de la mía. El único hecho importante para mí es el hecho de que yo exista y sufra y de que no pueda ni siquiera soñarme del todo más allá del sentirme sufriendo.

Soñadores felices son los pesimistas. Configuran el mundo a su imagen y semejanza y así siempre consiguen sentirse como en casa. A mí lo que más me duele es la diferencia entre el ruido y la alegría del mundo y mi tristeza y mi silencio detestable.

La vida con todos sus dolores y miedos y sacudidas debe ser buena y alegre, como un viaje en una vieja diligencia para quien viaja acompañado (y puede verla).

Ni siquiera puedo sentir mi sufrimiento como señal de Grandeza. No sé si lo es. Pero yo sufro con cosas tan miserables, me hieren cosas tan banales, que no me atrevo a insultar con esa hipótesis la hipótesis de que yo pueda tener genio.

La grandeza de un ocaso hermoso me entristece con su belleza. Frente a él digo siempre: ¡qué contento debe sentirse viendo esto el que es feliz!

Y este libro es un gemido. Después de rematado, ya el *Só* no será el libro más triste escrito en Portugal.

Al lado de mi dolor todos los otros dolores me parecen mínimos o falsos. Son dolores de gente feliz o dolores de gente que vive y se queja. Los míos son de quien se encuentra encarcelado por la vida, aparte…

Entre la vida y yo…

De modo que veo todo lo que angustia. Y no siento nada de lo que alegra. Y reparé que el mal se ve más que se siente, y la alegría se siente más que se ve. Porque no pensando, no viendo, se consigue un cierto contento, como el de los místicos, los bohemios y los canallas. Pero toda alma entra [en] casa por la ventana de la observación y por la puerta del pensamiento.

413.
Vivir del sueño y para el sueño, deshaciendo el Universo y recomponiéndolo, conforme más agrade a nuestro momento de soñar. Hacer esto conscientes, muy conscientes de la inutilidad y □ de hacerlo. Ignorar la vida con todo nuestro cuerpo, perderse de la realidad con todos los sentidos, renunciar al amor con toda el alma. Llenar de arena inútil los cántaros de nuestra ida a la fuente, y vaciarlos para volverlos a llenar y a vaciar, futilísimamente.

Tejer guirnaldas para, una vez acabadas, deshacerlas total y minuciosamente.

Coger tintas y mezclarlas en la paleta sin tela ante nosotros donde poder pintar. Encargar piedra para esculpir sin tener buril y sin ser escultores. Hacer de todo un absurdo y perfeccionar la futilidad de todas nuestras horas estériles. Jugar al escondite con nuestra conciencia de vivir.

Oír cómo las horas nos dicen que existimos con una sonrisa de deleite y de incredulidad. Ver al Tiempo pintar el mundo y parecemos el cuadro no sólo falso sino vano también.

Pensar en frases que se contradigan, hablando en voz alta de sonidos que no son sonidos y colores que no son colores. Decir —y comprenderlo, cosa por otra parte imposible— que tenemos conciencia de no tener conciencia, y que no somos lo que somos. Explicar todo esto con un sentido oculto y paradójico que las cosas tengan en su aspecto de otro-lado y divino, y no creer demasiado en la explicación para que no tengamos que abandonarla.

Esculpir en silencio ausente todos nuestros sueños de hablar. Paralizar en torpor todos nuestros pensamientos de acción.

Y, sobre todo esto, como un cielo uno y azul, se cierne indiferentemente el horror de vivir.

414.
Pero los paisajes soñados son sólo humos de paisajes conocidos y el tedio de soñarlos también es casi tan grande como el tedio de contemplar el mundo.

415.
Las figuras imaginarias tienen más importancia y más verdad que las reales.

Mi mundo imaginario fue siempre el único mundo verdadero para mí. Nunca tuve amores tan reales, tan llenos de vigor, de sangre y de vida como los que tuve con figuras que yo mismo creé. ¡Qué locura! Tengo saudades de ellos, porque, igual que los otros, estos pasan también…

416.
A veces, en mis diálogos conmigo mismo, en las tardes exquisitas de la Imaginación, en coloquios cansados en crepúsculos de salones supuestos, me pregunto, en aquellas pausas de la conversación en las que quedo a solas con un interlocutor más yo que los demás, cuál es la verdadera razón de que nuestra época científica no haya extendido su afán de conocimiento hasta los asuntos artificiales. Y una de las preguntas en que con más desaliento me demoro es la de por qué no se hace, a la par de la psicología usual de las criaturas humanas e infrahumanas, una psicología también —que debe haberla— de las figuras artificiales y de las criaturas cuya existencia tiene lugar apenas en los tapices y en los cuadros. Triste noción posee de la realidad quien la limita a lo orgánico y no pone la idea de un alma dentro de las estatuillas y de los bordados. Donde hay forma hay alma.

No son una ociosidad estas consideraciones que a mí mismo me hago, sino una lucubración tan científica como cualquier otra. Por eso, antes de tener y sin tener una respuesta, supongo lo actualmente posible y me entrego, en análisis interiores, a la visión imaginada de aspectos posibles de este *desideratum* realizado. Nada más pensar en eso, enseguida dentro de la visión de mi espíritu surgen científicos curvados en estampas, sabiendo bien que esas estampas son vidas; microscopistas de la tesitura surgen de los tapices; físicos de su dibujo amplio y brujuleante por los contornos; químicos, sí, de la idea y de las formas y de los colores en los cuadros; geólogos de las capas estratificadas de los camafeos; psicólogos, en fin —y esto me importa más— que una a una van anotando y reuniendo las sensaciones que debe sentir una estatuilla, las ideas que deben pasar por la psique difuminada de una figura de cuadro o de vidriera, los impulsos locos, las pasiones desenfrenadas, las compasiones y los odios ocasionales y □ que tienen en esos universos especiales de rigidez y muerte en los gestos eternos de los bajorrelieves, en las conciencias inmortales [?] de los figurantes de las telas.

Entre todas las artes, son la literatura y la música las más propicias a las sutilezas de un psicólogo. Las figuras de novela son —como es de todos sabido— tan reales como cualquiera de nosotros. Ciertos aspectos de sonidos tienen un alma alada y rápida, pero son susceptibles de psicología y de sociología. Porque —bueno es que los ignorantes lo sepan— las sociedades existen dentro de los colores, de los sonidos, de las frases, y hay regímenes y revoluciones, reinados, políticas y □ —los hay absolutamente y sin metáfora —en el conjunto instrumental de las sinfonías, en el todo orgánico de los relatos, en los metros cuadrados de un cuadro complejo, donde gozan, sufren y se mezclan las actitudes coloridas de guerreros, de enamorados o de figuras simbólicas.

Cuando se parte una taza de mi colección japonesa, sueño que más que un descuido de las manos de una criada haya podido ser la causa las ansias de las figuras que pueblan las curvas de aquella □ de loza; la resolución tenebrosa de suicidio que tomaron no me causa espanto: se sirvieron de la criada, como cualquiera de nosotros de un revólver. Saber esto es tanto como estar más allá de la ciencia moderna, ¡y con qué precisión lo sé yo!

417.

No conozco placer como el de los libros, y leo poco. Los libros son presentaciones a los sueños, y no precisa de presentaciones quien, con la facilidad de la vida, entra en diálogo con ellos. Nunca pude leer un libro entregándome a él; siempre, a cada paso, el comentario de la inteligencia o de la imaginación me entorpecía la secuencia de la propia narración. Al cabo de unos minutos, el que escribía era yo, y lo que estaba escrito no estaba en parte alguna.

Mis lecturas predilectas son la repetición de libros banales que duermen conmigo a mi cabecera. Hay dos que nunca me abandonan —*La Retórica* del Padre Figueiredo y las *Reflexiones sobre la Lengua Portuguesa*, del Padre Freire. Estos libros los releo siempre y bien leídos; y, si es cierto que ya los leí todos varias veces, también lo es que ninguno de ellos lo leí de seguida. Debo a esos libros una disciplina que casi me parece imposible en mí —una regla de escribir de manera objetiva, una ley de la razón de que las cosas estén escritas.

El estilo afectado, claustral, frustrado, del Padre Figueiredo, es una disciplina que hace las delicias de mi entendimiento. La difusión, casi siempre sin disciplina, del Padre Freire, entretiene mi espíritu sin cansarlo, y me educa sin causarme ninguna preocupación. Son espíritus de eruditos y de personas tranquilas que hacen bien a mi nula disposición para ser como ellos, o como cualquier otra persona.

Leo y me abandono, no a la lectura, sino a mí mismo. Leo y me adormezco, y es como entre sueños como sigo la descripción de las figuras de retórica del Padre Figueiredo, y es entre bosques de maravilla como oigo al Padre Freire enseñar que debe decirse Magdalena, pues Madalena sólo lo dice el vulgo.

418.
Detesto la lectura. Me causan un tedio anticipado las páginas desconocidas. Soy capaz de leer sólo lo que ya conozco. Mi libro de cabecera es *La Retórica* del Padre Figueiredo, donde leo todas las noches por una cada vez más milésima vez la descripción, en un estilo de portugués conventual y seguro, las figuras de retórica, cuyos nombres, mil veces leídos, no conseguí todavía retener. Pero me arrulla el lenguaje □, y si me faltaran las palabras jesuíticas escritas con C dormiría intranquilo.

Debo sin embargo al libro del Padre Figueiredo, con su exagerado purismo, el relativo escrúpulo que siento —hasta donde puedo sentirlo— de escribir la lengua en la que me registro con la propiedad que □

Y leo:

(un fragmento del P. Figueiredo)
—pomposo, v[¿acío?], y frío,
y esto me consuela del hecho de vivir.

O si no

(un fragmento sobre figuras)
que se repite en el prefacio

No exagero ni un milímetro verbal: siento todo esto.

Como otros pueden leer fragmentos de la Biblia, yo los leo de esta *Retórica*. Tengo la ventaja del reposo y de la falta de devoción.

419.
Cosas sin importancia, propias de la vida, insignificancias de lo rutinario y lo grosero, polvo que subraya con un trazo apagado y grotesco la sordidez y la vileza de mi vida humana —el Libro de Caja abierto delante de mis ojos cuya vida sueña con todos los orientes; la broma inofensiva del jefe de la oficina que ofende al universo entero; el avisar al patrón que telefonee, que es su amiga, con el nombre y el don, en medio de la meditación del período más asexual de una tesis estética y mental.

Después, los amigos, buenos chicos, buenos chicos, tan agradable charlar con ellos, comer con ellos, cenar con ellos, y todo, no sé cómo, tan sórdido, tan miserable, tan pequeño, siempre en el almacén de paños aun estando en la calle, siempre frente al libro de caja aun estando en el extranjero, siempre con el patrón aun estando en el infinito.

Todos tienen un jefe de oficina con la broma siempre inoportuna y el alma fuera del universo en su conjunto. Todos tienen el patrón y la amiga del patrón y la llamada de teléfono en el momento siempre inapropiado en que la tarde desciende y las amigas [se] disculpan [?] corteses o si no avisan por medio de los otros al amigo que está tomando chic su té, como los demás sabemos.

Pero todos los que sueñan, aunque no sueñen en oficinas de la Baixa, ni delante de un escrito del almacén de paños —todos tienen un Libro de Caja ante sí— sea la mujer con la que se casaron, sea la administración de un futuro que les viene de herencia, sea lo que sea, siempre que positivamente sea.

Todos nosotros, que soñamos y pensamos, somos ayudantes de tenedor de libros en un almacén de paños, cualquier tipo de paño, en una Baixa cualquiera. Escrituramos y perdemos; sumamos y pasamos; cerramos el balance y el saldo invisible es siempre en contra nuestra.

Escribo sonriendo con las palabras, pero mi corazón está como si se pudiera partir, partir como las cosas que se quiebran, en fragmentos, en cascotes, en escombros que el cubo se lleva con un gesto de poner sobre los hombros en dirección al camión eterno de todos los Ayuntamientos.

Y todo espera, abierto y decorado, al Rey que ha de venir, que ya llega, y el polvo del cortejo es una nueva niebla en el oriente calmo, y las lanzas brillan ya en la distancia con una madrugada que les pertenece.

420. MARCHA FÚNEBRE
Figuras hieráticas, de desconocidas jerarquías, se alinean en los corredores esperándote —pajes de dorada dulzura, jóvenes de □ en dispersos centelleos de láminas desnudas, en reflejos irregulares de cascos y de adornos bellísimos, en sombríos vislumbres de oro oscuro y sedas.

Todo aquello de lo que la imaginación enferma, aquello que de fúnebre duele en las pompas y cansa en las victorias, el misticismo de la nada, la ascesis de la absoluta negación.

No los siete palmos de tierra fría que se abaten sobre los ojos cerrados bajo el sol abrasador junto al verdor de la hierba, sino la muerte que excede nuestra vida y es en sí misma una vida —una muerta presencia en algún dios, el desconocido dios de la religión de mis Dioses

El Ganges pasa también por la Rúa dos Douradores. Todas las épocas están en este cuarto estrecho —la mezcla □ la sucesión multicolor de las maneras, las distancias de los pueblos, y la vasta variedad de las naciones.

Y allí, en éxtasis, en una sola calle, sé esperar la Muerte entre espadas y almenas.

421. EL VIAJE EN LA CABEZA

Desde mi cuarto piso sobre el infinito, en lo plausible íntimo de la tarde que corre, a la ventana a la espera de la aparición de las estrellas, mis sueños viajan con un ritmo acorde con las distancias expuestas para los viajes a países desconocidos, o supuestos, o únicamente imposibles.

422.
Surge de los lados del oriente el resplandor dorado de la luz de oro de la luna. La estela que deja en el ancho río abre serpientes en el mar.

423.
Son prolijos satenes, púrpuras perplejas, y los imperios siguieron su rumbo de muerte entre embanderamientos exóticos de calles anchas y lujurias de doseles sobre paradas. Pasaron palios. Había calles oscuras o limpias en los recorridos de los desfiles. Centelleaban frío las armas transportadas en las dolorosas lentitudes de las marchas inútiles. Olvidados los jardines en los suburbios y las aguas en los surtidores, simple continuación de lo abandonado, derramándose risas lejanas entre recuerdos de luces, no porque en los bulevares las estatuas hablaran, ni porque se perdieran, entre amarillos sucesivos, los tonos del otoño aureolando tumbas. Las alabardas, esquinas para épocas pomposas, verdinegro, rojo viejo y granate el color de las ropas; plazas desiertas en medio de los desdenes; y nunca más por entre los macizos que se atraviesan pasearán la sombras que dejaron los contornos de los acueductos.

Tanto atronaron los tambores, atronaron tanto la trémula hora.

424.

Todos los días pasan en el mundo cosas que no son explicables según las leyes que conocemos de las cosas. Todos los días, contadas en su momento, se olvidan, y el mismo misterio que las trajo se las lleva, convirtiéndose el secreto en olvido. Tal es la ley de lo que debe ser olvidado porque no se le encuentra explicación. A la luz del sol sigue con su regularidad el mundo visible. El ajeno nos observa desde la sombra.

425.
El mismo sueño me castiga. Conseguí en él tal lucidez que veo como real cada cosa que sueño. Era una pérdida, por tanto, todo lo que la valorizaba como cosa soñada.

¿Me sueño famoso? Siento todo el despojamiento que hay en la gloria, toda la pérdida de intimidad y de anonimato con que la gloria nos inflige dolor.

426.
Considerar nuestra mayor angustia como un incidente sin importancia, no sólo en la vida del universo, sino en la de nuestra propia alma, ese es el principio de la sabiduría. Considerar esto en el centro mismo de esa angustia es toda la sabiduría. En el momento en que sufrimos, parece que el dolor humano es infinito. Pero ni el dolor humano es infinito, pues nada de lo humano es infinito, ni nuestro dolor tiene otro valor que el de ser un dolor que nosotros sentimos.

Cuántas veces, bajo el peso de un tedio que parece locura, o de una angustia que parece pasar más allá de ella misma, me paro, dudando, antes de rebelarme, dudo, deteniéndome, antes de que me divinice. Dolor de no saber lo que es el misterio del mundo, dolor de que no nos amen, dolor de que sean injustos con nosotros, dolor del peso de la vida sobre nuestras espaldas, sofocando y prendiendo, dolor de muelas, dolor de zapatos que aprietan — ¿quién puede decir cuál de esos dolores es mayor para él, y menos aún para los otros o para el conjunto de cuantos existen?

Para algunos que me hablan y me escuchan, soy un insensible. Soy, sin embargo, más sensible —creo— que la gran mayoría de los hombres. Lo que soy, sin embargo, es un ser sensible que se conoce y que, por eso mismo, conoce la sensibilidad.

Ah, no es verdad que la vida sea dolorosa, o que resulte doloroso pensar en la vida. Lo que sí es verdad es que nuestro dolor sólo es serio y grave cuando lo fingimos como tal. Si somos naturales, pasará tal como vino, se difuminará del mismo modo que creció. Todo es nada, incluido nuestro dolor.

Escribo esto bajo la presión de un tedio que parece no caber dentro de mí, o precisar de algo más que mi alma para tener donde instalarse; de una opresión de todos y de todo que me estrangula y hace desvariar; de un sentimiento físico de la incomprensión ajena que me perturba y me destroza. Pero levanto la cabeza hacia el cielo azul extraño, expongo mi mejilla al viento inconscientemente fresco, bajo los párpados tras haber visto, olvido mi mejilla después de haber sentido. No quedo mejor, pero quedo indiferente. Verme me libera de mí. Casi sonrío, no porque me comprenda, sino porque, habiéndome transformado en otro, dejé de poder comprenderme. En lo alto del cielo, como una nada visible, una nube minúscula es un olvido blanco del universo entero.

427.
Mis sueños: Como me creo *amigos* al soñar ando con ellos. Su imperfección es distinta.
Ser puro, no para ser noble ni para ser fuerte, sino para ser uno mismo. Quien da amor, pierde amor.
Renunciar a la vida para no renunciar a uno mismo.
La mujer —una excelente fuente de sueños. No la toques nunca.
Aprende a desligar las ideas de voluptuosidad y de placer. Aprende a gozar en cada cosa no lo que esa cosa sea, sino las ideas y sueños que provoca. (Porque nada es lo que es, y los sueños son siempre sueños). Para eso necesitas no tocar nada. Si tocas, tu sueño morirá, el objeto tocado ocupará tu sensación.
Ver y oír son las únicas cosas nobles que la vida encierra. Los otros sentidos son plebeyos y carnales. La única aristocracia consiste en no tocar nunca. No aproximarse —he ahí la hidalguía.

428. ESTÉTICA DE LA INDIFERENCIA

Ante cada cosa, lo que el soñador ha de procurar sentir es la nítida indiferencia que esa cosa, en cuanto tal, le provocó.

Saber, con una inmediatez instintiva, abstraer de cada objeto o acontecimiento lo que pueda tener de soñable, dejando muerto en el Mundo Exterior todo lo que tenga de real — eso es lo que el sabio debe procurar realizar en sí mismo.

No sentir nunca sinceramente los propios sentimientos, y elevar su pálido triunfo hasta el punto de mirar indiferentemente para sus propias ambiciones, ansias y deseos; pasar por sus alegrías y angustias como quien pasa por encima de quien no le interesa.

El mayor dominio de sí mismo es la indiferencia hacia uno mismo, teniendo el alma y el cuerpo por la casa y la quinta donde el Destino quiso que pasáramos la vida.

Tratar sus más profundos sueños y sus deseos más íntimos altivamente, *en grand seigneur*, poniendo una íntima delicadeza en no reparar en ellos. Tener un pudor de sí mismo; darse cuenta de que en nuestra presencia no estamos solos, que somos testigos de nosotros mismos, y que por eso importa actuar ante nosotros como ante un extraño, con una estudiada y serena actitud exterior, indiferente por noble y fría por indiferente.

Para no rebajarnos a nuestros propios ojos, basta con que nos habituemos a no tener ambiciones ni pasiones, ni deseos ni esperanzas, ni impulsos ni desasosiegos. Para conseguir esto, recordemos siempre que estamos siempre en nuestra presencia, que nunca estamos solos, para que así podamos encontrarnos a gusto. Así, dominarnos el tener pasiones y ambiciones, porque pasiones y ambiciones son tanto como quedarnos sin escudo; no tendremos deseos ni esperanzas, porque deseos y esperanzas son gestos bajos y carentes de elegancia; no tendremos impulsos y desasosiegos, porque la precipitación es una indelicadeza para con la mirada de los otros, y la impaciencia es siempre una grosería.

El aristócrata es aquel que nunca olvida que no está solo nunca; por eso las normas y los protocolos son un privilegio de las aristocracias. Interioricemos al aristócrata. Arranquémoslo de los salones y de los jardines pasándolo al interior de nuestra alma y de nuestra conciencia de existir. Estemos siempre ante nosotros mismos siguiendo normas y protocolos, con gestos estudiados y dirigidos a los otros.

Cada uno de nosotros es toda una sociedad, un barrio entero del Misterio; conviene que al menos hagamos elegante y distinguida la vida de ese barrio, que en las fiestas de nuestras sensaciones haya exquisitez y recato, porque es sobria la cortesía en los banquetes de nuestros pensamientos. En torno a nosotros podrán las otras almas alzarse en sus barrios sucios y miserables; marquemos con toda claridad los límites donde comienza y acaba el nuestro, y que desde las fachadas de nuestros edificios hasta las alcobas de nuestras timideces todo sea noble y sereno, esculpido con una sobriedad de exhibición, casi en sordina.

Saber encontrar a cada sensación la manera serena de realizarse. Que hacer el amor se resuma en una simple sombra de ser sueño de amor, pálido y trémulo intervalo entre las crestas de dos pequeñas olas batidas por la luz de la luna. Transformar el deseo en una cosa inútil e inofensiva, en algo como una sonrisa delicada del alma a solas consigo misma; hacer de ella una cosa que nunca piense en realizarse ni en decirse. Al odio, adormecerlo como a una serpiente prisionera, y decirle al miedo que de sus gestos espectaculares conserve

nada más la agonía en su mirada, y en la mirada de nuestra alma, única actitud compatible con el ser estética.

429.
En todos los lugares de la vida, en todas las situaciones y convivencias, yo fui siempre, para todos, un intruso. Por lo menos, fui siempre un extraño. Rodeado de parientes o de simples conocidos, siempre fui sentido como alguien de fuera. No digo que lo fui, al menos una sola vez, de pensamiento. Pero lo fui siempre por una actitud espontánea de la media de los temperamentos ajenos.

Fui siempre, en todas partes y por todos, tratado con simpatía. A muy contadas personas creo que tan poca gente les habrá alzado la voz, o fruncido el ceño, o hablado con dureza o de manera atravesada. Pero la simpatía con que siempre me trataron estuvo también siempre vacía de cariño. Para los más naturalmente íntimos fui siempre un huésped que, por su condición de tal, es bien tratado, pero siempre con la atención debida a un extraño y la falta de cariño que el intruso merece.

No pongo en duda que todo esto de la actitud de los otros derive principalmente de alguna causa intrínseca a mi propio temperamento. Soy por ventura de una frialdad comunicativa que involuntariamente obliga a los otros a reflejar mi manera de no sentir demasiado.

Por mi carácter personal suelo trabar conocimientos rápidamente. No se hacen esperar las atenciones de los otros conmigo. Pero el cariño nunca llega. Gente dedicada a mí no la conocí nunca. Amarme, fue cosa que siempre me pareció imposible, como el tratarme de tú un extraño.

No sé si sufro por todo ello, si lo acepto como un destino indiferente, en el que nada hay ni que sufrir ni que aceptar.

Siempre quise agradar. Siempre me dolió que me mostraran indiferencia. Huérfano de la Fortuna, tengo, como todos los huérfanos, la necesidad de ser objeto del cariño de alguien. Pasé siempre hambre de la realización de esa necesidad. Tanto me adapté a esa hambre inevitable que, a veces, ni sé si siento la necesidad de comer.

Con esto o sin esto la vida me causa un gran dolor.

Los otros tienen personas dedicadas a ellos. Yo nunca tuve ni siquiera alguien que pensara en dedicarse a mí. A los otros los sirven: a mí me tratan bien.

Reconozco en mí la capacidad de provocar respeto, pero no cariño. Infelizmente no he hecho nada para que justifique ante sí mismo ese respeto iniciado quien lo sienta; de modo que nunca llega nadie a respetarme de verdad.

Juzgo a veces que me gusta sufrir. Pero, francamente, yo preferiría otra cosa.

No tengo cualidades de Jefe, ni de secuaz. Ni siquiera las tengo de satisfecho, que son las que sirven cuando fallan las otras.

Otros, menos inteligentes que yo, son más fuertes.

Encajan mejor su vida entre los otros; administran más hábilmente su inteligencia. Tengo todas las cualidades para influir, menos el arte de hacerlo, o, incluso, la voluntad de desearlo.

Si un día amase, no sería amado.

Basta con que quiera una cosa para que esa cosa muera. Mi destino, sin embargo, no tiene la fuerza de ser mortal para cosa ninguna. Tiene la debilidad de ser mortal en las cosas que me afectan.

430.
Después de ver con qué lucidez y coherencia lógica justifican ciertos locos, ante sí mismos y ante los demás, sus ideas delirantes, he perdido para siempre la firme certeza de la lucidez de mi lucidez.

431.
Una de las grandes tragedias de mi vida —aunque una de aquellas tragedias que suceden en la sombra y en el subterfugio— es la de no poder sentir nada de forma natural. Soy capaz de amar y de odiar, como todos, y, como todos, puedo temer y entusiasmarme; pero ni mi amor, ni mi odio, ni mi temor, ni mi entusiasmo, son exactamente lo que normalmente son. O les falta algún elemento, o se les añade alguno. Lo cierto es que son alguna otra cosa, y lo que siento no está de acuerdo con la vida.

En los espíritus a los que llaman calculadores —y la palabra está muy bien escogida—, los sentimientos sufren la delimitación del cálculo, del escrúpulo egoísta, y parecen otros. En los espíritus a los que llaman con propiedad escrupulosos, puede notarse el mismo desvío de los instintos naturales. En mí se nota la misma perturbación de la certeza del sentimiento, pero ni soy calculador ni soy escrupuloso. No tengo disculpa para sentir mal. Por instinto desnaturalizo los instintos. Sin querer, quiero de forma equivocada.

432.
Esclavo del temperamento tanto como de las circunstancias, insultado por la indiferencia de los hombres tanto como por su afecto al que suponen que soy yo—
Los insultos humanos del Destino.

433.

Pasé entre ellos como extranjero, y sin embargo ninguno vio que yo lo era. Viví entre ellos como espía, y nadie, ni siquiera yo, sospechó que lo fuese. Todos me tenían por pariente: ninguno sabía que me habían cambiado en la cuna. Así fui igual a los otros sin parecerme a ellos, hermano de todos ellos sin ser de la familia.

Venía de tierras prodigiosas, de paisajes mejores que la vida, pero de esas tierras nunca hablé sino conmigo mismo, y de esos paisajes, vistos cuando soñaba, nunca les di noticia. Mis pasos eran como los de ellos sobre las baldosas y las losas, pero mi corazón estaba lejos, aunque latiese cerca, señor falso de un cuerpo desterrado y extraño.

Nadie me conoció bajo la máscara de la identidad, ni supo nunca que era máscara, porque nadie sabía que en este mundo hay enmascarados. Nadie supuso que a mi lado hubiera siempre otro, que al final era yo. Siempre me creyeron idéntico a mí mismo.

Me acogieron en sus casas, sus manos apretaron las mías, me vieron pasar por la calle como si yo estuviera allí; pero quien yo soy nunca estuvo en aquellas salas, quien yo me vivo no tiene manos que otros puedan apretar, quien yo me sé no tiene calles por donde pasar, a no ser que sean todas las calles, ni posibilidad de ser visto por ellas, a no ser que él mismo sea todos los demás.

Vivimos todos lejanos y anónimos; disfrazados, sufrimos sin ser conocidos. A unos, sin embargo, esta distancia entre un ser y ellos mismos nunca se les revela; a otros se les ilumina alguna que otra vez, con horror y con pena, gracias a un relámpago sin límites; pero para otros más es esa la dolorosa constancia y cotidianidad de la vida.

Saber bien que quienes somos no tiene que ver con nosotros, que lo que pensamos o sentimos es siempre una traducción, que lo que queremos no lo quisimos, ni quizás lo haya querido nadie —saber todo eso minuto a minuto, sentir todo eso en cada sentimiento, ¿no será eso ser extranjero en la propia alma, exilado en las propias sensaciones?

Pero la máscara, que estuve observando sin moverme, que hablaba en la esquina con un hombre sin máscara en esta noche del fin del Carnaval, extendió al fin la mano y se despidió riendo. El hombre natural siguió a la izquierda, por la travesía en cuya esquina estaba. La máscara —dominó sin gracia— caminó de frente, apartándose entre sombras y acasos de luces, en una despedida definitiva y ajena a lo que yo estaba pensando. Sólo entonces reparé que había en la calle algo más que los faroles encendidos, y, llevando turbación adonde ellos no estaban, una vaga luz de luna, oculta, muda, llena de nada como la vida misma…

434. RESPLANDORES DE LUZ DE LUNA

… húmedamente sucio de un castaño muerto

… nos deslizábamos nítidos sobre los tejados superpuestos, blanco ceniciento, húmedamente sucio de un castaño muerto.

435.
… y se desnivela en conglomerados de sombra, recortados a un lado en blanco, con diferencias azuladas de madreperla fría.

436.
(lluvia)
Y finalmente, sobre la oscuridad de los tejados brillantes, la luz fría de la mañana tibia raya como un suplicio del Apocalipsis. Es otra vez la noche inmensa de la claridad que aumenta. Es otra vez el mismo horror de siempre —el día, la vida, la utilidad ficticia, la actividad sin remedio. Es otra vez mi personalidad física, visible, social, transmisible en palabras que no dicen nada, utilizable en los gestos de los otros y en la conciencia ajena. Soy yo otra vez, tal como no soy. Con el principio de la luz de tinieblas que llena de dudas cenicientas las grietas de las hojas de las ventanas —¡tan lejos, Dios mío, de poderse cerrar herméticamente!—, voy sintiendo que no podré guardar más mi refugio de estar tumbado, de no estar durmiendo mas de poder estarlo, de ir soñando, sin saber que ni hay verdad ni hay realidad, entre un calor fresco de ropas limpias y un desconocimiento, aparte de la comodidad, de la existencia de mi cuerpo. Voy sintiendo cómo huye de mí la inconsciencia feliz con la que estoy disfrutando de mi conciencia, la modorra de animal con que vigilo, entre párpados de gato al sol, los movimientos de la lógica de mi imaginación desatada. Voy sintiendo cómo desaparecen mis privilegios de penumbra, y los ríos lentos bajo los árboles de las pestañas entrevistas, y el susurro de las cascadas perdidas entre el sonido de los latidos de la sangre lenta en los oídos y el vago perdurar de la lluvia. Me voy perdiendo incluso vivo.

No sé si duermo, o si sólo siento que duermo. No sueño la pausa adecuada, pero reparo, como si comenzase a despertar de un sueño no dormido, en los primeros ruidos de la vida de la ciudad, subiendo, como una riada, desde un lugar indefinido, allá abajo, donde quedan las calles que Dios abrió. Son ruidos alegres, filtrados por la tristeza de la lluvia que cae, o quizás que ya cayó —pues ahora no la oigo—, es sólo el ceniciento excesivo de la luz agrietada hasta perderse lejos que me llega, entre las sombras de una claridad débil, insuficiente para esta hora de la madrugada, que no sé cuál es… Son ruidos alegres y dispersos y me duelen en el corazón como si me vinieran, con ellos, a llamar a un examen o a una ejecución. Cada día, si lo oigo rayar desde la cama donde ignoro, me parece el día de un gran acontecimiento en mi vida que no tendré valor para afrontar. Cada día, si lo siento alzarse desde el lecho de las sombras, con un caer de ropas de la cama por calles y callejuelas, viene a llamarme para ir a un tribunal. Voy a ser juzgado en cada hoy que haya. Y el condenado perenne que hay en mí se agarra a la cama como a la madre que perdió, y acaricia la almohada como si el ama lo defendiera de la gente.

La siesta feliz del enorme bicho a la sombra de un árbol. El cansancio fresco del desharrapado entre la hierba crecida, el torpor de la negrura en la tarde apacible y lejana, la delicia del bostezo que pesa en los ojos cansados, todo lo que acaricia el olvido, produciendo sueño, el sosiego del reposo en la cabeza, recostando, paso a paso, las hojas de las ventanas del alma, la caricia anónima de dormir.

Dormir, ser lejano sin saberlo, estar distante, olvidar con el propio cuerpo; tener la libertad de ser inconsciente, un refugio de lago olvidado, estancado entre árboles frondosos, en los vastos retiros de las florestas.

Una nada con respiración por fuera, una muerte leve de quien se despierta con saudade y frescura, un ceder de los tejidos del alma al masaje del olvido.

Ah, y de nuevo, como la protesta reanudada de quien no se convenció, oigo el alarido brusco de la lluvia chapotear en el universo aclarado. Siento un frío hasta dentro de los huesos imaginados, como si tuviera miedo. Y agachado, nulo, humano a solas conmigo mismo en la poca oscuridad que todavía me queda, lloro. Lloro, sí, lloro de soledad y de vida, y mi pena inútil como un coche sin ruedas yace a la orilla de la realidad entre el estiércol del abandono. Lloro por todo, entre la pérdida del regazo, la muerte de la mano que me ofrecían, los brazos que no supe cómo habían de ceñirme, el hombro que no podré tener nunca cerca de mí… Y el día que raya definitivamente, la aflicción que raya en mí como la verdad cruda del día, lo que soñé, lo que pensé, lo que de mío se olvidó —todo eso, en una amalgama de sombras, de ficciones y de remordimientos, se mezcla en la estela en la que van los mundos y cae entre las cosas de la vida como el esqueleto de un gajo de uvas comido en la esquina por los mozalbetes que lo acababan de robar.

El ruido del día humano aumenta de repente, como un sonido de la campanilla de llamada. Estalla dentro de la casa el cierre suave de la primera puerta que se abre para ir a vivir. Oigo chinelas en un corredor absurdo que conduce hasta mi corazón. Y con un gesto brusco, como de quien finalmente se matara, me quito de encima del cuerpo endurecido las ropas profundas de la cama que me abriga. Desperté. El ruido de la lluvia se difumina hacia lo alto en el exterior indefinido. Me siento más feliz. Realicé una cosa que ignoro. Me levanto, voy hasta la ventana, abro las hojas con una decisión de un enorme coraje. Luce un día de lluvia clara que me anega los ojos de luz baza. Abro incluso las ventanas de vidrio. El aire fresco me humedece la piel ardiente. ¡Llueve, sí, pero aunque sea lo mismo, es al final tan poco lo que llueve! Quiero refrescarme, vivir, e inclino el cuello a la vida, como a un yugo inmenso.

437.
Hay calmas de campo y calmas de ciudad. Hay momentos, sobre todo en los mediodías del estío, en que en esta Lisboa luminosa el campo, como un viento, nos invade. Y aquí mismo, en la Rúa dos Douradores, tenemos ese sueño dorado.

¡Qué agradable al alma ver callar, bajo un sol alto y quieto, estos carros con paja, estas cajas por hacer, estos transeúntes lentos, de aldea trasladada! Yo mismo, mirándolos desde la ventana de la oficina, donde estoy solo, me transmuto: estoy en una dormida ciudad de provincias, me detengo en una aldehuela desconocida, y por sentirme otro soy feliz.

Ya sé: si levanto los ojos, veré delante de mí la línea sórdida del caserío, las ventanas por lavar de todas las oficinas de la Baixa, las ventanas sin sentido de los pisos más altos todavía habitados, y, en lo más alto, en los ángulos de las buhardillas, la ropa de siempre, tendida al sol entre tiestos y plantas. Todo eso lo sé, pero es tan suave la luz que dora todo esto, tan sin sentido el aire tranquilo que me envuelve, que no tengo razón ni siquiera visual para renunciar a mi aldea postiza, a mi ciudad provinciana donde el comercio es todo él un gran sosiego.

Ya sé, ya sé… Es verdad que es la hora de la comida, o del descanso, o de la pausa. Todo funciona en la superficie de la vida. Yo mismo duermo, aunque me incline sobre el balcón, como si fuese la amurada de un barco sobre un paisaje diferente. Yo mismo ni pienso, como si estuviera en la provincia. Y, de pronto, otra cosa se me aparece, me envuelve, me gobierna: veo por detrás del mediodía de la ciudad toda la vida en cada cosa de la ciudad; veo la gran felicidad estúpida de la vida doméstica, la gran felicidad estúpida de la vida en los campos, la gran felicidad estúpida de la calma en la sordidez. Veo, porque estoy viéndolo. Pero no lo vi y despierto. Miro alrededor, sonriendo, y, antes de nada, sacudo de los codos del traje, desgraciadamente oscuro, todo el polvo de la barandilla del balcón, que nadie había limpiado, ignorando que por un día, o por un instante, tendría que ser la amurada sin polvo posible de un barco en singladura de turismo infinito.

438.

Un azul emblanquecido de verde nocturno recortaba en castaño negro, vagamente aureolado de ceniciento amarillecido, la irregularidad fría de los edificios que estaban de cara al horizonte del verano.

Dominamos en otro tiempo el mar físico, creando la civilización universal; dominaremos ahora el mar psíquico, la emoción, la madre temperamento, creando la civilización intelectual.

439.
… la agudeza dolorosa de mis sensaciones, aunque sean de alegría; la alegría de la agudeza de mis sensaciones, aunque sean de tristeza.
Escribo en un domingo, mañana ya avanzada, en un día de suave y clara luz en el que, sobre los tejados de la ciudad interrumpida, el azul del cielo siempre desconocido encierra en el olvido la existencia misteriosa de astros…

Es domingo también en mí…

También mi corazón va a una iglesia que no sabe dónde queda, y va vestido con un traje infantil de terciopelo, con la cara colorada por las primeras impresiones, sonriendo sin ojos tristes por encima del cuello demasiado grande.

440.

El cielo del verano prolongado despertaba cada día de un azul verde bazo, y pronto se volvía de un azul ceniciento de blanco mudo. En occidente, sin embargo, era del color que es costumbre llamarlo, a todo él.

Decir la verdad, encontrar lo que se espera, negar la ilusión de todo —¡cuántos lo usan en la jubilación y en el declive, y cómo los nombres ilustres manchan de mayúsculas, como las de las tierras de los mapas, las agudezas de las páginas sobrias y leídas!

¡Cosmorama de acontecer mañana lo que no podría haber acontecido nunca! ¡Lapislázuli de las emociones discontinuas! ¿Cuántos recuerdos alberga una suposición facticia, recuerdos, visión y nada más? Y en un delirio con sus intersticios rellenos de certezas, leve, breve, suave, el murmullo del agua de todos los parques nace, emoción, del fondo de mi conciencia de mí mismo. Sin nadie, los bancos antiguos y los bulevares arrastran donde están su melancolía de laberinto de calles vacías.

¡Noche en Heliopolis! ¡Noche en Heliopolis! ¡Noche en Heliopolis! ¿Quién me dirá las palabras inútiles, quién me compensará sangre e indecisión?

441.
Brilla muy adentro en la soledad nocturna un candelero anónimo por detrás de la ventana. Todo lo demás en la ciudad que contemplo está oscuro, salvo donde algunos débiles reflejos de luz de las calles ascienden vagamente y hacen que aquí y allá se cierna una luz de luna inversa, muy pálida. En la negrura de la noche, el propio caserío apenas destaca, entre sí, sus diversos colores, o tonos de colores; sólo vagas diferencias, se diría que abstractas, irregularizan el abigarrado conjunto.

Un hilo invisible me liga al anónimo propietario del candelero. No es la común circunstancia de que ambos estemos despiertos: no existe en eso una reciprocidad posible, pues, estando yo a la ventana entre tinieblas, él nunca podría verme. Es otra cosa, mía sólo, que algo tiene que ver con la sensación de aislamiento, que participa de la noche y del silencio, que escoge aquel candelero como punto de apoyo porque es el único punto de apoyo que hay. Parece que por estar él encendido la noche es tan oscura. Parece que es por estar yo despierto, soñando en las tinieblas, por lo que él sigue alumbrando.

Todo lo que existe existe tal vez porque otra cosa existe. Nada es, todo coexiste: tal vez así sea realmente. Siento que yo no existiría en este instante —que no existiría al menos de la manera en que estoy existiendo, con esta conciencia presente en mí, que por ser conciencia y estar presente es en este momento absolutamente yo—, si aquel candelero no estuviera encendido allá lejos, en algún sitio, faro que nada indica desde el falso privilegio de su altura. Siento esto porque no siento nada. Pienso en esto porque todo esto es nada. Nada, nada, parte de la noche y del silencio y de lo que con ellos soy de nulo, de negativo, de intervalar, espacio entre yo y yo, cosa olvidada de algún dios…

442.

Releo, en una de estas soñolencias sin sueño, en que nos entretenemos inteligentemente sin la inteligencia, algunas de las páginas que todas juntas formarán mi libro de impresiones sin nexo. Y desde ellas me sube, como un olor de cosa conocida, una impresión desierta de monotonía. Siento que, incluso cuando digo que soy siempre diferente, he dicho siempre la misma cosa; que soy más análogo a mí de lo que me gustaría confesar; que, a fin de cuentas, ni tuve la alegría de ganar ni la emoción de perder. Soy una falta de saldo de mí mismo, de un equilibrio involuntario que me llena de desolación y que me debilita.

Todo cuanto escribí es sombrío. Se diría que mi vida, incluso la mental, era un día de lluvia lenta, en que todo es no-acontecimiento y penumbra, privilegio vacío y razón olvidada. Me llena de desolación la seda rota. Me desconozco bajo la luz y el tedio.

Mi humilde esfuerzo de al menos decir quién soy, de registrar, como una máquina de nervios, las mínimas impresiones de mi vida subjetiva y aguda, todo eso se me vació como un balde en el que tropezasen, y se mojó por tierra como el agua de todas las cosas. Me fabriqué con tintas falsas, acabé en un imperio de buhardilla. Mi corazón, del que confié los grandes sucesos de la prosa vivida, me parece hoy, escrito en la distancia de estas páginas releídas con un alma distinta, una bomba del huerto provinciano, instalada por instinto y accionada por razones de utilidad. Naufragué sin tormenta en un mar donde se puede estar de pie.

Y pregunto a lo que me queda de consciente en esta serie confusa de pausas entre cosas inexistentes, de qué me sirvió llenar tantas páginas de frases en las que creí como mías, de emociones que sentí como pensadas, de banderas y pendones de ejércitos que son sólo, al final, papeles pegados con saliva por la hija del mendigo debajo de los aleros del tejado.

Pregunto a lo que queda de mí a qué vienen estas páginas inútiles, destinadas al extravío y la basura, perdidas antes de existir entre los papeles rasgados del Destino.

Pregunto, y continúo. Escribo la pregunta, la envuelvo en nuevas frases, la desmadejo con nuevas emociones. Y mañana volveré a escribir, continuando con mi libro estúpido, las impresiones diarias de mi disuasión con frío.

Sigan siendo como son. Jugado el dominó y ganado el juego, o perdido, las fichas se vuelven boca abajo y el juego finalizado es de color negro.

443.
Qué de Infiernos y de Purgatorios y de Paraísos tengo dentro de mí —¿y puede decir de mí que tuve un gesto disconforme con la vida… de mí, tan tranquilo y tan plácido?
Yo no escribo en portugués. Escribo en yo mismo.

444.
Todo, excepto la vida, se me ha hecho insoportable. La oficina, la casa, las calles —y hasta lo contrario, si lo tuviera— me resultan más que suficientes o me oprimen; sólo el conjunto me alivia. Sí, una cosa cualquiera de entre todo eso basta para consolarme. Un rayo de sol que entre eternamente en la oficina muerta; un pregón voceado que en seguida trepa hasta la ventana de mi cuarto; la existencia de gente; el haber clima y cambios de tiempo, la asombrosa objetividad del mundo…

El rayo de sol penetró de pronto en mí, que de repente lo vi… Era, sin embargo, un rayo de luz muy agudo, casi sin color cortando como navaja desnuda el suelo negro y maderoso, avivando, por donde pasaba, los clavos viejos y los surcos entre las tablas, negras pautas de lo no-blanco.

Seguí durante unos minutos el efecto insensible de la penetración del sol en la oficina en calma… ¡Ocupaciones carcelarias! Sólo los enclaustrados ven así al sol moverse, como quien observa unas hormigas.

445.
Me dicen que el tedio es una enfermedad de inactivos, o que ataca sólo a los que no tienen nada que hacer. Esa molestia del alma es sin embargo más sutil: ataca a los que tienen vocación para ella, y esquiva menos a los que trabajan, o fingen que trabajan (que para el caso es una misma cosa), que a los verdaderamente inactivos.

No hay nada peor que el contraste entre el esplendor natural de la vida interior, con sus Indias naturales y sus países desconocidos, y la sordidez, aunque realmente no sea sórdida, de la cotidianidad de la vida. El tedio pesa más cuando no tiene la disculpa de la inercia. El tedio de los grandes esforzados es el peor de todos.

No es el tedio la enfermedad del aburrimiento de no tener nada que hacer, sino la enfermedad más grave de sentir que no vale la pena hacer nada. Y, siendo esto así, cuanto más tengamos que hacer, más tedio sentiremos.

¡Cuántas veces levanto del libro donde estoy escribiendo y que constituye mi trabajo la cabeza vacía de todos y de todo! Más me valiera estar inactivo, sin hacer nada, sin tener que hacer nada, porque así ese tedio, aunque real, al menos lo disfrutaría. En mi tedio presente no hay reposo, ni nobleza, ni bienestar en el que haya malestar: hay un apagamiento enorme de todos los gestos esbozados, y no un cansancio virtual por los gestos aún por no esbozar.

446. OMAR KHAYYAM

El tedio de Khayyam no es el tedio de quien no sabe lo que hace, porque la verdad es que nada pudo o supo hacer. Ese es el tedio de los que nacieron muertos, y de los que legítimamente se orientan hacia la morfina o la cocaína. Es más profundo y más noble que eso el tedio del sabio persa. Es el tedio de quien pensó con claridad y vio que todo era oscuro, de quien pasó por todas las religiones y todas las filosofías y después dijo, como Salomón: «Vi que todo era vanidad y aflicciones del ánimo», o como, al despedirse del poder y del mundo, otro rey, que era emperador, Septimio Severo: «Omnia fui, nihil…» «Lo fui todo; nada vale la pena».

La vida, dijo Tarde, es la búsqueda de lo imposible a través de lo inútil; así lo diría, si lo hubiera dicho, Omar Khayyam.

De ahí la insistencia del persa en el recurso al vino. ¡Bebe! ¡Bebe! Esa es toda su filosofía práctica. No es el beber de la alegría, que bebe para alegrarse más, para que sea más ella misma. No es el beber de la desesperación, que bebe para olvidar, para ser menos ella misma. Al vino junta la alegría, la acción y el amor; y hay que hacer notar que no hay en Khayyam nota alguna de energía, ninguna frase de amor. Aquella Sáki, cuya grácil figura entrevista aparece (pero aparece poco) en los *rubayat*, no es sino la «joven que sirve el vino». El poeta queda agradecido a su belleza como lo había hecho con la esbeltez del ánfora que contenía el vino.

La filosofía habla del vino como el Deán Aldrich: □

La gente tiene, a mi ver,
Cinco razones para beber:
Un brindis, un amigo, o, si no,
Sed, o puede acabar teniéndola,
O cualquier otra razón.

La filosofía práctica de Khayyam se reduce pues a un epicureísmo suave, difuminado hasta el nivel más bajo del deseo de placer. Le basta con ver las rosas y beber vino. Una brisa leve, una conversación sin intención y sin propósito, una copa de vino, flores, en eso, y nada más que en eso, pone el sabio persa su máximo deseo. El amor agita y cansa, la acción dispersa y fracasa, nadie sabe saber y pensar lo empaña todo. Más vale pues dejar en nosotros de desear o de esperar, de tener la pretensión fútil de explicar el mundo, o el propósito estulto de gobernarlo o enmendarlo. Todo es nada, o, como se dice en la Antología Griega, «todo procede de la sinrazón», y es un griego, y por lo tanto un racionalista, el que lo dice.

447.
Hemos de mantenernos indiferentes ante la verdad o la mentira de todas las religiones, de todas las filosofías, de todas las hipótesis inútilmente verificables a las que llamamos ciencias. Tampoco nos ha de preocupar el destino de la llamada humanidad, o lo que pueda sufrir o no sufrir en su conjunto. Caridad sí, con el «prójimo», como se dice en el Evangelio, y no con el hombre, de quien en él no se habla. Y todos, hasta cierto punto, somos así: ¿qué nos preocupa, al mejor de nosotros, una masacre en China? Más nos duele, a lo que en nosotros sea más capaz de imaginar, la bofetada injusta que vimos darle en la calle a un niño.

Caridad con todos, intimidad con nadie. Así interpreta FitzGerald, en un pasaje de una nota suya, algunos aspectos de la ética de Khayyam.

Recomienda el Evangelio amor al prójimo: no dice amor al hombre o a la humanidad, algo de lo que verdaderamente nadie puede curar.

Se me preguntará tal vez si hago mía la filosofía de Khayyam, tal como aquí, creo que con justicia, la escribí de nuevo y la interpreto. Responderé que no lo sé. Hay días en que esa filosofía me parece la mejor, y hasta la única, de todas las filosofías prácticas. Hay otros días en que me parece nula, muerta, inútil, como un vaso vacío. No me conozco, porque pienso. No sé pues lo que verdaderamente pienso. No sería así si tuviera fe; pero tampoco sería así si estuviera loco. En realidad, si fuera otro sería otro.

Más allá de estas cosas del mundo profano, hay, es cierto, las lecciones secretas de las órdenes iniciáticas, los misterios declarados, cuando secretos, o velados, cuando transformados en ritos públicos. Hay lo que está oculto o medio oculto en los grandes ritos católicos, ya sea en el Ritual de María en la Iglesia Romana, ya sea la Ceremonia del Espíritu en la Francmasonería.

¿Pero quién nos dice, al final, que el iniciado, cuando morador ya de los pasadizos de los misterios, no es sino una avara presa de nuestra nueva cara de la ilusión? ¿En qué consiste la certeza que tiene, si más firme que él la tiene un loco en lo que para él constituye su locura? Decía Spencer que lo que sabemos es una esfera que, cuanto más se ensancha, en tantos más puntos entra en contacto con lo que no sabemos. Y no me olvido, en este capítulo de lo que las iniciaciones pueden proporcionar, de las terribles palabras de un Maestro de la Magia. «Ya he visto a Isis», dijo, «ya he rozado a Isis: sin embargo, no sé si Isis existe».

448. OMAR KHAYYAM
Ornar tenía una personalidad; yo, feliz o infelizmente, no tengo ninguna. De lo que soy en un momento, me aparto al momento siguiente; de lo que fui en un día, al día siguiente me olvidé. Quien, como Ornar, es quien es, vive en un único mundo, que es el exterior; quien, como yo, no es quien es, vive no sólo en el mundo exterior, sino en un sucesivo y diverso mundo interior. Su filosofía, aunque quiera ser la misma que la de Ornar, forzosamente no podrá serlo. Así, sin de veras quererlo, tengo en mí, como si fueran almas, las filosofías que critiqué; Omar podía rechazarlas todas, pues eran externas a él; yo no las puedo rechazar, porque son yo.

449.
Hay aflicciones íntimas que no sabemos distinguir, por lo que contienen de sutil y de infiltrado, si son del alma o del cuerpo, si son el malestar de estar sintiendo la futilidad de la vida o si son la mala disposición que procede de algún abismo orgánico —estómago, hígado o cerebro. ¡Cuántas veces se me nubla la conciencia vulgar de mí mismo, en un sedimento torvo de parálisis inquieta! ¡Cuántas veces me duele existir, con una náusea hasta tal punto incierta que no sé distinguir si es un tedio, si un anuncio de vómito! Cuántas veces…

Mi alma está hoy triste hasta el cuerpo. Todo yo me duelo, memoria, ojos y brazos. Hay una especie de reumatismo en todo cuanto soy. No influye en mi ser la claridad límpida del día, cielo de un inmenso azul puro, marea alta detenida de luz difusa. No me ablanda nada el leve soplo fresco, otoñal como si el verano no olvidara, con el que el aire se cubre de personalidad. Nada es nada para mí. Estoy triste, pero no con una tristeza definida, ni siquiera con una tristeza indefinida. Estoy triste allá afuera, en la calle erizada de cajas como un juncal.

Estas expresiones no traducen exactamente lo que siento, porque sin duda nada puede traducir exactamente lo que alguien siente. Pero de algún modo intento traducir la impresión de lo que siento, mezcla de varias especies de yo y de la calle ajena que, por estarla viendo, también, de una manera íntima que no sabría analizar, me pertenece, forma parte de mí.

Quisiera vivir diverso en países distantes. Quisiera morir otro entre banderas desconocidas. Quisiera ser aclamado emperador en otras eras, mejores hoy porque no son de hoy, vistas en vislumbre y colorido, inéditas y esfíngicas. Quisiera todo cuanto puede volver ridículo lo que soy, y justamente por tornar ridículo lo que soy. Quisiera, quisiera… Pero hay siempre sol cuando el sol brilla y noche cuando la noche cae. Hay siempre pena cuando la pena nos lastima y sueño cuando el sueño nos arrulla. Hay siempre lo que hay, y nunca lo que debería haber, no porque sea mejor o peor, sino porque es otro… Hay siempre…

Por la calle llena de cajas van los cargadores limpiándola. Una a una, entre risas y chistes, van poniendo las cajas en los carros. Desde lo alto de mi ventana de la oficina los voy viendo, con ojos cansados donde duermen los párpados. Y algo de sutil, de incomprensible, liga lo que siento a los trabajos que estoy viendo realizar, alguna sensación desconocida hace una caja de todo este mi tedio, o angustia, o náusea, y la levanta y lleva, a hombros del que bromea en voz alta, hacia un carro que está aquí. Y la luz del día, serena como siempre, brilla de forma oblicua, porque la calle es estrecha, por donde están cargando las cajas —no sobre las cajas, que están en la sombra, sino sobre el ángulo allá al final donde los recaderos están haciendo un no hacer nada, indeterminadamente.

450.
Como una esperanza negra, algo de más anticipador se cernió sobre todo: la misma lluvia pareció intimidarse; una negrura sorda se abatió sobre el ambiente. Y de repente, como un grito, un día formidable reventó. Una luz de infierno frío había visitado el contenido de cada cosa, inundando los cerebros y las esquinas. Todo se inmovilizó. Un peso cayó sobre todo aquello por donde había pasado. La lluvia triste era alegre con su ruido bruto y humilde. Sin querer, el corazón se sentía y pensar era un atontamiento. Una vaga religión se formaba en la oficina. Nadie era el que habitualmente era, y el patrón Vasques apareció por la puerta del despacho para pensar en decir alguna cosa. Moreira sonrió, conservando todavía en los alrededores de la cara el amarillo del miedo súbito. Y su sonrisa decía que sin duda el trueno siguiente debería estar ya más lejos. Un carro rápido perturbó con su ruido los ruidos de la calle. Involuntariamente el teléfono tiritó. El patrón Vasques, en vez de retroceder hacia la oficina, avanzó hacia el aparato de la sala grande. Se hizo un reposo y un silencio y la lluvia caía como una pesadilla. El patrón Vasques se olvidó del teléfono, que ya no volvería a sonar. El mozo se movió, al fondo de la casa, como una cosa incómoda.

Una gran alegría, llena de paz y de liberación, nos desconcertó a todos. Trabajamos medio atontados, agradables, sociables, con una profusión natural. El mozo, sin que nadie se lo dijera, abrió de par en par las ventanas. Un olor a frescor entró, con el aire del agua, por la gran sala adentro. La lluvia, ya más mansa, caía con humildad. Los ruidos de la calle, que seguían siendo los mismos, eran diferentes. Se oía la voz de los cocheros, y eran realmente personas. Nítidamente, en la calle de al lado, las campanas de los tranvías manifestaban también una sociabilidad con nosotros. Una carcajada de niño desierta hizo de canario en la atmósfera limpia. La lluvia fue amainando.

Eran las seis. Hora de cerrar la oficina. El patrón Vasques dijo, con la mampara entreabierta, «Pueden irse», y lo dijo como una bendición comercial. Me levanté de inmediato, cerré el libro y lo guardé. Puse la pluma de manera visible sobre la depresión del tintero, y, avanzando hacia Moreira, le dije un «hasta mañana» lleno de esperanza, y le apreté la mano como después de un gran favor.

451.

¿Viajar? Para viajar basta con existir. Voy de día en día, como de estación en estación, en el tren de mi cuerpo, o de mi destino, inclinado sobre las calles y las plazas, sobre los gestos y los rostros, siempre iguales y siempre diferentes, como son, al final, los paisajes.

Cuando imagino, viajo. ¿Qué otra cosa hago yo cuando viajo? Sólo la debilidad extrema de la imaginación justifica que uno tenga que trasladarse para poder sentir.

«Cualquier camino, este mismo camino de Entepfuhl, te llevará hasta el fin del mundo». Pero el fin del mundo, desde que el mundo se consumó dándole la vuelta, es el mismo Entepfuhl de donde se partió. En realidad, el fin del mundo, como su principio, es sólo nuestro concepto del mundo. Es en nosotros donde los paisajes son paisaje. Por eso, si los imagino, los creo; si los creo, son; si son, los veo como a los otros. ¿Para qué viajar? En Madrid, en Berlín, en Persia, en China, en los dos Polos, ¿dónde estaría yo sino en mí mismo y en el tipo y género de mis sensaciones?

La vida es lo que hacemos de ella. Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos.

452.

El único viajero con alma verdadera que conocí era un muchacho de una oficina de otra firma donde en tiempos estuve de empleado. Este joven coleccionaba folletos de propaganda de ciudades, países y compañías de transportes; tenía mapas —unos arrancados de los periódicos, otros que pedía aquí o allá—: tenía, recortadas de revistas y periódicos, ilustraciones de paisajes, grabados de costumbres exóticas, retratos de barcos y navíos. Iba a las agencias de turismo, en nombre de una oficina británica imaginaria, o tal vez en nombre de alguna oficina real, posiblemente la misma donde trabajaba, y pedía folletos sobre viajes a Italia, a la India, folletos informando sobre las conexiones entre Portugal y Australia.

No sólo era el más grande viajero, por ser el más auténtico, que he conocido: era también una de las personas más felices que me ha sido dado encontrar. Tengo pena de no saber lo que se ha hecho de él, o, la verdad, supongo sólo que debería tener pena; en realidad no la tengo, pues hoy, pasados diez años o más desde el breve tiempo en que lo conocí, debe ser hombre hecho, estúpido cumplidor de sus deberes, tal vez casado, sustentáculo social de alguien —muerto, en fin, en su misma vida. Y hasta es capaz de haber viajado con el cuerpo, él que tan bien sabía viajar con el alma.

Recuerdo de repente: él sabía exactamente por qué vías férreas se va de París a Bucarest, por qué vías férreas se recorría Inglaterra y, mediante pronunciaciones equivocadas de los nombres extraños, se tenía la certeza aureolada de su grandeza de alma. Hoy, sí, debe haber existido como muerto, pero tal vez un día, de viejo, se acuerde de que es no sólo mejor sino más verdadero soñar con Burdeos que desembarcar en Burdeos.

O a saber, tal vez todo esto tuviera otra explicación cualquiera y él estuviera sólo imitando a alguien. O… sí, creo a veces, considerando la diferencia hedionda entre la inteligencia de los niños y la estupidez de los adultos, que estamos acompañados en la infancia por un ángel de la guarda que nos presta su propia inteligencia astral y que después, tal vez con pena, pero en virtud de una ley superior, nos abandona, como las madres animales a las crías crecidas, al destino cebado que es nuestro destino.

453.
Desde la terraza de este café miro trémulamente a la vida. Poco veo ya de ella —la extendida— en esta su concentración por esta plaza nítida y mía. Un marasmo, como un comienzo de borrachera, me dilucida el alma de las cosas. Corre fuera de mí, en los pasos de los que pasan y en la furia regulada de sus movimientos, la vida evidente y unánime. En esta hora en que los sentidos se me estancan y todo me parece otra cosa —mis sensaciones un error confuso y lúcido, abro las alas pero no me muevo, como un cóndor imaginario.

Hombre de ideas como soy, ¿quién sabe si mi mayor aspiración no será realmente no pasar de ocupar este lugar en esta mesa de café?

Todo es vano, como remover cenizas, vago como el momento en el que todavía es pre-mañana.

¡Y la luz bate tan serenamente y tan perfectamente en las cosas, las dora tan de realidad sonriente y triste! Todo el misterio del mundo desciende hasta esculpirse ante mis ojos en banalidad y en calle.

¡Ah, cómo rozan las cosas cotidianas misterios por nosotros! ¡Cómo a la superficie que la luz toca, en esta vida compleja de humanos, la Hora, sonrisa incierta, sube hasta los labios del Misterio! ¡Qué moderno suena todo esto! ¡Y, en el fondo tan antiguo, tan oculto, tan teniendo otro sentido distinto a aquel que brilla en todo esto!

454.
La lectura de los periódicos, siempre penosa desde el punto de vista estético, lo es con frecuencia también desde el moral, incluso para quien tenga escasas preocupaciones morales.

Las guerras y las revoluciones —hay siempre una u otra en curso— llegan, en la lectura sobre sus efectos, a causar no horror sino tedio. No es la crueldad de todos aquellos muertos y heridos, el sacrificio de todos los que mueren batiéndose, o son muertos sin haberse batido, lo que pesa duramente en el alma: es la estupidez que sacrifica vidas y haberes a cualquier cosa inevitablemente inútil. Todos los ideales y todas las ambiciones son un desvarío de comadres hombres. No hay imperio que merezca que por él se destroce una muñeca de niña. No hay ideal que valga el sacrificio de un tren de hojalata. ¿Qué imperio es útil o qué ideal proficuo? todo es humanidad, y la humanidad es siempre la misma —variable pero imposible de perfeccionar, oscilante pero improgresiva. Ante el curso inimplorable de las cosas, la vida que tuvimos sin saber cómo y que perderemos sin saber cuándo, el juego de diez mil ajedreces que es la vida en común y en lucha, el tedio de contemplar sin utilidad lo que no se realiza nunca □— qué puede hacer el sabio sino pedir el reposo, el no tener que pensar en vivir, pues basta tener que vivir, un poco de lugar al sol y al aire y al menos el sueño de que hay paz del otro lado de los montes.

455.
Todos aquellos acasos infelices de nuestra vida, en los que fuimos o ridículos, o bajos, o llegamos retrasados, considerémoslos, a la luz de nuestra serenidad íntima, como incomodidades del viaje. En este mundo, viajantes, voluntarios o involuntarios, entre nada y nada o entre todo y todo, somos solamente pasajeros que no deben dar demasiada importancia a las dificultades del camino, a las contundencias de la trayectoria. Me consuelo con esto, no sé si porque me consuelo, si porque hay algo en esto que me consuela. Pero el consuelo ficticio se me torna verdad si dejo de pensar en él.

¡Y además, hay tantos consuelos! Hay el cielo azul infinito, limpio y sereno, donde flotan siempre nubes imperfectas. Hay la brisa suave, que agita las ramas densas de los árboles, si es en el campo; que hace oscilar las ropas extendidas, en los cuartos o en los quintos pisos, si es en la ciudad. Hay el calor o el fresco, si los hay, y siempre, en el fondo, un recuerdo, con su saudade, su desesperanza, y una sonrisa de magia a la ventana del mundo, lo que deseamos llamando a la puerta de lo que somos, como mendigos que son Cristo.

456.
¡Cuánto tiempo hace que no escribo! Pasé, en unos pocos días, siglos de renuncia incierta. Me estanqué, como un lago desierto, entre paisajes inexistentes.

En ese tiempo, transcurría bien para mí la monotonía variada de los días, la sucesión nunca igual de las horas iguales, la vida. Me iba bien. Si durmiera, no me iría de otro modo. Me estanqué, como un lago inexistente, entre paisajes desiertos.

Es frecuente que desconozca —cosa que sucede con frecuencia a los que se conocen. Asisto a mí con los varios disfraces con los que me siento vivo. Poseo de cuanto muda lo que siempre es idéntico, de cuanto se hace todo lo que no es nada.

Me acuerdo, lejano en mí, como si viajara hacia adentro, la monotonía, sin embargo tan distinta, de aquella casa provinciana… Allí pasé la infancia, pero no sabría decir, si quisiera hacerlo, si con más o menos felicidad de lo que paso hoy la vida. Era otro el que soy que allí vivía: son vidas diferentes, diversas, incomparables. Las mismas monotonías, que las aproximan por fuera, eran sin duda diferentes por dentro. No eran dos monotonías, sino dos vidas.

¿A cuenta de qué recuerdo esto? El cansancio. Recordar es un descanso, porque es un no actuar. Cuántas veces, para mi mayor descanso, recuerdo lo que nunca pasó, y no hay nitidez ni saudade en mis recuerdos de la provincia donde estuve como los que pueblan, tabla a tabla del piso, oscilación a oscilación, las vastas salas donde nunca moré.

De tal modo me convertí en la ficción de mí mismo que cualquier sentimiento natural que tengo, desde el primer momento, nada más nacer, se me trastorna en un sentimiento de la imaginación —la memoria en sueño, el sueño en olvidarme de él, el conocerme en no pensar en mí.

De tal modo me desvestí de mi propio ser que existir es vestirme. Sólo disfrazado es como soy yo. Y en torno a mí todos los ocasos desconocidos doraban, muriendo, los paisajes que nunca vi.

457.
Las cosas modernas son
La evolución de los espejos;
Los armarios roperos.
Pasamos a ser criaturas vestidas, de cuerpo y alma.

Y, como el alma corresponde siempre al cuerpo, un traje espiritual queda establecido. Pasamos a tener el alma esencialmente vestida, como pasamos —hombres, cuerpos— a la categoría de animales vestidos.

No es sólo el hecho de que nuestro viaje se vuelva una parte de nosotros mismos. Es también la complicación de ese traje y su curiosa cualidad de no tener casi ninguna relación con los elementos de la elegancia natural del cuerpo ni con los de sus movimientos.

Si me pidieran que explicara lo que es este mi estado de alma, a través de una razón social, respondería mudamente apuntando a un espejo, a una percha o a una pluma con tinta.

458.
En la niebla leve de la mañana de media primavera, la Baixa despierta entorpecida y el sol nace como que lento. Hay una alegría sosegada en el aire ya con buena parte de frío, y la vida, al soplo leve de la brisa que no hay, tirita vagamente del frío que ya pasó, por el recuerdo del frío más que por el propio frío, por la comparación con el verano próximo, más que por el tiempo que está haciendo.

No abrieron todavía las tiendas, salvo las lecherías y los cafés, pero la calma no es de torpor, como la del domingo; es sólo de reposo. Un vestigio dorado se antecede en el aire que se revela, y el azul se ruboriza pálidamente a través de la bruma que deshilacha. El comienzo del movimiento rarea por las calles, se destaca la separación de los peatones, y en las escasas ventanas abiertas, altas, madrugan también las apariciones. Los tranvías inscriben en el aire su chapa móvil amarilla y numerada. Y, de minuto en minuto, sensiblemente, las calles se desdesertizan.

Bogo, atento sólo con los sentidos, sin pensamiento ni emoción. Me desperté pronto; salí a la calle sin prejuicios. Observo como quien medita. Veo como quien piensa. Y una leve niebla de emoción se levanta absurdamente dentro de mí; la bruma que va saliendo del exterior parece que se me infiltra lentamente.

Sin querer, siento que he estado pensando en mi vida. No me fijé en eso, pero fue así. Juzgué que sólo veía y oía, que no era nada más, en todo este mi recorrido ocioso, que un reflector de imágenes dadas, un biombo blanco donde la realidad proyecta colores y luz en vez de sombras. Pero era algo más, sin yo saberlo. Era todavía el alma negándose, y mi propio observar abstracto era todavía una negación.

El aire se cubre de una falta de niebla, se cubre de luz pálida, en la cual la niebla como que se mezcló. Reparo súbitamente que el ruido es mucho mayor, que existe mucha más gente. Los pasos de los otros transeúntes son más apresurados. Aparece, quebrando su ausencia y la menor prisa de los otros, el correr andando de las pescaderas, la oscilación de los panaderos, monstruos con sus cestos, y [la] igualdad divergente de las vendedoras de cualquier cosa se desmonotoniza más sólo en el contenido de las cestas, donde los colores divergen más que las cosas. Los lecheros agitan, como llaves huecas y absurdas, las latas desiguales de su oficio ambulante. Los policías se estancan en los cruces, desmentido parado de la civilización al invisible movimiento de la ascensión del día.

¡Quién me diera, en este momento lo siento, ser alguien que pudiera ver esto como si no tuviera con ello más relación que el verlo —contemplarlo todo como si se tratara del viajero adulto llegado hoy a la superficie de la vida! No haber aprendido, del nacimiento en adelante, a dar sentidos dados a estas cosas todas, poder verlas en la expresión que tienen al margen de la expresión que les fue impuesta. Poder conocer en la pescadera su realidad humana independientemente de llamarla pescadera y de saber que existe y que vende. Ver al policía como Dios lo ve. Reparar en todo por primera vez, no apocalípticamente, como revelaciones del Misterio, sino directamente como floraciones de la Realidad.

Suenan —deben ser ocho las que no cuento— campanadas de horas de campana o de reloj grande. Me despierto de mí por la banalidad de existir las horas, clausura que la vida social impone a la continuidad del tiempo fronterizo de lo abstracto. Límite en lo desconocido. Me despierto de mí, y, mirando para todo, ahora ya lleno todo de la vida y de

la humanidad acostumbradas, veo que la niebla, que se despejó completamente en el cielo, salvo lo que en el azul flota todavía de todavía no realmente azul, me entró verdaderamente hasta el alma, y al mismo tiempo entró hasta la parte interior de todas las cosas, que es por donde ellas establecen contacto con mi alma. Perdí la visión de lo que vi. Cegué con la vista. Siento ya con la banalidad del conocimiento. Esto ahora ya no es la Realidad: es simplemente la Vida.

… Sí, la vida a la que yo pertenezco también, y que también a mí me pertenece; no ya la Realidad, que es sólo de Dios, o de sí misma, que no contiene misterio ni verdad, que, puesto que es real o finge que lo es, existe en algún lugar fija, libre de ser temporal o eterna, imagen absoluta, idea de un alma que fuera exterior.

Vuelvo lentos mis pasos más rápidos de lo que considero al portal por donde subiré de nuevo a casa. La Praça Figueira, bostezando venderes [*sic*] de varios colores, me cubre, clientelizándose el horizonte de ambulante. Avanzo lentamente, muerto, y mi visión ya no es la mía, ya no es nada: es sólo la del animal humano que heredó, sin quererlo, la cultura griega, el orden romano, la moral cristiana y todas las demás ilusiones que forman la civilización en la que siento.

¿Dónde estarán los vivos?

459.
Me gustaría estar en el campo para que me pudiera gustar estar en la ciudad. Me gusta, sin eso, estar en la ciudad, pero con eso mi gusto serían dos.

460.
Cuanto más alta la sensibilidad, y más sutil la capacidad de sentir, tanto más absurdamente vibra y se estremece con las pequeñas cosas. Es precisa una inteligencia prodigiosa para sentir angustia en un día oscuro. La humanidad, que es poco sensible, no se angustia con el tiempo, porque hace siempre algún tiempo; no siente la lluvia salvo cuando le cae encima.

El día bazo y blando va escaldándose humildemente. Solo en la oficina, paso revista a mi vida, y lo que veo en ella es como el día que me oprime y me aflige. Me veo niño contento por nada, adolescente aspirando a todo, viril sin alegría ni aspiraciones. Y todo esto aconteció en la indolencia y la empañadura, como el día que me la hace ver o recordar.

¿Quién de nosotros puede, volviéndose en el camino del que no se regresa, decir que lo siguió como correspondía?

461.
Sabiendo cómo las cosas más pequeñas poseen con facilidad el arte de torturarme, a propósito esquivo el roce con las cosas más pequeñas. ¿Quien, como yo, sufre porque una nube pasa por delante del sol, cómo no ha de sufrir en la oscuridad del día siempre cubierto de su vida?

Mi aislamiento no significa una búsqueda de la felicidad, pues no tengo alma para conseguirla; ni de la tranquilidad, que nadie obtiene salvo cuando nunca la perdió —sino del sueño, del apagamiento, de la renuncia mínima.

Las cuatro paredes de mi cuarto pobre son para mí, al mismo tiempo, celda y distancia, cama y ataúd. Mis horas más felices son aquellas en las que no pienso en nada, no quiero nada, ni siquiera sueño, perdido en un torpor de vegetal equivocado, de mero musgo que creciera en la superficie de la vida. Gozo sin amargura la conciencia absurda de no ser nada, el antesabor de la muerte y del apagamiento.

Nunca tuve a nadie al que pudiera llamar «Maestro». No murió por mí ningún Cristo. Ningún Buda me señaló un camino. En lo alto de mis sueños ningún Apolo o Atenea se me apareció para iluminarme el alma.

462.

Pero la exclusión, que me impuse, de los fines y de los movimientos de la vida; la ruptura, que procuré, de mi contacto de las cosas —me llevó precisamente a aquello de lo que yo procuraba huir. Yo no quería sentir la vida, ni rozar las cosas, sabiendo, por la experiencia de mi temperamento en contagio del mundo, que la sensación de la vida era siempre dolorosa para mí. Pero al evitar ese contacto, me aislé, y, aislado, exacerbé mi sensibilidad ya excesiva. Si fuera posible cortar del todo el contacto con las cosas, bien le iría a mi sensibilidad. Pero ese aislamiento total no puede realizarse. Por poco que yo haga, respiro; por poco que actúe, me muevo. Y así, consiguiendo exacerbar mi sensibilidad por el aislamiento, conseguí que los hechos mínimos, que antes incluso a mí nada hubieran hecho, me hiriesen como catástrofes. Erré el método de fuga. Huí, dando un rodeo incómodo, hacia el mismo lugar en el que estaba, con el cansancio del viaje añadido al horror de vivir allí.

Nunca encaré el suicidio como una solución, porque odio la vida por amor a ella. Me llevó tiempo convencerme de este lamentable equívoco en que vivo conmigo mismo. Convencido de él, quedé a disgusto, lo que me ocurre siempre que me convenzo de cualquier cosa, porque el convencimiento supone siempre en mí la pérdida de una ilusión.

Maté la voluntad analizándola. ¡Quién me devolviera la infancia antes del análisis, aunque antes también de la voluntad!

En mis parques, sueño muerto, la soñolencia de los estanques al sol intenso, cuando los rumores de los insectos circulan en la hora y me pesa vivir, no como una aflicción, sino como un dolor físico por concluir.

Palacios remotísimos, parques absortos, la estrechez de los bulevares, la gracia muerta de los bancos de piedra para los que se fueron —pompas muertas, gracia deshecha, oropel perdido. Mi ansia que olvido, quién me diera recuperar la aflicción con que te soñé.

463.
Sosiego por fin. Todo cuanto fue vestigio o desperdicio se me pierde en el alma como si no hubiera existido nunca. Me quedo sólo y tranquilo. La hora que paso es como aquella en que me convirtiese a una religión. Nada sin embargo me atrae hacia lo alto, aunque nada ya me atraiga hacia abajo. Me siento libre, como si dejara de existir, conservando la conciencia de ello.

Sosiego, sí, sosiego. Una gran calma, suave como una inutilidad, desciende sobre mí al fondo de mi ser. Las páginas leídas, los deberes cumplidos, los pasos y los actos del vivir — todo eso se me convirtió en una vaga penumbra, en un halo apenas perceptible, que busca cualquier otra cosa tranquila que no sé lo que es. El esfuerzo en que puse, una y otra vez, el olvido del alma; el pensamiento, en el que puse, una y otra vez, el olvido de la acción — ambos se me convierten en una especie de ternura sin sentimiento, de compasión frustrada y vacía.

No es el día lento y suave, nublado y blando. No es la brisa imperfecta, casi inexistente, poco más que el aire que ya se deja sentir. No es el color anónimo del cielo aquí y allá azul, desvaídamente. No. No, porque no siento. Veo sin intención ni remedio. No asisto atento a espectáculo ninguno. Es sosiego y no alma lo que siento. Las cosas exteriores, que permanecen nítidas y detenidas, incluso las que se mueven, son para mí como sería el mundo para Cristo cuando, desde lo más alto, Satanás lo tentó. No son nada, y comprendo que Cristo no cayera en la tentación. No son nada, y no comprendo cómo Satanás, con la ciencia de su mucha edad, pudo pensar que con eso lo tentaría.

¡Corre despacio, vida que no se siente, regato en silencio moviéndose bajo árboles olvidados! ¡Corre blanda, alma que se desconoce, murmullo que no se ve más allá de las grandes ramas caídas! ¡Corre inútil, corre sin razón, conciencia que no lo es de nada, vago brillo a lo lejos, entre claros de hojas, que no osé vivir! ¡Corre, corre y déjame olvidar!

Vago soplo de lo que no oso vivir, sorbo frustrado de lo que no pude sentir, murmullo inútil de lo que no quise pensar, vete lento, vete suave, vete en torbellinos que tienes que tener y en declives que te dan, vete hacia la sombra o hacia la luz, hermano del mundo, vete hacia la gloria o el abismo, hijo del Caos y de la Noche, recordando todavía, en alguno de tus repliegues, que los Dioses vinieron después, y que los Dioses también pasan.

464.
Quien haya leído las páginas de este libro que preceden a esta, se habrá formado sin duda la idea de que soy un soñador. Se habrá engañado, si se la formó. Para ser soñador, me falta dinero.

Las grandes melancolías, las tristezas llenas de tedio, no pueden existir sino en un ambiente de comodidad y sobrio lujo. Por eso el Egeus de Poe, concentrado horas y horas en una absorción enfermiza, lo hace en un castillo antiguo, ancestral, donde, del otro lado de las puertas del gran salón donde yace la vida, mayordomos invisibles administran la casa y la comida.

El gran sueño requiere ciertas circunstancias sociales. Un día en que, maravillado por cierto movimiento rítmico y dolorido en lo que acababa de escribir, me acordé de Chateaubriand, no pasó mucho tiempo sin que me diera cuenta de que yo no era vizconde, ni siquiera bretón. Otra vez que creí sentir, en el sentido de lo que había dicho, cierta semejanza con Rousseau, no pasó tampoco mucho tiempo sin que tuviera que aceptar que, no [habiendo] tenido el privilegio de ser noble y señor de un castillo, tampoco lo había tenido de ser suizo o vagabundo.

Pero, en fin, también hay universo en la Rúa dos Douradores. También aquí Dios nos concede que no nos falte el enigma de vivir. Y por eso, si son pobres, como este paisaje de carros y de cajas, los sueños que consigo extraer de entre las ruedas y las tablas, aún así son para mí todo lo que tengo, y todo lo que puedo tener.

En otra parte es donde están, sin duda, los ocasos. Pero incluso desde este cuarto piso de cara a la ciudad puede pensarse el infinito. Un infinito con almacenes abajo, desde luego, pero con estrellas al final… Es lo que se me ocurre, en este atardecer, a la ventana, con la insatisfacción del burgués que no soy y con la tristeza del poeta que nunca podré ser.

465.
Cuando llega el verano entristezco. Parece que la luminosidad, aunque frágil, de las horas estivales debiera acariciar a quien no sabe quién es. Pero no, a mí no me acaricia. Existe un contraste excesivo entre la vida exterior exuberante y lo que siento y pienso, sin saber ni sentir ni pensar —el cadáver perennemente insepulto de mis sensaciones. Tengo la impresión de que vivo, en esta patria informe llamada el universo, bajo una tiranía política que, aunque no me oprima directamente, ofende sin embargo algún principio oculto de mi alma. Y entonces desciende sobre mí, sordamente, lentamente, la saudade anticipada del exilio imposible.

Tengo sobre todo sueño. No un sueño que lleva latente, como todos los sueños, incluidos los mórbidos, el privilegio físico del sosiego. No un sueño que, porque va a olvidarse de la vida, y tal vez transportar sueños, lleva en la bandeja con la que se aproxima hasta nuestra alma las ofrendas plácidas de una gran renuncia. No: este es un sueño que no logra dormir, que pesa en los párpados sin cerrarlos, que junta en un gesto que se siente que es de estupidez y de repulsa las comisuras sentidas de los labios descreídos. Este es un sueño como el que pesa inútilmente sobre el cuerpo en los grandes insomnios del alma.

Sólo cuando llega la noche siento de alguna manera, no una alegría, pero sí un descanso que, porque otros descansos fueron de contento, se siente contento por analogía con los sentidos. Entonces el sueño pasa, la confusión de crepúsculo mental que ese sueño había producido se esfuma, se aclara, se ilumina casi. Aparece, por un instante, la esperanza de otras cosas. Pero esa esperanza apenas dura. Lo que sobreviene es un tedio sin sueño ni esperanza, el mal despertar de quien no llegó a dormir. Y desde la ventana de mi cuarto observo, pobre alma cansada de cuerpo, muchas estrellas; muchas estrellas, nada, la nada, muchas estrellas…

466.
El hombre no debe poder ver su propia cara. Eso es lo más terrible de todo. La Naturaleza le dio el don de no poderla ver, como también el de no poder mirar sus propios ojos.

Sólo en el agua de los ríos y de los lagos podía él contemplar su rostro. Pero hasta la postura que había de adoptar era simbólica. Tenía que curvarse, inclinarse para cometer la ignominia de verse.

El inventor del espejo envenenó el alma de los hombres.

467.
Me oyó leer mis versos —que ese día leí bien, porque me distraí— y me dijo, con la simplicidad de una ley natural: «Usted, así, y con otra cara, sería un gran fascinador». La palabra «cara», más que la referencia que contenía, me alzó de mí por la garganta que no me conozco. Vi el espejo de mi cuarto, mi pobre rostro de mendigo sin pobreza; y de repente el espejo se giró y el espectro de la Rúa dos Douradores se abrió ante mí como un nirvana del cartero.
La sutileza de mis sensaciones llega a ser una enfermedad que me resulta ajena. La sufre otro diferente y del que yo soy la parte enferma, porque realmente siento como si dependiera de una mayor capacidad de sentir. Soy como un tejido especial, o incluso una célula, sobre la cual pesara toda la responsabilidad de un organismo.
Si pienso, es porque divago; si sueño, es porque estoy despierto. Todo en mí se confunde conmigo, y no hay forma de saber ser.

468.

Cuando vivimos permanentemente en lo abstracto —sea lo abstracto del pensamiento, sea lo abstracto de la sensación pensada—, no pasa mucho tiempo sin que, en contra de nuestro mismo sentimiento o voluntad, se nos conviertan en fantasmas aquellas cosas de la vida real que, de acuerdo con nosotros mismos, más deberíamos sentir.

Por más amigo, y más verdaderamente amigo, que yo sea de alguien, el saber que está enfermo, o que murió, no me produce más que una vaga impresión, incierta, apagada, que me avergüenzo de sentir. A fuerza de vivir imaginando, se consume el poder de imaginar, sobre todo el de imaginar lo real. Viviendo mentalmente de lo que no existe ni puede existir, acabamos por no poder pensar lo que puede existir.

Me dijeron hoy que había sido internado, para ser operado, un viejo amigo mío, al que no veo hace tiempo, pero que sinceramente recuerdo siempre con lo que imagino que es saudade. La única sensación que sentí clara y positiva fue la molestia que por fuerza había de causarme el tener que ir a visitarlo, con la alternativa irónica de, por no tener paciencia para la visita, tener que arrepentirme por no hacerla.

Nada más… De tanto lidiar con las sombras, yo mismo me convierto en una sombra —en lo que pienso, en lo que siento, en lo que soy. La saudade de lo normal que nunca fui penetra entonces en la sustancia de mi ser. Pero es eso, y solamente eso, lo que siento. No siento propiamente pena del amigo que va a ser operado. No siento propiamente pena de todas las personas que van a ser operadas, de todos cuantos sufren y penan en este mundo. Siento pena tan sólo por no saber ser alguien capaz de sentir pena.

Y, en un inexistente, estoy pensando en otra cosa, inevitablemente, por un impulso que no sé lo que es. Y entonces, como si estuviera delirando, se me mezcla con lo que no llegué a sentir, con lo que nunca pude ser, un rumor de árboles, un murmullo de agua corriendo en dirección a los estanques, una quinta inexistente… Me esfuerzo por sentir, pero ya no sé cómo se siente. Me transformé en mi propia sombra, sombra a la que hubiera entregado mi ser. Al revés que aquel Peter Schlemihl del cuento alemán, no vendí mi sombra al Diablo, sino mi sustancia. Sufro por no sufrir, por no saber sufrir. ¿Vivo o finjo que vivo? ¿Duermo o estoy despierto? Una vaga brisa, que emerge fresca del calor del día, me hace olvidarlo todo. Me pesan los párpados agradablemente… Siento que este mismo sol dora los campos donde no estoy y donde no quiero estar… De entre los ruidos de la ciudad sale un gran silencio… ¡Qué suave! ¡Pero cuánto más suave, quizás, si yo pudiera sentir!…

469.
El mismo acto de escribir perdió ya su dulzura para mí. Se banalizó tanto, no sólo el acto de dar expresión a las emociones sino también el de pulir las frases, que escribo como quien come o bebe, con más o menos atención, pero medio ajeno y desinteresado, medio atento, y sin entusiasmo ni fulgor.

470.
Hablar es tener demasiada consideración con los demás. Por la boca mueren el pez y Oscar Wilde.

471.

Siempre que podamos considerar este mundo como una ilusión o un fantasma, podremos considerar todo lo que nos sucede como un sueño, algo que fingió ser porque dormíamos. Y entonces nace en nosotros una indiferencia sutil y profunda hacia todos los desaires y desastres de la vida. Los que mueren volvieron una esquina, y por eso dejamos de verlos; los que sufren desfilan ante nosotros, si sentimos, como una pesadilla, si pensamos, como un ingrato devaneo. Y nuestro propio sufrimiento no será otra cosa que esa nada. En este mundo dormimos sobre el lado izquierdo y oímos en los sueños la existencia oprimida de nuestro corazón.

Nada más… Un poco de sol, una brizna de brisa, unos árboles que enmarcan la distancia, el deseo de ser feliz, la pena por el sucederse de los días, la ciencia siempre insegura y la verdad siempre por descubrir… Nada más, nada más… Nada más, sí…

472.
Alcanzar, en el estado místico, sólo lo que ese estado tiene de agradable sin lo que tiene de exigente; ser la parte extática de ningún dios, místico o eleusino sin iniciación; seguir el curso de los días pensando un paraíso en el que no se cree —todo esto sabe bien al alma, siempre que el alma conozca lo que es desconocer.

Pasan allá en lo alto, por encima de donde estoy, cuerpo dentro de una sombra, las nubes silenciosas; se desplazan en lo alto, por encima de donde estoy, alma cautiva en un cuerpo, las verdades desconocidas… Todo se desplaza en lo alto… Y todo pasa en las alturas como aquí abajo, sin una nube que deje más que lluvia o una verdad que deje otra cosa que dolor… Sí, todo lo que pertenece a las alturas, por las alturas se desplaza; todo lo apetecible queda lejos y a lo lejos pasa… Sí, todo atrae, todo es ajeno y todo pasa.

¿Qué me importa saber, cuerpo o alma, que he de pasar también? Nada, salvo la esperanza de [que] todo sea nada y por lo tanto la nada lo sea todo.

473.
En cualquier espíritu que no sea disforme, existe la creencia en Dios. En cualquier espíritu que no sea disforme, no existe la creencia en un Dios definido. Es algún ser, existente e imposible, que lo rige todo; un ser cuya persona, si la tiene, nadie puede definir; un ser cuyos fines, si de ellos se sirve, nadie puede comprender. Llamándolo Dios lo decimos todo, porque, no teniendo la palabra sentido preciso alguno, así lo afirmamos sin decir nada. Los atributos de infinito, de eterno, de omnipotente, de sumamente justo o bondadoso, que a veces le asignamos, se desprenden por sí mismos como todos los adjetivos innecesarios cuando el sustantivo basta. Y El, al que, por indefinido, no podemos asignar atributos, es, por eso mismo, el sustantivo absoluto.

La misma seguridad e idéntica vaguedad existen en cuanto a la supervivencia del alma. Todos nosotros sabemos que hemos de morir; todos sentimos que no moriremos. No es exactamente un deseo, ni una esperanza, lo que nos trae esa visión en lo oscuro de que la muerte es un malentendido: es un raciocinio hecho con las entrañas, que repudia □

474. UN DÍA

En vez de comer —necesidad que tengo de que me suceda cada día— fui a ver el Tajo, y volví a vagabundear por las calles sin llegar ni siquiera a suponer que me pareció útil para el alma verlo. Así y todo…

Vivir no vale la pena. Sólo mirar vale la pena. Poder mirar sin ver sería la felicidad, pero eso es imposible, como acostumbra a ser cuanto soñamos. ¡El éxtasis que no incluyera la vida!… ¡Crear al menos un pesimismo nuevo, una nueva negación, para que tuviéramos la ilusión de que algo de nosotros, aunque fuera para mal, quedaba!

475.

«¿De qué se ríe usted?», me preguntó sin mala intención la voz de Moreira salida del otro lado de los dos estantes de mi mesa.

«Era un cambio de nombres que estaba haciendo…», y descansé [los] pulmones al hablar.

«Ah», dijo Moreira rápidamente, y la paz polvorienta descendió de nuevo sobre la oficina y sobre mí.

¡El señor Vizconde de Chateaubriand aquí, haciendo cuentas! ¡El señor profesor Amiel aquí en un real banco alto! ¡El señor Conde Alfred de Vigny endeudado en el Grandela! ¡Senancour en los Douradores!

Ni Bourget, cuitado, al que cuesta tanto trabajo leer como subir una escalera sin ascensor… Me vuelvo por detrás del parapeto para ver bien de nuevo mi Boulevard de Saint Germain, y justamente en este momento el socio del campesino está escupiendo para la calle.

Y entre el pensar todo esto y el estar fumando y el no ligar bien una cosa con la otra, la risa mental encuentra el humo y, enredándose en la garganta, se extiende en un ataque tímido de risa audible.

476.
Podrá parecerles a muchos que este mi diario, escrito para mí, es excesivamente artificial. Pero es en mí natural el ser artificial. ¿Con que habré yo de entretenerme después si no es escribiendo cuidadosamente estos apuntes espirituales? Por lo demás, no los escribo cuidadosamente. Los agrupo, incluso, sin cuidar de limarlos. Pienso desde luego en este lenguaje mío primoroso.

Soy un hombre para quien el mundo exterior es una realidad interior. Siento esto no metafísicamente, sino con los sentidos habituales con los que incorporamos la realidad.

Nuestra frivolidad de ayer es hoy una saudade constante que me roe la vida.

Hay claustros a esta hora. Atardeció en los desdenes. En los ojos azules de los estanques una última desesperación refleja la muerte del sol. Nosotros éramos una parte tan importante de los parques antiguos; de tan voluptuoso modo estábamos incorporados en la presencia de las estatuas, en el perfil inglés de los bulevares. ¡Los vestidos, los espadines, las *perruques*, los contoneos y los galanteos pertenecían de tal modo a la sustancia de la que estaba hecho nuestro espíritu! ¿Nosotros, quiénes? El surtidor apenas, en el jardín desierto, agua alada saliendo ya a menor altura en su triste acción de pretender volar.

477.
… y los lirios en las márgenes de ríos remotos, fríos y solemnes, en una tarde eterna en el fondo de continentes verdaderos.

Sin nada más, y sin embargo verdaderos.

478.
(lunar scene)
Todo el paisaje no está en parte alguna.

479.
Allá abajo, alejándose de lo alto donde estoy en sucesivos desniveles de sombra, duerme a la luz de la luna, álgida, la ciudad entera.

Una desesperación de mí, una angustia de vivir encadenado a mí mismo me desborda por completo sin llegar a derramarse, componiéndome el ser con ternura, miedo, dolor y desolación.

Un tan inexplicable exceso de aflicción absurda, un tan desolado dolor, tan huérfano, tan metafísicamente mío □

480.
Se arrastra hasta mis ojos la ciudad confusa y sosegada.

Las casas se desigualan en una aglomeración retenida, y la luz de la luna, con manchas de incertidumbre, paraliza de madreperla las oscilaciones muertas de la profusión. Hay tejados y sombras, ventanas y edad media. No tiene por qué haber entorno nada más. Se asienta en lo que se ve un vislumbre de lejanía. Por encima de mi lugar de observación hay delgadas ramas de árboles, y yo tengo el sueño de la ciudad entera en mi corazón persuadido. ¡Lisboa a la luz de la luna y mi cansancio de mañana!

¡Qué noche! Pluguiera a quien provocó los pormenores del mundo que no hubiera para mí mejor estado o melodía que el momento lunar destacado en que me desconozco conocido.

Ni brisa ni gente interrumpen lo que no estoy pensando. Tengo sueño igual que tengo vida. Sólo que siento en los párpados como si hubiera algo que pesara sobre ellos. Escucho mi respiración. ¿Duermo o estoy despierto?

Me cuesta como plomo en los sentidos mover los pies hacia mi casa. La caricia del apagamiento, la flor dada de lo inútil, mi nombre nunca pronunciado, mi desasosiego entre orillas, el privilegio de deberes cedidos, y, en la última curva del parque ancestral, el otro siglo como un rosal.

481.
Entro en la barbería como de costumbre, con el placer de serme fácil entrar sin embarazo en las casas conocidas. Mi sensibilidad para lo nuevo es angustiadora: me siento tranquilo sólo donde ya he estado antes.

Cuando me senté en el sillón pregunté, movido por un recuerdo casual, al joven barbero que me iba colocando en el cuello un lino frío y limpio, cómo iba mi colega del sillón de la derecha, más viejo y con espíritu, que se encontraba enfermo. Le pregunté sin que pesara la necesidad de preguntar: se me ocurrió por influencia del local y del recuerdo. «Murió ayer», respondió sin tono alguno la voz que estaba por detrás de la toalla y de mí, y cuyos dedos se elevaban desde la última inserción por la nuca, entre el cuello de la camisa y yo. Toda mi buena disposición irracional murió de repente, como el barbero eternamente ausente del sillón de al lado. Hace frío en todo cuanto pienso. No dije nada.

¡Saudades! Las tengo hasta de lo que nada tuvo que ver conmigo, por una angustia de fuga del tiempo y una enfermedad del misterio de la vida. Caras que veía habitualmente en mis calles de siempre —si dejo de verlas, me entristezco; y no significaron nada para mí, salvo el ser el símbolo de la vida entera.

¿El viejo sin interés de las polainas sucias que se cruzaba frecuentemente conmigo a las nueve de la mañana? ¿El vendedor de lotería cojo que me molestaba inútilmente? ¿El viejo redondo y rojo del puro a la puerta del estanco? ¿El dueño pálido del estanco? ¿Qué ha sido de todos ellos, que por haberlos visto y volverlos a ver pasaron a formar parte de mi vida? Mañana yo también desapareceré de la Rúa da Prata, de la Rúa dos Douradores, de la Rúa dos Fanqueiros. Mañana también yo —el alma que siente y piensa, el universo que soy para mí mismo—, mañana, sí, yo también seré el que dejó de pasar por estas calles, aquel a quien otros evocarán con un «¿qué habrá sido de él?». Y todo cuanto hago, todo cuanto siento, todo cuanto vivo, no será más que un transeúnte de menos en la cotidianidad de las calles de una ciudad cualquiera.

LOS GRANDES FRAGMENTOS

LA DIVINA ENVIDIA

Siempre que siento una sensación agradable en compañía de otros, les envidio la parte que tuvieron en esa sensación. Me parece una falta de pudor que ellos sintieran lo mismo que yo, que me corrompieran el alma por medio de su alma sintiendo con la mía al unísono.

La gran dificultad del orgullo que a mí me ofrece la contemplación de los paisajes es la dolorosa circunstancia de que con toda seguridad ya antes alguien los haya contemplado con la misma mirada.

En otros días, es cierto, y a diferentes horas. Pero hacerme notar eso sería como acariciarme y amansarme con una escolástica que no merece mi superioridad. Sé que importa poco la diferencia, que con el mismo espíritu en su mirada otros tuvieron ante el paisaje una manera de ver no exactamente igual a la mía, pero sí parecida.

Me esfuerzo por ello en alterar siempre lo que veo de modo que se vuelva indiscutiblemente mío —en alterar el dibujo del perfil de las montañas, mintiéndolo con igual belleza y en el mismo orden del perfil de belleza; en sustituir ciertos árboles y flores por otros, ampliamente idénticos de manera absolutamente distinta; en ver otros colores de similar efecto en el ocaso— y así creo, de tan educado como estoy, y con el mismo gesto de la mirada con el que espontáneamente veo, un modelo interior de lo exterior.

Esto, sin embargo, no es más que el grado ínfimo de sustitución de lo visible. En mis buenos y abandonados momentos de sueño construyo mucho más.

Obligo al paisaje a producirme los mismos efectos que la música, a evocarme imágenes visuales —curioso y dificilísimo triunfo del éxtasis, tan difícil porque el agente evocativo pertenece al mismo orden de sensaciones que hay que evocar. Mi mayor triunfo en este género fue cuando, a una determinada hora ambigua por su luz y su aspecto, mirando hacia el Cais do Sodré nítidamente *vi* una pagoda china con extraños cascabeles en las puntas de los tejados como sombreros absurdos —curiosa pagoda china *pintada* en el espacio, en el espacio-satén, no sé cómo, en el espacio que perdura en la abominable tercera dimensión. Y el momento me olió realmente a un tejido arrastrado y remoto y con una gran envidia de realidad…

CARTA

Ojalá pudieras tú comprender tu deber de ser meramente el sueño de un soñador. De ser apenas el incensario de la catedral de los devaneos. De esculpir tus gestos como sueños, para que fueran sólo ventanas abiertas a paisajes nuevos de tu alma. De tal modo construir tu cuerpo en remedos de sueño que no fuera posible verte sin pensar en otra cosa, que lo recordaras todo menos a ti misma, que verte fuera como oír música y atravesar, sonámbulo, grandes paisajes de lagos muertos, vagas florestas silenciosas pedidas en el fondo de otras épocas, donde invisibles parejas diferentes viven sentimientos que nosotros no tenemos.

Yo no te querría para nada salvo para no tenerte. Querría que, soñando yo apareciendo tú, pudiera imaginarme todavía soñando —tal vez ni siquiera viéndote, pero quizás reparando que la luz de la luna había inundado de □ los lagos muertos y que ecos de canciones ondeaban súbitamente en la gran floresta no explícita, perdida en épocas imposibles.

Mi visión de ti sería el lecho donde mi alma se adormeciera, niña enferma, para soñar otra vez con otro cielo. ¿Hablarías? Sí, pero que oírte fuera no oírte sino ver grandes puentes a la luz de la luna unir las dos orillas oscuras del río que va a dar al anciano mar donde las carabelas son nuestras para siempre.

¿Sonríes? Yo no sabía nada de eso, pero mis cielos interiores estaban poblados de estrellas. Me llamas durmiendo. Yo no reparaba en eso, pero en el barco lejano cuya vela de sueño navegaba a la luz de la luna, veo marinas remotas.

CASCADA

La niña sabe que la muñeca no es real, y como tal la trata, hasta llorar por ella y disgustarse cuando se le rompe. El arte de los niños es el de irrealizar. ¡Bendita sea esa edad equivocada de la vida, cuando se niega la vida por no existir el sexo, cuando se niega la realidad por un juego, tomando por reales cosas que no lo son!

Que se me regrese a la infancia y permanezca siempre niño, sin que me importen los valores que los hombres dan a las cosas ni las relaciones que los hombres establecen entre ellas. Yo, cuando era pequeño, ponía muchas veces los soldaditos de plomo con las patas al aire… ¿Y hay algún argumento, con fuerza lógica convincente, que me demuestre que los soldados reales no deben caminar cabeza abajo?

El niño no concede más valor al oro que al vidrio. ¿Y realmente, es más valioso el oro? El niño encuentra absurdas las pasiones, las rabias, los temores que ve esculpidos en los gestos adultos. ¿Y no son realmente absurdos y vanos todos nuestros temores, y todos nuestros odios, y nuestros amores todos?

¡Oh divina y absurda intuición infantil! ¡Visión verdadera de las cosas, que nosotros vestimos de convenciones al verlas en su más clara desnudez, que nosotros cubrimos con la bruma de nuestras ideas en nuestra mirada más directa!

¿Será Dios un niño muy crecido? ¿No parece el universo entero un juego, una jugarreta de niño travieso? Tan irreal, tan □, tan □

Os lancé, riendo, esta idea al aire, y ved cómo al verla a distancia de repente veo lo horrorosa qué es (¿Quién sabe si esa idea no encierra la verdad?). Y la idea cae y se me rompe a los pies entre polvo de horror y astillas de misterio…

Me despierto para saber que existo…

Un gran tedio impreciso gorgotea equivocadamente fresco al oído, por las cascadas, colmenar abajo, allá en el fondo estúpido del jardín.

CENOTAFIO

Ni viuda ni hijo le colocó en la boca el óbolo con que pagar a Caronte. Están velados para nosotros los ojos con que atravesó la Estigia y vio nueve veces reflejado en las aguas infernales el rostro que desconocemos. No tiene nombre entre nosotros la sombra ahora errante por las orillas de los ríos soturnos; su nombre es también sombra.

Murió por la Patria, sin saber cómo ni porqué. Su sacrificio mereció la gloria de no ser conocido. Dio su vida con toda la entereza de su alma; por instinto, no por deber; por amor a la Patria, no por conciencia de ella. La defendió como quien defiende a una madre, de la que somos hijos no por lógica, sino por nacimiento. Fiel al secreto primordial, no pensó ni quiso, pero vivió su muerte instintivamente, como había vivido su vida. La sombra que ahora usa se hermana con las que cayeron en las Termopilas, fieles en la carne al juramento en el que habían nacido.

Murió por la Patria como el sol sale cada día. Fue por naturaleza lo que la Muerte había de tornarlo.

No cayó esclavo de una fe ardiente, no lo mataron combatiendo por la bajeza de un gran ideal. Libre de la afrenta de la fe y del insulto del humanitarismo, no cayó en defensa de una idea política, o del futuro de la humanidad, o de una religión todavía por llegar. Lejos de la fe en el otro mundo, con la que se engañan los creyentes de Mahoma y los secuaces de Cristo, vio llegar la muerte sin esperar la vida en ella, vio pasar la vida sin esperar una vida mejor.

Pasó naturalmente, como el viento y el día, llevando consigo el alma que lo había hecho diferente. Se zambulló en la sombra como quien entra por la puerta a la que se dirigía. Murió por la Patria, la única cosa superior a nosotros de que tenemos conocimiento y razón. El paraíso del mahometano o del cristiano, el olvido transcendente del budista, no se le reflejaron en los ojos cuando en ellos se apagó la llama que lo mantenía vivo en la tierra.

No supo quién fue, como nosotros ignoramos quién es. Cumplió con su deber, sin saber lo que cumplía. Lo guió lo mismo que hace florecer las rosas y que sea bella la muerte de las hojas. La vida no tiene otra razón mejor, ni la muerte más alto galardón.

Visita ahora, conforme concesión de los dioses, las regiones donde falta la luz, pasando los lamentos de Cocito y el fuego de Flegetonte y oyendo en la noche el lapso breve de la lívida onda letea.

Es tan anónimo como el instinto que lo mató. No pensó que iba a morir por la Patria, murió por ella. No determinó cumplir con su deber; lo cumplió. A quien no tuvo nombre en su alma, justo es que no le preguntemos qué nombre definió su cuerpo. Fue portugués; no siendo tal o cual portugués, es el portugués sin límites.

Su lugar no está junto a los creadores de Portugal, cuya estatura es otra y otra su conciencia. No le cabe la compañía de los semidioses, gracias a cuya audacia aumentaron los caminos del mar y hubo más tierra disponible a nuestro alcance.

Ni estatua ni lápida cuentan quién fue aquel que fue todos nosotros; como es el pueblo entero, debe tener por tumba esta tierra toda. En su propia memoria debemos sepultarlo, y por lápida colocarle su propio ejemplo apenas.

CONSEJOS A LAS MALMARIDADAS

(Las malmaridadas son todas las mujeres casadas y algunas solteras).

Libraos sobre todo de cultivar los sentimientos humanitarios. El humanitarismo es una grosería. Escribo en frío, razonadamente, pensando en vuestro bienestar, pobres malmaridadas.

Todo el arte, toda la liberación está en someter el espíritu lo menos posible, dejando al cuerpo que se someta a la voluntad.

Ser inmoral no vale la pena, porque disminuye, a los ojos de los demás, vuestra personalidad, o la banaliza. Ser inmoral dentro de sí, rodeada del máximo respeto ajeno. Ser esposa y madre corporalmente virginal y delicada, y haber contraído, sin embargo, enfermedades inexplicables con todos los hombres del vecindario, desde los tenderos hasta los □ —eso es lo más sabroso para quien realmente quiere gozar y ensanchar su personalidad, sin descender al método de la chica del servicio que, por ser también suyo, es bajo, ni caer en la honestidad rigurosa de la mujer profundamente estúpida, que es con toda seguridad hija del interés.

Según vuestra superioridad, almas femeninas que me leéis, sabréis entender lo que escribo. ¡Todo placer es cerebral, todos los crímenes que se cometen sólo en sueños se cometen! Me acuerdo de un crimen hermoso, real. Nunca lo hubo. Son hermosos los que nosotros ignoramos. ¿Cometió Borgia hermosos crímenes? Creedme que no los cometió. Quien los cometió bellísimos, profusos, fructíferos, fue nuestro sueño de Borgia, fue la idea de Borgia que hay en nosotros. Tengo la seguridad de que el César Borgia que existió era un ser banal y estúpido, tenía que serlo porque existir es siempre estúpido y banal.

Os doy estos consejos desinteresadamente, aplicando mi método a una cuestión que no me interesa. Personalmente, mis sueños son de imperio y gloria; no son en modo alguno sensuales. Pero quiero seros útil, aunque sólo sea para disgustarme, porque detesto lo útil. Soy altruista a mi manera.

CONSEJOS A LAS MALMARIDADAS

Me propongo enseñarles cómo traicionar a su marido con la imaginación.

Créanme: sólo las criaturas ordinarias traicionan a su marido realmente. El pudor es una condición *sine qua non* del placer sexual. El entregarse a más de un hombre mata el pudor.

Admito que la inferioridad femenina precisa del macho. Creo que, al menos, deben limitarse a un solo macho, haciendo de él, si fuera necesario, centro de un círculo, de rayo creciente, de machos imaginados.

La mejor ocasión para hacer eso es en los días que preceden a los de la menstruación.

Así:

Imaginen a su marido más blanco de cuerpo. Si lo imaginan bien, lo sentirán más blanco sobre ustedes.

Retengan todo gesto de sensualidad excesiva. Besen al marido que tengan encima, y cambien con la imaginación al hombre con una mirada —recuerden a aquel que esté encima de su alma.

La esencia del placer es el desdoblamiento. Abran la hoja de la ventana al Felino que llevan dentro.

Como *tracasser* al marido.

Es importante que el marido a veces se cabree.

Lo esencial es comenzar a sentir la atracción por las cosas que repugnan, sin perder la disciplina exterior.

La mayor indisciplina interior unida a la máxima disciplina exterior componen la perfecta sensualidad. Cada gesto que *realiza* un sueño o un deseo, en realidad lo realiza.

La *sustitución* no es tan difícil como creen. Llamo sustitución a la práctica que consiste en imaginarse gozando con un hombre A cuando se está copulando con un hombre B.

[CONSEJOS A LAS MALMARIDADAS]

Mis queridas discípulas, les deseo, con un fiel cumplimiento de mis consejos, innumerables y desdobladas voluptuosidades con el —no en los *actos del*— animal macho al que la Iglesia o el estado las hubiera atado por el vientre y por el apellido.

Es afirmando las patas en el suelo como el ave emprende el vuelo. Que esta imagen, hijas mías, os sirva de perpetuo recuerdo del único mandamiento espiritual.

Ser una cocotte, en posesión de todas las variedades del vicio, sin traicionar al marido ni siquiera con una mirada —la voluptuosidad de esto, si supierais conseguirlo.

Ser cocotte *hacia adentro*, traicionar al marido *hacia adentro*, estarlo traicionando en los abrazos que le dais, no ser para él el sentido del beso que le dais —oh mujeres superiores, oh mis misteriosas Cerebrales— la voluptuosidad es eso.

¿Por qué no aconsejo yo esto a los hombres también? Porque el hombre es otra especie de ser. Si es inferior, le recomiendo que use de cuantas mujeres pueda: que haga eso y se sirva de mi desprecio cuando □. Y el hombre superior no tiene necesidad de mujer alguna. No precisa de posesión sexual para su voluptuosidad. Pero la mujer, incluso la superior, no acepta esto: la mujer es esencialmente sexual.

DECLARACIÓN DE DIFERENCIA

Las cosas del estado y de la ciudad no nos afectan en absoluto. Nada nos importa que los ministros y los cortesanos administren mal las cosas de la nación. Todo eso sucede allá afuera, como el barro en los días de lluvia. Nada nos importa eso, que al mismo tiempo tenga que ver con nosotros.

De igual modo no nos interesan las grandes convulsiones, como la guerra y las crisis de los países. Mientras no entren por la puerta de nuestra casa, nada nos importa a qué puertas llamen. Esto, que parece apoyarse en un gran desprecio por los otros, realmente tiene apenas por base nuestro escéptico aprecio por nosotros mismos.

No somos bondadosos ni caritativos —no porque seamos lo contrario, sino porque no somos ni una cosa ni la otra. La bondad es la delicadeza de las almas groseras. Tiene para nosotros el interés de un episodio ocurrido en otras almas, y con otras maneras de pensar. Observamos, y ni aprobamos ni dejamos de aprobar. Nuestro oficio es no ser nada.

Seríamos anarquistas si hubiéramos nacido entre las clases que a sí mismas se llaman desprotegidas, en cualquier otra clase donde se pueda ascender o caer. Pero realmente nosotros somos, en general, criaturas nacidas en los intersticios de las clases y de las divisiones sociales —casi siempre en aquel espacio decadente entre la aristocracia y la (alta) burguesía, el lugar social de los genios y de los locos con quienes se puede simpatizar.

La acción nos desorienta, en parte por incompetencia física, y más aún por inapetencia moral. Nos parece inmoral actuar. Todo pensamiento nos parece degradado por su expresión en palabras que lo convierten en cosa de otros, que lo hacen comprensible a los que lo comprenden.

Tenemos una gran simpatía por el ocultismo y por las artes de lo escondido. No somos, sin embargo, ocultistas. Nos falta para ello la voluntad innata y, además, la paciencia para educarla de modo que se transforme en perfecto instrumento de los magos y de los magnetizadores. Pero simpatizamos con el ocultismo, sobre todo porque suele expresarse de manera que muchos que leen, e incluso muchos que creen comprender, nada comprenden. Es soberanamente superior esa actitud misteriosa. Es, además de eso, fuente copiosa de sensaciones de misterio y de terror: las larvas de lo astral, los extraños seres de cuerpos diversos que la magia ceremonial evoca en sus templos, las presencias desencarnadas de la materia de este plano, que se ciernen en torno a nuestros sentidos cerrados, en el silencio físico del ruido interior —todo esto nos acaricia con una mano viscosa, terrible, en el desabrigo y en la oscuridad.

Pero no simpatizamos con los ocultistas en aquello en que son apóstoles y amantes de la humanidad; eso los despoja de su misterio. La única razón de que un ocultista funcione en lo astral es bajo la condición de hacerlo por estética superior, y no por el siniestro fin de hacer bien a alguien.

Casi sin saberlo nos corroe una simpatía ancestral por la magia negra, por las formas prohibidas de la ciencia transcendente, por los Señores del Poder que se vendieron a la Condenación y a la Reencarnación degradada. Nuestros ojos de débiles y de inseguros se pierden, con un celo femenino, en la teoría de los grados invertidos, en los ritos inversos, en la curva siniestra de la jerarquía descendente.

Satanás, sin que lo queramos, posee para nosotros una sugestión como de macho para hembra. La serpiente de la Inteligencia Material se nos enroscó en el corazón, como en el Caduceo simbólico del Dios que comunica —Mercurio, señor de la Comprensión.

Aquellos de entre nosotros que no son pederastas desearían tener el valor de serlo. Toda inapetencia para la acción inevitablemente feminiza. Erramos nuestra verdadera profesión de amas de casa y de señoras de castillos sin hacer nada por un cambio de sexo en nuestra encarnación presente. Aunque no creamos absolutamente en esto, sabe a sangre de la ironía hacer en nosotros como si lo creyésemos.

Todo eso no por maldad, sino apenas por debilidad. Adoramos, a solas, el mal, no por ser mal, sino porque es más intenso y más fuerte que el Bien, y todo cuanto es intenso y fuerte atrae los nervios que debían ser de mujer. *Pecca fortiter* no puede darse en nosotros, que no tenemos fuerza, ni siquiera la de la inteligencia, que es la única que tenemos. Piensa en pecar violentamente —es lo máximo que para nosotros puede valer esa indicación aguda. Pero a veces ni siquiera eso nos resulta posible; la propia vida interior posee una realidad que a veces nos duele por ser una realidad cualquiera. Que haya leyes para la asociación de ideas, como para todas las operaciones del espíritu, insulta a nuestra indisciplina nativa.

DIARIO AL AZAR

Un día tras otro la Materia me maltrata. Mi sensibilidad es una llama al viento.

Paso por una calle y estoy viendo en la cara de los transeúntes, no la expresión que realmente tienen, sino la expresión que adoptarían ante mí si conocieran mi vida, y cómo soy, si yo dejara transparentar en mis gestos y en mi rostro la ridicula y tímida anormalidad de mi alma. En ojos que no miran para mí sospecho burlas que me parecen naturales dirigidas contra la excepción inelegante que soy en medio de un mundo de personas que actúan y que gozan; y sobre el fondo que adivino de fisonomías que pasan riendo de la tímida gesticulación de mi vida, una conciencia de ella que voy sobreponiendo e interponiendo. En balde, después de pensar en esto, procuro convencerme de que la idea de la burla y el oprobio nace y brota de mí y sólo de mí. No puedo ya aplicarme la imagen del gusano ridículo, después de haberla objetivado en los demás. Me siento, de pronto, sofocado y titubeante en un invernadero de mofas y enemistades. Todos me apuntan con el dedo desde el fondo de sus almas. Me lapidan con alegres y desdeñosas burlas todos los que pasan a mi lado. Camino entre fantasmas enemigos que mi imaginación enferma imaginó y encarnó en personas reales. Todo me abofetea y me escarnece. Y a veces, en mitad de la calle —por fin sin que reparen en mí— me detengo, vacilo, busco algo así como una nueva dimensión, una puerta que dé al interior del espacio, al otro lado del espacio, donde sin pérdida de tiempo pueda huir de mi conciencia de los otros, de mi intuición demasiado objetivada de la realidad de las vivas almas ajenas.

¿Será que mi costumbre de colocarme en el alma de los otros me lleva a verme como ellos me ven o como me verían si repararan en mí? Sí. Y una vez que yo comprenda cómo sentirían ellos a mi propósito si me conocieran, es como ellos lo sintieran realmente, como si lo estuvieran sintiendo y, al sentirlo, lo estuvieran en el acto expresando. Convivir con los otros es una tortura para mí. Y yo tengo a los otros dentro de mí. Incluso lejos de ellos, me veo forzado a convivir con ellos. Solo como estoy, me veo rodeado de multitudes. No tengo adonde huir, a no ser que huya de mí mismo.

¡Oh, grandes montes al crepúsculo, calles casi estrechas a la luz de la luna, tener vuestra inconsciencia de □, vuestra espiritualidad de Materia apenas, sin interior, sin sensibilidad, sin donde colocar sentimientos, ni pensamientos, ni desasosiegos de espíritu! ¡Arboles tan apenas árboles, con un verdor tan agradable a los ojos, tan exterior a mis cuidados y a mis penas, tan consolador para mis angustias porque no tenéis ojos con que observarlas ni alma que, mirando por esos ojos, pueda no comprenderlas y burlarse de ellas! Piedras de camino, troncos cortados, simple tierra anónima del suelo de todas partes, hermana mía por ser vuestra insensibilidad para con mi alma una caricia y un reposo… Conjunto al sol o bajo la luna de la Tierra mi madre, tan enternecidamente madre mía, porque ni siquiera puedes criticarme, como puede hacerlo mi propia madre humana, porque no tienes alma con la que sin pensarlo me analices, ni rápidas miradas que traicionen pensamientos míos que ni a ti misma confieses. Mar inmenso, mi ruidoso compañero de infancia, que me tranquilizas y me arrullas, porque tu voz no es humana y no puede un día referir en voz baja a oídos humanos mis flaquezas y mis imperfecciones. Cielo inmenso, cielo azul, cielo próximo al misterio de los ángeles, □, tú no me miras con ojos verdes, tú, si te pones el sol al pecho no lo haces para atraerme, y si te □ de estrellas no lo haces con premeditado afán de desdeñarme… Paz universal de la Naturaleza, materna por su ignorancia de mí; sosiego

apartado de los átomos y de los sistemas, tan hermano por no poder saber nada de mí… Yo quería rezarles a vuestra inmensidad y a vuestra calma, como muestra de gratitud por teneros y poderos amar sin sospechas ni dudas; quería dar oídos a vuestro no poder oír, y vosotros siempre oyéndonos, dar ojos a vuestra sublime ceguera, pero vosotros viéndola, y ser objeto de vuestras atenciones a través de esos supuestos ojos y oídos, consolado por estar presente en vuestra Nada atento como de muerte definitiva, muy lejos, sin esperanza de otra vida, más allá de un Dios y de la posibilidad de seres, voluptuosamente nulo y del color espiritual de todas las materias…

DIARIO LÚCIDO

Mi vida, tragedia fracasada por el pateo de los ángeles y de la que sólo se representó su primer acto.

Amigos, ninguno. Sólo unos conocidos que creen que simpatizan conmigo y que tal vez sintieran pena si un tren me pasara por encima y el entierro se realizara en día de lluvia.

El premio natural de mi alejamiento de la vida fue la incapacidad, que creé en los otros, de sentir conmigo. En torno a mí hay una aureola de frialdad, un halo de hielo que repele a los otros. Todavía no he conseguido no sufrir por causa de mi soledad. Tan difícil es conseguir aquella distinción del espíritu que permite al aislamiento ser un reposo sin angustia.

Nunca creí en la amistad que me demostraron, como no habría creído en el amor si me lo hubieran demostrado, cosa, por lo demás, imposible. Aunque nunca me hubiera hecho ilusiones respecto a aquellos que se decían mis amigos, conseguí sentirme desilusionado con ellos —tan complejo y sutil es mi destino de sufrir.

Nunca dudé de que sería traicionado por todos; y siempre me sorprendí cuando me veía traicionado. Cuando acontecía lo que yo ya esperaba, siempre me resultaba inesperado.

Como nunca me descubrí cualidades que pudieran atraer a alguien, nunca pude creer que alguien se sintiese atraído por mí. Esta idea sería de una modestia estulta, si unos hechos tras otros —aquellos inesperados hechos que yo estaba esperando— no acabaran siempre por confirmármela.

No puedo tampoco concebir que me estimen por compasión, porque, aunque físicamente mal parecido e inaceptable, no llego a aquel grado de humillación orgánica que permite entrar en la órbita de la compasión ajena, ni siquiera aquella simpatía que la atrae cuando no sea patentemente merecida; y para lo que en mí merece piedad, no puede haberla, porque nunca hay piedad para los tullidos de espíritu. De modo que caí en aquel centro de gravedad del desdén ajeno en el que no me consigo atraer la simpatía de nadie.

Toda mi vida ha sido un querer adaptarme a estas circunstancias sin sentir demasiado su crueldad y su abyección.

Se necesita cierto coraje espiritual para que un individuo reconozca abiertamente que no es más que un harapo humano, aborto sobreviviente, loco aunque fuera de las fronteras del internamiento; pero se necesita todavía más coraje de espíritu para, reconocido eso, crear una adaptación perfecta a ese destino, aceptar sin rebelarse, sin resignación, sin gesto ni esbozo de gesto alguno, la maldición orgánica que la Naturaleza le impuso. Pretender que con eso no sufra, es pretender demasiado, porque no cabe en lo humano aceptar el mal, viéndolo como un bien, y llamarle bien; y, aceptándolo como mal, es imposible no sufrir por su causa.

Concebirme desde fuera fue mi desgracia —una desgracia para mi felicidad. Me vi como los otros me ven, y pasé a despreciarme no tanto porque reconociera en mí cualidades de tal naturaleza que me hicieran merecedor de desprecio, sino porque pasé a verme como los otros me ven y a sentir un cierto tipo de desprecio que los otros sienten por mí. Sufrí la humillación de conocerme. Como este calvario carece de nobleza, y no hay para él resurrección días después, yo no pude sino sufrir con lo innoble de todo esto.

Comprendí que era imposible que alguien me amara, salvo que careciera por completo de sentido estético —y en ese caso, y por eso mismo, yo lo despreciaría; y que incluso simpatizar conmigo no podía pasar de ser un capricho de la indiferencia ajena.

¡Ver claro en nosotros y en cómo los otros nos ven! ¡Contemplar esta verdad frente a frente! ¡Y al final el grito de Cristo en el Calvario, cuando vio, frente a él, *su* verdad: Señor, señor, por qué me has abandonado!

EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Para quien hace del sueño su vida y del cultivo en invernadero de sus sensaciones una religión y una política, para ese, el primer paso, el que acusa en el alma que ya dio el primer paso, es el sentir las cosas mínimas como extraordinarias y desmedidas. Este es el primer paso, y el paso que es sólo el primer paso no es más que eso. Saber poner en el saborear de una taza de té la voluptuosidad extrema que el hombre normal sólo puede encontrar en las grandes alegrías que proceden de la ambición súbitamente satisfecha por completo o de las saudades de repente desaparecidas, o si no en los actos finales y carnales del amor; poder encontrar en la visión de un ocaso o en la contemplación de un detalle decorativo aquella exasperación de los sentidos que generalmente sólo puede proporcionar, no lo que se ve o lo que se oye, sino lo que se huele o se gusta —esa proximidad del objeto de la sensación que sólo las sensaciones carnales —tacto, gusto, olfato— esculpen contra la conciencia; poder hacer de la visión interior, del oído del sueño —todos los sentidos imaginados y de lo imaginado— receptores tangibles como sentidos vueltos hacia lo exterior: escojo estas, y las análogas que imaginarse puedan, de entre las sensaciones que el cultivador del sentirse consigue, educado ya, convertir en espasmos, para que den una noción concreta y próxima de lo que quiero decir.

Llegar, sin embargo, a este grado de la sensación, acarrea al amante de sensaciones el correspondiente peso o gravamen físico de lo que en correspondencia siente, con idéntica exasperación consciente, lo que de doloroso divulga de lo exterior, y a veces también de lo interior, acerca de su momento de atención. Es cuando así constata que sentir excesivamente, si a veces equivale a gozar con exceso, otras supone sufrir intensamente, y por el hecho de constatarlo, cuando el soñador es empujado a dar el segundo paso en su ascensión hacia sí mismo. Dejo al margen el paso que podrá o no dar, y que, según que pueda darlo o no, determinará esta o aquella actitud, gesto de marcha en los pasos que va dando, según que pueda o no aislarse por completo de la vida real (si es rico o no —redunda en eso). Porque doy por entendido en las entrelineas de lo que cuento que, conforme resulte o no posible al soñador aislarse y entregarse a sí mismo, con mayor o menor intensidad deberá él concentrase en su obra de despertar enfermizamente el funcionamiento de sus sensaciones de las cosas y de los sueños. Quien tiene que vivir entre los hombres de manera activa y encontrándose con ellos —y es realmente posible reducir al mínimo la intimidad que se ha de tener con ellos (la intimidad, y no el mero contacto con la gente, que es lo que es perjudicial)—, habrá de congelar toda la superficie de su convivencia para que todo gesto fraternal y social realizado que se le haga resbale y no consiga entrar o no se imprima. Parece mucho esto, pero es poco. Los hombres son fáciles de alejar: basta con no aproximarnos a ellos. En fin, acabo con este punto y regreso a lo que estaba explicando.

El crear una agudeza y una complejidad inmediata en las sensaciones más simples y fatales, conduce, como dije, a aumentar inmoderadamente el gozo que el sentir proporciona, pero también a elevar desproporcionadamente el sufrimiento que nace del sentir. Por eso el segundo paso del soñador deberá consistir en evitar el sufrimiento. No deberá evitarlo como un estoico o como un epicúreo, de una manera elemental —desni[di]ficándose para así endurecerse tanto para el placer como para el dolor. Deberá por el contrario ir al encuentro del placer o del dolor, y pasar en seguida a educarse para sentir

el dolor falsamente, esto es, para poder al sentir dolor experimentar algo de placer. Hay varios caminos para esta actitud. Uno consiste en aplicarse exageradamente a analizar el dolor, habiendo previamente dispuesto el espíritu para ante el placer no analizar sino sentir tan sólo: es una actitud más fácil, para los seres superiores, claro, de lo que dicha así parece. Analizar el dolor es tanto como habituarse a entregar el dolor siempre que aparece, e incluso a que eso suceda instintivamente, y sin pensarlo, al análisis, añade a todo dolor el placer de analizarlo. Exagerado el poder y el instinto de analizar, muy pronto su ejercicio lo absorbe todo y del dolor queda apenas una materia indefinida para el análisis.

Otro método, ese más sutil y difícil, consiste en habituarse a encarnar el dolor en una determinada figura ideal. Crear otro Yo que sea el encargado de sufrir por nosotros, de sufrir lo que sufrimos. Crear después un sadismo interior, todo él masoquista, que disfrute su sufrimiento como si fuera de otro. Este método —cuya impresión primera, al leerlo, es de cosa imposible— no es fácil, pero está lejos de encerrar dificultades para los instruidos en la mentira anterior. Pero es realizable en muy alto grado. Y entonces, conseguido eso, ¡qué sabor a sangre y enfermedad, qué extraña sensación de placer lejano y decadente, vestidos de dolor y sufrimiento! El dolor tiene algo que ver con el inquieto y lacerante aumento de los espasmos. Sufrir, el sufrir largo y lento, tiene el amarillo íntimo de la vaga felicidad de las convalecencias profundamente sentidas. Y un gastado primor de desasosiego y enfermedad aproxima esa sensación compleja a la inquietud que los placeres causan en la idea de que habrán de huir, y la enfermedad que los goces consiguen del cansancio previo que nace de pensar en el cansancio que traerán.

Existe un tercer método para sutilizar en placeres los dolores y hacer de las dudas y de las inquietudes un lecho muelle. Es el dar a las angustias y a los sufrimientos, por una irritada aplicación de la atención, una intensidad tan grande que por su mismo exceso nos proporcionen el placer del exceso, y que por la violencia sugieran, en quien por costumbre y educación del alma al placer se dedica y en el placer se vuelca, el placer que duele por excesivo, el gozo que sabe a sangre porque abrió una herida. Y cuando, como en mí —perfeccionador que soy de falsos primores, arquitecto que me construyo de sensaciones sutilizadas a través de la inteligencia, de la renuncia a la vida, del análisis y del propio dolor— los tres métodos son empleados a la vez, cuando un dolor, apenas sentido, y sin tardar por íntima estrategia, es analizado hasta exprimirlo por completo, colocado en un Yo exterior hasta la tiranía, y enterrado en mí hasta el auge de ser dolor, entonces realmente me siento yo triunfador y héroe. Entonces se me para la vida, y el arte se postra a mis pies.

Todo esto constituye apenas el segundo paso que el soñador debe dar hacia su sueño.

El tercer paso, el que conduce al umbral magnífico del Templo —ese ¿quién aparte de mí consiguió darlo? Ese es el que más cuesta porque exige un tipo de esfuerzo interior que es inmensamente más difícil que el esfuerzo en la vida, pero que ofrece compensaciones al alma que la vida nunca le podrá ofrecer. Ese paso, pasado todo eso, realizado todo eso de una manera conjunta y total —sí, empleados los tres métodos sutiles y empleados hasta consumirlos, consiste en pasar la sensación inmediatamente a través de la inteligencia pura, filtrarla a través del análisis superior, para que se esculpa en forma literaria y adquiera volumen y relieve propios. Entonces la he fijado del todo. Entonces he convertido lo irreal en real y he dado a lo inalcanzable un pedestal eterno. Entonces fui, dentro de mí, coronado y Emperador.

Porque no os penséis que yo escribo para publicar, o para escribir, ni siquiera para hacer arte. Escribo porque ese es el fin, la perfección suprema, la perfección temperamentalmente ilógica, □ de mi cultivo de estados de alma. Si cojo una sensación mía y la desmadejo hasta poder con ella tejerle la realidad interior a la que llamo La Floresta de la Enajenación o el Viaje Jamás Realizado, creedme que lo hago no para que la prosa suene lúcida y trémula, ni siquiera para gozar yo con mi prosa —aunque también eso quiero, también ese primor final añado, como un hermoso caer de telón sobre mis decorados soñados— sino para que dé completa exterioridad a lo que es interior, para que de ese modo realice lo irrealizable, conjugue lo contradictorio y, haciendo exterior el sueño, le proporcione su máximo poder de puro sueño, paralizador de vida como soy, burilador de inexactitudes, paje enfermo de mi alma Reina, leyéndole al crepúsculo no los poemas que aparecen en el libro, abierto sobre las rodillas de mi Vida, sino los poemas que voy inventando y fingiendo que leo, y ella fingiendo que escucha, mientras la Tarde, allá afuera, no sé cómo ni dónde, dulcifica sobre esta metáfora alzada dentro de mí en Realidad Absoluta la luz tenue y postrera de un misterioso día espiritual.

EXAMEN DE CONCIENCIA

Vivir la vida en sueño y en falso no deja de ser al fin y al cabo vivir la vida. Renunciar es actuar. Soñar es confesar la necesidad de vivir, sustituyendo la vida real por la vida irreal, siendo así una compensación de la inalienabilidad de querer vivir.

¿Qué es todo a fin de cuentas sino la búsqueda de la felicidad? ¿Es que hay alguien que busque otra cosa?

El devaneo continuo, el análisis ininterrumpido, ¿me dieron acaso alguna cosa *esencialmente* distinta de lo que la vida me daría?

Alejándome de los hombres no me encontré, ni □

Este libro es sólo un estado de alma, analizado desde todos los ángulos, recorrido en todas las direcciones.

¿Me trajo al menos algo de nuevo esta actitud? Ni siquiera ese consuelo se me ofrece. Todo estaba ya en Heráclito y en el Eclesiastés: *La vida es un juguete de niño entre la arena… vanidad y aflicción de espíritu…* Y en el pobre Job sólo una frase: *Mi alma está cansada de mi vida*.

Me oigo soñar. Me arrullo con el sonido de mis imágenes… me deletreo en recónditas melodías □

¡El sonido de una frase imaginada vale por tantos gestos! ¡Consuela de tantas cosas una simple metáfora!

Me oigo… Son ceremonias dentro de mí… Cortejos… Lentejuelas en mi tedio… Bailes de máscaras… Asisto a mi propia alma deslumbrado…

Calidoscopio de fragmentadas secuencias, de □

Pompa de las sensaciones demasiado vividas… Lechos reales en castillos desiertos, joyas de princesas muertas, ensenadas avistadas desde saeteras de castillos; llegarán sin duda las honras y el poder para los más felices, habrá cortejos en los exilios… Orquestas adormecidas, hilos de □ bordando sedas

En Pascal:

En Vigny: En ti □

En Amiel, tan absolutamente Amiel:

… (ciertas frases)…

En Verlaine, en los simbolistas:

Tanto enfermo dentro de mí… Ni el privilegio de una pequeña originalidad en la enfermedad… Hago lo que tantos otros antes de mí ya hicieron… Sufro lo que ya es un tan [?] viejo sufrir… ¿Para qué, incluso, pienso en estas cosas, si ya tantos las pensaron y las sintieron antes?

Y sin embargo, sí, algo de nuevo he aportado. Pero de eso no soy yo responsable. Vino de la Noche y brilla en mí como una estrella… Todo mi esfuerzo ni lo produjo ni lo apagó… Soy un puente entre dos misterios, sin saber cómo me construyeron…

LAGUNA DE LA POSESIÓN

La posesión es para mí imaginar una laguna absurda —muy grande, muy oscura, muy poco profunda. Parece profunda el agua porque es falsa de tan sucia.

¿La muerte? Pero la muerte está dentro de la vida. ¿Muero completamente? Nada sé de la vida, ¿Me sobrevivo? Sigo viviendo.

¿El sueño? Pero el sueño está dentro de la vida. ¿Vivimos el sueño? Lo vivimos. ¿Lo soñamos apenas? Morimos. Y la muerte está dentro de la vida.

La vida nos persigue como nuestra propia sombra. Y sólo deja de haber sombra cuando todo es sombra. La vida sólo nos persigue cuando a ella nos entregamos.

Lo que en el sueño resulta más doloroso es no existir. Realmente, no se puede soñar.

¿Qué significa poseer? Lo ignoramos. ¿Cómo quiero entonces poder poseer algo? Me diréis que no sabemos qué cosa sea la vida, y vivimos… ¿Pero vivimos realmente? ¿Vivir sin saber lo que es la vida será vivir?

LAGUNA DE LA POSESIÓN

Nada puede comprenderse, ni átomos ni almas. Por eso nada posee nada. Desde la verdad hasta un pañuelo —todo es imposible. La propiedad no es un robo: no es nada.

LEYENDA IMPERIAL

Mi Imaginación es una ciudad de Oriente. Toda su composición de realidad en el espacio tiene una voluptuosidad de superficie de una alfombra rica y suave. Las tiendas que llenan de colores sus calles se destacan sobre no sé qué fondo que es el suyo, como bordados de amarillo o rojo sobre satenes de un azul vivísimo. Toda la historia anterior de esa ciudad vuela en torno a la lámpara de mi sueño como una mariposa apenas oída en la penumbra del cuarto. Mi fantasía vivió en tiempos entre pompas y recibió de manos de reinas joyas oscuras de antigüedad. Alfombraron íntimas blanduras los arenales de mi inexistencia y, hálitos de penumbra, las algas flotaron sobre la ostensible superficie de mis ríos. Fui por eso pórticos de civilizaciones perdidas, fiebres de arabescos en frisos muertos, ennegrecimientos de eternidad en las estrías de las columnas rotas, mástiles apenas en remotos naufragios, escalones sólo de tronos derribados, velos que nada velan y parecen velar sombras, fantasmas alzados del suelo como humos de incensarios balanceados. Funesto fue mi reinado y llena de guerras en las fronteras remotas mi paz imperial en mi palacio. Cercano siempre el ruido confuso de las fiestas lejanas; procesiones pasando siempre bajo mis ventanas; pero ni peces de oro encarnado en mis piscinas, ni pomos entre el verde inmóvil de mi pomar; ni siquiera míseras chozas donde los otros son felices, el humo de las chimeneas más allá de los árboles adormeció con baladas de simplicidad el misterio congénito de mi conciencia de mí.

FÓRMULA DE BIEN SOÑAR

Cuidarás primero de no respetar nada, de no creer en nada, de □ en nada. Guardarás de tu actitud ante lo que no respetes la voluntad de respetar alguna cosa; de tu disgusto ante lo que no ames, el deseo doloroso de amar a alguien; de tu desprecio por la vida guardarás la idea de que debe ser bueno vivirla y amarla. Y así habrás construido los cimientos del edificio de tus sueños.

Repara bien que la obra que te propones levantar está en lo más alto de todo. Soñar es encontrarnos. Vas a ser el Colón de tu alma. Vas a buscar sus paisajes. Cuida por ello bien de que tu rumbo sea el adecuado y no puedan errar tus instrumentos.

El arte de soñar es difícil porque es un arte de pasividad, donde lo que supone esfuerzo es la concentración de la falta de esfuerzo. El arte de dormir, si existiera, debería ser de forma parecida.

Repara bien: el arte de soñar no es el arte de orientar los sueños. Orientar es actuar. El soñador auténtico se entrega a sí mismo, se deja poseer por sí mismo.

Huye de todas las provocaciones materiales. Existe al comienzo la tentación de masturbarte. Existen las del alcohol, del opio, de □. Todo eso es esfuerzo y búsqueda. Para ser un buen soñador, tienes que ser sólo soñador. El opio y la morfina se pueden comprar en las farmacias— ¿cómo quieres, si bien lo piensas, poder soñar a través de ellos? La masturbación es una cosa física —¿cómo quieres tú que □?

Que te sueñes masturbándote, bueno; que soñándote tal vez fumando opio o inyectándote morfina, te embriagues con la idea del opio, □ de la morfina de los sueños —no hay sino que elogiarte por ello: estás en tu papel áureo de soñador perfecto.

Considérate siempre más triste y más infeliz de lo que eres. Eso no importa. Puede servir en cierto modo, por pura ilusión, de escaleras para el sueño.

FÓRMULA DE BIEN SOÑAR

—Aplázalo todo. Nunca debe de hacerse hoy lo que puede dejar de hacerse también mañana. Ni siquiera es necesario hacer nada, ni mañana ni hoy.

—Nunca pienses en lo que vas a hacer. No lo hagas.

—Vive tu vida. No seas vivido por ella. En la verdad y en el error, en el gozo y en el malestar, sé tu propio ser. Sólo podrás hacer eso soñando, porque tu vida real, tu vida humana es aquella que no es tuya, sino de los otros. Así, sustituirás la vida por el sueño y te preocuparás tan sólo de soñar con perfección. En todos tus actos de la vida real, desde el del nacimiento hasta el de la muerte, tú no actúas. Eres actuado; no vives; sólo eres vivido.

Vuélvete, para los demás, una esfinge absurda. Enciérrate, pero sin golpear la puerta, en tu torre de marfil. Y tu torre de marfil eres tú mismo.

Y si alguien te dice que esto es falso y absurdo, no le creas. Pero no creas tampoco en lo que yo te digo, porque no debe creerse en nada.

—Desprécialo todo, pero de manera que el despreciar no te moleste. No te juzgues superior por despreciar. El arte del desprecio noble está justamente en eso.

FÓRMULA DE BIEN SOÑAR

Con todo este soñar, todo en la vida hará que sufras más, □

Será tu cruz.

FÓRMULA DE BIEN SOÑAR EN LOS METAFÍSICOS

Raciocinio, □ —todo será fácil y □, porque todo es sueño para mí. Me ordeno soñarlo y lo sueño. A veces creo en mí un filósofo, que me elabora cuidadosamente las filosofías mientras yo, paje □, cortejo a su hija, cuya alma soy, a la ventana de su casa.

Me limitan, claro está, mis conocimientos… No puedo crear un matemático… Pero me contento con lo que tengo, que da para combinaciones infinitas y sueños sin cuento. Por lo demás, quién sabe si a fuerza de soñar no lograré algo más todavía. Pero no vale la pena. Me basta con eso.

Pulverización de la personalidad: no sé cuáles son mis ideas, ni mis sentimientos, ni mi carácter… Si siento una cosa, vagamente la siento en la persona visualizada de una criatura cualquiera que aparece en mí. *Me sustituí por mis propios sueños*. Cada persona no es más que el sueño de sí misma. Yo, ni eso.

No leer nunca un libro hasta el final. Ni leerlo de corrido y sin saltos.

No supe nunca lo que sentía. Cuando me hablaban de tal o de cual emoción y la describían, siempre sentí que estaban describiendo algo de mi alma, pero después, pensándolo bien, pasé a dudarlo siempre. Lo que siento que soy, nunca sé si lo soy realmente, o si apenas creo que lo soy. Soy un personaje de dramas míos.

El esfuerzo es inútil, pero entretiene. El raciocinio es estéril, pero es divertido. Amar es agobiante, pero quizás sea preferible a no amar. El sueño, sin embargo, lo sustituye todo. En él se puede contener toda la noción del esfuerzo sin esfuerzo real. Dentro del sueño puedo entrar en combates sin riesgo de sentir miedo o ser herido. Puedo raciocinar, sin pretender llegar a una verdad a la que nunca llegue; sin querer resolver un problema, que vea [que] no resuelvo nunca; sin que □. Puedo amar sin que me rechacen o traicionen o me aburran. Puedo cambiar de amada y ella seguirá siendo la misma. Y si quiero que me traicione y que me esquive, puedo hacer que una orden mía haga que eso acontezca, y siempre como yo quiero, siempre como yo lo disfruto. En sueños puedo vivir las mayores angustias, las mayores torturas, las mayores victorias. Puedo vivir todo eso como si fueran cosas de la vida: depende apenas de mí poder hacer el sueño vivido, nítido, real. Eso exige estudio y paciencia interior.

Existen varias formas de soñar. Una es abandonarse a los sueños, sin intentar hacerlos nítidos, dejarse ir en lo vago y en el crepúsculo de las sensaciones. Es algo inferior y cansa, porque esa forma de soñar es monótona, siempre la misma. Existe el sueño nítido y *dirigido*, pero ahí el esfuerzo en dirigir el sueño traiciona demasiado el artificio. El artista supremo, el soñador como yo, precisa sólo del esfuerzo de querer que el sueño sea *tal*, que tenga tales caprichos… y él se despliega ante él tal como él desearía, pero no podría concebirlo, se cansaría haciéndolo. Quiero soñarme rey… En un acto brusco lo quiero. Y heme de pronto rey de un país cualquiera. Cuál, de qué tipo —el sueño me lo dirá… Porque yo alcancé esta victoria sobre lo que sueño —que mis sueños me traen siempre de forma inesperada lo que quiero. Muchas veces perfecciono, al traerla nítida, la vida cuya vaga orden había recibido. Yo soy totalmente incapaz de idear conscientemente las Edades Medias de diversas épocas y de diversas Tierras que he vivido en sueños. Me deslumbra el exceso de imaginación que desconocía en mí y que voy viendo. Dejo correr los sueños… Los tengo tan puros que exceden siempre lo que espero de ellos. Son siempre más hermosos de

lo que quería. Pero esto sólo el soñador perfeccionado puede esperar conseguirlo. He pasado años buscando soñadoramente esto. Hoy lo consigo sin esfuerzo…

La mejor manera de empezar a soñar es mediante libros. Las novelas son muy útiles para el principiante. Aprender a entregarse totalmente a la lectura, a vivir de manera absoluta con los personajes de una novela, es el primer paso. Que nuestra familia y sus desgracias nos parezcan repulsivas e insípidas al lado de ellas, esa es la señal del progreso.

Hay que evitar leer novelas literarias donde la atención se desvíe hacia la forma de la novela. No siento vergüenza en confesar que yo comencé así. Es curioso, pero las novelas policíacas, los □ eran las que por una □ intuición leía yo. Nunca pude leer novelas amorosas con detenimiento. Pero es una cuestión personal, por no tener yo hechuras de amante ni siquiera en sueños. Que cada cual cultive, sin embargo, sus propias tendencias. Recordemos siempre que soñar es buscarnos. El sensual deberá escoger, como lecturas, las contrarias a las que yo he escogido.

Cuando la sensación *física* llega, puede decirse que el soñador superó el primer grado del sueño. Esto es, cuando una novela sobre combates, fugas, batallas, nos deja el cuerpo *realmente* molido, las piernas cansadas… el primer grado está ya asegurado. En el caso del sensual, deberá —sin otra masturbación más que la mental— tener una eyaculación cuando uno de esos momentos aparezca en la novela.

Después procurará llevar eso al terreno mental. La eyaculación, en el caso del sensual, (que escojo a título de ejemplo, por ser más violento y oportuno) deberá ser *sentida sin haberse producido*. El cansancio será mucho mayor, pero el placer es absolutamente más intenso.

En el tercer grado pasa toda la sensación a ser mental. Aumenta el placer y aumenta el cansancio, pero el cuerpo ya nada siente, y en vez de los miembros fatigados, la inteligencia, la voluntad y la emoción son las que quedan flojas y relajadas… Llegados aquí, es hora de pasar al grado superior del sueño.

El segundo grado es el de elaborar novelas para uno mismo. Sólo se debe intentar esto cuando está perfectamente mentalizado el *sueño*, como antes dije. Si no, el esfuerzo inicial de crear novelas, perturbará la perfecta mentalización del gozo.

Tercer grado.

Ya educada la imaginación, basta querer, y ella se encargará de construir los sueños por sí misma.

Ya aquí el cansancio es casi nulo, incluso el mental. Hay una disolución absoluta de la personalidad. Somos mera ceniza, dotada de alma, sin forma —ni siquiera la del agua, que es la de la vajilla que la contiene.

Bien dispuesta esta □, dramas pueden aparecer en nosotros, verso a verso, desplegándose ajenos y perfectos. Tal vez no tengamos fuerza para escribirlos —ni eso será preciso. Podremos crear de segunda mano —imaginar en nosotros un poeta escribiendo, y él escribiendo de una manera, otro poeta entretanto escribirá de otra… Y, por haber apurado extraordinariamente esta facultad, puedo escribir de innumerables maneras, todas originales.

El más alto grado del sueño es aquel en que, creado un cuadro con personajes, los vivimos *todos* al mismo tiempo —*somos todas esas almas conjunta e interactivamente*. Es increíble el grado de despersonalización y de encenizamiento del espíritu a que esto conduce y es

difícil, lo confieso, huir de un general cansancio por todo el ser al hacerlo… ¡Pero el triunfo es tan grande!

Este es el único ascetismo final. No hay en él fe, ni un Dios.

Dios soy yo.

MARCHA FÚNEBRE

¿Qué hace cada uno en este mundo que lo perturbe o que lo altere? ¿Qué vale cada hombre que vale, que no valga otro hombre? Valen los hombres vulgares los unos por los otros, los hombres de acción por la fuerza que interpretan, los hombres de pensamiento por lo que crean.

Lo que creaste para la humanidad, está a merced del enfriamiento de la Tierra. Lo que diste a tus sucesores, o está lleno de ti, y nadie va a entenderlo, o de tu época, y las otras épocas no lo entenderán, o tendrá algo que decir a todas las épocas y no lo entenderá el abismo final en el que todas las épocas se precipitan.

Hacemos, ventanas, gestos en la sombra. A nuestras espaldas, el Misterio nos □

Somos todos mortales, con una duración precisa. Nunca mayor ni menor. Algunos mueren nada más morir, otros viven un poco, en la memoria de los que los vieron y amaron; otros quedan en la memoria de la nación que los tuvo; algunos alcanzan la memoria de la civilización que los poseyó; unos pocos abarcan, de lado a lado, el lapso contrario de civilizaciones diferentes. Pero a todos los rodea el abismo del tiempo, que finalmente los hace desaparecer, a todos come el hambre del abismo, que □

Lo perenne es un Deseo, y lo eterno una ilusión.

Muerte somos y como muerte vivimos. Muertos nacemos, muertos vamos pasando; y ya muertos, en la Muerte nos precipitamos.

Todo cuanto vive, vive porque muda; muda porque pasa; y, porque pasa, muere. Todo cuanto vive, perpetuamente se transforma en otra cosa, constantemente se niega, se hurta a la vida.

La vida es pues una pausa, un nexo, una relación, pero una relación entre lo que pasó y lo que pasará, pausa muerta entre la Muerte y la Muerte.

… la inteligencia, ficción de la superficie y del descamino.

La vida de la materia o es puro sueño, o mero juego atómico que desconoce las conclusiones de nuestra inteligencia y los motivos de nuestra emoción. Así, la esencia de la vida es una ilusión, una apariencia, y es sólo ser o no ser, y la ilusión y la apariencia de nada ser, tiene que ser no-ser, la vida es la muerte.

¡Vano esfuerzo el que construye con los ojos en la ilusión de no morir! «Poema eterno», decimos nosotros; «palabras que no morirán nunca». Pero el enfriamiento material de la tierra se llevará consigo no sólo a los vivos que la pueblan, sino a □

Un Homero o un Milton no pueden más que un cometa que choque contra la tierra.

MARCHA FÚNEBRE PARA EL REY LUIS II DE BAVIERA

Hoy, con más retraso que nunca, vino la Muerte a vender en mi umbral. Delante de mí, más retrasada que nunca, desplegó las alfombras, las sedas y los damascos de su olvido y de su consuelo. Se sonreía de ellos, a modo de elogio, sin importarle que yo la estuviera viendo. Pero cuando me dio la tentación de comprar algo, me dijo que no vendía. No había venido para que yo quisiera lo que me mostraba, sino para que, por lo que mostraba, la quisiera a ella. Y, de sus alfombras, me dijo que eran las que se disfrutaban en su palacio remoto; de sus sedas, que no se vestían otras en su castillo en la sombra; de sus damascos, que mejores todavía eran los de los tapices que cubrían los retablos de su estancia más allá del mundo.

El apego natal, que me prendía a mi umbral desvestido, con un gesto suave lo desató. «Tu hogar», dijo, «no tiene lumbre: ¿para qué quieres tener tú un hogar?» «En tu casa», dijo, «no hay pan: ¿de qué te sirve tu mesa?» «Tu vida», dijo, «no tiene quien la acompañe: ¿qué te puede seducir de la vida?».

«Yo soy», dijo ella, «la lumbre de los hogares apagados, el pan de las mesas desiertas, la compañera solícita de los solitarios y los incomprendidos. La gloria, que en el mundo falta, es pompa en mis negros dominios. En mi imperio el amor no cansa porque duela el tenerlo; ni duele porque canse el no haberlo tenido nunca. Mi mano se posa suavemente en los cabellos de los que piensan, y olvidan; contra mi pecho se apoyan los que en vano esperaron, y por fin consiguen confianza».

«El amor, que me tienen», dijo ella, «no tiene pasión que pueda consumir; celos que hagan desvariar; olvido que desluzca. Amarme es como una noche de verano, cuando los mendigos duermen al relente, y parecen piedras a la orilla de los caminos. De mis labios mudos no salen cantos como los de las sirenas, ni melodías como las de los árboles y las fuentes; pero mi silencio acoge como una música imprecisa, y mi sosiego acaricia como el torpor de una brisa».

«¿Qué tienes tú», dijo ella, «que te ligue a la vida? El amor no te busca, la gloria no va tras de ti, el poder no te sale al encuentro. La casa que heredaste, la heredaste ya en ruinas. A las tierras que recibiste, la helada les había quemado sus retoños y el sol abrasado sus promesas. Nunca viste sino seco el pozo de tu quinta. Se pudrieron, antes de que las vieras, las hojas en tus estanques. Las malas hierbas cubrieron los bulevares y las alamedas por donde tus pies nunca pasaron».

«Pero en mis dominios, donde sólo la noche reina, encontrarás consuelo, porque no tendrás esperanza; encontrarás olvido, porque no tendrás deseo; encontrarás descanso, porque no tendrás vida».

Y me mostró cuán estéril era la esperanza de mejores días cuando no se había nacido con un alma con que obtener días mejores. Me mostró cómo el sueño no puede consolar, porque la vida duele más al despertarse. Me mostró cómo el sueño no puede descansar, porque está habitado por fantasmas, sombras de las cosas, rastros de los gestos, embriones muertos de los deseos, despojos del naufragio de vivir.

Y así diciendo, iba doblando lentamente, demorándose más que de costumbre, sus alfombras, que a mis ojos tentaban, sus sedas, que mi alma codiciaba, los damascos de sus retablos, donde ya mis lágrimas caían.

«¿Por qué has de intentar ser como los otros, si estás condenado a ti? ¿Para qué has de reír, si cuando ríes tu propia alegría sincera es falsa, porque nace de tu olvido de quién

eres? ¿Para qué has de llorar, si sientes que de nada te sirve, y lloras más porque las lágrimas no te consuelan que porque las lágrimas se consuelen?

»Si eres feliz cuando ríes, cuando ríes vencí; si entonces eres feliz, por no acordarte de quién eres, ¿cuánto más feliz no habrás de ser conmigo, donde ya nunca te acordarás de nada? Si descansas perfectamente, si acaso duermes sin soñar, ¿cómo no has de descansar en mi lecho, donde el sueño nunca tiene sueños? Si por un momento te elevas, porque ves la Belleza, y te olvidas de la Vida o de ti, ¿cuánto no te elevarás en mi palacio, cuya belleza nocturna no sabe de discordancias, ni de edad, ni de corrupción; en mis salas donde ningún viento perturba los reposteros, ningún polvo cubre los respaldos, ninguna luz decolora poco a poco los terciopelos y las estofas, ningún tiempo hace amarillear la blancura de los adornos blancos?

»¡Ven a mi cariño, que no sufre mudanza; a mi amor, que nunca seca! Bebe de mi copa, que no se agota nunca, el néctar supremo que no marea ni amarga, que no repugna ni embriaga. ¡Contempla, desde la ventana de mi castillo, no la luz de la luna y el mar, que son cosas hermosas y por ello imperfectas, sino la noche infinita y materna, el esplendor sin fisuras del abismo profundo!

»En mis brazos olvidarás hasta el camino doloroso que te trajo hasta ellos. ¡Contra mi pecho no volverás a sentir ni siquiera el amor que hizo que los buscaras! Siéntate a mi lado, en mi trono, y serás para siempre el emperador indestronable del Misterio y del Graal, coexistirás con los dioses y con los destinos en no ser nada, en no tener aquí ni allí, en no precisar ni de lo que te sobre, ni de lo que te falte, ni siquiera de lo que te baste.

»Seré tu esposa materna, tu hermana gemela encontrada. Y casadas conmigo todas tus angustias, reservado para mí todo lo que en ti buscabas y no tenías, tú mismo te perderás en mi sustancia mística, en mi existencia negada, en mi pecho donde las cosas se apaciguan, en mi pecho donde las cosas se abisman, en mi pecho donde los dioses se desvanecen».

*

¡Señor Rey del Desapego y la Renuncia, Emperador de la Muerte y del Naufragio, sueño vivo errando, fastuoso, entre las ruinas y los caminos del mundo!

¡Señor Rey de la Desesperanza entre pompas, dueño doloroso de los palacios que no le satisfacen, maestro de los cortejos y de la ostentación que no consiguen apagar la vida!…

¡Señor Rey alzado de las tumbas, que viniste de noche y a la luz de la luna a contar tu vida a las vidas, paje de los lirios deshojados, heraldo imperial de la frialdad de los marfiles!

¡Señor Rey Pastor de las Vigilias, caballero andante de las Angustias, sin gloria y sin dama a la luz de la luna de los caminos, señor en las florestas, en los acantilados, perfil mudo de visera caída atravesando valles, incomprendido en las aldeas, burlado en las villas, despreciado en las ciudades!

Señor Rey que la Muerte consagró para Sí, pálido y absurdo, olvidado y desconocido, reinando entre piedras oscuras y terciopelos viejos, en su trono al fin de lo Posible, con su corte irreal rodeándolo, sombras, y su milicia fantástica guardándolo, misteriosa y vacía.

¡Traed, pajes, traed, vírgenes, traed, siervos y siervas, las copas, las salvas y las guirnaldas para el festín al que la Muerte asiste! Traedlos y presentaos de negro, con la cabeza coronada de mirtos.

Mandrágora sea lo que traigáis en las copas, □ en las salvas, y las guirnaldas sean de violetas □, de todas las variedades de flores que recuerden la tristeza.

Va a cenar el Rey con la Muerte, en su palacio antiguo, a la orilla del lago, entre las montañas, lejos de la vida, ajeno al mundo.

Sean de instrumentos extraños, cuyo mero sonido haga llorar, las orquestas que se preparan para la fiesta. Vistan los siervos libreas sobrias, de colores desconocidos, fastuosos y simples como los catafalcos de los héroes.

Y antes de que el festín comience, desfile por las alamedas de los parques magníficos el gran cortejo medieval de púrpuras muertas, el gran ceremonial silencioso en marcha, como la belleza por una pesadilla.

¡La Muerte es el triunfo de la Vida!

Por la muerte vivimos, pues sólo somos hoy porque para el ayer morimos. Por la muerte esperamos, pues sólo podemos creer en el mañana por nuestra confianza en la muerte de hoy. Por la Muerte vivimos cuando soñamos, porque soñar es negar la vida. ¡Por la muerte morimos cuando vivimos, porque vivir es negar la eternidad! La Muerte nos guía, la muerte nos busca, la muerte nos acompaña. Todo lo que tenemos es muerte, todo lo que queremos es muerte, es muerte todo lo que deseamos querer.

Una brisa de atención recorre las alas.

Y él a punto de llegar, con la muerte que nadie ve y la □ que no llega nunca.

¡Heraldos, tocad! ¡Atención!

Tu amor por las cosas soñadas era tu desprecio por las cosas vividas.

¡Rey-Virgen que despreciaste el amor,

Rey-Sombra que desdeñaste la luz,

Rey-Sueño que no quisiste la vida!

¡Entre el estrépito sordo de címbalos y atabales, la Sombra te aclama como Emperador!

MÁXIMAS

—Tener opiniones definidas y seguras, instintos, pasiones y carácter fijo y conocido —todo eso llega al horror de convertir nuestra alma en un acontecimiento, de materializarla y hacerla exterior. Vivir en un dulce y fluido estado de desconocimiento de las cosas y de uno mismo es el único modo de vida que a un sabio conviene y entusiasma.

—Saber interponerse constantemente entre uno mismo y las cosas es el más alto grado de sabiduría y de prudencia.

—Nuestra personalidad debe ser incorruptible, hasta por nosotros mismos: de ahí nuestro deber de soñar siempre y de incluirnos en nuestros sueños para que no nos sea posible tener opiniones acerca de nosotros mismos.

Y, especialmente, debemos evitar la invasión de nuestra personalidad por los otros. Todo interés ajeno por nuestra personalidad es una indelicadeza incomparable. Lo que libra al saludo vulgar —¿cómo está?— de ser una indisculpable grosería es que por lo general es absolutamente hueco e insincero.

—Amar es cansarse de estar solo: es pues una cobardía y una traición a nosotros mismos (importa soberanamente que no amemos).

—Dar buenos consejos es insultar la facultad de errar que Dios dio a los otros. Y, además, los actos ajenos deben tener la ventaja de no ser también nuestros. Apenas es comprensible que se pidan consejos a los otros para saber bien, al actuar al contrario, que somos absolutamente nosotros, completamente en desacuerdo con la Otredad.

—La única ventaja de estudiar es gozar por todo lo que los otros no dijeron.

—El arte es un aislamiento. Todo artista debe buscar aislar a los otros, llevarles a las almas el deseo de estar solos. El triunfo supremo de un artista es cuando al leer sus obras el lector prefiere tenerlas y no leerlas. No es porque esto suceda a los consagrados; es porque es el mayor tributo □

—Ser lúcido es estar indispuesto consigo mismo. El legítimo estado de espíritu respecto a mirar para dentro de uno mismo es el estado □ de quien observa nervios e indecisiones.

—La única actitud intelectual digna de una criatura superior es la de una tranquila y fría compasión por todo cuanto no le es propio. No porque esa actitud tenga la más mínima señal de ser justa y verdadera; sino porque es tan envidiable que es preciso tenerla.

MILÍMETROS

[sensaciones de cosas mínimas)

Como el presente es antiquísimo, porque todo, cuando existió, fue presente, tengo para las cosas, porque pertenecen al presente, mimos de anticuario, y, antes, furias de coleccionista para quien me saca de mis errores sobre las cosas con plausibles, e incluso verdaderas explicaciones científicas y fundamentadas.

Las diversas posiciones que una mariposa en vuelo va ocupando sucesivamente en el espacio son a mis ojos maravillados varias cosas que quedan en el espacio de manera visible. Mis reminiscencias son tan vividas que □

Pero las sensaciones mínimas, y de cosas pequeñísimas, son las que vivo intensamente. Esto debe pasarme por mi amor a lo fútil. Puede que sea por mi escrúpulo en el detalle. Pero creo más bien —no lo sé, estas son las cosas que no analizo nunca— que es porque lo mínimo, por no tener en absoluto importancia ninguna social o política, tiene, por la simple ausencia de ello, una independencia absoluta de asociaciones suyas con la realidad. Lo mínimo me sabe a irreal. Lo inútil es hermoso porque es menos real que lo útil, que se continúa y se prolonga, al paso que lo maravilloso fútil, lo glorioso infinitesimal queda donde está, no pasa de ser lo que es, vive libre e independiente. Lo inútil y lo fútil abren en nuestra vida real pausas de estética humilde. ¡Cuántos sueños y amorosas delicias no me provoca en el alma la mera existencia insignificante de un alfiler prendido en una cinta! ¡Triste de aquel que ignora la importancia que eso tiene!

Después, entre las sensaciones que más penetrantemente duelen hasta hacerse agradables, el desasosiego del misterio es una de las más complejas y extensas. Y el misterio nunca es tan transparente como en la contemplación de las cosas minúsculas que, como no se mueven, resultan perfectamente translúcidas para él, deteniéndose para dejarlo pasar. Es más difícil tener el sentimiento del misterio contemplando una batalla —y sin embargo, pensar en lo absurdo de que haya gente, y sociedades y combates entre ellas es lo que mejor puede desplegar dentro de nuestro pensamiento la bandera de la conquista del misterio— que ante la contemplación de una pequeña piedra parada en un camino, que, por no provocar idea alguna más allá de la de su propia existencia, ninguna otra idea puede provocar, si seguimos pensando, que, inmediatamente después, la de su misterio de existir.

¡Benditos sean los instantes, y los milímetros, y las sombras de las pequeñas cosas, todavía más humildes que ellas! Los instantes, □. Los milímetros —qué impresión de asombro y de osadía me causa su existencia muy próximos entre sí de lado a lado de una cinta métrica. A veces sufro y gozo con estas cosas. Siento un orgullo tosco en ello.

Soy una placa fotográfica múltiplemente impresionable. Todos los detalles se me graban sin proporción con el hecho de que exista un todo. Sólo me ocupo de mí mismo El mundo exterior es para mí, de manera evidente, sensación. Nunca me olvido de que siento.

EN LA FLORESTA DE LA ENAJENACIÓN

Sé que desperté y que todavía duermo. Mi cuerpo antiguo, molido de mi vivir, me dice que es muy temprano todavía… Me siento febril desde muy lejos… Siento sobre mí mi pesar, no sé por qué…

En un torpor lúcido, pesadamente incorpóreo, me paralizo, entre sueño y vigilia, en un sueño que es una sombra del soñar. Mi atención flota entre dos mundos y ve ciegamente la profundidad de un mar y la profundidad de un cielo; y estas profundidades se interpenetran, se mezclan, y yo no sé dónde estoy ni lo que sueño.

Un viento de sombras aventa cenizas de propósitos muertos sobre lo que soy despierto. Cae de un firmamento desconocido una llovizna tibia de tedio. Una gran angustia inerte me estruja el alma por dentro, e, incierta, me altera como la brisa a los perfiles de las copas de los árboles.

En la alcoba mórbida y tibia el anuncio de la mañana allá afuera es apenas un hálito de penumbra. Todo yo soy confusión quieta… ¿Para qué tiene que rayar el día?… Me cuesta saber que rayará, como si fuera un esfuerzo mío el que hubiera de hacerlo aparecer.

Con una lentitud confusa voy calmándome. Me paralizo. Floto en el aire, en duermevela, y otra especie de realidad aparece, y yo en medio de ella, no sé desde qué dónde que no es este…

Aparece pero no apaga esta realidad, la de mi alcoba tibia, esa otra de una floresta extraña. Coexisten en mi atención esposada las dos realidades, como dos humos que se mezclan.

¡Qué nítido en él mismo y en otro este trémulo paisaje transparente!…

¿Y quién es esta mujer a quien conmigo viste de observada esa floresta ajena? ¿Para qué quiero un momento para preguntármelo?… Yo ni siquiera sé querer saberlo…

La alcoba vaga es un vidrio oscuro a través del cual, consciente de él, veo ese paisaje… Y ese paisaje lo conozco hace tiempo, y hace tiempo que con esa mujer que desconozco voy errante, otra realidad, a través de la irrealidad de ella. Siento en mí siglos de conocer aquellos árboles y aquellas flores y aquellos caminos con sus desvíos y aquel mi ser que por allí vaga, antiguo y ostensible a mi mirada, que el saber que estoy en esta alcoba viste de penumbras de visión…

De vez en cuando en la floresta donde de lejos me veo y siento, un viento lento barre un poco de humo, y ese humo es la visión nítida y oscura de la alcoba donde soy el que hoy soy, de estos vagos muebles y reposteros y de su torpor nocturno. Después ese viento pasa y vuelve a ser por completo sólo él mismo el paisaje de aquel otro mundo…

Otras veces este cuarto estrecho es apenas una ceniza de bruma en el horizonte de esa tierra diversa… Y hay momentos en que el suelo que allí pisamos es esta alcoba visible…

Sueño y me pierdo, doble de ser yo y esa mujer… Un gran cansancio es un fuego negro que me consume… Una gran ansia pasiva es la vida falsa que me constriñe…

¡Oh felicidad descolorida!… ¡Lo eterno está en el bifurcarse de caminos!… Yo sueño y por detrás de mi atención alguien sueña conmigo… Y tal vez yo no sea sino un sueño de ese Alguien que no existe…

¡Allá afuera el aviso de la mañana tan remota! ¡la floresta tan aquí ante otros ojos míos!

Y yo, que lejos de ese paisaje casi olvido, es al tenerlo cuando tengo saudades de él, y al recorrerlo cuando lo lloro y a él aspiro…

¡Los árboles! ¡Las flores! ¡el frondoso desaparecer de los caminos!…

Paseábamos a veces, del brazo, bajo los cedros y las orquídeas y ninguno de nosotros pensaba en vivir. Nuestra carne era para nosotros un perfume vago y nuestra vida un eco del murmullo de la fuente. Nos dábamos las manos y nuestras miradas se preguntaban qué sería ser sensual y querer realizar en la carne la ilusión del amor…

En nuestro jardín había flores de todas las bellezas… —rosas de contornos enrollados, lirios de un blanco girando al amarillo, amapolas que quedarían ocultas si su color bermejo no delatara su presencia, algunas violetas en los bordes hinchados de los canteros, miosotas mínimas, camelias estériles de perfume… Y, pasmados por encima de las hierbas altas, ojos, los girasoles aislados nos observaban fijamente.

Nosotros nos rozábamos el alma entera vista a través del visible frescor de los musgos y teníamos, al pasar por las palmeras, la intuición sutil de otras tierras… Y nos subía el llanto hasta el recuerdo, porque ni aquí, siendo felices lo éramos…

Encinas cargadas de siglos nudosos nos hacían tropezar con los tentáculos muertos de sus raíces… Se afirmaban los plátanos… Y a lo lejos, entre árbol y árbol próximos, pendían en el silencio de las parras los gajos negreando de las uvas…

Nuestro sueño de vivir iba delante de nosotros, alado, y teníamos para él una sonrisa igual y ajena, combinada en las almas, sin mirarnos, sin saber el uno del otro salvo la presencia apoyada de un brazo contra la atención entregada del otro brazo que lo sentía.

Nuestra vida no tenía adentros. Estábamos afuera y éramos otros. Nos desconocíamos, como si hubiéramos aparecido a nuestras almas después de un viaje a través de los sueños…

Nos habíamos olvidado del tiempo, y el espacio inmenso se nos había empequeñecido en la atención. Fuera de aquellos árboles próximos, de aquellas parras apartadas, de aquellos montes cerrando el horizonte, ¿habría alguna cosa real, merecedora de la mirada abierta que se reserva a las cosas que existen?

En la clepsidra de nuestra imperfección gotas regulares de sueño marcaban horas irreales… Nada vale la pena, amor mío lejano, salvo el ver cuán suave es el saber que nada vale la pena…

El movimiento estático de los árboles; el sosiego inquieto de las fuentes; el hálito indefinible del ritmo íntimo de las savias; el atardecer lento de las cosas, que parece venirles de dentro a darse de manos en concordancia espiritual con el entristecer lejano y próximo del alma, del alto silencio del cielo; el caer de las hojas, acompasado e inútil, jirones de enajenación, donde el paisaje se vuelve por completo hacia nuestros oídos y se entristece dentro de nosotros como una patria recordada —todo esto, como un cinto desatándose, nos ceñía de una manera incierta.

Vivimos allí un tiempo que no sabía transcurrir, un espacio para el que no podía imaginarse forma de medirlo. Un transcurrir fuera del Tiempo, una extensión que desconocía los hábitos de la realidad del espacio… ¡Qué horas, compañera inútil de mi tedio, qué horas de desasosiego feliz se fingieron nuestras allí!… Horas de cenizas de espíritu, días de saudade espacial, siglos interiores de paisaje exterior… Y nosotros nos preguntábamos para qué todo aquello, porque gozábamos sabiendo que todo aquello no era para nada.

Nosotros sabíamos allí, por una intuición que por cierto no teníamos, que este dolorido mundo donde seríamos dos, de existir, existiría más allá de la línea extrema donde las

montañas son hálitos de formas, y más allá de esa línea nada había. Y era por la contradicción de saber esto por lo que nuestra hora de allí era oscura como una caverna en tierra de supersticiosos, y nuestro sentirla era extraño como un perfil de la ciudad morisca contra un cielo de crepúsculo otoñal…

Orlas de mares desconocidos iban a dar, en el horizonte de oírlos, a playas que nunca podríamos ver, y nos hacía felices escuchar, hasta verlo en nosotros, ese mar donde sin duda navegaban carabelas con otros fines al surcarlo que no los fines útiles y dirigidos de la Tierra.

Reparábamos de pronto, como quien repara que vive, que el aire estaba lleno de cantos de ave, y que, como perfumes antiguos en satenes, la marejada restregada de las hojas estaba más entrañada en nosotros que nuestra conciencia de oírla.

Y así el murmullo de las aves, el susurro de los árboles y el fondo monótono y olvidado del mar eterno ponían a nuestra vida abandonada una aureola de no conocerla. Dormimos allí despiertos durante días, contentos de no ser nada, de no tener deseos ni esperanzas, de habernos olvidado del color de los amores y del sabor de los odios. Nos creíamos inmortales…

Allí vivimos horas lentas con un diferente modo de sentirlas, horas de una imperfección vacía y por ello tan perfectas, tan diagonales a la certeza rectángula de la vida… Horas imperiales depuestas, horas vestidas de púrpura gastada, horas caídas en ese mundo de otro mundo más lleno del orgullo de poseer más desmanteladas angustias…

Y nos dolía gozar de todo aquello, nos dolía… Porque, a pesar de lo que tenía de tranquilo exilio, todo ese paisaje nos sabía a que pertenecíamos a este mundo, todo él estaba húmedo de la pompa de un vago tedio, triste y enorme y perverso como la decadencia de un imperio ignoto…

En las cortinas de nuestra alcoba la mañana es una sombra de luz. Mis labios, que yo sé que están pálidos, saben el uno al otro a no querer tener vida.

El aire de nuestro cuarto neutro es pesado como un repostero. Nuestra atención soñolienta al misterio de todo esto es blanda como una cola de vestido arrastrada en un ceremonial crepuscular.

Ningún ansia nuestra tiene razón de ser. Nuestra atención es un absurdo consentido por nuestra inercia alada.

No sé qué óleos de penumbra ungen nuestra idea del propio cuerpo. El cansancio que sentimos es la sombra de un cansancio. Nos viene de muy lejos, como nuestra idea de que nuestra vida existe…

Ninguno de nosotros tiene nombre o existencia plausible. Si pudiéramos ser ruidosos hasta el punto de imaginarnos riendo, reiríamos sin duda de juzgarnos vivos. El frescor caliente de la sábana nos acaricia (lo mismo a ti que a mí, sin duda) los pies que se sienten, el uno al otro, desnudos.

Desengañémonos, amor mío, de la vida y sus modos. Huyamos de ser nosotros… No saquemos del dedo el anillo mágico que llama, al moverlo, a las hadas del silencio y a los elfos de la sombra y a los gnomos del olvido…

Y mira por donde, al ir a soñar en hablar de ella, surge ante nosotros otra vez la frondosa floresta, pero más perturbada por nuestra perturbación y más triste por nuestra tristeza. Huye de frente a ella, como una niebla que se deshilacha, nuestra idea del mundo real, y yo me pienso otra vez en mi sueño errante que encuadra esa floresta misteriosa…

¡Las flores, ah, las flores que allí viví! Flores que la vista, conociéndolas, traducía a sus nombres, y cuyo perfume el alma recogía, no de ellas mismas sino de la melodía de sus nombres… Flores cuyos nombres eran repetidos consecutivamente, orquestas de perfumes sonoros… Árboles cuya voluptuosidad verde ponía sombra y frescor en el modo de llamarlos… Frutos cuyo nombre era un clavar de dientes en el alma de su pulpa… Sombras que eran reliquias de pasados felices… Claros, claros luminosos que eran sonrisas más francas del paisaje que anunciaba el bostezo… ¡Horas multicolores!… ¡Instantes-flores, minutos-árboles, tiempo estancado en espacio, tiempo muerto de espacio y cubierto de flores, y del perfume de flores, y del perfume de nombres de flores!…

¡Locura de sueño en aquel silencio ajeno!…

Nuestra vida era toda la vida… Nuestro amor era el perfume del amor… Vivíamos horas imposibles, llenas de ser nosotros… Y esto porque sabíamos, con toda la carne de nuestra carne, que no éramos una realidad…

Éramos impersonales, huecos de nosotros mismos, una cosa diferente cualquiera… Éramos aquel paisaje difuminado en conciencia de sí mismo… Y así como él era dos —el de la realidad que era, y su ilusión— así éramos nosotros oscuramente dos, no sabiendo muy bien ninguno de los dos si el otro no sería él mismo, si el oscuro otro viviría…

Cuando emergíamos de repente ante el estancarse de los lagos nos sentíamos queriendo sollozar… Allí aquel paisaje tenía los ojos arrasados en llanto, ojos parados, llenos del tedio infinito de existir… Llenos, sí, del tedio de existir, de tener que ser alguna cosa, realidad o ilusión —y ese tedio tenía su patria y su voz en la mudez y en el exilio de los lagos… Y nosotros, caminando siempre y sin saberlo o quererlo, parecía así y todo que nos demorábamos a la orilla de aquellos lagos, era tanto lo que de nosotros se quedaba y vivía con ellos simbolizado y absorto…

¡Y qué fresco y feliz horror el de que no hubiera allí nadie! Ni nosotros, que por allí íbamos, estábamos allí… Porque nosotros no éramos nadie. Ni siquiera éramos cosa alguna… No teníamos vida que la Muerte precisara de matar. Éramos tan tenues y tan bajos que el viento de nuestro transcurrir nos dejaba inútiles y el instante pasaba por nosotros acariciándonos como una brisa sobre la palmera.

No teníamos época ni propósito. Toda la finalidad de las cosas y de los seres se nos había quedado a la puerta de aquel paraíso de ausencia. Se había inmovilizado, para sentirnos sintiéndola, el alma rugosa de los troncos, el alma extendida de las hojas, el alma núbil de las flores, el alma curvada de los frutos…

Y así fuimos muriendo nuestra vida, tan atentos a morirla por separado que no reparamos que éramos uno sólo, que cada uno de nosotros era una ilusión del otro, y que cada uno, dentro de sí, era sólo el eco de su propio ser…

Zumba una mosca, incierta y mínima…

Rayan en mi intención vagos ruidos, nítidos y dispersos, que llenan del ser ya día mi conciencia de nuestro cuarto… ¿Nuestro cuarto? ¿Nuestro de qué dos, si yo estoy solo? No lo sé. Todo se funde y queda, huyendo, una realidad-bruma en la que mi incerteza zozobra y mi comprenderme, arrullado de opios, adormece…

La mañana rompió, como una caída, desde las cimas pálidas de la Hora…

Acabaron de arder, amor mío, en el hogar de nuestra vida, los troncos de nuestros sueños…

Desengañémonos de la esperanza, porque traiciona en el amor, porque cansa en la vida, porque harta sin llegar a saciar, porque trae más de lo que se quiere y menos de lo que se espera.

Desengañémonos, oh Velada, de nuestro propio tedio, porque envejece de sí mismo y no se atreve a ser toda la angustia que es.

No lloremos, no odiemos, no deseemos…

Cubramos, oh Silenciosa, con una sábana de fino lino el perfil rígido y muerto de nuestra Imperfección…

NUESTRA SEÑORA DEL SILENCIO

A veces, cuando, abatido y humilde, la propia fuerza de soñar se me deshoja y se me seca, y mi único sueño sólo puede ser el pensar en mis sueños, los hojeo como a un libro que se hojea y se vuelve a hojear sin leer más que palabras inevitables. Es entonces cuando me interrogo sobre quién eres tú, figura que atraviesas todas mis antiguas visiones demoradas de paisajes distintos, de interiores antiguos y de ceremonias fastuosas de silencio. En todos mis sueños o apareces, sueño, o, realidad falsa, me acompañas. Visito contigo regiones que tal vez son sueños tuyos, tierras que tal vez son cuerpos tuyos de ausencia y deshumanización, tu cuerpo esencial con sus formas desdibujadas en planicie tranquila y en monte de perfil frío en jardín de palacio oculto. Tal vez yo no tenga otro sueño sino tú, tal vez sea en tus ojos, recostando mi cara sobre la tuya, donde yo podré leer esos paisajes imposibles, esos tedios falsos, esos sentimientos que habitan la sombra de mis cansancios y las grutas de mis desasosiegos. ¿Quién sabe si los paisajes de mis sueños no son mi manera de no soñarte? Yo no sé quién eres, pero ¿sé acaso con certeza lo que soy? ¿Sé yo lo que es soñar para que sepa a qué equivale llamarte yo mi sueño? ¿Sé acaso yo si no eres una parte, quien sabe si la parte esencial y real, de mí mismo? ¿Y sé acaso si no soy yo el sueño y tú la realidad, yo un sueño tuyo y no tú un Sueño soñado por mí?

¿Qué tipo de vida tienes? ¿Qué modo de ver es este modo de verte? ¿Tu perfil? Nunca es el mismo, pero no cambia nunca. Y digo esto porque lo sé, aunque no sepa que lo sé. ¿Tu cuerpo? Desnudo es lo mismo que vestido, sentado se mantiene en la misma actitud que cuando está acostado o de pie. ¿Qué significa esto, que nada significa?

*

Mi vida es tan triste, y yo no pienso ni llorarla siquiera; mis horas son falsas, y ni siquiera sueño el gesto de dividirlas.

¿Cómo no soñar? ¿Cómo no soñarte? Señora de las Horas que pasan, Madonna de las aguas estancadas y de las algas muertas, Diosa Tutelar de los desiertos abiertos y de los paisajes negros de rocas estériles —líbrame de mi juventud.

Consoladora de los sin consuelo, Lágrima de los que nunca lloran, Hora que nunca suena —líbrame de la alegría y de la felicidad.

Opio de todos los silencios, Lira para no ser tañida, Vidriera de distancia y de abandono —haz que yo sea odiado por los hombres y escarnecido por las mujeres.

Címbalo de Extremaunción, Caricia sin gesto, Paloma muerta a la sombra, Oleo de horas pasadas soñando —líbrame de la religión, porque es suave; y del descreimiento, porque es fuerte.

Lirio mutilado en la tarde, Cofre de rosas marchitas, Silencio entre oración y oración —lléname de asco de vivir, de odio de ser un plural son, de desprecio por mi juventud.

Hazme inútil y estéril, oh Acogedora de todos los sueños vagos; hazme puro sin razón para serlo, falso sin amor a serlo, oh Agua Corriente de las Tristezas Vividas; que mi boca sea un paisaje de hielos, mis ojos dos lagos muertos, mis gestos un deshojarse lento de árboles viejos —¡oh Letanía de Desasosiegos, oh Misa-Violeta de Cansancios, oh Corola, oh Fluido, oh Ascensión!…

¡Qué pena tener que rezarte como a una mujer, y no quererte □ como a un hombre, y no poderte alzar los ojos desde mi sueño como Aurora-al-revés del sexo irreal de los ángeles que nunca entraron en el cielo!

*

Te rezo a ti mi amor porque mi amor es ya una oración; pero ni te concibo como amada, ni te alzo ante mí como a una santa.

Que tus actos sean la estatua de la renuncia, tus gestos el pedestal de la indiferencia, tus palabras las vidrieras de la negación.

*

Esplendor de la nada, nombre del abismo, sosiego del Más Allá…

Virgen eterna antes de los dioses y de los padres de los dioses y de los padres de los padres de los dioses, infecunda de todos los mundos, estéril de todas las almas…

A ti son ofrecidos los días y los seres; los astros son votos en tu templo, y el cansancio de los dioses regresa a tu regazo como el ave al nido que ignora cómo construyó.

¡Que del auge de la angustia pueda avistarse el día, y, si ningún día se avista, que sea ese el día que se aviste!

Resplandece, ausencia de sol; brilla, luz de luna apagándose…

Sólo tú, sol que no brillas, alumbras las cavernas, porque las cavernas son tus hijas. Sólo tú, luna que no hay, das □ a las grutas, porque las grutas □

*

Tú eres del sexo de las formas soñadas, del sexo nulo de las figuras □. Unas veces mero perfil, otras mera actitud, otras apenas gesto lento —eres momentos, actitudes, que en mí se espiritualizan.

Ninguna fascinación del sexo se subentiende en mi soñarte, bajo tu vago vestido de madonna de los silencios interiores. Tus senos no son de los que pudieran pensarse para ser besados. Tu cuerpo es todo él carne-alma, pero no es alma, es cuerpo. La materia de tu carne no es espiritual pero es espíritu. Eres la mujer anterior a la Caída, escultura todavía de aquel barro que □ paraíso.

Mi horror a las mujeres reales con sexo es el camino por donde fui a tu encuentro. Las de la tierra, que para ser □ tienen que soportar el peso movedizo de un hombre— ¿quién las podría amar, sin que se le deshoje el amor en la visión previa del placer que el sexo proporciona […]? Quién puede respetar a la Esposa sin tener que pensar que es una mujer en una posición distinta de la cópula… ¿Quién no se enoja de tener una madre por haber sido tan vulvar en su origen, tan repugnantemente parido? Qué asco de nosotros mismos no atormenta la idea del origen carnal de nuestra alma —de aquel inquieto □ corpóreo de donde nuestra carne nace y, por hermosa que sea, se afea en el origen y se nos irrita por aquella nata.

Los idealistas falsos de la vida real hacen versos a la Esposa, se arrodillan ante la idea de Madre. Su idealismo es un traje que cubre, no es un sueño que cree.

Pura sólo tú, Señora de los Sueños, que yo puedo concebir como amante sin concebir mácula en ello porque eres irreal. A ti puedo concebirte como madre, adorándote, porque nunca te manchaste ni del horror de ser fecunda ni del horror de parir.

¿Cómo no adorarte, si sólo tú eres adorable? ¿Cómo no amarte, si sólo tú eres digna de amor?

¿Quién sabe si al soñarte no te estoy creando, real en otra realidad; si no serás mía allí, en otro mundo puro, donde sin cuerpo táctil nos amemos, con otra forma de abrazos y

otras actitudes esenciales de posesión? ¿Quién sabe incluso si no existías ya y yo no te creé sino que te vi apenas, con otra visión, interior y pura, en otro mundo perfecto? ¿Quién sabe incluso si mi soñarte no fue el encontrarte simplemente, si mi amarte no fue el pensar en ti, si mi desprecio por la carne y mi asco por el amor no fueron el ansia oscura con que, ignorándote, te esperaba, y la vaga aspiración con que, desconociéndote, te quería?

Ya ni sé [si] te amé ya en un vago dónde cuya saudade este mi tedio perenne tal vez sea. Tal vez sea una saudade mía, cuerpo de ausencia, presencia de Distancia, hembra tal vez por razones distintas a las de serlo.

Puedo pensarte virgen y también madre porque no eres de este mundo. El niño que tienes en los brazos nunca fue más pequeño para que no hubieras de ensuciarlo teniéndolo en tu vientre. ¿Si nunca fuiste distinta de la que eres, cómo entonces no ser virgen? Puedo amarte y también adorarte porque mi amor no te posee y mi adoración no te rechaza.

Sé el Día Eterno y que mis ocasos sean rayos de tu sol poseídos en ti.

Sé el Crepúsculo Invisible y que mis ansias y desasosiegos sean las tintas de tu indecisión, las sombras de tu incertidumbre.

Sé la Noche Total, hazte Noche Única y que todo yo me pierda y me olvide de mí dentro de ti, y que mis sueños brillen, estrellas, en tu cuerpo de distancia y negación…

Sea yo los pliegues de tu manto, las joyas de tu tiara, el oro diferente de los anillos de tus dedos.

Si ceniza en tu hogar, ¿qué importa que sea polvo? Si ventana en tu cuarto, ¿qué importa que sea espacio? Si hora □ en tu clepsidra, ¿qué importa que yo pase, si por ser tú he de permanecer, que yo muera si por ser tuyo no he de morir nunca, que te pierda si perderte significa encontrarte?

Realizadora de los absurdos, Seguidora de frases sin nexo. Que tu silencio me arrulle, que tu □ me adormezca, que tu mero-ser me acaricie y me mime y me conforte, oh heráldica del Más Allá, oh imperial de Ausencia; Virgen-Madre de todos los silencios, Hogar de las almas que tienen frío, Ángel de la Guarda de los abandonados, Paisaje humano e irreal de triste y eterna Perfección.

*

Tú no eres mujer. Ni siquiera dentro de mí evocas nada que pueda yo sentir como algo femenino. Es cuando hablo de ti cuando mis palabras te llaman hembra, y las expresiones te perfilan como mujer. Porque tengo que hablarte con ternura y amoroso sueño, las palabras encuentran voz para eso sólo si te trato como algo femenino.

Pero tú, en tu vaga esencia, no eres nada. No tienes realidad, ni siquiera una realidad sólo tuya. Hablando con propiedad, no te veo, ni siquiera te siento. Eres como un sentimiento que fuera su propio objeto y perteneciera por entero a lo más íntimo de sí mismo. Sigues siendo el paisaje que yo estuve casi a punto de poder ver, la orla del vestido que por poco yo no pude ver, perdida en un eterno Ahora más allá de la curva del camino. Tu perfil es no ser nada, y el contorno de tu cuerpo irreal desata en perlas separadas el collar de la idea de contorno. Ya pasaste, y ya fuiste y ya te amé —sentirte presente es sentir todo esto.

Ocupas la pausa de mis pensamientos y los intersticios de mis sensaciones. Por eso ni te pienso ni te siento, pero mis pensamientos son ojivales de sentirte, y mis sentimientos góticos de evocarte.

Luna de memorias perdidas sobre el negro paisaje nítido de vacío de mi imperfección comprendiéndose. Mi ser te siente vagamente, como si fuera un cinto tuyo que estuviera sintiéndote. Me inclino sobre tu rostro blanco en las aguas nocturnas de mi desasosiego, en mi saber que eres luna en mi cielo para que lo causes, o extraña luna submarina para que, no sé cómo, lo finjas.

¡Quién pudiera crear la Nueva Mirada con la que verte, los Nuevos Pensamientos y Sentimientos que hubieran de poderte sentir y pensar!

Al querer rozar tu manto mis expresiones se cansan del esfuerzo extendido de los gestos de mis manos, y un cansancio rígido y doloroso se hiela en mis palabras. Por eso, se curva un vuelo de ave, que parece aproximarse y nunca llega, en torno a lo que yo querría decir de ti, pero la materia de mis frases no sabe imitar la sustancia o el sonido de tus pasos, o del rastro de tus miradas, o del color triste y vacío de la curva de los gestos que no hiciste nunca.

*

Y si caso hablo con alguien lejano, y si, hoy nube de lo posible, cayeras mañana, lluvia de realidad sobre la tierra, no te olvides nunca de tu divinidad de sueño mío. Sé siempre en la vida aquello que pueda ser el sueño de un solitario y nunca el abrigo de un enamorado. Cumple con tu deber de mera copa. Cumple con tu oficio de ánfora inútil. Que nadie de ti diga lo que el alma del río podría decir de sus orillas, que existen para limitarlo. Antes no correr en la vida, antes secarse el soñar.

Que tu genio sea el ser superflua, tu vida el arte de mirar para ella, el arte de ser la mirada, la nunca idéntica. No seas nunca nada más.

Hoy eres apenas el perfil creado de este libro, una hora carnalizada y separada de las otras. Si yo tuviera la certeza de que lo eras, levantaría una religión sobre el sueño de amarte.

Eres lo que falta en todo. Eres lo que a cada cosa le falta para poder amarla siempre. Llave perdida de las puertas del Templo, camino encubierto del Palacio, Isla remota que la bruma no deja ver nunca…

EL AMANTE VISUAL

Anteros

Tengo del amor profundo y de su uso provechoso un concepto superficial y decorativo. Estoy sujeto a pasiones visuales. Guardo intacto el corazón dado a mis irreales destinos.

No me acuerdo de haber amado en alguien sino el «cuadro», el puro exterior —en que el alma no entra más que para hacer ese exterior animado y vivo— y así diferente de los cuadros que los pintores hacen

Amo así: fijo, por bella, atractiva, o, de otro cualquier modo, amable, una figura, de mujer o de hombre —donde no hay deseo no hay preferencia de sexo— y esa figura me obceca, me cautiva, se apodera de mí. Pero no quiero más que verla, y no veo nada con más horror que la posibilidad [?] de llegar a conocer y a hablar a la persona real que esa figura aparentemente manifiesta.

Amo con la mirada, y no con la fantasía. Porque nada fantaseo sobre esa figura que me cautiva. No me imagino ligado a ella de otra manera, porque mi amor decorativo no tiene exceso psicológico [?]. No me interesa saber quién es, qué hace, qué piensa la criatura que me da a ver su aspecto exterior.

La inmensa serie de personas y de cosas que forma el mundo es para mí una galería infinita de cuadros, cuyo interior no me interesa. No me interesa, porque el alma es monótona y siempre la misma en todo el mundo; difieren solamente sus manifestaciones personales, y lo mejor de ella es lo que transborda hacia el sueño, hacia las maneras, hacia los gestos, y así entra en el cuadro que me cautiva, y en que visiono caras constantes en esa inclinación.

Para mí una criatura no tiene alma. El alma tiene sólo que ver con ella misma.

Así vivo, en visión pura, el exterior animado de las cosas y de los seres, indiferente, como un dios de otro mundo, a su contenido-espíritu. Hago más profundo el ser propio sólo en extensión, y cuando deseo la profundidad, es en mí, y en mi concepto de las cosas, donde voy a buscarla.

¿Qué puede darme el conocimiento personal de la criatura que así amo en *décor*? No una desilusión, porque, como en ella sólo amo el aspecto, y nada sobre ella fantaseo, su estupidez o mediocridad nada le quita, porque yo no esperaba nada sino el aspecto que no tenía que esperar, y el aspecto persiste. Pero el conocimiento personal es nocivo porque es inútil, y lo inútil material es nocivo siempre. ¿Saber el nombre de la criatura para qué? y es la primera cosa que, presentándome a ella, sé.

El conocimiento personal necesita ser, también, de libertad de contemplación, la que mi forma de amar desea. No podemos observar, contemplar en libertad a quien conocemos personalmente.

Lo que es superfluo no es bueno para el artista, porque, perturbándolo, disminuye el efecto.

Mi destino natural de contemplador indefinido y apasionado de las apariencias y de la manifestación de las cosas —objetivador de los sueños, amante visual de las formas y los aspectos de la naturaleza □

No es un caso del que los psiquiatras llaman onanismo psíquico, ni siquiera de lo que llaman erotomanía. No fantaseo como en el onanismo psíquico; no me figuro en sueños amante carnal, ni siquiera amigo de conversación, de la criatura que observo y recuerdo:

nada fantaseo sobre ella. Ni, como el erotómano, la idealizo y la transporto fuera de la esfera de la estética concreta: no quiero de ella, o pienso de ella, más que lo que me proporciona a los ojos y a la memoria directa y pura de lo que los ojos vieron.

EL AMANTE VISUAL

Ni en torno a estas figuras, con cuya contemplación me entretengo, es mi costumbre tejer ningún enredo de fantasía. Las veo, y su valor para mí está sólo en ser vistas. Todo lo demás que les añadiese, las disminuiría, porque disminuiría, por así decirlo, su «visibilidad».

Cuando fantasease con ellas, forzosamente, en el mismo momento de fantasear, lo conocería como falso; y, si lo soñado me agrada, lo falso me repugna. El sueño puro me encanta, el sueño que no tiene relación con la realidad, ni punto de contacto con ella. El sueño imperfecto, con punto de partida en la vida, me disgusta, o, más bien, me disgustaría si me internara en él.

Para mí la humanidad es un vasto motivo de decoración, que vive por los ojos y por los oídos, y, además, por la emoción psicológica. Nada más quiero de la vida sino asistir a ella. Nada más quiero de mí sino asistir a la vida.

Soy como un ser de otra existencia que pasa indefinidamente interesado a través de ella. En todo soy ajeno a ella. Hay entre yo y ella como un cristal. Quiero ese cristal siempre muy claro, para poder examinar sin error de medio interpuesto; pero quiero siempre el cristal.

Para todo espíritu científicamente constituido, ver en una cosa más de lo que hay en ella es ver menos esa cosa. Lo que materialmente se añade, espiritualmente se disminuye.

Atribuyo a este estado de alma mi repugnancia por los museos. El museo, para mí, es la vida entera, en que la pintura es siempre exacta, y sólo puede haber inexactitud en la imperfección del contemplador. Pero esa imperfección, o me esfuerzo por disminuirla, o, si no puedo, me contento con que así sea, puesto que, como todo, no puede ser sino así.

EL COMANDANTE

Nada hay que tan íntimamente revele, que tan completamente interprete la sustancia de mi infortunio nato como el tipo de devaneo que, en verdad, más acaricio, el bálsamo que con más íntima frecuencia escojo para mi angustia de existir. El resumen de la esencia de lo que deseo es sólo esto: dormir la vida. Quiero demasiado la vida, para que la pueda desear ida; quiero demasiado no vivirla para tener sobre la vida un anhelo en exceso inoportuno.

Así, es este, que voy a dejar escrito, el mejor de mis sueños preferidos. De noche, a veces, con la casa en calma, porque los dueños hayan salido o se callen, cierro las vidrieras de las ventanas, y las tapo con las pesadas contraventanas; inmerso en un traje viejo, me acomodo en el profundo sillón, y entro en el sueño de que soy un comandante retirado en un hotel de provincias, a la hora de después de comer, cuando sea, en compañía de algún que otro más sobrio, el huésped lento que se quedó sin razón.

Me supongo nacido así. No me interesa la juventud del comandante retirado, ni los grados militares por los que ha ascendido hasta aquel anhelo mío. Independiente del Tiempo y de la Vida, el comandante que me supongo no es posterior a ninguna vida que tuviera; no tiene, ni tuvo parientes; existe eternamente en aquel vivir de aquel hotel provinciano, cansado ya de conversaciones de anécdotas que tuvo con los compañeros en la espera.

EL RÍO DE LA POSESIÓN

Que somos todos diferentes, es un axioma de nuestra naturalidad. Sólo nos parecemos de lejos, en la proporción, por lo tanto, en que somos nosotros. La vida es, por ello, para los indefinidos; sólo pueden convivir los que nunca se definen, y son, uno y otro, nadie.

Cada uno de nosotros es dos, y cuando dos personas se encuentran, se aproximan, se relacionan, es raro que las cuatro puedan estar de acuerdo. El hombre que sueña con cada hombre que actúa, si tantas veces se enemista con el hombre que actúa, ¿cómo no se enemistará con el hombre que actúa y el hombre que sueña con el Otro?

Somos fuerzas porque somos vidas. Cada uno de nosotros tiende hacia sí mismo con escala en los otros. Si tenemos por nosotros mismos el respeto de hallarnos interesantes, □. Toda aproximación es un conflicto. El otro es siempre el obstáculo para quien busca. Sólo quien no busca es feliz; porque sólo quien no busca, encuentra, toda vez que quien no busca ya tiene, y ya tener, sea lo que fuere, es ser feliz, como no pensar es la parte mejor de ser rico.

Miro hacia ti, dentro de mí, novia supuesta, y ya nos desavenimos antes de que existas. Mi hálito de soñar claro me da una noción justa de la realidad. Quien sueña demasiado precisa dar realidad al sueño. Quien da realidad al sueño tiene que dar al sueño el equilibrio de la realidad. Quien da al sueño el equilibrio de la realidad, sufre de la realidad de soñar tanto como de la realidad de la vida y de lo irreal del sueño como del sentir la vida real.

Te estoy esperando, en devaneo, en nuestro cuarto con dos puertas, y te sueño viniendo y en mi sueño entras hasta donde estoy por la puerta de la derecha; si, cuando entras, entras por la puerta de la izquierda, hay ya una diferencia entre tú y mi sueño. Toda la tragedia humana está en este pequeño ejemplo de como aquellos con quienes pensamos nunca son aquellos en quienes pensamos.

El amor pierde identidad en la diferencia, lo que es imposible en la lógica, y todavía más en el mundo. El amor quiere poseer, quiere convertir en suyo lo que tiene que quedar fuera para que él sepa que *se convierte* en suyo y no lo *es*. Amar es entregarse. Cuanto mayor la entrega, mayor el amor. Pero la entrega total entrega también la conciencia del otro. El amor mayor es por ello la muerte, o el olvido, o la renuncia —todos los amores que son las versiones del amor.

En la terraza antigua del palacio, alzado sobre el mar, meditaremos en silencio la diferencia entre nosotros. Yo era príncipe y tú princesa, en la terraza a la orilla del mar. Nuestro amor había nacido de nuestro encuentro, como la belleza nació del encuentro de la luna con las aguas.

El amor quiere la posesión, pero no sabe lo que es la posesión. Si yo no soy mío, ¿cómo seré tuyo, o tú mía? Si no poseo mi propio ser, ¿cómo habré de poseer un ser ajeno? Si ya soy diferente de aquel de quien soy idéntico, ¿cómo seré idéntico de aquel de quien soy diferente?

El amor es un misticismo que quiere practicarse, una imposibilidad que sólo es soñada como debiendo ser realizada.

Metafísico. Pero toda la vida es una metafísica a oscuras con un rumor de dioses y el desconocimiento de la ruta como única vía.

La peor astucia conmigo de mi decadencia es mi amor a la salud y a la claridad. Pensé siempre que un cuerpo bello y el ritmo feliz de un andar joven tenían más competencia en el mundo que todos los sueños que hay en mí. Es con una alegría de la vejez por el espíritu que sigo a veces —sin envidia ni deseo— a las parejas casuales que la tarde junta y caminan cogidos del brazo hacia la conciencia inconsciente de la juventud. Los gozo como gozo una verdad, sin pensar si me concierne o no. Si los comparo conmigo, continuo gozándolos, pero como quien goza una verdad que lo hiere, juntando al dolor de la herida, la conciencia de haber comprendido a los dioses.

Soy lo contrario de los espiritualistas simbolistas para quienes todo ser, y todo acontecimiento, es la sombra de una realidad de la que es sombra solamente. Cada cosa, para mí, es, en vez de un punto de llegada, un punto de partida. Para el ocultista todo acaba en todo; todo empieza en todo, para mí.

Procedo, como ellos, por analogía y sugestión, pero el jardín pequeño que les sugiere el orden y la belleza del alma, a mí no me recuerda más que el jardín más grande donde pueda ser, lejos de los hombres, feliz la vida que no lo puede ser. Cada cosa me sugiere no la realidad de la que es sombra, sino la realidad hacia la que es camino.

El Jardim da Estrela, por la tarde, es para mí la sugestión de un parque antiguo, en los siglos antes del descontento del alma.

EL SENSACIONISTA

En este crepúsculo de las disciplinas, en que las creencias mueren y los cultos se cubren de polvo, nuestras sensaciones son la única realidad que nos queda. El único escrúpulo que preocupa, la única ciencia que satisface son los de la sensación.

Un decorativismo interior se me acentúa como el modo superior y esclarecido de dar un destino a nuestra vida. Pudiese mi vida ser vivida en paños de raso del espíritu y yo no tendría abismos que lamentar.

Pertenezco a una generación —o más bien a una parte de generación— que perdió todo el respeto por el pasado y toda la creencia o esperanza en el futuro. Vivimos por ello del presente con las ganas y el hambre de quien no tiene otra casa. Y, como es en nuestras sensaciones, y sobre todo en nuestros sueños, sensaciones inútiles sólo, donde encontramos un presente, que no recuerda ni al pasado ni al futuro, sonreímos a nuestra vida interior y nos desinteresamos con una soñolencia altiva de la realidad cuantitativa de las cosas.

No somos tal vez muy diferentes de aquellos que, por la vida, sólo piensan en divertirse. Pero el sol de nuestra preocupación egoísta está en el ocaso, y es entre colores de crepúsculo y contradicción como nuestro hedonismo se enfría.

Convalecemos. En general somos criaturas que no aprendemos ningún arte u oficio, ni siquiera el de gozar de la vida. Extraños a relaciones prolongadas, nos cansamos en general de los mayores amigos, después de estar con ellos media hora; sólo ansiamos verlos cuando no pensamos en verlos, y las mejores horas en que los acompañamos son aquellas en que solamente soñamos que estamos con ellos. No sé si esto indica poca amistad. Es posible que no lo indique. Lo que es seguro es que las cosas que más amamos, o creemos amar, sólo tienen su pleno valor cuando simplemente soñadas.

No nos gustan los espectáculos. Despreciamos a actores y danzarines. Todo el espectáculo es la imitación degradada de lo que había solamente que soñar.

Indiferentes —no de origen, sino por una educación de los sentimientos que varias experiencias dolorosas en general nos obligan a hacer— a la opinión de los otros, siempre corteses para con ellos, e incluso gustándonos ellos, a través de una indiferencia interesada, porque todo el mundo es interesante y convertible en sueño, en otra gente, pasamos □

Sin habilidad para amar, nos cansan de antemano aquellas palabras que sería preciso decir para conseguir ser amado. Además, ¿quién de nosotros quiere ser amado? El «on le fatigait en l’aimant» de René no es el lema más apropiado para nosotros. La propia idea de ser amados nos fatiga, nos fatiga hasta la alarma.

Mi vida es una fiebre perpetua, una sed siempre renovada. La vida real me desazona como un día de calor. Hay una cierta bajeza en el modo como desazona.

PASTORAL DE PEDRO

No sé dónde te vi ni cuándo. No sé si fue en un cuadro o si fue en campo real, al lado de árboles y hierbas contemporáneas del cuerpo; fue en un cuadro tal vez, tan idílica y legible es la memoria que de ti conservo. No sé cuándo esto sucedió, o si sucedió realmente —porque puede ser que ni en cuadro te viese—, pero sé con todo el sentimiento de mi inteligencia que ese fue el momento más calmado de mi vida.

Venías, boyerita leve, al lado de un buey manso y enorme, tranquilos por la ancha línea del camino. Desde lejos —me parece— os vi, y vinisteis hasta mí y pasasteis de largo. Pareciste no notar mi presencia. Ibas lenta y guardadora descuidada del buey grande. Tu mirada se había olvidado de recordar y tenía un gran claro de vida de alma; te había abandonado la conciencia de ti misma. En ese momento no era nada más que un □.

Viéndote recordé que las ciudades cambian pero los campos son eternos. Llaman bíblicas a las piedras y los montes, porque son los mismos, del mismo modo que los de los tiempos bíblicos debían haber sido.

Es en el perfil pasajero de tu figura anónima donde pongo toda la evocación de los campos, y la calma toda que nunca tuve me llega al alma cuando pienso en ti. Tu andar tenía un balancear leve, un ondular incierto, en cada gesto tuyo se posaba un ave; tenías hiedras invisibles enroscadas en el □ de tu busto. Tu silencio —era el caer de la tarde, y balaba un cansancio de rebaños, haciendo sonar la esquila, por las laderas suaves de la tarde— tu silencio era el canto del último pastor que, por olvidado de una égloga nunca escrita de Virgilio, quedó eternamente encantado, silueta eterna entre los campos. Era posible que estuvieras sonriendo; para ti solamente, para tu alma, viéndote a ti en tu idea, sonriendo. Pero tus labios estaban tranquilos como el perfil de los montes; y el gesto, que olvido, de tus manos rústicas enguirnaldado con flores del campo.

Fue en un cuadro, sí, donde te vi. Pero ¿de dónde me viene esta idea de que te vi aproximar y pasar de largo y yo seguí, sin volverme hacia atrás por estar viéndote siempre y aún? Se para de golpe el tiempo para dejarte pasar, y yo te equivoco cuando te quiero colocar en la vida —o en la semejanza de la vida.

PERISTILO

A las horas en que el paisaje es una aureola de Vida, y el sueño es solamente soñarse, he erigido, oh amor mío, en el silencio de mi desasosiego, este libro extraño como portales abiertos en una casa abandonada.

He cogido para escribirlo el alma de todas las flores, y de los momentos efímeros de todos los cantos de todas las aves, he tejido eternidad y estancamiento. Tejedora □, me he sentado al lado de la ventana de mi vida y he olvidado que la habitaba y era, tejiendo sudarios para amortajar mi tedio en los manteles de lino casto para los altares de mi silencio, □

Y yo te ofrezco este libro porque sé que es bello e inútil. Nada enseña, nada hace creer, nada hace sentir. Arroyo que corre hacia un abismo -ceniza que el viento barre y que ni fecunda ni es dañino □— he puesto toda el alma en hacerlo, pero no he pensado en él haciéndolo, sino solo en mí que soy triste y en ti que no eres nadie.

Y porque este libro es absurdo, yo lo amo; porque es inútil, quiero darlo; y porque de nada sirve querértelo dar, te lo doy…

Reza por mí al leerlo, bendíceme por amarlo y olvida como el Sol de hoy al Sol de ayer (como yo olvido a aquellas mujeres en los sueños que nunca supe soñar).

Torre del Silencio de mis ansias, ¡que este libro sea la luz de la luna que te iluminó diferente la otra del Misterio Antiguo!

Río de Imperfección dolorida, que este libro sea el barco dejado ir por tus aguas abajo para acabar mar que se sueñe.

Paisaje de Enajenación y de Abandono, que este libro sea tuyo como tu Hora y se ilimite de ti como de la Hora de púrpura falsa.

*

Corren ríos, ríos eternos por debajo de la ventana de mi silencio. Veo la otra orilla siempre y no sé por qué no sueño que estoy allí, otro y feliz. Tal vez porque sólo tú consuelas, y sólo tú unges y oficias.

¿Qué misa blanca interrumpes para lanzarme la bendición de mostrarte siendo? ¿En qué punto ondulado de la danza te paras, y el Tiempo contigo, para de tu parar hacer puente hasta mi alma y de tu sonrisa púrpura de mi fasto?

Cisne de desasosiego rítmico, lira de horas inmortales, arpa incierta de pesares míticos —tú eres la Esperada y la Ida, la que acaricia y hiere, la que dora de dolor las alegrías y corona de rosas las tristezas.

¿Qué Dios te creó, qué Dios odiado por el Dios que hizo el mundo?

Tú no lo sabes, tú no sabes que no lo sabes, tú no quieres saber ni no saber. Desnudaste de propósitos tu vida, nimbaste de irrealidad tu mostrarte, te vestiste de perfección y de intangibilidad, para que ni las Horas te besasen, ni los Días te sonriesen, ni las Noches te viesen poner la luna entre tus manos para que pareciera un lirio.

Deshoja oh amor mío sobre mí pétalos de mejores rosas, de más perfectos lirios, pétalos de crisantemos □ olorosos de la melodía de su nombre.

Y yo moriré en mí tu vida, oh Virgen que ningún abrazo espera, que ningún beso busca, que ningún pensamiento desflora.

Atrio sólo atrio de todas las esperanzas, Umbral de todos los deseos, Ventana hacia todos los sueños, □

Mirador sobre todos los paisajes que son bosque nocturno y río lejano trémulo de mucha luna…

Versos, prosas que no se piensan escribir, sino solamente soñar.

*

Tú no existes, bien lo sé, pero ¿sé yo con certeza si existo? Yo, que te existo en mí, ¿tendré más vida real que tú, que la propia vida que te vive?

Llama hecha aureola, presencia ausente, silencio rítmico y hembra, crepúsculo de vaga carne, copa olvidada para el festín, vitral pintado por un pintor-sueño en una edad media de otra Tierra.

Cáliz y hostia de exquisitez casta, altar abandonado de santa aún viva, corola de lirio soñado del jardín donde nadie ha entrado…

Eres la única forma que no provoca tedio, porque eres siempre mudable con nuestro sentimiento, porque, como besas nuestra alegría, arrullas nuestro dolor, y para nuestro tedio eres el opio que conforta y el sueño que descansa, y la muerte que cruza y junta las manos.

Ángel □, ¿de qué materia está hecha tu materia alada? ¿qué vida te liga a la tierra, a ti que eres vuelo nunca levantado, ascensión estancada, gesto de encanto y de descanso?

*

Haré del soñarte el ser fuerte, y mi prosa, cuando diga tu Belleza, tendrá melodías de forma, curvas de estrofas, esplendores súbitos como los de los versos inmortales.

Creemos, ō Sólo-Mía, tú por existir y yo por verte existir, un arte distinto de todo el arte habido.

De tu cuerpo de ánfora inútil sepa yo extraer el alma de nuevos versos, y de tu ritmo lento de ola silenciosa, sepan mis dedos trémulos ir a buscar las líneas pérfidas de una prosa virgen de ser oída.

Tu sonrisa melodiosa yéndose sea para mí símbolo —emblema visible del sollozo callado del mundo innumerable al saberse error e imperfección.

Tus manos de tocadora de arpa cierren mis ojos cuando muera de haberte construido mi vida. Y tú, que no eres nadie, serás para siempre, oh Suprema, el arte querido de los dioses que nunca han sido, y la madre virgen y estéril de los dioses que nunca serán.

SENTIMIENTO APOCALÍPTICO

Pensando que cada paso en mi vida era un contacto con el horror de lo Nuevo, y que cada nueva persona que conocía era un nuevo fragmento vivo de lo desconocido que yo ponía encima de mi mesa para cotidiana meditación aterrorizada —decidí abstenerme de todo, no avanzar hacia nada, reducir la acción al mínimo, huir lo más posible de la posibilidad de ser encontrado por los hombres o por los acontecimientos, quintaesenciar sobre la abstinencia y abdicar a la bizantina. Hasta tal punto el vivir me aterra y me tortura.

Decidirme, finalizar cualquier cosa, salir de lo dudoso y de lo oscuro, son cosas [que] se me antojan catástrofes, cataclismos universales.

Siento la vida como apocalipsis y cataclismo. Día a día aumenta en mí la incompetencia para siquiera esbozar gestos, para concebirme siquiera en situaciones claras de realidad.

La presencia de los otros —tan inesperada de alma en todo momento— día a día me es más dolorosa y angustiosa. Hablar con los otros me produce escalofríos. Si muestran interés por mí, huyo. Si me miran, me estremezco. Si □

Estoy perpetuamente a la defensiva. Me doy a la vida y a los demás. No puedo contemplar la realidad frente a frente. El propio sol me desanima y llena de desolación. Sólo de noche, y de noche a solas conmigo, ajeno, olvidado, perdido —sin nexo con la realidad ni parte con la utilidad— me hallo y me doy consuelo.

Tengo frío de la vida. Todo es sótanos húmedos y catacumbas sin luz en mi existencia. Soy la gran derrota del último ejército que sostenía el último imperio. Me sé al final de una civilización antigua y dominadora. Estoy solo y abandonado, yo que tuve como costumbre mandar a otros. Estoy sin amigo, sin guía, yo a quien siempre otros guiaron…

Algo hay en mí que pide eternamente compasión —y llora sobre sí como sobre un dios muerto, sin altares en el culto, cuando la venida blanca de los bárbaros rejuveneció en las fronteras y la vida vino a pedir cuentas al imperio de lo que había hecho con la alegría.

Tengo siempre recelo de que hablen de mí. He fallado en todo. Nada osé siquiera pensar en ser; pensar que lo desearía ni siquiera lo soñé, porque en el propio sueño me reconocí incompetente para la vida, hasta en mi estadio visionario de tan sólo soñador.

Ni un sentimiento levanta mi cabeza de la almohada donde la hundo por no poder con el cuerpo, ni con la idea de que vivo, ni siquiera con la idea absoluta de la vida.

No hablo la lengua de las realidades, y entre las cosas de la vida vacilo como un enfermo que ha guardado cama largo tiempo y que se levanta por primera vez. Sólo en la cama me siento en la vida normal. Cuando la fiebre llega me agrada como cosa natural □ a mi estado tumbado. Como una llama al viento tiemblo y me apago. Sólo en el aire muerto de las habitaciones cerradas respiro la normalidad de mi vida.

Ni una nostalgia me queda de las brisas a la orilla de los mares. Me he conformado con tener mi alma por convento y no ser más para mí que el otoño sobre descampados secos, sin más vida viva que un reflejo como de una luz que se acaba en la oscuridad endoselada de los estanques, sin más esfuerzo y color que el esplendor violeta-exilio del fin de la puesta de sol sobre los montes.

En el fondo, ningún otro placer que el análisis del dolor, ni otro anhelo que el de colorear líquido y enfermo de las sensaciones cuando se desmenuzan y se descomponen —leves pasos en la sombra incierta, suaves al oído, y nosotros ni nos giramos para saber de quién son, vagos cantos lejanos, cuyas palabras no pretendemos captar, pero donde nos

arrulla más lo indeciso del qué dirán y la incerteza del lugar de donde viene; tenues secretos de aguas pálidas, llenando de lejanías leves los espacios □ y nocturnos; cascabeles de carros lejanos, ¿regresando de dónde? y qué alegrías allá dentro, que no se oyen aquí, soñolientos en el torpor apagado de la tarde donde el verano se pierde ya en otoño… Murieron las flores del jardín, y, marchitas, son otras flores —más antiguas, más nobles, más contemporáneas con su amarillo muerto del misterio y el silencio y el abandono. Las burbujas de agua que afloran en los estanques tienen su razón para los sueños. ¡Croar distante de las ranas! ¡Oh campo muerto en mí! ¡Oh sosiego rústico pasado en sueños! ¡Oh vida mía fútil como un vagabundo que no trabaja y duerme a los lados del camino con el aroma de los prados entrándole en el alma como una niebla, en un sueño translúcido y fresco, hondo y lleno de eternidad como todo lo que nada liga a nada, nocturno, ignorado, nómada y cansado bajo la compasión fría de las estrellas!

Sigo el curso de mis sueños, haciendo de las imágenes escalones para otras imágenes; desplegando, como un abanico, las metáforas casuales en grandes cuadros de visión interna; desato de mí la vida, y la dejo de lado como un traje que me aprieta. Me oculto entre árboles lejos de los caminos. Me pierdo. Y logro, por momentos que corren levemente, olvidar el gusto de la vida, dejar irse la idea de luz y de bullicio y acabar conscientemente, absurdamente mediante las sensaciones, con un imperio de ruinas angustiadas, y una entrada entre pendones y tambores de victoria en una gran ciudad final donde no lloraría nada, ni desearía nada ni a mí mismo pediría el ser.

Me duelen las superficies de las aguas de los estanques que he creado en sueños. Es mía la palidez de la luna que vislumbro sobre paisajes de bosques. Es mi cansancio el otoño de los cielos estancados que recuerdo y no he visto nunca. Me pesa toda mi vida muerta, todos mis sueños no tenidos, todo lo mío que no ha sido mío, en el azul de mis cielos interiores, en el tintinear a la vista del correr de mis ríos en el alma, en el vasto e inquieto sosiego de los trigos en las planicies que veo y que no veo.

Una taza de café, un tabaco que se fuma y cuyo aroma nos atraviesa, los ojos casi cerrados en una habitación en penumbra… no quiero más de la vida que mis sueños y esto… ¿Que es poco? No lo sé. ¿Acaso sé yo lo que es poco o lo que es mucho?

Tarde de verano afuera, cómo me gustaría ser otro… Abro la ventana. Todo allí fuera es suave, pero me punza como un dolor incierto, como una sensación vaga de descontento.

Y una última cosa me punza, me rasga, me desgarra toda el alma. Es que yo, a esta hora, en esta ventana, pensando estas cosas tristes y suaves, debería ser una figura estética, bella, como una figura en un cuadro —y no lo soy, ni eso siquiera soy…

La hora que pase y olvide… La noche que venga, que crezca, que caiga sobre todo y nunca se levante. Que esta alma sea mi tumba para siempre, y que □ se absolutice en tiniebla y que yo nunca más pueda vivir sin sentir o desear.

SINFONÍA DE LA NOCHE INQUIETA

Los crepúsculos en las ciudades antiguas, con tradiciones desconocidas escritas en las piedras negras de los edificios pesados; las auroras trémulas en las planicies inundadas, pantanosas, húmedas como el aire antes del sol; las callejuelas donde todo es posible, los arcones pesados en las salas vetustas; el pozo al fondo de la finca a la luz de la luna; la carta fechada de los primeros amores de nuestra abuela a la que no conocimos; el moho de las habitaciones donde se deposita el pasado; la escopeta que hoy ya nadie sabe usar; la fiebre en las tardes cálidas, a la ventana; nadie en el camino; el sueño con sobresaltos; la molestia que se extiende por las viñas; campanas; la pena claustral de vivir… Hora de bendiciones tus manos sutiles… La caricia nunca viene, la piedra del anillo sangra en la casi-oscuridad… Fiestas de iglesia sin creencia en el alma: la belleza material de los santos toscos y feos, pasiones románticas en la idea de tenerlas, el olor del mar, la noche entrada, en los muelles de la ciudad humedecida por el enfriarse…

Delgadas, tus manos se levantan sobre quien la vida secuestra. Largos corredores, y las buhardillas, ventanas cerradas siempre abiertas, el frío en el suelo como las tumbas, la nostalgia de amar como un viaje por hacer a las tierras incompletas… Nombres de reinas antiguas… Vidrieras donde se pintaron condes fuertes… La luz matutina vagamente dispersa, como un incienso frío por el aire de la iglesia concentrado en lo oscuro del suelo impenetrable… Las manos secas una contra otra.

Los escrúpulos del monje que, en el libro antiquísimo halla, en los guarismos absurdos, enseñanzas de los magos, y en las estampas decorativas, los pasos de la Iniciación.

Playa al sol la fiebre en mí… El mar luciendo mi angustia en la garganta… Las velas a lo lejos y cómo navegan en mi fiebre… En la fiebre las escaleras de la playa… Calor en la brisa fresca, transmarina, mare vorax, minax, mare tenebrosum —la noche oscura lejos para los argonautas y mi frente que arde las carabelas primitivas…

Todo es de los otros, salvo la pena de no tenerlo.

Hoy me pongo a la aguja… Hoy faltan en la casa sus pasos pequeños y no saber dónde se ha metido, todo lo que estará bordado en pliegues, con colores, con alfileres. Hoy sus costuras están encerradas para siempre en cajones de la cómoda —superfluas— y no hay el calor de brazos soñados alrededor del cuello de la madre.

UNA CARTA

Hace un vago número de muchos meses que ve cómo la miro, me ve mirarla constantemente, siempre con la misma mirada incierta y solícita. Sé que lo ha notado. Y como lo ha notado, debe haber hallado extraño que esa mirada, no siendo propiamente tímida, nunca esbozase una significación. Siempre atento, vago y el mismo, como contento de ser sólo la tristeza de eso… Nada más… Y dentro de su pensar en eso —sea cual sea el sentimiento con el que ha pensado en mí— debe haber escrutado mis posibles intenciones. Se debe haber explicado a sí misma, sin sentirse satisfecha, que soy o un tímido especial y original, o alguna especie de alguna cosa emparentada con el estar loco.

Yo no soy, Señora mía, ante el acto de mirarla, ni estrictamente un tímido, ni exactamente un loco. Soy otra cosa primera y diversa, como, sin esperanza de que me crea, le voy a exponer. Cuántas veces yo decía en voz baja a su ser soñado: Cumpla su deber de ánfora inútil, cumpla su oficio de mera copa.

¡Con qué nostalgia de la idea que quise forjarme de usted entendí un día que estaba casada! El día en qué entendí eso fue trágico en mi vida. No tuve celos de su marido. Nunca pensé si acaso lo tenía. Tuve simplemente nostalgia de mi idea de usted. Si un día supiera este absurdo —que una mujer en un cuadro— sí esa —estaba casada, el mismo sería mi dolor.

¿Poseerla? Yo no sé cómo se hace eso. Y aunque tuviera sobre mí la mácula humana de saberlo, ¡qué infame sería para mí mismo, qué insultador agente de mi propia grandeza, al pensar siquiera en nivelarme con su marido!

¿Poseerla? Un día que tal vez pase sola por una calle oscura, un asaltante puede subyugarla y poseerla, puede fecundarla incluso y dejar detrás de sí ese rastro uterino. Si poseerla es poseerle el cuerpo, ¿qué valor hay en ello?

¿Que no le posee el alma?… ¿Cómo se posee un alma? Y ¿puede haber un amante tan hábil que consiga poseerle ese «alma» □? Que sea su marido ese… ¿Quería que descendiese a su nivel?

¡Cuántas horas he pasado en secreta compañía con la idea de usted! ¡Nos hemos amado tanto dentro de mis sueños! Pero incluso ahí, se lo juro, nunca me he soñado poseyéndola. Soy un delicado y un casto incluso en mis sueños. Respeto hasta la idea de una mujer bella.

*

Yo no sabría nunca cómo adaptar mi alma a llevar a mi cuerpo a poseer el suyo. Dentro de mí, incluso al pensar en ello tropiezo con obstáculos que no veo, me enredo en telas que no sé qué son. ¿Cuánto más me sucedería si yo quisiera poseerla realmente?

Porque yo —se lo repito— sería incapaz de intentar hacerlo. Ni siquiera puedo adaptarme a soñar haciéndolo.

Son estas, Señora mía, las palabras que tengo que escribir al margen de la significación de su mirada involuntariamente interrogativa. Es en este libro donde, primero, leerá esta carta para usted. Si no sabe que es para usted, me resignaré a que así sea. Escribo más para entretenerme que para decirle alguna cosa. Sólo las cartas comerciales son *dirigidas*. Todas las otras deben, por lo menos para el hombre superior, ser solamente para sí mismo.

Nada más tengo que decirle. Crea que la admiro tanto como puedo. Me resultaría agradable que pensara en mí alguna vez.

VIAJE NUNCA HECHO

Fue en un crepúsculo de vago otoño cuando partí hacia ese viaje que nunca hice.

El cielo —imposiblemente me acuerdo— era de un resto morado de oro triste, y la línea agónica de los montes, lúcida, tenía una aureola cuyos tonos de muerte penetraban suavizadores en la astucia de su contorno. De la otra amurada del barco (hacía más frío y era más de noche bajo ese lado de la cubierta) el océano se estremecía hasta donde el horizonte al oriente se entristecía, y donde, poniendo penumbras de noche en la línea líquida y oscura del mar extremo, un hálito de tiniebla flotaba como una bruma en día de calor.

El mar, lo recuerdo, tenía tonalidades de sombra, de mixtura con figuras onduladas de vaga luz —y era todo misterioso como una idea triste en una hora de alegría, profética de no sé qué.

Yo no partí de un puerto conocido. Ni hoy sé qué puerto era, porque todavía nunca he estado allí. También, igualmente, el propósito ritual de mi viaje era ir en busca de puertos inexistentes —puertos que fuesen sólo entrar-a-puertos; ensenadas olvidadas de ríos, estrechos entre ciudades irreprensiblemente irreales. Juzgáis, sin duda, al leerme, que mis palabras son absurdas. Es que nunca habéis viajado como yo.

¿Partí? Yo no os juraría que partí. Me encontré en otras partes, vi otros puertos, pasé por ciudades que no eran aquella, aunque ni aquella ni esas fuesen ciudad alguna. Juraros que fui yo quien partió y no el paisaje, que fui yo quien visitó otras tierras y no ellas las que me visitaron —no puedo hacerlo. Yo que, no sabiendo qué es la vida, ni sé si soy yo que la vivo si es ella que me vive (tenga este verbo hueco «vivir» el sentido que quiera tener), ciertamente no os voy a jurar nada.

He viajado. Juzgo inútil explicaros que no me estuve ni meses, ni días, ni otra cantidad cualquiera de cualquier medida de tiempo viajando. Viajé en el tiempo, es cierto, pero no de este lado del tiempo, donde contamos por horas, días y meses; fue del otro lado del tiempo por donde viajé, allí donde el tiempo no se cuenta con medida. Transcurre, pero sin que sea posible medirlo. Es como más rápido que el tiempo que vemos que vivimos. Me preguntáis, y os preguntáis, ciertamente, qué sentido tienen estas frases; nunca os equivoquéis así. Despedíos del error infantil de preguntar el sentido a las cosas y a las palabras. Nada tiene un sentido.

¿En qué barco hice ese viaje? En el vapor *Cualquiera*. Reís. Yo también, y de vosotros tal vez. ¿Quién os dice, y a mí, que no escribo símbolos para que los entiendan los dioses?

No importa. Partí con el crepúsculo. Tengo aún en el oído el ruido férreo de estirar el áncora a vapor. En el soslayo de mi memoria se mueven aún lentamente, para al final entrar en su posición de inercia, los brazos del cabrestante de a bordo que hacía unas horas había herido mi vista con continuos barriles y cajas. Estos surgían súbitos, presos unos a otros por una cadena, desde encima de la borda donde chocaban, rascando, y, después, oscilando, se iban dejando empujar, empujar, hasta quedar por encima de la bodega, hacia donde, súbitos, descendían □, hasta, con un choque sordo y maderiento, llegar aplastadamente a un lugar oculto de la bodega. Después sonaban allí abajo al desatarlos; en seguida subía sólo el cable vacilante en el aire, y todo volvía a empezar, como inútilmente.

¿Y para qué os cuento yo esto? Porque es absurdo estar contándooslo, puesto que es de mis viajes de lo que dije que os hablaría.

Visité Nuevas Europas y otras Constantinoplas acogieron mi venida velera en Bósforos falsos. ¿Venida velera os sorprende? Es como os digo, así mismo. El vapor en que partí llegó barco de vela al puerto […]. Que esto es imposible, decís. Por eso me sucedió.

Nos llegaron, en otros vapores, noticias de guerras soñadas en Indias imposibles. Y, al oír hablar de esas tierras, teníamos inoportunamente nostalgia de la nuestra, dejada tan atrás, quién sabe si en aquel mundo.

VIAJE NUNCA HECHO

Y así me escondo tras la puerta, para que la Realidad, cuando entra, no me vea. Me escondo debajo de la mesa, donde, súbitamente, doy sustos a la Posibilidad. De modo que desligo de mí, como a ambos brazos de un abrazo, los dos grandes tedios que me oprimen —el tedio de poder vivir sólo lo Real y el tedio de poder concebir sólo lo Posible.

Triunfo así de toda la realidad. ¿Castillos en el aire, mis triunfos?… ¿De qué cosa esencialmente divina son los castillos que no están en el aire?

¿Cómo sabéis que, viajando así, no me rejuvenezco oscuramente?

Infantil de absurdo, revivo mi niñez, y juego con las ideas de las cosas como con soldaditos de plomo, con los cuales yo, de niño, hacía cosas que nada tenían que ver con la idea de soldado

Ebrio de errores, me pierdo por momentos de sentirme vivir.

[¿VIAJE NUNCA HECHO?]

—¿Naufragios? No, nunca he tenido ninguno. Pero tengo la impresión de que en todos mis viajes he naufragado, estando mi salvación escondida en inconsciencias a intervalos.

—Sueños vagos, luces confusas, paisajes perplejos —he aquí lo que me queda en el alma de tanto como he viajado.

Tengo la impresión de que he conocido horas de todos los colores, amores de todos los sabores, ansias de todos los tamaños. Me he excedido por la vida y nunca me he bastado ni me he sobrado bastándome.

—He de explicarle que he viajado realmente. Pero todo me sabe a que me consta que he viajado, pero no he vivido. He llevado de un lado para otro, de norte a sur… de este a oeste, el cansancio de haber tenido un pasado, el tedio de vivir un presente, y el desasosiego de tener que tener un futuro. Pero tanto me esfuerzo que me quedo completamente en el presente, matando dentro de mí el pasado y el futuro.

—He paseado por las orillas de los ríos cuyo nombre me he visto ignorando. En las mesas de los cafés de ciudades visitadas me he descubierto comprendiendo que todo me sabía a sueño, a vago. ¡He llegado a tener a veces la duda de si no continuaba sentado a la mesa de nuestra antigua casa, inmóvil y deslumbrado por sueños! No le puedo afirmar que ello no suceda, que yo no esté aún allí ahora, que todo esto, incluida esta conversación conmigo, no sea falso y supuesto. ¿Usted quién es? Se da el hecho absurdo de no poder explicarlo…

[VIAJE NUNCA HECHO]

No desembarcar no tiene muelles donde desembarcar. Nunca llegar implica no llegar nunca.

VÍA LÁCTEA

… con movimientos de frase de una espiritualidad venenosa…

… rituales de púrpura rota, ceremoniales misteriosos de ritos contemporáneos de nadie.

… secuestradas sensaciones sentidas en otro cuerpo que no el físico, pero cuerpo y físico a su modo, intercalando sutilezas entre complejo y simple…

… lagunas donde flota, translúcida, una intuición de oro oscuro, tenuemente desnudada de haberse realizado alguna vez, y sin duda por serpenteantes exquisiteces, lirio entre manos muy blancas…

… pactos entre el torpor y la angustia, verdinegros, tibios a la vista, cansados ente centinelas de tedio…

… nácar de inútiles consecuencias, alabastro de frecuentes maceraciones —oro, violeta y orlas, los entretenimientos con ocasos, pero no barcos para mejores orillas, ni puentes para crepúsculos mayores…

… ni tampoco al lado de la idea de estanques, de muchos estanques, lejanos a través de chopos, o cipreses tal vez, según las sílabas con que sentidamente la hora pronunciaba su nombre…

… por eso ventanas abiertas sobre el muelle, continuo chapotear contra dársenas, séquito confuso como ópalos, loco y absorto, entre lo que amarantos y terebintos escriben a insomnios de entendimiento en los muros oscuros de poder oír…

… hilos de plata rara, nexos de púrpura deshilachada, bajo tilos sentimientos inútiles, y por alamedas donde matas de boj callan, parejas antiguas, abanicos súbitos, gestos vagos, y mejores jardines sin duda esperan el cansancio plácido de solamente alamedas y arboledas…

… quincunces, pérgolas, cavernas de artificio, parterres arreglados, relieves, todo el arte que queda de maestros muertos que habían, entre duelos íntimos de lo insatisfecho con lo evidente, decidido procesiones de cosas hacia sueños por las calles estrechas de las aldeas antiguas de las sensaciones…

… rumores en mármol en lejanos palacios, reminiscencias poniendo manos sobre las nuestras, miradas casuales de indecisiones, ocasos en cielos fatídicos, anocheciendo en estrellas sobre silencios de imperios que decaen…

Reducir la sensación a una ciencia, hacer del análisis psicológico un método preciso como un instrumento de micróscopo [*sic]* —pretensión que ocupa, sed de calma, el nexo de la voluntad de mi vida…

Es entre la sensación y la conciencia de ella donde ocurren todas las grandes tragedias de mi vida. En esa región indeterminada, sombría, de bosques y rumores de agua abundante, neutral hasta el ruido de nuestras guerras, vive aquel ser mío cuya visión en vano busco…

Yazgo mi vida. (Mis sensaciones son un epitafio, demasiado extenso, sobre mi vida muerta). Me acontezco la muerte y el ocaso. Lo máximo que puedo esculpir es la belleza interior para sepulcro mío.

Los portales de mi alejamiento se abren hacia parques de infinito, pero nadie los cruza, ni en mi sueño —pero abiertos siempre hacia lo inútil y eternamente de hierro hacia lo falso…

Deshojo apoteosis en los jardines de las pompas interiores y entre matas de boj de sueño piso, con una sonoridad dura, las alamedas que conducen a lo Confuso.

He acampado Imperios en lo Confuso, al lado de silencios, en la guerra rojiza en que acabará lo Exacto.

El hombre de ciencia reconoce que la única realidad para sí es él mismo, y el único mundo real el mundo como su sensación se lo da. Por ello, en lugar de seguir el falso camino de procurar ajustar sus sensaciones a las de los demás, haciendo ciencia objetiva, procura, más bien, conocer perfectamente su mundo, y su personalidad. Nada más objetivo que sus sueños. Nada más suyo que su conciencia de sí mismo. Sobre esas dos realidades quintaesencia él toda su ciencia. Es muy diferente ya de la ciencia de los antiguos científicos, que, lejos de buscar las leyes de su propia personalidad y la organización de sus sueños, procuraban las leyes de lo «exterior» y la organización de aquello a que llamaban «Naturaleza».

*

En mí lo que hay de primordial es el hábito y la forma de soñar. Las circunstancias de mi vida, desde pequeño solo y tranquilo, otras fuerzas tal vez, amoldándome, de lejos, por herencias oscuras a su siniestro corte, han hecho de mi espíritu una constante corriente de devaneos. Todo lo que soy está en ello, e incluso lo que en mí parece más lejos de destacar al soñador, pertenece sin escrúpulo al alma de quien sólo sueña, elevada a su mayor grado.

Quiero, por mi propio gusto de analizarme, ir, en la medida en que a ello me adapte, poniendo en palabras los procesos mentales que en mí son sólo uno, y que es el de una vida consagrada al sueño, el de un alma educada sólo para soñar.

Viéndome desde fuera, como casi siempre me veo, soy un inepto para la acción, perturbado ante tener que dar pasos y hacer gestos, inhábil para hablar con los demás, sin lucidez interior para entretenerme con lo que cause esfuerzos al espíritu, ni secuencia física para aplicarme a cualquier otro mecanismo de entretenimiento trabajando.

Eso es natural que yo lo sea. El soñador se entiende que sea así. Toda la realidad me perturba. El habla de los demás me lanza en una angustia enorme. La realidad de las otras almas me sorprende constantemente, la vasta red de inconsciencias que es toda la acción que veo me parece una ilusión absurda, sin coherencia plausible, nada.

Pero si se considera que desconozco los trámites de la psicología ajena, que me equivoco en la percepción nítida de los motivos y de los íntimos pensamientos de los demás, se habrá hecho un falso juicio sobre lo que soy.

Porque yo no sólo soy un soñador, soy exclusivamente un soñador. El hábito único de soñar me ha dado una extraordinaria nitidez de visión interior. No sólo veo con formidable y a veces perturbador realce las figuras y los *décors* de mis sueños, sino que con igual realce veo mis ideas abstractas, mis sentimientos humanos —lo que de ellos me queda—, mis

secretos impulsos, mis actitudes psíquicas ante mí mismo. Afirmo que mis propias ideas abstractas yo las veo en mí, yo, con una interior visión real, las veo en un espacio interno. Y así sus meandros me son visibles hasta sus mínimos detalles.

Por ello me conozco enteramente, y, a través del conocerme enteramente, conozco enteramente a la humanidad toda. No hay bajo impulso, como no hay noble intención, que no me haya sido relámpago en el alma; y yo sé con qué gestos se muestra cada uno. Bajo las máscaras que las malas ideas usan de buenas o de indiferentes, incluso dentro de nosotros yo por los gestos reconozco quiénes son. Sé lo que en nosotros se esfuerza por ilusionarnos. Y así a la mayoría de las personas que veo las conozco mejor que ellos mismos. Me dedico muchas veces a sondearlos, porque así los convierto en míos. Conquisto el psiquismo que explico, porque para mí soñar es poseer. Y así se ve lo natural que es que yo, soñador como soy, sea el analítico que me reconozco.

Entre las pocas cosas que a veces me place leer, destaco, por ello, las piezas de teatro. Todos los días acontecen piezas en mí, y yo conozco a fondo cómo se proyecta un alma en la proyección de Mercator, netamente. Me entretengo poco, sin embargo, con ello; tan constantes, vulgares y enormes son los errores de los dramaturgos. Nunca me ha contentado ningún drama. Conociendo la psicología humana con una nitidez de relámpago, que sondea todos los rincones con una sola mirada, el grosero análisis y construcción de los autores teatrales me hiere, y lo poco que leo de este género me disgusta como un borrón de tinta en medio de la escritura.

Las cosas son la materia para mis sueños; por eso dedico una atención distraídamente sobreatenta a ciertos detalles del Exterior.

Para dar realce a mis sueños necesito conocer cómo los paisajes reales y los personajes de la vida nos aparecen realzados. Porque la visión del soñador no es como la visión del que ve las cosas. En el sueño, no hay ese asentar de la vista sobre lo importante y lo no importante de un objeto que hay en la realidad. Sólo lo importante es lo que el soñador ve. La realidad verdadera de un objeto es solamente parte de él; el resto es el pesado tributo que paga a la materia a cambio de existir en el espacio. De forma similar, no hay en el espacio realidad para ciertos fenómenos que en sueños son palpablemente reales. Una puesta de sol real es imponderable y transitoria. Una puesta de sol de sueño es fija y eterna. Quien sabe escribir es el que sabe ver sus sueños nítidamente (y es así) o ver en sueños la vida, ver la vida inmaterialmente, sacándole fotografías con la máquina del devaneo, sobre la cual los rayos de lo pesado, de lo útil y de lo circunscrito no pueden actuar, saliendo en negro la placa espiritual.

En mí esta actitud, que el mucho soñar me enquistó, me hace ver siempre de la realidad la parte que es sueño. Mi visión de las cosas suprime siempre en ellas lo que mi sueño no puede utilizar. Y así vivo siempre en sueños, incluso cuando vivo en la vida. Mirar hacia un ocaso en mí o un ocaso en el Exterior es para mí lo mismo, porque lo veo de la misma manera, ya que mi visión está tallada igualmente.

Por eso la idea que me hago de mí es una idea que a muchos parecerá equivocada. En cierto modo es equivocada. Pero yo me sueño a mí mismo y de mí escojo lo que es soñable, componiéndome y recomponiéndome de todas las maneras hasta estar bien delante de lo que exijo de lo que soy y lo que no soy. A veces el mejor modo de ver un objeto es anularlo; pero él subsiste, no sé cómo explicarlo, hecho de materia de negación y anulación; así lo

hago en grandes espacios reales de mi ser, que, suprimidos en mi cuadro de mí, me transfiguran en mi realidad.

¿Cómo, entonces, no me engaño sobre mis íntimos procesos de ilusión de mí? Porque el proceso que arranca hacia una realidad más que real un aspecto del mundo o una figura de sueño, arranca también hacia algo más que real una emoción o un pensamiento; lo desnuda por tanto de todo pertrecho de noble o puro cuando, lo que casi siempre pasa, no lo es. Repárese que mi objetividad es absoluta, la más absoluta de todas. Yo creo el objeto absoluto, con cualidades de absoluto en lo concreto de él. Yo no huí propiamente de la vida, en el sentido de buscar para mi alma una cama más suave, me limité a cambiar de vida y encontré en mis sueños la misma objetividad que encontraba en la vida. Mis sueños —en otra página estudio esto— se yerguen independientes de mi voluntad y muchas veces me chocan y me hieren. Muchas veces lo que descubro en mí me aflige, me avergüenza (tal vez por algún resto de cosa humana en mí —¿qué es la vergüenza?) y me asusta.

En mí el devaneo ininterrumpido sustituye la atención. He pasado a superponer a las cosas vistas, incluso cuando soñadamente vistas, otros sueños que conmigo traigo. No presto atención suficientemente a hacer bien aquello a lo que he llamado ver las cosas en sueños, aunque, puesto que esa desatención era motivada por un perpetuo devaneo y una, tampoco exageradamente atenta, preocupación por el fluir de mis sueños, superpongo lo que sueño al sueño que veo e intersecciono la realidad ya desnudada de la materia con un material absoluto.

De ahí la habilidad que he adquirido de seguir varias ideas al mismo tiempo, observar las cosas y al mismo tiempo soñar asuntos muy diversos, estar al mismo tiempo soñando una puesta de sol real sobre el Tajo real y una mañana soñada sobre un Pacífico interior; y las dos cosas soñadas se intercalan la una en la otra, sin mezclarse, sin propiamente confundir nada más que lo que el estado emotivo diverso que cada uno provoca, y soy como alguien que viese pasar por la calle a mucha gente y simultáneamente sintiese desde dentro las almas de todos —lo que tendría que dar una unidad de sensación— al mismo tiempo que vería los cuerpos varios —esos tendría que verlos diversos— cruzarse en la calle llena de movimientos de piernas.

APÉNDICE

I

TEXTOS QUE CITAN EL NOMBRE DE VICENTE GUEDES

AP1.

Mi conocimiento de Vicente Guedes tuvo lugar de un modo enteramente casual. Nos encontrábamos a menudo en el mismo restaurante apartado y barato. Nos conocíamos de vista; acabamos, de una manera natural, en el saludo silencioso. Una vez, encontrándonos a la mesa, y habiendo permitido el azar que intercambiáramos un par de frases, la conversación se prolongó. Pasamos a encontrarnos allí todos los días, a la hora de la comida y de la cena. A veces salíamos juntos, después de la cena, y paseábamos un poco, conversando.

Vicente Guedes soportaba aquella vida sin relieve con una indiferencia de maestro. Un estoicismo de persona débil cimentaba toda su actitud mental.

La constitución de su espíritu lo condenaba a todas las ansias; la de su destino a abandonarlas todas. Nunca encontré un alma que me sorprendiera tanto. Sin practicar ningún tipo de ascetismo, este hombre había renunciado a todos los fines a los que su naturaleza lo había destinado. Naturalmente constituido para la ambición, gozaba tranquilamente el no tener ambición alguna.

AP2.
… este libro suave.

Es todo cuanto queda y quedará de una de las almas más sutiles en la inercia, más viciadas en el puro sueño que se han visto en este mundo. Nunca —así al menos lo creo— hubo una criatura humana por fuera que más complejamente viviera la conciencia de sí mismo. Dandy en el espíritu, paseó el arte de soñar a través del azar de existir.

Este libro es la biografía de alguien que nunca tuvo vida…

De Vicente Guedes no se sabe ni quién era, ni qué hacía, ni □

Este libro no es suyo: es él. Pero acordémonos siempre de que, por detrás de todo cuanto aquí quedó dicho, ajeno en la sombra, misterioso □

Para Vicente Guedes, tener conciencia de sí mismo fue un arte y una moral; soñar fue una religión.

El creó definitivamente la aristocracia interior, aquella actitud de alma que más se parece a la propia actitud del cuerpo de un aristócrata absoluto.

AP3.
Las miserias de un hombre que siente el tedio de la vida desde la terraza de su villa señorial son una cosa; otra cosa bien distinta son las miserias de quien, como yo, tiene que contemplar el paisaje de mi cuarto en un 4.º piso de la Baixa, y sin poder olvidar que es ayudante de tenedor de libros. «Tout notaire a rêvé des sultanes»…

Siento un placer íntimo, por la ironía del ridículo inmerecido, cuando, sin que a alguien le extrañe, declaro, en los actos oficiales, en los que es obligatorio declarar la profesión: *empleado comercial*. No sé cómo mi nombre viene así inserto en el *Anuario Comercial*.

Epígrafe al Diario:

Guedes (Vicente), empleado comercial,
Rua dos Retroseiros, 17-4.º
Anuario Comercial de Portugal

II

MATERIA FRAGMENTARIA DE LA «MARCHA FÚNEBRE PARA EL REY LUIS II DE BAVIERA»

AP4.
¡Y para ti, oh Muerte, vaya nuestra alma y nuestro credo, nuestra esperanza y nuestro saludo!

¡Señora de las Últimas Cosas, Nombre Carnal del misterio y del Abismo —alienta y consuela a quien te busca sin atreverse a procurarte!

¡Señora del Consuelo, Lago durmiendo entre rocas a la luz de la luna, lejos del limo y de la polución de la Vida!

¡Virgen-Madre del Mundo absurdo, forma del Caos incomprendido, arrastra y extiende tu reino sobre todas las cosas —sobre las flores que presienten que se marchitan, sobre las fieras que tiemblan de viejas, sobre las almas que nacieron para amarte entre el error y la ilusión de la vida!

La vida, espiral de la Nada, infinitamente ansiosa por lo que no puede existir.

AP5.

Traed vos el palio de oro y muerte, caballero del desciframiento inútil. A sangre y rosas recordad el sueño inútil que se agostó en los tiestos, antes de que una mano blanca los tirase. Pisad con cuidado, como heraldo de las sedas, en el salón en calma, en el antebrillo del tedio, en la hora mortecina de los candeleros claros, en los lacados de las pedrerías guardadas bajo llave y aburrimiento.

Quien vos erais, señor, se quedó con las sirenas, en el olvido lunar de los mares muertos. Oyó las canciones de la enfermedad de las aguas, que no llegan a la luna sino por fuerza del deseo, y deshojó, una a una, las rosas del jardín del palacio del logro ininterrumpido. El sonido de las violas anunciando mejores cosas apartó la atención de sus oídos de las palabras imperiales en medio de murmullos. Vuestra mano soltó la mano del que había interrumpido, porque fue necesario ir [*sic*] más cerca de la distancia traída por suspiros. El lago entre los árboles era como un sueño de agua en medio de arboledas de islas, y el deseado [?] era como □

Hora de luz de luna parada ante la nube acontecida, el cielo incierto y el paso de pajes □

AP6.
Luis II —end of 2
… y bajado el puente levadizo, para que entre cuando llegue y quiera entrar.

III

OTROS TEXTOS Y FRAGMENTOS NO INTEGRADOS EN EL CORPUS

AP7.

El hombre flaco sonrió indolentemente. Me miró con una desconfianza que no era malévola. Después sonrió nuevamente, pero con tristeza. Bajó después otra vez los ojos sobre el plato. Continuó cenando en silencio y concentración.

AP8.
(Copia de una carta para Pretoria)
5/6/1914
Yo me encuentro bien de salud y mi espíritu ha estado curiosamente menos maldispuesto. Aun así, una vaga inquietud anda torturándome, una cosa a la que no puedo llamar sino una comezón intelectual, como si fuera a tener viruela en el alma. Es solo en este lenguaje absurdo como puedo describir lo que siento. Todo esto, sin embargo, no se parece propiamente a aquellos estados tristes del espíritu de que a veces le hablo, y en los que la tristeza se caracteriza por ser una tristeza sin causa. Este actual estado de mi alma tiene una causa. En torno a mí todo se está alejando y desmoronando. No uso estos dos verbos en sentido entristecedor. Quiero apenas decir que en la gente con la que lidio se está dando, o se van a dar, cambios, finales de períodos de vida, y que todo esto —como a un viejo al que, al ver morir a su alrededor a sus compañeros de infancia, su propia muerte le parece próxima— me sugiere no sé de qué misteriosa manera que mi vida debe y va a cambiar también. Repare que yo no creo que este cambio vaya a ser para peor; creo que todo lo contrario. Pero es un cambio, y para mí cambiar, pasar de una cosa a otra, es una muerte parcial; muere algo de nosotros, y la tristeza de lo que muere y de lo que pasa no puede dejar de rozarnos el alma.

Vea: mañana va para —no *a*, sino *para*— París mi mayor y más íntimo amigo. La tía Anica (vea su carta) no es improbable que pronto vaya para Suiza con la hija, para entonces casada. Va para Galicia, para quedarse bastante tiempo, otro joven muy amigo mío. Se marcha para Oporto otro muchacho que es, después del que ya le he dicho, mi amigo más cercano. Así, en mis alrededores humanos, todo se organiza (o se desorganiza) para que yo me vaya, no sé si aislando, si llamado para un nuevo camino que no acierto a divisar. Incluso la circunstancia de que yo vaya a publicar un libro viene a alterar mi vida. *Pierdo una cosa —el permanecer inédito*. Y así cambiar para mejor, por ser malo cambiar, significa *siempre* cambiar para peor. Y perder un defecto, o una deficiencia, o una negación, es siempre perder. ¡Imagina, Mamá, cómo vivirá, en medio de dolorosas sensaciones cotidianas, una criatura que siente de este modo!

¿Qué seré yo de aquí a diez años —de aquí a cinco años, incluso? Mis amigos me dicen que seré uno de los mayores poetas contemporáneos —me lo dicen viendo lo que ya tengo hecho, no lo que podré hacer (si no, yo no le citaba lo que dicen…). ¿Pero sé yo de verdad lo que eso, incluso si llegara a realizarse, significa? ¿Se yo *a qué sabe eso*? Tal vez la gloria sepa a muerte y a inutilidad, y el triunfo huela a podrido.

AP9.
Más «pensamientos»
Día de Navidad. La «realidad» de la Navidad es subjetiva. Sí, en mi ser. La emoción, tal como vino, desapareció. Pero por un momento conviví con las esperanzas y las emociones de generaciones sin cuento con las imaginaciones muertas de todo un linaje muerto de místicos. ¡Navidad en mí!
Sociología —la inutilidad de las teorías y las prácticas políticas.
La crueldad del dolor —gozar o sufrir, por gozar la propia personalidad consubstanciada con el dolor. El último refugio sincero del ansia de vivir y de la sed de gozar □

AMORES CRUELES

Serás quien yo quiera que seas. Haré de ti un ornamento de mi emoción, dispuesta donde yo quiero y como quiero, dentro de mí. Nada tienes que ver contigo. No eres nadie, porque no eres consciente; apenas vives.

Qu’est-il de frère en toi et ceux qui veulent vivre?

Mi espíritu está con aquello que los clásicos hacen y con lo que los decadentes dicen.

AP10. AMORES CON LA CHINA DE UNA TAZA DE PORCELANA

Razones: □

Nuestros amores transcurrían tranquilos, como ella quería, en las dos dimensiones del espacio apenas.

AP11. LA SOCIEDAD EN LA QUE VIVO

Toda de sueño. Mis amigos soñados. Sus familias, costumbres, profesiones y □

AP12.
Existe una técnica del sueño, como las hay de las diversas realidades, desde la □

AP13.
Sensaciones nacen analizadas.

Exquisitez entre la sensación y la conciencia de ella, no entre la sensación y el «hecho».

Regla de vida: someterse a todo socialmente.

El casamiento bueno por artificial —El artificio y el absurdo es señal de lo humano.

AP14.
Un tedio diferente, más tibio, más diluido, más con nosotros mismos, más completamente a solas con nosotros mismos, más □ con nosotros mismos.
Me sorprendí con todo el cuerpo.

AP15.
Súbdito incoherente de todas la sensaciones que hieren más allá de la razón de ser de la herida, celosa de todos los derechos del absurdo y de □

AP16.

… como un niño que se detiene en su carrera, arrastrando un golpear ruidoso de pies leves, y respirando entrecortado…

AP17.

¿G. Junqueiro? Siento una gran indiferencia hacia su obra. Ya lo vi… Nunca pude admirar a un poeta al que conseguí ver.

AP18.
Siento curiosidad por todos, avidez de todo, voracidad de la idea de todas las ideas. Me pesa como la pérdida de □ la noción de que no todo puede ser visto, ni todo leído, ni todo pensado…

Pero no veo con atención, ni leo dándole importancia a lo que leo, ni pienso con continuidad. Soy en todo un diletante y un intenso y frustrado.

Mi alma es demasiado débil como para tener ni tan sólo la fuerza de su propio entusiasmo. Estoy hecho de las ruinas de lo inacabado y sería un paisaje de desistencia lo que mejor definiría mi ser.

Divago, si me concentro; todo en mí es incierto y decorativo, como un espectáculo en medio de la bruma.

Esta tendencia carnal para convertir todo pensamiento en expresión, o mejor, pensar como expresión todo pensamiento; de ver toda emoción con color y forma, e incluso toda negación con ritmo, □

Escribo con una gran intensidad de expresión; lo que siento no sé ni lo que es. Soy mitad sonámbulo y mitad nada.

La mujer que soy cuando me conozco.

El opio de los crepúsculos regios y la maravilla tendida en la oscuridad a la mano que se desembaraza de los harapos.

A veces es tan grande, tan rápido, tan abundante el fluir concentrado de imágenes y de frases acabadas que se me desata en el espíritu desatento, que rabio, me retuerzo, lloro por tener que perderlas —porque las pierdo. Cada una tuvo su momento y un puede ser recordada fuera de él. Y me queda, como a un enamorado la saudade de un rostro amable entrevisto sin fijarlo del todo, la memoria de mi ser como de muertos, el asomarme al abismo de un pasado rápido de imágenes e ideas, figuras muertas en la bruma de la que ellas mismas se formaron.

Fluido, ausente, inesencial, me pierdo de mí mismo como si me ahogase en nada; soy pretérito, y esta palabra, que dice e inmoviliza, lo dice y lo contiene todo.

El ritmo de la palabra, la imagen que evoca, su sentido como idea, juntos necesariamente en cualquier palabra, están para mí juntos pero con una separación. Sólo de pensar una palabra yo podría comprender el misterio de la Trinidad. Pienso la palabra «innumerable» y la escojo como ejemplo porque es abstracta e inútil. Pero si la oigo en mi ser, ruedan enormes olas con un son que no se detiene en el mar infinito; se me constelan los cielos, y no de estrellas, sino de música de todas las olas donde los sones se constelan, y la idea de un infinito resultante se me abre, como una bandera desplegada, en estrellas o sones de mar, y en un yo que refleja todas las estrellas.

Que Don Sebastián llegue entre la niebla no desdice de la historia. Toda la historia va y viene entre niebla, y las mayores batallas que se cuentan, las mayores pompas, las más grandes conquistas no son sino espectáculos en la bruma, cortejos en la distancia del crepúsculo y el apagamiento.

El alma que hay dentro de mí es expresiva y musical. O me estanco en un no-ser de lino social, o me despierto, y si me despierto me proyecto en palabras como si ellas fueran abrir los ojos de mi ser. Si pienso, el pensamiento se me aparece en el propio espíritu con frases,

secas y rítmicas, y yo no acabo de distinguir nunca bien si pienso antes de decirlo, si apenas después de verme haberlo dicho, y si, por ser soñado por mí, surgen inmediatamente palabras en mí. En mí toda emoción es una imagen y todo sueño una pintura musicada. Lo que escribo puede ser malo, pero es más yo que lo que pienso. Así lo creo a veces.

Desde que vivo, me narro, y el más pequeño de los tedios que siento, si me asomo a él, estalla, por un magnetismo de □ en flores de colores de musicales a abismos.

IV

ESCRITOS DE PESSOA RELATIVOS AL «LIBRO DEL DESASOSIEGO»

EXTRACTOS DE ALGUNAS CARTAS

A João de Lebre e Lima, a 3 de mayo de 1914

A propósito de tedios, se me ocurre preguntarle una cosa… ¿Vio, en un número del año pasado, de *A Aguia*, un fragmento mío titulado *En la floresta de la enajenación*? Si no lo vio, dígamelo. Se lo mandaré. Tengo un gran interés en que usted conozca ese fragmento. Es el único fragmento mío publicado en el que hago del tedio, y del sueño estéril y cansado de sí mismo ya desde el momento de ir a empezar a ser soñado, un motivo y un tema. No sé si le gustará el estilo en el que está escrito el fragmento: es un estilo particularmente mío, y al que aquí, algunos amigos, bromeando, llaman «el estilo ajeno», por ser en ese fragmento donde apareció la frase. Y se refieren a «hablar en ajeno», «escribir en ajeno», etc.

Ese fragmento pertenece a un libro mío, del que tengo otros fragmentos escritos todavía inéditos, pero del que falta todavía mucho para el final; ese libro se llama *Libro del desasosiego*, a causa de la inquietud y la incertidumbre que son sus notas predominantes. En el fragmento publicado, eso se nota. Lo que es en apariencia un simple sueño, o entresueño, narrado, es —se siente nada más leerlo, y debe, si lo conté bien, sentirse a través de toda la lectura— una confesión soñada de la inutilidad y de la dolorosa furia estéril de soñar.

A Armando Cortes-Rodrigues, a 2 de setiembre de 1914

… Nada he escrito que valga la pena enviarle. Ricardo Reis y Álvaro el futurista —silenciosos. Caerio, perpetrador de algunas líneas que encontrarán quizás asilo en un libro futuro… Lo que principalmente he hecho es sociología y desasosiego. Usted ya se da cuenta de que la última palabra se refiere al «libro» de lo mismo; de hecho, he elaborado algunas páginas de aquella producción enfermiza. La obra va por tanto compleja y tortuosamente avanzando.

A Armando Cortes-Rodrigues, a 4 de octubre de 1914

… No le mando tampoco otras cosillas que he escrito estos días. No son realmente dignas de ser enviadas; otras están incompletas; el resto han sido rotos e inconexos pedazos del *Libro del desasosiego*. Parece en verdad que he descubierto un nuevo tipo de paulismo…

…

Mi estado de espíritu actual es de una depresión profunda y tranquila. Hace días que estoy al nivel del *Libro del desasosiego*. Y algo de esa obra he escrito. Hoy mismo escribí casi un capítulo completo.

A Armando Cortes-Rodrigues, a 19 de noviembre de 1914

Mi estado de espíritu me obliga ahora a trabajar bastante, sin querer, en el *Libro del desasosiego*. Pero todo fragmentos, fragmentos, fragmentos.

A João Gaspar Simões, a 28 de julio de 1932

Inicialmente, era mi intención comenzar mis publicaciones con tres libros, en el orden siguiente: (1) *Portugal*, que es un libro pequeño de poemas (tiene 41 en total), del que *el Mar Portugués (Contemporánea 4)* constituye la segunda parte; (2) *Libro del desasosiego* (Bernardo Soares, pero subsidiariamente, puesto que B. S. no es un heterónimo, sino una personalidad literaria); (3) *Poemas Completos de Alberto Caeiro* (con el prefacio de Ricardo Reis, y, en postfacio, las *Notas para el Recuerdo* de Álvaro de Campos). Más tarde, otro año, seguiría, sólo o cön cualquier otro libro, el *Cancionero* (u otro título igualmente

inexpresivo), donde reuniría (en Libros I a III o I a V) varios de los muchos poemas sueltos que tengo, y que son por su propia naturaleza inclasificables salvo de esa manera inexpresiva.

Sucede, sin embargo, que el *Libro del desasosiego* tiene todavía mucha cosa que equilibrar y revisar, y no puedo calcular, honradamente que me lleve menos de un año rematarlo. Y, en cuanto a Caeiro, me encuentro indeciso…

A Adolfo Casais Monteiro, a 13 de enero de 1933

¿Cómo escribo en nombre de estos tres? Caeiro, por pura e inesperada inspiración, sin saber y ni siquiera calcular que va a escribir. Ricardo Reis, después de una deliberación abstracta, que súbitamente se concreta en una oda. Campos, cuando siento un repentino impulso de escribir y no sé el qué. (Mi semi-heterónimo Bernardo Soares, que por otra parte en muchas cosas se parece a Álvaro de Campos, aparece siempre que estoy cansado o soñoliento, cuando tengo un poco suspensas las cualidades de raciocinio y de inhibición; aquella prosa es un constante devaneo. Es un semi-heterónimo porque, no siendo su personalidad la mía, es, no diferente de la mía, sino una simple mutilación de ella. Soy yo menos el raciocinio y la afectividad. La prosa, salvo lo que el raciocinio presta de tenue a la mía, es igual a esta, y el portugués perfectamente igual; al paso que Caeiro escribía mal el portugués, Campos razonablemente bien pero con lapsos como decir «yo propio» por «yo mismo», etc., Reis mejor que yo, pero con un purismo que considero exagerado…)

DOS NOTAS

Nota para las ediciones propias

(y aprovechable para el «Prefacio»)

Reunir, más tarde, en un libro separado, los varios poemas que tenía la equivocada intención de incluir en el *Libro del desasosiego*; este libro debe tener un título más o menos equivalente a decir que contiene pausas o deshechos o cualquier otra palabra que indique igual alejamiento.

Este libro podrá, por lo demás, formar parte de uno definitivo de refugios, y ser el almacén publicado de lo impublicable que puede sobrevivir como ejemplo triste. Le pasa un poco como a los versos inacabados del poeta lírico muerto tempranamente, o de las cartas del gran escritor, pero aquí lo que se fija no sólo es inferior sino que es diferente, y en esta diferencia consiste la razón de su publicación, pues no podría consistir en la de no deberse publicar.

L. del D.

(nota)

La organización de un libro debe buscarse en una selección, tan rígida como sea posible, de los fragmentos verdaderamente existentes, adaptando, sin embargo, los más antiguos, que no responden a la psicología de Bernardo Soares, tal como ahora surge con esa su verdadera psicología. Aparte de eso, hay que hacer una revisión general del propio estilo, sin que ese estilo pierda, en su íntima expresión, el devaneo y la falta de conexión lógica que lo caracterizan.

Hay que estudiar el caso de si deben insertarse fragmentos grandes, clasificables por títulos grandiosos, como la Marcha Fúnebre del Rey II de Baviera, o la Sinfonía de una Noche Inquieta. Cabe la hipótesis de dejar como está el fragmento de la Marcha Fúnebre, y cabe la hipótesis también de trasladarla a otro libro, en el que aparecieran reunidos todos los Grandes Fragmentos.

DEL PREFACIO A «LAS FICCIONES DEL INTERLUDIO»

A algunas figuras las inserto en cuentos, o en subtítulos de libros, y firmo con mi nombre lo que ellas dicen; a otras, las proyecto en términos absolutos y no firmo sino con mi decir que yo las hice. Los tipos de figuras se distinguen del siguiente modo: en las que configuro absolutamente, hasta el estilo me es ajeno, y, si la figura lo exige, contrario incluso al mío; en las figuras que suscribo no hay diferencia con mi estilo propio, sino pormenores inevitables, sin los cuales esas figuras no se distinguirían entre sí.

Compararé algunas y estas figuras para mostrar, con ejemplos, en qué consisten esas diferencias. El ayudante de tenedor de libros Bernardo Soares y el Barón de Teive —ambas figuras son míamente ajenas— escriben con la misma sustancia de estilo, la misma gramática, y el mismo tipo y forma de propiedad: es que escriben con el estilo que, bueno o malo, es mi propio estilo. Comparo las dos figuras porque son casos de un mismo fenómeno —la inadaptación a la realidad de la vida, y, lo más importante, la inadaptación por idénticos motivos y razones. Pero mientras que el portugués es el mismo en el Barón de Teive y en Bernardo Soares, el estilo difiere en que el del hidalgo es intelectual, desnudo de imágenes, un poco ¿cómo diría? rígido y limitado, y el del burgués es fluido, participando de la música y de la pintura, poco arquitectónico. El hidalgo piensa con claridad, escribe con claridad, y controla sus emociones, aunque no sus sentimientos; el tenedor de libros no controla ni sus emociones ni sus sentimientos, y cuando piensa lo hace como una forma subsidiaria del sentir.

Por otra parte, existen notables semejanzas entre Bernardo Soares y Álvaro de Campos. Pero, en seguida, surge en Álvaro de Campos el descuido del portugués, lo desligado de las imágenes, más íntimo y más intencionado que el de Soares.

Existen accidentes en mi distinguir a los unos de los otros que me pesan como grandes fardos en mi discernimiento espiritual. Distinguir una composición musicante de Bernardo Soares de una composición mía del mismo tenor…

Hay momentos en que lo hago repentinamente, con una perfección que me deja pasmado; y me pasmo sin inmodestia, porque, no creyendo en ningún fragmento de libertad humana, me pasmo de lo que acontece en mí como me pasmaría de lo que aconteciera en otros —en dos extraños.

Sólo una gran intuición puede servir de brújula en los descampados del alma; sólo con un sentido que se sirve de la inteligencia, pero que no se le parece, aunque en esto con ella se confunda, se pueden distinguir estas figuras de sueño en su realidad una de otra.

*

En estos desdoblamientos de personalidad o, mejor, invenciones de personalidades diferentes, existen dos grados o tipos, que se revelarán al lector, si los siguió, por algunas características distintivas. En el primer grado, la personalidad se distingue por ideas y sentimientos propios, diferentes de los míos, como, en un nivel más bajo de ese mismo grado, se distingue por ideas, puestas en forma de raciocinio o argumento, que no son mías, o, si lo son, yo lo desconozco. *El banquero anarquista* es un ejemplo de este grado inferior; el *Libro del desasosiego*, y el personaje Bernardo Soares, son el grado superior.

Deberá reparar el lector en que, aunque yo publique el *Libro del desasosiego* como siendo de un tal Bernardo Soares, ayudante de tenedor de libros en la ciudad de Lisboa, sin embargo no lo incluí en estas *Ficciones del interludio*. Es que Bernardo Soares, siendo diferente de mí por sus ideas, sus sentimientos, sus modos de ver y de comprender, no se diferencia de mí por el estilo de exponerlos. Doy la personalidad diferente a través del estilo que me es natural, no existiendo más que la diferencia inevitable del tono especial que la propia especialidad de las emociones necesariamente proyecta.

En los autores de las *Ficciones del interludio* no son sólo las ideas y los sentimientos los que se distinguen de los míos: la propia técnica de composición, hasta el estilo, son diferentes de los míos. Ahí cada personaje ha sido creado íntegramente diferente, y no sólo diferentemente pensado. Por eso en las *Ficciones del interludio* predomina el verso. En prosa es más difícil ser otro.

«IDEAS METAFÍSICAS DEL "LIBRO DEL DESASOSIEGO"» [?]

La única realidad, para mí, son mis sensaciones. Yo soy una sensación mía. Por lo tanto, ni de mi propia existencia estoy seguro. Puedo estarlo apenas de aquellas sensaciones a las que llamo mías.

¿La verdad? ¿Es algo exterior? No puedo tener la certeza de que exista, porque no es una sensación mía, y yo sólo de esas estoy completamente seguro. ¿Una sensación mía? ¿De qué?

Buscar el sueño es tanto como buscar la verdad, dado que la única verdad para mí soy yo mismo. Aislarme tanto cuanto me sea posible de los otros equivale a respetar la verdad.

Toda metafísica es una búsqueda de la verdad, entendiendo por Verdad la verdad absoluta. Ahora bien, la Verdad, sea lo que sea, y admitiendo que sea alguna cosa, de existir existe o dentro de mis sensaciones, o fuera de ellas o tanto dentro como fuera de ellas. Si existe fuera de mis sensaciones, es una cosa de la que nunca puedo estar seguro, existe por tanto para mí, es, para mí, no sólo lo contrario de la Certeza, porque sólo de mis sensaciones tengo la absoluta certeza, sino lo contrario de *ser*, porque la única cosa que existe para mí son mis sensaciones. De modo que, de existir fuera de mis sensaciones, la Verdad es para mí igual a la Incerteza y al no-ser —no existe y no es verdad, por tanto. Pero concedamos el absurdo de que mis sensaciones puedan ser el error, y el no-ser (lo que es absurdo, dado que ellas, con toda seguridad, existen) —en ese caso la verdad es el ser y existir fuera de mis sensaciones *totalmente*. Pero la idea *Verdad* es una idea mía; existe, por eso, dentro de mis sensaciones: por lo tanto, en cuanto Verdad abstracta y fuera de mí, la verdad existe dentro de mí —contradicción, pues; y, en consecuencia, error.

La otra hipótesis es que la verdad existe dentro de mis sensaciones. En ese caso o es la suma de todas ellas, o es una de ellas, o una parte de ellas. Si es una de ellas, ¿en qué se diferencia de las otras? Si es una sensación, no se diferencia *esencialmente* de las otras, y, para que pudiera diferenciarse, sería preciso que se diferenciase *esencialmente*. Y si no es una sensación, no es una sensación. —Si es una parte de mis sensaciones, ¿qué parte es esa? Las sensaciones tienen dos caras —la de ser *sentidas* y la de ser dadas como *cosas* sentidas, la parte por la cual son mías y la parte por la cual son de las «cosas». Es una de estas partes lo que la Verdad, de formar parte de mis sensaciones, tiene que ser. (Si es de alguna manera un grupo de sensaciones juntándose al constituir una sola sensación, cae sobre las garras del raciocinio que conduce a la hipótesis anterior). Si es una de las dos caras —¿cuál de ellas? ¿La cara «subjetiva»? Ahora bien, esa cara subjetiva se me aparece bajo una de estas dos formas —o la de mi «individualidad» una o [la] de una múltiple individualidad «mía». En el primero de los casos es *una* sensación mía como cualquier otra y ya quedó refutada en el argumento anterior. En el segundo caso, esa verdad es múltiple y diversa, es *verdades* —lo que entra en contradicción con la idea de Verdad, valga lo que valga esa verdad. ¿Será entonces la cara *objetiva*? El mismo argumento es aplicable aquí, porque o es una unificación de esas sensaciones *en una sola* idea de *un* mundo exterior —y esa idea o no es nada o es una sensación mía, y, si es una sensación, queda ya refutada esa hipótesis; o es de un múltiple mundo exterior, y eso se reduce a mis sensaciones, y en ese caso pluralidad de *modos* sería la esencia de la idea de Verdad.

Queda por analizar si la *Verdad* es el conjunto de mis sensaciones. Esas sensaciones o son tomadas como *una* o como *muchas*. En el primero de los casos volvemos a la hipótesis ya rechazada anteriormente. En el segundo caso la *Verdad* como idea desaparece, porque se consubstancia con la *totalidad* de mis sensaciones. Pero para ser la *totalidad* de mis sensaciones, incluso si concebidas como tales, manifiestamente la verdad queda dispersa —desaparece. Porque, o se basa en la idea de *totalidad*, que es una idea (o sensación) nuestra, o no se apoya en parte alguna. Pero nada prueba, incluso, la identidad entre verdad y totalidad. Por lo tanto, la verdad no existe.

Pero nosotros tenemos la idea…

Tenemos, pero vemos que no se corresponde con «Realidad» ninguna, puesto que *Realidad* significa alguna cosa. La *Verdad* es, por tanto, una idea o una sensación nuestra, no sabemos de qué, sin significado, y por lo mismo sin valor, como cualquier otra sensación nuestra.

Quedamos, por lo tanto, con nuestras sensaciones como única «realidad», realidad que «realmente» hasta tiene aquí cierto valor, pero nos resulta conveniente para ir engarzando frases. De «real» tenemos apenas nuestras sensaciones, pero «real» (que es una sensación nuestra) no significa nada, ni siquiera «significa» significa nada, ni «sensación» tiene sentido, ni «tiene sentido» es cosa que tenga sentido ninguno. Todo es un mismo misterio. Reparo, sin embargo, que ni *todo* puede significar cosa ninguna, ni «misterio» es palabra que encierre ningún significado.

Nota del traductor

En la presentación de su edición del *Libro del desasosiego*, Richard Zenith resumía magistralmente la originalidad y el sentido de este breviario-rompecabezas del semiheterónimo de Fernando Pessoa del siguiente modo:

«Propiamente hablando, Fernando Pessoa no existe». Quien esto dijo fue Álvaro de Campos, uno de los personajes inventados por Pessoa para que le ahorraran el esfuerzo y la incomodidad de vivir. Y para que le ahorraran el esfuerzo de organizar y publicar lo que de más rico hay en su prosa, Pessoa inventó el *Libro del desasosiego*, que propiamente hablando nunca existió, y que no podrá existir nunca. Lo que aquí se presenta no es un libro sino su subversión y negación, el libro en potencia, el libro en plena ruina, el libro-sueño, el libro-desesperación, el anti-libro, más allá de cualquier literatura. Lo que tenemos en estas páginas es el genio de Pessoa en su punto más alto.

Cuando en 1982 aparecieron por primera vez las piezas del rompecabezas en forma de libro, los heraldos de la postmodernidad lo saludaron alborozados como obra anticipadora, definidora y legitimadora de su juguete sin sentido; hoy, cuando esos mismos heraldos entierran sin pudor y en la clandestinidad el estafermo que anunciaban, nos queda a los demás —la inmensa mayoría— el alborozo del desasosiego de esta obra inclasificable (para desasosiego de los menos).

En uno de mis anteriores diálogos públicos con el semi-heterónimo de Bernardo Soares, decía de él que era para mí el gran Poeta de la Modernidad, es decir, aquel que mejor y con mayor profundidad y menor pudor había sabido traducir literariamente las pobres ítacas conquistadas (pocas), las dudas y contradicciones de la singladura (bastantes), las tormentas y penurias sufridas (muchas) y las fechorías y monstruosidades cometidas (sin cuento) por ese barco reiteradamente encallado y siempre reflotado de la Modernidad. Y decía también que Pessoa seguiría siendo, por aprovechar la imagen náutica, una y otra vez lanzado contra las rocas, y una y otra vez devuelto a los océanos donde nos confundimos e intercambiamos papeles constantemente marineros y náufragos. En todo ello me ratifico ahora, tras haber repetido mi particular navegación por las páginas encrespadas unas veces, dormidas entre traicioneros sargazos otras, algunas (pocas), en fin, transparentes y convidadoras, de este *Libro* de jirones o retales o proyectos de libros.

*

Para esta versión del *Libro del desasosiego* he seguido el texto establecido por Richard Zenith en su edición para la editorial Assírio & Alvim (Lisboa, 1998). Respecto a las anteriores, la edición de Zenith añade nuevos fragmentos y retira otros, reordena el corpus, hace múltiples correcciones de lectura e introduce palabras o frases que seguían sin

descifrar. Cuando estaba ya en curso esta traducción, se publicó la segunda edición y en ella Zenith incorporó numerosas correcciones al texto de la primera que había ido descubriendo o que le habían sido sugeridas, correcciones que previamente y con su impagable amabilidad me había ido enviando. Después de esa segunda edición, volvió a enviarme una nueva y amplia lista de correcciones, que generalmente aclaraban puntos oscuros de lectura o corregían lecturas equivocadas. Todas esas correcciones han sido incorporadas aquí.
He utilizado el mismo sistema de signos que Zenith utiliza en la fijación del texto portugués:

☐	espacio dejado en blanco por el autor
[...]	palabra o frase no leída
[ ]	palabra añadida por el editor
[?]	lectura hipotética

Del original he tratado de conservar en lo posible la sintaxis con frecuencia agramatical o antigramatical (regímenes verbales, anacolutos…), así como las frases de semántica pessoana, es decir, imposible, los neologismos por invención absoluta o por desplazamiento gramatical (*gemidoramente, míamente, antehablar, azulmente, inimportancia, desdormir…*), la puntuación y la tipografía. En cuanto a la puntuación, debo destacar que he conservado generalmente el uso del guión en el original (equivalente en el portugués normal a punto y coma o dos puntos). Sobre la antigramaticalidad del texto, el propio Bernardo Soares nos alecciona y se pronuncia didácticamente en diversas ocasiones. Sirva de ejemplo la explicación que de ello hace en el fragmento 84.
He respetado también en general los topónimos, microtopónimos y antropónimos presentes en el *Libro (Baixa, Rua dos Douradores…).* He mantenido algún término portugués que creo que está ya —o debería estarlo, por lo menos— lexicalizado en español (como *saudade* o *saudoso)*, y he preferido la paráfrasis en casos de términos que todavía no lo están —aunque deberían o podrían estarlo— como *maresia* o *luar*.

En el caso de ciertos términos que obsesivamente se repiten en el *Libro* con mayor o menor carga de sentido (y a veces sin necesidad ni sentido específico o matizador alguno), como *nulo, incierto, incógnito, alto*, etc., he tratado de jugar con esos mismos términos y con sinónimos o recurriendo a la paráfrasis a fin de no abrumar al lector ni entorpecer o hacerle gratuitamente desasosegante la lectura del *Libro*.

Finalmente, he respetado absolutamente la ordenación que de los fragmentos realizó Richard Zenith, por compartir con él la idea de la imposibilidad de imaginar una ordenación ideal o respetuosa con la nunca definida por Pessoa de entre las docenas que imaginó dentro de las variantes sucesivas de la organización definitiva de su Obra. Como recomienda Zenith, que cada Lector organice su propio *Libro* de acuerdo con su personal lectura y con su particular desasosiego.

*

Podría enumerar aquí los nombres de los grandes pessoanos a quienes debo una lectura mejor y más rica del multiplicado genio portugués. En la imposibilidad de hacerlo con justicia y sin olvidos lamentables, resumo el recuerdo, el agradecimiento y el homenaje a todos ellos en la persona del que por primera vez tradujo el *Libro* al español y a quien como

lector y persona (en cualquiera de mis máscaras) tanto debo: mi saudoso maestro y amigo Ángel Crespo.

Quiero agradecer sincera y muy especialmente a Richard Zenith su trabajo y su generosidad, a Gabriel Sampol su ayuda, y a Meritxell su paciencia y sabiduría. A María y a Lidia, además y antes de mi agradecimiento, tengo que pedirles perdón por el tiempo robado y por el desasosiego de primera, segunda y tercera mano que les he ido contagiando al ritmo de mi contagio del desasosiego del *Libro del desasosiego*.



FERNANDO PESSOA (Lisboa, 1888 - 1935). Nació en Lisboa el 13 de junio de 1888. Tenía cinco años cuando su padre murió de tuberculosis y ocho cuando su madre se volvió a casar con el cónsul de Portugal en Durban. Allá en Suráfrica, donde se crio, recibió lo que los libros llaman «una educación inglesa». Volvió a Lisboa en 1905 y montó una tipografía que no tardaría en quebrar. A partir de entonces se dedica a la traducción de cartas comerciales, oficio que desempeñará ya durante el resto de su vida. Murió el 29 de noviembre de 1935 en un hospital lisboeta, probablemente debido a una cirrosis, a los cuarenta y siete años de edad. Después de su muerte han aparecido sus Obras Completas publicadas con diferentes nombres. I —*Poesías*, 1942, de Fernando Pessoa; II —*Poesías*, 1944, de Álvaro de Campos; III —*Poemas*, 1946, de Alberto Caeiro; IV —*Odas*, 1946, de Ricardo Reis; V —*Mensajes*, 1945; VI —*Poemas dramáticos*; y VII y VIII —*Poesías inéditas*. Destaca también *El libro del desasosiego*, que inició el poeta en 1912.